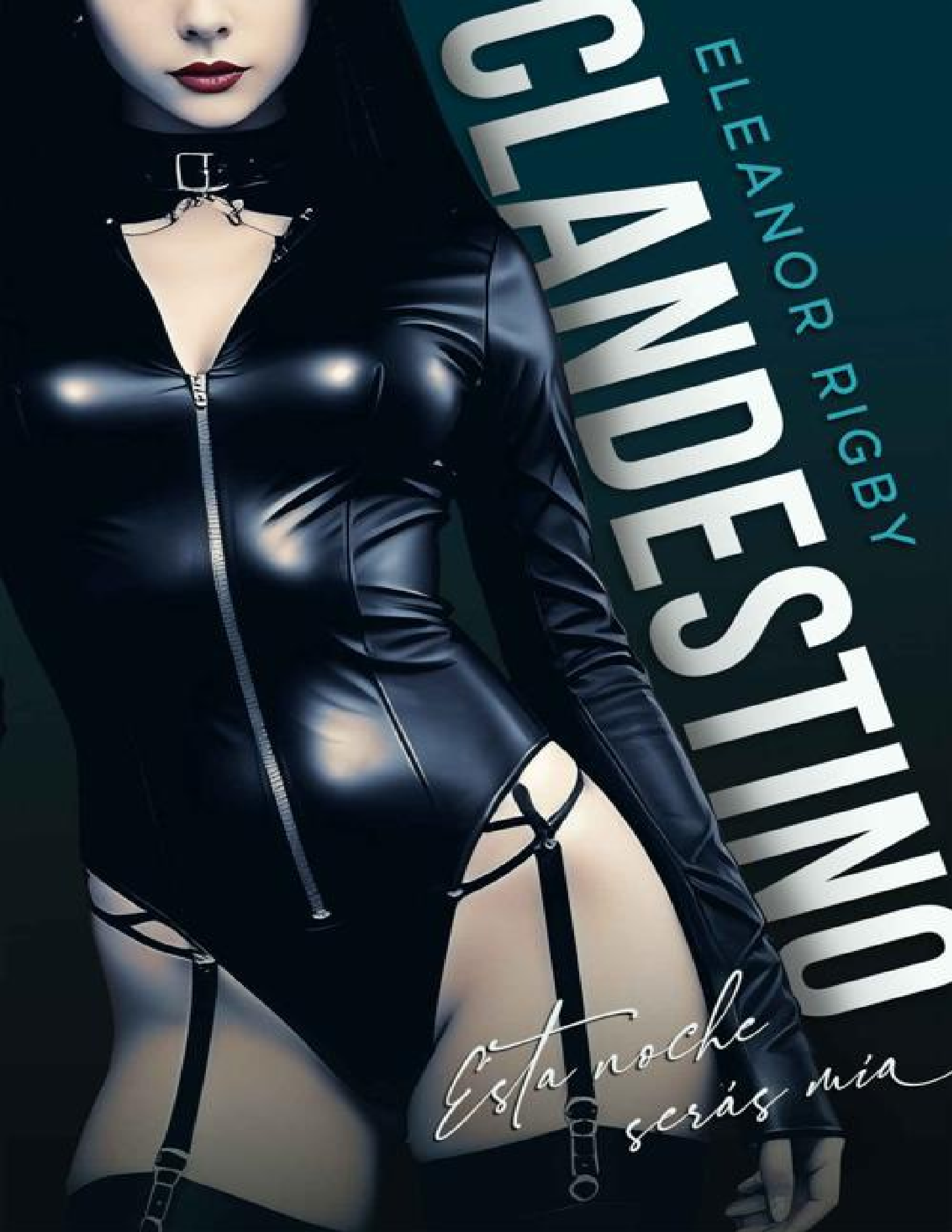

ELEANOR RIGBY
CLANDESTINO
Esta noche serás mía

CLANDESTINO

Esta noche serás mía

ELEANOR RIGBY

© 2024, Eleanor Rigby

Título: *CLANDESTINO: Esta noche serás mía*
Primera edición: septiembre de 2024
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Vamos a darnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones y siempre seremos felices. La conciencia no es la voz de la naturaleza, sino solo la voz de los prejuicios.

MARQUÉS DE SADE

Capítulo 1

—¿Un mal día?

Ayane se giró hacia el guardia de seguridad con la chusta del cigarrillo entre los dedos. Dio la última calada, la que le quemaría los labios carmesí, y arrojó la colilla a la acera.

Le dirigió al tipo una sonrisa socarrona. No era la clase de mueca que uno pondría en presencia de un hombre con las dimensiones de un armario empotrado y la pésima reputación de un gorila de discoteca, pero Ayane nunca le había temido a la autoridad.

—¿Será posible que estemos ante el primer segurata con sensibilidad y modales de toda la ciudad de Washington?

Lejos de ofenderse por la crítica a su profesión, el aludido se encogió de hombros. Los llevaba enfundados en el uniforme habitual en establecimientos tan lujosos como el que franqueaba: una americana con el único botón abrochado y unas zapatillas cómodas para salir corriendo detrás de los maleantes.

—Mientras no me den motivos para emplear la violencia, no veo por qué no ser educado. Además… Tampoco está siendo el mejor día de mi vida, así que digamos que te entiendo.

Ayane se apiadó con una risita desinflada. Llevó la mano al bolso cruzado para sacar otro cigarrillo, pero en el último momento se lo pensó mejor.

A su marido no le hacía ninguna gracia que fumara por lo que significaba para ella: solo compraba tabaco cuando estaba nerviosa o furiosa con el mundo. A Jace no le gustaría confirmar que seguía ardida con las decisiones de la última reunión de trabajo, y a ella le gustaría menos aún darle la razón después de haber pasado parte del día fingiendo que ya hasta se alegraba de la resolución.

—¿Qué me ha delatado? —le preguntaba al gorila momentos más tarde, recostándose contra la pared del garito con aire informal.

—Fumabas de forma compulsiva y no parabas de consultar el móvil a la espera de una buena noticia.

Se equivocaba, porque ninguna buena noticia andaba al acecho. Había otra explicación para justificar el acto reflejo de bloquear y desbloquear la pantalla: Ayane había estado revisando los perfiles sociales de Riley Ellis para tratar de averiguar qué tenía que a ella le faltara.

Como si no supiera mejor que nadie por qué no había salido elegida para encabezar la operación.

Estuvo cantado desde el principio que las únicas agentes a las que el FBI estaba valorando

para el viaje eran Riley y ella; de ahí que la competitividad entre las dos se hubiera recrudecido durante la deliberación. Mientras el director, Christopher Wray, meditaba, las aspirantes se dirigían sonrisas tirantes cuando se cruzaban por el pasillo. En cuanto alguna se daba la vuelta, empezaba la guerra de quién podía difamar con peor idea a la otra.

En su gran ingenuidad, Ayane llegó a pensar que podría ser una digna rival para su némesis, pero a nadie excepto a ella le sorprendió que dejaran sobre el escritorio de Riley la carpeta con la información clasificada.

—Tiene más experiencia que tú, Ayane —la había tratado de consolar su marido, apartándose un instante del fuego de la cocina para frotarle los hombros con cariño. Trabajaban juntos en las oficinas federales, pero sus jornadas laborales no siempre coincidían. Aprovechando esto, habían pactado un horario fijo para repartirse las tareas domésticas. Ese día le tocaba a él preparar el almuerzo—. Entró en el FBI hace ya veinte años y ha resuelto satisfactoriamente tres de los casos más complejos de la última temporada.

—¿Y yo no he cumplido nunca con mi deber, acaso? ¿Eso es lo que estás diciendo?

Jace había suspirado con esa divina paciencia que Dios le había dado y que le venía de maravilla en las frecuentes situaciones en las que Ayane no atendía a razones.

—Eres magnífica —insistió con vehemencia. Ella puso los ojos en blanco cuando comenzó la enumeración—: Lista, intrépida, sexy como el diablo…

Se esforzó por no sonreír con el flirteo y permanecer de brazos cruzados a su espalda, observando cómo terminaba de trocear las verduras.

—¿Podrías no hablar como el tío que se casó conmigo?

—¿Quieres que hable como un tío que *no* se ha casado contigo? ¿Como todos esos pringados? No pienso renunciar a mi posición privilegiada. Es la que precisamente me ha abastecido de una sabiduría casi sobrehumana.

—Venga, Jay-Jay, ya sé que me ves con buenos ojos, pero ¿qué opinas de verdad sobre mi desempeño profesional?

—Que eres magnífica —había reiterado él, ahora en serio y sin la menor intención de dorarle la píldora. Si algo le gustaba de su marido, era que jamás endulzaba la verdad—, pero de acuerdo a las consideraciones del cuerpo, también estás muy verde. Y es una opinión que comparto, Ayane.

—Prefería lo de sexy como el diablo —rezongó entre dientes. Añadió, frustrada—: ¡Yo también llevo años trabajando para ellos!

—La experiencia no depende de la antigüedad en exclusiva, sino de los casos que…

—¡He resuelto los que se me han adjudicado con eficacia!

—Eficacia y eficiencia son dos cosas muy distintas, y el FBI suele preferir la segunda. —

Enseguida suspiró y sacudió la cabeza, exagerando su exasperación—. ¿Por qué me pides opinión si luego me la vas a echar por tierra? Tirana… —se quejó, disimulando una risa.

—¿Me lo vas a negar? ¡No he archivado ni un maldito caso! ¡Mi porcentaje de acierto es del cien por ciento! Distinto es que no se me llame tanto como a los demás porque, a pesar de dejarme la piel, sigue pesando más mi reputación que mi labor. Que puede no ser excepcional —admitió a regañadientes antes de retomarlo con vehemencia—, ¡pero la de Riley tampoco! ¡Ni que hubiera resuelto ella sola esos casos! ¡De uno de ellos te encargaste tú solo, aunque la bruja estuviera en tu equipo!

Jace no pudo refutarlo, así que se limitó a cabecear en señal de asentimiento y echó en la sartén las verduras en juliana. Por desgracia para él, Ayane todavía no se había desahogado después de la humillación vivida esa misma mañana, cuando Riley pasó por su lado abanicándose con la carpeta.

«Es una lástima que no te haya tocado. Seguro que tendrás más suerte para la próxima», se había regocijado con un puchero fingido.

Ayane llenó el silencio de su marido con otra retahíla de quejas.

—Hablo cuatro idiomas, dos de ellos a nivel nativo. Tengo ascendencia japonesa, lo que me permitirá mimetizarme con la población asiática sin llamar la atención. He practicado el BDSM durante muchos años de mi vida, lo suficiente para decir que soy una experta del tema.

—Lo eres —confirmó Jace, esta vez con firmeza.

Y con conocimiento de causa.

—Aparte, soy joven y atractiva. Eso siempre supone una ventaja de cara a los interrogatorios y es más probable que te ganes la confianza de tus sospechosos que si eres un callo malayo —enumeró con la objetividad por delante—. Además, estoy casada con un hombre al que introduje en el sadomasoquismo y que resulta que se considera uno de los mejores agentes del cuerpo. La solución estaba clara: mandarnos a ti y a mí como pareja a…

—Eh, eh, a mí no me metas en esas historias —la advirtió él, ladeando el cuerpo para apuntarla con el dedo—. Yo estoy feliz con mi pequeño caso actual de corrupción pública.

—Bueno —gruñó Ayane—, pero incluso si Wray rechazara la idea de enviarnos juntos, yo seguiría siendo su mejor baza. No me lo puedes negar. Estoy más preparada en todos los aspectos. Riley solo conoce un par de lenguas, la reconocerías como una *redneck*[1] de Luisiana incluso de lejos y se echaría las manos a la cabeza si su marido le propusiera algo tan descabellado como follar de pie en la ducha.

Jace se había reído para su coleto, como cada vez que Ayane hacía un comentario malintencionado pero justo con la realidad. Ambos solían divertirse a costa del ingenio perverso de la agente; más ella que él, que era demasiado bueno para perdonarse una maldad deliberada.

Ayane se entretenía poniendo en jaque los sólidos principios de su marido y tendía a provocarlo echando más leña al fuego hasta que no podía seguir conteniéndose y se carcajeaba con culpabilidad.

Esa tarde no había estado para fiestas y no siguió la dinámica habitual.

—En serio, ¿no ves la injusticia? —le insistió—. ¡Me han discriminado por una sola razón, Jace, y no es la primera vez que ocurre! ¡Wray ni siquiera ha fingido no saber de qué le hablaba cuando lo he confrontado al respecto!

Su marido se giró hacia ella, perplejo. Tenía la sartén del salteado en la mano.

—¿Has ido a rebatirle al director del FBI su decisión?

—Y me ha dicho que «es lo que hay» —bufó, todavía con la sangre hirviendo—, y que me consuele con la certeza de que si Riley Ellis no estuviera en el mapa, me la habría encomendado a mí. Y ha añadido, sin ápice de vergüenza, que mucho mejor si no salgo elegida; así me quedo en casa sana y salva.

Jace emplató el almuerzo sobre las tortillas de trigo y le lanzó una mirada de soslayo.

—En eso estoy de acuerdo con él —respondió con prudencia—. Si se confirma que hay una red de trata de blancas detrás de las desapariciones, te habrás evitado un peligro.

—Si quisiera evitar el peligro y pasar las noches viendo una película de sobremesa, Jace, habría estudiado Magisterio, no formaría parte del cuerpo del FBI. Está claro que tú no me vas a entender —había añadido en voz baja, dándose la vuelta para regresar a la habitación—. Por más heroico que seas, no hay una fibra de adrenalina en todo tu cuerpo… —Se detuvo bajo el umbral del dormitorio y apoyó una mano en el marco. No había puertas en todo el apartamento a excepción del baño. Desde allí, le lanzó un guiño—. Tienes suerte de que tu cuerpo me guste aun así.

Jace puso los ojos en blanco y dejó el almuerzo sobre la encimera para ir por ella. No le costó alcanzarla. En el loft, las paredes actuaban como las corrientes de un océano caprichoso: los atraían constantemente el uno hacia el otro.

Le rodeó la cintura con un brazo y, con la mano libre, la tomó por las mejillas para alzarle el rostro. Ella lo desafió con los ojos entrecerrados, pero se ablandó en cuanto el relieve curvo de sus labios le acarició la nariz.

—Y tú tienes suerte de que me gustes aun siendo una envidiosa, una arrogante y una adicta al riesgo —apostilló en voz baja antes de inclinarse para besarla.

Ayane le giró la cara por el gusto de llevarle la contraria.

—Todo eso habla peor de ti que de mí, guapo. —Entrelazó los dedos tras la espalda desnuda de Jace y se echó hacia atrás para admirar su atractivo con una mezcla de sorna y afecto—. ¿Qué clase de tío se casa con una envidiosa, arrogante y adicta al riesgo?

Él sonrió de lado y deslizó la mano de la cadera por la pendiente de sus nalgas.

—Un tío con un gusto exquisito —ronroneó con voz grave.

—Ah, no, no, reconozco ese tonito. —Ayane lo agarró de la muñeca para arrancar la zarpa del *culotte* deportivo. Lo puso sobre aviso con el índice apuntando al techo—. Tengo que prepararme para la despedida de soltera de Debbie. No me sobra el tiempo para concederte un orgasmo.

Dicho aquello, se escabulló hacia el baño.

—Conque «concederme», ¿eh? —le oyó quejarse en voz alta—. Perdone usted, su ilustrísima majestad. ¿Y toda esta privación viene porque no te he dicho lo que querías oír sobre el tema de Riley? ¡Pensaba que tenía más autocrítica, agente Nagai-Ryder!

—Y la tengo. —Le lanzó un beso desde la puerta del aseo, donde se encerraría acto seguido —. Por ejemplo, estoy dispuesta a concederte que soy adicta al riesgo. —Él ya se estaba riendo cuando ella subrayó—: ¡Pero solo eso!

Unas horas después, allí estaba, en la puerta del pub donde ya habría empezado a celebrarse la despedida de soltera. Llegar elegantemente tarde era su sello distintivo, pero esa noche lo había entendido como una medida necesaria para postergar el bochorno. La homenajeada, Deborah Raine, colaboraba con ella de forma puntual como abogada en plantilla, y, al igual que la mayoría de los agentes, no disfrutaba de una ajetreada vida social fuera del trabajo. Durante la velada, Ayane habría de enfrentarse a los rostros compasivos de unas cuantas compañeras de la oficina.

No le cabía duda de que todas estaban de acuerdo con la decisión de los altos mandos.

Aunque tomó medidas para evitar que se diera a conocer su árbol genealógico, era *vox populi* que estaba emparentada con Frankie Kincaid. Esto siempre sería un escollo no solo para que le destinaran las mejores operaciones federales, sino para relacionarse socialmente.

—Sí, podría decirse que he tenido un mal día —reconoció Ayane en tono pensativo, pendiente del tráfico de una de las calles principales.

Las luces distantes de la ciudad la ponían de un ánimo nostálgico. Quiso volver a casa con Jace y refugiarse en sus brazos acogedores, pero se dijo que sus compañeras aprovecharían su ausencia para mencionar detalles escabrosos sobre la misión, o, aún peor, la pondrían a caer de un burro.

Cosas que no podía permitir.

Se ajustó la correa del bolso sobre el pecho y se plantó delante del segurata para que por fin le abriera la puerta.

—Espero que la noche lo mejore —le deseó este.

Ayane le sonrió con agradecimiento. Se había percatado de que el tipo no le había quitado la mirada de encima a su cigarrillo, ya enterrado en el asfalto. Sacó la cajetilla y la sacudió con un

movimiento de muñeca para ofrecerle la boquilla del primer pitillo que saltó.

Él, agradecido, lo tomó y esperó a que ella se lo encendiera con el mechero.

—Se supone que no puedo fumar en mi puesto de trabajo —confesó tras la primera calada.

—Será nuestro secreto. —Le apretó el brazo cariñosamente antes de pasar.

El objetivo de Deborah era tomar unas copas en el lujoso pub y luego hacer el canalla por la Avenida Florida con los pertinentes accesorios de *sex shop*. Por lo que Ayane sabía, Susan se había encargado de comprar las diademas con antenas de abeja, un complemento mucho más inocente que los clásicos objetos fálicos que ella propuso en un principio.

Localizó a las chicas encorvadas sobre una mesa redonda, observando con morbosa curiosidad las cartas que una mujer de mediana edad disponía sobre el tapete. Mientras se acercaba, recordó que Susan había bromeado sobre contratar a una tarotista que le dijera cómo sería su matrimonio.

Ayane le había recomendado pagarle por adelantado a la mujer para exhortarla a realizar una lectura positiva a la novia. Conociendo la absurda superstición de Deborah, sería capaz de plantar a su pareja en el altar si las cartas le insinuaban poco menos que la dicha eterna.

Fue Susan la primera en percatarse de su llegada, justo después de que Ayane hubiera pedido en la barra.

—¡Hombre, por fin nos honras con tu presencia! —aplaudió, retirando la silla que habían dejado vacía para ella. Forzando la mejor sonrisa festiva de su repertorio, Ayane besó a Susan en la coronilla, a Nancy en la mejilla y le dio un apretón en el hombro a la concentrada Deborah antes de tomar asiento—. Como puedes ver, hemos empezado la fiesta sin ti.

—Yo tengo una idea algo diferente de lo que es una fiesta —reconoció con las cejas enarcadas, observando la disposición de las cartas sin disimular su desdén. Por el modo en que a Deborah se le había iluminado la cara, dedujo que la tarotista había cumplido con su parte—. ¿Y bien, Debbie? —preguntó con suavidad—. ¿Los astros están de tu lado?

—Según cuenta la señora Mystery, la solidez de nuestra relación nos permitirá salvar los obstáculos que se nos presenten —confirmó con entusiasmo.

—La señora Mystery —repitió Ayane, procurando no soltar una carcajada.

Entendía que por cuestiones de marketing tuviera que ponerse un nombre sugerente, pero aquello rayaba en lo esperpéntico.

Su esfuerzo por controlar la risa fue en vano, porque Deborah se percató de la burla implícita y se puso a la defensiva.

—Oye, no puedes culpar a una pobre chica de hacer cuanto está en su mano para asegurarse un futuro feliz. No todas tienen la suerte de casarse con un hombre que bebe los vientos por ella.

—Y tanto —suspiró Susan, abanicándose con la carta de cócteles—. ¿Quién necesita reafirmación cuando tiene a Jace esperando en casa?

La miró con una envidia en teoría exagerada, pero le salió el tiro por la culata: era de dominio público que los celos hacia su matrimonio eran muy reales.

Ayane aún no había entrado al cuerpo federal cuando Susan ya estaba obsesionada con el agente Ryder, un bombón de pelo castaño y ojos grises recién salido de la Marina con una colección de condecoraciones. La veterana creyó merecerse el amor del susodicho más que ella por el simple hecho de haberlo visto antes, y aunque Ayane no creía en esas idioteces, fruto de la cultura del romanticismo más rancio, se apartó a un lado y la dejó hacer lo propio.

Si bien le gustaban los hombres atractivos como a la que más, prefería no enemistarse con una de las preferidas de su jefe. Además de que, en esos tiempos, Ayane cambiaba de amante con una frecuencia escandalosa, y supo desde que conoció a su marido que nunca sería una muesca en el cabecero de su cama. Era uno de esos raros especímenes de hombre que una se sentía impelida a tomar muy en serio.

Aunque su responsabilidad para con el resto y su seriedad chocaban con las ansias de libertad de ella, le atraía su buen corazón y le conmovía su timidez. Era carne de cañón para una relación formal, esa que no estaba interesada en tener, incluso si no pensaba que pudieran encajar.

Hasta que lo hicieron.

Y es que, por desgracia para Susan, Jace puso el ojo y la bala en Ayane e insistió y persistió hasta que esta correspondió sus sentimientos.

A su compañera no le quedó otro remedio que vivir con ello.

Desde entonces habían transcurrido años. Años en los que Ayane había fingido no enterarse de las pestes que Susan echaba sobre ella en cuanto se daba la vuelta. Por el bien de una convivencia respetuosa en el entorno laboral, aprendió a tomarse con humor que la tachara de zorra y manipuladora. Había llegado a partirse de risa con Jace comentándole que Susan había parafraseado a la madre de Bridget Jones a fin de denostarla: «¡Las japonesas son la raza cruel!».

Suerte que ahí donde Susan era una bienqueda de tomo y lomo, Nancy era una agente vocacional que no se metía en asuntos ajenos ni perdía el tiempo compitiendo con sus compañeras. Era la única a la que le importaba un carajo que Frankie Kincaid fuera el padre biológico de Ayane, cosa que sí inquietaba tanto a Susan como a Deborah.

Esa era, en realidad, la única razón por la que la primera nunca confrontó a Ayane a propósito del asunto de Jace y por la que pillaba a menudo a Debbie mirándola con inquietud, como si temiera estar cometiendo un error al confiar en ella.

—A veces soy yo la que le espera en casa. No es como si lo tuviera castigado —repuso Ayane. Hizo una pausa para agradecer con una sonrisa la velocidad del camarero, que acababa de traerle su pedido, y luego se giró hacia la homenajeada—, e Iris te adora. Por eso se va a casar contigo, y por eso vuestra relación será larga y sólida, no porque lo digan las cartas. Hasta donde yo sé, cualquiera puede tener una vida perfecta y que el tarot insinúe lo contrario, y lo mismo a la

inversa. No es indicativo de nada.

—Si de verdad piensas eso —intervino Susan—, ¿por qué no te sometes a una lectura?

—Porque no creo ni en las barajas, ni en los horóscopos, ni en el hilo rojo del destino —resolvió con sencillez, reclinándose en el respaldo para dar un sorbo a su bebida predilecta.

Nancy le lanzó una mirada cómplice que Ayane supo cómo interpretar. Estaba recordando aquella noche que los agentes salieron de copas y ella los sorprendió pidiendo un *black russian*, un cóctel con vodka, licor de café y ningún otro ingrediente que paliara su sabor amargo. En su esplendor masculino, los compañeros la habían retado a vaciarlo de un trago para demostrar que de veras le iban las bebidas fuertes.

Nancy fue la única que se burló de ellos llamándolos ridículos. Ella se encogió de hombros y se limitó a parafrasear la canción de The Undertones: «*Boys will be boys*».

—¿Y en qué crees, entonces? —inquirió Deborah con cautela.

—En el libre albedrío, en mí misma… En el poder del amor y la amistad —agregó, abriendo mucho los ojos para recalcar la ironía.

—Entonces no te importará el resultado —insistió Susan—, pero por lo menos sabremos quién tiene razón, si Deborah o tú.

En vista de que la bruja ya había recibido sus honorarios y la futura novia estaba encantada con la apuesta, a Ayane no le quedó otro remedio que resignarse. En ningún momento descruzó las piernas o se apoyó en la mesa para asistir al despliegue de cartas con el menor interés. Tan solo se fijó en el rostro arrugado de la mujer, una bella gitana con los ojos de un tono verde desvaído. El saber encerrado en ellos resultaba atrayente en el mejor de los casos y malos augurios en el peor.

Pero Ayane no se asustaba con facilidad, y no temió sostenerle la mirada.

La que sí pareció turbarse con el intercambio fue la propia gitana. No solo su gesto se ensombreció, sino que se echó hacia atrás de forma involuntaria, inspeccionando a Ayane con cautela, como si estuviera en presencia de un peligro. Ella reaccionó enarcando una ceja, preguntándose si el numerito formaba parte del teatro habitual o si lo reservaba para dar una lección a los incrédulos. O quizá Susan hubiera mencionado sus constelaciones familiares en su ausencia y la señora Mystery hubiese resultado simpatizar con la teoría científica de que el mal era hereditario.

La tarotista le ofreció la baraja para que la cortara. Ayane obedeció alargando el brazo libre, todavía semirrecostada contra el respaldo.

A decir verdad, lo que le apetecía era ponerse ciega de cócteles hasta olvidar que había sido desairada por su jefe. O hasta que las demás estuvieran lo bastante borrachas para contar secretos bochornosos sobre Riley que la ayudaran a sentirse mejor.

Estaba fantaseando con una verdadera noche de fiesta cuando la bruja dejó escapar un gemido

ahogado al contemplar las cartas sobre el tapete.

Eran siete en total.

Ayane contuvo una carcajada al ver que la señora tragaba saliva.

—¿No he sido muy afortunada? Caray, Debbie, te has llevado tú toda la suerte con la lectura anterior.

—Silencio —ordenó la tarotista. En vista de que no podía reírse de la situación con sus tres solemnes compañeras, Ayane compartió su diversión con un público invisible dirigiendo una mirada burlona en derredor—. Solo han salido arcanos mayores. Eso es raro… Muy raro.

»Verás. Cada una de las siete cartas representa…

—Sé lo que representa cada carta —replicó, esta vez con paciencia. Había perdido de vista que estaba en presencia de una trabajadora que no ganaría ni el salario mínimo. Si Ayane estuviera en su lugar, no le haría ninguna gracia que, además de pagarle una miseria, se rieran de ella—. Esa es la del pasado, la del presente, la del futuro… El consejo, el entorno, el obstáculo, y… el resultado. —Al ver que todas se giraban para mirarla pasmadas, Ayane se encogió de hombros—. Dadle a un grupo de adolescentes una baraja de cartas del tarot, un tablero de ouija y una botella de ron barato y al día siguiente os contarán que han tenido la mejor noche de chicas del mundo.

»Adelante —la invitó Ayane. No quería ser ella quien arruinara la fiesta con su cinismo—. Sé que hay que preguntarle al tarot por un ámbito de la vida concreto. Ya que estamos con la cuestión amorosa, veamos si aciertas.

La gitana no se hizo de rogar.

—La única carta inocente por su optimismo en esta lectura es la primera, el emperador —anunció con voz de ultratumba, señalando la figura representativa del pasado—. Viene a indicar tu comodidad en el ámbito romántico desde que incursionaste en el mundo de las relaciones. Nunca te has planteado alteraciones. Buscas lo fácil y fluyes, lo cual tiene su lado positivo y su lado negativo.

—¿Que sería…? —quiso saber Susan.

—Contemplas cómo todo sucede, pero sin participar en ello en realidad, sin implicarte emocionalmente. Te limitas a verlo pasar. La carta del papa —prosiguió—, que aparece en la posición invertida, tiende a representar la restricción del individuo. —La miró a los ojos con recelo, como si estuviera ante una criatura traicionera—. En el presente reprimes tus tentaciones, que no son otras que desafiar lo establecido. Esto solo puede leerse como que en el fondo estás cansada y anhelas romper los roles prefijados. No significa que no ames a tu pareja, pero sí que te gustaría alterar el *status quo* cambiando de rutina o tomando una decisión drástica, como empezar una relación paralela. La carta te alienta a agarrar las riendas de la situación, pero con prudencia.

—Está claro que no es cierto, entonces —se lamentó Nancy, que había estado conteniendo la respiración—. Dudo que Ayane se plantee ponerle los cuernos al marido del año.

Ayane estaba segura de que las supuestas pitonisas y quiromantes se basaban en un principio universal para largar sus teorías, que no era otra que las apariencias nunca engañaban. Si la crédula que se prestaba al juego del tarot llevaba prendas de marca y tenía el irritante acento de una chica del valle de San Fernando, no costaba augurarle el futuro de ama de casa de clase media, materialista y con delirios de grandeza.

Pero Ayane no era una pija del valle de San Fernando. Ni siquiera tenía un acento determinado porque había vivido en Boca Ratón, San Diego y Albuquerque, por mencionar tres ciudades, antes de asentarse en Washington. No era tan fácil deducir de la conversación mantenida con sus amistades y de su cómodo pero elegante vestido de algodón gris que, en el fondo de su corazón, y sin ella pretenderlo, había renunciado a revolucionar su propia vida.

Por supuesto que se dejaba guiar por Jace en el ámbito sentimental. Para problemas, ya tenía el mundo laboral. Problemas que disparaban su adrenalina como para encima permitir que las aventuras románticas la tuvieran también con el jesús en la boca…

… Lo que no significaba que no anhelara a veces y en secreto experimentar el riesgo.

Fue entonces cuando recordó la pregunta de Nancy y, tan extrañada como ofendida por la duda, atajó:

—Pues claro que nunca engañaría a Jace.

—Pero… ¿es verdad eso de que te sientes restringida? —tanteó Deborah, que no quería renunciar a su creencia de que el tarot era una ciencia exacta—. Nos contaste que de los veinte a los veinticinco estuviste en relaciones polígamas, que no creías en el amor y estabas muy metida en el BDSM. Debió ser raro pasar de tener esas libertades a estar casada.

—Yo he hecho en todo momento lo que he querido —repuso Ayane—. Cuando prefería estar soltera, iba de cama en cama, y cuando me enamoré hasta el punto de renunciar a las tentaciones que ofrece el mundo, me casé. No me arrepiento de ninguna decisión que he tomado. Lo que pasa en la década de los veinte, se queda en la década de los veinte. —Y dio un sorbo al *black russian* para zanjar la cuestión.

—¿Y qué más? —le preguntó Susan a la gitana, que se había quedado mirando a Ayane como si supiera algo que a ella se le escapaba.

Sin apartar la vista de la joven, señaló la carta del futuro.

—La muerte —pronunció en tono lúgubre—. Sugiere que habrá un cambio en el que romperás con todo lo que había antes. Sentirás miedo, vértigo…, pero una vez des el paso, no habrá vuelta atrás.

—Mientras no la palme nadie… —comentó Ayane, a punto de poner los ojos en blanco.

—Con la carta de la torre, esta idea solo se afianza. Veo destrucción —musitó, entrecerrando los ojos sobre el fuego en la azotea del edificio que mostraba el naipe—, pero porque es necesario destruir para construir. Habrás de abrir los ojos a lo que tengas delante y enfrentar por fin lo que sientes. La carta recomienda que cojas al toro por los cuernos, porque los cimientos que creías tan asentados se han venido abajo.

—¿Qué significa eso? ¿Se va a divorciar? —musitó Deborah, perpleja.

Ayane no estaba tan convencida como la futura novia de que la gitana tuviera razón, pero, sin darse cuenta, fue incorporándose en el asiento hasta apoyar las dos manos en el borde de la mesa. En pose de escucha activa, atendió con interés a la segunda parte de la lectura.

—El mago augura una nueva aventura, un nuevo amor. Aparecerá alguien con quien forjarás un vínculo de una intensidad estremecedora. Esa persona se presentará tan segura de sí misma que con su autoridad te dominará a ti y todas las situaciones en las que te veas envuelta. El mago tiene el poder —recalcó con un nudo en la garganta, señalando la carta—. Siempre oficia la ceremonia, siempre dirige a la corte, varita en mano, y siempre es salvaje de espíritu. Nada ni nadie puede destruirle, y tú… tú mucho menos.

—Vale, está claro que el tarot es un engañabobos —determinó Nancy entre risas—, porque no me imagino a Ayane permitiendo que otro lleve la batuta.

La aludida se rio también, más tranquila.

¿Un nuevo amor, decía? Era ridículo siquiera concebir a otro hombre. A pesar de haber conocido a miles de personas maravillosas y haber tomado como amantes a un número nada desdeñable, Ayane se había enamorado una sola vez en su vida. Lo creía un milagro único. Era imposible que ocurriera en una segunda ocasión cuando además llevaba una vida satisfactoria.

Aunque su marido y ella hubieran establecido una rutina que, a veces, al verse un viernes por la noche enclaustrada en un loft de cincuenta metros cuadrados, amenazaba con matarla de aburrimiento, no podía pensar en una persona sobre la Tierra por la que sacrificaría lo que tenía. Estaba convencida de que la magia de los primeros años de una relación acababa esfumándose bajo el peso de la monotonía, y se consideraba afortunada porque la llama aún no se hubiera extinguido.

Como si hubiera invocado a la tarotista con sus pensamientos sobre la cama, retomó la lectura con voz temblorosa.

—El obstáculo en tu camino será el diablo, una carta con una gran implicación sexual. Apela a tus deseos más primarios y te tienta a liberarte de lo que te oprime sin importar las consecuencias. Tu relación con este hombre estará signada por la lujuria más arrolladora, pero ahí donde arderás por él, el contenido romántico de vuestro vínculo será pobre. Estará determinado por la inestabilidad emocional… Quizá por el miedo.

—¿Y el resultado? —le preguntó Deborah.

—El sol invertido —anunció la mujer en tono fúnebre—. Te verás totalmente superada por la situación, alejada de tus amigos y familiares y con la sensación de estar en la cuerda floja. Esta carta te invita a pensar y recapitular, pero en una lectura conjunta, está atravesada por el peligro; un peligro ineludible e inminente, y el horror que viene con él.

Deborah se estremeció al escucharla. Susan y Nancy se quedaron digiriendo la información de la gitana. Esta rehusaba apartar la mirada de Ayane, como si temiera que, dejándola a su merced, ese peligro ineludible e inminente fuera a cernirse sobre ella.

Pero al tiempo que la protegía con su influencia espiritual, parecía que también la temiera; que Ayane pudiera hacerle la competencia a ese diablo aterrador.

En lugar de espetarles que aquello era ridículo y que en el fondo habría preferido conocer su visión sobre el ámbito laboral, el que en realidad la tenía descontenta, Ayane alargó la mano hacia la carta del diablo.

Los problemas, en teoría, empezaban en el futuro, en esa muerte que traía un cambio drástico. Pero aquella carta en particular le había llamado la atención.

No se parecía a la de ninguna baraja que hubiera visto.

—¿Y se supone que este hombre explosivo y tóxico que voy a conocer tiene los ojos azules, o solo es casualidad que el diablo aparezca representado con ese rasgo? —le preguntó a la tarotista, concentrada en los dos zafiros que la bestia lucía en el rostro.

—No es casualidad —determinó la mujer con gravedad.

—Pues todo apunta a que estaremos a salvo gracias a ese detalle —bromeó Ayane, recuperando su cóctel *black russian* con una sonrisa ladina—, porque mi marido los tiene grises.

Capítulo 2

Al día siguiente, Ayane se enfrentó al mundo con energía renovada. No le gustaba hacer una montaña de un grano de arena, y aunque no pretendía rendirse en lo que a su futuro laboral respectaba, comprendió que de poco le serviría amargarse por una decisión tomada.

Esa misma mañana, los dos agentes elegidos para encabezar el caso se reunirían con el director para debatir las cuestiones sensibles. Se rumoreaba que Riley Ellis acudiría a Tailandia de la mano de Mohawk Kingfisher, un joven agente de ascendencia *cherokee* con el que Ayane nunca se había entendido.

A pesar de deleznar la elección de compañero, habría matado para estar en el lugar de Riley.

No podía quejarse de sus planes matutinos, aun así. Con el propósito de desahogar las frustraciones y recordarse que seguía siendo útil, tanto si se servían de sus habilidades para fines prácticos como si no, había puesto rumbo al centro de entrenamiento policial. Acudía con religiosa frecuencia para mantenerse en forma y estar al día de las novedades en el mundillo armamentístico.

Jace se reía como si ella no tuviera ningún remedio cada vez que le contaba a dónde iba.

—Cualquiera diría que estás deseando pegarle un tiro a alguien con tanta quedada para descargar la Glock —se había mofado al despedirla en la puerta.

—¿Por qué?, ¿porque me preocupa perder fuelle y le pongo remedio inmediato? ¿Te tengo que recordar aquella noticia del *USA Today* que decía que el FBI se tenía que poner las pilas? Un estudio confirmó que hay más de cincuenta bajas anuales de agentes federales, y no porque un tiroteo los pille desprevenidos. Caen durante actuaciones policiales cotidianas que podría emprender incluso un crío de cinco años.

—Tanto como un crío de cinco años… No sé yo. Pero creo recordar que ese artículo lo escribió Kevin Johnson hace casi una década —había señalado Jace—. Desde entonces, el sistema de entrenamiento ha cambiado.

—Ha cambiado, sí, pero, aparte, uno tiene que poner su granito de arena yendo a entrenar.

Acompañó la pulla de una mirada significativa que Jace ignoró hábilmente.

—Mujer, no vas a olvidar cómo se dispara si vas una vez a la semana en lugar de a diario.

—Habla por ti, guapo, que eres el que nació con un don para la puntería —le había replicado ella con más retintín incluso, subiéndose la cremallera de la chaqueta de cuero.

—Visto así… —Meneó la cabeza con humildad—. Será que me sigue pareciendo muy adorable que tuvieras que hacer las pruebas físicas dos veces porque no había manera de que

acertaras el blanco. —Y le sacó la lengua.

Jace era la única persona en el mundo a la que permitía que se burlara de sus flaquezas, lo que no quería decir que le hiciera gracia que se las recordara. Ni él, ni su propia madre. Había trabajado más duro que cualquiera de sus compañeros porque, a diferencia de la mayoría, no había nacido para la acción. En su día, tuvo que sobornar al examinador de la academia para que le permitiera un segundo intento después de quedarse a un punto del corte.

Solo le había contado esta historia de nepotismo y sinvergonzonería a Jace, temerosa de que sus amistades dedicaran el resto de su vida a bajarle los humos recordándoselo con desdén.

—A lo mejor habría acertado a la primera si hubiera pasado años sirviendo a la Marina con un rifle de asalto en cada mano. No he tenido la suerte de otros que yo me sé.

—¿Arriesgar la vida en operaciones antiterroristas te parece tener suerte en la vida? —le replicó. Si Ayane hubiera sido de las que se ruborizaban o conocían el arrepentimiento, le habría pedido disculpas por el comentario. No era ningún secreto que Jace despreciaba su labor en el frente—. Si tantos celos te da mi talento para matar inocentes, la Marina no se ha movido de donde la dejé. Pasa un año bajo su ala de pájaro de mal agüero y ya verás lo curtida que vuelves, guapa.

—Más que entrar en el cuerpo de la Marina, quería un cuerpo de la Marina —le rodeó la cintura con el brazo y se acercó para darle un sonoro beso en la mejilla, esperando poner fin al pequeño rifirrafe— y aquí lo tengo.

Él la mantuvo pegada a su cuerpo para seguir disfrutando de su calor un rato más, y aunque no siguió refunfuñando, le hizo la advertencia en un tono no del todo guasón:

—Ten cuidado conduciendo hasta el centro. Sobre todo si un hombre con los ojos azules y aspecto demoníaco te dice que tiene caramelos en su furgoneta.

Ayane soltó una carcajada y emprendió su camino al centro de entrenamiento.

Como no tenía secretos para él, le narró con pelos y señales la lectura de la tarotista en cuanto llegó a casa, haciendo hincapié en lo irrisoria que le resultaba la idea de sustituir a su marido por un tipo que se describía como el diablo en persona.

También le enseñó el amuleto del que la gitana le hizo entrega cuando la despidieron a las puertas del pub, un colgante de cuero del que pendía una turmalina.

—A Debbie le rompió el corazón que me diera el talismán a mí, a la incrédula, en vez de a ella —se había reído Ayane, cómoda entre los brazos de Jace.

Este le había dado la bienvenida en el sofá, donde le prometió que lo encontraría cuando regresara de la despedida.

—Hombre, a tu amiga no la acecha un amante traicionero. Un poco egoísta por su parte querer ser a la que le dieran el amuleto.

—No, si se quedó muy tranquila cuando la mujer me dijo por qué era yo la elegida: porque

por lo visto me ha visto un futuro muy negro.

Jace se la había quedado mirando con aire pensativo, como siempre que intentaba adivinar sus pensamientos. Al cabo de unos segundos, le preguntó si había tenido oportunidad de desahogarse con sus compañeras sobre el tema de Riley, dando por hecho que aquel era el mayor de los problemas de su mujer. Y lo era, pero Ayane sintió una injusta punzada de decepción al ver que no le daba la menor importancia a la posibilidad de que lo abandonara por otro, como si aquello no tuviera cabida en ningún mundo.

Uno de los motivos por los que se enamoró de Jace estaba relacionado con su seguridad en sí mismo. Además de complementar la suya propia, les evitaba discusiones absurdas cuando alguno de los dos viajaba por trabajo a la otra punta del país o se convertía en la obsesión romántica de un tercero que no aceptaba un no por respuesta.

La tranquilidad de Jace tenía su razón de ser: Ayane jamás le había dado motivos para que desconfiara y nunca podría causarle el menor daño sin herirse a sí misma en el proceso. Aparte, ¿qué clase de esposo maduro y con dos dedos de frente temería la lectura peregrina de una tarotista?

Jace era un hombre de hechos, no de palabras.

Si no veía a ese amante arrebatador con sus propios ojos, no lo creería.

Aun así, a Ayane le habría gustado atisbar un destello de celos en su expresión, unos celos ridículos e infundados que ella habría disipado enseguida cubriéndolo de besos. Pero celos, al fin y al cabo, tan halagadores en pequeñas dosis y en según qué casos que, a veces, y en contra de sus principios, echaba de menos.

De todos modos, le gustó que sacara a colación el tema de la misión de Riley, porque era lo que seguiría dando vueltas en su cabeza durante mucho tiempo. Nunca tendría oportunidad de desfogarse con sus presuntas amistades.

Jace siempre había admirado su facilidad para entablar relaciones con cualquiera, quizá porque a él, como introvertido, abrirse le costaba lo indecible.

No podía ni empezar a imaginarse cuánto se equivocaba respecto a ella.

Él solo veía el coro de risas que las bromas malignas de Ayane levantaban en los despachos, que sus compañeras y ella salían a fumar en grupo a la entrada del edificio y que quedaban después del trabajo para hablar de naderías con unos frutos secos por delante; veía que algunos agentes sin prejuicios la admiraban por el valor que demostró al aspirar a formar parte del FBI pese a su historia. Pero, en realidad, no podía llamarlas amigas. Cotilleaban en las pausas para el café y pagaban a medias los taxis de vuelta a casa porque, por acuerdo social, así era como se había determinado que debían desarrollarse las relaciones laborales.

Ayane disculpaba la ceguera de su marido por dos razones. En primer lugar, porque hacía

todo lo posible para que Jace jamás abriera los ojos a la triste realidad de que no era la mujer espectacular a la que tanto quería. Y, en segundo lugar, porque muy a menudo ella era la primera que se tragaba la puesta en escena. Se sorprendía contando batallitas universitarias con grandes aspavientos ante un público impresionado y Ayane llegaba a creerse de veras que podría contarles sus secretos. Pero la lámina de cristal blindado que la separaba de sus allegados y que a veces fingía no ver acababa emitiendo un reflejo. Al más mínimo intercambio de miradas incómodas, de sonrisitas frías o de comentarios con doble filo, recordaba enseguida que ellas pensaban que era diferente.

Que era peor.

Que Jace pensara que su historia personal no pesaba sobre su vida social facilitaba las cosas. Lo último que Ayane quería era convivir con un hombre que la mirara con lástima. Siempre había pensado que las relaciones no funcionaban sin una pizca de fantasía, y a ella no le importaba ser quien añadiera ese condimento.

Una vez en el centro, saludó con una sonrisa a los rostros conocidos con los que se topó en el pasillo. Mientras, buscaba en el bolso las gafas protectoras para la sala de tiro. Solían proporcionarle unas, pero era muy melindrosa con los guantes y otros complementos que ya usaban otros durante sus entrenamientos.

La planta baja del edificio estaba equipada para las necesidades de cualquier agente. Además del gimnasio, habían incorporado simuladores virtuales de tiro para que la práctica no se redujera a unos cuantos disparos al blanco en movimiento. Dichos simuladores recreaban situaciones de peligro en espacios cerrados para aprender a despejar habitaciones y rescatar rehenes, entre otras actuaciones policiales. Estos simulacros eran filmados para que más adelante los expertos realizaran las correcciones pertinentes en presencia del agente.

Ayane no pretendía pasar por el vestuario. Había llegado ya lista para la acción, las mallas negras y la camiseta de nadadora a juego bajo la chaqueta de cuero, los auriculares a punto de reproducir *Miss Belladonna* de Slayyyter, pero no le quedó otro remedio que detenerse a las puertas del aseo femenino cuando le llegó el comentario jocoso de Riley.

Se detuvo por una razón inocente: la creía reunida con el director y con Kingfisher en las oficinas del FBI.

—Tendrías que haber visto su cara cuando Wray me soltó la carpeta confidencial en el escritorio —oyó que decía—. Parecía que le hubieran dicho que su marido no volvería de la guerra, te lo juro. Pagaría por tenerla en vídeo. La reproduciría una y otra vez cuando tuviera un mal día. ¡O cada vez que se comportara como si fuera la reina de Saba!

—Qué cruel eres —la regañó una compañera en tono socarrón. Ayane la reconoció. Era una de las nuevas incorporaciones del cuerpo. Riley, que se vendía al público joven como una madre

tan letal como confiable, la había acogido bajo su ala para, en teoría, transmitirle sus conocimientos. En el fondo solo le interesaba contar con una fiel aliada, y huelga decir que la chica, de nombre Allie, le seguía el juego para seguir disfrutando de los privilegios de ser la preferida. Entre ellos, que la recomendaran para las misiones—. A mí me da pena que siempre la dejen fuera, la verdad.

—¿Pena? —repitió Riley con voz aguda—. ¡Sí, claro! Pena daría si no fuera una arrogante. Se pasea por ahí como si fuera la última Coca-Cola del desierto, y no me cabe la menor duda de que le sobran razones para pensarlo, porque seguro que todo lo que tiene, se lo han dado por su cara bonita. Pero que baje los humos conmigo y con Wray, o te aseguro que con esas ínfulas no va a llegar ni a la vuelta de la esquina. Ten esto presente para el futuro, Allie, y no peques de lo mismo —añadió con un tono de infinita sabiduría que hizo que Ayane sonriera con desdén.

¿Ella se creía la última Coca-Cola del desierto? ¿Y qué nombre recibía el ego de creerse en potestad de dar consejos vitales?

—Hablas de las ínfulas de Nagai, pero la que se ha autorreferenciado en términos de igualdad con el mismísimo director del FBI eres tú, Riley —replicó otra mujer. Se trataba de la agente Olivares, una veterana a punto de jubilarse que contaba con una reputación inmejorable en la agencia—. La chica es competitiva, sí, pero ¿no lo somos todas? ¿Tú incluida? No la he visto pasar por encima de nadie.

—No nos trata con la punta del pie porque sabe que no puede, no porque no quiera —repuso Riley con un bufido—. Si intentara alzarse como el ejemplo de moral de las oficinas, cualquiera la bajaría del pedestal pronunciando una sola palabrita: «Papá».

En un primer momento se había estado tomando la conversación con filosofía, acostumbrada a aquella clase de ataques gratuitos, pero dicha palabrita obró el efecto deseado: Ayane se erizó como un gato.

No era la primera vez —ni sería la última— que alguien se atribuía el derecho de hablar de su familia a la ligera. A veces mencionaban a su padre como quien era, excluyéndola de las malas decisiones que le habían llevado al Alcatraz de las Montañas Rocosas[2], pero otras sacaban su nombre a colación con el propósito de empequeñecerla a ella, como si hubiera participado en sus errores.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Allie, confusa—. ¿Quién es su padre?

—¿Cómo que quién es su padre? —Riley no cabía en su asombro. «¡Oh, Dios!», pensó Ayane, irónica. «¿Cómo no conoce el cotilleo más jugoso del edificio J. Edgar Hoover?»—. Has tenido que enterarte si ya llevas unas semanas en las oficinas. Bueno, a ver…, no es que salte a la vista, porque la imbécil se cambió el apellido con la esperanza de que no se supiera quién es el monstruo que la trajo al mundo…

—Quizá se lo cambiara para evitar asociaciones injustas, como la que tú estás insinuando —repuso Olivares con severidad—. Los niños no han de responder por los pecados de sus padres, y menos cuando esos niños huyen desesperadamente de su pasado. Que Nagai se haya formado como agente federal teniendo a un familiar en una prisión de alta seguridad dice lo contrario a lo que tú pretendes vender. Es obvio que delezna los crímenes de su padre.

—Venga, por favor, ¡pero si ha ido a verlo! —insistía Riley con sorna—. Un criminal con el historial de Frank Kincaid no tiene permitidas las visitas de cortesía. Conociendo los regímenes de ADX Florence, permanecerá en aislamiento veinte de las veinticuatro horas del día, como debe ser. Si Nagai consigue hablar con él, es porque echa mano de sus conexiones. Conexiones que no tendría sin una placa de agente. Quién sabe… A lo mejor se metió en el FBI para estar más cerca de papá.

—¿Kincaid, has dicho? —La voz le tembló a Allie al pronunciarlo—. ¿Ese es el de…?

—Ese mismo. Lo llaman El Yakuza. Está cumpliendo tres cadenas perpetuas y doscientos cuarenta años más, por si acaso se quedaba con hambre —se rio Riley. Sus carcajadas le torcieron el gesto a Ayane, que sintió una presión en la boca del estómago—. ¿Ahora qué? ¿Me vais a decir que es impensable que un criminal acusado de tráfico de drogas, blanqueo, asesinato premeditado y Dios sabe qué más, todo esto en nombre de la banda organizada más temida del mundo, pudiera haber tenido una hija igual de maquiavélica? No la van llamando «Il Consigliere»[3] por las oficinas por nada.

Ayane apretó los puños.

El apodo llegó a sus oídos por casualidad años atrás, mientras tomaba un café con Nancy. Recordaba la tristeza con la que su amiga la miró, avergonzándose en su nombre y en el de todos sus compañeros cuando a Ayane le constaba que ella jamás habría participado en semejante circo.

Aquel día tuvo que tragarse la rabia y comentar en tono jocoso que se habían dejado la creatividad en casa.

—El *consigliere* ni siquiera es el segundo miembro más importante de la mafia —había explicado, procurando no mirar a Nancy a la cara y mantener la sonrisa burlona en los labios—. Ya podrían haberme llamado *sottocapo*, que para eso es el subjefe de la *famiglia*.

—No sé si maquiavélica —vaciló Allie, sacándola del recuerdo—, pero ¿cómo es posible que la aceptaran en el FBI?

—La aceptaron porque pasó las mismas pruebas que tú y que yo, y porque no existe ninguna ley que prohíba que la descendencia de un delincuente forme parte de un cuerpo de seguridad del Estado —explicó Olivares antes de que Riley arrancara a hablar con nuevos prejuicios—. En el caso de que se hubiera demostrado que Ayane estuvo implicada en los delitos de su padre, se la

habría descartado con pleno derecho, pero creo recordar que era menor de edad cuando Kincaid entró en prisión. Vivió sola con su madre prácticamente desde que nació. Ya que vamos a dar datos sensibles de una agente, datos que no tenemos por qué conocer considerando que los expedientes son privados, vamos a contarlo todo, ¿no te parece? —apostilló con severidad.

Ayane se la imaginó fulminando a Riley con su mirada oscura.

—Insisto en que va a verlo a prisión —se empecinó la agente. «Eso no es verdad», estuvo a punto de intervenir la aludida—. Seguro que lo hace bajo la excusa de interrogarlo sobre los crímenes que aún no ha confesado para no levantar sospechas. Esa mujer no es trigo limpio, ya os lo digo, y no soy la única que lo piensa. Si lo fuera, quizá Wray le habría dado la misión a ella por todo eso de que sabe idiomas y conoce el mundillo BDSM. Otro dato que sustenta mi teoría, por cierto. Hace falta estar mal de la cabeza para que te guste el sadomasoquismo.

—Oh, ¡por Dios! —exclamó Olivares con exasperación, poniendo voz al pensamiento de Ayane, que había tenido que morderse la lengua para no reírse de su estupidez—. Eres una ignorante, y, además, te corroe la envidia —sentenció.

Le pareció oír el sonido de sus pasos camino de la salida, señal de que había tenido suficiente. Ante el peligro de ser descubierta, y cansada como si le hubieran caído de pronto veinte años encima, reanudó la marcha en silencio hacia la unidad de tiro.

«¿Me vais a decir que es impensable que un criminal (...) pudiera haber tenido una hija igual de maquiavélica?».

«Como intentara alzarse como el ejemplo de moral de las oficinas, la bajaría del pedestal pronunciando una sola palabrita: “Papá”».

«El monstruo que la trajo al mundo».

Ayane agarró con fuerza el asa del bolso para descargar su rabia, que se mezclaba con la desesperación de no poder hacerse entender entre obtusos y la angustiosa certeza de que aquello la perseguiría de por vida.

Lo había intentado todo para que no la asociaran con él. Se había cambiado el apellido, le había obligado a firmar la renuncia de la patria potestad de manera que su relación sanguínea no apareciera en el papel; le había exigido una y otra vez que no la mencionara o le escribiera. Llevaba años pretendiendo que no existía, que estaba muerto para ella. Se había autoproclamado huérfana a costa de abandonarlo a su suerte en una de las cárceles con peor reputación del mundo entero desde Guantánamo, negándole no ya el saludo o la mirada, sino el vínculo sagrado entre padre e hija. Y cuando no pudo tomar todas estas decisiones por ser demasiado pequeña, quizá también demasiado débil para romper el contacto, fue su madre quien muy prudentemente trató de mantenerla alejada de Kincaid.

Tan pronto como eran interceptadas por el patriarca, Naoko Nagai empacaba sus pertenencias

con una diligencia asombrosa y huía en la noche cerrada tirándole de la mano con la determinación de quien no se permitiría mirar atrás. Tomaba autobuses, trenes y aviones de última hora sin mirar el destino; ¿cuántas veces no la habría oído pedir «dos billetes al lugar más lejano» en las ventanillas de las estaciones? No le importaba dejar atrás su vida y arrastrarse a los confines del país con tal de que la influencia negra de El Yakuza no las alcanzara.

Naoko no se detenía ni para secarle las lágrimas a su hija. Su propia cara estaba seca como el Valle de la Muerte. De niña, Ayane solía despreciar su indolencia, pero ahora la recordaba a su pesar como lo que fue, un ángel custodio.

Su madre aceptó el rol de protectora aunque en el camino hubieran de comportarse como si fueran ellas las delincuentes. En los pueblos en los que aterrizaron, los indígenas jamás dejaron de mirarlas por encima del hombro, preguntándose de dónde habrían salido dos criaturas tan desamparadas que siempre comprobaban dos veces que nadie las andaba siguiendo.

Si hubiera podido, la señora Nagai se la habría llevado de vuelta a Tokio, su ciudad natal, pero los cuerpos de seguridad que iban detrás de su padre les prohibieron moverse del territorio estadounidense por si el criminal intentaba contactar con ellas.

Y lo intentaba. Pero si se comunicaba con su familia a través de una llamada telefónica, para cuando su madre lo reportaba a Seguridad Nacional, Kincaid ya había quemado hasta los cimientos la gasolinera donde se hallaba la cabina para eliminar sus huellas.

Había pasado toda la vida burlándose de las policías locales y estatales, de los agentes federales, de la inteligencia estadounidense; acumulando delitos que, en el lenguaje criminal, no eran sino medallas que lucir con orgullo. Era imprevisible, ágil y, sobre todo, brillante. Brillante de una manera absolutamente desconcertante.

Que le dieran caza por fin no fue un error de cálculo, porque sus cálculos eran una ciencia exacta.

Fue culpa de otra persona.

Con un nudo en la garganta, Ayane fue a entrar en el cubículo de la sala de tiro.

—Agente —la saludó un miembro de mantenimiento que salía de la misma unidad—. Procure practicar solo aquí en el día de hoy. —Señaló la unidad vecina con un movimiento de cabeza—. Estamos realizando unas modificaciones en la sala de simulación virtual y no estará operativa hasta la semana que viene. Ahora mismo sirve de almacén para las armas de fuego, por eso de que hemos tenido que ampliar el espacio de la sala de tiro para que quepan todos los que suelen entrenar en la otra. Si quiere cambiar de arma, están justo ahí. Lo hemos notificado en las puertas y pasillos, pero por si acaso se lo comento. Ayer casi tuvimos un problema grave con la reforma porque a la gente le cuesta leer un pedazo de papel.

Ayane musitó un agradecimiento y esperó a que el hombre se marchara para prepararse para los blancos.

Mientras se ajustaba los guantes y los cascos con cancelación de sonido, dejó que el odio hacia a Riley la corroyera hasta relajarle los músculos.

Porque era un odio resignado. Anestésico.

Sabía que no merecía la pena arremeter contra ella. La agente no era la única persona sobre la Tierra que abanderaba ese argumento simplista. Si el mismo Wray no fuera en buena parte seguidor del dicho «de tal palo, tal astilla», no le endosaría exclusivamente los casos que no comprometían la seguridad del país ni contaban con un expediente de información clasificada. Y, al final, gran parte de las acusaciones eran ciertas, por lo que ¿hasta qué punto podía rebelarse?

No había visitado a su padre en la cárcel más que una vez, cuando la mandaron para someterlo a un interrogatorio con la esperanza de que su mera presencia le instara a confesar las tremebundas felonías por las que aún trataban de empapelarle, pero no se equivocaban en el mensaje general.

Ayane quería a su padre.

Iba en contra de sus principios, la hacía sufrir brotes coléricos y padecer pesadillas, pero lo amaba con locura y a la vista estaba que ningún delito, por espantoso que fuera, lograría cambiar ese hecho. Que perras miserables como Riley se creyeran en posesión de la verdad absoluta y hablara de ellos como si los conociera la llenaba de rabia.

Para desahogarse, utilizó su propia Glock, la que le correspondía como agente y que siempre llevaba encima por si acaso. La tentó probar algo diferente, algo más letal, y alzó la cabeza para echar una ojeada al otro lado del cristal, a la sala del simulador donde habían amontonado las armas de fuego.

La casualidad quiso que se topara con la mirada de Riley, quien, confirmando la queja del agente de mantenimiento, había obviado las señales de «prohibido pasar» para prender el sistema y escoger una pistola al azar.

La veterana levantó una mano en un saludo informal. Le dirigió una sonrisa que en cualquier otra circunstancia habría parecido amigable, incluso cálida.

¿Cómo no iba a alegrarse de verla, si ahora podía restregarle su victoria?

Ayane le devolvió el gesto con un cabeceo conciso. Le sostuvo la mirada un instante, decidiendo si encontrarse con Riley para cambiar la Glock por un fusil de asalto. Los riesgos de no poder contenerse y acabar encarándola por sus acusaciones eran muy elevados, y no estaba por la labor de advertirla sobre los peligros de practicar en una sala en obras.

Terminó dándose la vuelta para concentrarse en las dianas que le tocaría derribar.

Apretó el gatillo alrededor de seis veces seguidas antes de recargar el arma. Las seis balas salieron disparadas contra la circunferencia roja del sujeto móvil de papel y cartón a la altura de su pecho y cabeza.

Quizá por la conversación que había escuchado, quizá porque, en el fondo, siempre lo tenía

presente en el pensamiento, se acordó de la primera vez que vio una pistola.

Subestimando una vez más las habilidades de Kincaid para hallar una aguja en un pajar, su madre había alquilado una casita de campo a las afueras de Boca Ratón. No fue ninguna sorpresa para nadie que su padre apareciera por allí al cabo de tres meses.

Ni siquiera Naoko tuvo los ánimos para fingirse indignada a esas alturas. Lo recibía rígida como la piedra de un mechero, pero no le negaba la cama y siempre le ponía un plato caliente sobre la mesa.

Cuando la Ayane de siete años lo abrazó, más feliz que unas pascuas porque esta vez «el juego del escondite» no se hubiera prolongado más que noventa días, notó la dureza del arma a la altura de su estómago.

Se retiró para preguntarle si era un regalo para ella lo que había traído consigo.

Él se agachó y la miró con sus preciosos ojos azules. Después de vacilar un instante, sacó el arma de donde estaba, pegada a su piel sin otro tipo de medida protectora, y la interpuso entre los dos cogiéndola del mango.

Años más tarde, una Ayane adolescente con mayor conocimiento sobre las armas le rogaría que dejara de colgársela en la ropa interior y se cerciorara de que tenía el seguro accionado.

—El mejor regalo que puedo hacerte, *tadaima-chan*[4] —le dijo entonces—, es no decirte qué es.

Ella no le dio la menor importancia a que su padre portara una de esas máquinas de matar que los héroes y villanos de películas de mafiosos usaban para barrer del mapa a sus enemigos. Y no le importó porque allí estaba él de nuevo, por fin. Allí estaba el hombre malo de los ojos azules, el diablo de la carta.

De no haber sido por el contenido lujurioso de la lectura de la tarotista, Ayane habría apostado por que la sombra que se cernía sobre ella era su propio padre. Porque era innegable que Frank «El Yakuza» Kincaid, por el simple hecho de existir, le estaba arruinando la vida.

Pero si la visitara de nuevo convertido en un fugitivo y volviera a llamarla *tadaima*, demostrando un lamentable conocimiento del japonés al tiempo que una conmovedora habilidad para interpretar el idioma a su conveniencia, ¿sería capaz de cerrarle la puerta?

Sus compañeros podían proferir cuantas opiniones crudas tuvieran. Eso no era lo que mandaba a Ayane a la cama con el corazón encogido y la sensación de estar traicionando a la patria, a su madre, a su marido y a sí misma. Lo que le preocupaba era no saber si podría mantenerse fiel a la ley de los Estados Unidos negándole cobijo a su padre.

Un aullido desgarrador alteró el curso de sus pensamientos. Ayane se giró hacia la unidad de simulación, confundida porque el ruido hubiera atravesado sus cascos.

Se los retiró con cuidado mientras se acercaba al cristal.

No parecía que hubiera nadie, pero, por si acaso, salió de la sala de tiro y se asomó a la amplia explanada donde proyectaban las tecnologías de movimiento.

El corazón se le paró al ver a Riley tendida en un charco de su propia sangre, agarrándose la garganta con las manos temblorosas.

Paralizada, miró la herida que la agente trataba de taponar. Miró la pistola, que, abandonada en el suelo no parecía tan letal. Luego miró la marca de una bala en la pared, fabricada para que rebotaran los balines de las armas específicas para los simuladores y no las reales que Riley había utilizado.

Recordó la insinuación del encargado de mantenimiento sobre el problema que habían tenido el día anterior y, por instinto, dio un paso atrás.

El movimiento hizo que Riley clavara en ella una mirada de ojos inyectados en sangre. No podía hablar ni tragar saliva sin que la herida intentara ahogarla, pero supo con exactitud qué le estaba pidiendo.

En apenas un instante, un pensamiento fugaz.

«Puedo abandonarla a su suerte. Dar media vuelta y fingir que no he visto nada».

No llegó a planteárselo de forma consciente porque esto habría requerido un esfuerzo mental, pero la posibilidad se le presentó como un fogonazo de luz cegadora: dejarla morir con la lengua aún emponzoñada por los prejuicios recién proferidos.

No le dio tiempo a preguntarse si podría vivir con el arrepentimiento después de cobrarse una venganza desproporcionada. Despertó del trance en un tris y se apresuró a buscar ayuda gritando por el pasillo.

Una carga de pensamientos intrusivos podría haberla desestabilizado durante los minutos posteriores, cruciales para la supervivencia de Riley: la culpa de no haberla avisado al verla entrar en la unidad inhabilitada y de haber experimentado regocijo al atestiguar su sufrimiento. Sin embargo, Ayane pensó en una única cosa mientras el personal atendía la herida sin la menor esperanza de salvarla.

«Me voy a Tailandia».

Capítulo 3

Ayane se alisó las arrugas de la americana azul marino. Tocó con los nudillos a la puerta del despacho principal del edificio y la abrió para asomarse con una expresión solícita.

Al otro lado del umbral, sentado tras el imponente escritorio de madera oscura, se encontraba Christopher Wray, director del FBI desde que el presidente Donald Trump tomó posesión del cargo de líder del mundo libre.

—¿Me ha mandado llamar? —inquirió con inocencia pero sin andarse con rodeos.

No pensó que fuera a beneficiarla el papel de ingenua. Sabía de buena tinta por qué la había convocado en las oficinas a las pocas horas de que se conociera el estado crítico de Riley.

El superior la miró de arriba abajo y sonrió para su coleto con una especie de sordo desdén.

—Está claro que sabe a qué viene. Se ha esmerado para la ocasión.

Gesticuló elegantemente hacia su atuendo, un sencillo traje con la chaqueta entallada a la cintura y pantalón de pie de elefante. Lo había combinado con una blusa de satén color perla. Sin escotes, sin tacones impresionantes, sin apenas maquillaje: Ayane se había propuesto cumplir a rajatabla las expectativas de Wray y había empezado defendiendo el protocolo de vestimenta.

—Nunca me ha parecido educado presentarme en la oficina con un chándal, que es lo que llevaba puesto en el centro de entrenamiento. Pero sí —le confirmó, cerrando la puerta tras ella con una lentitud solemne—, me puedo imaginar por qué estoy aquí. Estaba allí cuando se llevaron a Riley.

—Eso he oído, que andaba usted por la zona. Qué… accidente tan desafortunado, ¿no le parece? —Hizo una pausa deliberada—. Porque lo he dicho correctamente, ¿verdad? La palabra es «accidente».

Ayane entrelazó las manos sobre el regazo, todavía de pie a una distancia prudencial.

—Así es.

—Solo fue una casualidad que usted, su mayor competidora, se encontrara en el mismo sitio en el momento de la desgracia. Igual que el hecho de que usted le tuviera inquina a la agente porque fuera seleccionada en su lugar para el caso.

—Eso último no es casual. Como ya le hice saber ayer, señor Wray, mi irritación por no salir elegida es el resultado inevitable de todas las exclusiones previas.

—Ajá… —Christopher se la quedó mirando con recelo unos minutos hasta concluir, por lo menos por el momento, que estaba libre de cargos. Suspirando, alargó el brazo hacia un pósit que había dejado junto al teléfono fijo para resumirle su contenido—. Por si le interesa, a la agente se

le realizó una intubación endotraqueal en la ambulancia y se la trasladó a quirófano enseguida. Según me han contado, la bala le ha afectado al esófago cervical y se encuentra ahora mismo en la UCI para seguimiento prioritario.

»Podría haber sido peor. Podría haber muerto en el acto. —Clavó en ella una mirada cargada de sospecha, esperando vislumbrar algún tipo de culpabilidad o regocijo en Ayane—. Pero se espera que a la agente le queden secuelas de por vida. La clase de secuelas que incapacitan a un profesional a la hora de trabajar. —Entrecerró los ojos—. Estará usted más contenta que unas castañuelas.

Ayane interpretó el comentario como una provocación y no se inmutó.

—No particularmente. Deseo que se recupere —respondió, y no mentía. Como tampoco lo hizo al continuar—, pero si quiere que le diga la verdad, no lloraré por ella si eso no sucede, y no por cuestiones profesionales. No es ningún secreto que jamás nos hemos entendido a nivel personal.

—Pero también se debe a cuestiones profesionales —replicó Wray, enderezándose en el asiento.

Por fin invitó a Ayane a sentarse frente a él con el gesto exasperado de quien odiaba que las cosas no salieran como quería. Ella obedeció sin quitarle la vista de encima.

¿Y si aprovechaba el incidente para rescindir su contrato? No podría acusar más que su comportamiento negligente, y, aun así…

—Considerando que Riley se quedará muda en el mejor de los casos y morirá a causa de una infección en el peor —prosiguió con las manos entrelazadas—, no parece la persona adecuada para viajar. Usted, como bien sabe, era la segunda en la lista. Supongo que conoce el caso a grandes rasgos. Estoy al tanto de que los agentes hablan entre ellos y no respetan del todo la confidencialidad de las operaciones.

No fue muy halagador que Wray le recordase que era el repuesto, pero considerando que hacía unos meses ni siquiera se habrían planteado proponerla como candidata, no se quejó.

Por otro lado, no obstante, le suscitó entre poca y ninguna confianza que hablara en tono desapasionado de las secuelas que padecería una de sus trabajadoras.

Ayane era sincera al decir que no se apiadaba de Riley. Había crecido sabiendo que su padre cometía crímenes imperdonables y solía sentirse más inclinada a justificarlo a él que a compadecerse de sus víctimas. Esta tendencia infantil, viciada por la idolatría, había afectado severamente al desarrollo de su empatía, que, dirigida a desconocidos o sujetos *non gratos*, brillaba por su ausencia. Pero incluso ella, que tras un arduo trabajo psicológico había logrado deshacerse del control pasivo que Kincaid ejercía en su vida, podía indignarse por el trato inhumano que le dirigía a una persona herida.

Ni siquiera le importaba tanto que la hubiera creído capaz de apretar el gatillo con tal de recibir sus condecoraciones. En el fondo, Ayane se sentía responsable por no haber puesto a Riley sobre aviso, pero se consolaba pensando que su descuido no había sido intencional. Más le preocupaba que fueran a mandarla a un país lejano y con una reputación inquietante, y que el que tomara las decisiones de la agencia fuera un hijo de puta sin escrúpulos.

Wray sacó de un cajón la carpeta que lo había empezado todo, aquella que depositó sobre el escritorio de Riley y que debió de recuperar en cuanto recibió la llamada del hospital.

La invitó a ojear el contenido.

Lo primero con lo que Ayane se topó fue con una foto tamaño carné unida por un clip a una copia de un documento nacional de identidad y a una denuncia de desaparición. Reconoció a Amelia Cox, la universitaria desaparecida que copaba los noticiarios.

Si no se hubiera tratado de la nieta de un adinerado empresario sureño, no le habrían prestado tanta atención. Lo demostraba que al pasar la página se topara con el rostro exótico de Jaylani Patel, una chica de clase media con raíces indias que también había desaparecido en los últimos años y de la que se olvidaron al cabo de tres meses.

Según vio que contaban los testimonios tras una primera ojeada, el enlace común era la isla de Koh Phangan.

—¿Esto es todo lo que tenemos? —preguntó Ayane, acariciando el borde de la fotografía de Jaylani. Ambas víctimas eran veinteañeras atractivas—. No es que me parezca poco. Uno puede figurarse por qué desaparecen dos mujeres en un país conocido por la trata de blancas y la prostitución infantil, pero como mínimo faltan declaraciones de sus seres queridos.

—Las autoridades de Connecticut, donde vivía Patel, nos contactaron hará un par de semanas. —Se reclinó hacia atrás y cruzó el tobillo sobre la rodilla contraria—. Por lo que se ve, una buena amiga de la desaparecida fue a comisaría muy nerviosa y avergonzada para darles información relevante. Ya sabe; esa información sensible que las grandes amistades se reservan para ser fieles a las promesas adolescentes que le hicieron a su queridísima amiguita cuando aún no estaba en paradero desconocido, y que por alguna razón piensan que deben seguir manteniendo incluso si largarlo nos ayudara a hallarla ilesa. —Hizo un vago aspaviento con irritación—. Por lo visto, a esta chica le dio una crisis de ansiedad y confesó que sabía a qué había ido Jaylani a Tailandia: a un evento anual y muy exclusivo de sadomasoquismo. De ahí que se corriera el rumor en las oficinas de que el caso versa sobre el famoso BDSM.

—¿Cómo de exclusivo?

—Si quiere saber cómo se enteró de que había una fiesta secreta en Koh Phangan, eso habrá de averiguarlo usted.

—¿Y en cuanto a términos económicos?

—Como puede ver en las últimas anotaciones, el viaje costaba cincuenta mil dólares per cápita, vuelos no incluidos —apostilló con una ceja enarcada—, cuando fue Patel. Luego bajaron el costo porque pasó de dos semanas de experiencia a una, vaya uno a saber por qué. Dudo que sea por las desapariciones. No creo que los organizadores pusieran el grito en el cielo o se dieran cuenta siquiera de que las chicas no regresaban a casa.

—¿Cómo se puede permitir una experiencia de semejante valor la… —Ayane consultó su expediente con los párpados entornados— auxiliar de una biblioteca municipal? ¿Se le conoce pareja? ¿Salía con un hombre adinerado, quizá? ¿Uno que la introdujera en el BDSM? Me atrevería a decir que en… —revisó de nuevo los datos de Patel— New London y alrededores no hay un solo club de intercambio de parejas. Y en cuanto a Amelia, ¿se sabe a qué fue a la isla? ¿Ella también acudió al evento?

—El vínculo de Amelia Cox con Tailandia es algo menos enigmático que el de Patel. Se iba a casar con un viejo amigo de la familia, con el que es probable que fuera de viaje a Koh Phangan, porque apareció muerto en las costas de Koh Samui hace tres meses y medio. Aparte, pudimos acceder a la nube del móvil de Cox y confirmar que sus últimas fotos mostraban paisajes tailandeses… y también algunas imágenes comprometedoras de la joven vestida con prendas fetichistas. Página quince —agregó, invitándola a contemplar con sus propios ojos la provocativa sesión de Amelia.

Llevaba el rostro cubierto, pero su identidad era reconocible gracias al tatuaje tribal sobre las nalgas que las autoridades de Luisiana habían anotado en su descripción física. Aparecía a cuatro patas y de espaldas a la cámara sobre una alfombra con motivos geométricos. Pretendía mirar al objetivo por encima del hombro a través de las rendijas de una máscara integral sin orificio para la boca. Un collar de sumisa y un arnés de cuero hacían un esfuerzo muy precario por cubrir su desnudez. Gracias a la postura, en la imagen destacaban el *plug* anal y el dildo insertados en sus orificios.

Había otras dos fotografías impresas del mismo estilo.

—La muerte del prometido sirvió para que las amistades rompieran sus votos de confianza —continuó Wray—. Por lo que nos contaron sobre el finado, estaba prohibido por contrato hablar de lo que se iba a hacer allí, pero a Andrew le gustaba hacer insinuaciones y fardar de la exclusividad de sus aficiones. Además, era *vox populi* en el grupo que al tipo le iba lo extremo y que estaba encantado de haber dado con una mujer dispuesta a complacerle.

Ayane asintió con la cabeza mientras se hacía un esquema mental con las novedades.

—¿Cuál era el plan detrás de mandar a los agentes a Tailandia, señor? —inquirió—. ¿Enviarlos a husmear en los hoteles? Eso habría sido una pérdida inútil de presupuesto, además de un riesgo.

—¿Qué sugiere usted? Como muy bien dijo la agente Ellis, si se confirma lo que nos tememos, más caro y arriesgado sería moverse por Norteamérica preguntando en clubes BDSM si saben cómo se consigue una invitación al evento.

—¿Quién denunció la desaparición de Jaylani? Tuvo que ser su pareja, el hombre o mujer que fuera con ella. Hay que averiguar su nombre e interrogarlo para que nos diga quién le habló por primera vez del evento en cuestión.

—A lo mejor fue sola.

Ayane esbozó una sonrisa displicente y cruzó las piernas.

—Si es una fiesta BDSM, no fue sola, se lo aseguro. La propia palabra «sadomasoquista» lo advierte: se necesita un sádico y se necesita un masoquista. El mundillo del que hablamos no es como irse de putas, señor Wray; para disfrutar de las sesiones tiene que haber una mínima confianza y complicidad entre dos personas, y eso no se forja en cinco segundos. Distinto es que luego, en un salón lleno de gente, uno quiera experimentar con desconocidos.

—Entonces es cierto eso de que está familiarizada con el lenguaje —meditó Wray en tono neutro. Era difícil saber si se regocijaba en su elección o se la estaba temiendo—. Habría jurado que se lo inventaba para salir elegida a cualquier precio.

—Puedo ser competitiva y arrogante, pero no presumo de lo que carezco. No intentaría salir elegida a cualquier precio; solo si estuviera preparada. Y lo estoy. Soy su mejor baza.

Christopher se reclinó en el sillón sin dejar de mirarla.

Antes de ser nombrado director del FBI por el último gobierno republicano, Wray ya era un hombre exitoso. Había trabajado como abogado en un lujoso bufete y había sido fiscal general adjunto de la División de lo Penal. Incluso si lo viera de lejos, Ayane sabría que una bandera de Estados Unidos ondeaba, orgullosa, en la puerta de su vivienda, porque así era como entendía el aspecto del yanqui promedio: llevaba el cabello canoso peinado con la raya a un lado, como el heroico Tom Cruise de *Top Gun* que todos los jóvenes norteamericanos aspiraban ser, y su piel lucía el tono anaranjado que delataría a un *redneck* como tal antes de abrir la boca siquiera.

Era atractivo, aun así. Cuando firmaron el primer contrato, el director acababa de cumplir los cincuenta años. Ayane recordaba haberse quedado mirando con morbosa fijeza el hoyuelo de Kirk Douglas que tenía en la barbilla.

—¿Por qué crees que te he estado apartando de los casos? —quiso saber él tras un rato en silencio.

Ayane enarcó una ceja, sorprendida porque la hubiera tuteado.

—¿No es evidente? Me he preguntado más de una vez por qué se me permitió entrar en la academia y realizar las pruebas pertinentes en primer lugar si, por una pequeña mancha en mi expediente, se me iba a impedir ejercer mi trabajo en condiciones.

—No se te ha impedido ejercer —replicó en aquel tono sabiondo que Ayane odiaba, porque era el que se utilizaba para hacer correcciones innecesarias que tergiversaban la situación—. Solo he tenido cuidado para que tus superiores no te encomendaran las misiones más peligrosas. Y la razón no está relacionada con tu padre, a quien de todos modos no describiría como «una pequeña mancha» —apostilló con una socarronería poco amistosa.

—¿Usted también piensa que el mal es hereditario?

—Creo que el simple hecho de tener a El Yakuza de figura parental es una prueba de carácter —reconoció, mesándose la barbilla. La miraba con fijeza, como si quisiera descifrar sus pensamientos—. Incluso si no estuvo presente en tu infancia, es imposible que sus actividades delictivas no te moldearan como persona. Pero si estás aquí, Nagai, es porque la mayoría de los altos mandos creemos que te influyó en un sentido positivo; que con más motivo perseguirás la justicia. Por si no lo sabes, el FBI no hace favores a nadie.

—¿Entonces? —insistió, recta como una flecha en su asiento—. ¿Por qué siempre he sido el último recurso? ¿Piensa que estoy verde? —añadió, recordando lo que Jace le había dicho.

—¿Verde? —repitió, poniendo los ojos como platos—. Incluso si no vienes de la Marina o la Armada, puede que seas la agente más completa en plantilla por tus conocimientos multidisciplinares. El problema es, Nagai —se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos sobre la mesa—, que estás ansiosa por demostrar que eres capaz de traer la gloria a Estados Unidos. Y cuando a uno le obsesiona cómo queda en el papel, se olvida de lo verdaderamente importante. No te mueve el cumplimiento de la ley, sino que te cuelguen una medalla.

—Con el debido respeto, señor Wray, si solo quisiera fama y aplausos, me habría dedicado al modelaje.

El director se rio, complacido con la respuesta. Después le lanzó una apreciativa mirada de arriba abajo con la que dejaba claro que coincidía con ella.

—Coordina una reunión con el agente Kingfisher para poner en común vuestras ideas: cómo llegaréis hasta Tailandia, cuál será vuestra tapadera… Quiero que tengáis libertad de movimiento, pero mantenedme al corriente de cada paso que deis. Ambas desapariciones tuvieron lugar a principios de octubre, otro detalle que nos hace pensar que ambas fueron abducidas por un secuestrador serial que replica su *modus operandi*. Esto os da un par de meses para meteros en el bolsillo a quien debáis para llegar a la isla de Koh Phangan. Pero antes de todo —continuó, esta vez con un tono lánguido—, me gustaría que te pasaras a hablar con Chambers.

—¿El psiquiatra? —se sorprendió—. Ni siquiera es el profesional que me corresponde. Siempre que he tenido que hablar con un terapeuta, ha sido con la doctora Salinger.

Ayane no desconfiaba de la profesionalidad de Chambers. De hecho, lo tenía por un

psiquiatra vocacional, pero tanto él como ella consideraron menester remitirla a otra de las especialistas en plantilla para incomodidades.

Durante sus primeros meses en el FBI, y mucho antes de plantearse pasar por encima de los deseos de Susan para conocer a Jace en un sentido más profundo, la vida personal de Ayane fue la definición de hedonismo. No se acostó con ningún compañero o superior por lo que pudiera ocurrir de cara al futuro, aun así. Uno nunca sabía en qué podía derivar el despecho de un antiguo amante y prefería curarse en salud. Pero sí hizo una excepción con Chambers bajo la excusa de que aún estaba realizando las prácticas, formaba parte de un departamento distinto y, por qué no decirlo: ese día estaba demasiado borracha para pensar con claridad.

El psiquiatra la acompañó a su casa después de una noche de desenfreno en el bar donde los agentes solían ir a repostar tras la jornada y simplemente pasó.

Ayane no recordaba haberlo deseado con fervor. No lo habría invitado a subir si su intención no hubiera sido agradecerle el caballeroso detalle con una última copa, porque apenas se acordaba de retazos de lo que sucedió entre los dos. Y, por supuesto, se aseguró de dejarle claro al día siguiente que había sido cosa de una vez.

El polvo fue tan irrelevante que Ayane no le había vuelto a dirigir un solo pensamiento, pero Christopher Wray necesitaría saberlo si pretendía que se convirtiera en su psiquiatra de cabecera.

¿O no? A fin de cuentas, peores cosas se habían visto entre exparejas del cuerpo, y aquello había pasado hacía tanto tiempo que no debería suponer el menor problema.

—Salinger es experta en perfiles —expuso Wray—. Chambers es el que trata a los agentes cuando son destinados a una operación y cuando regresan perjudicados. En este caso, es la persona indicada. Antes de viajar a Koh Phangan, quiero que te cites con él.

—¿Y solo me tengo que citar yo, o el chequeo es obligatorio también para Kingfisher?

El director dejó correr un silencio que castigaba la insolencia implícita en su pregunta. Una pregunta que resultó ser muy justa, porque, al no contestarla, le dio la respuesta que ella ya sabía: quería que se descartara una vez más que había heredado la locura de su padre.

Estaba acostumbrada al procedimiento. Ayane había visitado a la doctora Salinger más veces que ningún agente con estrés postraumático en los últimos años. La excusa era que tener a Kincaid en la cárcel y ser sometida de manera periódica a duros interrogatorios relativos a sus crímenes desequilibraría a cualquiera, pero la verdadera razón era que sus superiores no confiaban en ella. Wray parecía convencido de que en el momento más insospechado, ella cometería un desliz con el que se arrancaría la careta de agente comprometida con la causa. Entonces, los psicólogos podrían diagnosticarle narcisismo, bipolaridad o cualquier otro trastorno que los documentales de madrugada y teóricos de la conspiración le habían atribuido previamente a su padre para justificar sus actos.

La pregunta metafísica que consternaba a la humanidad desde los tiempos de los filósofos clásicos no había dejado de flotar en los pasillos y despachos del FBI por su culpa: ¿era la maldad una enfermedad? ¿Se podía contagiar?

Ayane asintió con sequedad y se levantó del asiento. Cogió la carpeta y se la colocó debajo del brazo con la promesa de estudiar el caso con detenimiento.

Se cuidó de reflejar su entusiasmo. Acababa de descubrir que a Wray no le gustaba que sus agentes lucharan hasta el final por el honor de encabezar una operación, por lo que más le valía mostrarse indiferente.

Indiferente como Jace, pensaba. El indiscutible ojito derecho del director.

A lo mejor eso era lo que querían de ella. Que tomara a su marido de ejemplo. Que no aspirara a la grandeza, sino que fuera el adalid de la humildad cristiana y mantuviera la cabeza gacha; que rehusara recibir gratificaciones y aplausos por un trabajo excepcional que nunca sería posible sin derramar sangre, sudor y lágrimas.

Según parecía, la única forma de paladear la gloria sin sentir remordimientos o ser acusado de arrogante pasaba por no desearla en absoluto.

O tal vez el problema residiera en que el perfil ideal de mujer trabajadora, ya fuera agente del FBI o tendera, era el de modesta, generosa y que a menudo aceptaba, incluso si no era cierto, que sus allegados masculinos serían más eficientes haciendo frente a las dificultades.

A lo mejor no la habían estado apartando porque fuera ambiciosa, sino porque era *una mujer* ambiciosa. Jace podía ser austero por naturaleza, además de abanderar sus principios con obstinación, pero había más trabajadores en el cuerpo y muchos de ellos tenían las mismas y feroces esperanzas de pasar a la historia que Ayane. Estos no solo no eran castigados, sino que se les recompensaba con casos más complejos que les permitieran demostrar su habilidad.

Salió del despacho principal sacudiendo la cabeza, y quiso la casualidad que se topara con la persona a la que había dedicado su última reflexión.

Capítulo 4

Jace se giró al oír el chirrido de las bisagras y la miró con una mezcla de recelo… ¿e irritación? Ayane se jactaba de leer a su marido como ninguna otra persona en el mundo, pero a veces, esas veces que ni él mismo se entendía, resultaba indescifrable.

Se había presentado allí nada más oír las noticias, porque ese jueves era su día libre. Ni siquiera se había cambiado el atuendo de andar por casa: un pantalón de chándal gris y una sudadera de la Universidad de George Washington.

Jace había sido reclutado por el FBI después de asombrar a la Marina con su talento innato, por lo que no había asistido a la facultad. Se tuvo que comprar la prenda para entrar en calor una tarde que le cayó un chaparrón volviendo a casa. Le gustaba ponérsela irónicamente y por nostalgia hacia la vida de estudiante que podría haber disfrutado.

—¿Qué ha pasado con Riley? —quiso saber enseguida—. ¿Estás aquí por lo que creo que estás aquí? ¿Te han…? —Se calló al reparar en la carpeta que llevaba bajo el brazo. Ayane había anticipado que la noticia le caería como un jarro de agua fría, pero le sorprendió que la mirara como si lo hubiera traicionado—. Supongo que ahora estás contenta.

Ella compuso una mueca de asombro indignado.

—Lo estoy, sí —respondió, abrazando el archivo como si temiera que se lo arrancara—. Y creo que tú deberías estarlo también.

Él pestañeó varias veces.

—¿Debería estar contento porque van a mandar a mi mujer a la boca del lobo? —replicó entre dientes. Miró a un lado y a otro para confirmar que no había nadie en el pasillo. Se acercó para cogerla del codo y hablarle al oído—. Puede que no conozca las particularidades de estos secuestros, pero si es cierto lo que se dice de que puede que andemos detrás de una red de trata, y una red de trata tailandesa para más inri, conllevará un peligro al que no has estado expuesta en tu vida. ¿Pensabas en eso cuando te peleabas con Wray para que te escogiera?, ¿cuando salías corriendo del centro de entrenamiento para rogarle que te diera la plaza de Riley, como si esto fuera una beca para estudiar en el extranjero? Si ya has leído los informes, te habrás dado cuenta. —Señaló el archivador con un gesto indolente. Luego clavó en ella una mirada fría de ojos grises —. No te vas a ir de vacaciones, Ayane.

—¿Qué clase de comentarios condescendientes de mierda acabas de hacer? —jadeó, no tan perpleja como decepcionada. Liberó el brazo de su agarre con un tirón airado—. Parece que eres tú el que lleva tantos años en Babia que no se ha enterado de cómo me gano la vida. No trabajo

ordenando ficheros por orden alfabético en el almacén, ni poniendo cafés a los administrativos. Trabajo como agente. Por eso me han dado la responsabilidad. ¿Por qué me sales con estas de repente? ¿Es que no me crees capacitada? Porque no sería la primera vez que lo dices —bufó, esquivándolo para encaminarse al ascensor—, eso seguro.

—Estás capacitada de sobra —replicó, siguiéndola con los puños crispados—, pero hasta el rey del mambo tendría sus dificultades investigando un caso de esta envergadura, Ayane. Y lo de Riley… —Se calló para pasarse la mano por la cara.

Ayane se giró hacia él a caballo entre la incredulidad y el temor.

—¿Qué pasa con lo de Riley? —soltó una carcajada crispada—. ¿Me vas a acusar de haberle disparado yo o algo así?

Fue a aportar una defensa sólida, pero le pareció tan ridículo tener que darle explicaciones a su propio marido que acabó sacudiendo la cabeza y reanudando la marcha hacia el ascensor.

Jace la alcanzó justo antes de que las puertas de acero se cerraran.

A solas en el cubículo, en el que ninguno de los dos medió palabra en un comienzo, su marido se recompuso inspirando hondo.

Retomó la conversación en voz baja con la vista clavada al frente.

—Por supuesto que no lo has hecho tú, Ayane. Es solo que lo de Riley me parece…

—¿Inverosímil? —completó con sequedad—. A mí también. Hay que ser imbécil para no diferenciar un arma de fuego real de las pistolas de la sala de simulación. Pero eso no se puede decir. Si lo planteas en voz alta, eres muy mala, le has deseado la muerte a una inocente y mereces perecer en el garrote vil —enumeró sin hacer pausas para respirar. Con el aliento entrecortado, encaró a Jace, que muy a su pesar se debatía entre mantener el gesto impasible y reírse con su sarcasmo—. Lo que le ha pasado a Riley prueba que no era la indicada para encargarse de, como tú lo has llamado, «un caso de esta envergadura». ¿Quién sabe? A lo mejor la habría palmado de la impresión de pillarse los dedos con la puerta del baño del avión o tropezándose con sus propios pies mientras bajaba las escaleras. Y si queremos verlo como si fuera obra del destino…

El jadeo indignado de Jace la interrumpió.

—Me niego a pensar que infiltrarte en una orgía con Kingfisher es obra del destino. O que es el destino de nuestro matrimonio, si a esas vamos.

Ayane levantó las cejas, pasmada.

—Jace Maverick Ryder —silabeó con dramatismo. Se plantó la mano en la cintura—, ¿acaso estás celoso? ¿Es eso lo que te pasa?

Él no la miraba. Había alzado la vista al techo.

Por un instante, solo se escuchó el zumbido de las luces del ascensor.

Sus terribles dificultades para expresar sus sentimientos eran fruto de una infancia en una casa

donde no había costumbre de hablar después de las discusiones; donde no se le daba ninguna importancia al punto de vista de los jóvenes, solo al del cabeza de familia, y donde los conflictos flotaban el aire hasta que los implicados optaban por fingir que no había pasado nada.

Ayane se había esforzado durante años para convertirse en un lugar seguro para él. Jace la había recompensado aprendiendo a abrirse sin temor a su reacción. Pero aún le costaba tener la iniciativa y mirarla a la cara durante las conversaciones serias. Había que tirarle de la lengua, y, cuando eso no servía, recurrir a la bajeza de hacerle cosquillas.

—Pues claro que estoy celoso, joder —terminó por confesar entre dientes—. ¿Cómo pretendes llegar hasta el evento donde se supone que han desaparecido las dos muchachas si no es haciéndote pasar por una gran ama sadomasoquista? ¿Y cómo te vas a hacer pasar por una gran ama sadomasoquista si no es armando espectáculos sexuales con tu compañero?

Ayane había llegado a la misma conclusión que él. Sabían que Cox y Patel habían sido abducidas en Koh Phangan, pero no en un macrofestival o un bareto de las afueras. Todo confluía en el misterioso encuentro de BDSM. Wray la había animado a ingeniárselas para viajar hasta allí sin levantar sospechas. Para tal fin, lo único que se le había ocurrido había sido enterarse de quién expedía las invitaciones y conseguir una para Kingfisher y ella, que en última instancia simularían ser pareja.

La indignación se le pasó al verlo comprensiblemente frustrado. Pulsó el botón que detendría el ascensor, se situó delante de él y esperó con paciencia a que reuniera el valor para permitirle contemplar su vergüenza.

La llevaba grabada en la cara cuando se resignó a dirigirle una mirada impotente.

—No te voy a tratar como si fueras imbécil —le advirtió ella, aunque empleando un tono benigno—. Es muy probable que acabe asistiendo a esa orgía, como tú la has llamado, para mimetizarme. Pero no sería la primera vez que follo con otro —le recordó en voz baja.

—Cuando lo has hecho, ha sido delante de mí y bajo mis órdenes —concretó con la mandíbula desencajada—. Sé cómo funciona el mundillo, Ayane. Puede que tú me lo enseñaras y eso te haga la experta de los dos, pero aprendí lo que tenía que aprender. Quizá ese sea el problema; que te puedo imaginar con claridad cristalina sirviéndote de tu sabiduría para que Kingfisher se corra.

Ella dio un paso adelante.

—Pues ven tú en su lugar —le sugirió. Se fundió con su cuerpo y le rodeó la nuca con una caricia insinuante, arañándosela con la punta de las uñas largas—. Podemos ser los patrióticos Bonnie y Clyde.

Jace se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Wray no nos haría el favor —musitó, todavía a la defensiva—. Si fuera de la opinión de

que un matrimonio trabaja más y mejor cuando está destinado al mismo sitio, nos habría ordenado que nos casáramos entre nosotros, y lo que hace es justo lo contrario: disuadirnos de relacionarnos románticamente con nuestros compañeros.

—Pues entonces —susurró, poniéndose de puntillas para hablar contra sus labios— te tendrás que aguantar, porque tengo un deber para con los Estados Unidos de América.

Pretendía separarse enseguida, pero él la agarró de las nalgas y la mantuvo pegada a sus caderas. La miraba a través de la nubosa franja gris en la que se habían convertido sus ojos. Seguía teniendo la mandíbula tensa y la respiración agitada.

—No. Tienes el deber de amarme y respetarme —gruñó—. No quiero que nadie te ponga la mano encima.

—*Aho*[5]… —murmuró con afecto, apartándole los mechones más largos que le enmarcaban la cara—. Si lo supieras todo sobre el BDSM de verdad, no habrías reaccionado así. En una relación amo y sumisa no tiene por qué haber sexo involucrado. Las sesiones pueden reducirse a un intercambio de órdenes. Podría limitarme a caminar sobre él con unos tacones.

—Tampoco me gustaría imaginarme eso —se quejó, irritado.

—¿Y qué le hago yo si eres un pobre infeliz? —se rio con ternura—. ¿No salir a la calle?

Jace le hundió los dedos en las nalgas con desesperación y se inclinó sobre ella para besarle el cuello, el borde del mentón, el cartílago de la oreja… Encantada con sus atenciones, Ayane se dejó hacer prodigando caricias pausadas a su nuca, a las arrugas que formaban su gesto contrariado.

—Además de que lo de los tacones no te lo crees ni tú —le oyó gruñir contra su garganta—. No aguantas ni tres días sin follar.

Ayane volvió a reírse. Tuvo que soltar la carpeta en el suelo para abrazarlo cómodamente.

—Pues te llamo y probamos con el sexo telefónico —propuso con buen ánimo.

—Eso es una mierda.

—Por lo menos planteo alternativas. No como tú, que todo son pegas.

—Te mantendrán incomunicada salvo para emergencias —insistió él con aquel tono profesional que le salía al enumerar la normativa laboral—. No podrás llevarte el móvil.

—Evitar que mi marido celoso e insoportable se vaya con otra atendiendo sus necesidades *es* una emergencia —determinó con severidad, estrechando la mirada—. Porque, cariño, no paras de hablar sobre lo que yo estaré haciendo, pero poco mencionas a qué podrías dedicarte tú en mi ausencia. Te recuerdo que no hace mucho tiempo te destinaron a la costa este a trabajar conjuntamente con aquella tipa del Departamento de Policía de Nueva York… Sí, sí, esa —recalcó al ver que el reconocimiento modificaba su expresión—. Esa con la que tuviste un rollo a los veintitantos y que no paró de insinuarse mientras estuviste en Manhattan. ¿Me viste liar la de

Dios es Cristo, monada? ¿A que no?

—Lo primero es que yo, como bien has dicho, soy celoso e insoportable, no el colmo de la madurez que tú encarnas con tu sola existencia —respondió con retintín—. Y lo segundo es que aquello pasó hace milenios.

—Aun así, tenía más razones para preocuparme que tú porque, para empezar, el agente Kingfisher ni siquiera me parece atractivo. Ya sabes cuál es mi tipo… —Deslizó una mano traviesa por su pecho esculpido y descendió bajo el ombligo para frotar la protuberancia de la costura del chándal. Ayane se mordió el labio antes de mirarlo—. El supremacista blanco.

Aquello pudo con la obstinación de Jace de seguir enfadado. Echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó, carcajadas que se le entrecortaron en cuanto ella ronroneó.

—Le pondría un monumento a estos pantalones —le dijo con la vista fija en su barbilla fuerte, sombreada por la barba. Cubrió el miembro semierecto por encima de la fina tela—. Pasearse con ellos es una provocación, y no digas que no te has dado cuenta. Se me hace la boca agua…

—No me distraigas con tu charla sucia —la regañó sin voz.

—¿Perdona? Sucio es ir marcando la polla al trabajo cuando sabes que te la quiere comer hasta el de mantenimiento.

Cuando volvieron a hacer contacto visual, los ojos de Jace brillaban, pero no con la misma y maligna travesura que iluminaba la expresión de Ayane. Él le rodeó la muñeca con la mano para apartarla de su entrepierna, pero ella lo impidió. Mirándolo con una ceja enarcada que lo retaba a detenerla, se arrodilló y tiró con suavidad del extremo del nudo del pantalón.

—Estamos en el edificio J. Edgar Hoover —le recordó Jace en tono informativo, pero el ahogo erótico le restó credibilidad.

—Ajá…

—En el que resulta que trabajamos y del que podrían despedirnos —continuó después de tragar saliva— por conducta impropia.

—¿Impropia? ¿Dirías acaso que esto es impropio de mí? ¿De nosotros? —Ayane se humedeció los labios mientras tiraba del precario nudo del chándal. Lo miró desde abajo, regocijándose en su poder, y apostilló—: Sabes tan bien como yo que tardan un intervalo de entre veinte y treinta y cinco minutos en volver a ponerlo en funcionamiento. Perfeccionamos la técnica de cargarnos los ascensores, ¿recuerdas? ¿O te has vuelto tan aburrido en los últimos… cinco minutos que ya has olvidado los buenos tiempos?

—Que más quisieras.

Ayane se lamió el labio inferior al destapar la semierección.

—Sin ropa interior —señaló mientras la rodeaba con los dedos y la acariciaba hasta la base. Lo miró con socarronería—. Luego soy yo la que va provocando.

—He salido corriendo de casa en cuanto me he enterado de lo de Riley —se justificó con un

bochorno adorable—. No me daba tiempo a…

Un gemido cortó su respuesta. Ayane había empezado a repartir cariñosos besos alrededor del prepucio. Mientras lo masturbaba con lentitud y continuaba los mimos con los labios, le lanzó una mirada provocativa a Jace, a la que él solo respondió con un débil jadeo. Segundos más tarde le estaba rodeando la coleta con el puño crispado y la animaba a servirse de lo que era suyo a manos llenas.

Pensó en el par de veces que se habían desnudado a la velocidad del rayo en aquel mismo cubículo, poniendo en riesgo sus contratos, la impecable reputación de él e incluso su integridad física, porque no era seguro detener la bajada del ascensor de forma abrupta y bambolearlo por encima de sus posibilidades follando contra la pared. Ella lo habría hecho mil veces más, pero él estimaba inteligente limitar a dos veces por año la excusa de que el ascensor se hubiera quedado varado, y solo durante temporadas en las que de cualquier modo se atascaba con frecuencia porque el técnico se tomaba vacaciones.

Incluso su seriedad y su respeto hacia las normas la excitaba. Recordaba haber empezado a desearlo después de una reunión general en la que intervino con esa solemne profesionalidad tan propia de él. Se le antojó comprometido con la causa, leal y severo, y el anhelo de desmelenarlo, de arrojarlo a la locura, hizo que le temblaran las rodillas.

Ahora podía decir con orgullo que sabía sacar a la bestia que llevaba dentro.

Relajó la garganta y acogió la erección en la boca. Emitió un sonido de gusto antes de separarse lo suficiente para rodear el prepucio con los labios y luego lamer con la punta de la lengua la pequeña hendidura que dividía la cabeza rosada. Jadeó en voz alta antes de volver a la carga engulléndolo hasta que la punta topó con su campanilla.

—¿Esta es una forma de distraerme de lo inminente que es el peligro que correrás —articuló Jace— o me estás premiando por haberme puesto celoso?

Se tuvo que retirar para responder. Lo hizo dándose golpecitos pensativos en la comisura del labio con su polla endurecida.

—Lo siento. No puedo hablar ahora mismo.

Ayane cerró los ojos, consumida por el calor que irradiaba su piel satinada, y ladeó la cabeza para lamer el lateral del grueso tallo.

Excitarla era para Jace tan natural como respirar. Su olor, su sabor, su temperatura corporal, su forma de hablar y de tocarla; todo la provocaba hasta llevarla al límite, y Ayane no era de las que se reprimían.

Sin importar el momento o el lugar, elegía desatar su lado salvaje.

Era cierto lo que él decía. No podría vivir sin sexo más de setenta y dos horas, y solo si esas setenta y dos horas estaba lo bastante ocupada para no pensar en ello. Desde que descubrió el mundo carnal a los dieciséis años, no había pasado más de dos semanas sin disfrutar de un

encuentro sexual. Pero miraba a Jace desde su posición, su mandíbula apretada, su cuerpo en tensión, sus manos masculinas retirándole el pelo de la cara con ese gesto amoroso del que eran capaces incluso los hombres más crueles cuando se sentían agradecidos; sus ojos empañados por el doloroso deseo de poseerla, dominarla, vencerla, incluso, y pensaba que podría soportar la distancia y contener las ganas con tal de volver intacta a sus brazos.

Se esmeró masturbándolo y mamando a la vez. Enroscó la lengua alrededor del prepucio hasta humedecerlo y entonces succionó, retirándose despacio, dejando un reguero brillante en la cabeza púrpura. Volvió a encajarse su polla en la garganta y profundizó hasta que el vello púbico le hizo cosquillas en el arco de Cupido, hasta que se le saltaron las lágrimas, y no por ello se detuvo; aumentó el ritmo de las succiones, cada vez más despiadado, y solo se retiró para delinear el diámetro de un testículo con la punta de la lengua. Se lo introdujo en la boca y chupó, deslizando la mano sobre su miembro cada vez más caliente.

Abrió los ojos para confirmar que Jace estaba a punto de explotar, y entendió en su gesto de tirarle del pelo que pretendía apartarla, pero ella volvió a atrapar la erección entre los labios, lista para acoger su semen.

Cerró los ojos cuando el cálido líquido le inundó la boca. Se lo tragó, se limpió las comisuras y la hilera frontal de dientes con la lengua y le sonrió desde abajo, satisfecha. Retiró los vestigios del clímax lamiendo la punta de la polla como si fuera un helado, emitiendo ronroneos juguetones.

Solo cuando estuvo limpio permitió que Jace la ayudara a incorporarse.

Él la rodeó por la cintura para darle un largo beso en los labios. Introdujo la mano dentro del pantalón de traje y comprobó con un gruñido de gusto que ella estaba húmeda entre las piernas.

—Eres una guarra, ¿sabes? —susurró contra la comisura de su boca.

Ayane le guiñó un ojo.

—Encantada de conocerte —canturreó mientras alargaba el brazo hacia la campanita que reanudaría el trayecto.

—Te vas a enterar cuando lleguemos a casa —le prometió él con voz ronca.

Ella se puso de puntillas y le propinó un gracioso mordisco en la barbilla.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 5

Con la inestimable ayuda de la administración estadounidense, Ayane puso en regla los papeles necesarios para emprender el viaje relámpago a Los Ángeles. Con unos carnés que falsificaban su identidad expedidos por los contactos del FBI bastaría para pasar desapercibido en el ambiente sadomasoquista que pretendían estudiar.

Lo más difícil había sido despedirse de Jace en el aeropuerto de Washington y perdonarse a sí misma por aquello de lo que no tenía culpa: de que no le gustara un pelo verla partir en compañía del agente Kingfisher, con el que había estado reuniéndose a lo largo de los últimos días para cuadrar los primeros pasos de la operación.

Ahora sobrevolaban el estado de Indiana en su trayecto hasta California. Si todo iba sobre ruedas, se hospedarían una sola noche en un hotel de L.A.

Pero en habitaciones separadas.

Aunque era menester resultar convincentes ante el propietario de Vesper's para merecerse una invitación a Fuego y Sangre, Ayane prefería ahorrarse experiencias tan desagradables como pasar más rato del necesario con su compañero.

—A ver si me he enterado —recapituló Kingfisher, echando un vistazo pensativo al techo del avión. Comprar billetes en clase preferente había sido deliberado. Si por algún casual tenían que debatir cuestiones relativas a la misión, correrían menos peligro si solo una pareja de sexagenarios con dinero para aburrir y una *influencer* de moda roncaban al otro lado del pasillo —. El plan es ir a un club de sadomasoquismo en el que nunca has estado, pero que has dado por hecho que existe, y hacerle la pelota al dueño, quien se supone que se acordará de ti de cuando en tu etapa universitaria te dio por azotar al género masculino.

—Para tu información, no solo me dio por azotar al género masculino —corrigió con una mirada burlona. Se desabrochó el incómodo cinturón y prosiguió—: Me eché un par de amigas en el mundillo que iban conmigo de San Diego a San Francisco para pasar las noches en French 75, el primer club de Califa y Scorpion. Mis conocidas siguen viviendo allí. Ya no frecuentan el establecimiento porque se han casado, pero me han confirmado que uno de los propietarios llevó su idea de negocio a Los Ángeles, al sótano de un lujoso pub llamado Vesper's.

Kingfisher enarcó una ceja oscura en su dirección. El tupido vello facial y la piel aceitunada eran solo dos de los rasgos heredados de sus antepasados *cherokees*.

—¿Vesper? ¿Como el amor perdido de James Bond? —se extrañó con una sonrisa incrédula.

Ayane se encogió de hombros.

—No me extrañaría. En el antiguo club ya usábamos nombres de cócteles como apodos, y, aparte de la exnovia de 007, el vesper es un famoso martini.

—El que lleva vodka agitado, no mezclado —murmuró para sí mismo. La miró de soslayo sin ocultar su recelo. Tenía los ojos rasgados y tan negros que parecía que los hubiera delineado con kohl—. Supongo que a ti, por ser clienta habitual, te dieron un seudónimo.

Ayane se contuvo para no suspirar, exasperada.

Le había explicado al detalle en más de una ocasión por qué había escogido Los Ángeles y por qué tenían que recurrir a Califa. Si no se hubiera enterado a la primera, cuando se lo planteó a la espera de su visto bueno, ni a la segunda, cuando tuvo que exponerlo ante Wray para obtener los permisos pertinentes, a Ayane no le habría importado repetirlo. Pero el agente insistía en oír de nuevo la historia porque encontraba de lo más morboso que su compañera tuviera un pasado BDSM, nada más. Lo comprendería viniendo de un federal que no estuviese familiarizado con el lenguaje sadomasoquista, pero no era el caso. Kingfisher había sido escogido para la misión porque, aparte de haber destapado complejísimas tramas de corrupción y haber saboteado a tiempo el ataque terrorista de un grupo de supremacistas blancos, disfrutaba del sexo extremo en clubes como los que Ayane solía concurrir.

—Estuve años yendo a French 75, Kingfisher. Claro que me bautizaron con un apodo. Pero eso ya lo sabes, porque te lo he comentado en dos reuniones y, aparte, has leído los documentos. —Se giró hacia él para encararlo sin miramientos—. Si mi pasado sexual te pone cachondo, dilo aquí y ahora y encontraremos la manera de que eso no nos distraiga del objetivo.

Kingfisher soltó una carcajada nasal y clavó la vista en el asiento de delante.

—Estás muy pagada de ti misma, Nagai. Puede que seas del gusto de los fetichistas, pero a mí me van las rubias tetonas de toda la vida de Dios.

—Pues procura que se te note un poco más. Eso y que eres capaz de retener información.

—Repetir los datos es mi forma de trabajar. Así me aseguro de que no dejo ningún cabo suelto. —La escrutó con los ojos entrecerrados, a caballo entre la irritación y la burla—. A ver si no vas a ser tú la que se muere por mis huesos, que se comenta por ahí que le disparaste a Riley para ir conmigo a Tailandia.

—En todo caso le disparé porque me apetecía, no para acabar entre tus brazos. No sé qué tienes en mente, Kingfisher —lo sondeó con la mirada—, pero tú y yo no nos vamos a acostar.

—Con todos ustedes, ahí va la sobrada otra vez. No tengo la menor intención de meterme en tus bragas, cariño.

—Estupendo. No creo que a nadie le extrañe que hayamos trazado límites físicos —añadió, pensativa—. Tal y como expuse en la hoja que te pasé para que estudiaras nuestros personajes,

yo soy una dominatriz que rehúye el contacto físico. Ni penetración, ni besos, ¿de acuerdo? —Y apostilló en voz baja, mientras se alisaba las arrugas de la fina gabardina gris—: Es lo que he acordado con mi marido.

Kingfisher se palmeó los muslos con brío.

—Si lo has acordado con tu marido, entonces no hay más que hablar. Ryder es el último tío al que me apetecería mosquear.

Ayane puso los ojos en blanco.

—Ya veo. No respetarías mis límites por el simple hecho de que yo te los impusiera, sino porque tengo un marido que podría retarte a duelo para defender su honor. Estás sembrado, Kingfisher.

Este bufó con exasperación.

—Las mujeres de hoy en día tenéis la piel muy fina.

—¿«Las mujeres de hoy en día»? ¿Y eso quién lo dice?, ¿un tipo de treinta y tres, treinta y cuatro años? ¿Qué eres? ¿Del ochenta y nueve? —se mofó.

—Del noventa y uno —corrigió a regañadientes—. No creo que nos convenga discutir cuando dentro de un par de horas estaremos fingiendo una conexión sexual delante de un presunto traficante de personas.

—No —le concedió ella, más relajada—, desde luego que no.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y tecleó un mensaje rápido.

Apenas había despedido a Jace en el aeropuerto hacía tres horas, pero se podía imaginar que aún no se sacaba de la cabeza lo que su esposa tendría que hacer esa misma noche en California. Solía ser él quien viajaba por cuestiones de trabajo a ciudades que necesitaban su experto desempeño, y aunque ella se acababa adaptando a su ausencia, los primeros días que pasaban alejados eran los peores.

Te sorprenderá saberlo, pero todavía no me he enamorado de Kingfisher. ¿Qué hay de ti? ¿Ya me has puesto los cuernos?

De hecho, tengo una cita esta noche.

Ayane se rio en voz alta. Fingió no darse cuenta de que el agente la vigilaba de soslayo y trataba de leer los mensajes.

En un arrebato infantil, ella le dio el hombro para proteger su conversación informal.

¿Y qué te vas a poner?

Iré desnudo.

Entonces le vas a gustar seguro.

Jace le envió un *selfie*. Aparecía con el cabello castaño despeinado y con la cara salpicada de marcas del bordado de un cojín del sofá.

Debajo de la foto había escrito: «Estoy viendo un episodio repetido de *Seinfeld*».

¡Aburrido! Sal a bailar.

Prefiero quedarme aquí pensando en ti.

Si tienes tiempo, mándame una foto junto a la estrella de Sylvester Stallone en el Paseo de la Fama.

Eso está hecho.

Ayane bloqueó la pantalla y volvió a guardar el móvil.

Dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos, suspirando.

Se sentía profundamente aliviada porque hubieran escogido a Kingfisher como su compañero. No era feo en absoluto, eso era verdad. Entre el aspecto exótico que le conferían los rasgos *cherokees*, los éxitos profesionales que había acumulado en muy poco tiempo y la tendencia de algunas mujeres a encontrar encantadores a los tipos con un sentido del humor que rayaba en el machismo más rancio, no era de extrañar que contara con un grupo de admiradoras en las oficinas. Pero a Ayane nunca le había atraído, y no ya porque tuviera un tipo muy alejado de su físico, sino porque le repelía su actitud.

Gracias al cielo, la animadversión era correspondida.

Si la hubieran destinado a un evento sadomasoquista con un hombre que le hubiese gustado, como el agente Terry Jones o Johnny Dawson, habría tenido que mentirle a Jace con descaro para que se quedara tranquilo. Y él habría sabido que le estaba contando medias verdades con tal de no hacerle daño, porque no era idiota. Sabía de sobra qué compañeros le arrancaban sonrisas coquetas a su mujer, y no había olvidado que Ayane nunca creyó en la monogamia. No en vano fue este uno de los principales villanos a los que tuvo que enfrentarse para persuadirla de formalizar una relación que empezó en la cama.

Aunque la comodidad la hubiera convencido de que podía ser feliz entregando su corazón a una sola persona, a Ayane seguía pareciéndole imposible que una mujer, por el simple hecho de casarse, dejara de reaccionar con placer prohibido al acercamiento de un hombre atractivo.

¿Y por qué debían castigarse esa clase de impulsos biológicos? En su opinión, lo único que imposibilitaba la divulgación del amor libre como modelo relacional definitivo eran

concepciones erróneas arrastradas de culturas arcaicas, como que uno poseía a su pareja; vicios aprendidos, como los celos, y miedos cristianos.

Y es que ahí donde los virtuosos modernos temían la construcción de Sodoma y Gomorra, a Ayane se le antojaba el mundo ideal.

Pero era una realidad utópica. Ella era la primera sometida a un contrato matrimonial que la apremiaba a seguir las normas. Por eso era una suerte que el compañero ante el que tendría que desnudarse le fuera indiferente.

A fin de apaciguar sus preocupaciones, Ayane le había prometido a Jace que mientras no fuera indispensable o nadie la mirara con sospecha, no cruzaría los límites que habían fijado. Y, la verdad fuera dicha, muy en el fondo se había divertido con la negociación la noche anterior al viaje a Los Ángeles.

—¿Por el culo tampoco? —había bromeado ella—. ¿O eso no te importa?

—No especialmente —había reconocido él, provocándole una poderosa carcajada.

—¡Uf! Menos mal. —Fingió secarse el sudor de la frente, y miró a su marido con sorna—. ¿Cómo es que la línea de los cuernos la dibujas en la raja del culo? Pensaba que era la parte de mi cuerpo que más te gustaba.

A Jace no le había quedado otro remedio que reírse. Acabaron los dos contagiados con un ataque de hilaridad que los dejó exhaustos, el uno tendido sobre el otro, ambos mirando al techo.

—Así no hay quien sufra —se había quejado él—. Tómate algo en serio, mujer.

—¿Por qué querrías sufrir, criatura de Dios? ¡Hay que ver cómo eres, Jace de los Santos Y-Muy-Muchos Dolores!

Ayane era consciente de que estaba en una posición privilegiada porque era la que viajaría a otra ciudad, la que estaría ojo avizor para memorizar rostros, la que se entretendría recabando información. La operación la tendría tan distraída que no pensaría demasiado en lo relativo a la carne. Solo en la semana que había transcurrido desde que Wray la citó en su despacho, se había volcado tanto en localizar a la misteriosa pareja de Jaylani Patel e interrogarla que, sin darse cuenta, había descuidado a un Jace que necesitaba su calor más que nunca.

Pero había sido por una buena causa. De no haber entrevistado a Howard Welles, el hombre con el que la desaparecida se estaba acostando antes de perderse de vista, Ayane no habría llegado hasta el famoso Califa.

Así como sospechó desde el principio, fue el señor Welles quien le pagó la exclusiva experiencia a la joven. Localizarlo fue muy sencillo una vez confirmó que en el pueblo de New London, Connecticut, apenas vivían cinco mil criaturas. Jaylani solo podría haberlo conocido por internet o en la biblioteca donde trabajaba. Y en vista de que la chica utilizaba un móvil de tapa que ni siquiera podía mandar SMS y carecía de ordenador propio, solo quedó una alternativa.

En cuanto se aseguró de que Jaylani era heterosexual a través de conversaciones con sus amigas, Ayane solicitó los datos de todos los hombres que hubieran pedido préstamos en dicha biblioteca los meses inmediatamente anteriores a octubre de 2020, cuando desapareció. Como se trataba de una ciudad con un censo modesto, no tardó en descartar ancianos y menores y señalar a tres sujetos sospechosos: un universitario que se demostró que había estado examinándose del BAR[6] en las fechas del evento sadomasoquista, un hombre casado que fichó en la empresa donde trabajaba cada día del mes de octubre y, por fin, el culpable del delito de enamorarse.

Howard Welles.

Jaylani y el susodicho se habían conocido de la forma más inocente. El tipo, un cincuentón con tres ruidosos divorcios a las espaldas, dos millones de dólares en el banco gracias al número ganador de la lotería y una adicción al sexo diagnosticada por un profesional, acudía religiosamente a la biblioteca con su hijo de siete años para dedicarle una hora a la lectura.

—El crío es tartamudo —se había justificado el señor Welles durante la visita de Ayane. El carácter inesperado del interrogatorio lo había puesto nervioso. No había dejado de frotarse las palmas húmedas contra el pantalón del pijama—. No consiguen enseñarle a leer en condiciones en la escuela y no mejora con los logopedas. Su madre cree que solo yo puedo darle la confianza que necesita, así que reservo tiempo para ir con él a la biblioteca.

El suyo era un propósito encomiable, pero no explicaba el porqué de su continuo acoso y derribo a la auxiliar. Jaylani todavía no había cumplido la mayoría de edad cuando aceptó la primera cita con su admirador. Meses después se había acomodado tanto gracias a los caprichos que Welles podía proporcionarle que no solo se quedó a su lado, sino que aceptó viajar a Koh Phangan con una maleta a rebosar de ropa fetichista.

—Me dejó antes de que acabara el evento —le había explicado Welles, temblando como una hoja. Ayane lo reconoció como un cobarde apenas llamó a la puerta de su casa, pero debía admitir que le sobraban razones para estar asustado. No se había divorciado de la cuarta mujer mientras se encamaba con Jaylani—. Dijo que no quería verme nunca más, y yo… yo asumí que no había vuelto a verla en la biblioteca porque habría cambiado de domicilio para huir de mí.

—¿Y habría hecho bien? —Ayane enarcó una ceja—. Una mujer no le da un giro de ciento ochenta grados a su vida si no cree que está en peligro.

—Bueno, yo soy… soy un hombre insistente —se disculpó con las mejillas acaloradas—. Jaylani debió suponer que aporrearía su puerta hasta que me diera otra oportunidad. Me pasé por su lugar de trabajo en más de una ocasión, pero no había ni rastro de ella. Al cabo de las semanas salió la noticia de su desaparición.

—¿Y no dijo nada? ¿Por qué no fue a la policía a contar dónde la vio por última vez?

Por un momento, sentada en el sillón de fieltro del modesto salón de los Welles, Ayane temió

estar ante un caso de violencia de género. No sería ni novedoso ni descabellado relacionar la desaparición de Amelia Cox y la muerte de su prometido con una disputa romántica que evolucionó rápidamente a pelea física, del mismo modo que no le habría extrañado que aquel hombrecillo no fuera tan inofensivo en la intimidad. Bien podría haberle soltado a Jaylani que no sería de nadie si no podía pertenecerle a él y haberla hecho desaparecer.

La casualidad de que ambas hubiesen corrido un destino similar en el mismo rincón del mundo sería cuanto menos caprichosa, pero no inconcebible.

Ayane tuvo que reconocer que prefería que las desapariciones hubieran sido obra de un asesinato machista y no de la trata de blancas asiática.

Era mejor estar muerta que prostituida a perpetuidad en un antro miserable.

—Porque… porque… cuando yo conocí a Jaylani, cuando ella y yo… Ella… era menor de edad —le había respondido Welles con el rostro ruborizado—. Me habrían metido en la cárcel, ¿entiende? Ahora tendrá veinte, pero la conocí a los diecisiete, y… Y yo estoy casado, ¿sabe? Y tengo hijos. Y gané la lotería después de negarme a firmar un acuerdo de separación de bienes, lo que significa que, si mi mujer me pidiera el divorcio, me quedaría sin blanca, y…

Ayane había tenido que cortar su retahíla de excusas para ir al fondo de la cuestión: cómo había descubierto que existía un evento sadomasoquista.

Welles intentó despistarla divagando sobre acuerdos de confidencialidad, convencido de que podrían denunciarle si hablaba de la experiencia. Ayane le aseguró que, en situaciones en las que la seguridad de una de las participantes corría peligro, era menester proporcionar información al cuerpo policial.

Acabó confesando que frecuentaba un club en Nueva York.

—Como soy considerado veterano, me hablaron de la posibilidad de disfrutar de una semana en una isla paradisíaca del golfo de Siam. Por lo visto, existe una organización internacional de propietarios de clubes BDSM que se ponen de acuerdo todos los años para celebrar una especie de… encuentro llamado Fuego y Sangre. El dueño del garito neoyorquino, un tal Donibane, me dijo que podía presentarme como candidato ante Califa, el coordinador general en Norteamérica. Él decide quién va de todas las listas que le llegan de distintos clubes. Por lo que sé, ese tipo es el que corta el bacalao. Era de… San Diego, si no recuerdo mal.

«San Francisco», corrigió Ayane para sus adentros.

La sorpresa había sido mayúscula al descubrir que el propietario de las salas donde ella solía disfrutar de sus sesiones íntimas estaba involucrado. El mundo era un pañuelo.

No tardó en ponerse en contacto con antiguas compañeras de la universidad que también disfrutaban del sexo extremo y preguntarles por el club al que solían ir.

Por lo visto, Califa había cerrado el épico French 75 para montar un negocio mucho más

exclusivo en Los Ángeles.

Así que allí era a donde tenían que ir para conseguir su invitación.

—En el fondo me alegro de que hayas venido tú en lugar de Riley —le confesó Kingfisher cuando el silencio se había extendido más de lo considerado cortés. Ayane apartó el rostro bobalicón de Howard Welles de su pensamiento y lo miró expectante—. No solo porque estés de mejor ver, sino porque tú tenías las conexiones perfectas para tirar del hilo. ¿Crees que Califa se acordará de ti en serio? ¿No sería peligroso que te reconociera de cuando ibas a French 75 con tu nombre real?

—Jamás le he dado mi nombre real. Y claro que se acordará de mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —replicó, incrédulo—. Desde la última vez que os visteis han transcurrido años, ¿no? Y seguro que ha pasado tanta gente por su club que tú, como mucho, le sonarás familiar. Si es que… —Sacudió la cabeza, pasmado—. Hay que ver. A ti el amor propio te juega en contra, ¿eh?

—Y a ti la tendencia a subestimarme te va a acabar causando problemas —contestó Ayane sin inmutarse—. Se acordará de mí porque estuvimos dos años follando dentro y fuera del rol. Te aseguro que si yo no me he olvidado de él habiendo tenido decenas de parejas sexuales desde entonces, él de mí, menos todavía, que se echó la novia seria con la que luego se casó justo después y no ha estado con nadie más entremedias.

Kingfisher no desperdició la ocasión de burlarse con una sonrisa socarrona.

—Te tuvo que doler que te utilizara como chica-puente —fue lo que se le ocurrió decir—. Eso de que te dejen para casarse con otra persona…

—Me duele más que pienses que las mujeres se enamoran de todos los tíos con los que se acuestan. —Le palmeó el hombro con condescendencia—. Puedes estar tranquilo, Kingfisher. Lo único que podría jugarnos en contra de cara a la misión eres tú, un hombre a quien no conoce y del que no se fiará si sigues haciendo comentarios de ese palo. A mí me invitará antes incluso de que se lo sugiera. ¿Quieres apostar? —propuso con una mirada retadora.

Su reproche, lejos de avergonzarlo, avivó el brillo de sus ojos.

—Cien pavos a que tienes que rogarle que te meta en la lista.

Y le tendió la mano.

—Cien pavos a que me pregunta de dónde te he sacado y por qué ahora practico la caridad.

Kingfisher jadeó un ofendido y también gratamente sorprendido «¡ja!», regocijándose en que la dama tuviera dientes.

Selló el trato con un apretón.

Ayane se fijó en cómo su mano morena y áspera la envolvía, en el destello malicioso de los ojos más negros que hubiera visto nunca, y pensó que si bien no era un tipo con el que le

apetecía acostarse, sí era el cabrón perfecto al que humillar en público.

—No deberías apostar contra una persona que conoce el ambiente y al dueño mejor que tú.

—Yo siempre voy a apostar para bajarte los humos —reconoció con llaneza.

Aunque los misóginos de manual como aquel solían hacerla reír con condescendencia, Ayane llegó a su tope por lo que llevaba de día y apartó la mano con una mueca desdeñosa.

—¿Cuál es tu problema conmigo, si puede saberse? Porque si trataras a todas las agentes de esta manera, te habrían puesto un par de pleitos a estas alturas… O, por lo menos, me habría enterado de que eres un capullo gracias a los rumores que recorren los pasillos. A ver si adivino… —Entornó los párpados—. Tú también crees que mi padre plantó en mí la semilla del diablo.

—Depende —respondió con desahogo, mirándola con una inocencia que no iba nada con él —. ¿Tienes planeado matar a sangre fría y pasar droga a territorio estadounidense en el nombre de la yakuza?

—No en un futuro cercano —contestó con naturalidad—, aunque si sigues calentándome las narices, no te prometo que no vaya a plantearme lo del homicidio.

—Ah, bueno. En ese caso, no tengo nada que temer, así que me da igual quién sea tu papi.

—Me alegro —ladró, aunque lo dijo de corazón y no sin asombro—. Es toda una novedad que me odien por una razón distinta de mi familia.

Una sonrisa fue curvando lentamente los labios de Kingfisher. Tenía una boca grande y carnosa, y la hilera de dientes lustrosos y sin personalidad que Ayane había visto en miles de bocas antes, todas idénticas: sonrisas patrocinadas por dieciocho meses de aparato dental.

Habría tenido un aspecto aburrido si no se hubiera parecido a un jovencísimo Zahn McClarnon.

—¿Por qué iba a odiarte por tu familia cuando puedo odiarte por tu arrogancia?

—Tengo la misma arrogancia que tú.

—¿No te parece un motivo lógico para que me disgustes? —Kingfisher compuso una mueca cómica—. No quiero que nadie me dispute el trono. He trabajado muy duro para tener esta reputación.

Ayane se sorprendió soltando una carcajada. Molesta por haberlo encontrado divertido, volvió a sacar el móvil de la chaqueta y fue a teclear un mensaje para Jace.

—Que te jodan, Kingfisher —le dijo, distraída, mientras se colocaba los auriculares para reproducir *7 rings* de Ariana Grande.

Atinó a oír la contestación de Kingfisher, aun así.

—Eso espero, Nagai —clavó una mirada soñadora al asiento de enfrente—, que para algo hemos venido hasta aquí.

Capítulo 6

Para sorpresa de Ayane, Vesper's figuraba en TripAdvisor como uno de los mejores pubs del centro de Los Ángeles.

Le complació que Califa estuviera teniendo éxito en su nuevo negocio. Apostaba por que nadie dio un duro por que lograría reconstruir su empresa después de que una demanda judicial les cerrara French 75. Ya les costó a él y a su socio levantar un club de sadomasoquismo a los veinte, poniendo sobre la mesa los ahorros de toda una adolescencia trabajando como esclavos y los préstamos de usureros sin escrúpulos como para confiar en que la suerte les sonreiría de nuevo. Pero, a pesar de que las probabilidades les jugaban en contra, sus amigas de la universidad le habían contado que Califa no era el único que prosperó después de presentar la idea de Vesper's al banco. También su antiguo compañero, que de un tiempo a esa parte había pasado a convertirse en su cuñado, había logrado hacerse famoso en San Francisco con un club de las mismas características.

Se alegraba de corazón de que a ambos les fuera de maravilla. Era una lástima que fuese por separado. Jamás se dieron los nombres, jamás se involucraron en la vida personal del otro, jamás le permitió conocer la historia de su amistad, pero cuando Ayane veía juntos a Califa y a Scorpion era imposible ignorar las chispas de complicidad. Era de dominio público que ambos amaban su trabajo y estaban orgullosos de adónde habían llegado: demasiado lejos para tratarse de dos inmigrantes castigados por una sociedad podrida de prejuicios y fundamentalmente racista. Esto lo sabía porque, aunque era reacio a dar información, Ayane no se resistía a pinchar a Califa para que le hablara de los humildes orígenes del negocio mientras fumaban en la cama o hacían una pausa para picotear.

Como bien había dicho Riley, solía salirse con la suya, y a menudo era por su cara bonita. El empresario le regalaba alguna anécdota memorable, más por hastío que por ganas, y antes de que preguntara de nuevo, tomaba la precaución de entretenerla con la magia de sus manos.

—Odio L.A. —masculló Kingfisher en cuanto bajaron del Uber, arrancándola de sus cálidos recuerdos californianos—. Hay que ir en coche hasta a cagar.

Ayane emprendió la marcha hacia Vesper's.

Sintió el cosquilleo de anticipación que casi había olvidado después de tanto tiempo fuera del circuito.

Cuando conoció a Jace ya se estaba alejando del mundillo sadomasoquista por puro hartazgo,

pero llegó a introducirlo en algunas prácticas y podía decirse que de vez en cuando desempolvaba sus conocimientos.

Aun así, no era comparable experimentar en el lecho conyugal con estar allí.

En su etapa universitaria le era difícil predecir dónde, cómo y con quién acabaría la noche, y aunque esta temeridad suya aterraba a sus compañeras de residencia más prudentes, Ayane acabó haciéndose adicta a la adrenalina que le proporcionaba. Si renunció a sus libertades y fantasías más perversas para estar con Jace se debía a que él le daba más que ninguno de sus amantes temporales, pero eso no significaba que a veces no añorara las cosquillas de expectación al cruzar el umbral de una casa desconocida, las ansias de curiosidad por averiguar si aquel hombre de la esquina que la había estado mirando como si quisiera devorarla era buen besador; el arrebato infantil de cruzar los dedos a la espalda al tiempo que franqueaba el umbral del dormitorio, rezando para que el tipo supiera utilizar las manos.

Aunque fuera con un propósito distinto a divertirse y con limitaciones, esa noche podría recuperar las sensaciones novedosas que ya había dado por perdidas.

Ayane invitó a Kingfisher a pasar primero. Se le escapó una sonrisa nostálgica al comprobar que la decoración del grito gritaba «Califa» incluso en los detalles insustanciales.

El pub conjugaba el estilo elegante de un despacho de los años cincuenta, el ambiente íntimo de un club de *jazz* neoyorquino y la quizá recargada decoración de un salón versallesco. La combinación se traducía en lujo y exclusividad. Las tonalidades de azul oscuro, ocre, crema, mostaza y granate remitían al barroquismo, y los textiles, damascos, cueros y vinilos insinuaban el diablo oculto del BDSM al referenciar los tejidos de la ropa fetichista.

De fondo sonaba *The Beach* de The Neighbourhood.

I'm sick and I'm tired too
I can admit, I am not fireproof
I feel it burning me
I feel it burning you
I hope I don't murder me
I hope I don't burden you[7]

Ayane tomó asiento en un sillón orejero beis. Acarició los brazos muy despacio, desplazando la mirada por las lámparas de araña que emitían una luz cálida, perfecta para crear un ambiente acogedor.

Se preguntó por dónde se accedería al misterioso sótano.

Al cabo de dos minutos, un camarero se acercó desde la barra circular del corazón del

establecimiento para tomar nota.

—¿Qué van a pedir?

—Ver al dueño del pub —dijo Ayane sin rodeos—. Soy una vieja amiga suya.

Su petición lo descolocó.

—No puedo prometerle que vaya a acceder. Esta noche está muy ocupado.

—¿Ah, sí?

—Se celebra un evento en la zona vip.

—Y supongo que solo él nos puede conceder el acceso a esa zona vip —dedujo Kingfisher.

—Es una fiesta exclusiva —se disculpó.

—Entiendo… —empezó el agente.

—Dile que Kir Royale ha venido de visita —interrumpió Ayane.

El chico asintió sin tenerlas todas consigo y dio media vuelta para enfilar a la barra, donde intercambió unas cuantas palabras con otro camarero señalando en su dirección.

A Kingfisher no le había gustado su actuación y no tardó en hacérselo saber.

—¿No se supone que tus amigas te habían dado la contraseña?

—Sí —confirmó, todavía pasando el dedo por el borde brocado del reposabrazos—, pero quiero que comprobemos ahora mismo quién gana la apuesta. Aquí los cócteles son caros y tus cien dólares me vendrán de lujo para costeármelos.

El agente amusgó los ojos.

—Que te lo has creído, guapa. —Ella se limitó a sonreír, no a él en particular, y aprovechó que otro de los bármanes pasaba por su lado para pedir un *black russian*—. Por favor… No hace falta que sigas bebiendo vodka con una pinza en la nariz para impresionar a los hombres —se burló—. Ya vi lo que te proponías aquella noche que salimos todos y te pediste los cócteles más fuertes. A mí no me engañas.

Ayane le dirigió una mirada de fingida compasión.

—Debe de ser muy duro vivir en tu piel —suspiró con languidez—. Pensar que cada movimiento que ejecuta una mujer está pensado para complacer o sorprender al público masculino es tan patético. —Se inclinó hacia delante para hablarle a un palmo de la cara—. Pero entiendo que te sientas en la necesidad de buscarle una intencionalidad retorcida a mi comportamiento. A un misógino de tu talla le sería más fácil verme como una burda recreación de las fantasías masculinas, como la de la tía que bebe cerveza y cambia las ruedas del coche, que como una mujer que te pone por su seguridad en sí misma.

Kingfisher le sostenía la mirada sin vacilar.

El FBI le había entrenado bien para ocultar sus pensamientos.

Pero también había entrenado de maravilla a Ayane para ver más allá de un semblante

inexpresivo.

—¿Ya nos hemos metido en nuestros roles o solo estás dejando que los delirios de grandeza hablen por ti?

No le dio tiempo a responder, porque captó por el rabillo del ojo el movimiento en una puerta hasta el momento oculta. Un hombre con las dimensiones de un jugador de baloncesto y los ojos de un tigre de bengala acababa de salir apresurado de la cueva de las maravillas. Porque a Ayane no le cupo la menor duda de que era por ahí, por ese punto ciego en la pared de Vesper's, por donde se accedía al verdadero club de Califa.

Esa noche cruzaría el umbral, y lo haría escoltada por el hombre que avanzó como una tempestad hacia ella.

Califa lucía una camisa blanca remangada por los codos y abierta al pecho y los pantalones chinos que constituían su distinguido uniforme de cabecilla. Seguía fiel a su corte militar, a su bigote y a su perilla, vello facial que le había hecho cosquillas en partes del cuerpo que sería descortés mencionar en voz alta.

Sintió una punzada de culpabilidad al ponerse en pie para recibirlo.

No tenía ni la menor intención de recordar los buenos tiempos con él, pero el hecho de reunirse con un antiguo amante, aunque fuera con el objetivo de encontrar a dos mujeres desaparecidas, le pareció una traición a su marido.

Sobre todo porque no le había mencionado que Califa había estado en su cama, solo que lo conoció. ¿Y para qué? Lo estaría preocupando sin necesidad. Ahora ambos estaban casados.

—No te puedes ni imaginar el problema en el que me acabas de meter —fue lo primero que dijo Califa, rodeándole la cintura con el brazo para saludarla con un rápido beso en la mejilla. Ella se mareó con la cercanía y su familiaridad. Parecía que se hubieran visto la noche anterior —. Me han comentado que estabas aquí y Paula lo ha escuchado. Seguro que te haces una idea de cómo se ha puesto… —Meneó la cabeza con desaprobación, pero Ayane le sonrió con una ceja enarcada, a sabiendas de que el juego que se traían su mujer y él consistía sobre todo en empujarse el uno al otro al borde del asiento. Le encantaba ponerla celosa, y no temió admitirlo al final dirigiéndole un guiño perverso—. Hay que ver, preciosa. Te pierdo la pista y reapareces años después en un sitio del que no recuerdo haberte hablado… —Desvió la mirada al silencioso Kingfisher— y con un tipo que no te pega nada. ¿No se suponía que yo era el único hombre exótico al que te habías tirado? ¿Me has echado del podio?

Ayane tuvo que contener una carcajada. Acababa de ganar parte de la apuesta.

—Si no me lo estuviera tirando, me habrías dejado en vergüenza con tu descaro, ¿sabes? —le regañó Ayane con afecto. Acto seguido, le hizo un gesto con el dedo a Kingfisher para que se acercara y se retiró lo justo para presentarlos—. Amante del pasado, amante del presente. Como veis, no tenéis muchas cosas en común, pero sí la más importante: yo.

Califa se rio, encantado con su desahogo, y estrechó la mano de Kingfisher con la languidez que reservaba a los hombres que no le merecían respeto alguno.

Aunque era tan avispado que reconocía la verdadera naturaleza de sus invitados con un rápido vistazo, no decidió despreciar a Kingfisher porque se le antojara débil de espíritu, el único defecto que encontraba imperdonable; lo despreciaba por el simple hecho de acostarse con Ayane. Era un hombre tan sumamente posesivo con las mujeres que habían estado en su vida, incluso a pesar de haberse casado y concentrar todas sus fuerzas en hacer feliz a la desesperante Paula, que nunca dejaba de ver a las nuevas parejas como su competencia.

—¿Y bien? —inquirió Califa. Supo que se estaba conteniendo para no recorrerla de arriba abajo y hacerle un cumplido por el modo en que afianzó la mirada en ella, con una determinación casi dolorosa—. ¿A qué debo este honor? Porque no creo que hayas venido a que nos pongamos al día. Si te interesara cómo estoy, me habrías llamado nada más enterarte de que mi negocio se fue a pique.

—No pensé que fuera necesario hacer leña del árbol caído, y nunca dudé de tu habilidad para resurgir de las cenizas. Además de que, en aquella época, tú y yo acabamos como el rosario de la aurora. Pero agua pasada no mueve molino —desestimó con un encogimiento de hombros—. Vengo porque el otro día celebramos un reencuentro mis viejas amigas y yo, seguro que te acuerdas de ellas, y me mencionaron que tu club se había convertido en un reclamo popular para las veteranas como yo.

—¿Tus amigas? —El reconocimiento relampagueó en sus ojos del color del aceite—. ¿Bloody Mary y Margarita?

—Ajá. Vienen mucho por aquí, por lo que me han contado.

—Solo Bloody Mary. A la otra se le olvidó lo que le gusta después de casarse —explicó con evidente desdén. Califa entendía a los desertores como traidores a su propia esencia—. BM tiene el pase vip, sí.

—¿Y yo no? —jadeó, exagerando su indignación.

Califa fingió pensárselo lanzando una mirada dubitativa al techo. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones, dándose un aire desenfadado, y suspiró como si lo lamentara.

—Ahora nos pillas en plena fiesta, Kir Royale, y tenemos un código de vestimenta bastante estricto. No llevas las prendas adecuadas. Ni para participar, ni para mirar.

Ayane contraatacó quitándose la gabardina. Así reveló un vestido de cuero con escote palabra de honor que dejaba poco a la imaginación. A Califa no le quedó otro remedio que mirarla de arriba abajo con una sonrisa de desprecio hacia sí mismo, a sabiendas de que había sido un estúpido por pensar que no iría preparada.

—Parece que no me conozcas —le reprochó. Él emitió un ruidito con la garganta que

expresaba su irritación… o su secreto placer—. Sea lo que sea que se esté celebrando —añadió en tono persuasivo—, dudo bastante que no dé el pego. ¿No vas a dejarme pasar? ¿Por los viejos tiempos?

Se fijó en la tensión en la mandíbula de Califa y supo que sí la dejaría pasar, pero no por esos buenos ratos que disfrutaron entre sábanas.

Aunque su mujer y él tenían un acuerdo sexual de lo más excitante, uno que permitía a Califa encamarse con otras siempre y cuando Paula estuviera presente para dirigir la sesión, Ayane era una de las líneas rojas del contrato. Cometió el error de verse en medio de sus primeros meses de relación, de ser la última mujer a la que Califa tomó de amante durante años y con la que se planteó olvidar a Paula de una vez por todas.

Por esa simple razón, la joven la odiaría y temería para siempre.

Califa la dejaría pasar, más bien, porque reconocía su valor empresarial como reclamo publicitario. No escondía que utilizaba a las mujeres para atraer público masculino.

—No te acerques a ella —la advirtió en referencia a su esposa—. Si la miras, aunque sea de soslayo y con esa actitud sobrada tuya, te largo en el acto y te veto la entrada de por vida. Y más te vale gastarte en copas una indecente cantidad de dinero para que por lo menos pueda cubrir las cuotas del abogado del divorcio —añadió con humor.

—Descuida. —Miró de soslayo a Kingfisher, que se había quedado pasmado con el intercambio—. Resulta que tengo cien dólares a mi disposición.

—Poco me parece para la pelea que me vas a costar —masculló por lo bajini.

—Como si discutir no te pusiera cachondo… Si no lo sabré yo.

Califa la regañó con la mirada, pero en el fondo de sus ojos de oro brillaba el morbo de la trifulca que avistaba en el horizonte.

—Calladita, ¿eh? No provoques a la bestia.

Lo primero que Ayane pensó cuando Califa los condujo a través de la puerta secreta fue que le habría encantado que Jace estuviera allí.

Cuando lo conoció, su marido no había incursionado en condiciones en el mundillo sadomasoquista, pero que no pusiera el grito en el cielo cuando Ayane se lo comentó con el objetivo de espantarlo, desesperada por alejar los sentimientos que la incitaban a sentar la cabeza con él, dijo mucho de su atracción hacia lo extremo. Al poco tiempo le confesó que estuvo investigando al respecto cuando una amante regular, a raíz de leer el éxito literario *Cincuenta sombras de Grey*, le pidió probar ciertas prácticas. Por lo visto, no ahondó demasiado en las páginas web pertinentes y no llegó más lejos de atarla y azotarla, pero Ayane aún recordaba el

brillo ambicioso en sus ojos grises al confesar que no le importaba seguir aprendiendo.

Y lo hizo. Aprendió y el ambiente empezó a gustarle tanto como a ella.

Jace era un hombre tan solemne para todo que no se habría reído de las luces rojas y ambarinas del pasillo forrado en terciopelo que los llevó hasta una única sala que se asemejaba a una discoteca. Tampoco se habría echado las manos a la cabeza al ver a los vips bailando semidesnudos y como bestias del infierno al ritmo de *Watch Me Burn* de Michele Morrone, a las *pole dancers* enroscadas en una barra que emitía destellos plateados o a los voyeristas que observaban desde los palcos con una copa en la mano.

Un detalle que captó la atención de Ayane fue que alrededor de la pista de baile había una serie de cristaleras que daban a habitaciones. En estas se podían ver las camas dobles, los instrumentos sexuales que colgaban de las paredes y las parejas o tríos que realizaban sus sesiones ante un público congregado al otro lado del ventanal.

—Bonito toque —halagó Ayane. Se giró hacia Califa con una sonrisa juguetona—. Esto no lo tenías en el club anterior, ¿eh? Me habría gustado probarlo.

—Estás a tiempo —le aseguró él con un guiño—. Te explicaré cómo funciona el sistema de luces.

Pero eso no era lo que más interesaba a Ayane, sino lo que la esperaba una vez cruzara el arco monumental que conducía a otro salón.

Sin esperar la invitación de Califa, siguió el sonido de un látigo restallando contra la carne humana. Levantó las cejas al contemplar un espectáculo morboso sin igual.

En el centro de la segunda estancia habían montado un ring. Alrededor se repartían los asistentes a la velada, no más de veinte. No habían ido allí a ver cómo dos boxeadores se rompían las costillas, sino una sesión BDSM con todas las de la ley: en lo alto del cuadrilátero, una figura masculina y fibrosa con el cabello largo hasta media espalda orinaba sobre la desnudez de su sumisa. Ella tenía los ojos cerrados y la boca abierta, y estaba completamente inmovilizada por una cuerda que se enrollaba a su alrededor como una serpiente.

No le extrañó que algunos presentes apartaran la mirada cuando el chorro aterrizó en el rostro ruborizado de la joven. No todos los sadomasoquistas debían predicar con la totalidad de las prácticas BDSM para considerarse adeptos, mas hubo muchos que observaron con los ojos bien abiertos.

Ayane entre ellos.

—¿Esta es la fiesta a la que no me querías invitar? —se quejó a Califa, que asistía al espectáculo de pie a su derecha con los brazos cruzados a la espalda. A la izquierda seguía Kingfisher, al que se giró a mirar para confirmar que estaba horrorizado.

—Como ves, esta noche se celebra una competición —respondió Califa—. El público

decidirá qué combate sexual ha sido más interesante.

—¿Y qué se lleva el ganador?

«¿Un viaje a Fuego y Sangre?», estuvo a punto de preguntar.

No. Sería demasiado fácil. Califa no ponía los privilegios en bandeja.

Ni mucho menos si formaba parte del presunto circuito de trata.

Ayane se había divertido con él y le tenía por un hombre justo y generoso, además de demasiado abducido por sí mismo, por su negocio, por su mujer y por el sexo para meterse en asuntos turbios que pudieran privarle de su medio de vida y de la niña de sus ojos, quien de ninguna manera aplaudiría actividades delictivas. Pero seguía sin descartar su implicación en las desapariciones. Estaría favoreciéndolo.

Hasta que se demostrara lo contrario, sería tan sospechoso como cualquier otro.

A veces, el trabajo era psicológicamente extenuante. Debía desconfiar hasta de su sombra.

—Un Dom Perignon de mil quinientos dólares, además de fama y prestigio. Si ganara Hemingway, que es ese tipo —señaló al amo de cabello largo. Tenía un asombroso parecido con Avan Jogia—, la próxima vez que viniera, todas las sumisas querrían tener sesiones con él. Habría demostrado ser la Estrella de Venus[8].

—Yo puedo hacerlo mejor —repuso Ayane. Se giró hacia Kingfisher, quien se había acabado acostumbrado a la violenta visión de Hemingway y ahora observaba con morbosa curiosidad—. ¿Tú qué crees?

Capítulo 7

Kingfisher le devolvió la mirada con una mezcla de pánico y fascinación. Eran sensaciones interesantes viniendo de un sumiso, las que su dominatriz tenía que provocar.

—Por lo que sé, después de Hemingway no hay nadie anotado en la lista. Si quieres participar —Califa le señaló el ring con un gesto de mano—, el escenario es todo tuyo.

Tras invitarla como el gran anfitrión que era, lo vio desaparecer entre el gentío con la excusa de avisar a Paula de su presencia. Ella, en lugar de confrontar a Kingfisher por lo que unilateralmente había decidido que ocurriría a continuación, sacó el móvil de la gabardina que colgaba de su brazo y envió un mensaje.

Estoy en Vesper's.

No deberías utilizar el teléfono en plena operación.

Todavía no ha empezado la operación, esto es solo una prueba para conseguir que nos inviten. Te quería avisar de que estoy dentro y recordarte que te adoro con locura.

¿Qué vas a hacer?

Creo que humillar física y verbalmente a Kingfisher.

Entonces seguro que le gustas.

Ayane se rio.
Le había copiado la respuesta.

Preferiría que fueras tú.

En ese caso ya se vería quién humillaría a quién.

No me pongas cachonda o lo pagaré con otro.
Sigue viendo *Seinfeld* y no pienses en mí.

Pues tú piensa en mí todo el rato.

—Estoy aquí —le espetó Kingfisher, molesto—. Acabas de avisar al propietario del garito de que vamos a follar en un ring, ¿y no se te ocurre antes consultármelo? Sabes que el BDSM va sobre el consentimiento, ¿no?

Ayane guardó el móvil en el bolsillo de la gabardina y lo enfrentó con hastío.

—No refunfuñes tan alto, Kingfisher. Y sí, sé que la base del BDSM es el consentimiento, pero nosotros no estamos aquí para divertirnos, sino para trabajar —aclaró, bajando el tono. Estaban lo suficientemente apartados del gentío para que nadie los escuchara—. Si algo importara lo que uno quisiera hacer, te aseguro que no te tocaría ni con un palo.

—Ya veo que estás practicando las humillaciones. ¿Se puede saber qué pretendes hacerme?

—No seré muy dura, te lo prometo —le aseguró sin mirarlo, buscando entre la gente a Califa.

Hemingway acababa de bajar las escaleras del ring con su sumisa entre los brazos, una chica con el cabello al estilo *garçon* y la cara impregnada de lágrimas y fluidos. El amo desaparecería segundos después por una puerta privada, con toda seguridad para cubrirla de los pertinentes mimos tras una sesión violenta.

Localizó a Califa al fondo del salón, hablando con una Paula que acababa de salir de otra habitación secreta. Llevaba un batín de seda anudado a la cintura y miraba a su marido con el ceño fruncido. Él, como si se hubiera percatado de que Ayane estaba esperando una confirmación, alzó la barbilla en su dirección y le hizo un gesto afirmativo con el pulgar. Paula la ubicó acto seguido y, en su línea habitual de castigar a los miserables con su fría indiferencia, se limitó a sostenerle la mirada un segundo antes de cerrar la puerta.

Aunque deploraba las envidias injustificadas, era halagador que una mujer como Paula León hubiera sentido celos de ella alguna vez. Además de tener «el cuerpo imposible», como la describieron una vez en French 75, y una cara que haría llorar a los poetas, con aquel hoyuelo marcado en la barbilla y los labios en forma de corazón, la joven era segura de sí misma. Que la creyera capaz de robarle el aliento a un hombre que bebía los vientos por su mujer significaba que Ayane la marcó de alguna manera.

Había tenido experiencias lésbicas más de una vez, sobre todo en tríos, pero no se etiquetaba como bisexual porque nunca tomaba la iniciativa con las mujeres y no disfrutaba tanto del sexo con ellas. Era habitual que apreciara la belleza femenina e infrecuente que quisiera exprimirla. Paula era, aun así, una de las pocas mujeres del mundo con las que se acostaría a solas y con verdadero placer.

Incluso había fantaseado con que la joven la dominaba. Podía imaginarla bordando el papel con esa frialdad inalcanzable que parecía haber patentado.

Alejó ese pensamiento, aunque no luchó contra el morbo que le espesó la sangre, y le entregó su gabardina al primer trabajador que localizó. Este aprovechó para advertirla:

—Se está barajando prohibir los teléfonos móviles en el recinto. Aún no es una norma, pero se recomienda prudencia en su uso, y, por supuesto, no puede ni hacer fotos ni grabar vídeos.

Ayane se podía figurar por qué. Califa había tenido problemas serios con la justicia por culpa de algunos imprudentes. La gente estaba obsesionada con dejar pruebas documentales de lo que hacía cada segundo del día.

—Anotado.

Ayane invitó a Kingfisher a seguirla. Este obedeció con la cabeza gacha, ya mentalizado de que debía ofrecer un espectáculo creíble.

No había sido necesario que ella explicara el porqué de su iniciativa sexual. Iban a realizar una sesión sadomasoquista en público para que a Califa no le cupiera la menor duda de que supondrían una incorporación muy interesante a Fuego y Sangre.

Pero también por razones egoístas, como tarde o temprano tendría que reconocer.

Aunque inactiva, una sadomasoquista siempre sería una sadomasoquista, y en ambientes que gritaban sexo y estaban impregnados del olor de los fluidos y los tejidos fetichistas, sus tendencias morbosas no hacían sino asomar la cabeza en busca de sangre.

«Menuda noche», pensó, estimulada.

Ayane le ordenó a Kingfisher que subiera primero los escalones y que se desnudara, dejándose solo los bóxers, una vez estuviera arriba. Mientras, ella buscó un juguete lo bastante interesante para animar la fiesta. Localizó el látigo que Hemingway había olvidado entre las cuerdas del ring y lo agarró. Estaba húmedo en el mango por el sudor del amo. No le disgustó la sensación. Era increíblemente melindrosa en la vida real, en el gimnasio, en la sala de tiro, con la comida; en el rol, en cambio, se convertía en un animal salvaje.

Confirmó con un vistazo que Kingfisher había obedecido. Antes de que subiera, los empleados, raudos y veloces, habían fregado el suelo manchado de orina, sangre y semen.

Ahora, la superficie blanca brillaba como la luna.

Ayane se empapó de la excitación del ambiente barriendo el salón con la mirada. Las íntimas luces rojas, el silencio cómplice de la mayoría del público, la cadencia sensual de la canción que sonaba.

Todo era perfecto, pensó, y un escalofrío placentero le dejó la piel de gallina.

En cuanto empezó a subir las escaleras, arrastrando la punta del látigo a su espalda, la gente a su alrededor se desvaneció. Se concentró en el hombre que esperaba con tan solo la ropa interior en el corazón del ring, en las vibraciones de la música que parecía provenir de su caja torácica. Caminó despacio sobre los tacones hasta posicionarse ante Kingfisher y le ofreció una sonrisa que prometía perversiones y sufrimiento.

Sabía que al tipo no le entusiasmaba el rol sumiso. Solo tenía experiencia como dominante, y haberse visto en la obligación de plegarse a las condiciones de Ayane solo porque ella había

conseguido tirar de los hilos hasta Califa era una humillación para él. Daba la casualidad, no obstante, de que Ayane había disfrutado de sesiones BDSM con hombres interpretando el papel de misóginos escarmentados por una mujer.

De hecho, era su juego de rol preferido.

Ahora podría volver a experimentarlo.

Utilizó el extremo puntiagudo del látigo para recorrer de forma casi cariñosa su pecho esculpido, los tatuajes tribales que le sorprendió que salpicaran su piel, y se detuvo en el borde del bóxer.

En lugar de bajárselo, introdujo los dedos y cubrió con la palma el bulto caliente.

Levantó las cejas al comprobar que tenía la polla muy gruesa. No le cabía en la mano y tampoco podía abarcarla si la rodeaba con el índice y el pulgar.

Quizá en otro momento le hubiera felicitado, pero eso no era lo que hacían las dominatrices.

Más bien al contrario.

No habían acordado dejar fuera la humillación verbal, y Ayane estaba exultante además de encantada de vengarse por sus comentarios fuera de lugar.

—Un hombre como tú no debería ir por el mundo con esa seguridad en sí mismo. No cuando sabe que con esto —le apretó la base del miembro hasta arrancarle un gemido— no hay manera de darle placer a una mujer.

Él la miró con las cuencas de los ojos enrojecidas.

—Lo sé, ama.

—Agacha la cabeza. No te he dado permiso para dirigirte a mí.

El agente obedeció ipso facto.

Fue ahí cuando se dio cuenta de que Kingfisher no era el hombre por el que le había tomado en un principio, o, al menos, era una persona diferente cuando estaba al servicio de su dominatriz. En sus pupilas negras habían chisporroteado la curiosidad y el deseo prohibido.

Cuánto le habría gustado acariciarle la cara con condescendencia y decirle: «Mírate… Sí que te pongo cachondo, después de todo».

—Quítate eso y túmbate boca abajo —le ordenó.

Kingfisher le tomó la palabra. En cuanto estuvo en la posición deseada, Ayane deshizo el lazo que mantenía su melena en una coleta alta y escondió la gomilla en el puño. Sacudió la cabeza para que el cabello recuperara su caída natural y a continuación se agachó para ver al agente apoyado sobre las palmas de las manos. Así evitaba que todo el peso cayera sobre su miembro empinado.

Sonrió, complacida ahora que sabía que su compañero tenía un lado masoquista, y se sentó a horcajadas sobre su espalda con la mirada apuntando a sus pies. Introdujo el mango del látigo en

el escote. Ahí se quedó colgando, como una amenaza inminente.

—Separa las piernas y alza las caderas.

De esta manera, Ayane pudo introducir la mano entre los muslos del agente para agarrar su miembro. Tiró de este hacia atrás, de modo que quedara atrapado entre las ingles masculinas y el prepucio asomara por debajo de las nalgas, la posición tirante con la que las *drag queens* disimulaban el bulto de su entrepierna para los espectáculos.

Tenía la polla semidura, pero no le prestó la debida atención y se colocó la gomilla entre los dientes mientras agarraba los testículos sin delicadeza. Le oyó gimotear en voz baja y revolverse bajo su peso, pero ella estaba muy cómoda en su trono improvisado. Ignoró la queja y ejerció más presión al apretarlos. Cuando los hubo machacado lo suficiente, utilizó la gomilla para atarlos en una posición tirante. Dificultaría el riego sanguíneo con dos vueltas apretadas y produciría el dolor que intensificaría el orgasmo.

Satisfecha pero procurando no exteriorizarlo, se puso de pie sobre los tacones y recuperó el látigo del escote.

Ayane observó a su sumiso, tumbado boca abajo con el prepucio asomando bajo los cachetes, y alargó la puntera del *stiletto* hasta rozar la hendidura de la cabeza rosada. Kingfisher se revolvió, a lo que ella respondió acariciando la piel satinada del pene con la suela del zapato. Repitió el movimiento de arriba abajo, como si quisiera amasarlo, y cuando notó que estaba lo bastante duro, apoyó la aguja del tacón bajo sus nalgas apretadas. Se aseguró de que no perdía el equilibrio desplazando el pie hacia delante, sobre uno de sus cachetes, y se impulsó para dar los dos primeros pasos encima de la espalda de Kingfisher.

Él emitió un gemido entrecortado que podría haberse confundido con un jadeo placentero.

Ayane acarició el látigo desde el mango hasta la punta y arrojó un primer golpe a los testículos hinchados. El grito de Kingfisher, al principio indignado, se fue convirtiendo en un débil berrido conforme ella fue caminando lenta y sensualmente sobre él, más concentrada en mover las caderas al ritmo de cada paso que en el equilibrio. Se fijó en que la piel del agente se erizaba cuando se detenía con un pie adelantado sobre la media espalda, y sonrió antes de propinarle un segundo latigazo entre las nalgas, que él encogió en el acto para soportar el escalofrío.

—¿Cuántos llevamos? —exigió saber.

—Dos —atinó a responder, culebreando bajo su ama. No para expulsarla de la cumbre que era su cuerpo: la sangre concentrada en los testículos y la tensión del miembro le hacían arder de necesidad.

Ayane se quitó los tacones con un par de puntapiés. Él suspiró aliviado al dejar de notar las punzadas de dolor de las agujas, que habían abierto socavones temporales en su piel oscura. Ella desafió el equilibrio acuclillándose entre sus escápulas y le rodeó el cuello con el látigo,

sujetándolo de ambos extremos, para que alzara la cabeza.

No podría verle la cara, pero sabía perfectamente que estaba ejerciendo la fuerza justa para asfixiarlo y que el orgasmo fuera más intenso.

Con cuidado, Ayane se sentó sobre Kingfisher. Lo hizo de espaldas a su cabeza, a una altura de la espalda que le permitiría tanto sostener el mango y la punta del látigo por encima de la cabeza con una sola mano, manteniéndolo asfixiado, como alargar los pies hacia su polla. Como tenía los muslos separados, sobresalía la longitud suficiente para que pudiera envolver el prepucio con los pies y empezar a frotarlo con lentitud.

Kingfisher quería revolverse, pero Ayane lo tenía apresado bajo su cuerpo y el peso le impedía respirar con normalidad. Estaba desesperado, sufriendo como un condenado, pero su erección no hacía sino tensarse y crecer en tamaño con las atenciones de la dominatriz.

No seguía ningún tipo de técnica. Retiraba y subía la fina piel satinada, acariciaba la punta del miembro con las puntas de los dedos de los pies y trataba de raspar su longitud arañándole con las uñas cortas.

—No te vas a correr todavía —le ordenó, tirando del látigo que le apretaba en la garganta. Le oyó atragantarse y escupir en el suelo la saliva que se le había acumulado en la boca.

—Sí…, ama.

Ayane apoyó un pie en el suelo, a un lado de Kingfisher, y jugó a pisarle el capullo con el talón. No le importaba que la raja del vestido corto permitiera a los espectadores percatarse de que no llevaba nada debajo. Ellos no existían en ese momento; solo la pareja que se divertía en el ring.

—Ahora sí puedes hacerlo —determinó Ayane. Le dedicó una última caricia con los dedos y se retiró a tiempo para que sus fluidos no la salpicaran.

Hasta que no se hubo vaciado por completo, Ayane no soltó el mango del látigo, y Kingfisher lo agradeció: el grito de liberación que vino con el arrasador orgasmo dejó patente que no haber podido respirar con regularidad había potenciado las sensaciones, que en todo momento lucharon entre sí por imponerse a las otras; el placer sobre el dolor, la angustia sobre el morbo.

Ayane se incorporó y limpió con la mano uno de los regueros de semen que había manchado la cara interna del muslo masculino. Volvió a sentarse a horcajadas sobre él, lo agarró del denso cabello negro y tiró para levantarle la cabeza y acercarle los dedos húmedos a los labios.

—Chupa —le dijo al oído.

Como Kingfisher vaciló, Ayane lo sacudió con impaciencia, arrancándole un sollozo dolorido. Entonces sí obedeció. Se metió su índice en la boca y lo succionó, presionándole la yema con la punta de la lengua, hasta que ella se dio por satisfecha.

Pensó que se lo mordería o le lanzaría una mirada de odio en cuanto se diera la vuelta, pero Kingfisher estaba tan catatónico por la experiencia que permaneció donde se había quedado.

—Llevarás la goma lo que queda de noche —sentenció Ayane, ya de pie. Se arregló la falda del vestido de manera que no formara arrugas y se alisó el pelo como si no hubiera sufrido el menor desbarajuste durante la sesión.

Volvió a meterse el látigo en el escote y esperó unos segundos a regresar en sí misma antes de abandonar el ring. Primero se acostumbró a la combinación de luces ambarinas y rojas que los focos proyectaban por todo el salón; luego reparó en que la música no había dejado de sonar en ningún momento.

Un éxito de Beyoncé estaba a punto de acabar cuando se dirigió a las escaleras.

Apenas había puesto un pie descalzo en el primer peldaño cuando una mano masculina emergió entre las sombras y se hizo notar a pesar de los relámpagos de neón; una mano caballerosa con la palma apuntando hacia arriba que le recordó a ese Rhett Butler descarado y galante que esperaba el amor acodado al final de la escalinata.

Pensó en ignorarla, pero el gesto se le antojó inexplicablemente burlón. Que le ofreciera ayudarla a bajar como si fuera una dama en apuros cuando acababa de dar un espectáculo de violencia, y no en el papel de violentada, era cuanto menos irónico. Y fue por eso que buscó al dueño de la mano subiendo la mirada desde la gruesa muñeca, donde había un tatuaje que no atinó a descifrar, hasta el hombro musculoso enfundado en una camisa negra.

Se estremeció antes incluso de llegar a su rostro, como si su cuerpo hubiera anticipado un peligro que su mente impotente aún no podía descifrar.

Y cuando llegó a su rostro, se quedó paralizada.

My haunted lungs
Ghost in the sheets
I know if I'm haunting you
You must be haunting me[9]

Lo único que las luces le permitieron ver en un primer momento fueron unos ojos igual de gélidos que la muerte, ojos de un azul tan intenso que parecía hallarse en el estado febril de haber regresado del submundo con los saberes arcanos en su poder.

Había clavado en ella una mirada insondable que hería como un puñal.

Le dio la impresión de que era rubio y pálido, parecido a los vampiros victorianos sobre los que solía leer cuentos cuando era niña, pero no vio nada más que los ojos, ojos, ojos. Se acordó de la tarotista, de los iris azules del diablo que se le iba a meter en el cuerpo y le iba a truncar la vida.

Aún llevaba colgando del cuello la turmalina que la gitana le regaló, y como si el desconocido

supiera que el objetivo del accesorio era protegerla de su influencia, posó la mirada un instante en el amuleto y amagó una sonrisa indescifrable.

«Eso no te va a salvar», creyó que decía.

Y aunque su sola presencia era amenazante, con el gesto se burlaba de ella y en el fondo de su corazón sabía, como sabía que el sol se ponía por el oeste, que estaba ante un sujeto peligroso, Ayane aceptó su mano y bajó los últimos peldaños.

Luego, como el príncipe azul que no esperaba recompensa alguna, él se perdería de vista.

Capítulo 8

Eran las tres de la madrugada cuando Ayane bajaba al parking de Vesper's jugando con las llaves de un todoterreno. Después de pasar una entretenida velada en uno de los palcos vip, Califa había tenido a bien prestarle uno de los coches de su colección para regresar a su hotel.

Por suerte para los dos, Paula no había armado ningún escándalo al verlo bebiendo con su examante. Se limitó a retirarse de la fiesta e invitó a Califa a unirse a ella en el dormitorio cuando mejor le pareciera.

Y al propietario le había parecido que antes echaría un rato con su buena amiga.

—Da la impresión de que ya no le importa que estuviéramos liados —le había dicho Ayane, repantigada en uno de los cómodos sillones. Llevaba un par de copas en el sistema, suficientes para que Califa la creyera inofensiva de tan relajada, pero no tantas como para no conducir la conversación por donde le interesaba—. Gracias al cielo. Me gustaría recuperar el contacto contigo. Creo que tenemos muchas cosas en común.

—¿Ah, sí? —Califa había arqueado una ceja, socarrón, y había alargado el brazo para servirse un par de dedos de whisky en un *old-fashioned* con hielo. La miró a través de las pestañas—. ¿A ti también te gustan los San Francisco Giants, la ropa de diseño y las latinas?

—Las latinas son patrimonio de la humanidad, cariño, pero soy más de los Red Sox. —Había estado a punto de decir que su marido había acabado contagiándola con sus intereses deportivos e iban de vez en cuando a ver los partidos, pero se contuvo a tiempo. El personaje que había ido a interpretar no estaba casado. Se suponía que era una loba solitaria llamada Hayami Moore con acento americano neutro y ganas de fiesta—. Que nos vaya el estilo de vida sadomasoquista y tengamos personas en común nos acerca más que el béisbol, ¿no te parece? Ya ves que conoces a todas mis amigas. A Bloody Mary, a Margarita…

—Y para de contar —se había mofado.

Ayane se inclinó hacia delante para descansar la copa sobre el posavasos.

—Bueno, y Jaylani, ¿no? —Califa enarcó una ceja, exigiendo más datos—. Fue hace un par de años a una especie de encuentro internacional de BDSM en Tailandia. Algo así se le escapó una noche que bebió más cerveza de la cuenta. ¿Cómo me dijo que se hacía llamar en el rol? —fingió dudar, rascándose el cuello. Howard Welles había sido de gran ayuda proporcionándole datos concretos—. ¿Kanji, puede ser?

—Ah, la chica de padres indios… Se largó antes de que acabara el evento y no la volví a invitar por razones obvias; no tolero desaires. No tuve trato con ella. Pero eso no es lo que te

importa, ¿a que no? —Califa se reclinó hacia atrás. Abrazó el respaldo del sofá de cuero crema. La escudriñaba con una mezcla de molestia y retorcida admiración—. Llevas un buen rato tanteando el terreno con la charla porque quieres ir a Fuego y Sangre. Puede que nunca te invitara a cenar y ni siquiera nos dijéramos el nombre, pero te conozco lo suficiente para saber cuándo te propones algo. La sonrisa se te tuerce a un lado, como ahora. —La señaló con el dedo meñique, el único que despegó de la copa helada—. «La sonrisa de Lucrezia Borgia», solía llamarla.

Una ilusión pueril la embargó.

Sus sonrisas tenían apodo.

No cometió el error de enamorarse de Califa, pero muchas veces lo odió por no haberle dado el lugar que le correspondía. Saber que no perdió el tiempo con él porque le prestaba atención alivió el picor de antiguas heridas.

—Bueno… —Aleteó las pestañas—. No puedo negar que sintiera envidia de mis amigas cuando ellas disfrutaron de una experiencia novedosa y yo no.

—Eso sí va más contigo. Ya se sabe que eres competitiva a más no poder —Califa chasqueó la lengua, apenado—. Me temo que no te puedo colar, *habibati*[10]. Las listas llevan una semana cerradas. Ya no cabe un alfiler. Podría llamarte si una pareja me fallara, pero es bastante improbable. Esto no se lo pierde uno ni aunque se parta un brazo.

—¿En serio? ¿El gran Califa no puede hacer nada?

Él la había mirado con sorna. Odiaba que lo creyeran tan estúpido como para morder los anzuelos de las lisonjas. Tenía ego, pero no el suficiente para dejarse manipular a cambio de un halago.

—Yo ni siquiera soy el que maneja el cotarro. La organización de Fuego y Sangre está compuesta por más de uno y más de dos. Yo solo represento a Estados Unidos. Las parejas de Asia Occidental y Asia Oriental las llevan Arak y Mekhong respectivamente, El Diablo apunta las parejas latinoamericanas; Black Russian se mueve por los territorios de la antigua Unión Soviética y Yugoslavia… —Movió la mano con impaciencia—. Y así.

—Por casualidad no se habrá quedado alguna plaza libre en las listas de esos tipos. No me importa representar a Japón. —Le sacó la lengua.

Califa bufó sonoramente.

—Buena suerte llegando hasta ellos.

—¿Es que ninguno ha venido a tu fiesta? —Hizo un puchero—. ¿No les caes bien a los niños de tu clase?

Él esbozó una sonrisa cáustica.

—Ya me acuerdo de por qué me gustaba tanto darte azotes. —Un brillo maligno iluminó sus

ojos felinos—. Nena, si tuvieran que dejarse caer por todas las fiestas que celebro, echarían más tiempo en sus aviones privados que en su casa.

—¿Y cuál sería el problema? No todos tienen a una Paula esperándolos.

—No todos tienen a una Paula esperándolos, no —convino con un cabeceo orgulloso—. El único que ha pasado en Los Ángeles unos días es Black Russian, pero me parece que ya se ha ido. Es de los que llegan, ven y vencen. Enseguida vuelve a cruzar el Rubicón en busca de nuevos estímulos.

Ayane había tenido que controlarse para no exteriorizar su ofuscamiento. Necesitaba entrar en Fuego y Sangre por la puerta principal: si era verdad que la organización estaba blindada, una estratagema retorcida resultaría sospechosa.

Entonces, Califa había apostillado:

—Pero esta vez me ha sorprendido que se abriera tan rápido. Pensé que iría en tu busca en cuanto terminases la sesión.

Ayane enfocó la vista en él.

—¿A qué te refieres?

—Black Russian —le había repetido—. El tipo que te estaba esperando al pie de la escalera.

El estómago se le encogió.

—¿Ese era Black Russian?

—Ajá. Supongo que no se te presentaría por nombre y apellidos.

Ayane no habría sido sincera si le hubiera contestado que se olvidó de él en cuanto desapareció. La verdad era que, a lo largo de la noche, se había sorprendido lanzando miradas impacientes desde el palco, y no porque quisiera comprobar que Kingfisher se mimetizaba con la concurrencia, tal y como le había sugerido que hiciese para recabar información de otras fuentes. No estaba segura de si se debió a que el tipo le transmitía desconfianza, un detalle que incitaba a investigar, o era simple curiosidad lo que le suscitaba, pero sus ojos no habían dejado de buscarlo como si él tuviera las respuestas.

Le cuadró que formara parte de la cúpula de Fuego y Sangre. Había algo en él que helaba la sangre y al mismo tiempo la espesaba. No podía decirse que pareciera violento, pero sí letal. Si estaba en Vesper’s esa noche, no podía ser porque el sadomasoquismo le interesara desde una perspectiva teórica, sino porque lo practicaba.

Pero a Ayane le había dado la impresión de que no era así. De que estaba allí porque era un sádico, sí, mas no en la cama.

«Muchas conclusiones para haberlo visto diez segundos», se había estado repitiendo.

Pero seguía pensando en ello horas después, cuando buscaba en el aparcamiento subterráneo el dichoso coche de Califa. Él mismo iría a recogerlo al día siguiente al parking del hotel donde Ayane pasaría la noche con Kingfisher. El agente estaba esperando a que ella arrancara el motor

y fuera en su busca, pero se estaba tomando su tiempo para prolongar su venganza contra sus comentarios desafortunados.

No debería ser la que condujera. Después de anotar mentalmente la información recabada, Ayane se había relajado con Califa, y, entre copa y copa, habían dedicado el resto de la noche a contarse batallitas, siempre sin ahondar en lo personal ni dar nombres propios.

Había sadomasoquistas que odiaban la obligación de permanecer en la sombra, como si de criminales se tratara, pero a Ayane, además de seguro, el anonimato siempre le había parecido excitante.

Los problemas empezaban cuando uno era sincero, no antes.

Pensó en que le gustaría que Jace apareciera de repente. Que se la llevara en brazos a la cama. Que la arrullara y la besara en la frente.

Necesitada de su contacto, guio la mano al móvil para escribirle un mensaje. En Washington debían de ser las seis y media de la madrugada; estaría levantándose…

Un ruido a su derecha la sobresaltó e hizo que olvidara su intención. Pronto reparó en que no estaba sola. Al lado del todoterreno de Califa estaba aparcado un Mustang descapotable del año sesenta y cuatro. El que supuso que sería su propietario le daba la espalda cómodamente afincado en el asiento del piloto.

Al oírla gritar, el desconocido se había girado hacia ella apoyando el codo en el respaldo. Incluso a pesar de la falta de luz, supo que la miraba con la burla que merecía una reacción infantil.

—¡Qué susto me has dado, joder! —se quejó Ayane, masajeándose el pecho con los nudillos —. ¿Se puede saber qué haces ahí, agazapado en la oscuridad?

No planeaba iniciar una conversación con quien fuera el rarito que veía morir las horas en un aparcamiento, pero lo reconoció en cuanto curvó los labios. El parking estaba relativamente iluminado por las luces distantes que Ayane había encendido para bajar y que se activaban con el movimiento: luz más que suficiente para captar el matiz taimado de su amago de sonrisa.

El corazón se le paró.

Era su oportunidad, pensó.

Más que eso.

Era el destino.

Black Russian estaba allí para que Ayane pudiera convencerlo de entregarle una doble invitación a Fuego y Sangre.

Él no contestó. Se limitó a levantar los dedos índice y corazón. Sujetaba un cigarrillo industrial con una boquilla sorprendentemente larga.

No era un tabaco que se comercializara en grandes superficies.

—Ah, ya, aparcas el coche para fumar —comprendió Ayane. Reanudó la marcha hacia él. En

el silencio del parking, y en contraposición con el mutismo del tipo, el hecho de hablar en voz alta la hizo sentir como un elefante en una cristalería—. Está bien que alguien en esta ciudad respete las normas de tráfico y no vaya dando caladas con el velocímetro a ciento veinte.

Él hizo un gesto muy leve con las cejas y se giró hacia el frente.

No la consideraba lo bastante interesante para seguir prestándole atención, estaba claro.

Ayane lamentó haber abusado de los deliciosos cócteles de Vesper's. Si hubiera sido prudente, ahora tendría la mente despejada y podría pensar en una manera irresistible de traerlo a su terreno.

—¿Me das uno? —improvisó.

La puerta del Mustang estaba abierta de par en par, como si en el fondo Black Russian hubiera bajado al sótano en busca de compañía. Pero todo en él se sentía como una invitación que convenía declinar. Lo que se ofrecía con facilidad escondía una trampa.

Se levantó del asiento con la lentitud de aquellos que creían tener el tiempo de su parte y le ofreció la cajetilla de tabaco que sacó del bolsillo trasero del tejano.

A Ayane le costó tragar saliva cuando su cuerpo le bloqueó el campo de visión. Ni siquiera estaba tan cerca de ella, pero era más alto que cualquier hombre que hubiera conocido. Más que robusto como un bloque, parecía un remolino de fuego, una energía envolvente que consumía el oxígeno.

Se fijó en el envase y levantó las cejas al toparse con el abecedario cirílico.

—¿Una marca rusa?

—*Belomorkanal* —le confirmó. Eso fue lo primero que dijo. *Belomorkanal*. Y le hizo sentir que llevaba siglos esperando conocer la estremecedora ronquera de su voz. Debía de fumar a menudo—. Ten cuidado con el fuego.

Ayane levantó la mirada con una mezcla de extrañeza y diversión, incluso temor por si hubiera leído su pensamiento anterior.

—¿Perdona?

Él señaló el cigarrillo que había sacado con un gesto de barbilla.

—El fuego de la papirosa —explicó con acento eslavo—. No tiene filtro.

—Ajá… Los rusos siempre lo hacéis todo a lo bestia, ¿no? Porque supongo que eres ruso, *Black Russian*. No fuiste muy original al ponerte nombre, ¿eh? Califa me ha chivado quién eres, tranquilo. Todavía no soy adivina, y no eres tan guapo como para que haya ido por ahí preguntando por ti.

Una mentira sonrojante.

Pero Ayane no era de las que se ruborizaban.

Él apartó su propio cigarrillo de los labios después de dar una calada. Retuvo el humo tóxico en los pulmones mientras la miraba con una especie de complacencia burlona.

Parecía que le gustara lo que veía, pero no le inspirara ningún respeto.

—No eres muy hablador, por lo que veo —murmuró para sí misma. Se colocó el pitillo entre los labios—. ¿Tienes un mechero?

Black Russian dio un paso hacia ella. Ayane habría retrocedido de inmediato, más intimidada que molesta porque se tomara confianzas, si no hubiera tenido que demostrarle que merecía una invitación. Pero él no pretendía tocarla. Se inclinó para encender el cigarrillo de Ayane dando una calada al suyo con el extremo prendido pegado al pitillo apagado.

En cuanto el truco de magia surtió efecto, Black Russian recuperó el equilibrio apoyando las caderas contra la carrocería del Mustang.

Soltó el aire de la calada y la examinó a través del humo con la cabeza ladeada.

Ayane sentía que no quería hablar con ella. Que la encontraba vulgar, apenas una cara bonita. Eran demasiadas deducciones para tener en cuenta cuando ni siquiera había abierto la boca más de dos veces; deducciones sorprendentes viniendo de una mujer segura de sí misma, pero su forma de mirarla le producía sensaciones contradictorias. La ofendía. También le daba curiosidad.

La estimulaba, como si tuviera que demostrarle que valía la pena conocerla.

Era tal y como los yanquis describían a los rusos. Tenía el pelo liso y de un rubio platinado, largo por encima de los hombros y peinado con la raya en el medio. Se retiraba los mechones más molestos colocándolos detrás de la oreja en un gesto que podría haber resultado femenino y, sin embargo, entrañaba una violencia dominada a tiempo. Parecía Kurt Cobain, solo que con barba de varios días y menos melancólico. Tan solo la tinta de los tatuajes en las manos, los brazos y seguramente más partes del cuerpo cubiertas por orden cívica manchaban un lienzo por lo demás perfecto.

Porque si no fuera por orden cívica, pensaba Ayane, aquel hombre no sería un hombre, sino un salvaje. La ropa era lo único que le ayudaba a pasar desapercibido, porque su silencio amenazante y los ojos de depredador lo delataban como un bestia peligrosa pero muy bien entrenada para pasar desapercibida.

Ayane se recostó en el lateral del todoterreno aparcado en batería. Así quedó frente a él, separados por apenas un metro y medio de distancia.

Ambos fumaban con la mirada pegada a la del otro.

Black Russian no decía nada, pero era consciente de la presencia femenina y quería que Ayane lo supiera.

—Parece que te gustó mi sesión —comentó ella.

Observó su reacción.

La risa le tiró de una de las comisuras de los labios. Giró la cabeza hacia la salida de los vehículos para expulsar el humo del cigarrillo.

A Ayane le molestó que le resultara tan sencillo ser condescendiente sin abrir la boca, pero volvió a la carga con el propósito de que creyera que era inofensiva.

—He aprovechado que estoy tomándome un año sabático y que a mi pareja le han tocado las vacaciones para hacer una ruta por todos los clubes de Norteamérica. Yo me aficioné a esto siendo muy joven, cuando todavía estudiaba en la universidad, y por suerte encontré a alguien que compartía mis intereses. —Apartó el cigarrillo de los labios y se quedó pensativa, obviando por un momento el papel que representaba—. A veces eso es lo único importante, ¿no? Conocer a una persona con la que encajas. Una persona que quiere lo mismo que tú. Incluso si eso que quieres es… un azote de vez en cuando. No todo el mundo está dispuesto a satisfacer un deseo tan inocente. Tú mejor que nadie debes saberlo. —Él se humedeció los labios, pero no dijo nada. No tan exasperada como con curiosidad, Ayane insistió una vez más—: ¿No hablas bien el inglés? ¿O es que eres medio mudo?

—¿Por qué? —inquirió Black Russian.

Había sido su intención hablar antes de que ella le reprochara su silencio.

—Por qué ¿qué?

—Por qué te aficionaste al BDSM.

No parecía una pregunta, sino una afirmación. Quizá por el acento.

Ayane se había cuestionado a menudo su interés por el sexo extremo, su habilidad para dominar y su disposición a ser dominada de vez en cuando; su gusto por todo lo que conllevara una cuota de peligro y clandestinidad. Algunos de sus psiquiatras lo atribuyeron a la relación con su padre, que siempre estuvo marcada por el riesgo y la placentera sensación de estar cometiendo un delito moral. Otros especialistas asumieron que Kincaid la había enamorado del sufrimiento emocional y ella tomó los derroteros del padecimiento físico cuando la flagelación espiritual y la autodestrucción se le quedaron cortas.

No había querido aceptar ninguno de los diagnósticos.

Ni siquiera creía en los loqueros.

—Supongo que me aburre tanto lo cotidiano que necesito una vía de escape que me permita encarnar todas las vidas fascinantes que no me han tocado —meditó en voz alta—. Al final, el BDSM no es solo sadismo o masoquismo; es un eterno juego de rol en el que puedes ser un verdugo o una víctima, una profesora o una alumna, una pirata o una doncella… —Se mordió el labio y volvió a mirarlo a los ojos—. No soporto la mediocridad en ningún ámbito, el sexual incluido, y el misionero es mediocre. Lo vainilla es mediocre. Lo que hace todo el mundo es mediocre.

»Cuando me inicié en el sexo —continuó sin darse cuenta, instigada por el alcohol—, pensé… ¿Esto es todo? No parecía que se pudiera ser muy creativo sin que el otro pusiera el

grito en el cielo. Siendo muy joven me rebelé contra lo que conocía. La vida… —desvarió, acercándose el cigarrillo a los labios—. La vida no podía ser solo eso, ¿verdad? Estudiar, trabajar, jubilarse y morir. Celebrar Acción de Gracias. Follar en aniversarios y San Valentín. Hacer la compra los sábados. Yo… —Su voz se fue apagando. Se había perdido en el azul glacial de los ojos que la escrutaban con fijación—. Necesitaba relevancia. Trascendencia. Huir de la normalidad. Y no es que con el sadomasoquismo vaya a pasar a la historia, pero, por lo menos, follando en la piel de un corderito abnegado o en el papel de una tirana me alejo por un rato de la condición repetitiva y anodina de mi vida real.

Black Russian mató el cigarrillo de una última calada y lo arrojó a un lado sin quitarle la vista de encima. Un coche entró en el aparcamiento en ese momento y los fluorescentes se encendieron. Ayane se ruborizó, como si ese fogonazo repentino hubiera revelado la desnudez de su atropellada confesión, pero se le pasó la vergüenza inicial en cuanto vio por fin su rostro con claridad.

Aunque era perfecto se mirara por donde se mirara, con aquella piel de porcelana y los ojos abrasadores, había en su expresión una frialdad sobrecogedora. Incluso ahora que por fin proyectaba sobre ella una suerte de aceptación.

Odió que los cócteles la hubieran inspirado a darle la respuesta larga a aquel tipo tan extraño. Ayane había tratado con suficiente gente a lo largo de su vida para reconocer a alguien que no la tenía en ninguna consideración. Y, sin embargo, había aprovechado su única pregunta para tratar de deslumbrarlo con una profundidad que quizá la materia no tuviera.

—Que la vida sea repetitiva y anodina es un privilegio —la sorprendió diciendo él.

Incrédula, Ayane buscó de nuevo su mirada.

—Que la vida repetitiva y anodina nos llene —corrigió— es un privilegio, porque casi siempre es la única que tenemos y más nos vale que nos guste.

Su respuesta le tuvo que complacer, porque ese amago de sonrisa desdeñosa grabado en sus labios desapareció. No lo sustituyó una sonrisa real o una expresión serena. A decir verdad, Ayane no habría sabido decir en qué diablos estaba pensando.

Pero pensaba.

Parecía la clase de persona que, para su inmensa desgracia, nunca dejaba de hacerlo.

La pilló con la guardia baja por segunda vez preguntando:

—¿Qué vas a hacer la primera semana de octubre?

Ella pestañeó deprisa.

—Pues no… no lo sé. Nada, creo.

—Dile a Califa que estás en mi lista para Fuego y Sangre —zanjó, y a continuación volvió a sentarse en el asiento del piloto. Todavía no había cerrado la puerta cuando, con un asombro que se le tuvo que notar en la cara, Ayane dio un paso hacia él.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Black Russian giró la llave en el contacto y la miró a través de las pestañas.

—¿No es lo que querías? —le preguntó arrastrando las palabras.

El corazón se le encogió de nuevo.

—Pero… pero… —Tragó saliva, preocupada porque lo hubiera deducido—. ¿Por qué me la has dado sin dudar?

Black Russian deslizó una mirada lánguida por el top ombliguero que se había puesto antes de abandonar Vesper's para no llamar la atención por la calle. Lo había combinado con unos pantalones de cuero de tiro bajo. Fue a la franja de piel entre el ombligo y el pubis a donde la atención del ruso fue a parar.

Ayane sintió que le ardía la nuca cuando él introdujo las yemas de los dedos en su pantalón y tiró con suavidad para atraerla hacia él. En el silencio del parking solo se oyó el jadeo nervioso de ella y el eco del torpe paso que dio. Se preparó para advertirle que ni se le ocurriera agarrarla del culo, pero no hizo falta. Black Russian era elegante a su manera, como un combate de esgrima, y jamás se le habría ocurrido. Tan solo apoyó la mano en la curvatura de su cadera y, con el pulgar, acarició el discreto relieve del hueso.

No fue invasivo, pero Ayane se estremeció por la posesividad de la que Black Russian hizo gala al tocarla como si fuera su muñeca favorita.

—Porque quiero verte de nuevo —respondió con llaneza.

—Y una mierda —vaciló ella, disimulando el temblor generalizado cruzándose de brazos—. Has pronunciado cuatro palabras desde que he aparecido. Eso no suena a que te apetezca que nos encontremos y charlemos otra vez.

Black Russian enarcó las cejas, extrañado por su respuesta.

—No he dicho que pretenda hablar contigo.

—¿Y eso qué significa? ¿Que solo te gusta mirar?

Reprodujo un cabeceo con las mismas connotaciones que un encogimiento de hombros.

—Solo si me gusta lo que veo.

Con la mano con la que la estaba tocando, la apartó con gentileza hacia un lado. Así pudo cerrar la puerta del Mustang y salir del aparcamiento con la marcha atrás.

Ayane abrió la boca para tener la última palabra, pero no se le ocurrió a tiempo una réplica perfecta y tuvo que verlo acelerar quemando rueda.

No se dio cuenta de que tenía los puños crispados y un cosquilleo sugerente en la zona que él había tocado.

Capítulo 9

Una vez Califa formalizó la invitación a Fuego y Sangre, los agentes solo tuvieron que esperar a que transcurriera la semana y media que quedaba para el viaje a Tailandia.

Además de poner en orden sus asuntos y cumplir con las imposiciones del FBI, por supuesto. Entre ellas figuraba pasar por la consulta del psiquiatra y que este los evaluara para confirmar que estaban listos.

Ayane acudió a la consulta de Ben Chambers el último viernes que pasaría en Washington. Mientras esperaba a que saliera la agente que estaba reunida con él, se acordó del asombro con el que Califa la había mirado unos días atrás al conocer las intenciones de Black Russian.

—¿Qué pasa? ¿Es que no me crees? Te aseguro que no soy tan traicionera como cuando tenía veintipocos —había bromeado ella para llenar el silencio. Después de recibir la invitación de Black Russian, no le quedó otro remedio que avisar a Kingfisher de que no cogería el coche enseguida. Tenía que volver a subir a Vesper's, rezar para que le abrieran la puerta después de haber cerrado al público y reunirse con el propietario para hacerle partícipe de las últimas noticias—. ¡Llámalo, coño! Verás que lo confirmas. Te prometo que me lo ha dicho él mismo.

Califa había torcido el gesto.

—No, si es tan descabellado que no me cabe la menor duda de que es verdad —murmuró, pensativo—. Nadie en su sano juicio se inventaría que Black Russian le ha hecho un favor.

—¿Porque no se le conoce por su generosidad? —había adivinado Ayane con las manos cruzadas a la espalda. No podía parar de balancearse sobre las puntas de los dedos de los pies, feliz y dócil como solo lo estaban las niñas caprichosas después de salirse con la suya.

Califa le lanzó una mirada molesta.

—Porque a nadie se le ocurriría mentir sobre él. Se acabaría enterando, y no tiene piedad.

—Uh, qué miedo —se había burlado Ayane. Con la barbilla, señaló el teléfono fijo que descansaba sobre su escritorio—. Venga, pégale un toque. Que yo te vea. No te arrepentirás.

Más por darle el gusto que porque lo necesitara para creerla, Califa descolgó el auricular sin quitarle la vista de encima y se lo pegó a la oreja donde lucía el arete dorado. A Ayane le sorprendió que no tuviera que consultar una guía de teléfonos para marcar el número de Black Russian. Califa tenía una memoria privilegiada, eso lo había demostrado en un sinfín de ocasiones, pero no lo imaginaba aprendiéndose el móvil de nadie.

Para sorpresa de Ayane, puso el manos libres.

Sonó un pitido. Otro pitido. Un tercer pitido.

En cuanto descolgó, una voz grave y con acento eslavo dijo:

—*Sí, la he invitado.*

Y colgó.

Ayane no pudo contenerse y soltó una carcajada. Dio un saltito, aplaudiendo con las puntas de los dedos sin emitir sonido alguno, y le sacó la lengua a Califa.

—¡Punto para Kir Royale!

El dueño de Vesper's se había quedado mirando el auricular con el ceño fruncido, como si no comprendiera su funcionamiento. Estaba claro que, para él, había gato encerrado.

Lo depositó en su sitio lentamente, no muy convencido.

—¿A qué se debe la invitación? ¿Le has gustado? —le preguntó sin rodeos.

Ayane se había acordado entonces de la declaración de intenciones del fulano: «Quiero verte de nuevo». La sonrisa eufórica se le torció a un lado, instigada por una duda razonable, pero no permitió que las emociones que el sujeto provocaba le arruinara la celebración.

—¡Y yo qué sé! —desestimó con un encogimiento de hombros. Batiendo las pestañas en su dirección, apostilló—: ¿Tan raro sería?

Califa volvió a condenarla por su descaro.

—Es de muy mal gusto que te insinúes en mi despacho. Duermo aquí con mi mujer.

—Que la sobes con Paula en la oficina no es mi problema. A ver si es que voy a ruborizar con mi coquetería a los impresionables manuales de contabilidad.

A Califa no le había quedado otro remedio que suspirar, aún extrañado por el desarrollo de los acontecimientos, e imprimir dos contratos de confidencialidad con la normativa del evento, protocolos de vestimenta y la cuenta bancaria donde habría de realizarse el ingreso para acudir a Fuego y Sangre.

Era solamente una semana. Seis días descontando la llegada y la vuelta.

Una semana tan cara que Ayane se mareó.

—No sé a qué te dedicarás para costearte esto —había comentado Califa, mirándola de soslayo—. Lo que tengo claro es que tu amiguito no te va a invitar, porque parece un muerto de hambre.

—No paras de echarme la bronca, pero ¿acaso no es también de mal gusto insultar a los sumisos de tus amigas?

—La pobreza no es un insulto.

—Para la gente como tú, que lleva cuatro anillos de oro macizo, apuesto que sí. El caso es que la manera en la que consiga el dinero no es asunto tuyo —había apostillado Ayane en tono cantarín.

Acto seguido, se dio la vuelta abanicándose con el contrato.

Califa se quedó observándola como si así pudiera leer sus pensamientos.

«Como si alguna vez le hubieran despertado la menor curiosidad», pensó ella al marcharse, poniendo los ojos en blanco.

El dueño del club y Ayane se habían llamado de madrugada para citarse en la cama tantas veces que no podía contarlas. Y, entre polvo y polvo, uno arrancaba a hablar para matar el rato y acababa conociendo más de la cuenta al perfecto desconocido que se esforzaba por seguir siéndolo. En alguna que otra ocasión, ocasiones aisladas y que la dejaron desconcertada, Califa sí se mostró particularmente interesado en ella. En esos ratos se tejía una complicidad tal que parecía que podrían llegar a enamorarse.

Pero el amo no conectó con Ayane las suficientes veces para siquiera sentirse tentado de invitarla a cenar. A ella tampoco le molestó que así fuera. No la ofendía que la mente de Califa estuviera en otra parte.

A decir verdad, nunca había deseado que nadie la amara hasta que conoció a Jace. Era el único hombre bueno de corazón con el que se había acostado, y Ayane se dio el gusto de aceptarlo entre sus brazos porque pensaba que, para variar, merecía experimentar algo genuino.

Desde el principio, su marido contrarrestó el sufrimiento familiar y la frialdad con la que ella solía conducir sus escarceos.

Jace era su pequeño milagro del cielo.

Mientras lanzaba miradas impacientes a la consulta de psiquiatría, le daba vueltas a la última reunión con Califa, a si debería visitar a Riley en el hospital —no lo había hecho por temor a que lo interpretara como un regodeo—, si su matrimonio se resentiría después del viaje, si todo saldría a pedir de boca o bien regresaría a Washington con las manos vacías.

Esta última posibilidad la estremecía de pavor.

Ayane podía soportar que la tomaran por una fresca, una manipuladora, una arrogante. Incluso se estaba acostumbrando a ser la hija de Kincaid con el estigma que conllevaba. Pero perdería los papeles y la razón de ser si algún día se miraba al espejo y veía a una fracasada.

Se rebeló físicamente contra la posibilidad enderezándose, y justo entonces la puerta del despacho se abrió. La agente Olivares estrechó la mano del especialista antes de decirle adiós con una sonrisa de agradecimiento.

Todo el mundo salía encantado de las consultas con Chambers, y eso que no siempre gozó de una excelente reputación. Algunos federales opinaban que era demasiado joven como para haber acumulado conocimientos clínicos suficientes. Sin embargo, hasta la fecha nadie se había arrepentido de que se lo hubieran asignado.

Ayane respetaba a todo aquel profesional que no se dejaba condicionar por las habladurías y rebasaba con creces las expectativas ajenas.

Chambers apoyó una mano en el marco y asomó la cabeza bajo el umbral con un gesto casi juguetón. Le sonrió con un aire de niño que no rompía un plato y la invitó a pasar con

informalidad. Ayane le permitió la galantería de sujetarle la puerta y, con cautela, tomó asiento en el sillón de los pacientes.

Era consciente de que seguiría en la cuerda floja hasta tener los papeles firmados.

Chambers había decorado el despacho de una forma muy curiosa: abundancia de maderas, alfombras y tejidos étnicos y cuadros de mujeres racializadas bailando con los brazos en alto.

Además de ser el hombre más blanco de entre todos los blancos norteamericanos y haber entrado a las oficinas por enchufe, era el hijo único de una familia de antiguos ricos de Texas. No sería descabellado asumir que su pasión por la cultura negra, antítesis de sus privilegios de nacimiento, bebía de un fetichismo descarado.

—Bueno —comentó Chambers con amabilidad, echando hacia delante su asiento para sonreírle de frente. Cogió el bolígrafo de la mesilla de café, donde descansaba una taza de cristal con restos de English Breakfast, y pulsó el botoncito superior para empezar con las anotaciones —. Me han dicho por ahí que te vas de misión a Koh Phangan.

—¿En serio? Pues a mí me han dicho que viniera a ver a Ben Chambers, y que luego ya se vería.

El psiquiatra meneó la cabeza, divertido, y cruzó las piernas. Apoyó el bloc de notas sobre la rodilla de manera que ella no pudiera husmear entre sus garabatos.

Preparó su expresión menos reveladora, aunque cordial en todo momento.

—¿Cómo se encuentra tu familia?

—Pues mi madre está en Tokio. Por fin —apostilló, pensando en el día que Frankie Kincaid ingresó en ADX Florence. Aquella mañana nubosa, de la que conservaba recuerdos nítidos, tuvo un conflicto emocional: sintió alegría porque se haría justicia, pero también amargura porque el precio era la cabeza de su padre—. Vive en la antigua casa de su bisabuela y trabaja en un supermercado. Como no tiene que pagar el alquiler, se gana bien la vida. Mi padre ya no tanto —añadió con humor—. Que yo sepa, sigue en la trena.

Chambers pareció extrañado.

—Preguntaba más bien por tu marido.

—Oh.

El psiquiatra se disculpó con una sonrisa al verla atribulada por el malentendido.

—Tengo que enterarme de cómo vais a llevar la separación. Órdenes de arriba. —Señaló el techo con la punta del bolígrafo—. Quieren asegurarse de que no andas pendiente de lo que el agente Ryder pueda estar pensando o sintiendo aquí, en casa, sobre tu actividad sexual en Tailandia. Tampoco les gustaría que a ti te carcomiera la preocupación o el miedo a serle infiel si te vieras obligada, o no hasta el punto de distraerte.

Ayane enarcó una ceja con recelo.

—¿No es… poco profesional decirme por qué me haces cada pregunta e insinuar cuáles son las respuestas correctas? —se rio.

Chambers encogió los hombros con una naturalidad refrescante. Ayane terminó de relajarse, cómoda ahora que sabía que no sería escrutada por un prejuicioso. Le encantó también que no se comportara de forma extraña por lo ocurrido años atrás. No esperaba que él se acordara y estuviese furioso por la frialdad con la que ella lo despachó, pero la sorprendía gratamente que ambos pudieran ignorarlo en beneficio de una relación cordial.

—Creo que te conozco lo suficiente para saber que tu marido no será un problema —retomó él—. Habréis hablado como dos personas adultas y habréis fijado unos límites.

—Ajá —respondió Ayane, esquiva pero no a la defensiva.

Los mandamases tenían razones de peso para temer que Jace la desestabilizara incluso a miles de kilómetros de distancia. Era lo único que lamentaba tener que dejar atrás y que, en última instancia, podría hacerla regresar antes de lo previsto.

—Verás, Ayane. Este es el principal recelo de tus superiores porque, que conste aquí —señaló sus garabatos secretos—, ni tu madre tiene una enfermedad que pudiera requerirte de urgencia, ni se reducirá la condena de tu padre como para que debieras estar en Norteamérica cuando fuera puesto en libertad. Tampoco tienes hermanos o familiares cercanos en una situación complicada. —Chambers tachó un par de palabras ya anotadas—. Has entregado tu historial médico a los administrativos y te has realizado las analíticas pertinentes, entre otros exámenes, para certificar que tienes una salud a prueba de bombas. Parece que todo está en regla. No existen motivos para temer que pudieras exigir tu regreso antes de lo previsto. Así pues, y si el agente Ryder está hecho a la idea de tus nuevas responsabilidades —cerró el bloc y le dirigió una sonrisa de enhorabuena—, no veo por qué no firmarte los papeles.

Ayane no habría permitido de ninguna manera que la evaluación psicológica la descartara en el último momento, por lo que se había preparado concienzudamente las respuestas de un examen que, a decir verdad, había esperado exhaustivo. A fin de agilizar el proceso, le había pagado a Kingfisher no menos que los cien dólares que ella le racaneó en Vesper’s para le chivara las preguntas.

Y todo para nada.

Quizá Chambers fuera algo más que un psiquiatra —como un telépata— y supiera que no merecía la pena interrogarla porque le diría palabra por palabra todo lo que debía oír para sellar el alta.

Aun así, le extrañaba que a ella le estuviera firmando la evaluación sin contemplaciones. A Kingfisher, que había acabado en consulta unos días antes por orden de Wray —así no sería tan evidente la discriminación hacia la hija de Kincaid—, Chambers lo puso contra las cuerdas para certificar que aguantaba de maravilla bajo presión.

—¿Ya está? —le preguntó Ayane después de que le tendiera los papeles grapados. Los aceptó con reticencias—. ¿Eso es todo lo que tienes para mí?

Chambers tuvo que saber a qué se refería, porque aunque había empezado a levantarse del sillón, dando por concluida la cita, volvió a dejarse caer y se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz.

Le lanzó una mirada penetrante de ojos azules. No eran unos ojos cristalinos o vivaces, sino desvaídos; de aquel color turbio y apagado que se asemejaba al gris en el que uno reparaba con grata sorpresa solo si se fijaba.

—He dado por hecho que entenderías que esto es mera burocracia, porque no te van a apartar del caso así anuncie que has perdido la cabeza. Es demasiado tarde para echarse atrás, y menos cuando las valoraciones de la doctora Salinger sobre tus últimas terapias fueron positivas. Aun así, ¿quieres que te realice el cuestionario entero para que pueda comprobar que has memorizado las respuestas correctas? ¿O prefieres que improvise algunas? —No le dio opción a contestar y enseguida propuso—: Barajemos algunos supuestos. Dime, agente Nagai-Ryder: ¿cuál es la prioridad si te ves a cien metros de alguno de los rehenes, pero un proyectil ha alcanzado a tu compañero?

—Si mi compañero presentara una herida mortal, procuraría salvarlo llevándomelo de allí. Aunque sea un misógino de mierda —apostilló con severidad.

Chambers apretó los labios para contener una sonrisa inapropiada y anotó algo rápido en un papel.

¿Un punto para Ayane, tal vez? ¿O habría dibujado una flor, un solecito, un corazón?

—¿Cuándo tendrás permitido hacer uso de un dispositivo móvil para comunicarte con tus seres queridos?

—Solo en casos excepcionales y de extrema gravedad: si yo me encontrara a punto de ser devuelta a Norteamérica por una lesión aparatosa, porque se cancelara la operación o bien ya hubiera sido abordada con éxito.

—En el caso de que te capturaran y te sometieran a tortura para que hablaras sobre tu implicación con el FBI…

—Jamás diré una palabra de lo que me ha llevado hasta Koh Phangan, así me metan agujas bajo las uñas —determinó con rotundidad.

—¿Y cómo afrontarías la adversidad si te llamaran del hospital porque Jace Ryder ha sufrido un grave accidente?

Ayane se desinfló.

—Dudo que Wray me lo comunicara —dijo con seguridad. Cuando siguió hablando, sin embargo, la perdió y tuvo que fingirla para que Chambers no le pusiera una nota en el expediente

—. Pero en el caso de que lo hiciera, dependería de la gravedad de la lesión. Si el pronóstico de recuperación fuese optimista, esperaría a terminar con mis obligaciones. Tiene una familia numerosa en Nashville que podría estar a su lado. No estaría solo.

Contaba con que no se vería en una situación de ese calibre. Pero si ocurría por obra del destino, dudaba que fueran a echarle en cara que regresara a Washington, a nado de ser necesario, para atender a un marido convaleciente.

—¿Estás siendo sincera? —tanteó Chambers—. Ya te he dicho que es imposible que te retiren del caso a estas alturas. Puedes responder lo que de verdad pienses. No es como si te fuera a hacer firmar una declaración jurada de que bajo ningún concepto dejarás la operación inconclusa.

—Si le diagnosticaran apendicitis o un cálculo renal, sentiría el deseo de volver y acompañarlo, claro está…, pero me contendría porque son operaciones rutinarias —reconoció ella—. Si contrajera algún tipo de enfermedad mortal, es probable que tuvieran que atarme para no regresar.

Los ojos del psiquiatra emitieron un destello interesado, como si después de tanto cavar hubiera tocado el tesoro con la pala. Comprendió que había llegado el momento de ponerla entre la espada y la pared.

—Si el bienestar de Jace Ryder es tu prioridad, como sugieres, ¿por qué has aceptado una misión que pondrá en jaque su salud mental?

Lo que Chambers no podía saber era que Ayane se había quedado más de una noche despierta dando vueltas en la cama, a sabiendas de que su marido, callado y prudente de un modo que a veces era exasperante, podría acabar despreciándola por anteponer la gloria al amor.

—Porque tengo derecho a ambicionar el éxito laboral aparte de un matrimonio satisfactorio —respondió sin rodeos, sosteniéndole la mirada—. Y permíteme decirte que esa ha sido una pregunta capciosa. Que quiera a mi marido no significa que deba permanecer a su lado a costa de sacrificar mis metas personales. Él tampoco lo hace cuando se le destina fuera de Washington, y en esos casos jamás se le señala por dejarme aquí. No soy su ama de casa. Soy agente del FBI.

—Lo era. Era capciosa —confirmó Chambers con un cabeceo—. Te pido perdón por haberte incomodado, pero es lo que tenía que hacer. —Esta segunda vez, Ayane aceptó sin remilgos el alta del psiquiatra. La despidió con un cabeceo solemne—. Buen viaje, agente.

Ella lo agradeció con una sonrisa tensa.

Salió del despacho con una sensación desagradable que trató de ahuyentar por todos los medios.

Tenía miedo a lo que pudiera pasar no ya en Tailandia, sino mientras no estuviera en Washington. Por más que estuviese convencida de que se había ganado aquella oportunidad y de que su relación no debería malograrse, por más que opinara que se merecía aspirar a tenerlo todo,

el romance de ensueño y la vocación, seguía cuestionándose lo mismo por lo que Chambers le había llamado la atención. Daba igual si era porque la culpa cristiana seguía teniendo poder sobre ella, porque no podía librarse del arraigo cultural que exigía a las mujeres priorizar a su hombre o porque el amor tendía a acapararlo todo: ¿hacía lo correcto?

Conforme más se acercaba el gran día, más temía las consecuencias de su decisión.

Que Chambers le planteara una crisis de salud le había creado una nueva inseguridad. La fidelidad de Jace no sería un problema. Él no era esa clase de hombre, y en el caso de que se desmelenara y tuviera una aventura, no le importaría un carajo.

Ahora bien, no tenía cubiertas el resto de eventualidades que podrían separarlos, como un accidente de tráfico.

¿Y si sufría algún daño y ella no podía regresar?

Capítulo 10

Cuando Ayane llegó a casa no abrió la puerta enseguida, abrumada por un ataque de inseguridad que no había previsto. Ni siquiera sacó las llaves. Se quedó de pie sobre el felpudo —rezaba un gracioso mensaje: «Mierda, ¿otra vez tú?»— con la mente en blanco y una desolación que la había estado obligando a tirar de su cuerpo como si de un lastre se tratara.

Oyó la música del interior, señal de que Jace estaba allí, y se estremeció de pena.

Estaba tan entusiasmada con la misión y lo que significaría para su carrera que no se había parado a pensar demasiado en la parte negativa. Ahora creía no tener derecho a sufrirla. Se lo había buscado ella sola por simple ambición. Si algo sabía, era que las mujeres no podían ser ni unas arribistas, ni unas trepas; debían permanecer en casa con su marido. Y, por un lado, era tentador ceder a la tradición. No porque fuera a ahorrarse el peligro, que siempre la hacía sentir viva, sino porque quería, deseaba, *necesitaba* estar con Jace.

¿Y si lo impensable ocurría y se enamoraban de otras personas? Apostaba por que Jace se había hecho las mismas preguntas. Él tampoco era inseguro o particularmente celoso, pero Ayane se ponía en su lugar y quizá hasta habría gestionado la situación mucho peor.

Se ponía enferma de solo imaginarlo mirando a otra mujer como la miraba a ella.

Apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos con la esperanza de tranquilizarse antes de entrar. No podía permitir que Jace la viera en ese estado. Al día siguiente tomaría un vuelo con escalas destino Koh Phangan. Era tarde para demostrar que temía que la operación le viniera grande, que la aterraba haberse acostumbrado tanto a la presencia de su marido que no lograría sobrevivir a la adversidad sin su ternura.

Solía ser una persona tan independiente que a menudo pecaba de fría. Siempre se había enorgullecido de no haber padecido las aparatosas rupturas sentimentales que moldearon el carácter de sus amigas de la universidad, de no haber necesitado llamar a su madre para pedirle un favor, ni siquiera en los peores momentos; de no responder ante nadie.

¿No podía volver esa Ayane para arrancarle las dudas del cuerpo?

No soportaba sentirse débil.

Como si Jace hubiera oído sus pensamientos, la puerta se abrió muy despacio, dándole tiempo a ella a enderezarse. Su marido llevaba el torso al aire y los pies descalzos. Solo vestía unos pantalones de baloncesto. Estaba despeinado y, a juzgar por su expresión contenida, también decidido a no admitir que tenía tanto miedo como ella.

Pero la abrazó de todos modos y la atrajo hacia el interior. Le rodeó la nuca con la palma y

con la otra le acarició la espalda de arriba abajo.

No hacía falta decir nada.

Ya sabían que Ayane se iba.

Permanecieron en silencio, escuchando la canción que sonaba de fondo por cortesía de la radio, hasta que Ayane creyó haber recuperado las fuerzas. Se miraron a los ojos nada más separarse. Jace le apartó un mechón de pelo negro y se inclinó para besarla entre las cejas, los párpados y, por último, en los labios. Ayane correspondió el tierno contacto entreabriendo la boca.

Suspiró antes de echarle los brazos al cuello y pegarse a su cuerpo.

Tenían que hablar, se dijo, pero en cuanto el calor de su torso atravesó la chaqueta que llevaba puesta y sus lenguas se rozaron en un beso urgente, Ayane perdió el dominio de sí misma y decidió que nada era más importante que el «te quiero» silencioso que se declaraban sus pieles.

La americana azul marino cayó al suelo después de que Jace la deslizara por sus brazos. El beso, al principio dulce, se tornó febril para cuando él llevó las manos a la cremallera de sus vaqueros. Tenía una forma caótica de desvestirla, algo llamativo viniendo de un hombre tan meticuloso: no seguía el orden lógico, de pies a cabeza o de cabeza a pies. Le arrancaba lo primero que veía. No podía esperar un segundo más.

Ayane se bajó los pantalones deprisa y los apartó de un puntapié después de sacarse las botas. Se separó de él, en un principio sin retirar las manos de sus mejillas rasposas, y lo miró con lujuria mientras se quitaba el sujetador y se daba la vuelta para recibir el envite inmediato de sus caderas.

Nada más cubrir su espalda con el torso, Jace abrazó los pechos desnudos.

Se inclinó sobre un hombro y le mordió el cuello. Succionó y succionó, decidido a dejarle la marca evidente de que alguien la había deseado más de lo humanamente soportable. Ayane descolgó la cabeza hacia atrás, jadeando, y apoyó las manos en la pared mientras se contoneaba contra la incipiente erección de Jace.

—Quítate el pantalón —gruñó ella. Alargó un brazo hacia atrás para agarrarlo de un cachete —. Ahora.

Jace la empujó violentamente contra la pared. Ayane se quedó con la mejilla pegada, de perfil por obligación, y emitió un débil gemido.

—¿Y si las órdenes las doy yo? —sugirió él en tono beligerante—. Bastantes vas a dar tú en la próxima semana.

—Me alegra que recuerdes que solo son seis días —balbuceó con la respiración agitada.

—Si hay por allí un tío solo un poco menos listo que yo, sabrá aprovecharlos para hacerte todo lo que desee y no quedarse corto.

—Hablas como si fuera a dejarme por amor al arte —se quejó entre jadeos. Echó las caderas

hacia atrás para frotarse en sinuosos círculos con su miembro endurecido, tan concentrada en el movimiento que se le entreabrieron los labios. Intentaba mirar hacia él con el rabillo del ojo—. Jace…

Como si hubiera comprendido el reclamo en su tono anhelante, él le amasó los pechos muy despacio y se pegó más para apretar la polla cada vez más dura contra la unión de sus nalgas. Cubrió su hombro y su cuello con la boca, repartiendo besos hasta con la punta de la lengua en los puntos sensibles que sabía que le ponían el vello de punta. Tuvo que retirarle la melena y depositarla sobre el hombro contrario para abrirse camino en su piel.

Con las manos ya libres, delineó su figura desde la cintura hasta las caderas y le quitó el tanga introduciendo los pulgares por los extremos. En cuanto estuvo desnuda, Jace le cubrió el ombligo con la palma, recalcando quién era su dueño. Instantes después la agarraba del pubis con posesividad. Acarició sus pliegues internos con los dedos corazón y anular y se recreó viendo cómo ella se arqueaba entre gemidos suplicantes.

—Nena… —gruñó él contra su oído—. Mi nena…

Ayane dejó de sentir encima su mano libre, la que no la masturbaba despacio con el objetivo de enloquecerla, y pronto comprendió por qué; Jace se había rodeado la erección para empujarla hacia el espacio entre sus muslos. Ayane ronroneó de gusto por la sensación de la piel satinada apretada contra sus labios más sensibles. Él retiró y se empujó de nuevo, rozando deliberadamente su sexo, provocándola y preparándola para un polvo por el que ya estaba temblando.

—Date la vuelta —ordenó Jace.

Ella lo hizo con el equilibrio afectado. No se arrepintió al ver su rostro congestionado por el deseo, la arrebatada desesperación en esos ojos que nunca habían dejado de mirarla con amor; que la miraron con amor desde el primer día, como si hubiera sabido nada más verla que sería su chica.

Ayane agarró su miembro por la base y se puso de puntillas para sacar la lengua muy cerca de su boca. Jace entreabrió los labios y dejó que le diera un beso húmedo y caliente, alternando cortas y provocativas lamidas, mordiscos, roces. Él no pudo soportar el erotismo de sus jueguecitos y gruñó antes de intentar encajarse con ella.

No pudo.

Ayane seguía acariciando su erección con la presión justa para endurecerlo más.

—Esta —susurró contra su boca— es la única polla que quiero.

Él soltó una risa estrangulada en la que se asomó la hilera superior de sus dientes. Ayane los besó y luego tiró de su labio inferior para acercarlo más.

—Tú sí que sabes lo que decirle a un hombre —dijo con voz gutural.

Lo miró a los ojos mientras guiaba la punta de su miembro a la unión de sus muslos. Separó

las piernas lo justo para acariciarse cómodamente los pliegues, empapados a esas alturas. No dejó de mirarlo durante el movimiento rítmico hasta que, ambos cansados y sudorosos, decidieron poner fin a los preliminares. Jace le levantó una pierna y la colocó sobre su codo para abrirse espacio y penetrarla sin contemplaciones.

Ayane gimió y le clavó las uñas en los hombros para aferrarse con fuerza. Él supo lo que necesitaba y la levantó en vilo para embestirla contra la pared. Apoyó la frente en la de ella y cerró los ojos, arremetiendo con las caderas sin descanso. Ayane apretaba los glúteos y trataba de echarse hacia delante, manteniendo los tobillos cruzados a su espalda con rotunda determinación. Un ardor desquiciante había empezado a apoderarse de su ser. Notaba el calor concentrado en la nuca, en el sexo empapado y colmado con sus sólidos embates, detrás de las orejas y en la frente sudorosa. A él se le habían humedecido los mechones más largos que siempre enmarcaban su cara enrojecida.

—No… llego… —jadeó Jace, apretándole los muslos por debajo con las yemas de los dedos. Tenía la mandíbula desencajada—. Necesito… No es suficiente.

Ayane entendió a qué se refería. No era la postura más cómoda ni con la que pudiera penetrarla hasta lo más hondo. Ella misma lo sentía, sentía que no estaban lo bastante unidos, y aunque empezaba a temblar por obra del orgasmo, susurró:

—Hazme lo que quieras.

Jace le aguantó la mirada unos segundos antes de apartarse, bajarla al suelo y darle la vuelta. Sospechando lo que quería, Ayane arqueó la espalda y alargó los brazos hacia atrás para que él la agarrase de las muñecas. No sería la pose más romántica, pero en ese momento ninguno de los dos necesitaba romanticismo. Ambos querían olvidar a través de sus cuerpos, poner en pausa lo que estaba por venir, y solo follando se podía desafiar a la muerte.

Jace consiguió que olvidara todo lo que no era el calor y la barbarie de su violenta intrusión cuando la penetró desde atrás hasta la empuñadura.

Ayane suspiró y soltó una serie de risitas entrecortadas.

—Ahora sí, ahora sí… —Descansó la mejilla contra el aparador para ofrecer aún más sus nalgas. Arqueó la espalda—. Fóllame.

Cerró los ojos y se concentró en el grave empuje de sus caderas, en los sonidos salvajes que ambos proferían, en la explosión de poderosas sensaciones que la desarmaron. Jace soltó sus muñecas en un momento dado, sin dejar de embestirla, y la acarició desde los hombros hasta las nalgas para agarrarla de las caderas y ayudarse a profundizar aún más la penetración.

Se inclinó sobre ella para hablar con los labios pegados a su mejilla.

—Quiero estar dentro de ti para siempre —gimió.

Como si la declaración lo hubiera provocado, Ayane sintió que no podía aguantar más y se corrió. Tuvo que agarrarse al mueble de la entrada para no perder el equilibrio, y, aun así, las

piernas le temblaron y estuvo a punto de ceder al peso de su cuerpo.

Jace la sostuvo a tiempo abrazándola por los pechos mientras se vaciaba dentro de ella, restregándose al mismo tiempo contra sus nalgas para acompañarla en un clímax sublime. Ayane jadeó, encantada de que siguiera penetrándola, hasta que notó que se crecía en su interior y explotaba con un bufido gutural que la excitó terriblemente.

Antes de derrumbarse, Jace volvió a abrazarla por detrás.

Ahí se quedaron hasta que Ayane quiso enderezarse.

No fue enseguida.

Se giró hacia un Jace sin aliento, desnudo y cubierto de sudor. Abarcó su rostro con las manos, aquel rostro bello que escondía las mejores intenciones y sentimientos, y lo besó en la boca una y otra vez, besos cada vez más largos y desesperados, hasta que estuvieron otra vez enredados en un lío de brazos y mordiscos.

Ayane sintió su polla de nuevo apretada contra el vientre y se humedeció los labios. Le acarició la nuca empapada y lo acercó a ella para hablarle con los ojos cerrados y la boca pegada a la comisura de sus labios.

—Eres un cerdo insaciable —musitó entre risas que se le entrecortaron.

—Sí —reconoció él sin ninguna vergüenza. La agarró de las nalgas y apretó tan fuerte que le arrancó un quejido de dolor. Se inclinó sobre ella para recorrerle el borde interior del labio con la punta de la lengua—. Si no estuvieras tan buena, podría llevar los pantalones puestos… para variar.

—Mucho se dice de mí, pero tú tampoco aguantarías una semana sin follar —se mofó ella, contoneándose contra su miembro semiduro.

—He estado pensando en nuestra conversación a propósito de eso —confesó Jace, mirándola a los ojos. Ayane dejó de reírse—. No quiero que por andar pensando en mí te pongas en peligro, porque no dudes que, si te haces la remolona con esa gente, seguramente les extrañe y te acabes dibujando una diana en la espalda. Así que he decidido… —hizo una pausa necesaria—. He decidido que lo mejor para tu seguridad, para el buen desempeño de la misión y para mi salud mental es que nos dejemos de límites y seas libre para hacer lo que debas.

Pasmada, Ayane masculló «¿qué dices, imbécil?» en japonés. Él se había familiarizado con el idioma gracias a las improvisadas clases de Ayane y al interés natural por sumergirse en su cultura, así que no le costó entenderla.

—Mi prioridad es que vuelvas sana y salva —le replicó, muy serio—. Y no te voy a mentir. Tampoco querría que, a tu regreso, me ocultaras determinadas experiencias porque yo te hubiera dado a entender que podrían leerse como una infidelidad. Eso nos arruinaría, y creo que estamos por encima de esto. Podría soportar cualquier cosa si te diera mi beneplácito; si nos tomáramos lo que sucederá en Tailandia a nivel sexual como algo pactado por los dos. Además… —

apostilló, abandonando una caricia en su cadera—. Sé que, por muy bien que te follara otro, volverías a mí.

—No me digas —se mofó ella—. Estás en mi top tres de mejores amantes, Jay-Jay, pero a lo mejor no eres el primero.

—Si no fuera el primero, no te habrías casado conmigo.

—Ay, ay, ay… —lo pinchó con malicia—. ¡Qué equivocado estás!

—Eres tú la que se ha abalanzado sobre mí antes de decirme hola, guapa.

—¿Y? Tienes otras cualidades por las que te aprecio más.

—¿Como, por ejemplo…? —Enarcó una ceja.

—Pues que me vas a dejar follar con quien yo quiera, por lo visto. Eso es un plus. —Le guiñó un ojo y le dio un azote en el culo antes de separarse. Echó a correr hacia el dormitorio dando saltitos. Una vez bajo el umbral, cómoda en su traje de Eva, se giró con el dedo de las advertencias alzado, decidida a ponerlo contra las cuerdas para cerciorarse de que de veras soportaría el libertinaje de su mujer—. ¿Sabes? Hay gente en Fuego y Sangre con la que me acosté en mi juventud. Ya están tan fuera de mi liga como yo de la suya, pero nunca se sabe.

—Si no te quedaste con ellos —contestó él con seguridad—, por algo sería. Lo que yo no quiero es que me abandones por otro, no que no te metas en otras camas. Así que mientras puedas prometerme que te gusto más que el resto, estaré bien.

Ayane lo vio avanzar hacia ella gloriosamente desnudo, con la polla dura y preparada para montarla, y un escalofrío de anticipación morbosa la hizo morderse el labio.

No tenía ningún sentido que jugara con él insinuando la existencia de otros hombres mejor dotados. Seguía temblando por su marido años después porque era inmejorable.

—Te lo prometo —aceptó en cuanto lo tuvo delante. Jace se relajó de forma visible al comprender que era sincera—. Solo tengo una duda… ¿Me das carta blanca para hacer lo que quiera porque tú vas a hacer lo que quieras? Porque ya sabes cómo soy. No me importa que en mi ausencia te desfogues con alguien. Me pone imaginarte follando con otra mujer, pero conmigo en la mente. —Hizo una pausa dramática—. A no ser que lo hicieras con tu Susan, claro.

—Por Dios. —Jace puso los ojos en blanco. La empujó hacia el interior del dormitorio tan solo avanzando inexorablemente en su dirección—. Ya está bien con la bromita. Dejó de tener gracia hace años. Jamás he tenido un pensamiento erótico sobre esa mujer, Ayane. No me gusta ni la gente envidiosa ni los resentidos.

—¿Y sobre mí? —Se arrojó sobre la cama y entrelazó los dedos tras la nuca—. ¿Sobre mí sí tuviste pensamientos eróticos hace años?

Jace se encaramó también y gateó hacia ella para separarle los muslos y besarla en la rodilla. Desde allí le lanzó una mirada entre ardiente y burlona.

—¿Ya estás pidiéndome que te cuente otra vez la historia de cómo me arrastré para que me quisieras?

Ayane se encogió de hombros con coquetería.

—Es mi cuento favorito hasta la fecha.

Jace trepó por su cuerpo para quedar cara a cara. Ella le abrió hueco separando las piernas para que se encajara entre sus caderas y lo abrazó con cariño.

—Me lo pusiste jodido. Yo siempre intentaba invitarte a una copa, a un café… algo perfectamente inocente que te animara a conocerme —susurró, acariciándole la mejilla con la nariz—, pero tú preferías mamármela en el coche.

—Es que estás muy rico —le respondió en tono erótico, culebreando bajo su cuerpo para que sintiera su excitación. Le acarició la cara con los dedos y lo miró a los ojos—. Jace, ¿dices en serio lo de… abrir la relación? Porque hace unos días casi te matan los celos.

Él se hizo cargo de su inseguridad con un asentimiento distraído.

—Todavía no había racionalizado el asunto, pero hablo muy en serio. De hecho, quiero verlo como una prueba definitiva. Si puedes pasar una semana entera en el ambiente sexual al que renunciaste para estar conmigo, acostándote con todo lo que se menea, y volver a mí queriéndome igual… es que estás con la persona indicada. Yo no buscaré a nadie, pero, si surge, ¿por qué no?

Se inclinó para besarla en los labios.

—¿Una prueba definitiva de amor? —quiso confirmar ella, observando la nueva determinación en su mirada. Había algo que quería decirle. Lo conocía como a la palma de su mano—. ¿O me estás poniendo a prueba por una razón distinta?

Él se separó lo justo para escudriñar su expresión antes de lanzar la bomba.

—Creo que echas de menos la vida que tenías antes de mí.

—Jay-Jay… —empezó a decir ella, alarmada.

—No, calla. —Le cubrió la boca con la palma de la mano—. Sé que me quieres, pero también sé que una parte de ti siempre ha sido y siempre será salvaje. Aprecio que la reprimas para adaptarte al «modelo relacional anticuado» que solías deleznar —prosiguió con una sonrisita melancólica; cuántas veces no habría criticado Ayane el matrimonio delante de Jace—, y, créeme, soy consciente de que esa represión no te supone un gran esfuerzo porque eres feliz conmigo. Pero quiero que vivas esta experiencia con libertad porque me da la impresión de que explorar lo que dejaste atrás es tu asunto pendiente. Entiendo que es un riesgo, y estoy dispuesto a correrlo porque quiero seguir avanzando. Si regresaras segura de tus sentimientos por mí y habiendo cumplido tus deberes con éxito, me gustaría que tuviéramos un hijo —reconoció con vehemencia.

El corazón se le aceleró al escucharlo.

No supo cómo responder a una propuesta que le daría un vuelco a su vida tal y como la conocía. Quizá no para mal, pero Ayane era prudente al temer más un giro drástico que un simple empeoramiento de su rutina. Los cambios radicales traían consigo la transformación de quienes los afrontaban, y Ayane estaba encantada de haberse conocido tal cual era ahora. ¿Y si no se gustaba cuando debiera abordar otro tipo de prioridades? ¿Y si se convertía en alguien aburrido o no estaba a la altura de sus responsabilidades?

Ante la mirada expectante de Jace, solo pudo quejarse en tono burlón:

—Así que todo esto no es más que una estrategia para preñarme… Normal que en tu ficha de agente figure que eres calculador de narices, cabrón.

—Quiero más de ti —respondió con sencillez—. Siempre quiero más.

—Bueno, me siento halagada. —Y no mentía, pero también había disparado un miedo razonable. El miedo a la enormidad de una familia de más de dos miembros… y el miedo de que Jace hubiera sacado a la luz un deseo de maternidad que había estado empujando muy al fondo, a sabiendas de que un niño truncaría su ascenso laboral—. Ya lo veremos. Pero solo si vuelvo con medallas, ¿eh? Quiero ser la mejor agente de la historia del FBI antes de pedir una baja por maternidad y convertirme en la esclava de una mocosa con complejo de Electra.

Jace se echó a reír.

—O con complejo de Edipo, que tú también serías una madre de la que enamorarse.

—Por Dios, míranos. Hemos sacado el tema del niño y ya le estamos atribuyendo trastornos psicológicos. ¿No podemos ser normales durante cinco minutos? —fingió exasperarse.

Las potentes carcajadas de Jace se fueron disolviendo lenta y gradualmente.

—Te echaré de menos, ¿sabes? —susurró él—. ¿Quién me va a hacer reír mientras tanto?

Ayane se enterneció con su confesión. Se olvidó de los temores que la habían invadido de solo pensar en un crío correteando por el loft y, sin pensarlo, se llevó la mano al cuello.

Siempre llevaba consigo una cadena de la que pendía una chapa plateada con un grabado japonés. Se la puso a su marido por la cabeza, que la ayudó agachándola como un samurái agradecido de recibir honores.

Sonrió, satisfecha, al ver que una parte de ella quedaba tan bien en su cuerpo.

—Es del color de tus ojos. Te favorece.

—No pretenderás que me la quede, ¿no? —vaciló—. Es el…

—Sé lo que es —lo interrumpió—. Lo que hago es darte algo con valor sentimental para que te acuerdes de mí. Yo ya tengo la turmalina de la gitana para que me proteja de las vibras negativas y los males de ojo. Esto es para que te guarde a ti.

Pegó la chapa a su pecho caliente, sintiendo la mirada intensa de él.

—¿No quieres llevarlo contigo?

—Prefiero que se quede con quien más me importa.

Conmovido con el gesto, Jace se inclinó para besarla.

La chapa plateada se quedó colgando entre los dos.

Era el amuleto que su padre le regaló a los dieciséis años, la última vez que lo vio antes de enfrentarse a solas en una sala de interrogatorios.

Para cuando entró en la adolescencia, Ayane ya había aceptado que Kincaid no era un buen hombre y debía mantener las distancias si no quería acabar lastrando el estigma de por vida. Esto pasaba por rechazar todos los regalos que él le mandaba.

Excepto aquel.

Y no solo porque fue a dárselo en persona, sino por lo que le dijo.

—Nadie sabrá que es mío, *tadaima* —le prometió, mirándola a los ojos de aquella manera que a veces la perseguía en sueños. Nadie podría haberla convencido jamás de que su padre no la amaba con locura, ni siquiera las teorías de que su presunta psicopatía le hacía incapaz de experimentar sentimientos—. Podrás llevarlo y acordarte de mí sin que sospechen, porque todo el mundo sabe que soy americano y tu madre es la japonesa. Creerán que es una reliquia de esa parte de la familia. No lo cuestionarán y yo podré estar contigo sin causarte problemas.

El significado literal del grabado de la chapa no era menos conmovedor. Representaba el símbolo *Hon Sha Ze Sho Nen*. A través de su uso se procuraba trascender las limitaciones de la humanidad y la mortalidad. No en vano se utilizaba para establecer conexiones energéticas en el tiempo y en el espacio, tanto entre los seres como entre situaciones pasadas, presentes o futuras. Según le había contado su padre, se podía emplear en sesiones de reiki para enviar energía curativa a una persona amada.

Jace sabía la importancia que la chapa tenía para ella. Era la persona a la que más le había hablado de su padre, si bien no sobre todo. Ayane le confesó entre lágrimas, hecha un ovillo en la cama, que quería a su padre a pesar de todo. Él estuvo allí para abrazarla y asegurarle que la comprendía.

Por eso, en el fondo, la chapa era de los dos.

Muy despacio y sin dejar de mirarla a los ojos, Jace le levantó las piernas para apoyar las pantorrillas sobre sus firmes hombros y la penetró tan despacio que sintió cómo todos sus músculos cedían para encajarlo.

Ayane emitió un suspiro rendido, envuelta nuevamente en una espiral de placer amoroso, y lo abrazó con fuerza.

Lamentaba ya la separación que empezaba a avistarse en el horizonte.

—Si vuelvo y no sigo queriéndote más que a mi propia vida —susurró ella contra sus labios —, no me lo perdones nunca.

Capítulo 11

Califa les ofreció un lugar de honor en su jet privado para viajar directamente de Los Ángeles a Koh Samui. La isla de Koh Phangan, donde se celebraría el evento, se encontraba algo más retirada y no contaba con aeropuerto, pero el organizador lo había previsto y había alquilado un helicóptero para que los trasladara en cuanto aterrizasen.

Para no levantar sospechas y por mera comodidad, Ayane aceptó la invitación y subió a bordo del *Angel Face* por delante de Kingfisher.

Se había movido más de una vez en entornos atestados de hombres que nadaban en la abundancia. No era la primera vez que viajaba en un avión privado, así que los lujosos sofás de cuero blanco y la combinación de paneles de madera oscura no la impresionaron.

Sí tenía que reconocer que Califa lo había mandado decorar con gusto.

Estaba exultante, y ni siquiera se molestaba en disimularlo. Quien la mirara, lo interpretaría como que la emocionaban las veladas que estaban por llegar. Y no era del todo falso. De cuantas misiones podrían haberle encomendado como agente encubierta, aquella le iba como anillo al dedo. Nada le resultaba más atrayente que conocer los aspectos sórdidos de un encuentro internacional de BDSM y los entresijos de la organización que lo hacía posible.

Haciendo gala de una obediencia que no iba con su carácter, Ayane y Califa siguieron las indicaciones de las azafatas. Habrían de estar sentados y con el cinturón puesto para el despegue.

—¿Dónde te has dejado a Paulita? —le preguntó ella con aparente inocencia mientras ajustaba el cierre.

Él puso los ojos en blanco.

—Menos sonrisitas, Guasona[11].

—¿Sigue con sus preocupaciones por la huella de carbono? —fingió lamentarse—. De poco le servirá proteger el medioambiente renunciando a privilegios como este si en algún momento trae al mundo a un par de críos. No hay nada más dañino para el futuro de la naturaleza que seguir reproduciéndonos.

Califa soltó una carcajada seca.

—Qué manera tan sutil de preguntarme si queremos hijos. ¿No prefieres satisfacer dudas relacionadas con lo que vamos a hacer en Koh Phangan?

—Bueno, me puedo hacer una idea de lo que haremos: follar. Por separado, claro está, no se

vaya a alterar Miss Universo. Pero ¿qué clase de dudas me sugieres tener?

Ayane batió las pestañas con coquetería, satisfecha porque la conversación siguiera el curso de su interés.

—Cuánta gente va a Fuego y Sangre, cuáles son los orígenes de la organización, quién viaja en este avión con nosotros…

—¿Y bien? —lo espoleó ella. Como si no llevara semanas en posesión de dichos datos. Howard había sido de lo más generoso a la hora de informarla sobre los detalles técnicos de Fuego y Sangre, incluso de la temática de las veladas—. ¿De cuántas parejas estamos hablando?

—Este año somos veinte, un par más que el pasado. El boca a boca nos está haciendo famosos. Es posible que para el que viene subamos el cupo a cincuenta personas y prolonguemos la estancia de una semana a quince días.

—¿Siete te parecen pocos para dar rienda suelta a los pecados capitales? Porque a mí no puede parecerme una cifra más apropiada.

—Cuando quiera el *feedback* de nuestros participantes antes de tomar una decisión, te lo haré saber.

Le guiñó un ojo para suavizar el golpe, un gesto muy suyo que la hizo reír.

No se le podía considerar un tipo carismático, pero su atractivo exótico trabajaba día y noche para que uno le pasara por alto cualquier defecto del carácter.

Nunca había sido un burdo coleccionista de mujeres y siempre priorizaba sus ambiciones laborales, lo que le presentaba ante el bello sexo como un hombre responsable y con gustos exquisitos que no todo el mundo podía satisfacer. En su exclusividad residía la base de su magnetismo.

Pero seguía sin ser la personalidad más difícil con la que se había topado, como recordó en cuanto una presencia sólida irrumpió en el avión envuelto en ese silencio que hacía vibrar el aire.

Escoltado por una azafata visiblemente impresionada por el pasajero, Black Russian se personó mirando a su alrededor con gesto analítico, como si a simple vista pudiera realizar las comprobaciones técnicas necesarias para el despegue. Vestía unos vaqueros oscuros y desgastados y una camisa blanca con el último botón desabrochado. La tela era tan fina que se transparentaban los tatuajes que le salpicaban el pecho y los brazos.

Esperó con el corazón agitado a que la localizara y le dirigiera algún ademán de conformidad o incluso placer al verla. No en vano insinuó en su día que esperaba tropezarse de nuevo con ella.

Nada de eso pasó.

Black Russian asintió en dirección a Califa, ignorando a la mujer sentada a su lado, y cruzó el pasillo para ir directo al fondo.

—Señor —lo llamó la azafata, saliendo en pos de él con torpeza—. ¡Señor! ¡Tiene que sentarse para realizar el despegue! Luego podrá pasear o descansar en la zona común, pero…

¡Señor!

—Déjelo —le sugirió Califa con gesto sardónico—. Si el avión da un frenazo y se estampa contra un cristal, eso que nos llevamos.

—¿No te cae bien? —le preguntó Ayane, sorprendida.

Dada la costumbre de Califa de blindar sus relaciones profesionales escogiendo a personas de su confianza, era curioso que hiciera negocios con gente a la que ni siquiera respetaba.

—No tengo una opinión sobre él. Nadie sabría tenerla. Ya lo entenderás conforme lo conozcas.

«Si se deja», estuvo a punto de apostillar ella.

Al cabo de unos segundos, Califa alzó la cabeza en dirección a la pareja que acababa de subir al avión.

Ayane reconoció enseguida al culturista de los tatuajes *old-school* y la sonrisa torcida.

En torno a una década atrás, cuando aún se escabullía a San Francisco en busca de farra y libertinaje, Rob Roy había sido uno de los clientes habituales de French 75.

Siempre le había fascinado. Era de los pocos amos con los que no discutía por el mando. Estaba encantada de cederle el testigo por una noche y acatar sus órdenes.

—¡Kir Royale! ¡Benditos los ojos! —Rob Roy se acercó para besarla en el dorso de la mano con familiaridad. Para él, ser encantador sí era tan natural como respirar—. Como no creo en la repetición de los milagros, di por hecho que no volvería a verte.

—Pues yo me figuraba que nada conseguiría moverte del mundillo.

—Pues me movieron, me movieron —cabeceó con una sonrisa interrumpida por una antigua inquina—. Hice un parón largo porque me casé y tuve un crío, no en ese orden, pero ya que ha acabado la pantomima, he podido retomar mis viejos hábitos. —Extendió los brazos para abarcar su infinita libertad, el que siempre había sido su bien más preciado.

—No sé si felicitarte por la boda o darte el pésame.

—Me divorcié hace un par de meses, así que… —Encogió un hombro, sin darle mayor importancia. Pero la tenía incluso si no se la daba o rehusaba reconocerlo—. Espero verte por ahí, monada —apostilló, recuperando esa energía sexual contagiosa.

Ayane le devolvió el guiño por costumbre, pero un ánimo saturnino se apoderó de ella al repetir el comentario para sus adentros.

«Ya que ha acabado la pantomima, he podido retomar mis viejos hábitos».

El corazón se le aceleró, inquieta por si la frase se había quedado pegada a su pensamiento porque el subconsciente pretendía decirle algo.

Estaba segura de que su marido no tuvo razón al decir que ansiaba ser libre. Si acaso, su nostalgia venía de lo que solía envolver el mundillo sadomasoquista y que ya nunca podría

revivir: los buenos ratos que pasó mientras estudiaba en la universidad, la frescura de los veinte años recién cumplidos, la sensación de poder con todo y tener la vida entera por delante.

Se obligó a alejar teorías que la incomodaban y cerró los ojos hasta que el avión despegó y las azafatas les avisaron que ya podían moverse con libertad.

Ayane aprovechó esos minutos para escribirle a Jace.

Estoy en el avión. :p

Deja de mandarme mensajes. Te estás exponiendo.

¿Y a qué me expongo si no te mando mensajes? ¿Al divorcio? Ya sabes lo mal que me caen los abogados.
Evitaría una separación solo para no poner un pie en un bufete.

Ni quien te ayude.

¿Y a qué viene la lengua fuera?
En mi ausencia, preferiría que te la guardaras en la medida de lo posible.

Como si Jace hubiera sabido lo que Ayane iba a responder, envió con presteza un segundo mensaje.

No me retracto en lo que te dije, que conste.
Solo estaba bromeando.

«Pues vaya broma».

Le divertía lo nulo que era su marido a la hora de contar chistes. Era curioso que sus escasas habilidades sociales y su desinterés absoluto por desarrollarlas le convirtieran en una de las personas que más la hacían reír sin pretenderlo. Luego se sentía culpable por haberse carcajeado con su hermetismo o con lo perdido que parecía en determinados ambientes, porque Jace no nació escamoteando sonrisas y mirando a los desconocidos con el rabillo del ojo. Fue su larga temporada en la Marina y los horrores de los que tuvo que ser partícipe lo que moldeó su carácter y levantó una barrera entre el mundo y él.

A Ayane le maravillaba que las crudas experiencias en el extranjero, a donde lo enviaron para participar en operaciones antiterroristas, no hubieran agriado su corazón. Más bien intensificaron su deseo de proteger a los débiles y le otorgaron una sabiduría casi profética. Pero, en parte, también le tenía rabia por hablar de sus actos heroicos con desdén. En su opinión, tendría que estar orgulloso de haber cumplido con su deber. Y con honores.

Tuvo que posponer la respuesta al mensaje cuando reconoció el tacto de Kingfisher en la

mano que acababa de posarse sobre su brazo. Se levantó del asiento siguiendo la petición implícita en la mirada del agente. Lo cogió de la muñeca y lo llevó a un lugar apartado.

Rob Roy estaba sentado junto a su acompañante en la zona común de los sofás. Sin dejar de degustar una copa de whisky, le lanzó una divertida mirada de ojos verdes.

—¿Ya? —se burló.

Ayane encogió los hombros con coquetería.

—No hay tiempo que perder.

En un estúpido arrebato de orgullo por el que se flagelaría más tarde, Ayane evitó mirar a Black Russian en el recorrido hacia el servicio, el único espacio donde no los escucharían hablar y tampoco resultaría sospechoso. Quiso pensar que, al menos, el ruso levantó la cabeza de lo que fuera que tuviese su atención, aunque solo fuera por la inercia de seguir el sonido de sus tacones.

El aseo se parecía poco a los estrechos cubículos de los baños de clase turista. Constaba incluso de una ducha moderna con spa.

Una vez allí, el agente sentenció:

—Tal y como yo lo veo, y si es cierto que en este evento solo van a participar físicamente Califa y Black Russian como representantes de la cúpula, tenemos que dividirnos el trabajo. Nos centraremos en uno de los dos por separado. Lo lógico sería que tú le sonsacaras información a Califa.

Para el asombro de Kingfisher, Ayane sacudió la cabeza.

—Califa me conoce. No tanto como él cree, pero es lo bastante espabilado para figurarse que me traigo algo entre manos si hago demasiadas preguntas —respondió en voz baja—. Eso por no mencionar que su mujer no me quiere cerca por motivos personales muy razonables. Enfadándola nos estaríamos buscando la ruina, y no sé tú, pero a mí no me apetecería que dos chiquillas permanecieran en paradero desconocido de por vida por culpa de una esposa vengativa.

—Tampoco vamos a adaptar el plan en función de los sentimientos de una cualquiera.

—Se nota que no has conocido a Angel Face, o no te referirías a ella en esos términos —señaló con una sonrisa burlona. Un hombre como Kingfisher se arrancaría un brazo solo para que Paula lo mirara—. No quiero que mi presencia afecte a su matrimonio en modo alguno, ¿estamos? —zanjó sin más rodeos.

—Oh, ¿ahora te pican los remordimientos de ser la otra? No temiste arruinar la relación de Susan y Jace.

—¿La *qué*? —Una pausa bastó para decidir que era irrelevante—. Haré como que no he oído eso. Más que nada porque no me interesa. La moraleja es que tú vas a encargarte de Califa.

—Mira… —Kingfisher dio un paso adelante con los ojos brillando—. Somos compañeros, no sargento y soldado raso. Que sea tu sumiso en el rol no quiere decir que vaya a acatar tus

órdenes.

—Pues deberías, porque soy la que ha conseguido la información, la que ha realizado el noventa por ciento de las entrevistas a familiares y conocidos de las víctimas y la que no solo te ha garantizado una invitación a Fuego y Sangre, sino el mejor medio de transporte posible.

Abarcó el avión con un ademán.

—Esto no funciona así —se quejó con la mandíbula tensa—. No adquieres o pierdes autoridad en la misión por más méritos que acumules.

—¿Ah, no? Despierta, Kingfisher. —Le chasqueó los dedos en la cara—. Vivimos en los Estados Unidos. Si no te gusta la meritocracia, vete a un país que no sea capitalista. Suerte encontrándolo, por cierto. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Tú gánate el cariño de Califa, ¿eh? Yo voy a centrarme en Black Russian.

—¿Que vas a centrarte en Black Russian? —repitió, burlón.

—Es lo lógico. —Encogió un hombro, no tan convencida como antes—. Le gusto.

—Sí, claro, cómo no —se rio en voz alta—. A todo el mundo le gustas. Incluso al ruso con cara de partir piedras que no te ha mirado ni una vez desde que ha subido al avión.

Ayane notó una punzada en el pecho al escucharlo. Al igual que el resto de las sensaciones que aquel tipo le suscitaba, no le gustó ni un pelo y la justificó alegando que la vanidad femenina no podía sino verse afectada cuando un tipo se comportaba de forma contradictoria.

—Algunos hombres sois demasiado orgullosos para admitir una debilidad.

—Pues no nos sobra el tiempo para que le enseñes a abrir su corazón, Nagai...

—Nagai-Ryder.

—... Tendrá que admitir su supuesta debilidad por ti contándote lo que sepa en menos de una semana. Pero si te soy sincero —añadió con perverso regocijo—, de todos los que sobrevolamos el Pacífico, creo que eres la única arrogante que piensa que podría postrar a esa torre de granito.

—De hecho, soy tan arrogante que ni siquiera es el único hombre que sobrevuela el Pacífico que pienso que podría postrar —respondió sin ápice de vergüenza—. No te vayas a creer que no te vi la cara el otro día, cuando estrenamos Vesper's con una sesión muy educativa. —No tuvo que alzar la barbilla para quedar a su altura. Él la superaba por unos centímetros cuando ambos llevaban zapatillas, pero Ayane le pasaba por un par de dedos gracias a los *stilettos* que se había calzado ese día—. Ya no se lleva eso de tirarle de las coletas a la chica que te gusta, Kingfisher. Si estás amargado porque Jace me vio primero, pide cita con un psicólogo.

Le propinó una palmadita en el hombro por el placer de verle torcer el gesto y abandonó el baño del avión con una sonrisa triunfal. Tuvo el detalle de arreglarse la minifalda de tablas color madera quemada nada más salir, como si hubiera disfrutado de las caricias impacientes de su sumiso. Se recolocó en condiciones la chaqueta a juego. Se ajustaba en la cintura y dejaba a la vista una fina franja de carne pálida entre el ombligo y la entrepierna. Estaba orgullosa de aquel

conjunto de Miu Miu, un pseudotraje de chaqueta de franela con una falda estilo animadora.

No supo si su semblante había reflejado su gusto por los trapos o si es que Black Russian no había cambiado su primera impresión sobre que Ayane era una cara bonita sin otro aderezo, pero cuando alzó la barbilla, se percató de que el tipo la había estado observando con una leve sonrisa que combinaba la incredulidad y el desdén. Se había cuidado de delatar que el gesto iba dirigido a la agente volviendo a concentrarse en su copa, que sujetaba con desgana por el borde, pero de algún modo supo que ella había provocado esa reacción.

Estaba recostado en el sofá de cuero blanco. Tenía las piernas cruzadas y le pasaba un brazo por encima al respaldo. Sostenía entre los dedos uno de sus cigarrillos rusos. Delante de él, sobre una mesilla acristalada de diseño, había un tablero de ajedrez con una partida recién empezada.

Ayane ni siquiera se lo pensó antes de dirigirse a él con seguridad.

—¿Dónde se consigue una de esas? —Señaló la copa con la barbilla.

Contagiado por su parquedad, Black Russian imitó su gesto para indicarle la licorera de la esquina. Luego volvió a perderse contemplando las vistas a través de la ventanilla.

Ayane alzó la mirada para comprobar que Kingfisher había desaparecido en la parte delantera del avión, cerrando tras de sí las puertas de aquella sala casi vacía.

Una melodía suave que parecía provenir de los altavoces atenuaba el silencio.

Intentando averiguar qué canción era en función de la letra, se sirvió tres dedos de champán en una copa de brindis y, sin pedir permiso, tomó asiento delante de Black Russian.

—Creía que no se podía fumar en los aviones.

—No se puede si eres pobre.

Ayane estuvo tentada de reírse por la respuesta. No lo hizo porque nada en su semblante o la inflexión de su voz dio a entender que pretendiera divertirla.

Sin dejar de mirarlo, probó el champán.

Él seguía con la mirada perdida en la ventanilla, ofreciéndole una bonita vista de su perfil.

Su postura debería haber parecido forzada. Nadie podía ignorar a una persona con la que compartía veinte metros cuadrados sin rayar en lo maleducado, pero ella llegó a la conclusión de que la mente de Black Russian estaba muy lejos de allí.

—Tienes una forma muy curiosa de demostrar que te alegras de verme —comentó Ayane, cruzando las piernas.

El ruso siguió observando la vastedad del cielo.

—Nunca dije que fuera a demostrarlo. —Entonces sí ladeó la cabeza para clavar en ella sus ojos devastadoramente azules—. Lo que también resulta curioso es que eches de menos mi atención. Diría que estás recibiendo más que suficiente por parte de los pasajeros.

Ayane esbozó una sonrisa lobuna.

—No me digas que te has puesto celoso.

Black Russian ni siquiera tuvo que responderle para que se avergonzara de su réplica. Se limitó a levantar las cejas, dando a entender que había contestado algo fuera de lugar, y acto seguido curvó los labios como si aguantara una carcajada desdeñosa.

No se había puesto celoso, comprendió ella. Más bien había criticado su frívola necesidad de obtener la atención del único hombre que no le había deseado las buenas tardes.

«¡Eres tú quien empezó a mostrar interés en mí! ¡Es normal que me extrañe!», quiso espetarle. No lo hizo porque recordó a tiempo que el único objetivo de flirtear con él era descartarlo como implicado en las desapariciones.

Mirándolo bien, no hacía falta llevar a cabo una investigación exhaustiva para determinar que estaba en el ajo. Al contrario de lo que vendían las series sobre crímenes, cuyas tramas desarrollaban asesinatos retorcidos que acababan condenando al personaje más insospechado, los culpables de los delitos de la vida real solían ser los que lo parecían: los que tenían antecedentes penales, un aspecto inquietante, una coartada no muy sólida… y aquel tipo con tatuajes en ruso, blindado tras su violento hermetismo, llevaba la palabra «problemas» escrita en la cara.

«Problemas ¿para quién?», le replicó una molesta vocecita interior. «Quizá solo para ti».

Bebió en silencio procurando enmascarar su nerviosismo.

¿Cómo sacaba tema de conversación? No había contado con que el objetivo sería el único hombre sobre la faz de la Tierra capaz de sacarla de sus casillas.

Ni siquiera si hubiera sido tan imbécil como Kingfisher le habría costado manejarlo.

Por supuesto, Ayane había lidiado con tipos a los que ella no les interesaba en absoluto. Solía contar con la ventaja de que los hombres fetichizaban a las mujeres asiáticas, y ella en concreto era lo bastante atractiva para tentar a los que no se atenían a un canon de belleza propio, pero había racistas a raudales y caballeros que simplemente las preferían rubias. Podría adentrarse en la mente de Black Russian si formara parte del club de los inmunes a ella valiéndose de una iniciativa amistosa, como una futura aliada y no una amante. Pero si bien no mostraba su interés de la forma habitual, sabía que lo había. El ruso no la ignoraba a secas. Incluso sin mirarla de forma directa, sentía que estaba pendiente de sus movimientos; que no se le escapaba ni un detalle.

La música fue lo único que se escuchó durante un buen rato.

Come have a drink
Or maybe three
And darling, I'll make you my next victim
(...)
I prefer girls who are not afraid to cry[12]

—Curiosa elección musical —comentó Ayane.

—No ha corrido de mi cuenta —respondió él con indiferencia—. A mí no me va el que quiera que sea este género.

—¿Y qué género te va, aparte del femenino?

Black Russian buscó su mirada con una chispa de diversión profana bailando en los ojos.

—Te gusta presuponer —acotó sin intención de profundizar. Como si supiera que no iba a librarse de ella, y sin mostrarse particularmente molesto por este hecho, dejó la copa ante el tablero de ajedrez y se volvió a recostar con las piernas cruzadas—. Elvis. Jerry Lee Louis, Ray Charles… Earth, Wind & Fire.

Ayane enarcó las cejas, más sorprendida por la respuesta que porque hubiera complacido su curiosidad.

—Te compro lo de Elvis porque el rey del rock le gusta a todo el mundo, pero ¿la mezcla de funk africano de Earth, Wind & Fire? ¿Y la música para mover los pies de Jerry? No pareces de los que bailan. —Ayane adoptó una expresión tan irritada como soñadora al ver que el semblante de él se tornaba burlón. Subrayaba así, sin palabras que valieran, su acotación anterior—. De acuerdo, puede que sí tienda a presuponer —reconoció con un suspiro. Sabía que se quedaría esperando sentada a que él le devolviera la pregunta sobre la música. No perdió el tiempo y señaló el tablero de ajedrez con el dedo—. ¿Estabas jugando solo y te has aburrido?

—Me lo he encontrado así.

—Pues es un milagro que no se haya caído.

—El tablero está pegado a la mesa y las piezas tienen un imán en la base.

Ayane se inclinó hacia delante para acariciar con el dedo la cabeza de un peón. Él siguió su movimiento distraído con la mirada. Luego la alzó hacia ella e hicieron contacto visual un instante.

—¿Conoces las reglas? —le preguntó en voz baja, sin saber muy bien por qué. Black Russian asintió—. Podemos continuarla donde la dejaron, a ver qué sale. Como mucho hicieron… ¿seis? ¿Siete movimientos cada uno? Y no hay una ventaja clara.

Ayane esperaba que se burlara de su ofrecimiento con una mueca despectiva, pero eso no ocurrió.

Se sorprendió a sí misma por lo rápido que lo había juzgado. Cabía la posibilidad de que Black Russian solo fuera callado, tímido o hubiera tenido un pésimo día la noche que se encontraron y en el día a día no fuera ni de lejos contradictorio o maleducado.

Pero ella no había querido darle ese voto de confianza. Se había lanzado a despreciarlo.

¿Porque era sospechoso, quizás?

Black Russian la señaló con la palma extendida hacia arriba.

—Las damas primero.

Soltó una risita incrédula por lo poco que las galanterías casaban con él. Acto seguido, apoyó los codos sobre los muslos y ojeó el tablero con gesto pensativo.

La partida había empezado a desarrollarse como solía suceder en todos los casos: ambos jugadores habían sacado un par de peones a bailar, a los respectivos caballos y un alfil. El caballo negro ya había expulsado a un peón blanco. A modo de contraataque, otro peón blanco se había deshecho de dicho caballo negro.

Ayane tenía la sensación de que solo podría labrarse la confianza de Black Russian si antes se ganaba su respeto. Y el respeto de los hombres como él, duros como el acero alemán, pasaba por la admiración. Solo podría obtenerla si le demostraba que lo igualaba en ingenio.

Suerte que, en su juventud, su padre fue campeón nacional de ajedrez y le había enseñado a su hija todo lo que sabía. Kincaid habría llegado a competir contra los mejores candidatos de los estados vecinos si no hubiera preferido a la yakuza.

Al principio de la estrategia, cuando apenas arrancaban a jugar y no se podía siquiera avistar el jaque mate, intentó entablar una conversación.

—¿Dónde aprendiste a jugar?

—Soy autodidacta.

—Así que tú solo. ¿También jugabas solo?

—Sobre todo veía partidas en televisión.

—¿De los grandes profesionales?

Había cubierto el cupo de dudas que pensaba responder, porque ni le dio el gusto de asentir con la cabeza. Parecía que la charla banal le resultara soporífera y solo contestara cuando podía darle un doble sentido a sus palabras. Nunca con la pretensión de deslumbrarla con su inteligencia, sin embargo. No había un ápice de ego en aquel hombre.

—¿Cuántos años llevas metido en el mundillo del sadomasoquismo?

—Unos pocos.

—No te gusta concretar, ¿eh? ¿«Unos pocos» y ya formas parte de la cúpula organizativa? Hasta yo merecería más ese honor —se mofó amistosamente—. Llevo «unos cuantos».

—La práctica no siempre hace al maestro.

—¿Y qué hace a los maestros, si no?

Él le echó un vistazo rápido antes de inclinarse para ejecutar el siguiente movimiento.

—Llevar el talento en la sangre.

—¿Cuál es el talento de los sadomasoquistas, en tu opinión?

—Haber sentido casi tanto placer como se ha sufrido.

—Entonces el talento es cuestión de haber acumulado experiencias —dedujo ella.

Black Russian no respondía con el aire distraído de hallarse en otra parte, ese tono con el que

Ayane solía quedar advertida de que su padre estaba concentrado en el juego y no se acordaría de la charla más adelante. El ruso era directo y derrochaba confianza en sí mismo. Ni siquiera tratar de anticiparse a su próxima jugada le requería un esfuerzo mental. Claro que vigilaba las piezas con aquellos témpanos de hielo que tenía por ojos, pero estaba relajado sobre los muslos con la misma postura informal que Ayane. Solo de tanto en tanto se llevaba el cigarrillo a los labios, que no le corría ninguna prisa matar, o se retiraba el molesto mechón que le enmarcaba la cara.

Más pronto que tarde, se percató de que le estaba poniendo más atención a su gesto de colocarse el pelo tras la oreja que a su propio juego. Se enderezó, molesta por ser sensible a la belleza masculina, y frunció el ceño como si forzando la concentración fuera a desenvolverse mejor.

Movió una pieza al azar.

Él captó su irritación y sonrió para su coleto. Fue difícil saber si el gesto se debió a que había vuelto a leer sus pensamientos o a que Ayane había cometido un error garrafal moviendo su reina blanca a la casilla E7.

Black Russian replicó a su amenaza con sospechosa inocencia: arrastró su caballo a la C6.

En un principio, Ayane se entretuvo considerando el próximo movimiento, pero supo que había gato encerrado en cuanto él se reclinó hacia atrás y recuperó su copa para dar un sorbo, como si ya hubiera hecho todo lo que debía hacer.

—¿Qué estás tramando? —quiso saber ella, escudriñando su expresión serena—. ¿Por qué pareces tan satisfecho? Todavía no has ganado.

—No prácticamente —le concedió con un escueto asentimiento.

—¿«No prácticamente»? ¿Qué significa eso? ¿Que en la teoría sí me has vencido? Sigo pudiendo… —Apretó los labios y agarró su caballo blanco hacia el caballo negro—. De hecho, mira; a la mierda tu corcel. No sé qué…

Black Russian soltó una carcajada en cuanto Ayane retiró a un lado el corcel oscuro, que acababa de ser desterrado de la casilla C6. Ella se quedó paralizada, convencida de que lo había soñado. Las risas de verdad no sonaban así, como un gruñido socarrón.

En completo silencio, él ganó un lugar con un peón. Ayane movió un alfil, descolocada por la actitud de Black Russian.

—Un movimiento muy estúpido —apreció él.

Acto seguido, sacó al alfil de Ayane del tablero sustituyéndolo por la torre con la que había quedado en línea.

Ella apretó los labios.

—¿Y qué habrías hecho tú, listo?

Esa era otra pregunta que no tenía respuesta, formulada solo por formular, y, sin embargo, la

contestó con naturalidad.

—Según Stockfish, la mejor defensa habría sido mover ese caballo de ahí a la E5.

—¿Stock… fish? —repitió ella con la respiración agitada—. ¿El motor de ajedrez de código abierto? ¿Cómo lo sabes?

—¿No quieres mover una pieza? —inquirió con una cortesía que en él se veía venenosa.

—¡No, no quiero mover una pieza! ¿Qué has hecho? Te has puesto a sonreír como un sobrado hace un rato. —Lo acusó con el dedo índice—. ¿Estás jugando con las recomendaciones de Stockfish? ¿Has jugado una partida parecida con un ordenador?

—Yo no —respondió, echándose hacia atrás en el sofá. La miró a través de las pestañas—, pero Kholmov con Bronstein, sí.

—Kholmov y… —repitió, demasiado aturdida para responder—. ¿Los jugadores profesionales?

—Se disputaron una partida en el Campeonato de la Unión Soviética de 1964. El principio del fin comenzó cuando Kholmov movió su caballo a la casilla C6.

Ella se quedó paralizada.

—¿Me estás diciendo que has estudiado los movimientos de una partida que se jugó cuando ni siquiera habías nacido? —jadeó, perpleja—. ¿Y que la has reproducido paso por paso conmigo?

—La he reproducido paso por paso con tu ayuda. Parece que tu cerebro funciona exactamente igual que el del perdedor.

A priori, la estratagema no tenía nada de retorcida o peligrosa, pero le provocó un escalofrío. Que fuera capaz de memorizar una partida de ajedrez y de guiar sus movimientos de manera que ella replicara tal y como él necesitaba para obtener la victoria era terrorífico. Ponía de relieve una facilidad para la manipulación de la que nadie podría protegerse.

—No es justo —determinó Ayane para disimular su inquietud—. Sabías algo que yo no.

—¿Te refieres a que sabía que soy mejor que tú? No lo daba por hecho, igual que tú no deberías haber supuesto que me ganarías. Como ya he dicho —añadió con lentitud—, presupones demasiado rápido.

—¡Porque casi nunca me equivoco!

—«Casi nunca» no abarca el porcentaje de acierto del cien por ciento. Y si no puedes dar el cien por ciento, es mejor mantener la boca cerrada.

Ayane apretó los labios, furiosa con su propia arrogancia y con la vanidad de la que él se valía para humillarla. Si no fuera así con todo el mundo, como Califa había insinuado, habría pensado que Black Russian tenía algo contra ella.

Se levantó, convencida de que no podría averiguar nada interesante en ese estado. Pretendía pasar por su lado para abalanzarse sobre las puertas, pero él la cogió gentilmente de la mano.

Ayane frenó en seco, descolocada. Era la segunda vez que la tocaba, y en esta ocasión también estaba siendo tierno de una manera incomprensible: le acariciaba el dorso con la yema del pulgar, como si así esperara apaciguar su mal perder.

—Yo no soy de los que bailan —le confirmó Black Russian en voz baja, concentrado en seguir con la mirada la ruta que hacía su dedo sobre su piel—. Igual que tú no eres de las que se alegran cuando las dejan ganar.

—Oh, ¿y esa no es una suposición arriesgada sobre mí que te convendría callarte? —contraatacó con desdén.

Él, como si solo la encontrara tolerable cuando sacaba las garras y quisiera recompensarla permitiéndole echar un vistazo a su humanidad, se encogió de hombros con la humildad de un simple mortal. Pero incluso con un gesto tan desenfadado parecía igual de inamovible que una verdad universal.

—No es errónea —atajó en tono neutro—, ¿verdad? Si no te gustara ganarte las cosas por tus propios medios, sobre todo las que son difíciles o imposibles, no te habrías acercado a mí.

Ayane tardó en contestar, abrumada por la cantidad de información que había condensado en una contestación.

Información sobre sí misma.

¿Información que era evidente?

Nunca se había considerado fácil de leer.

—Tampoco eran erróneas muchas de las… teorías que yo he dado por hecho —insistió, reacia a darle la razón. No había osado interrumpir el contacto, aun así—. ¿Qué hay de eso que has dicho antes de que «he presupuesto» que te gusta el género femenino? —Hizo las comillas con los dedos de la mano libre—. ¿Acaso no te va? Incluso si fueras bisexual, no me habría equivocado.

Black Russian respondió con su estremecedora languidez.

—Hay una diferencia entre que te gusten las mujeres y que las mujeres te pongan cachondo.

—Ya veo —respondió con aspereza, aunque su réplica la había acalorado—. Solo que fueras de esos misóginos que nos odian pero nos quieren follar explicaría que no te alegraras de verme aunque tú mismo me hubieras traído hasta aquí. ¡Aunque me hubieras soltado con todas las letras que querías que nos encontráramos de nuevo!

Black Russian la advirtió entrecerrando los ojos.

—Peligroso juego el de vivir de un puñado de palabras, *malyshka*.

—¿Vivir? No, eso no, pero sí esperaba actuar conforme a ellas en Tailandia.

Pretendía dejarlo caer como una tentadora posibilidad, esperando averiguar en función de su reacción qué sentía por ella, si le gustaba o solo era la víctima predilecta de sus burlas, pero incluso Ayane notó la fiera sinceridad que acompañó sus palabras. Sintió que había destapado un

secreto que debería haber permanecido a salvo de sí misma y enrojeció miserablemente.

—Claro que, si no te gustan las mujeres, poco puedo hacer por ti —murmuró.

Ayane había leído sobre las aguas más puras del mundo. Se encontraban en el lago Vostok, protegidas bajo una gruesa lámina de hielo antártico. Cuando los ojos de Black Russian emitieron un destello interesado, tentados con su insinuación, pensó en este como el chispazo de un tesoro perdido que rogaba su rescate desde el fondo de la masa sellada.

El agua del lago Vostok tenía una temperatura aislada del termostato general de la Tierra, así como Black Russian parecía sentir y padecer en otra dimensión al margen de la vida. Pero en ese momento había estirado un brazo hacia ella y había podido ver y sentir que era de carne y hueso.

Él retiró la mano con la que la había estado acariciando, gesto que Ayane entendió como que tenía permiso para marcharse. Se alejó con un nudo en el estómago, preguntándose por qué diablos había interpretado su agarre como una orden y por qué, en el buen nombre de Dios, la había obedecido sin reparo.

Las puertas que daban a la sala contigua se cerraban cuando Ayane le oyó decir:

—Una verdadera lástima.

Capítulo 12

Los organizadores del evento habían invertido bien el dinero de los invitados, porque habían reservado bungalós conectados por puentes colgantes de madera en una zona frondosa que se asemejaba a un parque natural. Los farolillos entre árboles exóticos iluminaron el sendero que Kingfisher y ella recorrieron hasta su lugar de residencia escoltados por un trabajador indígena.

En cuanto dio el primer paseo de reconocimiento por la salita común del bungaló, amplio y decorado de acuerdo al *feng shui* y los estilos minimalistas asiáticos, sacó el móvil y tecleó un mensaje. No podría enviarlo después de haber formateado la memoria para evitar problemas, pero si no podía estar en contacto con su marido, al menos llevaría un pequeño diario para mostrárselo a posteriori.

Dormiré en mi propia cama.
Él tiene un dormitorio aparte.

En lugar de abalanzarse sobre la carta que habían dejado a su nombre en la cama —«Kir Royale», rezaba una caligrafía historiada—, Ayane se asomó a la ventana de su habitación y contempló las vistas nocturnas. La brisa fresca tejió una corriente en el dormitorio.

Sentía punzadas de culpabilidad cada vez que se alegraba de estar allí, porque, por desgracia, era en detrimento de la paz mental de Jace. Pero hallarse en Koh Phangan significaba que tenía una oportunidad para demostrar que podía ser una agente excepcional y que podrían encomendarle en el futuro casos delicados, no las operaciones sencillas que nadie salvo los holgazanes querían.

—Pareces una cría con zapatos nuevos —oyó a su espalda el tono burlón de Kingfisher—. Disimula un poco que te alegras de haber perdido de vista a tu marido.

Ayane se giró hacia el agente con gesto socarrón. Se había acostumbrado rápido a la dinámica de pareja y había descubierto que no le molestaba del todo. Una posible amistad entre los dos podría haber interferido en la misión haciéndola preocuparse por su integridad.

Y si le hubiese gustado, habría sido aún peor.

—Hastiarse del marido es un privilegio que solo disfrutan los que permanecen casados —respondió Ayane—. Los que os divorciasteis antes de los treinta y cinco porque no le servíais a la parienta ni para apañarle una salida al cine, en cambio…

Lo dejó al aire adrede. La imaginación de Kingfisher haría el resto.

Él solo le aguantó la mirada con una ceja enarcada. Su respuesta fue sacarse la camiseta. Solo pretendía prepararse para la velada de inauguración, a la que no se podía asistir si no era con ropa fetichista, pero a ella le descolocó el movimiento.

Kingfisher arrojó la prenda al interior de su dormitorio sin mirar dónde caía; con el gesto, los músculos bajo la piel aceitunada se tensaron deliciosamente.

No podía decir que no le resultara atractivo. Apaciguó a Jace alegando que solo le atraían las bellezas nórdicas, pero al obtener una vista más detallada del físico del *cherokee*, decidió que en otra vida no habría estado nada mal para tener la clase de sexo sucio, violento y desagradable que dejaba a una mujer sin fuerzas para moverse. Era moreno como un indio, en extremo velludo, y se notaba que le rendía culto a su cuerpo a diario. La ropa holgada le había estado haciendo un flaco favor disimulando unos brazos voluminosos y unos oblicuos marcados.

Ayane lo miró de arriba abajo con frialdad.

«No me ruboriza la desnudez», dio a entender con su ceja enarcada. «Me da igual que te pasees en cueros».

—Si con el *striptease* querías que compadeciera a tu mujer por lo que se está perdiendo…

—¿Qué te hace pensar que fue ella la que me dejó?

—Que he hablado contigo más de cinco minutos.

Con la misma y flagrante falta de pudor, se quitó el top y lo lanzó sobre la cama. La mirada oscura de Kingfisher recorrió sus hombros afilados, el vientre terso y los pezones encogidos por el frío.

No llevaba nada debajo.

El agente chasqueó la lengua.

—Me gustan más grandes.

Ayane se rio con desdén.

—No me he desnudado para que me pongas nota, sino para que te habitúes a mi cuerpo. Me imagino que un tipo como tú llevará tiempo sin ver a una mujer en pelotas, y no te quiero ver sorprendiéndote cuando enseñe las tetas en alguna velada. ¿Has pensado en los primeros pasos que daremos para la investigación? —inquirió.

Señaló sus tejanos negros con un gesto de cabeza, instándole a continuar desvistiéndose. Él obedeció sin vergüenza, pero no del todo en su salsa. Un hombre nunca estaría cómodo en un contexto erótico con una mujer a la que deseaba, y por Dios que lo hacía. No le pasó desapercibido el chispazo en sus ojos negros cuando ella se bajó los vaqueros, quedándose solo con un tanga beis desvaído que se camuflaba con su tono de piel.

—Ir a la biblioteca municipal para revisar en los periódicos locales si ha habido más desapariciones sospechosas —dijo Kingfisher, observando con cautela que Ayane rodeaba la cama para ir hacia su maleta—. Muchas de ellas no trascienden a los medios nacionales siquiera,

y el desinterés generalizado las relega de tal manera que, por ejemplo, a Estados Unidos no llega ni el rumor.

—Visitaremos también el lugar donde hallaron muerto al prometido de Amelia para ver si los lugareños saben algo, o si a la policía se le pasó alguna pista —continuó Ayane mientras hurgaba en busca de un atuendo apropiado. Aunque estaba de espaldas a Kingfisher, podía sentir su mirada clavada en las nalgas que ofrecía con descaro al agacharse—. Con la excusa de hacer turismo por las mañanas y las tardes, que no se programan veladas, podemos movernos con libertad por la isla… Ah, y también deberíamos preguntar a los veteranos qué tipo de fiestas se celebraron en el encuentro pasado y el anterior, qué juegos, qué excursiones… Así podremos recrear los últimos pasos que dieron tanto Amelia como Jaylani.

Cuando se incorporó con los arneses de cuero sobre el brazo y el conjunto de látex en la mano, por poco choca con el pecho descubierto de Kingfisher. Se había acercado a ella, no tanto para invadir su espacio, pero sí para que interpretara como su expresión salvaje como un peligro.

—¿Y cuál es el plan con Califa y Black Russian? ¿Interrogarlos sin más?

Su mera mención evocaba imágenes inquietantes de miradas con las que el ruso la había valorado o descartado sin ningún pudor.

—A Califa le gusta ejercer un papel informativo. Si acudes a él como si no tuvieras ni idea de nada y alternaras preguntas del BDSM en general con dudas sobre el evento, su ego le impediría ver que estás indagando. En cuanto a mí, me las ingeniaré para meterme en sus despachos y en la recepción del resort. Estoy rodeada de hombres fetichistas. Seguro que a Black Russian le gustaría que le sorprendiera desnuda sobre su escritorio.

No apostaría su vida por ello, pero Kingfisher tenía que ver que estaba convencida de que su plan funcionaría.

—¿Así de fácil?

Ella se encogió de hombros.

—Así se ha hecho desde el origen de los tiempos. No por nada Mata Hari fue una espía intachable: era una mujer bellísima. Tengo que aprovechar en mi beneficio que el punto débil de los hombres es el deseo. No espero que en un arrebato de amor ciego me cuente a qué se dedica, que conste, pero si me invita a su cama, cuando se quedara dormido me resultaría más fácil husmear entre sus pertenencias. Leer sus mensajes, revisar su ordenador… Tiene que esconder algo. Los tíos que parecen peligrosos suelen serlo.

—Quizá él no funcione como el resto de los hombres —replicó Kingfisher, aún de pie e inmóvil a una distancia impúdica de ella.

—Eso seguro. No lo imagino pidiéndome que me quede a dormir. Ni hoy, ni mañana. —Entornó los ojos, aceptando el reto—. Pero para eso están las veladas. Para convencerlo de que le

merecería la pena llevarme consigo.

Kingfisher esbozó una sonrisa maliciosa.

—Wray sabía lo que hacía al escogerte. De todas las agentes disponibles, tú eras la única que se prestaría a conseguir la verdad a base de polvos.

Ayane podría haber pasado por alto su decimocuarto desdén. Ya había comprendido que no conseguiría que la respetara, así le demostrara una y otra vez que vencería en cada batalla verbal. Pero aquel ataque inesperado pudo con su prudencia y decidió borrarle la sonrisa de la cara usando solo una mano.

Deslizó un par de dedos juguetones por la línea de vello negro que desembocaba en su ropa interior. Sin contemplaciones, metió la mano bajo la tira de Calvin Klein.

Un calor abrasador la recibió antes incluso de agarrarle la polla.

Se puso de puntillas y le habló apoyando la barbilla en la de él.

—Es que en otra vida fui una sirena, ¿sabes? —susurró ella, cubriendo su dureza y acariciándola con premeditada lentitud. Se pasó la lengua por el labio superior solo para disfrutar de cómo él se recreaba en el gesto y tragaba saliva—. Cantaba y los hombres se lanzaban a por mí sin pensar en las consecuencias. Ahora que soy humana, los tengo que hipnotizar de otra manera para que me den lo que quiero. Como ahora mismo.

No había prueba más flagrante de que la rabia de Kingfisher era deseo reprimido que aquella: cuando se aproximaba la razón de su irritación, no solo no se apartaba de inmediato, sino que cerraba los ojos con el alivio de quien por fin podía volver a tomar aliento.

Ayane debía admitir que sentía curiosidad por los que fueran sus pensamientos, por cómo sería estar por un día en la mente de un hombre que despreciaba a una mujer al tiempo que ansiaba devorarla. ¿Sería eso a lo que se había referido Black Russian con su distinción entre gustar y excitarse? No lo veía como un vulgar misógino. Los principios del ruso tenían que ser más complejos que la elemental encrucijada odio-deseo del simplón de Kingfisher.

Pero por simplón que fuera, seguía siendo divertido provocarlo, y tenía una polla gruesa y que quemaba al tacto que no se pudo resistir a masturbar mientras lo miraba a la cara.

Kingfisher gruñó y le rodeó la nalga con una manaza tan cálida como el resto de su cuerpo. Aquel hombre estaba duro y caliente en todas sus partes. Parecía una fogata humana, el yunque de un herrero. A Ayane le gustó la sensación de que la envolviera una criatura tan grande, pero no dejó de sonreírle como si le estuviera haciendo un favor. No le convenía burlarse de él cuando tenían una asociación, y, aun así…

—¿Quieres follarme? —le susurró, pegándole la boca al mentón. Presionó la base de su miembro con la mano cerrada hasta que él emitió un gemido lastimero—. ¿Quieres que follemos ahora mismo…? ¿Quieres estar dentro de mi cuerpo? ¿Es eso lo que te pasa? ¿No puedes soportar la necesidad de acostarte con la mayor zorra que has conocido?, ¿o que la mayor zorra

que has conocido no te preste atención? Ahora te estoy haciendo caso, Mohawk. ¿Por qué no lo aprovechas? ¿No eres tan hombre? Vamos…

Kingfisher no pudo soportar la tensión y la empujó contra la pared con su propio cuerpo. Se desembarazó de su mano apartándola por la muñeca, aguantándole la mirada con la mandíbula desencajada. Durante un mareante segundo, Ayane pensó que iba a golpearla, y, por un instante aún más turbio, pensó que se lo merecía por burlarse de sus íntimos deseos. Pero él permaneció en el sitio con la respiración agitada, abrasándola con una mirada que no sabía si exigía venganza o le pedía una explicación a sus propios impulsos. Su debilidad la excitó inexplicablemente y, vigilándolo a su vez con la misma desconfianza, volvió a introducir los dedos traviesos en el bóxer. Tradujo su propia y deliciosa calentura en una serie de caricias a su erección cada vez más dura. Alternó movimientos impacientes con roces de una desesperante lentitud para hacerle gimotear como un animal herido. Él la agarró de la garganta, al principio con fuerza para desahogar la tensión que hizo aflorar las venas en su cuello; luego, conforme se aproximaba al orgasmo, iba aflojando y apretando el doble en función de las sensaciones que iban arrasando su cuerpo. Ayane sonreía viendo desfilar toda suerte de emociones por sus ojos humedecidos por el deseo.

Justo cuando estaba a punto de correrse, Kingfisher emitió un atractivo gruñido y se inclinó sobre ella para tomar sus labios. Pero Ayane giró la cara y su boca hambrienta aterrizó en su mejilla.

—¿A dónde ibas, pequeño saltamontes? —se burló, todavía agarrándole la polla con la determinación de volverlo loco. Él la miraba como si no comprendiera nada, demasiado aturdido por el clímax que los sorprendió con una lluvia de semen—. No me digas que ibas a besarme. Si es que eres un romántico, ¿eh?

Una combinación de odio y vergüenza ensombreció su semblante. Se apartó de ella de mala manera, tambaleante por el orgasmo, y se dio la vuelta para recolocarse la ropa interior con agresividad. Sin mediar palabra, regresó a su dormitorio y dio un portazo.

Ayane se quedó recostada en la pared con el rostro orientado hacia la habitación vecina. Unos segundos después se miraba la mano manchada con una sonrisa maliciosa. Se encogió de hombros para sus adentros y procedió a prepararse tarareando una canción pegadiza.

El exterior del resort era incluso más impresionante de lo que había previsto. Iban a celebrar las veladas en una amplia zona común que constaba de una piscina climatizada iluminada por focos blancos, hamacas dobles de cuatro postes con doseles de seda y bungalós donde sospechaba que encontraría juguetes sexuales y espacios para sesiones privadas.

Pero no había ido allí a maravillarse con el recinto. Enseguida se concentró en memorizar los rostros de la concurrencia. Había alrededor de cuarenta, tal vez cuarenta y cinco personas de todas las razas, edades y complexiones, pero primaban los blancos jóvenes con físicos normativos. Se mezclaban los unos con los otros chapurreando el inglés, la lengua que cohesionaba la experiencia.

Todo el mundo estaba impaciente por comenzar. Se notaba que habían ido a dar lo mejor de sí mismos en las prendas que lucían y el hambre con el que miraban a sus futuras víctimas.

Ayane se aproximó a la barra que habían improvisado cerca de la piscina y pidió que le prepararan un *black russian*. Sonrió con desdén, percatándose por primera vez de que su cóctel preferido era el que daba nombre al sospechoso que habría de engatusar. Vacilante, porque no estaba segura de querer encontrarse con él enseguida, giró sobre los talones para buscarlo entre los uniformes de cuero y vinilo.

No podría haberlo obviado ni aunque hubiera querido, porque era el único hombre que no llevaba el pecho al descubierto o vestía conforme a la etiqueta fetichista.

Invariablemente, Black Russian desafiaba las normas.

Lo vio acercarse a la zona de bar acompañado de una de las auxiliares de la velada. A pesar de llevar tacones, él la superaba en estatura por una cabeza y media. Se inclinaba hacia ella para escuchar lo que tenía que decirle. Una queja, a juzgar por sus aspavientos frenéticos.

La conversación se cortó para cuando Black Russian estuvo en su radar. Aprovechó que el susodicho estaba distraído correspondiendo el adiós de la joven para mirarlo de arriba abajo. Vestía de riguroso negro de la cabeza a los pies, incluidos los complementos: unos anillos en los dedos y una discreta cadena bañada en un material tono obsidiana. La joya se perdía en el escote de la camisa abierta, que Ayane supo, antes de que se acercara, que olía de maravilla.

Odió que la boca se le hiciera agua y que una vez más le alterara el ritmo cardíaco con solo posar una mirada en ella.

En ella, luego en su cóctel, y, después, otra vez en su expresión.

Que no hiciera ningún comentario la crispó, porque fue obvio que para sus adentros se estaba burlando de que hubiera escogido una bebida con su nombre.

—¿Sabes? —le soltó antes de pararse a pensarlo dos veces. Y le habría convenido, porque sonó venenosa—. Prefiero a los hombres que hablan.

—Seguro —respondió él con naturalidad mientras se acodaba en la barra de perfil a ella. Lo hizo a una distancia llamativa de tan absurda, como si no quisiera que nadie supiese que se conocían—. Así tienes la oportunidad de defenderte.

El camarero le sirvió una copa de whisky con hielo sin que tuviera que pedirla.

El detalle alertó a Ayane.

Llevaba años yendo a Koh Phangan, dedujo.

¿O habría advertido a los trabajadores de las que eran sus preferencias antes de llegar?

—¿De defenderme? —repitió, confusa.

Black Russian insinuó ladearse hacia ella. Lo insinuó porque no quedó recostado del todo, y porque no llegó a orientar el cuerpo en su dirección. La brisa arrastró su olor corporal hacia sus fosas nasales. Su perfume tenía un claro toque invernal, como un exclusivo aroma de MEMO Paris del que recordaba haberse llevado muestras a casa.

—Si un hombre te dice lo que piensa, puedes contradecirlo —resolvió él—. Si no abre la boca, no sabes con seguridad qué tiene en la cabeza, y por tanto estás obligada a guardar silencio. Aunque no pareces de las que optan por la prudencia.

—Gracias por explicarme cómo soy —replicó con aspereza.

Quiso regañarse enseguida. ¿Por qué estaba a la defensiva con él? No era ni de lejos lo más desagradable con lo que había lidiado en su vida.

Kingfisher era bastante más insoportable.

—Lo que no eres es muy *kir royale* —le oyó decir en tono pensativo. Observaba su caso de whisky mientras lo giraba entre los dedos, como si estuviera valorando su bebida y no el nombre.

Ayane no había esperado que siguiera la conversación.

—¿Cómo?

—El apodo. No se ajusta a ti.

—¿Por qué? ¿Porque es un cóctel francés y yo tengo los ojos rasgados? —se mofó con retintín.

—Porque es aburrido y se sirve frío.

El pulso se le aceleró sin saber por qué.

—Lo clásico no tiene por qué ser aburrido.

Black Russian la miró de reojo con una amenaza de sonrisa taimada.

—Tú misma dijiste que odiabas la mediocridad. Lo clásico es mediocre porque tiene popularidad.

Ayane levantó las cejas.

—Así que me estabas escuchando. En tus palabras, pensaba que «solo mirabas, y exclusivamente si te gustaba lo que veías».

Él clavó la vista al frente, en el amplio estante de las bebidas alcohólicas, y dijo:

—Si no me desagrada lo que oigo, tampoco me importa escuchar.

—¿Entonces? ¿Qué tiene de malo el *kir royale*?

—Nada. La presentación fina, el color rojo oscuro… —La miró de arriba abajo con premeditación, como si la estuviera imaginando vestida de escarlata—. Esos detalles podrían insinuarte. Pero no es lo bastante explosivo.

—¿Crees que soy explosiva?

Black Russian la miró directamente a los ojos.

—Más en el sentido de la nitroglicerina o la dinamita que en el de atractiva.

Tuvo que renunciar a reprocharle que le negara un halago para mantener viva la charla.

—¿Y en qué se traduce eso en el lenguaje del cóctel? ¿Un inesperado regusto cítrico y picante?, ¿como un *spicy margarita*?

—Estaba pensando más en el *bloody mary*.

—Ya hay una ama llamada Bloody Mary. Y no me pega llamarme Mary.

—¿Porque tienes los ojos rasgados? —le devolvió el comentario.

No se dio cuenta de que sonrió para su coleto.

—Tienes facilidad para la conversación —señaló. Desvió la mirada hacia el borde de su cóctel y bebió con calma ahora que sabía que él no se escabulliría a la primera de cambio—. Qué pena que no la aproveches.

—Dar un uso excesivo a las habilidades es un modo absurdo de desperdiciarlas.

—Dialogar nunca es un desperdicio de tiempo.

—Lo es sin un propósito.

—¿Y qué te proponías exactamente con tu análisis de los ingredientes del *kir royale*? ¿Convencerme de cambiar mi nombre? Porque supongo que sí puedo ser sangrienta[13].

—Analizo más bien los del *bloody mary*. Gotas de tabasco, zumo de limón, toque de salsa Worcestershire —enumeró él, acercándose el whisky a los labios. Acarició el borde del cristal con ellos, como si quisiera enfriárselos; Ayane se concentró en su movimiento pensativo de rozar la copa con la boca—. Tiene lo autóctono y lo exótico. Y se supone que Ava Gardner, Dalí y Joe DiMaggio elaboraron su propia receta de *bloody mary* a partir de la original; uno de ellos con veneno de serpiente, según cuenta la leyenda. Ava es el talante combativo, Dalí es el arte y lo extranjero, y DiMaggio es el americanismo.

Ayane odió la puerilidad de encogerse como una adolescente ante el halago implícito.

Ella era todo eso.

—¿Se supone que yo soy todo eso? Caray, sí que sacas conclusiones después de un par de monólogos de quince minutos.

—Se puede deducir todo lo importante a partir de cómo una persona juega al ajedrez.

—Entonces habrás dado por hecho que soy una perdedora.

Black Russian sacudió la cabeza gentilmente. La aturdía cómo hacía posible que sus movimientos parecieran tan delicados como una danza clásica y, aun así, su sola presencia lo acaparara todo hasta consumir el oxígeno.

Se inclinó sobre ella y la corrigió en voz baja:

—Ya te he dicho lo que eres. Un *bloody mary* con veneno de serpiente de cascabel.

El susurro le provocó un escalofrío generalizado que la dejó insensibilizada, como si le hubiera lanzado un hechizo. Ayane lo vio apartarse y dirigirse con naturalidad hacia una de las camas de cuatro postes.

No tomó asiento allí, sino en uno de los amplios butacones de mimbre del *chill out*.

Entre la maraña de pensamientos que le impedían razonar, supuso que era su intención anunciar el juego, pero no fue él quien dio la bienvenida a los participantes.

—Un año más, los amantes del BDSM nos reunimos en esta isla paradisíaca para dar rienda suelta a pasiones que no todo el mundo entiende —se pronunció a través de los altavoces una voz grave. Ayane buscó a su alrededor, pero no pudo localizar el origen de la misma… si es que el presentador estaba presente.

Dirigiera donde dirigiese su mirada, esta acababa regresando indefectiblemente al hombre que la había descolocado. Parecía que lo hiciera aposta, y no debería extrañarle de ser el caso. Había lidiado con amos juguetones que provocaban dolor a través de la confusión psicológica.

Pero él no participaba en el juego. Los organizadores estaban allí para cerciorarse de que el evento marchaba sobre ruedas, no para divertirse.

—Esta noche —prosiguió la voz—, por ser la primera de seis inolvidables veladas que nos esperan, el único requisito será escoger un juguete de la pila que hallaréis al otro lado de la piscina y presentaros con él, como amos o como sumisos, ante un participante que queráis que os conozca íntimamente. El objetivo es mezclarse.

Ayane localizó la pila mencionada, a la que no dudaron en dirigirse un puñado de participantes ansiosos por inaugurar la fiesta. Mujeres y hombres reaparecieron con fustas, látigos, pinzas para los pezones, cuerdas de distintos materiales… Para cuando ella reaccionó como un autómata y pudo examinar las opciones, poco era lo que quedaba, pero más que suficiente para improvisar un acercamiento.

El juego le había puesto en bandeja la excusa perfecta para atraer a Black Russian.

Agarró un dildo con una forma fálica hiperrealista y lo acarició con la mano antes de fingir plantearse quién sería su víctima. Mientras recorría con los dedos las protuberancias de las venas del consolador, barrió la explanada con la mirada y confirmó que Black Russian seguía bebiendo en su asiento sin nadie que le molestara. Una mujer trató de insinuársele, pero él la descartó con un ademán desdeñoso, como a quien le abordaban por la calle para ofrecerle un servicio.

Una vez Ayane fijó la vista en el ruso, los recelos e inseguridades desaparecieron. Solo eran ella y el placer que estaba a punto de recibir para acercarse un poco más al hombre cerrado a cal y canto que debía aprender a interpretar.

Al principio, Black Russian no se dio cuenta de que estaba en su punto de mira. Reaccionó

tarde, cuando Ayane ya se había detenido ante él con intenciones obvias.

Encajó el dildo en el escote del corsé y apoyó las dos manos en los reposabrazos del sillón. Se deslizó hacia delante lenta y pecaminosamente, blandiendo un silencio que lo decía todo como una de sus armas principales. Ya inclinada sobre él en una postura sugerente, curvó los labios en una sonrisa maliciosa que se ensanchó al oír los primeros acordes de la versión de *Sweet Dreams* de Marilyn Manson.

Una melodía oscura perfecta para un encuentro que preveía peligroso.

Black Russian le sostenía la mirada sin pestañear, soldado invencible de una guerra que no sabía cuándo había empezado, pero Ayane tenía la sensación de que había dejado de respirar. ¿O era ella la que había suspendido los latidos de su corazón? A tan escasa distancia, podía ver las motas doradas en el fondo de sus ojos de hielo y una aglomeración de pecas tímidas en el puente de la nariz, muy cerca del entrecejo.

—Yo no juego —le advirtió él—. Yo solo observo.

Ayane se incorporó fingiendo durante un instante que su rechazo la había indignado. No tardó en sustituir la expresión por una letal y contraatacar con sencillez:

—Pues mira esto.

Se separó lo justo para que pudiera recorrerla con la mirada en todo su esplendor.

Ayane nunca le había temido ni al desplante de un hombre, ni a su propia desnudez, pero cuando apoyó el pie en el hueco que los dos muslos de Black Russian dejaban en su postura repantigada, temió que él no se sintiera atraído por el morbo del espectáculo y apartara la vista. No era un temor paralizante, aun así, sino una motivación que la instaba a hacerse notar más aún; que la activaba ante lo incierto igual que un subidón de adrenalina.

Ayane empezó a desabrocharse la bota cerrada hasta la rodilla, susurrando a la vez la letra de la canción. Black Russian clavó la mirada en su boca en movimiento, luego en el dildo que asomaba entre sus pechos, y después prestó atención a la seductora paciencia con la que iba tirando del cordón que garantizaba la sujeción del calzado. Cuando había terminado con la primera, bajó la pierna y alzó la siguiente, pero esta vez la apoyó en su pecho.

La punta afilada del tacón apuntó al triángulo de piel pálida que el último y perezoso botón dejaba al descubierto.

—¿Tampoco participas en calidad de ayudante? —lo tentó ella con una ceja enarcada.

Black Russian no contestó, pero le aguantó la mirada y, tras un instante de desafío que se le hizo eterno, guio las manos al nudo de la bota. Tiró de un extremo y se entregó a la tarea sin alardear de su habilidad. Era evidente que sabía hacerlo más rápido, pero quería ver cómo se las apañaba ella para hacer del proceso algo interesante: lo supo porque arqueó las cejas de aquella manera que insinuaba una burla hacia sus fútiles intentos por entretenerlo.

«No está satisfecho con nada», pensó ella, y lejos de aborrecerle por eso, quiso inventar una

nueva manera de enloquecer a los hombres para dejarlo consternado, derrotado; loco de pasión por sus huesos.

Creía conocer todos los trucos, pero claramente había sido una ilusa.

Y, por una vez, no le importó no ser el genio de la operación.

Ayane se retiró la goma del pelo muy despacio y agitó la melena hasta que recuperó su caída natural, lisa e imperturbable como las mansas aguas de un lago. Se llevó las manos al arnés entrecruzado en su torso y lo desabrochó mientras se contoneaba sutilmente al ritmo de la canción, manteniendo el contacto visual en todo momento.

Some of them want to use you
Some of them want to get used by you
Some of them want to abuse you
Some of them want to be abused[14]

Para cuando Black Russian deslizó la bota por su pantorrilla y la arrojó al suelo sin contemplaciones, Ayane ya tenía el arnés en una mano. Se apoyó en el reposabrazos para encaramarse al sillón, donde descubrió con placer secreto que había espacio para que ella clavara las rodillas a cada lado de su víctima. Quedó sentada a horcajadas sobre él, pero sin tocarlo. Le daba la impresión de que saltaría una alarma si se le ocurría ponerle un dedo encima.

Ese riesgo la excitaba. Tanto así que, cuando guio la mano a la abertura de las bragas, que tenían una raja en la zona del sexo, notó que estaba húmeda.

Ayane lamió lenta y concienzudamente los dos dedos que acto seguido enviaría de nuevo a su entrepierna. Black Russian observó su movimiento con un brillo misterioso en los ojos entrecerrados. Su olor masculino la tenía cercada por todas partes, era cuanto podía respirar, y descubrió que la obnubilaba esa fragancia fresca y especiada de lobo siberano.

Le gustó también la postura, porque la ayudó a imaginar que no eran los dedos lo que la penetraba, sino su polla.

—Ten cuidado cuando te muevas —dijo él en voz baja, pero no ronca ni afectada. Sonaba muy por encima de lo que estaba sucediendo, a mil años luz de allí—. No te he dado permiso ni para rozarme.

Ayane emitió una risita que pretendía ser burlona, pero se le quebró al empezar a masturbarse. No era la postura más cómoda para la muñeca, y, aun así, le fascinó que facilitara la imitación del coito.

Movió las caderas arriba y abajo como si estuviera cabalgando al hombre que tenía debajo. No por primera vez, aunque sí de forma consciente, se preguntó cómo sería acostarse con Black

Russian. ¿Sería rudo?, se cuestionó mientras doblaba los dedos en su interior y presionaba hasta arrancarse un gemido de dolor. ¿Sería tan delicado como insinuaban sus caricias, incluso tántrico?, valoró, y acto seguido se acarició el clítoris con la mano libre, llegando a tirar hacia arriba para separarse los labios y exhibirse en todo su esplendor. Lo miraba a los ojos, a esa cara de granito en la que a veces destellaba el deseo, un deseo pasajero o a lo mejor un deseo bien disimulado, y no daba con la clave. Ayane tenía una imaginación desbordante, pero aquel hombre estaba más allá de sus delirios y fantasías, y sospechaba que no haría lo que se esperaba de él… porque no la agarró por las nalgas ni ocupó su lugar introduciendo su propia mano en el rincón más cálido de su cuerpo, ni la besó, ni la recorrió con caricias. Tan solo apoyó una mano en el reposabrazos, y la otra, la que sujetaba la copa, la llevó a los labios para beber mientras atendía con interés moderado el espectáculo de una Ayane enloquecida por el movimiento.

Frustrada por su pasividad y al mismo tiempo incomprensiblemente enardecida, retiró los dedos y extrajo el dildo del escote. Mirándolo sin ocultar su indignación, se lo introdujo en la boca hasta que no pudo más para humedecerlo. Notó el sabor del plástico, el material que lo revestía, pero se quedó arropándolo con la boca hasta que hubiera salivado lo suficiente para deslizarse sobre él.

La hazaña de alojar quince centímetros de longitud en la garganta pareció despertar la curiosidad de Black Russian, porque su mirada se oscureció al fijarse con interés casi clínico en los ojos enrojecidos de Ayane, en la tensión de su cuello. Entonces la embargó otra duda ilegítima pero terriblemente tentadora: ¿cómo sería chupársela a Black Russian? ¿Cómo sería de grande? ¿Cómo la animaría él a seguir succionando? ¿Cómo la miraría?

Ayane emitió un gorjeo ahogado al sacarse el dildo de la boca. Estaba empapado en saliva que se derramó sobre sus propios dedos y sobre la camisa de Black Russian en el breve proceso de guiarlo hacia su orificio de entrada. Ayane lo empuñó y se dejó caer sobre la dureza de plástico con un gemido gutural. Cerró los ojos con la boca abierta y se abandonó a la dulce sensación de ser colmada por una dureza caliente y húmeda, tan familiar y reciente y, al mismo tiempo, tan lejana y distinta. Ayane se movió inicialmente hacia delante y hacia atrás, arrastrando las caderas con pesadez y sacudiéndose a ratos por los pequeños espasmos previos al orgasmo, pero pronto se hartó del esfuerzo, presente en el sudor que empezaba a salpicarle la frente, y lo montó como un caballo desbocado. No habría podido olvidarse de Black Russian ni aunque hubiera querido, y quiso, claro que quiso alejarlo de su placer; ansió atraer la imagen de Jace en su lugar, pero habría sido imperdonable que evocara su rostro en brazos de un posible villano. Y, sin embargo, en ese momento no importaba la condición del susodicho. Ella apenas se acordaba de lo que había ido a hacer allí cuando su cuerpo liberaba endorfinas, se estremecía y se notaba tan dilatada que podría acoger una segunda penetración.

«Hazlo; haz algo», le rogó Ayane con la mirada. Optó por el lenguaje no verbal para no

traicionar su orgullo, y porque en el fondo presentía que Black Russian podía leer sus pensamientos. «Bájate la bragueta y fóllame con esto dentro, por delante o por detrás… Pero dame algo. Lo que sea».

Porque podía darle lo que fuera. El continuo bamboleo de su cuerpo le había bajado el corsé y ahora sus pezones estaban expuestos; sus pechos saltaban arriba y abajo ante su mirada fija. Su piel pedía caricias, mordiscos o azotes, y Black Russian tenía las manos libres.

Podía dárselo todo y había decidido darle simplemente una mirada.

Una mirada velada por una emoción intensa y profunda que Ayane no reconoció como deseo con exactitud, pero que se le antojó igual de halagadora.

Justo cuando sentía que iba a alcanzar el orgasmo, catapultada por un juguete sexual y el rostro pétreo de ese hombre desconcertante, Black Russian dijo:

—Para.

Y Ayane se detuvo aun cuando moviendo las caderas un par de veces más podría haber abrazado el clímax. Lo miró con los ojos vidriosos por la amalgama de sensaciones, jadeando sin aliento y recubierta por una armadura de sudor, y esperó su veredicto o su actuación con el alma en vilo.

Black Russian solo se inclinó hacia delante y separó los labios para sacar la lengua. Ayane agachó la cabeza, confusa, y jadeó al sentir que la lamía desde un punto debajo de los pechos hasta las clavículas para limpiar el recorrido inverso de una gota de sudor. El gesto la desconcertó, pero también le provocó un estremecimiento de placer secreto que conectó con una recóndita parte de su ser e hizo que el orgasmo que se había quedado a las puertas la arrasara entera.

Ayane se arqueó con el dildo todavía encajado entre los muslos y gritó. Tuvo que apretar los puños para resistir el impulso de rodear a Black Russian por la cabeza y obligarlo a permanecer allí, con su aliento pegado al pecho como una peca o un lunar, como una cicatriz.

Como una puñalada.

Black Russian la miró a los ojos mientras le retiraba la mano con la que sujetaba el extremo del dildo. Ayane se dejó vapulear y solo gimoteó cuando sintió que él lo extraía muy lentamente de su cuerpo.

—Entonces la niña sabe divertirse sola —comentó con una languidez deliciosa.

—Me divertiría mucho más… acompañada —jadeó con la respiración entrecortada.

—¿Esa es tu presentación de hoy? ¿«Soy Kir Royale y sé divertirme contigo o sin ti»?

Ayane se apoyó en los reposabrazos para descansar del peso de su cuerpo. Habría deseado derrumbarse sobre él, pero no podía. Dentro de ella sentía, donde se sentían los nervios o la pasión, que estaba prohibido.

Mas sí se inclinó hacia delante hasta que sus narices casi se rozaron.

—Soy Kir Royale y sé divertirme contigo o sin ti —confirmó, ladeando la cabeza como si tanteara la posibilidad de besarlo—, pero con una letra pequeña: contigo mucho más.

Black Russian echó la cabeza hacia atrás, más para admirarla desde otro ángulo que para huir de su cercanía. Ayane observó con el corazón encogido que se mordía el labio y no lo soltaba del todo al recompensarla con una sonrisa. De forma inesperada, la rodeó por las nalgas y la alzó en vilo al tiempo que él mismo se incorporaba.

Por un momento, pensó que se la llevaría a alguna parte, a la cama o a su bungaló; a los infiernos que lo habían engendrado, pero no le dio tiempo a decidir cómo respondería a una invitación semejante. Black Russian la ayudó a poner los pies en tierra firme con esa delicadeza que no dejaba de extrañarla.

Buscó su mirada con la esperanza de obtener una explicación a su frialdad, a su distancia, a su constante rechazo.

Justo cuando parecía que se había rendido a sus encantos y quería participar en el juego, daba tres pasos atrás. No lo entendía, como tampoco comprendió que Black Russian le acariciara la barbilla con el índice y el pulgar y le dijera:

—Pero mucho mejor si lo haces sin mí.

Capítulo 13

Al día siguiente, Ayane se preparó para salir en busca y captura de huellas que la llevaran hasta las dos jóvenes. Kingfisher y ella habían acordado levantarse temprano para visitar las bibliotecas y recabar datos de las desapariciones en Koh Phangan en los últimos dos años. Así tal vez pudieran encontrar coincidencias con otras víctimas.

Ayane rezumaba entusiasmo. Estaba ansiosa por ponerse en marcha. Tenía muy buenas vibraciones, y, además, a nadie le extrañaría que su sumiso y ella no participaran en las excursiones turísticas que se programaban a lo largo del día. Eran muchas las parejas que hacían sus propias rutas o se quedaban en los bungalós reuniendo fuerzas —o poniéndolas a prueba aún más— para la velada nocturna.

El único problema era la actitud de Kingfisher. Seguía ofendido por la actitud de Ayane en el dormitorio, pero no sentía que debiera disculparse. ¿Acaso no se tuvo merecido que se burlara de él? No había hecho ningún esfuerzo por tratarla con respeto. Es más; comenzó una guerra en la que ella nunca había querido participar.

Si algo le había enseñado convivir con Jace, era que, por fuerza, uno de los dos involucrados en una discusión debía dar el brazo a torcer para solucionar el desastre. A Ayane no le importaba ser quien guiara la conciliación con su marido porque lo quería y era una de sus responsabilidades matrimoniales, pero ¿hacer el esfuerzo con Kingfisher?

Clavó la vista en la precaria carretera de tierra que los conduciría a la biblioteca, enemistada con la posibilidad de disculparse.

Habían alquilado un coche para los dos.

Kingfisher iba sentado a su derecha.

No le gustaba el silencio, y menos uno tenso como aquel, pero tenía mejores cosas de las que preocuparse que del enfado de su compañero.

Como, por ejemplo, de dos veinteañeras arrancadas de sus hogares.

O de que la invadían los remordimientos cada vez que pensaba en Jace, y no porque la noche anterior se hubiera divertido gozando de la atención de Black Russian.

Después de pavonearse por el recinto y participar en distintas sesiones, fue a asearse en la intimidad de su bungaló. Estando bajo la ducha, Ayane había cerrado los ojos y se había llevado la mano a la entrepierna. Todavía estaba excitada por lo que había visto y oído, y pensó que una agradable manera de purgarse pasaba por colmarse de caricias con la imagen de Jace.

Separó los muslos y se apoyó en la pared mientras se frotaba el clítoris, al principio con

delicadeza, y luego cada vez más frenéticamente. Estaba sonriendo al imaginar que eran las manos de Jace las que la rozaban, que su cuerpo la cubría por entero, cuando su rostro se emborronó y fue sustituido por otro.

Uno sustraído de un recuerdo muy reciente.

De pronto, era Black Russian quien la miraba a la cara como si quisiera conquistar hasta el último de sus pensamientos y daba un sorbo distraído a su copa sin dejar de masturbarla.

Ayane había abierto los ojos abruptamente, desconcertada porque su mente hubiera tomado aquellos derroteros. Retiró la mano de su cuerpo para castigarse por el atrevimiento de fantasear con otro hombre, pero su sexo se resintió por la falta de mimos y no pudo evitar juntar los muslos para apaciguar el ardor.

Aunque giró el grifo del agua fría y se forzó a alejar el recuerdo de Black Russian, su piel siguió quemándola, negándose a colaborar. Se dijo que era porque había bebido más cócteles de la cuenta, porque había presenciado prácticas sexuales guiadas por profesionales cuyo erotismo aún resonaba en su piel sensible. Convencida de que visto así no tendría nada de malo buscar el orgasmo, Ayane volvió a darse la atención que quería frotándose descaradamente con la alcachofa de la ducha.

Cerró los ojos de nuevo y trató de evocar a Jace, pero la interrumpían los flashes de azotes con fustas, de asfixias eróticas, de cuerpos sudorosos restregándose con sus prendas de vinilo…

Sobre todo, la maldita cara del ruso, o la cara maldita del ruso, o la cara del maldito ruso.

Ayane se había corrido bajo el torrente de agua fría con la mirada de Black Russian grabada en la cabeza.

Esa noche durmió a pierna suelta, pero ya no estaba fresca como una rosa. Sus pecados bien podían pertenecer a la nocturnidad, a esa parte de sí misma que solo existía en determinados ambientes, pero le daba una segunda pensada a lo sucedido y se olvidaba de respirar.

—Esta noche voy a intentar colarme en los despachos de Califa y Black Russian —anunció Ayane en cuanto aparcaron y abandonaron el coche. Dudaba que, en el caso de que Fuego y Sangre fuera responsable de las desapariciones, tomaran medidas de protección tan drásticas como colocar dispositivos de escucha en sus vehículos. Pero era importante andarse con precauciones—. Anoche me di una vuelta por el recinto de los bungalós y me fijé en que se encuentran al lado de la Cabina Roja. El contrato que firmé especificaba que, cuando pronuncias la palabra de seguridad, se te retira de la velada porque se entiende que te has sentido violentada o superada por la situación y te llevan a dicha cabina. No sé qué pasa allí. Supongo que alguien te atiende o te hace compañía, pero ya me las apañaré para pasar de un lado a otro.

Kingfisher se limitó a asentir sin mirarla.

La biblioteca más concurrida de la isla los recibió silenciosa y vacía. Estaban a punto de cruzar las puertas de la sala de ordenadores, donde podrían leer la prensa, cuando Ayane se cansó

de su mutismo.

Aprovechó que estaban a solas en el pasillo para cerrarle el paso.

—Oye —le dijo sin rodeos. Su voz levantó un eco en el corredor—, no hemos empezado con buen pie y hemos seguido aún peor. Cosas que pasan. No soy tu persona favorita. Lo capto. El sentimiento es mutuo —aseguró con una mano en alto—, pero creo que para que esto salga a pedir de boca debemos poner de nuestra parte y tratar de llevarnos con una relativa cordialidad. Es la vida de dos personas lo que hay en juego, Mohawk. Nuestros orgullos ni pinchan ni cortan en este sitio.

Kingfisher esperó unos segundos para cerciorarse de que ella había acabado. Entonces la miró a la cara con sencillez. Las ojeras purpúreas le daban a su expresión un aire desvalido.

—¿Y estabas pensando en proponerme alguna dinámica de Recursos Humanos para fomentar ese espíritu grupal entre nosotros, o…?

—El hecho de estar aquí por trabajo debería bastar para que nos comportáramos como adultos. No sé qué te motivó a convertirte en agente del FBI, pero yo quiero creer en la justicia.

—Y también quieres que te aplaudan.

Ayane suspiró con hastío.

—Sean cuales sean mis objetivos, Kingfisher, pasan por hacer lo que Wray comande. Los tuyos también, según entiendo. Tenemos eso en común. Algo que de por sí, y como tú has mencionado, debería «fomentar nuestro espíritu grupal». Pero, mira, incluso si solo quisiera que me aplaudieran —añadió, extendiendo los brazos con exasperación—, ¿qué cojones te importa, tío? Al final, me mueva lo que me mueva, dejaré el trabajo hecho.

Kingfisher se la quedó mirando, esta vez más pensativo que reticente.

—Dime una sola razón para confiar en ti —dijo al fin.

—¿Perdona?

—Una razón por la que merezca la pena que haga el esfuerzo de tragarte.

—Tus secretos morirían conmigo —respondió sin pararse a meditarlo. No le hacía falta—. Y tengo tanto que demostrarle a todo el mundo que no me permitiré fallar. —Viendo que él no torcía el gesto, sino que cabeceaba como si no quisiera admitir que le había complacido la contestación, Ayane se arriesgó a darle un codazo amistoso—. ¿Y tú? ¿Qué tienes tú que pueda tentarme?

Él pareció batallar consigo mismo. Tragó saliva antes de contestar midiendo sus palabras:

—No tendrías que preocuparte de si te miento o te digo la verdad. Por lo que se ve, soy totalmente transparente.

Ayane se quedó de una pieza al oír su declaración. Solo podía significar que había acertado al burlarse de él por ser de los que ligaban pinchando una y otra vez al objeto de sus desvelos; que

no estaba siendo arrogante al acusarlo de estar obsesionado con ella, sino delatando una verdad con la que él se negaba a hacer las paces.

Esa fue la primera vez que Ayane le puso una mano en el brazo para ofrecerle su apoyo y no para mofarse.

—Suerte que, como te he dicho —contestó con suavidad—, tus secretos morirán conmigo.

Kingfisher se permitió sonreír a medias con un tinte de amargura.

Acababa de prometerle que no volvería a sacarlo de sus casillas, pero también le había advertido que no sucedería nada entre los dos. Es más: no volvería a sacarlo a colación.

Ayane retomó el camino a la sala de informática con brío y probó a iniciar una conversación informal para rebajar la tensión.

—Bueno, ¿y qué coño es eso de Kingfisher? ¿Tus antepasados no quisieron elegir entre King y Fisher y simplemente pegaron los dos apellidos porque eran más listos que nadie? Me duermo cada vez que intento pronunciarlo entero. ¿Te podría llamar King? ¿O prefieres Fisher?

—Podrías referirte a mí por el nombre del rol mientras estemos en la isla. Es mejor no correr riesgos, ¿no te parece?

—Eso es cierto —aceptó ella con resignación. Era demasiado pronto para poner la primera piedra de la camaradería, pensó, pero cuando tomaron asiento el uno al lado del otro ante un viejo ordenador, el agente le llamó la atención ladeándose hacia ella con una media sonrisa.

—Aunque Fisher no está mal. Ya hay un King en el cuerpo, y, entre tú y yo, las monarquías nunca me han hecho gracia.

Ayane soltó una carcajada, más por relajar del todo los ánimos que porque lo encontrara divertido. No continuaron la conversación una vez el ordenador arrancó y pudieron empezar a revisar los titulares de prensa de los últimos dos años, tanto impresa y escaneada como digital.

Esperaba encontrar noticias relacionadas con desapariciones. Y lo hizo, pero ni acaparaban la primera página, ni se molestaban en denunciarlas en los medios. A su lado, Kingfisher comprobaba la veracidad de los datos sobre las mujeres en paradero desconocido. Se hallaba más información al respecto en redes sociales. Provenía de parientes con escasos seguidores.

Eso solo podía significar que los peligros de Tailandia estaban tan normalizados que no era ni primicia ni directamente relevante que jovencitas de cierta edad no regresaran a sus casas. Las escasas privilegiadas que sí copaban titulares pertenecían a familias con dinero para invertir en la búsqueda, pero, como pasaba en todos los casos, la noticia iba perdiendo interés hasta que al cabo del tiempo no quedaba ni rastro de la existencia de la desaparecida.

Gracias a la documentación, descubrieron que algunas de las víctimas eran turistas asiáticas que volaban a Koh Phangan con la expectativa de asistir a la fiesta de la Luna Llena, un acontecimiento celebrado cada dos semanas en la playa de Haad Rin. Allí, protegido por el anonimato, la muchedumbre y la música a todo volumen, y sirviéndose del desamparo en el que

el alcohol dejaba a las mujeres, hasta un criminal sin experiencia podría secuestrar a una inocente y limpiar sus huellas.

Mientras consultaban los documentos y contrastaban opiniones, Ayane terminó acostumbrándose a la cercanía de Kingfisher. Acabó distraída, temiéndose adónde llevaría la pesadilla de las pobres isleñas; momento en el que se percató de que su compañero la había estado observando con fijeza. Fingió no darse cuenta, pero se enderezó enseguida y el curso de sus pensamientos viró a la extraña confesión del agente.

Ayane tendía a asumir que el desprecio de un misógino, por lo que había tomado a Kingfisher, era la manifestación de su deseo frustrado. No lo pensaba por convicción. Era, más bien, una creencia elegida que tenía como base la supervivencia del amor propio: asociar crueldades tan gratuitas a un odio justificado, a la posibilidad de merecérselo, la habría amargado, y ella se rebelaba contra el sufrimiento.

Pero, en el fondo, no había sospechado que Kingfisher pudiera anhelar su cuerpo de veras. Solo en situaciones de carácter sexual donde no era extraño que un hombre se excitara.

¿Se suponía que le había gustado desde siempre? No habían interactuado lo suficiente como para que perdiera los papeles a su alrededor. Ni tanto como para pagar su frustración con alguien inocente. Pero si se paraba a pensarlo, el tipo no la había desagradado desde el principio solamente por lo que se decía en la agencia sobre sus opiniones acerca de las mujeres. Le desagradó porque siempre que intercambiaron unas palabras se comportó como un auténtico patán.

¿Y si ese comportamiento prolongado en el tiempo solo había sido resultado de su timidez?, ¿de los nervios al tenerla cerca? No era como si le importara de cara a su futuro compañerismo, que, de corazón y por el bien ajeno, esperaba fomentar, pero admitía sentir curiosidad.

Esa había sido siempre su condena. Dejarse llevar por la curiosidad que le suscitaba el género humano. Su psiquiatra le había dicho en numerosas ocasiones que se debía a su retorcida fascinación por la psiquis de su padre. Había crecido con un hombre de carácter complejo y con prioridades contradictorias: cuidar de su familia y matar en nombre de la yakuza. Eso la había llevado a creer, tal vez erróneamente, que todo el mundo era más profundo de lo que parecía.

En cualquiera que fuese el caso, había decidido obviar la atracción de Kingfisher para evitar problemas.

Y eso hizo en cuanto volvió a concentrarse en su labor.

—Tenemos que confirmar que en el calendario de actividades programadas figura la fiesta de la Luna Llena —comentó Ayane cuando estuvieron de nuevo en el coche, casi cuatro horas después de llegar a la biblioteca—. Y enterarnos de si Jaylani y Amelia acudieron.

—No haría falta estudiar el calendario si el día que se las vio por última vez coincidiera con la noche o la madrugada de la fiesta —respondió Kingfisher. Le tocaba conducir esta vez—. Es

mejor si no interrogamos a ningún participante de Fuego y Sangre y nos servimos de la información de la web para hacer cábalas.

—Ahora que lo pienso —siguió meditando ella en voz alta—, no tendría sentido que hubieran desaparecido en Haad Rin. Las noches están reservadas para las veladas, que no acaban hasta las cuatro o las cinco, y dudo que las chicas se hubieran visto en condiciones de salir de farra después. A no ser que por alguna razón no hubieran asistido ese día a los juegos…

—Recuerda que el cuerpo del prometido de Amelia Cox se encontró en Koh Samui, la isla de aquí abajo. Si lo hubieran matado cerca de Haad Rin, ¿no lo habrían arrastrado las corrientes marinas en otra dirección? Al este o al oeste, pero no al sur.

Ayane le lanzó una mirada socarrona, tamborileando los dedos contra el borde de la ventanilla.

—No me digas que entiendes los caprichos del océano.

—He visto algunos documentales.

—Pues yo no tengo ni idea de cómo funcionan las mareas, pero me parece factible que después de semanas flotando hubiera acabado donde Cristo perdió las polainas.

La mención del prometido de Amelia venía a cuento, porque pusieron rumbo al puerto del que saldría el último ferry que los llevaría a Koh Samui.

El FBI les había proporcionado un mapa con la localización exacta de donde se halló el cuerpo del fallecido. El objetivo era peinar la zona en busca de pistas que se les hubieran podido pasar por alto a los policías tailandeses y preguntar dudas legítimas como la que no dejó de dar vueltas en su cabeza: ¿era posible que lo hubieran matado en Koh Phangan y las corrientes lo hubieran arrastrado hasta allí? De ser así, cabría la posibilidad de que el asesino lo hubiera pensado de esta manera para que fueran las autoridades de Koh Samui las que se encargaran del misterio; para jugar al despiste. Si esta sospecha se cumpliera, Ayane tendría que reconocerle su perspicacia, de la que en el fondo nunca había dudado. Estaba convencida de que el problema era mucho mayor de lo que parecía y de que no podían tratar los casos de Amelia y Jaylani como un par de trágicas casualidades.

Ya en el puerto, Ayane escuchó hablar en inglés a un marinero de la zona. Estaba descargando la pesca del día con esfuerzo mientras le explicaba a un turista interesado lo trabajoso de su empleo cuando el océano se volvía caprichoso.

Aunque Kingfisher no dejó de repetirle que perderían el ferry si se entretenían hablando con los lugareños, insistió en desembarazarse de él y acercarse al pescador para atender a su explicación. En un momento dado, preguntó con inocencia sus dudas acerca del Pacífico.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Kingfisher la vio regresar sobre sus pasos con las manos entrelazadas a la espalda y una sonrisa satisfecha.

—¿Y bien? —quiso saber él, hastiado—. ¿Ha merecido la pena frustrar mis planes de hoy?

—Bueno, tú me dirás. —Encogió un hombro mientras entraba de nuevo en el coche—. Según parece, este buen señor se echó al mar un día de ventisca y acabó en el sur de Koh Samui. No es muy descabellado asumir que al prometido de Amelia lo engulleron las aguas algo más al sur de nuestra isla y que por eso acabó en la vecina. Total; tampoco es como si hubiera llevado encima un billete de ferry cuando lo encontraron, ¿no?

—Eso es mucho suponer —se quejó Kingfisher—. Pero lo mataran donde lo mataran, ¿qué nos asegura que los tortolitos estaban juntos esa noche? ¿No te has planteado que Amelia pudiera haberse ido sola a la fiesta? Dudo que a alguien se le hubiera ocurrido tocarla si hubiese estado acompañada de su pareja, y no es por incurrir en tópicos, pero por más sadomasoquista que sea un millonario conservador de Missouri, sigue siendo un millonario conservador de Missouri. No dejaría ir a su novia con un pantaloncito corto y un biquini a una *rave* en Tailandia.

Ayane tuvo que aceptar a regañadientes que lo que sugería era cierto. Por desgracia, los hombres respetaban mucho más la integridad de las mujeres cuando un marido las escoltaba, y por lo que le habían contado sobre el tipo, no había sido mucho más progresista que su difunto abuelo, un viejo senador republicano que se dedicó a echar por tierra las leyes igualitarias.

—Que uno esté muerto y la otra desaparecida es lo bastante llamativo como para dar por hecho que salieron juntos, ¿no te parece? —replicó, aun así—. Mi teoría es que abdujeron a Amelia cuando el chico se descuidó, pero este vio que algo no marchaba bien, salió detrás de los malhechores y los susodichos se libraron de él por el camino, cuando ya llevaban un rato de ruta hacia el puerto. Porque es obvio que lo primero que hicieron en cuanto tuvieron a Amelia fue sacarla de la isla —añadió con gravedad—. Koh Phangan no es lo bastante grande para ocultarla sin que nadie se entere, y así era más fácil perderle el rastro.

—Buena teoría. ¿Qué piensas hacer ahora para nutrirla de argumentos de peso?

Ayane se puso el cinturón y clavó la mirada al frente.

—Cerciorarme de que ni Amelia ni su pareja asistieron a la velada sadomasoquista de aquella noche porque querían festejar la luna.

—¿Y se te ocurren maneras de averiguarlo?

—Por supuesto. —Se giró para guiñarle un ojo—. Solo tengo que hacerle las preguntas correctas al que estuvo aquí en aquel entonces… que da la casualidad de que lleva viniendo a Koh Phangan «unos pocos» años. Con toda probabilidad, los mismos escasos años que han estado ocurriendo las desapariciones.

Capítulo 14

Ayane solo tenía una misión esa noche: pronunciar la palabra de seguridad y que la llevaran a la Cabina Roja para husmear entre los despachos de los directivos.

En vista de cómo se había presentado la velada, parecía que tendría éxito. Califa había dejado su bungaló a merced de sedientas de información como ella para pulular por el recinto.

Black Russian también estaba presente: otra feliz casualidad. No lo vio más que de refilón en tanto que empezaban los juegos, pero el pulso se le agitó como a una estúpida *groupie*.

Dios le estaba mandando señales para confirmarle que su estrategia era la correcta. Cómo no pensarlo, si los astros parecieron haberse alineado cuando la voz del presentador se hizo oír a través de los altavoces:

—Como todos aquí sabemos o deberíamos saber, no hay nada más placentero que alargar el momento de la pasión. La angustia de no tener lo que deseamos en el momento no hace sino intensificar el deseo, y esto es necesario para que estalle con toda su fuerza en el orgasmo.

Un capricho del destino quiso que, en su rápido vistazo a la concurrencia, la mirada de Ayane cayera sobre la figura monumental de Black Russian. Recostado con su ropa negra en el bungaló donde disponían los juguetes, se camuflaba de tal manera que solo su cabello y sus ojos nítidos centelleaban en la noche como los de un gato refugiado en un callejón oscuro.

Se estremeció con las palabras del organizador en mente. Estaba de acuerdo con que no había nada más placentero que la demora de la gratificación. La angustia de no tener lo que se deseaba en el momento solo intensificaba el deseo.

Eso era lo único que le pasaba con Black Russian, se dijo. Bastaba con que le dijeran que no para que ansiara que le abrieran los brazos.

Era un capricho absurdo, no un verdadero anhelo.

Resuelta a confiar su vida y sus instintos a este nuevo planteamiento, retiró la mirada para concentrarse en los altavoces. Pero siguió sintiendo un cosquilleo en la piel, como si los ojos de Black Russian tuvieran rayos infrarrojos y Ayane un cuerpo sensible a la radiación.

—Por esta razón —prosiguió el presentador—, se ha decidido que aguantaréis una noche más sin encarnar vuestros roles. Y es que hoy, los amos serán sumisos… y los sumisos serán los amos.

La mirada de Ayane cayó indefectiblemente sobre Kingfisher, que había estado esperando el anuncio de pie a su lado. Los dos compartieron un silencio cargado de disimulado regocijo. Si el

agente elegía una práctica lo bastante violenta, Ayane no tendría que preocuparse de resultar creíble. Podría negarse a continuar pronunciando la palabra de seguridad.

El único problema era que fuese Kingfisher quien empuñara la fusta.

No se sentía cómoda compartiendo experiencias sexuales con un hombre que había admitido su debilidad por ella. Lamentablemente, no podía arriesgarse a buscar otro sumiso con madera de dominante para lo que se proponía.

En cuanto la música volvió a sonar a través de los altavoces, Kingfisher se dirigió con decisión al bungaló que contenía los juguetes y regresó con una cuerda y un látigo de nueve colas. Hacía tiempo que Ayane no veía uno, y ni hablar de los años que habían transcurrido desde la última vez que la azotaron con el mismo. Guardaba un recuerdo tórrido relacionado con él, aun así, y su cuerpo se trenzó de excitación de pensar en repetirlo.

El juego empezó después de que un par de ayudantes aparecieran empujando una cruz de San Andrés. Siguiendo las indicaciones de un Kingfisher comprometido con la causa, ajustaron fácilmente las cuatro argollas en la pared más cercana, en un punto lo bastante visible para que los espectadores fueran testigo de lo que sucedería.

Ayane se quedó tan maravillada con la eficiencia de los trabajadores, con el solo hecho de estar allí, que el agente tuvo que devolverla a la realidad rodeándola por la cintura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le susurró al oído.

Por la inflexión que utilizó, comprendió que no se refería a la misión.

Dudó antes de adoptar la posición con los brazos extendidos en ángulo con la cruz. Sospechaba que esa noche confirmaría sus pesquisas: no era la mejor idea someterse a las órdenes de Kingfisher. Pero una recóndita parte de ella sentía curiosidad. Incluso notó un cosquilleo en el estómago cuando él se acercó para ajustar las cuerdas a los tobillos y a las muñecas.

No se retiró enseguida. Después de atarle las manos, se quedó mirándola un instante a la altura de su rostro. La semioscuridad de una noche morbosa, solo alterada por los focos de neón, favorecería a cualquiera, pero la injusta verdad era que no necesitaba ayuda para presentarse como un hombre fundamentalmente atractivo. Sus ojos brillaban como piedras de ónice, y las luces ambarinas bronceaban aún más una piel que parecía de satén.

Kingfisher se separó lo justo para recorrer el borde de su cara con la punta de la fusta. Ayane cerró los ojos, esperando un azote en la mejilla que no llegó.

La caricia en forma de medialuna concluyó en su barbilla y siguió cuello abajo.

—Piensas que por ser guapa te mereces todo lo bueno que el mundo puede ofrecer, ¿verdad? —oyó que le preguntaba en voz baja. Ayane abrió los ojos para mirarlo y se topó con la expresión de la que debía de armarse para las sesiones—. Qué fácil ha tenido que ser tu vida sin que nadie te pusiera un alto nunca.

Abrió la boca para defenderse, pero recordó que no estaba ni en su rol de dominatriz, ni en la piel de la agente Nagai-Ryder. Se resignó ante lo evidente: Kingfisher pretendía desahogarse.

En muy mala hora, pensó.

Se suponía que habían resuelto sus diferencias.

—Creo que los dos sabemos muy bien lo que va a pasar —señaló Kingfisher, prodigando una caricia prometedora a la longitud de la fusta. En sus ojos brillaba la clase de interés perverso por el que Wray lo habría apartado de la misión; ese que podía alterar las prioridades de un hombre —. No será porque no te lo hayas buscado estos últimos días.

—Lo que tú digas, amo —respondió con un claro deje sarcástico.

El agente enarcó una ceja oscura, provocándole a ella un inesperado cosquilleo de anticipación.

Sí, se aprovecharía de tenerla a su merced…, pero ¿hasta qué punto?

La respuesta a la pregunta llegó en forma de latigazo, o así sintió el golpe de fusta justo debajo de las clavículas. No se cortó y gritó, sorprendida porque hubiera escogido una zona tan dolorosa.

—Ahora dilo sin ironías.

—Lo que… tú digas… amo —repitió despacio.

Él alzó la barbilla, más satisfecho con la contestación. Se paseó ante ella agarrando el instrumento por el mango y por la punta, meditando su siguiente decisión.

—¿Crees en la venganza? —le preguntó de repente.

—No… —Un azote en la curva de la cadera la obligó a callar. Su cuerpo se combó hacia el lado contrario por acto reflejo. Cerró los ojos con fuerza para resistir el impacto del golpe, que, como la mecha lenta de un cartucho de dinamita, se extendió por todo su sistema hasta hacerla explotar con un escalofrío ardoroso—. Quiero decir… Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí, amo.

—¿Cuántas veces dirías que me has humillado en lo que llevamos de experiencia? —Enarcó una ceja—. Quiero que las cuentes conmigo: en el baño del avión… —Esperó a que Ayane la señalara como la primera, pero se le olvidó y él la castigó lanzando un nuevo azote justo en el ombligo. Ella jadeó sin apenas aire—. ¿Y bien?

—Uno —musitó sin aliento.

—¿Qué más…? Ah, sí. En el bungaló. La primera noche.

—Dos.

—Exacto, dos. —Y se vengó con un latigazo a la altura del pubis. Ayane estuvo a punto de doblarse por la impresión. Los golpes eran secos, destinados exclusivamente al dolor—. Pero yo diría que ese segundo vale por tres. ¿O por cuatro? ¿Tú qué opinas?

—Yo…

No pudo prepararse para la lluvia de golpes que le cayó a continuación. Rodeándola como un artista a su obra, empuñó la fusta para dejarle una marca roja en el hombro, otra en la cadera y una tercera entre los pechos. Ayane trató de resistirlos apretando los labios y los ojos, pero el azote que aterrizó en la base del cuello le robó el oxígeno de los pulmones y hasta la mareó. Suerte que la cruz la mantenía sujeta o se habría derrumbado hacia delante. Notaba la sangre bombeando en los puntos heridos.

Con la mirada desenfocada, barrió las inmediaciones en busca de alguien que la ayudara; de alguien que se estuviese dando cuenta del abuso de poder. Tanto Califa como Black Russian habían desaparecido.

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando Kingfisher la agarró de la mandíbula.

—Mira al suelo o mira a tu amo —le ordenó con frialdad—. Fuera de eso no hay nada que ver.

—¡Me estás haciendo daño! —le espetó.

—¿Y en qué crees que consiste el juego, zorra? —Ladeó la cabeza, como si le enterneciera su inocencia—. No todo iba a ser diversión durante esta experiencia. Alguien tendrá que prodigarte el trato que te mereces, y apuesto por que ese no va a ser tu verdadero amo —añadió con una expresión significativa. Se le formó un nudo en la garganta al comprender a qué se refería, o, mejor dicho, a quién—. ¿Qué pensaría si te hubiera visto prácticamente llorar por la polla de otro?, ¿si supiera que te lo pasas de maravilla incluso buscándome la boca a mí… o lo que no es la boca? Eso le deja en muy mal lugar, ¿no te parece? Que vayas metiéndole la mano en los pantalones hasta a quien desprecias.

Kingfisher impidió que se defendiera colocando la fusta en posición horizontal contra su cuello. Ayane intentó alargarlo para no ahogarse, pero ese era el objetivo que él tenía al presionar su garganta atorada con la vara flexible. Trató de hacer entrar en razón a su compañero con una mirada cristalizada.

—¿Por qué haces esto? —logró articular al borde de las lágrimas.

La expresión sombría del agente mudó a una más accesible que rayaba en la sorpresa. Frunció levemente el ceño y aflojó la presión, pero no se retiró para poder hablarle sin tapujos en voz muy baja.

—¿Qué quieres decir? No te lo habrás tomado en serio, ¿no? Hemos quedado en que tenía que provocarte para que pronunciaras la palabra de seguridad.

Nadando en la incredulidad, Ayane echó mano de sus conocimientos sobre el lenguaje no verbal para estudiar el semblante ahora avergonzado de Kingfisher. Confirmó que, en efecto, había sido una puesta en escena.

Ella torció el gesto, a caballo entre el dolor y la indignación, y espetó:

—Eres un sádico de mierda. —Y añadió, para que la oyera todo el mundo—: ¡Sangre!

Antes de que el agente pudiese defender su causa, una auxiliar se personó para asegurarse de que la participante se negaba a continuar con la sesión. Tras obtener el seco asentimiento de Ayane, la susodicha procedió a desatarla con una delicadeza que podría haberla hecho llorar.

Ninguna de las dos miró al mudo Kingfisher en todo el proceso.

Ya lista, la auxiliar le ofreció el brazo para escoltarla hasta un lugar donde podría tranquilizarse.

Sola o en compañía, como fuera su preferencia.

—Kir Royale —la llamó el agente con clara turbación cuando ya se había dado la vuelta.

Ayane esperó a haberse alejado lo suficiente del recinto para que nadie captara su respuesta a la disculpa implícita. Aferrada a la joven ayudante, ladeó la cabeza para mostrarle a su compañero el perfil de una sonrisa cómplice y cruzó los dedos índice y corazón junto a la cadera.

«Ya está hecho», expresó con el gesto.

Ayane esperó a que el auxiliar regresara a donde se gestaba la acción para salir de la Cabina Roja, el aburrido rincón en el que aterrizaban los asustadizos. Miró a un lado y al otro, confiada en que no habría nadie por los alrededores en el momento álgido de los juegos, y se escabulló por el sendero de tierra.

Gracias al estudio de un mapa del recinto, reconoció el bungaló con el techo negro como el despacho de los organizadores.

Nada más introducir la horquilla en el cerrojo, notó que estaba abierta. Empujó la puerta despacio y se asomó para cerciorarse de que ni Califa ni Black Russian andaban por allí.

Aún no había moros en la costa.

Entró con paso sereno, forzando la expresión inocente, como si los mandamases la hubieran mandado allí y ella se hubiera limitado a obedecer. Se le escapó una sonrisa incrédula, pensando que aquel lugar no casaba en absoluto con lo que entendía por el carácter de Black Russian, que era austero y en todo caso clásico al actuar y al vestirse. Nada que ver con el estilo recargado de la decoración. Sillones de cuero escarlata, alfombras con tribales coloridos, exceso de cuadros de paisajes bucólicos… Parecía la versión campestre de un burdel decimonónico.

Con el corazón latiéndole en los oídos por la adrenalina, se dirigió al escritorio que dominaba la estancia. Pensó con disgusto que, si los idiotas dejaban abierto el despacho, debía de ser porque no guardaban documentos de importancia.

Frotándose los brazos con impaciencia, tomó asiento en el borde de la mesa para hojear los papeles esparcidos por encima. Así, si alguien entraba por casualidad, la encontraría en una

postura sugerente que a ella no le costaría justificar.

Le extrañó que Black Russian fuera tan caótico. Lo había imaginado pulcro y obsesivo con sus pertenencias. Una estilográfica se había rebelado esparciendo su tinta negra sobre la superficie de madera. Folios arrugados ocupaban la totalidad del escritorio, como si no soportara el color de la madera y hubiera tenido que cubrirla.

Dio la casualidad de que uno de ellos era un impreso del calendario de actividades matinales. Por supuesto, la fiesta de la Luna Llena no figuraba en el plan, pero le complació descubrir que el viernes que se celebraría había sido marcado con un símbolo.

Estaba acercándoselo a la cara para tratar de averiguar qué era cuando una voz exigente la sobresaltó.

—¿Qué haces?

Ayane buscó con la mirada a la mujer que la había cazado con las manos en la masa.

La esposa de Califa acababa de aparecer por una puerta en la que no había reparado hasta entonces, situada en un lateral de la estancia y camuflada gracias a un inmenso tapiz con motivos geométricos.

La joven se quedó bajo el umbral sujetando el pomo con los ojos oscuros fijos en ella.

—Joder, Paula. Qué susto me has dado —se quejó.

—Aquí soy Angel Face —corrigió en tono neutro.

Hasta la fecha, Ayane no había conocido a nadie que luchara tanto contra su propia irracionalidad y en el proceso lograra el efecto contrario: delatar hasta con el más nimio gesto que su mera presencia la incordiaba.

Como mínimo.

Ayane puso los ojos en blanco.

—Será que no hay Paulas en el mundo… Y, cariño —añadió en castellano con acento de Chile, país natal de la joven—, no seas modesta. Tú eres una carita de ángel aquí, allí y dondequiera que vayas. Y hablando de irse…, ¿por qué no te esfumas? —le sugirió, aireando la mano con una sonrisa encantadora—. He quedado con Black Russian, y no precisamente para jugar al parchís. No me gustaría que estuvieras pululando por los alrededores para cuando llegase, *tu me comprends?* —apostilló en francés con un deje burlón.

Irritar a Paula León había sido uno de los grandes placeres de su juventud que solo rivalizaba con el gustazo de observarla. Llevaba un precioso kimono de seda oscura anudado a la cintura, la clase de prenda que ensalzaba las figuras de reloj de arena tan tentadoras como la suya. Debía de tratarse de alguno de los regalos de incalculable valor que Califa habría encargado a los mejores sastres del mundo para tratar de hacerla feliz.

Labor imposible cuando se trataba de Angel Face.

Porque sí, tenía cara de ángel, pero también alma de diablo.

No perversa, sino amarga.

—¿Hay alguna razón por la que quieras tirarte a toda la cúpula de Fuego y Sangre?

Lo preguntó con la neutralidad de la que las mujeres se valían para sonar indiferentes cuando en el fondo ardían de rabia.

—¿Lo dices porque tengo a Black Russian en el punto de mira y Califa estuvo en mi vida hace no sé ya cuántos años? —Ayane enarcó una ceja que rezumaba ironía—. Espera, no, esa no es la pregunta que quería hacerte: ¿y tú tienes alguna razón por la que seguir guardándome rencor? ¿Es que tu marido se corrió diciendo mi nombre en la luna de miel? Por favor, Paulita, mi linda polola… —Volvió a bizquear, hastiada—. Ni siquiera erais pareja por aquel entonces, y no porque él no quisiera. La que debería estar mosqueada por haber sido el premio de consolación soy yo.

Paula compuso una mueca cargada de desdén. Era la manera que tenía de situarse por encima del osado que hubiera intentado ofenderla.

Pero también se le erizaron los hombros como a un gato empapado.

A Ayane no le gustaba enemistarse con las mujeres. Hacía todo lo posible por tenerlas de su lado. No ya para evitar encontronazos desagradables, la que era su prioridad, sino por un absurdo anhelo de compañerismo. Sin embargo, por unas razones o por otras, y casualmente estas estaban siempre relacionadas con el género masculino, no terminaba de hacer buenas migas con la mayoría. Sabía que la culpa la tenía el hecho de encajar en el canon de mujer abierta con intereses prototípicamente varoniles, lo que el resto de su género definía como un deseo desesperado por obtener la validación de los hombres. También que no creyera en la propiedad de las personas y se acostara con quien, cuando y como se le antojara. Pero se negaba a cambiar su forma de vida o de ser porque algunas parejas de sus antiguos amantes no pudieran soportar que hubieran existido otras antes que ellas.

Aun y con todo, debía provocarla para que pasara por alto su presencia allí. Así, cuando se reuniera con Califa, el orgullo le impediría mencionar el encuentro.

—No me fío de ti —reconoció al cabo de unos tensos segundos de silencio—. Nunca lo he hecho.

—Pues haces mal, Paula —le rebatió con una sonrisita coqueta—, porque la que me interesa de ese matrimonio eres tú, no él. Según lo veo yo, el que debería montar espectáculos de celos es tu marido.

En el club French 75 llegó a correr el jugoso rumor de que Angel Face era lesbiana. A Ayane le costó creerlo entonces y le costaba ahora. Quizá en el seno de ciertas familias o en determinados ámbitos de la vida pública fuera peligroso salir del armario, pero en el mundillo en el que Paula se movía no existían motivos distintos de un recelo propio para ocultar la

orientación sexual.

Además de que había visto con sus propios ojos el rabioso odio de Paula al verla en brazos de Califa; el dolor egoísta de que no fuera suyo por entero y la desesperación ante la posibilidad de perderlo.

Pero en momentos como aquel, en los que la atmósfera se llenaba de un magnetismo hipnotizador y las dos se observaban con rivalidad, Ayane dudaba.

No era la primera vez que se había quedado a solas con Paula y había notado una ligera atracción.

—Procura mantenerte lejos de él.

—¿De quién? ¿De tu marido o de Black Russian? —preguntó con fingida inocencia.

—Por la cuenta que te trae… de ambos. De mi hombre porque te haré pasar por un infierno si no lo haces —resolvió con sencillez—, y del otro porque él mismo es el infierno.

Su vehemencia al hablar la intrigó.

—Oh, ¿ahora estás preocupada por mí?

—Hay hombres que no se los deseo a nadie, Kir Royale. Ni siquiera a ti.

Desapareció tras la misma puerta por la que había entrado.

¿A dónde conduciría? ¿Al dormitorio de Califa? ¿A su despacho, si es que había dos diferenciados? A primera vista le había parecido que en aquella zona solo había un bungaló, el que los dos organizadores utilizaban para atender cuestiones relativas a las políticas del evento.

Una puerta volvió a abrirse. Ayane se preparó para seguir discutiendo con Angel Face —no era infrecuente que acabara volviendo por más—, pero esta vez el visitante apareció por el acceso principal vestido como un príncipe moderno con debilidad por el negro.

Exceptuando el viaje en avión, no recordaba haberlo visto con algo distinto de su camisa y sus pantalones oscuros, y tampoco echaba de menos otro color en él.

Si de veras era el infierno encarnado, le iba que ni pintado.

Capítulo 15

Se enderezó nada más recibir su mirada inquisitiva, igual que una niña que esperaba una reprimenda.

—Esta no es la Cabina Roja —acotó Black Russian con aspereza.

Pero porque era áspero, no porque esa fuera su intención.

Nada parecía lo bastante importante para cabrearlo.

—¿Cómo que no? Pues es aquí a donde me han traído —contestó ella, acariciando con los dedos el borde de la mesa sobre la que seguía cruzada de piernas—. Así que, como puedes ver…, me he puesto cómoda.

Sospechaba que la pequeña mentira le acarrearía un castigo al auxiliar de turno, pero ni siquiera pudo pensar en la pobre criatura cuando Black Russian cerró la puerta a su espalda y echó el pestillo, un acto cargado de significado que le puso el vello de punta.

Se acercó tanto a ella que la sensación de vértigo inicial se acentuó. No pudo sino contener la respiración cuando se inclinó peligrosamente cerca de sus labios.

¿Iba a besarla?, se alarmó.

No, por supuesto que no. Solo se dobló para abrir un cajón y sacar algo misterioso.

—No sabía que eras tú quien se encargaba de entretener a los que se rajan de las veladas… —su voz se fue apagando al oír el leve golpe en la mesa. Black Russian acababa de colocar junto a su cadera un bote de… ¿crema de aloe vera? La extrañeza le hizo preguntar una obviedad—. ¿Qué es esto?

Él ya se había dado la vuelta para dirigirse al aparador de las bebidas. Y aunque habló con su displicencia habitual, Ayane reaccionó con entusiasmo porque hubiera reparado en un estúpido detalle:

—Te has quemado los hombros.

—He echado un buen rato en la playa de Haad Rin y se me ha olvidado ponerme protección. Y a propósito de eso —añadió con el dedo en alto, en tono desenfadado—, allí me he enterado de que se celebra una fiesta legendaria por estos lares, la de la Luna Llena. Había un grupo de relaciones públicas promocionándola e invitando a los bañistas a quedarse en sus hoteles para vivir la experiencia. ¿Por qué no nos habéis hablado de ella? —Se cruzó de brazos, enfurruñada —. Parece un plan divertido para los invitados de Fuego y Sangre.

—Puedes ir. Cada asistente tiene la libertad de faltar a las veladas cuando le plazca.

—¿Pero no es habitual? Porque no quiero ir sola, y mi sumiso no es lo que se dice… fiestero

—añadió por lo bajini.

No tuvo ni que fingir la irritación.

—¿Y qué es, aparte de violento?

Su réplica desinteresada la pilló con la guardia baja. ¿Habría presenciado los azotes desde un punto estratégico desde el que nadie había podido verlo?

¿Con qué fin lo había preguntado?

—¿Te molesta que le hayan hecho daño a tu muñeca preferida? —lo provocó.

Black Russian la miró por encima del hombro con una socarronería al más puro estilo ruso, más imaginaria que realista y por eso mismo excitante. Mientras, se fue desabotonando la camisa.

La sonrisa juguetona de Ayane se tambaleó.

No era descabellado que se pusiera cómodo. Acababa de llegar al bungaló donde trabajaba. Pero la escena le resultó tan cotidiana, como un marido que regresaba del trabajo y se sacaba los zapatos entre suspiros, que por un instante la dominó la confusión.

«Es por la estúpida fantasía de anoche», le restó importancia. «Se te pasará».

—Me temo que estoy mayor para jugar con muñecas —respondió con voz neutra—, si es que has venido para eso.

—He venido porque me han prodigado el trato salvaje que las niñas suelen dar a sus barbies —le recordó—. Pero, oye, volviendo a la fiesta de la Luna Llena… ¿Irías conmigo? —propuso para comprobar su reacción—. Que yo sepa, no has echado mucho rato en la velada de esta noche, imagino que porque no tienes que estar vigilando todo el día. No te echarán de menos.

—¿Y tú sí? —contraatacó con una mirada displicente.

—Yo sí ¿qué?

—¿Tú sí me echarás de menos?

—Bueno… Se ha notado tu ausencia. —Cruzó las piernas y apoyó las manos a cada lado de las caderas—. ¿Y? ¿Vendrías conmigo a la fiesta? Aunque no seas de los que bailan, seguro que eres de los que saltan. O de los que simplemente beben… —Al ver que no contestaba, añadió—: ¿De los que se limitan a hacer compañía?

Ayane se percató del brillo burlón de sus ojos al retirarse del aparador. Había sacado de una de las baldas un licor de una bonita tonalidad ámbar y un par de vasos de cristal.

Black Russian sirvió una dosis observando la caída del líquido con la cabeza ladeada. Ella siguió la parsimonia de sus movimientos seguros hasta que él le tendió la copa en un gesto elegante.

—Puedo llevarte a un sitio mucho mejor —respondió al fin con una mirada penetrante.

Los labios de Ayane insinuaron una sonrisa recelosa.

—No me digas. —Cogió el vaso y le dio un sorbo rápido. Esperó que el líquido le hubiera

templado la garganta para inquirir—: ¿A cuál?

—Si aceptas, es con la condición de que sea una sorpresa.

—No sé si me gustan las sorpresas.

—Yo las detesto, pero a veces aparece una mujer en tu despacho y tienes que llevarlo como buenamente puedas.

Ayane se debatió entre reírle la gracia y dejar correr el silencio.

Por una cuestión de orgullo, se decantó por lo segundo.

Nunca le había gustado perder el tiempo con miraditas prometedoras o juegos de niños. Si no iba a poder mantener una conversación con contenido y forma con él, mejor pasar a la acción. Pero los silencios de Black Russian habían empezado a atraerla. Todo lo que le rodeaba, todo lo que no era explícito, decía mucho más de él que ninguna declaración de intenciones.

—¿Puedes prometerme que me divertiré si voy contigo?

Él curvó los labios con una sonrisa sugerente.

—Puedo prometerte que encontrarás lo que vienes buscando.

—¿Qué se supone que vengo buscando?

—Sexo. —Contempló el contenido de su copa al menearla en círculos—. Exclusividad. Marcar la diferencia.

Ayane ladeó la cabeza con aire risueño.

—Me has pillado. ¿Y cuándo será eso?

—La fecha también es una sorpresa.

Aunque estaba más que dispuesta a ir con él a donde le propusiera, sobre todo si se trataba de un lugar que frecuentaba la cúpula, fingió que se lo pensaba paseando la mirada por la estancia. Se mordió el labio, hiperconsciente de que él trataba de adivinar sus pensamientos, y al fin lo enfrentó.

—Siempre y cuando me sigas sorprendiendo con una conversación funcional, como ahora mismo —le impuso con humor—. Me está dejando de una pieza que sepas hablar.

—A mí también me extraña tomarme la molestia.

—¿Eso es lo que tienes que hacer con los participantes que pronuncian la palabra de seguridad? Aparte de servirles una copa, ¿arrancas con cháchara que les distraiga?

—También les echo una manta por los hombros y les digo que todo saldrá bien.

Ayane soltó una carcajada pueril. No solo no se lo imaginaba en el papel de protector, sino que podía percibir bajo la primera capa de escarcha que, aunque no pretendiera bromear, sí que estaba tomándole el pelo.

Le dieron ganas de preguntarle si su carácter la descolocaba por la diferencia cultural.

—Una manta solo me iba a perjudicar considerando el estado de mi piel. Podrías ayudarme con eso, ¿no? Ya sabes… —Le sonrió con malicia y señaló la crema de aloe con la barbilla.

Movió los hombros con intención juguetona—. Echarme un poquito.

Él bebió de su copa observándola con los ojos entornados.

—¿Esa es la mejor coquetería que puedes ofrecerme?

—¿Después de haberlas pasado canutas en la velada? Sí. Comprenderás que no esté particularmente inspirada.

—No pareces la clase de mujer que pronuncia la palabra de seguridad a la ligera.

—¿Qué te dice a ti que la he pronunciado a la ligera?

—¿No lo has hecho? —contraatacó él.

La había pronunciado con un objetivo en mente, sí, pero no podía decir que las acusaciones de Kingfisher no la hubieran incomodado. Aunque el agente no tuviera el poder de afectarla, sí era lo bastante perspicaz para conocer sus fibras sensibles.

Descartó aquellos pensamientos, molesta porque insinuaran su vulnerabilidad.

Se dijo que con rodeos no llegaría muy lejos. Si quería que Black Russian la tomara en serio, se encaprichara con ella o solo bajara la guardia, tendría que sacar la artillería pesada: acorralarlo con unas exigencias que él, guiado por el ego masculino o por el deseo que a ratos se avistaba en su mirada cifrada, se viera impelido a satisfacer.

—Sí, lo he hecho —reconoció pasado un rato—. Anoche me abandonaste antes de que acabara contigo, y quería… Supongo que solo quería verte. Ya te habrás dado cuenta de que me gustas un poco. —Aunque dio por sentado de antemano que él no le devolvería el flirteo, se sorprendió molestándose con su silencio. No pudo resistirse a apostillar—: Ahora es cuando dices: «Tú también a mí, Kir Royale».

—Túmbate boca abajo —replicó en su lugar.

Lanzó un suspiro hastiado con su actitud, pero obedeció bajando de la mesa de un salto. Sospechando que pretendía cumplir la petición anterior de mimarle los hombros, se llevó las manos a la espalda y desabrochó el sujetador, lo único que cubría su torso. Lo arrojó a un lado sin contemplaciones y esperó con el alma en vilo una reacción de su parte.

Black Russian la miró de arriba abajo con premeditada lentitud. Era como si supiera lo que Ayane quería de él y se lo diera en pequeñas dosis con la intención de hacerla adicta a sus atenciones.

Se tendió sobre la alfombra y apoyó la mejilla sobre los dorsos de las manos. Aguardó con la respiración suspendida a que él se situara a horcajadas sobre su espalda.

Sin llegar a tocarla, por supuesto.

Incluso al hacer algo tan inherentemente erótico como un masaje, procuraba mantener la distancia.

En cuanto sintió la primera caricia en el trapecio, Ayane exhaló aliviada. Le agradó el contraste entre el frío de la crema y el ardor de la piel quemada, pero mucho más la destreza de

los dedos al rodear las escápulas y presionar los puntos donde se había concentrado la tensión.

Por más que procuró relajarse, la certeza de que era Black Russian quien la estaba atendiendo se lo impidió. Sabía que tenía que estar en guardia en su presencia. Todavía desconocía si era un criminal consumado. Pero en determinados momentos, tener la certeza de que era magnífico con las manos era suficiente para fantasear con él.

—Se te da bien hacer masajes, jugar al ajedrez y dejar a una mujer con la palabra en la boca —enumeró para romper el silencio—. ¿Tienes alguna otra habilidad oculta que creas que debo conocer?

—Soy muy bueno contando historias.

Le sorprendió que le siguiera la conversación.

—¿En serio? Para un tío que solo abre la boca para soltar el humo de su cigarrillo, no está nada mal —se mofó—. ¿Alguna historia que pueda interesarme conocer?

—Me sé una sobre una mujer bonita pero imprudente que, un buen día, decidió meterse en la boca del lobo. Y resulta que al lobo le gustan especialmente las mujeres bonitas.

—¿A quién no le gustan las mujeres bonitas? Yo no soy la excepción.

—No todos las quieren para lo mismo.

El corazón le dio un vuelco de pensar que estuviese proporcionándole pistas. Para incitarlo a seguir abriéndose, arqueó la espalda lo justo para rozar su bragueta con la curva de las nalgas.

—A lo mejor a las mujeres bonitas también les gustan los lobos, y entonces ¿qué?

—Ese podría ser un interesante giro argumental —meditó, deslizando los pulgares entre los omoplatos—. La mujer bonita *es* un lobo.

—Sería una historia con final feliz, ¿no? La protagonista acaba entre los suyos.

—¿Los suyos? No. Hay lobos que crecen en la ciudad y lobos que nacen en el bosque. Son manadas opuestas. Además… Los lobos se devoran entre ellos.

Aprovechando que no estaba sentado sobre ella y había pausado el masaje para responderle con una advertencia velada, Ayane se dio la vuelta.

Ya boca arriba con el pecho descubierto, clavó en él una mirada determinada.

—A mí no me importa ser devorada —confesó en tono sugerente.

Black Russian se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. No desperdició la oportunidad de admirarla con una contención que ella encontraba escandalosamente atractiva. La mirada azul trepó desde los pezones erectos hasta los ojos rasgados, pasando por las clavículas, el cuello y la boca, entreabierta adrede para que echara un vistazo a lo que se perdía.

Había algo en los hombres reprimidos o poco sexuales por naturaleza que la atraía como la miel a las moscas. Y eso era él, comprendió Ayane. No se entregaba al sexo ni siquiera en un encuentro de BDSM, exteriorizaba su interés menos de lo justo y, desde luego, no lo trataba como

si fuera necesario.

Y lo que era más, no miraba a las mujeres como un perro hambriento. Si de observar se trataba, Black Russian había demostrado preferir que sus ojos apuntaran a cualquier otra parte.

¿Y qué era ese «algo» tan excitante que tenía? Algunos lo llamarían «exclusividad». Otros dirían que simplemente el tipo tenía criterio; que no le gustaba el género femenino, sino un par de féminas en particular… y ni eso.

Black Russian seguía sentado a horcajadas sobre ella, dedicándole una mirada intensa que era como una caricia prohibida. Bloqueaba las posibles salidas laterales con las rodillas clavadas a cada lado de su cuerpo. En el silencio que parecían haber acordado de forma tácita solo se oía la canción que llegaba desde el recinto de los juegos.

The way you make me feel all sexy but it's causing me shame
I wanna lean on your shoulder
I wish I was allowed but I don't wanna cause any pain
And if I'm feeling like I'm evil, we got nothing to gain
(...)
I don't wanna say your love is a waiting game[15]

Seguía sin tocarla, pero aun así ejercía su dominancia sobre ella.

—Llévatela. —Black Russian señaló la crema con un gesto de barbilla.

Ayane, decidida a retenerlo a toda costa, se apresuró a replicar.

—Tienes la piel muy pálida. ¿Qué vas a hacer si el próximo en quemarse eres tú?

—No lo haré.

—¿Porque siempre vas bien tapadito? —adivinó en tono burlón.

—Tomo mis precauciones.

—¿Cuáles?

Black Russian colocó las dos manos junto a su rostro, pisándole la melena negra, y se cernió sobre ella como una sombra peligrosa. El corazón se le aceleró al sentir el roce de la punta de la nariz masculina en la suya. Al ladear la cabeza para dirigirse a su oído, los labios entreabiertos del ruso le recorrieron la mejilla.

—Yo no me acerco demasiado al sol, Ícaro —le confesó en tono íntimo.

Aunque era una advertencia a todas luces, Ayane lo interpretó como un reto. Sosteniéndole la mirada, desafiante, le echó los brazos al cuello y deslizó las manos por su nuca sedosa.

—Así te has quedado —contraatacó ella en voz baja. Con el pulso latiendo a la velocidad de la luz, acarició su cuello, presionando delicadamente la nuez de Adán con la yema del pulgar—.

Muerto de frío.

Él la contemplaba sumido en un silencio amenazante.

—No te he dado permiso para tocarme —le dijo sin necesidad de alzar el tono.

—¿Y?

—Que me quites las manos de encima.

Ella exhaló el aire en una risita socarrona, y, en un visto y no visto que ni él ni nadie que no conociera unas cuantas artes marciales lograría explicar, intercambió los roles: ahora Ayane estaba encima de él, semidesnuda y a horcajadas, acorralándolo entre sus brazos acodados sobre la alfombra.

—No puedes hablarme así, Black Russian. Ni darme órdenes —le recordó, cantarina—. Soy tan ama como tú.

Él afianzó su mirada gélida sobre ella, y fue como si hubiera dado el último giro a una tuerca para clavarla en el sitio. Para vengarse de su osadía, la rodeó por la cintura con unas manos grandes de bestia. Ayane se olvidó de respirar al notar su agarre firme por primera vez; nada de caricias evocadoras o toques desconcertantes como hasta ese momento. La sujetaba como si la quisiera incorporar a su propio cuerpo.

Y enseguida comprendió por qué.

—Eres una ama —recuperó la postura inicial placándola contra el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Ayane se quedó perpleja, más porque no le hubiera hecho daño que porque hubiese logrado revertir la posición—, pero yo soy *el* amo. ¿O se te ha olvidado dónde estás? Todo esto es prácticamente mío.

—No sabré si eres tan bueno como dices hasta que no lo demuestres… —Ayane se mordió el labio y culebreó bajo su cuerpo para intentar averiguar si estaba excitado. Arqueó las caderas hasta rozarse con la bragueta de su pantalón y entonces hizo contacto visual—, y de poco te sirve tener tanto poder por aquí si no lo aprovechas divirtiéndote.

—A lo mejor no me divierto con las mujeres que se me ponen a tiro.

—¿Ah, no? —Ayane lo provocó volviendo a girar entre sus brazos para sentarse a horcajadas sobre él, esta vez con toda la intención de rozar sus sexos lenta y perniciosamente. Rotó las caderas despacio, tan consciente del bulto de su entrepierna que se le escapó un suspiro ronco, y se echó la melena sobre un hombro con un movimiento de cabeza—. ¿Estás seguro de eso? Porque parece que no eres tan inmune.

Black Russian entrecerró los ojos con un aire tan amenazador como cargado de intriga.

Aunque empezaba a perderse en la deliciosa fricción de sus cuerpos, en que tan solo la fina tela de las bragas de vinilo y el pantalón la separaba de la victoria de doblegarlo, su mente atinó a formular una duda: ¿por qué parecía que él la retara constantemente? ¿Le gustaba poner a prueba la paciencia y el ego de sus mujeres para decidir si tenían madera para acostarse con su alter ego,

Black Russian? ¿O solo se estaba burlando de ella?

Él disolvió cualquier preocupación renunciando a imponerse y rodeando de nuevo su cintura desnuda con las manos. La desestabilizó prodigando una caricia apretada contra sus costados a la curva de su cadera, a los muslos tensos por la postura. Realizó un recorrido sensual que poca relación guardaba con la violencia con la que Ayane se movía sobre su erección.

La última vez que frotarse con la ropa puesta la excitó fue en el instituto, cuando se escabulló a la sombra de las gradas con un chico igual de inexperto que ella. Quince años después se sentía exactamente igual: victoriosa por haber conquistado el terreno sexual de un hombre que no se entregaba con facilidad, más nerviosa por hacerlo bien y complacerlo a él que a sí misma, y ruborizada por el morbo y la angustia, porque era consciente de que aquello estaba mal.

No irse a la cama con un hombre que no era su marido, sino desear fervientemente que sucediera.

Ayane apoyó las manos sobre el pecho de Black Russian para encontrar el equilibrio. Él, una vez llegó a la curva de la rodilla, rehízo el camino de sus caricias y la aferró por las nalgas para atraerla hacia sí. Ella jadeó y permitió que la manipulara para encontrar el encaje perfecto, esa postura que le serviría para fantasear con que estaban desnudos, él empujándose dentro su cuerpo. Volcó las caderas hacia delante y se arrastró hacia delante y hacia atrás con lentitud, procurando cubrir con su sexo abierto el miembro que presionaba contra sus bragas húmedas.

Se mordió el labio con fuerza y lo desafió con la mirada a pedirle que parara.

Él esbozó una sonrisa empañada por una extraña confusión.

—A ti no te han dicho que no en la vida, ¿verdad?

—Sí. Muchas —jadeó ella, moviéndose aún más desesperadamente. Crispó los puños sobre el cuello de su camisa negra, y amenazó con tirar hacia abajo para arrancársela—, pero no voy a permitir que tú seas uno de ellos.

Tuvo que gustarle su respuesta, porque su mano inclemente trepó cintura arriba y se enganchó en su melena para acercarla a él. Obediente como nunca, Ayane se inclinó en su dirección y, sin pensarlo, le ofreció sus labios entreabiertos con los ojos cerrados.

Debería haber imaginado que Black Russian no se lo pondría fácil y que se toparía con su ceja enarcada al abrirlos de nuevo. No habría temido increparlo por darle falsas esperanzas si la decepción de no haber recibido un beso no la hubiera dejado aturdida, intentando comprender por qué la había afectado hasta ese punto.

—Así que besas con los ojos cerrados —comentó él con la voz ronca, todavía presionando su cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Simulaba así un dulce masaje que de alguna manera se le antojó amenazador.

No podía descartar del todo que no quisiera aplastarla o hacerle daño, y esa posibilidad la excitó.

—Eso no podrás saberlo hasta que me beses.

—Me refiero a que besas con el gesto de cerrar los ojos. Por ahí te traicionan las ganas, *malyshka*.

—¿Cómo me has llamado?

Habría peleado más por la respuesta si no hubiera sentido la primera contracción. Presionó los párpados conforme llegaron los espasmos musculares que precedían al orgasmo. Se llevó una mano al vientre, que no había dejado de arder desde que él empezó a rondarla en el despacho, y aumentó el ritmo de sus caderas en busca de una liberación que sí, anhelaba desesperadamente, y que sí, era tan obvia que Black Russian se había dado cuenta.

Él la atrajo hacia sí de nuevo, pero para enterrar la cara en su cuello. Ayane alzó la cabeza para que hallara un hueco amplio donde abandonar sus besos, y soltó un gemido entrecortado cuando sus labios la tocaron en un punto sensible debajo de la oreja. Se le escapó una risita estrangulada al sentir el cuchillo de los dientes en la piel, una risita que se torció al sollozo cuando la mordió justo donde quería. Tuvo que respirar por la boca para cerciorarse de que sus pulmones funcionaban, pero el humillante deseo de rogarle más la acabó obligando a volver a juntar los labios.

Ni muerta le diría lo que su cuerpo ya confesaba, que lo deseaba más allá de la razón y aquello que hacían no le estaba bastando.

—Ya decía yo que pronunciar la palabra de seguridad era un paripé —oyó que decía alguien.

Y no era Black Russian, como comprobó al incorporarse lo justo y ver que la voz provenía de la puerta secreta.

Califa enarcó una ceja en dirección a la pareja, todavía sin soltar el pomo. Era difícil averiguar si quería una explicación o solo que se detuvieran antes de adentrarse en el despacho. Ayane habría estado encantada de ignorarlo sin contemplaciones. Estaba tan cerca de correrse sobre *él*, de hacer que *él* gimiera su nombre, que solo un viento huracanado podría haberla detenido. Y fue un viento huracanado lo que la arrancó de los brazos de Black Russian: su propia fuerza.

Sujetándola aún por los vellos más sólidos de la nuca, la apartó de su cuerpo y poco más que la arrojó a un lado.

Ayane no atinó a pronunciar palabra. Nadando en el desconcierto y sintiendo el sexo y el cuero cabelludo ardiendo, buscó la mirada del ruso, que no tardó en ponerse de pie y retirarse los mechones húmedos de la cara. Su expresión serena no reflejaba lo que acababa de suceder. Solo le delataban el sudor que le perlaba la frente, el cuello enrojecido y el bulto de la entrepierna, que en ningún momento y en ningún mundo habrían podido avergonzarle.

—Por mí no te detengas, hombre —se mofó Califa, cruzado de brazos—. Todos tenemos derecho a divertirnos.

Black Russian se sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y se colocó un cigarrillo entre los labios con toda naturalidad. Sin darse por aludido con el comentario del organizador, se llevó la mano a la bragueta y se aseguró de que la erección encontraba una postura cómoda.

Ayane observó el movimiento con una mezcla de indignación y deseo arrebatado.

De pensar en lo que podría haber sucedido, de que podría haberlo montado sin ropa que la frenara, se llenaba de una rabia despechada tan intensa que no encontró la voz para quejarse.

Black Russian se dirigió a la puerta sacando el zippo plateado del bolsillo trasero y se despidió sin florituras.

—Yo prefiero no tener público.

Capítulo 16

«Yo prefiero no tener público».

La respuesta llevaba rondando su mente desde que Black Russian abortara el acercamiento. No estaba tan furiosa por su desprecio como aferrada a una estúpida esperanza: si Califa no hubiera interrumpido, quizá no se hubiera detenido. Incluso podría haberlo interpretado como una justificación, de esas de las que se notaba que no era adepto, pero que sabía que habría aplacado a Ayane: algo así como un «te abandono porque no soporto que me miren, no porque no te soporte a ti».

Terminó de vestirse ante el espejo para la velada nocturna, irritada porque sus pensamientos tendieran a confluir en el mismo tema. El mismo hombre. Se sorprendía acariciándose los hombros que él había rozado, el mordisco con el que había dejado su huella.

Horrorizada por el rumbo que tomaban sus prioridades, arremetía consigo misma y trataba de manipularse para pensar en algo distinto.

Pero no lo conseguía.

Por fin preparada con un conjunto de látex y unas botas de caña alta con tacón, lo único que se preguntaba era si Black Russian acudiría a la sesión de esa noche.

Ya no lo perseguía para averiguar si estaba metido en el ajo, o de lo contrario le habría molestado mucho más no haber tenido tiempo para registrar los cajones. Había reparado con horror en que con él se sentía una adolescente otra vez, cuando el cinismo no había arruinado su visión del romance tal y como lo concebían las soñadoras. Estaban regresando a ella esas absurdas creencias, en teoría superadas, de que la sola magia del enamoramiento podía convertir a un hombre de espíritu amargo en una máquina de palabras dulces.

Porque sí, había interpretado cada caricia suya como una rendición.

Cuando estuvo entre sus brazos en esas dos ocasiones, no le importó haber retrocedido diez pasos, diez años. No le importó quedar como una auténtica demente. El placer de equivocarse y tener pájaros en la cabeza la había hecho sentir especial.

Revisando las conversaciones que habían mantenido, se percató de que a su alrededor actuaba con una torpeza impropia de ella. También le salía un lado femenino y vulnerable que llevaba toda la adultez deleznando, del que incluso había llegado a burlarse para que no se atrevieran a pisarla. Se sentía amenazada por lo que representaba y por lo que podría encarnar de llegar a cumplirse sus sospechas, pero también a salvo del tedio que había dominado la inmensa mayoría

de sus relaciones y que representaba su miedo más acérrimo.

Y es que una vez se permitía ser ingenua, empezaban los problemas.

Ya habían empezado.

Se sentía una neurótica al buscarle el subtexto a cada una de sus palabras, un poco alocada de tanto actuar con temeridad, pero que Dios la perdonara, porque había disfrutado cada segundo de ese bello caos y esperaba con ansias el momento de volver a verlo para que le pusiera el vello de punta con sus miradas cifradas, para arrojarse de nuevo de cabeza a esa vorágine emocional tan terriblemente adictiva.

Pero todo esto que dominaba ahora su pensamiento, ¿en qué lugar dejaba a Jace? Ayane apostaría su vida por que el amor hacia su marido no había cambiado un ápice. De hecho, lo echaba tanto de menos que daría cualquier cosa por abrazarlo y ponerlo al día de las novedades del caso.

Había pasado la mayor parte de su vida inmersa en relaciones abiertas, obsesionada con dos, tres, cuatro hombres a la vez, y elaborando distintos horarios para darle a cada uno el tiempo que se merecía. Esto le había enseñado a no preocuparse ni de celos absurdos ni del concepto de infidelidad asociado a la monogamia, y, sobre todo a no temer el futuro de su vínculo con su compañero cuando un nuevo amante la deslumbraba.

Ella era capaz de interesarse por más de una persona a la vez. No así Jace, que si bien le había dado carta blanca para envolverse con quien fuera necesario e incluso con quien le apeteciera, no dejaba de ser un hombre tradicional. No le importaría que Ayane se acostara con diez hombres siempre y cuando esos hombres no le hubieran sorbido el seso.

Descubrir que Black Russian tenía un lugar preferente, por otro lado, no le gustaría un pelo.

Ni siquiera le gustaba a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kingfisher, que acababa de salir de la ducha. Se estaba secando el denso cabello negro con una toalla—. Has pasado toda la mañana distraída y ahora no pareces más concentrada. Por poco soy yo el que se hace cargo de los últimos interrogatorios.

—No me digas que ahora te preocupas por mí —se burló amistosamente—. Al final va a ser verdad que unas disculpas hacen milagros.

Kingfisher dejó caer el brazo con el que se estaba frotando y arrojó la toalla al interior de su dormitorio. Se quedó de pie bajo el umbral con tan solo el bóxer.

—Supongo que me inquieta que la razón de tu cambio de actitud sea la charada de anoche. Ya te he dicho que no era mi intención herir tus sentimientos. Solo se me ocurrió que quedaría más realista que pronunciaras la palabra de seguridad si yo había violado un límite.

«Y tanto que lo violaste», estuvo a punto de replicar. Pero se negaba a darle a nadie la satisfacción de saber que determinadas acusaciones le dolían.

Especialmente después del encuentro con Black Russian en su despacho.

Había confirmado que Kingfisher no había ido muy desencaminado.

«¿Qué pensaría si te hubiera visto prácticamente llorar por la polla de otro?».

Controló un estremecimiento culpable ante el recuerdo.

La sesión la había desestabilizado, esa era la verdad. Ya no se fiaba de sí misma.

—En serio, Ayane —insistió él—. Si hay algún tipo de problema, tengo que saberlo. Sobre todo si va a afectar a la operación.

Era cierto que había pasado toda la mañana agobiada. Black Russian había acaparado sus sueños la noche anterior, llenándolos de escenas morbosas que la despertaron más de una vez con la respiración agitada.

El plan había sido acompañar a los participantes de Fuego y Sangre a una de las excursiones programadas, entablar una conversación amistosa con los veteranos y empezar a preguntar con naturalidad por la fiesta de la Luna Llena. Así habían descubierto que era tradición que algunos asistentes se desmarcaran de los juegos nocturnos para acudir al evento musical. Una de las asistentes habituales había contado una anécdota divertida sobre el festival de hacía dos años, y, para situar el contexto, había mencionado a quienes la acompañaron.

Jaylani entre ellas.

—La chica no dejó de quejarse y de contar intimidades asquerosas sobre el tipo con el que había venido a Fuego y Sangre —había especificado la testigo, torciendo el gesto—. No lo soportaba, así que no nos sorprendió que no volviera al día siguiente. Más que nada porque se fue con un tailandés que estaba buenísimo y que no paraba de tirarle los tejos. La verdad es que me daba pena. La pobre Kanji… Apenas tenía diecinueve o veinte años, creo, y su amo rondaba los cincuenta. Hacía buena pareja con el lugareño ese. Por lo menos entraba en su rango de edad.

Ahora sabían que era probable que el mismo tailandés se utilizara a sí mismo como cebo para atraer a las víctimas.

—Jaylani mordió el anzuelo porque estaba descontenta con su pareja, de acuerdo —había meditado Kingfisher en el camino de regreso—, pero Amelia vino a Koh Phangan con su futuro marido y los testimonios de sus conocidos aseguraban que estaban enamorados. ¿Crees que a ella la secuestraron empleando la fuerza?

Eran preguntas que Ayane no se vio en condiciones de responder, inmersa como estaba en sus preocupaciones. Ni siquiera lograba enfocar la vista en Kingfisher horas después, cuando exigía saber el porqué de su atolondramiento.

No se le habría ocurrido sincerarse con él si su cordura no hubiera pendido de un hilo.

—Tengo miedo de estar equivocándome —reconoció en voz baja, toqueteando con nerviosismo el cepillo del pelo.

Se había sentado frente al tocador con la cabeza gacha para huir de su reflejo.

Kingfisher arrugó el ceño.

—¿En qué sentido?

Ayane dejó de jugar con el peine y se humedeció los labios. Los había pintado de rojo, a juego con el llamativo maquillaje de fiesta. No ya por exigencias del guion, sino para ocultar las ojeras.

Sin molestarse en disimular su cansancio, miró a su compañero a través del espejo.

—¿Tú tienes novia, Fisher? —inquirió con voz queda.

—Lo dejamos hace un par de meses. Y, visto lo visto —abarcó la estancia con un ademán desdeñoso—, me alegro, porque no creo que ella hubiera soportado las… peculiaridades de la misión. La verdad, yo tampoco habría tenido el valor de volver a su lado después de haberme follado a una decena de desconocidas.

—¡A eso me refiero! —exclamó con vehemencia. Ante la incomprensión de Kingfisher, Ayane suspiró—. Antes de marcharme, Jace y yo acordamos abrir la relación. No solo para no ponerme en peligro. Habría llamado la atención siendo una mojigata en un ambiente sexual. La decisión fue para… poner a prueba nuestro amor, por decirlo de algún modo. Yo no dudo de lo que siento por él —se apresuró a añadir con la mano sobre el pecho—, y estoy haciendo lo que me dijo…

—¿Pero? —la alentó él al ver que se quedaba callada.

Ayane se pasó los dedos por la frente sudorosa. Acabó dejando caer la cabeza sobre las manos con una exhalación rendida.

—Es evidente que tendría que desear a los tipos con los que me acostara, y él me conoce mejor que nadie. —«Lo que no significa que me conozca del todo», se cuidó de añadir—. Sabe que no tengo escrúpulos porque no veo el sexo como una demostración de afecto, sino como un divertimento inocente. Es decir, no hay sentimientos involucrados, por lo que no existe… traición emocional, que, en mi opinión, es la importante. Pero estar…

«Obsesionada», pensó, mas no lo dijo.

Aquella palabra tenía una sonoridad que la asustaba.

—¿Estar…?

—Creo que andar demasiado pendiente de un hombre en particular entra en el rango de traición emocional —soltó de corrido con la vista clavada en el suelo.

Kingfisher acompañó un bufido de una vehemente sacudida de cabeza.

—No racionalices el sexo. Le va a joder que te hayas tirado a otro tío tanto si lo hiciste por aburrimiento como si lo hiciste por gusto.

Ayane se enderezó, irritada.

—No sé por qué he pensado que tú podrías entender de qué hablo. Es evidente que anoche pudiste inspirarte a lo grande porque piensas lo peor de mí, y lo piensas porque no te molestas en comprender la forma de vivir de quien no opina como tú. ¡Estás cortado por el mismo patrón que

la mayoría de los hombres! ¡Jace tiene una sensibilidad especial!

Kingfisher ni se inmutó tras su arrebato.

—Eres tú la que no entiende la naturaleza masculina, Ayane. Aunque tu marido parezca sensible y tenga el valor de proponer la opción prudente para mantenerte a salvo, incluso si esto le convierte en un cornudo, ni le hace gracia que estés aquí, ni soportaría saber que follas con otros. Somos humanos —le recordó, hablando despacio—. Podemos tratar de entender a las fieles seguidoras del amor libre y proclamar a los cuatro vientos que respetamos su forma de vida —continuó en un tono sarcástico que no le pasó desapercibido, agitando las manos en el aire—, pero, como monógamos, como hombres posesivos, sufrimos igual.

—Jace no es posesivo. Sabe que conmigo no puede serlo.

—¿Porque eres un alma libre? Lamento tener que decirte que no. Eres una mujer casada.

Ayane se levantó como un resorte y lo enfrentó con los puños crispados.

—¡No me estás ayudando!

Él se cruzó de brazos para determinar que no daría su brazo a torcer.

—Porque, para no variar, no te estoy diciendo lo que quieres oír… lo que no significa que no sean verdades como catedrales. No sé por qué te casaste con un abanderado de la familia tradicional cuando es obvio que a ti te va la marcha. Tarde o temprano, el problema saltaría por algún lado.

—Jace no es tan monógamo como parece, y yo soy perfectamente capaz de llevar una relación cerrada con todas sus limitaciones incluidas. Es lo que llevo haciendo más de un lustro. ¡Y con gran éxito!

—Por eso aparece un ruso cualquiera y a las veinticuatro horas te planteas fugarte con él.

—¡No me estoy planteando…!

Se calló. No porque la última afirmación de Kingfisher fuera cierta, porque no lo era ni por asomo, sino porque tenía parte de razón al atribuirle a su marido características tradicionales.

Estaría engañándose a sí misma si no aceptara que siempre que Jace se prestó a participar en tríos fue porque ella lo propuso. Sí, los disfrutó. Lo conocía lo suficiente para saber cuándo estaba incómodo y cuándo estaba en su salsa, pero, al final, no cambiaría a su esposa por nada del mundo. No necesitaba ni el sadomasoquismo ni los intercambios para ser feliz. Él veía su futuro en una pequeña casita de campo y con un par de niños correteando por el jardín, y ella…

Ella nunca lo había tenido del todo claro.

La enrabietaba haberse dado cuenta ahora, a miles de kilómetros de distancia y solo porque las tentaciones de la carne la estaban superando.

También la enrabietaba que el matrimonio hubiera cambiado su forma de ver la vida. Diez años atrás, Ayane no habría estado mordiéndose las uñas por miedo a desear a otro hombre. Diez años atrás, Ayane no habría sentido náuseas de pensar en ponerle los cuernos a su pareja; entre

otras cosas, porque en su vocabulario no figuraba la palabra «infidelidad». Siempre vio el amor como un recurso compartido, un río que fluía, se bifurcaba por caprichos de la naturaleza y en el que todo el mundo podía mojarse los pies.

Un río que no necesariamente desembocaba en un solo océano.

Al casarse, aceptó algo más que las rarezas y las maravillas de Jace Ryder. Aceptó plegarse a su estricta definición del matrimonio. Siempre había alguien que debía ceder, y en ese caso le tocó a ella. Nunca le había odiado por haber provocado de manera indirecta que le diera la espalda a su condición esencial. Ni siquiera ahora. Pero odiaba reconocer que el origen de su malestar era la renuncia que hizo años atrás cegada por el amor.

—Oye —escuchó que la llamaba. Supo que se había acercado solo cuando le puso la mano en el hombro—, si esto es mucho para ti…

Ella se erizó.

—¿Quién ha dicho que sea mucho para mí? —replicó con voz aguda—. ¿Y qué ibas a decir? Si lo es ¿qué?

—Que nadie te obliga a seguir aquí —resolvió con un encogimiento de hombros—. Ambos tenemos a nuestra disposición el comodín para volver por donde hemos venido. Ya sabes… El de que nos está afectando mentalmente hasta el punto de no desempeñar nuestro trabajo en condiciones

—Oh, y eso te encantaría, ¿verdad? —gruñó en tono envenenado. Se sacó su mano de encima y lo rodeó para perderlo de vista—. Demostrar que tenías razón sobre mí y soy la definición de «mucho ruido y pocas nueces».

Se atrevió a echarle un vistazo a la reacción del agente. Esa fue su perdición, porque la estaba mirando con lástima.

Era la primera vez que la veía fuera de sus casillas.

—Te repito lo mismo que tú me dijiste anteayer, Ayane. Lo que nos traemos entre manos es de relevancia internacional. Hay vidas humanas en peligro y una amenaza grave sobre las cabezas de mujeres de todo el planeta. Si vas a estar pensando en Jace, y no digo que no tengas razones de peso para andar distraída —agregó con las manos en alto—, dímelo y nos reorganizaremos. Quedan tres días para volver a casa y, en última instancia, puedo recurrir a la policía tailandesa en busca de refuerzos. Podría encargarme yo solo.

—¿Tienes idea de lo tarado que suenas ahora mismo? —jadeó, al borde de la risa histérica—. ¿Irme ahora y dejarte solo? ¿Has perdido el juicio?

—No sería la primera vez que alguien abandona el barco. Piénsatelo. No es ninguna tontería, Ayane. Ahora mismo eres un blanco fácil y podrías tirar por la borda toda la tapadera. Tu identidad no tiene marido. Esta fobia tuya a los cuernos resultará sospechosa.

Soltó una carcajada estrangulada, reacia a aceptar que tenía razón. Pero una parte de sí misma

empezó a acariciar la posibilidad.

Tres días serían una eternidad, porque los tres anteriores ya lo habían cambiado todo.

Una retirada a tiempo era una victoria… O eso decían los que no eran tan ambiciosos como ella.

—Sé controlar y hasta disimular mis emociones, Mohawk —sentenció, tensa—. ¿No has visto que, si quiero, puedo fingir que me caes bien?

El agente se cansó de su actitud defensiva y fue hacia ella para hablarle a un palmo de la cara. Ayane se quedó en el sitio para no dejarse intimidar, ni siquiera cuando le levantó la barbilla para espetarle:

—¿Por qué coño me tienes que tocar los cojones todos los días?

—¿No será que tienes la piel muy fina? ¿Quién le tocó los cojones a quién la otra noche?

Kingfisher la soltó, escarmentado por el recuerdo de la sesión. Pero los dos sabían que no se arrepentía. Sabían, de hecho, que había disfrutado de cada segundo; de cada palabra pronunciada para avergonzarla. Ayane podía perdonar prácticamente cualquier cosa sin necesidad de escuchar unas disculpas. Lo había hecho días atrás, justo después de la conversación con el agente. Pero se repelían como el agua y el aceite. No tenía ningún sentido seguir intentando llevarse bien con él.

«Sobre todo si recoges el guante y te marchas», le insinuó la voz interior.

La mandó callar, furiosa con la mera proposición, y salió del bungaló con pasos airados.

De cara a la velada, se prometió que procuraría ser prudente. Así fuera monógamo, tradicional y estricto, Jace seguía siendo el hombre con el que quería pasar el resto de su vida. Si dejó atrás las orgías y se negó a conocer al resto de amantes que ofertaba el mundo una vez, volvería a hacerlo. Debía tener esto presente y no cometer un error que pudiera costarle el matrimonio.

Pero el impulso de barrer la concurrencia con una mirada ansiosa para comprobar que Black Russian estaba allí fue superior a ella.

Sintió una mezcla de alivio y decepción al ver que no se había presentado esa noche.

«Mejor», se convenció. Así podría concentrarse en lo que había ido a hacer.

En tanto que empezaba la velada, se paseó por el recinto con una copa en la mano y entabló conversaciones con todos los personajes que quisieron conocerla. Se paró con la dominatriz Yellow Bird y se entretuvo también con Rob Roy, que estaba de buen humor esa noche.

Fue a él al que le consultó una duda que la llevaba carcomiendo desde la primera noche.

—¿Quiénes son las chicas de los bozales? —quiso saber, señalando a algunas participantes. Era fácil distinguirlas del resto de los invitados porque habían acudido solas a Koh Phangan—. ¿Forman parte de la experiencia o son mero decorado?

—No son decorado porque alguna que otra vez he jugado con un par —le respondió él—. Califa me contó que los organizadores oficiales contactaban a actrices porno y famosillas de OnlyFans que querían participar en la fiesta sin darse a conocer del todo. Por eso la mayoría

lleva la cara cubierta y no se permite hablar con ellas.

Ayane anotó mentalmente acercarse a alguna de las jóvenes con la excusa de divertirse en privado. Le extrañaría que tuvieran a las víctimas de trata a plena vista, pero si se paraba a pensarlo, en un encuentro de BDSM tan exclusivo como aquel, donde a lo sumo asistían veinte parejas que habían firmado contratos de confidencialidad, ¿qué peligro iban a correr de que se destapara el pastel?

No quiso posponer la hora de la verdad y fue hacia una de las chicas que ya de lejos le pareció desamparada. Estaba sola, acodada en la barra del pequeño bar junto a la piscina. Era difícil adivinar cómo se sentía cuando llevaba una máscara integral, pero le dio la impresión de que oteaba a la concurrencia con gesto aprensivo.

Lamentablemente, no llegó a reunirse con ella. El organizador se hizo oír a través de los altavoces.

A partir de ese momento habrían de cortar las conversaciones.

—Buenas noches a todos y a todas —dijo en tono sugerente—. Por desgracia para muchos de vosotros, sobre todo para los veteranos, este año pasaremos un total de seis noches en el grandioso resort de Fuego y Sangre, y eso significa que hemos llegado al ecuador de nuestra estancia. A algunos os parecerá que no estáis aprovechando del todo los manjares que ponemos al alcance de vuestra mano. Por eso hoy hemos preparado un juego especial.

»Diez de vosotros habéis sido elegidos para llevar la voz cantante. Sabréis quiénes sois porque os han dejado un broche de plata encima de la cama. Los escogidos seréis, por una noche, dueños de vuestro destino: podréis seleccionar a un máximo de cuatro participantes para desempeñar la práctica libre que sea de vuestro gusto. No os sorprenderá saber que los diez privilegiados respondéis al título de «amo» y «ama», pero sí que, aunque parezca ir contra las reglas, podréis elegir como víctima a un dominante.

Todo el mundo se puso en marcha acto seguido, pero Ayane se tomó un momento para acariciar el broche que destacaba sobre su vestido de látex. Le gustaba la idea, sobre todo considerando sus últimas preocupaciones. No era lo mismo involucrarse con un solo hombre que atizar a un grupo en el que ninguno destacaba especialmente.

Barrió la explanada con la mirada hasta que localizó a Kingfisher, que ya se había fijado en ella entre dudoso y anhelante. Ayane le hizo un gesto moviendo dos dedos para que ignorase a la dominatriz que pululaba a su alrededor y se acercara antes de que siguieran disputándose su atención.

Buscando a otro par para completar el trío, observó con diversión que Rob Roy había sido castigado sin broche. Se acercó a él, en absoluto sorprendida porque anduviera refunfuñando en desacuerdo.

—No sé en qué estaban pensando —se quejó en cuanto Ayane le puso una mano amable en el hombro—. En el formulario del contrato dejé claro que no me gusta el intercambio de roles.

—Tranquilo —lo apaciguó ella en tono burlón—. Te trataré bien.

Él le lanzó una mirada prometedora.

—Yo te trataría a ti mucho mejor.

—Pero no es de eso de lo que va el juego, Robbie. Puedes venirte conmigo o puedes irte con cualquiera de las otras dominatrices que se pelearían por ti. Yo no voy a llegar a las manos, eso tenlo claro. Y puede que, si te portas bien, te permita doblegarme un rato.

Sus ojos verdes brillaron con ambición.

—Eso sí me parece más interesante. Tienes madera de vendedora, ¿eh?

—¿Verdad que sí? —Le guiñó un ojo, y a continuación le echó los brazos por encima de los hombros a sus dos conejillos de indias, como un trío de buenos amigos camino del pub. Alternó una mirada entre Rob Roy y Kingfisher—. ¿Os animáis a elegir por mí al tercero en discordia?

—Me presento voluntario —dijo una voz a su espalda.

Ayane no reconoció al hombre que la estaba mirando como si quisiera devorarla de un bocado, pero no pudo decir que le desagradara. No era canónicamente guapo, como ella prefería a sus víctimas. Aun así, era innegable que exudaba la clase de atractivo que mantendría la atención de una mujer. Tenía una belleza que confundía, porque sus rasgos no invitaban a la contemplación y, aun así, resultaba adictivo observarlo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó ella con impostado desinterés.

—Tu humilde servidor —se presentó extendiendo los brazos, listo para que hiciera con él lo que quisiera—. Clericot.

El apodo no le sentaba bien. El clericot era un cóctel de vino tinto y frutas, perfecto para una calurosa tarde de verano y para brindar con la familia en las fiestas de fin de año.

Él era más oscuro que eso, como sugería su mirada astuta.

—¿Y qué es lo que te va?

—No diré que no a nada que me ordenes —le aseguró—. Te he visto por aquí estos días y lo único que quiero es que me aceptes…, ama.

Su respuesta le pareció perfecta para lo que se proponían, disfrutar de una sesión de sadomasoquismo. Que ella le gustara facilitaría las cosas, porque de primeras era difícil ponerse a jugar con desconocidos. Antes había que debatir los límites de cada uno. No podía ordenarles que se masturbaran los unos a los otros y confiar en que la magia del momento les animara a pasar por alto sus prohibiciones, como en algunos casos lo era el contacto con personas del mismo sexo.

Pero Ayane no estaba de humor para tomarse en serio la sesión, así que no indagó en las preferencias de cada uno y decidió arriesgarse a que pronunciaran la palabra de seguridad.

Después de armarse con los instrumentos que pensó que necesitaría, gesticuló hacia los tres con impaciencia para que la acompañaran a una de las camas de cuatro postes que bordeaban la piscina.

—Va a ser verdad eso que dicen por ahí de que te gustan los cacharritos —se burló Rob Roy —. No sales a la calle sin tu fusta o tu cuerda de cáñamo, ¿eh?

—Ajá… ¿Y para qué quiero los juguetes si no puedo compartirlos con mis amigos? —respondió ella en tono de mofa, desenredando una de las cuerdas que había elegido. Comprobó su elasticidad para asegurarse de que era lo bastante recia, y a continuación miró a Kingfisher y a Clericot alternativamente—. De cara a los dos postes. No me hagáis perder el tiempo.

—¿Y qué hay de mí? —se quejó Rob Roy, cruzado de brazos junto a ella.

Ayane lo miró de arriba abajo y pensó que no correría riesgo alguno poniéndose en manos del amo. Años atrás habían coincidido en orgías y en los pasillos o la pista de baile de French 75, pero no llegaron a intimar más de la cuenta porque eran casi incompatibles: ella no solía tener el ánimo para dejarse doblegar, y él nunca había sido sumiso.

Aun así, sabía que un hombre con su carácter no podría confundir sus sentimientos. Históricamente se había sentido atraída por los caballeros oscuros y por el silencio de las víctimas, nunca por el modelo de canalla encantador.

—A ti no te voy a dar órdenes —decidió ella—. Tú vas a ser el único privilegiado que me diga qué hacer. Pero ten en cuenta que hay dos inútiles a mi cargo. —Señaló con la cabeza a los dos cachorros obedientes.

—Mm… —Rob Roy se mordió el labio contemplándola con la cabeza ladeada—. Creo que eso no me parece mal.

Ayane le guiñó un ojo y, sin perderle del todo la pista, se dirigió a Kingfisher para atarle las dos manos inmovilizadas al poste.

Intercambiaron una mirada cómplice.

—Agacha la cabeza y pégala a la madera —le dijo ella—. No podrás mirarme hasta que te hayas corrido.

—Sí, ama.

Tuvo que aguantar una sonrisa de regocijo.

«Jódete, Kingfisher».

Ajustó el nudo con firmeza y lo rodeó para repetir el proceso con Clericot, que había oído la orden de Ayane y la había aplicado obedientemente.

Este no perdió la oportunidad de susurrar:

—Tu olor me hace la boca agua.

Ella enarcó las cejas. Invadió el espacio de Clericot para aturullarlo con su cercanía.

—Tú te vas a poner de rodillas, me parece a mí.

Les pidió que se acercaran más el uno al otro, de manera que pudiera atenderlos a ambos al mismo tiempo. Había anudado la cuerda a los postes dejando el suficiente espacio para que pudieran moverse si los invitaba a tumbarse en la cama, por lo que no les costó situarse el uno al lado del otro; Clericot arrodillado, y Kingfisher de pie. Ambos llevaban solamente unos arneses cruzados al pecho y unos pantalones creados para marcar el bulto de la bragueta.

Por primera vez en toda la noche, Ayane disfrutó de lo que veía y pensó que podría encontrar entretenimiento a lo largo de la sesión si lograba desprenderse de sus nuevos recelos. Y esto lo haría encantada, porque no le gustaba identificarse con la mojigatería de la que llevaba toda la vida huyendo.

Tomó asiento en la cama, justo delante de los dos esclavos sexuales, y situó el borde superior de la bota a la altura de la cara de Clericot.

—Bájame la cremallera.

Capítulo 17

Él alzó la mirada hacia ella un instante y se mordió el labio antes de obedecer. La atrapó con los dientes y se fue agachando, echando las rodillas hacia atrás, hasta que la cremallera alcanzó el tope inferior. Ayane le hizo el favor de quitarse la bota y a continuación apoyó los dedos del pie desnudo en su barbilla rasposa.

—Vamos a ver si es verdad que mi olor te hace la boca agua, bonito.

Cualquier otro hombre se habría indignado. Habría encontrado humillantes la postura y el tonito burlón de Ayane. Pero Clericot tenía experiencia siendo sumiso, porque no dudó en abrazar la oportunidad que se le acababa de ofrecer y se introdujo en la boca el dedo pulgar.

Ella se esforzó por no reírse con las cosquillas que le hizo la lengua al recorrer la planta, su punto más sensible. No se había olvidado de Kingfisher, a quien esperaba tratar de un modo más benevolente después de su último encontronazo en el bungaló. Sospechaba que seguía profundamente resentido por haberse reído de él, y decidió que no lo humillaría esa noche. En su lugar, alargó una mano hacia su entrepierna semidura y empezó a frotarla de manera sugerente.

Primero miró a Kingfisher para hacerle saber que no tenía nada que temer; luego confirmó de un vistazo que Rob Roy estaba entretenido en la zona de juguetes eróticos, indeciso entre unos y otros.

Hacía años que no tenía a varios hombres a su disposición. Mentiría si dijera que no había echado de menos el deseo obsesivo de un par de sumisos; cómo se empleaban a fondo para encontrar placer a través del que era su deber proporcionarle a su dominatriz.

Retiró el pie un instante para empujar a Clericot por el pecho y se situó en una postura más cómoda para bajarle la cremallera a Kingfisher y tomar su polla erecta entre las manos.

Ambos sumisos se humedecieron los labios a la expectativa de su siguiente paso.

Ayane empezó a masturbarlo lentamente. Se quedó obnubilada observando cómo la piel más fina del miembro bajaba y subía en función de sus caricias. Aunque se sintió mal por una parte —Kingfisher había revelado que tenía sentimientos por ella—, su lado más perverso se regodeó en los jadeos del agente. ¿No lo estaba disfrutando, acaso? En ninguna otra circunstancia se vería siendo receptor de las caricias de Ayane. Podía apiadarse de su obsesión no correspondida, pero prefería ver a Kingfisher como lo que era. Un hombre. Y los hombres, al igual que las mujeres como ella, verían aplacada su obsesión con tan solo una noche de sexo desenfrenado.

Quizá, si exorcizaba a su compañero, este comenzaría a comportarse con toda naturalidad.

Quizá, si se exorcizaba a sí misma montando a Black Russian, dejaría de tenerlo tan presente.

En cuanto se hizo al movimiento de muñeca, volvió a levantar la pierna para que Clericot se diera un festín. Y por Dios que lo aprovechó. Cuando desviaba la vista de la polla gruesa de Kingfisher o de su expresión de agonía, se sorprendía con la fruición con la que el sumiso se entregaba a la tarea de lamer.

No le habría importado seguir así, pero Rob Roy se personó en ese momento lanzando al aire y agarrando al vuelo un trozo de raíz de jengibre pelada.

Ayane se estremeció de anticipación al adivinar lo que se proponía, que quedó confirmado en cuanto él sonrió, sabedor, y rodeó la cama con la intención de situarse a su espalda.

—Siento interrumpir la fiesta —le dijo desde atrás con voz grave—, pero para unirme voy a necesitar que te pongas a cuatro patas. Lo bueno es que la postura no te va a venir mal para seguir con lo tuyo.

Desde luego que no, pensó Ayane. Simplemente necesitaría que…

—Ponte de pie —le dijo a Clericot—. Te ha llegado el turno.

La sinergia que se creaba en una orgía bien organizada era de admirar. Ayane adoraba el caos de un puñado de cuerpos sudorosos amontonados, pero también la capacidad para coordinarse que podía demostrar un grupo de personas incluso estando demasiado excitadas para obedecer al orden. Todos allí se pusieron de acuerdo para ocupar sus puestos: Ayane echó el peso en las manos y las rodillas, Rob Roy se enderezó a su espalda, y Kingfisher y Clericot se situaron ante ella, uno con la erección apuntándola directamente y el otro con una dureza insinuante bajo el pantalón.

Ayane suspiró en cuanto sintió las manos recias del amo acariciándola desde los hombros hasta las nalgas. No dudó en levantarle el borde del vestido y, tras meditarlo un instante, subírselo hasta el pecho. Como no llevaba nada debajo, no tuvo que perder mucho más tiempo, lo que le permitió distraerla con roces insinuantes que no se corresponderían con la violencia de la penetración.

Le costó concentrarse en desnudar a Clericot sabiendo que probaría el *figging* por primera vez, antaño conocida como una tortura medieval. El objetivo de introducir un trozo de raíz de jengibre pelada por algún orificio era crear una sensación de ardor agudo que, guiado por el amo adecuado, podía convertirse en un placer insostenible.

Pero no quería perderse en las expectativas, y pronto tuvo agarrada por la base la polla de Clericot. Buscó con la mirada a Kingfisher y le dijo en tono ahogado por culpa de las sensuales caricias de Rob Roy:

—Acércate.

A sabiendas de lo que pretendía, y sin poder ocultar su excitación, el agente obedeció. Ayane solo tuvo que alargar el cuello para rodear el prepucio con la boca y deslizarse hacia delante hasta que la cabeza topó con la campanilla. La arcada se mezcló con un gemido ahogado cuando

Rob Roy cubrió su sexo con la mano y empezó a rozarle el clítoris a un ritmo inclemente. Sacudió las caderas hacia los lados y hacia atrás, buscando un contacto más profundo, mientras ponía su atención dividida en masturbar a Clericot y succionar la erección de Kingfisher.

Le habría gustado decir que no lo estaba disfrutando, que estaba cumpliendo un deber; que porque aquel par de tipos le eran indiferentes no podía excitarse. Pero Rob Roy no era el único que lograba humedecerla. Ayane siempre había sentido debilidad por el sexo oral, y la excitaba tener a su merced a un hombre que había soñado con tenerla y, al no poder, no se le había ocurrido nada mejor que tratarla mal. Para ella, hacerle pagar por sus menosprecios con una mamada que recordaría incluso en su noche de bodas era la mejor venganza. Y tanto que se vengó poniendo a prueba la flexibilidad de su garganta con succiones cada vez más entusiastas. Con los ojos entrecerrados solo le quedaba escuchar los gemidos de unos y otros, los que se le escapaban a Clericot cuando llegaba a la base de su miembro y apretaba deliberadamente y con los que Kingfisher le regalaba los oídos.

Todos allí la deseaban. Aunque Rob Roy solo rompiera el silencio para hacer apreciaciones que las mojigatas encontrarían indeseables —«voy a follarte este culo que tienes»—, sabía que él también tendría la polla dura y querría penetrarla con ella. Y aunque Kingfisher y Clericot disfrutaban, Ayane sabía que les picaban los dedos por no poder usar las manos. El agente quería agarrarla de la nuca y golpear su boca con las caderas, lo vio en su mirada nublada por el deseo, y si Clericot lamía sus pies con tanto ahínco, ¿cómo no la tocaría entre las piernas?

Cuando Rob Roy consideró que estaba lo suficientemente mojada, introdujo dos dedos en su sexo. En lugar de huir del crudo contacto, Ayane bailó con las caderas para regocijarse en sus atenciones. El amo no tardó en rotar el índice y el corazón y retirarlo lo justo para volver a penetrarla hasta los nudillos. Ella soltó un instante la erección de Kingfisher para gemir en voz alta y escupir los fluidos salados que le habían inundado la boca.

Rob Roy la agarró del pelo y la incorporó violentamente para asomarse por encima de su hombro y mirarla. Ayane se pudo imaginar lo que vio, una mujer con los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo de tragar e hilillos de líquido preseminal corriendo por su barbilla.

—Eres una puta, ¿eh? —gruñó Rob Roy con visible placer—. De las que ya no quedan.

Ayane se rio perversamente y se sacudió su agarre propinándole un manotazo. Había vuelto a engancharse al miembro de Clericot cuando el amo se vengó de su atrevimiento, primero dándole un fuerte azote en las nalgas y luego retirando los dedos para introducir la raíz de jengibre. Tenía un diámetro bastante más grueso, y aunque notó que ponía a prueba la flexibilidad de su cuerpo, no fue eso lo que la hizo jadear, sino el escozor.

Se humedeció los labios y sacó la lengua en una clara petición: que Kingfisher recuperara su lugar en la calidez de su boca. Más por casualidad que porque le interesara lo que estaba ocurriendo fuera, Ayane paseó una mirada vidriosa por el recinto, conteniéndose para no gritar al

sentir que Rob Roy retorcía la raíz en su vagina.

Su corazón se saltó un latido al localizar al fondo a Black Russian. Estaba recostado contra el lateral del quiosco donde iban a pedir las copas, lo bastante lejos para que nadie considerara que formaba parte de ningún juego.

Pero ella no opinó que fuera tan ajeno a la diversión cuando se percató de que la estaba observando. Y no con su indiferencia habitual. En una mano sujetaba su inseparable copa con dos dedos de whisky, y con la otra se frotaba lentamente la bragueta del pantalón.

Tener su atención la activó más si era posible. Hasta su cuerpo reaccionó a ese movimiento sugerente. Se enderezó, arqueando la espalda, y apretó con fuerza la erección de Clericot, como si fuera la polla de Black Russian lo que se traía entre manos. Fue esa inspiración la que hizo que borrara los rostros de los hombres que dependían de ella para correrse y volviera a engullir el miembro de Kingfisher, que lanzó un gemido gutural cuando los labios de Ayane tocaron la mata de pelo negro.

Dudaba que el vello púbico de Black Russian fuera tan denso y oscuro, pero eso no importó. Sosteniéndole la mirada en la distancia, le mandó un claro mensaje.

«Esto que tengo en la boca eres tú».

Y porque era él y ella estaba perdiendo la cabeza con las sensaciones que la raíz de jengibre provocaba en su cuerpo, Ayane se empleó tan a fondo mamando y rotando la lengua que, muy pronto, la respiración de Kingfisher empezó a alterarse.

Ella no se dio cuenta, porque solo tenía ojos para Black Russian y para la mano salpicada de tatuajes incomprensibles que introdujo en el pantalón. Ayane emitió un jadeo anhelante e imaginó que alcanzaba su miembro, para lo que masturbó lentamente a Clericot. Los dedos le temblaban por culpa de la impresión de haber visto al ruso; por la manera en que Rob Roy la penetraba una y otra vez con un instrumento tortuoso que hacía todo su sexo arder. La quemazón había sido soportable al principio, pero a esas alturas Ayane solo podía gimotear en voz alta y revolverse como si le hubieran prendido fuego.

Pensó que no lograría soportarlo por mucho tiempo, y justo entonces, como si el amo quisiera demostrarle que su cuerpo no conocía límites, la penetró analmente con la única preparación de su saliva. Ella gritó y se revolvió hasta que la punzada de dolor se transformó en un escalofrío generalizado que le subió el calor hasta la cara. Estaba sudando, la postura empezaba a cansarla, cuando no a hacerle daño en las articulaciones, e imaginaba que tenía el rostro ruborizado. Pero Black Russian debía de verla más guapa que nunca, porque no le avergonzaba masturbarse con el espectáculo con una elegancia desconcertante.

No le avergonzaba revelar que aquello le excitaba enormemente, y a ella la enloquecía de gusto que él disfrutara viéndola con otros.

Ni Kingfisher ni Clericot pudieron soportarlo más y avisaron de que estaban al borde del

orgasmo. En vista de que Ayane estaba perdiendo la cabeza, Rob Roy se apiadó de ellos y se retiró para darle la vuelta a la dominatriz, también sumisa.

Aunque era la intención del amo, fue ella quien articuló sin aliento:

—Correos donde queráis.

Kingfisher ni se lo pensó y, agarrándose el miembro con las dos manos atadas, se lo acercó a la cara y se vació sobre su boca entreabierta. Ayane cerró los ojos, en parte resignada porque en esa postura no podía adivinar qué estaba haciendo Black Russian. Sintió el líquido derramarse por su barbilla y su cuello, y luego sintió que Clericot le empujaba el vestido hasta que solo era un amasijo de tela envolviéndole el estómago para correrse sobre sus pechos.

Segundos después, Rob Roy le asestó una última embestida, y con ella llenó su interior. Lo supo porque, conforme se retiró, notó la espesura del semen deslizándose entre sus muslos.

—Sácame eso —rogó con los párpados apretados a nadie en particular—. Por favor.

—Cuando me lo dices así… —comentó Rob Roy en un tono cantarín afectado por lo sucedido. Obedeció su petición y extrajo la raíz que le había dejado los labios inferiores en carne viva.

Ayane gimió, perdida entre el placer y el dolor. Pero no extendió los brazos ni se relajó sobre la cama; luchó contra lo que le pedía el cuerpo, que no era otra cosa que ceder al cansancio, y se incorporó para buscar a Black Russian.

El corazón le dio un vuelco al ver que se había acercado con la mano dentro del pantalón. No podía ver su erección, pero sí su semblante y el morbo que oscurecía su mirada, que no mentía al proclamar lo que esperaba de ella.

Ayane fue a sentarse en el borde de la cama, pero él la detuvo tan solo meneando la cabeza. Se quedó con las manos apoyadas a la espalda y los muslos ligeramente separados.

—Cierra los ojos —le ordenó Black Russian, al que Kingfisher y Clericot le habían abierto camino como si de un semidiós se tratara.

Ella se resistió a obedecer, a sabiendas de que pretendía castigarla ocultándole la visión de su polla. Pero tras una guerra de miradas, comprobó que no daría su brazo a torcer, y que si no era Ayane quien cedía, se correría en un lugar distinto a su cuerpo… Y eso no quería ni imaginarlo.

Así que cerró los ojos y aguzó todos los sentidos. Fantaseó con que la embestía una sola vez para calmar el ardor de la raíz y vaciarse en su interior, pero no le daría ese gusto. Lo confirmó en cuanto la calidez del semen inundó su bajo vientre, lo bastante cerca del pubis para que, al seguir su recorrido natural, el líquido llegara a mojarle la entrepierna.

Abrió los ojos tan rápido como pudo, pero Black Russian ya estaba recolocándose la bragueta mirándola a través de las pestañas desde su impresionante altura, como si ella solo hubiera servido para un propósito.

Saber que la había utilizado a placer y acababa de tratarla como una simple muñeca no la

enfureció; por el contrario, sintió la extraña necesidad de agradecérselo de algún modo.

Pero él, que había concluido lo que había llegado a hacer, se dio media vuelta y se fue antes de que encontrara las palabras.

—Sería mejor que fueras a bañarte —sugirió Rob Roy—. Me sé de alguna que se quedó mucho tiempo cubierta en semen y tuvo una reacción alérgica. Pero tranquila —agregó con un guiño—, que te estaré esperando para el segundo asalto.

Ayane no se refugió en el baño del bungaló para asearse. El recinto de las veladas contaba con unos servicios a disposición de los participantes en su situación. Le quedaba bastante más cerca de la cama y los amantes a los que esperaba volver.

Cuando se miró en el espejo y se vio con el maquillaje corrido, el cabello húmedo y la cara manchada de semen, no sintió ninguna clase de asco hacia sí misma. De esa guisa se gustó más que nunca. Se percibía como una salvaje prehistórica, como la mujer que los vikingos se pasaban de unas manos a otras después de una conquista: el magullado trofeo de una celebración pagana.

Giró el grifo del lavabo y se frotó la cara hasta barrer los restos de la pasión de Kingfisher. Limpió también los vestigios del maquillaje que había aplicado con tanto mimo hasta que una joven inocente le devolvió la mirada desde el espejo.

Nunca le había gustado el aspecto que tenía cuando no llevaba sombra de ojos o un pintalabios llamativo. Su piel era naturalmente pálida y no necesitaba sonreír para que se le marcaran unos hoyuelos juveniles. Era consciente de que los rasgos infantiles atraían a los hombres, pero eran precisamente esa clase de hombres, con ese tipo de fijaciones, de los que Ayane huía.

Se echó jabón en las manos y retiró el semen de Clericot antes de que por órdenes de la gravedad se mezclara con el de Black Russian, incluso si el ombligo ejercía de sumidero.

Suspiró de pura pereza. Tendría que pasar un buen rato en el inodoro y practicándose lavativas para limpiar el orificio que Rob Roy había mimado alegremente.

Pero eso era lo último que le apetecía ahora.

Se quedó mirándose en el espejo de cuerpo entero, y, engañándose a sí misma para no tener que aceptar que su atención iría, inevitablemente, a su bajo vientre, tonteó buscándose defectos hasta que se fijó en las manchas blancas que quedaban por borrar.

Ayane tragó saliva y se llevó al pubis la mano aún húmeda por el agua. Todavía le ardía la entrepierna por culpa de la raíz; no le extrañaba que Rob Roy le hubiera prometido que aún no había acabado con ella. Aunque las sumisas estaban destinadas a sufrir, también las esperaba el mayor de los placeres intensos, y Ayane todavía no había dejado atrás el umbral del dolor.

Pero no iba a volver enseguida a sus brazos.

Ella podía encargarse de su propio desahogo.

Mordiéndose el labio para no emitir sonido, como si supiera que lo que quería hacer estaba prohibido, se acarició la zona salpicada del semen de Black Russian. Dibujó tiernos círculos, humedeciéndolo para que fuera más líquido, y poco a poco fue separando los muslos para tocarse con las manos empapadas de aquel lubricante natural.

Ayane se devolvió la mirada en el espejo. Estaba sonrojada por el placer y sus labios entreabiertos pedían un beso. Un beso que no recibiría. Tendría que saciarse por otro lado, se dijo, como si sus intenciones fueran inocentes. Recogió en la palma de la mano buena parte de los restos de Black Russian y, en lugar de enjuagarse, mojó los labios inferiores con su semen y se introdujo los dedos manchados.

El placer no fue inmediato. Tenía la piel demasiado irritada, y la mandíbula se le tensó.

Del recinto provenía el ritmo sensual de *Such A Whore*, un remix de JVLA.

«Muy apropiado», pensó, sumida en su ensoñación. Recordó el comentario de Rob Roy, pronunciado de corazón en un momento álgido, y se permitió sonreír con perverso regocijo.

Ayane era de la escuela del sexo duro, del maltrato en la cama, de que le dedicaran todos los insultos que no toleraría fuera de las sábanas. No le importaba que la llamaran zorra. Sabía que lo era. Le gustaba serlo. Era la puta de cualquier hombre que se la pudiera permitir. ¿Y qué si no era un bien preciado que se reservaba para la persona ideal? ¿Y qué si se compartía con quien le provocara un cosquilleo?

«¿Cómo que “y qué”?», le reprochó la voz interior. «¿Qué hay de Jace?».

«Jace está en todas mis fantasías», se replicó, demasiado aturdida por lo sucedido como para abrazar los remordimientos. La excitó imaginar a Jace a su espalda, siendo la mano que ella utilizaba para masturbarse. La seguridad de Jace, el amor incondicional que sentía hacia Jace, la pasión de Jace… Pero no era su semen el que avivaba esa fantasía, y más temprano que tarde regresó el rostro de Black Russian.

La puerta se abrió, y como Ayane no tenía nada de lo que avergonzarse en ese ambiente, no se detuvo enseguida. Solo se le ocurrió acallar los jadeos nerviosos cuando reconoció el caminar pausado del hombre que había interrumpido su espectáculo.

Le sorprendió darse cuenta de que le asociaría esas pisadas que traían malos augurios incluso con los ojos cerrados. Se topó con la expresión de Black Russian, que se detuvo a su lado y se inclinó hacia el lavabo para limpiarse las manos con toda naturalidad.

Ayane no pudo decir nada. Tenía que haberlo visto: tenía que haber visto que no se había librado de su esencia aún y que la había excitado tanto que había corrido a esconderse para prolongar un recuerdo; para devorar las migajas que él le daba y de las que parecía que dependía

el placer de ella.

Pero Black Russian solo presionó el dispensador de jabón y se frotó los dorsos de un modo tan hipnotizador que Ayane se descubrió observando el movimiento con envidia.

«Quiero esas manos. Quiero esas manos. Quiero esas manos dentro de mí».

En cuanto terminó, Black Russian buscó una de las toallas a disposición y se giró hacia ella para secarse con parsimonia.

Ayane era consciente de que tenía las mejillas coloradas, y de que así seguirían mientras él la vigilara reproduciendo a la vez aquellos sugerentes movimientos de muñeca.

Cuando creyó que Black Russian se marcharía después de imponer su evidente dominancia con tan solo aparecer, reaccionó de una forma insólita.

—Por favor —suplicó Ayane con un hilo de voz.

No tuvo que decir nada más. No era necesario entrar en concreciones. Él la entendió, y ella supo que no decidió apiadarse porque se lo hubiera pedido, sino porque esa había sido su intención desde el principio.

¿Qué explicaba, si no, ese brillo acerado en los ojos más azules del mundo?

Dando un solo paso, Black Russian se situó a su espalda y la rodeó posesivamente por los pechos. Deslizó una caricia apreciativa por su piel de terciopelo, y nada más desembocar en su entrepierna, el resto de su cuerpo desapareció.

Black Russian apoyó con delicadeza la barbilla sobre el hombro femenino y presionó los labios contra el lateral de su cuello. Ayane estaba tan nerviosa, tan excitada, tan fuera de sí, que empezó a hiperventilar y abrió las piernas para él antes de que cambiara de idea. Allí, en ese baño, con esa mano acariciándola, estaba en la cuerda floja; en el filo de la navaja. La fuerza de atracción hacia el vacío era aterradora, pero también tan deliciosa que no cabía en sí misma de pasión.

Se recostó contra el pecho de él y alargó las manos hacia atrás en busca de su cuerpo. Se agarró a sus muslos, a sus glúteos; palpó sin querer la cajetilla cuadrada del tabaco, que, aunque le impidió tocarlo como quería, la hizo suspirar aun así porque confirmaba que se trataba de él. De otra manera no podría haberlo sabido, porque daba igual que oliera como Black Russian, que tuviera un nudo en la garganta como cada vez que Black Russian aparecía: Black Russian no podía ser capaz de recorrerle el cuello con los labios entreabiertos y dejar un levísimo rastro de saliva, la huella de su boca mullida. Más bien Black Russian debía ser capaz de los mordiscos más crueles, de abofetear, de apuñalar por la espalda. Y aunque no lo hizo, Ayane sí sintió algo similar a la presión de un puñal cuando la penetró con tres dedos. Supo que en uno de ellos llevaba un anillo grueso porque notó el frío del metal y todo lo que abultaba contra la entrada de su cuerpo.

A ella, que le encantaba hablar, ser coqueta o pasarse de lista, se sumió en un silencio

sepulcral. Solo se escuchaban sus propios jadeos entrecortados, sus bufidos nerviosos e intentos de súplicas que no conseguía suprimir para no ponerse más en evidencia.

Black Russian se agachó para levantarle una pierna sujetándola por detrás de la rodilla. Descaradamente ofrecida para él, no encontró excusa para no introducir un cuarto dedo en su cuerpo. Ayane emitió sonidos que no se había oído jamás, mezclas de sollozos con lamentos y ruidos guturales de animal herido.

Nunca había entendido la expresión «desear tanto que duele» hasta ese momento. Podía achacarlo a la dichosa raíz de jengibre, pero sabía que era su olor lo que la estaba enfermando.

No pudo soportar la tensión de estar quieta y, cuando sintió que Black Russian apartaba los dedos quizá con la intención de introducir el puño entero, Ayane giró en redondo para encararlo.

Estaba respirando con dificultad, al borde de la locura, y él parecía tan ajeno que lo deseó más aún. Saltándose a la torera su orden de no ponerle la mano encima sin su permiso, lo rodeó por el cuello y subió hacia su cara para hundir los dedos en su media melena. Se puso de puntillas, suspirando, y lamió el lateral de su garganta hasta alcanzar un punto que le apeteció morder, y mordió con ganas, ansiando una respuesta por su parte. Y lo consiguió. Un gruñido manó del corazón de su pecho, haciendo que todo el ser de Ayane se doblara en respuesta y siguiera buscando desesperadamente más espacios conquistables. Lo manoseó sin piedad: el pecho duro, los brazos voluminosos, la cintura estrecha, las caderas que quería ver bailando, los glúteos, el vientre, los costados… Ayane lo registraba como si llevara encima el mapa del tesoro.

Poco le importaba si su sexo quemaba solicitando esas mismas atenciones que andaba regalando. Tenía a aquel hombre para ella y eso era lo importante.

Fuera, la música seguía sonando.

No, no this isn't love, no this isn't love
But it's more than infatuation
I know there's plenty of fish in the sea
But that just means the ocean is saturated
And I'm at your will[16]

Ante el despliegue de atenciones, él soltó una sola risotada que detuvo en seco sus movimientos. Ayane se encontró con su mirada azul, y todo cuanto pudo hacer fue tragar saliva al detectar un brillo juguetón. Se fijó en que la carcajada le había dejado sonriendo a medias, insinuando la hilera de dientes bajo el labio superior.

Gracias a la cercanía pudo percatarse de un detalle curioso.

—Tienes una pequeña hendidura en el borde del incisivo… —musitó, acercándose más.

Aunque la sonrisa de él se fue apagando, a Ayane le dio tiempo a introducir la lengua a las puertas de su boca y acariciar con la punta la irregularidad de la paleta izquierda. Al separarse, se fijó en que Black Russian la estaba mirando con fijeza. No quería que ella se apartara, porque la agarró por las nalgas y la ciñó a su cuerpo—. ¿Por qué?

—Es para morderte mejor —se burló él. O esa fue su intención, pero reconoció una leve vacilación en su expresión, como si de pronto se le hubiera olvidado cuál era la máscara con la que le tocaba cubrirse en esa circunstancia.

—¿Te caíste cuando eras niño? —seguía murmurando ella. Se estiró más allá de las posibilidades que ofrecía su metro setenta y recorrió su cara con los dedos. Prestó especial atención a la boca entreabierta y deslizó el índice por el relieve de sus labios—. A mí me pasó. Tengo el mismo defecto.

Ayane le sonrió y se señaló el incisivo, que daba la casualidad de que era el contrario, el derecho. No lo tenía tan marcado porque el dentista se lo intentó arreglar, pero se podía apreciar una diferencia de tonalidad marfil entre el diente afectado y la corrección.

Con el gesto, él pareció momentáneamente aturdido, como si le hubiera hablado en otro idioma. Se percató de que miraba al punto que pretendía mostrarle y que luego desplazaba la vista por todo su rostro con cierta incredulidad. Algo no le cuadraba. Pero tuvo que cuadrarle al final, porque, durante un delirante instante, su mirada se suavizó, permitiendo a Ayane echar un vistazo privilegiado a lo que había detrás del bloque de hielo.

¿Un acceso de… dulzura?

Ella tragó saliva, intimidada por el cambio de atmósfera y, sobre todo, por el repentino deseo de besarlo.

No, era más que un deseo. Y era más que besarlo lo que ansiaba hacer. La idea de devorarlo la consumía, de pasar toda una noche explorando su cuerpo. Comprendió entonces que se estaba obsesionando; que había bajado la guardia y él le había ganado tanto terreno que en su presencia ya no se podía concentrar.

No ya en la misión, sino en el hombre que la esperaba en casa.

Tomar conciencia con su situación la asustó tanto que lo soltó y dio un paso atrás. A él no solo no le molestó, sino que relajó los hombros como si acabara de apartarle la pistola de la sien. Ayane se cubrió los pechos en un arrebato de mojigatería, esperando así recuperar su seguridad, y se fue alejando de él.

Sintió que era su obligación rehuirle la mirada, pero por más que quiso, por más que la dominó la preocupación, no pudo negársela hasta que no estuvo a las puertas del baño.

Solo entonces, Ayane se dio la vuelta y se escabulló para ponerse a salvo a su dormitorio.

No confiaba en que él no pudiera encontrarla allí; solo rezaba para que no quisiera hacerlo.

Capítulo 18

Ayane no pudo pegar ojo en toda la noche. El único consuelo que tuvo fue que, en esta ocasión, fue Jace quien acudió a su pensamiento cada vez que intentó dormir.

Pero ¿a qué precio?

Por más que intentó justificar su libertinaje echando mano de las excusas más habituales, como que era necesario para la misión, una sencilla verdad acababa desmontándolas: lo estaba disfrutando. E incluso ella, que trataba de aferrarse a una mentalidad abierta que dejó atrás sin otro remedio en cuanto pronunció sus votos, sabía que eso supondría un problema en Washington.

Había pasado un par de días distraída, permitiendo que su estúpida obsesión afectara no ya a su matrimonio, sino a su desempeño. No podía permitir que un drama sentimental siguiera interponiéndose entre su objetivo principal y ella.

La prioridad siempre había sido volver a casa cubierta de gloria.

Estaba empezando a desesperarse pensando que no lograrían dar con una sola huella.

—Solo nos dieron una semana para asegurarnos de que Fuego y Sangre está relacionado con las desapariciones y nos quedan dos noches, Fisher —mascullaba, caminando de un lado para otro. Aún estaban decidiendo a dónde se escaparían esa mañana para seguir investigando—. No podemos llegar a Washington y decirle a Wray que sí, que han sido los sadomasoquistas, y justificarlo con que tenemos una corazonada.

—Tenemos mucho más que una corazonada, Ayane —le replicó desde el sillón que dominaba la estancia. Se presionaba los ojos cansados con la base de las palmas—. Sabemos que la última vez que vieron a Jaylani fue en la fiesta de la Luna Llena. Si Califa no está implicado, y apostaría la vida a que es inocente, ¿no crees que le habría extrañado que la chica no volviera al resort para recoger sus pertenencias? Está claro que alguien limpió su bungaló por ella. ¿Y quién lo habría hecho, sino un trabajador pagado por alguien de dentro?

Ayane frenó en medio de la estancia con los brazos en jarras.

—¿Y qué sugieres? ¿Que interroguemos a los empleados? Ya lo intentamos sutilmente y parece que los van renovando cada año. No hay ni uno que estuviera en Fuego y Sangre el año pasado. Ni el anterior.

—Tendríamos que volver a colarnos en el despacho de los organizadores y buscar los datos tanto de los participantes actuales como de los trabajadores de los últimos encuentros. Con la lista oficial de invitados averiguaremos si es cierto que hay más gente de la cuenta y si las

mujeres que hemos visto pulular por ahí están de verdad registradas o vienen sin identificación. En cuanto a los currantes dados de alta, con un poco de suerte localizaremos un teléfono al que llamar para preguntar sobre su experiencia aquí.

—¿Qué te hace pensar que hablarán?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Ayane apartó la mirada, impotente.

No, no se le ocurría nada mejor. Su cabeza era un hervidero de reproches y pensamientos turbios. Había perdido la claridad necesaria para llegar a conclusiones inteligentes. Empezaba a sentirse una carga para Kingfisher, que había demostrado que, incluso cuando dedicaba todas sus energías a pincharla, seguía siendo un tipo competente.

Desde la noche anterior no había dejado de repetirse las palabras sinceras con las que Jace intentó disuadirla de aceptar el encargo.

Al final tendría que aceptar que no estaba a la altura de lo que se esperaba de ella.

Un puñado de días en un paraíso extranjero habían bastado para destapar unas dudas sobre su matrimonio que ni siquiera sabía que tenía; que creyó haber enterrado años atrás. Que no pudiera separar sus preocupaciones de sus responsabilidades contractuales era una flagrante falta de profesionalidad.

—¿Te encuentras bien? —tanteó Kingfisher.

Ayane no quería seguir dándole motivos para pensar que era inútil, y, además, no se merecía esa confianza. Lo que la noche anterior le había parecido divertido y catártico, esa mañana le estaba provocando náuseas. Pensaba, contraria a la benevolencia con la que miraba los errores de otros y de su línea de pensamiento racional, que una puta como ella no tenía derecho a consolarse o buscar redención.

La desesperación era el castigo que Dios le tenía preparado.

«¿Qué son esos reproches cristianos? ¡Tú no piensas así!», le replicaba la voz interior, esa que trataba de salvarla de sí misma cuando se enrocaba en ideas autodestructivas. No sucedía a menudo. Ayane mantenía a raya sus pensamientos intrusivos gracias a la terapia con la doctora Salinger, pero cuando llegaban en tropel, estaba perdida.

Tal vez ella no pensara de esa manera, pero Jace sí. Y cuando el deseo no le nublaba el juicio y se convertía en una perra egoísta, solía anteponer los sentimientos de su marido a cualquier capricho momentáneo.

En eso consistía el matrimonio.

—¿Ayane? —insistió Kingfisher.

—¿Qué propones para infiltrarnos de nuevo? —cambió de tema.

—Me consta que Califa y Angel Face participarán en la velada de esta noche. Por lo visto, causa un gran revuelo que la mujer del jefe se anime a ponerse unas correas, porque no es lo

habitual. Incluso si nadie le pone la mano encima, se dice que es un placer verla en directo. Eso significa que su despacho estará vacío. Solo tendríamos que quitarnos de en medio a Black Russian. Distraerlo —especificó—. Seguro que se te ocurre una manera inteligente de acapararlo durante media hora, tal vez cuarenta y cinco minutos, mientras yo registro sus archivos —añadió, esperando animarla al depositar en ella su confianza.

Ayane no lo tenía tan claro. Kingfisher no había sonado como si esperara que se enredara con el ruso para mantenerlo ocupado, pero era lo único que se le había pasado por la cabeza nada más escucharlo.

Si tan solo fuera hablador… o si tan solo ella tuviera lo que quisiera que ese hombre esperase de una mujer para considerarla interesante.

Entonces recordó su conversación en la Cabina Roja, cuando Black Russian le prometió llevarla a un lugar exclusivo. Eso le daba la excusa perfecta para ir en su busca.

Una vez con él, se las arreglaría para que no se desembarazara de ella con la facilidad habitual.

Con sigilo, Ayane rodeó el bungaló en el que le constaba que dormía Black Russian y se asomó al patio trasero. No había abierto la puerta ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que había llamado, pero debía de estar allí porque una melodía familiar provenía del interior. Sonaba tan alto que tenía que haber dejado abierta alguna puerta o ventana.

«Puertaventana, de hecho», confirmó Ayane al adentrarse en el perímetro del pequeño jardín.

Toda la parte trasera de la vivienda era susceptible a miradas indiscretas. Estaba enteramente acristalada, lo que le permitió ver lo que el inquilino hacía en la intimidad de su dormitorio.

Se sintió una sucia voyerista al perderse observando una tarea tan cotidiana como podía serlo organizar una maleta. Black Russian se movía por su dormitorio con esa parsimonia que la sacaba de quicio. Tomaba del armario alguna prenda, casi siempre negra, y la guardaba en el equipaje de mano con cuidado de que no formara arrugas.

Pero la faena fue lo de menos en cuanto se fijó en él.

Vestía unos vaqueros muy desgastados con rotos en las rodillas y nada más. Un cigarrillo entre los labios era su único complemento.

Aun de lejos, Ayane advirtió el movimiento de sus músculos. Los volúmenes de su cuerpo no pasaban desapercibidos ni siquiera bajo los descoloridos tatuajes que lo cubrían casi por entero.

Tragó saliva, intimidada por la revolución de sus hormonas, y se ordenó acercarse con seguridad para acabar de una vez por todas. Entonces reparó en que estaba cantando por lo bajo y no le quedó otro remedio que frenar. Por fin reconoció la melodía: *If I Can Dream*, una de las

canciones más evocadoras de Elvis Presley. También de las últimas que cantó en Memphis antes de morir.

Se sintió extrañamente complacida al reparar en que Black Russian no le había mentido: sí que le gustaba el rey del rock. Y tanto que le gustaba, pensó con regocijo. Se conocía la letra de memoria y cantaba casi igual que él. Pero no parecía consciente de su talento, si es que acaso le importaba, porque canturreaba como si no quisiera enterarse ni él.

Daba la impresión de que estuviera dialogando consigo mismo.

If I can dream of a warmer sun
Where hope keeps shining on everyone
Tell me why, oh, why
Oh, why won't that sun appear?[17]

Al oír aquella parte de la letra, Ayane se estremeció sin saber por qué. Quizá porque el gesto del ruso se había torcido, fúnebre, al hablar de un sol que rehusaba cubrir con su calor a todo el mundo.

Como si él pudiera captar los ultrasonidos, como el de sus vellos erizándose, giró la cabeza hacia ella. Ayane se negó a mostrarse avergonzada porque la hubiera cazado en pleno escrutinio y solo enarcó una ceja, a lo que Black Russian la sorprendió una vez más invitándola a pasar con un gesto informal.

—¿A dónde vas? —le preguntó una vez estuvo de pie bajo el umbral de la puerta corredera. Señaló su maleta a medio hacer.

Black Russian era tan indiferente a la mirada ajena que continuó su tarea como si todavía estuviera solo. Esto permitió a Ayane fijarse en los tatuajes que no había podido ver en su máximo esplendor.

Tenía unas letras en ruso en los dedos, eso lo sabía ya, pero no era ni de lejos el dibujo más inquietante de su colección. En los hombros lucía una ristra de estrellas oscuras y desvaídas por el tiempo. En la espalda, una calavera con los huesos cruzados lloraba lágrimas de sangre. Una de dichas lágrimas tenía el aspecto de un tatuaje recién hecho: era más oscuro, más intenso, y estaba levemente despellejado.

En un pectoral, la amorosa Virgen cargaba al Niño en brazos. En el opuesto, un terrible demonio le sacaba la lengua con socarronería a quien lo mirara a los ojos.

En uno de los antebrazos lucía un cuchillo rodeado de cadenas…

No pudo continuar su examen. Black Russian se sacó el cigarrillo de los labios y dijo:

—A Shanghái.

Ayane arrugó el ceño.

—¿Cómo? Todavía no ha acabado Fuego y Sangre.

—¿Y?

—Eres uno de los organizadores. ¿No estás obligado a quedarte?

—A mí nadie me obliga a nada.

Ayane puso los ojos en blanco, como si su respuesta no le hubiese puesto la carne de gallina.

¿Era peligroso? ¿No era peligroso?

¿Lo descubriría algún día, o se iría de allí con las manos vacías?

—Pero me dijiste que me ibas a llevar a un sitio exclusivo —señaló sin ocultar su irritación—. ¿Has cambiado de opinión?

Black Russian permaneció donde estaba en silencio, como si le hubiera pillado con una pregunta para la que no tenía respuesta. Dio una lenta calada sin dejar de mirarla de manera apreciativa. Pero al final de esos vistazos valorativos que le ponían el corazón en un puño, la conclusión era la misma: que ella no merecía más minutos de su tiempo.

Esta vez se lo hizo saber exhalando el humo con impaciencia y volviendo a retomar su tarea.

—No estás preparada —determinó sin mirarla.

—¿Perdona? ¿Para qué se supone que no estoy preparada? —La indignación la hizo cruzar el umbral para exigir una explicación más detallada—. Creo que he demostrado de sobra que me manejo en este mundillo como una profesional. Tengo casi la misma experiencia que Califa, no me da miedo ni someter, ni que me sometan, y es evidente que te gusto, ¡así que no lo pongas sobre mis hombros! ¡A lo mejor el que no está preparado eres tú!

Black Russian se giró justo cuando Ayane había alargado el brazo para agarrarlo del hombro. Estuvo a punto de chocar con su pecho, pero frenó a tiempo. El ruso la cogió de la muñeca para apartar su mano impertinente, y con la otra, la que sostenía el cigarrillo entre el índice y el corazón, la agarró de la mandíbula.

Se inclinó para hablarle a un palmo de la cara.

—Disfruta de los últimos días —deletreó—, luego vete a casa y no me toques los cojones.

—Oh, ¿en ese orden? —logró articular. Estaba presionando con los dedos sus músculos maxilofaciales.

Black Russian curvó los labios en una sonrisa.

—Puedes empezar por no tocarme los cojones, si quieres —le sugirió en tono risueño.

Ayane apartó su mano de un violento manotazo.

—¡Que te den! ¡No puedes hacerme ilusiones así y luego dejarme tirada!

—Vaya, había olvidado que te debía explicaciones. *Malyshka, malyshka*… —Chasqueó la lengua—. No sé quién te ha hecho pensar que me puedes hablar así, pero…

—¡Ni yo sé quién te ha dado a entender que me puedes tratar así! —lo interrumpió.

Ya ni siquiera estaba molesta con él porque le hubiese dado puerta, sino por el simple hecho de que existiera. De que la estuviera haciendo dudar. De que su olor la idiotizara y su proximidad le agitara la respiración. Lo odiaba. Tenía que odiarlo. Necesitaba odiarlo.

—¿No piensas decirme a dónde me ibas a llevar, aunque sea?

Mientras terminaba de remeter una camisa que trataba de asomar por el borde de la maleta, Black Russian le dirigió una mirada socarrona con los ojos entrecerrados.

Exageró una expresión de sorpresa abriendo los ojos y extendió las manos para desplegar un cartel invisible:

—A la cara oculta de la luna.

—¿Te estás burlando de mí? —jadeó, alucinada con su actitud. La canción de Elvis Presley seguía sonando—. Me prometiste que daría con lo que venía buscando. Sexo, exclusividad y marcar la diferencia.

—¿Y qué más quieres que te diga? No eres mi *druzhyna*. No te debo explicaciones.

—¿Tu qué?

—Creo que se dice «esposa» en tu idioma.

Ayane apretó los labios, porque era verdad. No le debía ningún tipo de explicación. Pero ella se había sentido en la potestad de cantarle las cuarenta siempre que le pareció apropiado. Estuvo a la defensiva desde que coincidieron la primera vez, y en el fondo no tenía razones de peso. Era consciente de que esa mano tendida hacia el cuadrilátero que le ofreció, esa que ella había decidido interpretar como una burla, se le habría antojado una galantería inocente viniendo de cualquier otro hombre.

Uno que no hubiera desatado las mariposas en su estómago.

Se resignó a observar en silencio sus preparativos. Estaba de buen humor, incluso sobreexcitado; sometido por un subidón de adrenalina. Seguía la música con una naturalidad que le habría arrancado una sonrisa si no hubiese estado frustrada por el cambio de planes.

No solo no iba a invitarla a un sitio que podría haber resultado determinante para la misión, sino que se marchaba, llevándose consigo sus secretos, su posible implicación en la trata…

«Y las razones de peso por las que has de seguir aquí», completó la voz interior. «Si él se va, ya no tienes nada que hacer de lo que no pueda encargarse Kingfisher. Black Russian era tu responsabilidad… y Black Russian se acabó».

Black Russian se acabó.

Ayane tragó saliva al verle descolgar la cabeza hacia atrás para soltar el humo del cigarrillo con los ojos cerrados. El movimiento tensó los músculos de su cuello y exhibió la marca de los dientes que ella le había dejado la noche anterior.

El recuerdo bastó para recordarle que su marcha solo significaba buenas noticias de cara a su matrimonio.

Una vez desapareciera la tentación, ella podría volver a la normalidad.

¿O no?

¿Podría regresar a los brazos de Jace después de haber descubierto que su corazón no había cambiado y aún era capaz de prendarse de personas distintas del amor de su vida?

Respingó cuando Black Russian la cogió de la mano y tiró de ella hacia él. Chocar contra su pecho cálido la aturdió. Desde la piel desnuda la miraron tanto el demonio de tinta como la Virgen Santísima, personajes opuestos que, curiosamente, lograban una armonía incomprensible sobre su piel.

Él la aferraba con fuerza por la cintura, marcando su territorio, pero la mano con la que le apartó un mechón oscuro de la cara expresó una caricia anhelante.

El demonio y la Virgen.

—No voy a echarte de menos —le aseguró él con una sonrisa guasona.

—¡Ni yo a ti! ¡No te jode, gilipollas! —balbuceó ella con la cara ardiendo.

Por si no la hubiera extrañado suficiente con su repentina simpatía, Black Russian la sumió en una suerte de ensoñación moviéndose por la habitación al ritmo de la música. Evocaba así un estilo de baile que ella solo había practicado una vez: cuando inauguró el convite de su boda.

El paralelismo la descolocó.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le gruñó—. ¿Cómo es que de pronto eres majo? ¿Te vas a Shanghái porque allí te ha tocado una herencia millonaria o algo así?

—Algo así, sí —respondió con ambigüedad—. ¿Cómo no voy a estar de buen humor? No voy a volver a verte jamás —explicó, esta vez con un brillo acerado en los ojos—. Deberías replicar mi alegría, *malyshka*, porque si me cruzo contigo de nuevo, me voy a cabrear… y no quieres verme enfadado.

Ella apretó los labios, molesta.

—Guau… Si tratas así a una mujer con la que te masturbas, no me quiero ni imaginar cómo te comportas con las que no te interesan.

Black Russian se humedeció los labios sin dejar de mirarla. Y Ayane supo, como sabía que la Tierra era esférica, que aquella mirada la perseguiría durante mucho tiempo.

Para huir de la extraña intimidad del momento, le arrebató el cigarrillo que él acababa de acercarse a los labios y le dio una calada compulsiva.

El ruso le dijo algo en su idioma materno que odió no comprender.

Era fluida en varios idiomas. Que su lengua no fuera una de ellas la frustró.

—¿Qué has dicho?

—Me he despedido de ti.

—¿Y no puedes hacerlo en inglés?

—Mosquitos es demasiado tentador.

—¿Mosquitos? —repitió, perpleja. Luego se rio—. Querrás decir «mosquearte».

—Eso he dicho.

Se encogió de hombros, pero ella volvió a carcajearse y se relajó entre sus brazos sin darse cuenta. Él apreció su expresión divertida e hizo el amago de ladear la cabeza con interés, como si fuera la primera vez que veía a alguien entregado a la risa y quisiera averiguar la mecánica de la alegría. Todavía no la había soltado cuando le acarició un mechón de pelo negro entre los dedos índice y pulgar.

Ayane no se percató de que lo había estado observando con el aliento contenido hasta que él la miró a través de las pestañas con una luz peligrosa en los ojos.

—¿No me vas a dar un beso de despedida? —la tentó.

Ayane se convenció de que solo la estaba provocando y replicó:

—¿Acaso quieres un beso de despedida?

—Quizá en otra vida te lo hubiera aceptado. En esta tengo otras prioridades —admitió con aire saturnino. Desvió la vista al techo, a los alrededores de la habitación, y por último la dejó caer sobre ella—. Pero sigue siendo una pena que no nos hayamos corrido juntos ni una vez.

Ayane alzó la barbilla, perpleja por la declaración. Era lo más cerca que había estado de ser sincero desde que lo conocía… si es que podía decirse que sabía algo de él. Como le pasaba en las escasas ocasiones que se quedaba sin palabras, se oyó tragar saliva.

El bombeo de su propio corazón la molestó.

«No le digas que aún está a tiempo», se ordenó. «No lo provoques. Ya no hace falta. Se marcha. No lo necesitas para la misión. Ahora solo es un hombre, no una herramienta».

«Pero qué hombre», se replicó.

Tuvo que darle la razón a ese anhelo secreto al contemplarse en la negrura de sus pupilas, desde donde una Ayane hipnotizada le devolvía la mirada.

—Porque tú no quisiste —le respondió con una mezcla de resentimiento e inevitable alivio. Gracias al cielo que no había querido—. Ahora has perdido tu oportunidad.

Se apartó de él y se encaminó a la puertaventana con la determinación de no darse la vuelta para echarle un último vistazo. Una parte de sí misma no lo soportaría. No ya porque la hubiera herido en su orgullo no haber conseguido lo que quería: la verdad y su cuerpo. Tampoco porque pensara que no volvería a encontrar a otro hombre así: incomprensible, arrebatadoramente sensual, reprimido, soberbio y con toda probabilidad más peligroso de lo que parecía, cualidades que la atraían más de lo que era conveniente.

Le dolía despedirse porque había sido su revelación, para bien y para mal. Le había abierto los ojos a una verdad terrible: que lo que tenía en Washington no era suficiente para ella, y que la persona a la que más amaba nunca la entendería a un nivel profundo. Y no porque no lo intentara, sino porque sus principios eran radicalmente distintos.

«Quizá en otra vida te lo hubiera aceptado», había dicho él. Quizá, en otra vida, en la que dejó atrás por amor, Ayane lo habría conquistado. O quizá no. Siempre había querido pensar que, sin importar el destino, en todas sus vidas posibles habría conocido y adorado a Jace Ryder.

Al final no pudo resistirse y se giró para mirarlo una última vez.

Black Russian había arrojado el cigarrillo sobre el cenicero de la mesita de noche y acababa de ponerse una camiseta negra de algodón con el escote dado de sí. Fue tras ella y se quedó de pie bajo el umbral de la puertaventana con una mano apoyada en el marco. Ayane ya había salvado el escalón: en esa posición, Black Russian era aún más alto, más inmenso.

Más inalcanzable.

Aunque no sonrió, su mirada expresó algo más importante al despedir un brillo íntimo.

—Algo me dice que me darás otra —murmuró, pensativo—. Espero equivocarme.

Capítulo 19

No sabía por qué estaba nerviosa. O lo que era peor: sabía por qué lo estaba, pero también que no podía ponerle remedio. Las ansias se le mezclaban con una impotencia desesperada que la hacía revolverse en la cama entre sollozos.

Había algo que necesitaba. Y era algo que le quedaba lo bastante cerca para alcanzarlo con las manos, solo que por tiempo limitado.

Si se apresuraba, todavía podría alcanzarlo.

Desconocía cuándo despegaría el avión, y desconocía también si, en el caso de atreverse a arrancarse las sábanas del cuerpo, él la recibiría con los brazos abiertos. Era muy probable que se cerrara en banda y la mirara de arriba abajo como si se tratara de un patético gusano. Así se sentía, en realidad. Una mosca aplastada en la suela de su zapato.

Pero la posibilidad de ser rechazada no hacía sino aumentar su expectación.

No saber lo que le esperaba era lo que lo hacía excitante.

Ayane se tendió sobre el costado, angustiada. Lanzó una mirada impaciente al otro lado de la ventana, abierta de par en par. Corría una brisa calurosa que había estado haciéndola resoplar.

No había que subestimar las noches tailandesas. Parecían durar mil años y encerraban oportunidades terriblemente prometedoras. Sobre todo cuando las mujeres abrazaban los riesgos de alargar la mano para tomar lo que querían.

Se incorporó de golpe, sofocada por la capa de sudor que se adhería a su piel. El objetivo era darse una ducha que le refrescara las ideas y templara sus ánimos convulsos, pero sospechaba que nada la convencería de sacarse de la cabeza la tentación de ir en su busca.

Porque tenía que ir en su busca.

Él y solo él era culpable del desasosiego que se había apoderado de ella.

Se levantó decididamente. Como dormía con tan solo unas bragas, tuvo que ponerse encima un kimono ligero para recorrer el pasillo del bungaló a toda prisa, ciñéndose el cinturón con movimientos airados, y agarrar el picaporte de la entrada con la vehemente ilusión de quien tenía una misión que cumplir.

Entonces oyó el crujido de la madera del porche, instigada por el peso de unos pasos parsimoniosos. Ayane frenó en seco para aguzar los sentidos. Lamentó la ausencia de una mirilla que le permitiera averiguar quién era el curioso que andaba husmeando.

Pero, en el fondo, sabía quién era.

¿Cómo no iba a saberlo?

Conteniendo el aliento, abrió de un tirón. Creyó que entraría en combustión al reconocer la robusta silueta de Black Russian al otro lado. Había olvidado la maleta de mano en el último escalón que conducía al porche, y sujetaba sobre el codo doblado la chaqueta de cuero con la que, de haber tomado el vuelo, se habría cubierto para soportar el aire acondicionado del avión.

Era la muerte quien había tocado a su puerta. La clase de muerte irresistible por la que Perséfone decidió abandonar a su madre durante seis meses al año.

Aunque soplaba una brisa que parecía el aliento del diablo, los mechones rubios que enmarcaban su rostro de granito permanecían en el sitio, como si el mismo campo de fuerza que resguardaba a los dioses quisiera evitar que lo mundano le rozara.

Pero Ayane era mundana, más mundana que nadie, e iba a tocarlo aunque le costara la vida.

Black Russian arrojó la chaqueta a su espalda y no se quedó a ver dónde caía. Extendió los brazos con una media sonrisa que clamaba un burlón «ya estoy en casa, cariño», y Ayane no dudó en arrojarse sobre él con un jadeo aliviado.

El ruso agarró su melena negra en un puño para mantenerla pegada a su rostro, rostro que fue intensamente admirado por sus ojos cristalinos. Un instante más tarde, Black Russian tomaba sus labios con una fiereza desmedida; la que cabía esperar en un hombre de apetitos insaciables que habían sido reprimidos con brutalidad. ¿Y por qué, si besaba como quienquiera que hubiese sido el héroe romántico que inventó los besos?

Emocionada porque le estuviese regalando su pasión, Ayane se aferró a su pelo también. Pero en su desesperación por seguir tocando, no quiso descuidar su cuello, que recorrió con caricias impacientes. Tampoco renunció a recorrer las líneas de sus hombros anchos, de los que se colgó para devolver sin reparo los envites de su boca.

Gracias a Dios por haberle dado dos manos a Black Russian. La que no mantenía fija contra su nuca recorría su cuerpo presionando la palma contra la silueta que pretendía delinear. Aterrizó en la carne tierna de la nalga, que atrajo en su dirección para que sintiera su miembro erecto contra el vientre.

Ayane ladeó la cabeza para que su gemido no se perdiera en el caluroso fragor del beso y volvió a la carga cubriendo sus mejillas. Sabía a vodka y a café, como ese cóctel preferido al que el ruso le ponía nombre. Sabía, también, a caramelos de menta y a ese toque ácido de quien tenía veneno en la lengua.

Era tan adictivo que se perdió por completo en el laberinto de sus brazos.

Él no dejó de demandar atenciones con su movimiento: el movimiento de las dos lenguas entrelazadas, de las caderas que comenzó a restregar contra ella a un ritmo delirante para que lo acompañara de cabeza a la lujuria.

—Al final vas a conseguir lo que quieres —le gruñó con voz gutural.

—¿No es lo mismo que quieres tú? —retrucó ella.

Black Russian le dio la vuelta para castigarla por su tono insolente. La risa entrecortada de Ayane se transformó en un débil gimoteo cuando la empujó contra la fachada del bungaló, obligándola a apoyar las manos.

Le oyó chasquear la lengua a su espalda, igual que si hubiera cometido una trastada.

—Lo que quiero es que dejes de provocarme.

Lo miró por encima del hombro para advertirle con la mente nublada por el deseo.

—Eso no va a ser posible.

Ayane notó el peso de sus manos ahí donde necesitaba que extinguiera el fuego: cubriéndole las nalgas y rodeando sugerentemente las caderas para tocarla entre las piernas. Descolgó la cabeza hacia delante, a punto de empezar a sollozar por culpa de un desquiciante cóctel de ganas aún insatisfechas. Logró contener el ruego solo gracias a la disposición de él a acariciarle el clítoris.

Su aliento le rozó el cartílago de la oreja cuando se inclinó para decirle:

—Si me hubiera ido sin follarte, no me lo habría perdonado jamás.

—Eso es… Háblame. Dime que me deseas —le suplicó ella, echando las caderas hacia atrás para rozarse con la bragueta del pantalón. Black Russian estaba decidido a complacer todos sus deseos, porque se bajó la cremallera y la embistió superficialmente para que sintiera la tela ardiendo de un bóxer que ya no podía encubrir su dureza—. Dime que llevas queriendo tenerme así desde que me viste. Dímelo —le ordenó, débil.

Black Russian dejó correr un segundo de silencio en el que solo se oyó el tintineo de la hebilla del cinturón.

Un escalofrío de anticipación le recorrió la espalda hasta la nuca, donde el vello se le puso de punta.

—¿Y si mejor te lo demuestro? —inquirió él en tono sugerente, y antes de que ella pudiera contestar, la penetró desde atrás.

Ayane se incorporó de golpe con un grito de liberación atascado en la garganta.

Al abrir los ojos después del tórrido sueño, buscó a su alrededor el escenario en el que este había tenido lugar, pero no estaba en el porche… y tampoco estaba acompañada. Se encontraba sola en su dormitorio del bungaló, con la ventana abierta de par en par, la cortina corrida y el cuerpo entero ardiendo por una necesidad que la hizo romper a llorar sin consuelo.

Se cubrió con las manos la cara empapada, temblando de rabia, pero no volvió a tumbarse. Después de apartarse de la cara el sudor y las lágrimas, se miró los dedos agarrotados, que habían sufrido la tensión de su estúpida fantasía. Se cubrió la entrepierna y juntó los muslos a presión. Notaba en el sexo las crudas contracciones de un orgasmo abortado.

Maldijo a Black Russian una y mil veces con un triste gorjeo.

Se levantó de la cama y recorrió la habitación de punta a punta con la esperanza de que el

movimiento la calmara. Quiso centrarse en imágenes violentas que apaciguaran el ardor de su sangre, en el marido que la esperaba en Washington, pero recordar a Jace solo acentuó su deseo insatisfecho y el llanto impotente se transformó en una hiperventilación atormentada por no tener un cuerpo cálido encima de ella.

Estaba empezando a verlo todo rojo, igual que un animal preparado para embestir, cuando su mirada cayó en la puerta entreabierta que conducía al dormitorio de al lado.

Ayane ni siquiera pensaba. Su cuerpo había doblegado a la razón, y este fue el que la condujo, decidida, a la habitación de Kingfisher.

Se detuvo un segundo nada más cruzar el umbral, pero no instigada por el arrepentimiento o la reflexión, sino para apreciar el paisaje humano. Él también dormía desnudo. Solo una sábana trataba de cubrir tímida e inútilmente las partes que no debían quedar a la vista de un depredador como ella. Estaba tendido boca arriba con el antebrazo sobre la frente y el rostro orientado hacia la ventana, por la que entraba la tenue luz de la luna. Sus rayos plateados incidían en el cuerpo moreno del agente, haciéndole parecer un regalo del cielo, una pintura romántica… Una visión embaucadora.

Respirando con dificultad por el morbo de lo que estaba preparada para hacer, Ayane se quitó las bragas y las arrojó al suelo. Se encaramó al colchón y gateó sin preocuparse de no hacer ruido hasta situarse a horcajadas sobre Kingfisher. En lugar de retirar la sábana, que se le antojaba un sugerente accesorio, acercó las caderas al bulto que se intuía bajo ellas y, sin perder de vista el rostro sereno del durmiente, se balanceó de manera sugestiva sobre él.

Resultó que el agente tenía el sueño ligero, porque apenas unos segundos después empezó a desperezarse, atraído por el vaivén de la traviesa sirena. Ladeó la cabeza hacia el otro lado, ceñudo, luego entreabrió los labios para suspirar con anhelo y, por fin, miró hacia arriba.

Al principio tuvo que pestañear varias veces para ubicar la cara conocida entre las sombras de la habitación, pero muy pronto descubrió que se trataba de ella.

Su expresión de asombro fue impagable. Si hubiera estado en condiciones de hacer algún gesto, de pronunciar alguna palabra, Ayane le habría sonreído o guiñado un ojo. Solo se mordió el labio y apoyó las manos sobre su pecho para deslizarse tan despacio sobre su miembro que parecía que pretendiera pintarlo con delicadas pinceladas.

No supo qué esperaba exactamente. Que Kingfisher se quejara, la apartara de un empujón o por lo menos se resistiera en un momento dado, pero el agente solo se la quedó mirando sumido en una ensoñación, con los ojos vidriosos por la modorra y por el deseo que comenzaba a espabilar su cuerpo.

El agente alargó una mano indecisa hacia el vientre de Ayane. Dejó que los dedos estirados treparan en una insinuante caricia hasta el valle de sus pechos. Él mismo observó el recorrido, henchido por el asombro y la fascinación.

Cubrió el pezón izquierdo con la palma y lo amasó tan despacio como ella se movía.

En el preciso instante en el que Ayane jadeó, indicando que estaba despierta, estaba lista y, sobre todo, estaba allí por voluntad propia y no era resultado de un producto de su imaginación, Kingfisher emitió un sonido con la garganta muy similar a un gruñido y la agarró de las nalgas con las dos manos. Entonces ella sí se arriesgó a sonreír, solo que demasiado apabullada por el devenir de los acontecimientos como para que su expresión tuviera sentido, y se inclinó sobre él para besarlo con la boca entreabierta.

Kingfisher correspondió su iniciativa con una furia desmedida que la prendió. La sostuvo por la nuca para que no se le ocurriera apartar sus labios de él y la apabulló con otro torrente de besos que parecían más bien un intento por devorarla entera. Ayane no permitió que la distrajera con los movimientos maestros de su lengua y elevó las caderas lo justo para apartar la sábana de un tirón. Agarró su gruesa polla por la base y le prodigó una sola caricia al prepucio con el pulgar antes de montarlo hasta la empuñadura.

Un poderoso foco de calor estalló dentro de ella. Echó la cabeza hacia atrás y gimió en voz alta.

—Tengo que estar soñando —jadeó el agente—. ¿Lo hago? ¿Estoy soñando?

Ayane le lanzó una mirada juguetona con los párpados entrecerrados y se apoyó en los recios muslos de Kingfisher para moverse, primero trazando sugerentes círculos con las caderas, y después de arriba abajo. Intentó empezar despacio, con una suavidad que siguiera inclinándolo a pensar que estaba fantaseando, pero que el agente jadeara cada vez que lo engullía entre sus piernas no la ayudó a mantener el control. Cerró los ojos y se echó hacia delante para encontrar un soporte más sólido en el centro de pecho, donde crecía un vello denso y rizado, y ahí arrancó a cabalgarlo como un caballo desbocado.

Se humedeció los labios y los dejó entreabiertos para que todo el resort la oyera gemir, gritar y balbucear palabras inconexas que Kingfisher secundaba cuando el placer le permitía expresarse. Aunque tenía la mente en blanco, Ayane aún atinó a formular un pensamiento morboso: «Ojalá me escuche desde el avión. Ojalá me escuche desde China. Ojalá me escuche, desde dondequiera que esté, y le maten los celos».

—Sabía que eras una jodida fiera —gruñó él, y le soltó un azote en la nalga que a ella le arrancó una carcajada. Al agachar la cabeza, la lisa y negra melena los cubrió, como si fueran a contarse un secreto.

Ayane lo miró a la cara y se permitió provocarlo deslizando una mano hacia su cuello.

Se lo rodeó sonriendo con aire travieso.

—Y yo sabía que tú eras mi puta —susurró ella, y le presionó la garganta con los dedos. Por los ojos de Kingfisher cruzó un destello de placer morboso, la clase de afirmación que Ayane necesitaba para recompensarlo con un beso sucio que la excitó más si cabía. Se separó lo

suficiente y le acarició la nariz con la punta de la suya, moviéndose en tentadores círculos sobre su erección—. Vamos, dilo. Esto es lo único que has querido desde el primer día. Que te sometiera.

Kingfisher la desafió entrecerrando los ojos. Se las arregló para, empujándola por el pecho, invertir las posiciones.

El giro la pilló con la guardia baja, pero también se estremeció de puro gusto. Él se empujó más aún dentro de ella con un quiebro de cadera que le cortó la respiración.

—Quería meterte la polla por todos los orificios —confesó con la boca pegada a su sien. Se apoyaba sobre las manos para seguir penetrándola lenta y profundamente—. En cuanto me corra, la voy a encajar en tu boca de serpiente… —Echó todo el peso sobre un codo para introducir el pulgar entre sus labios. Ayane no dudó en chupárselo sosteniéndole la mirada con la risa grabada en la expresión—. Eso es, nena… Eso es… Y luego la voy a enterrar en tu precioso culo. —La sujetó por la cadera para que no saliera disparada hacia atrás cada vez que la embestía. Ayane rodeó las nalgas masculinas para apretarlo más contra sí y contrajo los músculos internos para exprimirlo a la fuerza. Él jadeó—. Dios santo… Te pone cachonda hacer esto, ¿verdad? Eres un peligro.

—Y tú eres un puto cerdo —le espetó entre cortas y nerviosas respiraciones—. Luego no podrás mirar a Jace a la cara, y mírate, aun así… follándome como un animal. No tienes ni principios, ni vergüenza.

—No, no los tengo. Te follaría delante de él, delante de Wray y a las puertas del jodido edificio si esas son las condiciones. Estás tan buena que… —apretó los dientes y aprovechó que su rostro le quedaba cerca para morderle la barbilla— me dan ganas de matarte.

Ayane se rio de buena gana.

—Inténtalo —lo provocó amusgando los ojos—. Dame un bofetón.

Kingfisher hizo una mueca que mezclaba la contrariedad y la retorcida fascinación. Como no terminaba de decidirse, ella enarcó una ceja y tomó la iniciativa girándole la cara de un golpe. Él jadeó, entre indignado y gratamente sorprendido, y se la devolvió con una intensidad que le sacó el aire de los pulmones. No tardó en recuperarse del exabrupto y lanzarle una mirada socarrona.

—Apuesto a que te morías de ganas de hacerlo.

—No era lo que más me moría por hacer —reconoció, y la embistió bruscamente para robarle la posibilidad de contestar.

Ayane cerró los ojos para centrarse en las sensaciones que, como un oleaje violento, iban balanceando su cuerpo. Separó más las rodillas, como si así pudiera sentirlo más dentro.

Los gemidos de rendición del agente eran música para sus oídos, y al tratarse de sonidos que trastocaban la voz de quien los producía, podía pensar que su amante era cualquier otro. Así que pensó que estaba de vuelta en Washington y era Jace quien torturaba su cuerpo para desahogar la

tensión de un polvo salvaje. Pensó que estaba en el bungaló de Black Russian y era este quien la sometía con su polla y la asfixiaba con sus manos. Pensó que Califa se estaba volviendo loco con sus movimientos, movimientos que no había contemplado ni en su propia mujer. Pensó que era Rob Roy el que le gruñía guarrerías al oído. Pensó que Kingfisher por fin había encontrado una manera placentera de castigarla.

Pensó que se los estaba follando a todos. A todos a la vez. Y a todos les parecía bien.

Esa idea dibujó una sonrisa beatífica en su rostro, y con esto en la cabeza, se entregó al devastador orgasmo que llegó con una acometida especialmente profunda. Ayane presionó los ojos cerrados y lanzó un grito liberador, que confiaba en encadenar con otro si Kingfisher seguía moviéndose como si quisiera hacerle daño.

Pero el agente se detuvo de golpe.

Ella, todavía con la cabeza dando vueltas por el clímax, a duras penas atinó a lanzarle un vistazo confuso. Fue a preguntarle por qué había parado. Él resolvió la duda antes devolviéndole la mirada a caballo entre el pasmo y la traición.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho? —murmuró sin comprender.

—Black Russian —le dijo con sequedad—. Has gritado «Black Russian».

Ayane estaba todavía haciéndose a la idea de que Kingfisher había perdido la erección cuando se bajó de la cama como si hubiera echado a arder. Ella permaneció tumbada con las piernas separadas, sudando tanto que notaba las sábanas mojadas debajo de su cuerpo.

—¿Cómo? —insistió, perdida.

De pie recorriendo la habitación con zancadas airadas, Kingfisher le lanzó una mirada colérica.

—¡Has dicho otro nombre! —le recriminó, asqueado. Ayane se incorporó con la cabeza embotada y se frotó la cara húmeda—. ¿Has follado conmigo porque el otro te ha dejado con las ganas? ¿Es eso? ¿Tan hija de puta eres?

—Eh —se defendió con debilidad, ceñuda—. Tampoco hace falta ponerse así, ¿no? Hasta hacía un rato estábamos hablando, y te puedo asegurar que sabía perfectamente que eras tú.

Incluso pese a la oscuridad, Ayane vio que Kingfisher apretaba la mandíbula para reprimir un improperio.

—Eres una zorra —soltó, furibundo.

—¿Otra vez con esas? —Puso los ojos en blanco—. No eres muy original insultando a las mujeres, Fisher. Y, para que te enteres, yo no me tomo eso como una afrenta. Ni tú tampoco —añadió con un guiño juguetón—. Hace un ratito parecía encantarte.

Kingfisher no encontró las palabras para replicarle, pero no por falta de ganas.

Se quedó donde estaba, sacudiendo la cabeza en completa negación.

Ayane esperó con paciencia a que retomara la palabra. Y nada. No reaccionaba.

Lamentando la manera en que la noche había acabado, se levantó de la cama y fue hacia él con la intención de disculparse. Nada más ponerle una mano en el hombro, el agente volvió a la vida.

Y a qué precio.

Se giró hacia ella con los ojos echando chispas, y no de las que la habían hecho arder segundos atrás, y la amedrentó con el avance de su cuerpo hasta que no hubo distancia que recorrer. Kingfisher la mantuvo pegada a la pared con la que chocó agarrándola del cuello con fuerza.

—Se acabó —rechinó entre dientes—. No vas a seguir riéndote de mí. Voy a llamar a Wray ahora mismo y le voy a decir que vuelves a Washington.

Ayane puso los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Estás… —tosió por culpa de la presión de su palma— loco?

—La que ha perdido la cabeza eres tú. Da gracias que te monto en un avión y no te… —Dejó la amenaza al aire apretando los labios, pero a Ayane no le costó entenderla. Estaba apretando tanto su garganta que se atragantó con su propia saliva y empezó a revolverse para quitárselo de encima—. Y ¿sabes qué más? En cuanto llegue a la capital, le voy a contar a todo el mundo que te montaste sobre mi polla sin que yo me insinuara, y que te aparté porque las putas como tú ni me ponen, ni me merecen respeto. Le voy a contar a todo el mundo que te dedicaste a follar y a provocar al personal durante la misión; que viniste a que te abrieran el coño y no a salvar vidas inocentes. Voy a hacer que tu marido se avergüence tanto de ti que te va a pedir el divorcio y se va a mudar a otro estado.

La detallada amenaza colmó su paciencia. Echó mano de una técnica de artes marciales para zafarse de su mano. Quiso replicarle acto seguido, pero le había hecho daño en la garganta y tuvo que frotarse el cuello con resentimiento antes de lanzarle siquiera una mirada perdonavidas.

—¿Quién te has creído que eres para ofenderte por no ser el único hombre que puede complacerme? ¿El único que me gusta, siquiera? —atinó a balbucear—. ¿Te pensabas que me había enamorado de ti o algo así? Simplemente me apetecía follar, y está claro que a ti también. Por eso lo hemos hecho. ¿He dicho otro nombre? No es lo óptimo, y lo siento si te ha ofendido, pero que saques las amenazas a pasear porque he herido tu orgullo demuestra que la única zorra eres tú. Una zorra chivata, cobarde, y que además no sabe disfrutar de las oportunidades que se le presentan cuando se le presentan. ¿Qué te cuesta fluir? —añadió en un tono más conciliador.

Kingfisher escuchó impertérrito su alegato, como lo hacían aquellos que no darían su brazo a torcer así estuviesen equivocados. En un movimiento que Ayane no previó, la agarró de la muñeca y tiró de ella para empujarla hacia su habitación.

Le señaló el armario con el dedo.

—Haz la maleta. Te largas con el amanecer.

Dicho aquello, le cerró la puerta en las narices y echó la llave.

Capítulo 20

—¿Qué significa eso?

Califa señaló con un gesto de barbilla la maleta que Ayane había cargado a rastras y con la cabeza gacha desde el bungaló.

El sol alumbraría el resort de Fuego y Sangre en el transcurso de las próximas dos, tres horas. A esas alturas de la madrugada, la velada nocturna había tocado a su fin salvo por los participantes que hubieran deseado continuar la juerga en sus habitaciones.

Como era evidente, ella no había asistido. Tampoco se dejaría ver en la siguiente y penúltima noche de juegos. De ahí el tono conminatorio del organizador, que había interpretado de la forma correcta su sorpresiva visita.

No le estaba gustando un pelo lo que veía: una mujer superada por los acontecimientos.

Ayane se obligó a mantener el tipo. Lamentablemente, esa tuvo que ser la primera vez en la historia de su inestable relación que se mostró vulnerable. Así era como se sentía después de haber cedido a las órdenes de Kingfisher por mero bochorno, y a posteriori haber hablado con el mismo Wray sobre el motivo de su regreso: una vergonzosa falta de profesionalidad. El director había determinado que hablarían en cuanto aterrizara en Washington, insinuando con su tono que no le haría ninguna gracia lo que tenía que decirle.

Tal vez le aplacara saber que Black Russian se había perdido de vista y era poco lo que ataba a Ayane a la misión, lo que en cierto modo justificaba su pronta estampida.

Pero lo dudaba.

Wray no perdonaba la cobardía.

Ella tampoco se perdonaría jamás no haber tratado de convencer a Kingfisher de quedarse en Tailandia. Pero después de pensar en frío en lo que había ocurrido en el bungaló y haber considerado las acusaciones de su compañero, no todas infundadas, concluyó que había peores cargos de conciencia que haber perdido la oportunidad de destacar.

Como, por ejemplo, el de dedicar los últimos días a seguir cometiendo locuras guiada por una lascivia enfermiza.

Kingfisher era su compañero de trabajo, por el amor de Dios. Había infringido un límite que en ningún otro caso se le habría ocurrido vulnerar. Pensaba en cómo se sentiría Jace cuando le contara que se había acostado con ese tipo del que se había estado burlando vía mensajes, aquel del que le había jurado que no tendría que preocuparse, y no se le ocurría una manera de ayudarle a comprender que no le había mentido; que seguía pensando que el agente era un

asqueroso misógino y no se sentía atraída hacia él en modo alguno…, pero que se habría arrojado a los brazos de cualquiera en semejante estado de lujuriosa disociación.

Claro que eso no ayudaría a su argumento. Solo lo empeoraría. Lo último que su marido querría oír sería que se había obsesionado con otro hombre y que esa obsesión le nublaba la mente hasta un punto neurológicamente inexplicable.

—Me tengo que ir, Califa —resolvió con ambigüedad, cansada de poner su vida personal en boca de los demás.

—¿Te ha surgido algún tipo de urgencia en el trabajo? —tanteó con forzada indiferencia.

—No.

—¿Algún ser querido se ha puesto enfermo?

—Tampoco.

El organizador apoyó los nudillos sobre la mesa caoba y se inclinó hacia delante para que todo el peso de su mirada censuradora cayera sobre ella. Los anillos dorados que decoraban sus dedos eran tan voluminosos que destellaron aun parcialmente escondidos por la postura.

—¿Entonces? ¿Es que eres una mujer muy decepcionante? ¿Es eso?

El reproche, que en otro contexto la habría instado a complacerlo con mucho gusto, la puso en guardia.

—No creo que tengas ningún derecho a sermonearme porque no haga lo que tú quieres. Ya no soy tu sumisa —le recordó con la barbilla alta—. No es mi obligación responder ante tus expectativas.

—Que renuncies a tu plaza antes de tiempo es una falta de respeto hacia la organización —señaló él con una ceja alzada—. ¿Tienes idea de cuántos interesados se han quedado fuera para que tú pudieras participar?

—Ninguno de tus amigos, según entiendo —contraatacó sin despeinarse—, porque yo he venido gracias al patrocinio de Black Russian, no porque me metieras en tu limitado cupo de invitados.

Califa le sostuvo la mirada con la esperanza de que ella agachara la cabeza, pero al ver que no cedía y que ninguna herramienta de manipulación le quitaría la razón, se resignó a apretar la mandíbula y apartó la vista. Sacó del primer cajón un taco de folios grapados y lo arrojó a desgana sobre la mesa para acto seguido darse la vuelta.

—Rellena esto con tus datos, firma los papeles de conformidad de tu pronta salida y serás libre —recitó sin entonación.

Ayane vaciló bajo el umbral antes de dar un paso al frente.

El enfado de Califa no significaba nada para ella, pero la impresionó estar a un solo garabato de consolidar su fracaso. No dejaba de pensar en los comentarios malintencionados de los que sería protagonista una vez aterrizara en Washington con el rabo entre las piernas, preocupada,

además, por si Kingfisher cumplía sus amenazas a rajatabla y la difamaba.

«Pero Jace estará contigo», se recordó, y el alivio relajó sus hombros.

Solo durante un instante, porque tal vez ni siquiera le quedara su hombre una vez la cruda verdad dinamitara su confianza.

Su marido le había dado carta blanca para divertirse cuanto y como quisiera, eso era cierto, pero Ayane no perdía de vista las connotaciones de algunos de sus actos, que rayaban en la infidelidad emocional e incluso la humillación.

Lo de Kingfisher le caería como un jarro de agua fría, estaba segura.

Pero aun sospechando los reproches a los que se expondría una vez se reuniera con él, Ayane ardía en deseos de verlo para confesarle lo que había descubierto en su breve viaje: que necesitaba más de lo que el matrimonio monógamo le ofrecía, y que si bien lo amaba más que a nada ni a nadie en el mundo y le rompería el corazón renunciar a su vida juntos, no quería seguir echando en falta una libertad sexual total. Pensaba, esperanzada, que como Wray la apartaría de todos los casos futuros por su ineficacia y perdería definitivamente la oportunidad de escalar puestos en el trabajo, no sería inconcebible complacer a Jace: podrían barajar la posibilidad de tener un hijo e ir preparándose para su llegada una vez hubieran acordado sus nuevos límites.

Cogió un bolígrafo del lapicero del escritorio, de pronto impaciente por llegar a casa, y se inclinó para plasmar su identidad secundaria en el formulario. Apenas había escrito el nombre, Hayami Moore, y el número de su pasaporte falso cuando alzó la mirada para pillar a Califa observándola con fijeza.

El amo era demasiado orgulloso como para permitir que nadie que le hubiera decepcionado se marchara con la cabeza alta. No le extrañó que aprovechara la ocasión para admitir:

—No te reconozco.

Aunque el reproche le escoció, Ayane cuadró los hombros con entereza.

—Yo tampoco —confesó con un suspiro hastiado—, pero supongo que te tienes que poner en situaciones complicadas para descubrir quién eres en realidad.

—¿Y quién se supone que eres en realidad?

La sonrisa perdida de ella se fue diluyendo.

«Le voy a contar a todo el mundo que te dedicaste a follar y a provocar al personal durante la misión; que viniste a que te abrieran el coño y no a salvar vidas inocentes».

Esas palabras que había desestimado, segura de que Kingfisher exageraba, habían regresado a su mente una y otra vez para obligarla a agachar las orejas.

—Una persona que está muy verde —parafraseó a Jace con gesto contrito—. Pero eso no es algo que a ti te afecte, Califa —apostilló con renovada energía—. ¿Es que esperabas jugar conmigo? ¿Por eso estás tan ofendido?

—No. —Supo que no mentía, porque él jamás endulzaba la verdad. Luego suspiró y apoyó las

palmas de las manos sobre el escritorio, como si de pronto las responsabilidades se le hubieran hecho muy pesadas—. Pero tenía la esperanza de conocerte.

Su respuesta la sorprendió.

—¿Cómo?

—Estos años me han dado perspectiva sobre los buenos tiempos, ¿sabes? Cuando tú y yo nos paseábamos por French 75 como si fuéramos los dueños del mundo. —La mención a su primera juventud les hizo sonreír con nostalgia a ambos. La calidez del gesto de Califa se desvaneció enseguida, aun así—. Entonces creía estar siendo un hombre honrado porque te hablaba con sinceridad. Te decía lo que podías esperar de mí y lo que no, y procuraba remarcar la distancia entre nosotros.

—Me acuerdo.

—Y aunque sigo pensando que el anonimato y la frialdad funciona en algunos casos, en algunas relaciones —prosiguió con esa dificultad que solo demostraba cuando le tocaba asumir sus errores—, a ti no te traté como merecías. No eras una cualquiera. Estuvimos juntos mucho tiempo y ni siquiera me molesté en aprenderme tu nombre real. —Sacudió la cabeza—. Ahora lo pienso y me avergüenzo de haber llevado nuestros jueguecitos de rol hasta la puerta de mi casa para luego no dejarte pasar.

Ayane le sonrió con cansancio.

—No tiene sentido revolver el pasado, Califa. Lo que sucediera hace años, allí se queda. —Se incorporó con los papeles en la mano y pulsó el botón que escondería la punta del bolígrafo. Lanzó una mirada aprensiva al garabato que sellaba su marcha, y aunque la invadieron de nuevo las dudas, no se permitió flaquear—. No es nada personal entre tú y yo. No es personal con nadie. Me voy porque… —tragó saliva y se decidió devolverle la sinceridad con la que él le había hablado— porque hay una persona ahí fuera que me importa. No se merece que le haga esto.

Él, lejos de darse por satisfecho con su honestidad, meneó la cabeza, decepcionado.

—Una persona monógama, supongo. Otro animal salvaje reducido a un bonito gatito tras un implacable proceso de domesticación. —Lanzó una mirada exasperada al techo antes de fijarla en Ayane con palpable irritación—. Una domesticación innecesaria, para más inri, porque no había ningún problema contigo. Podrías haberte enamorado de alguien que te quisiera tal y como eres, ¿no crees?

Su respuesta le hundió más la espinita en el corazón.

—Tú mejor que nadie sabes lo que es el amor, Califa —replicó, aun así—. Significa ceder de vez en cuando.

—Lo has expresado de maravilla. Ceder —recalcó con una ceja enarcada—, no renunciar a

uno mismo. A lo que uno es, a lo que uno siente, a lo que uno cree. No sé cuánto tiempo has pasado fuera del circuito sadomasoquista, pero yo, que te he visto en tu máximo esplendor… —Se calló en cuanto Ayane levantó la mano para exigir silencio. No quería seguir escuchando argumentos que pudieran desequilibrarla. Califa terminó suspirando—. Solo digo que no deberías permitir que nadie te convenza de que tu forma de vida no es válida. La que tenías antes, me refiero. La que te hacía feliz. Lo he visto con mis propios ojos.

—Hay muchas formas de ser feliz —insistió a fin de convencerse a sí misma. Y lo logró. «Pero ¿hasta cuándo?», apostilló la dichosa voz interior—. No todas pasan por lo que éramos o lo que queríamos con veinte años. Se supone que evolucionamos. Que la vida nos moldea.

Califa desvió la mirada.

—Sí, puede ser —aceptó con aire distraído, como si solo quisiera aplacarla. Ayane ya había puesto rumbo hacia la salida cuando él alzó la voz para retenerla—. Oye, no creas que no lo entiendo, ¿eh? Que te marches, quiero decir. Y que tus prioridades hayan cambiado. —Fue a añadir algo más, pero no le resultó fácil porque ponía en jaque su orgullo. Juntó los puños y se crujió los nudillos antes de sonreír para su coleto, como si le hubiera embargado un recuerdo estúpido pero muy querido, y alzó la mirada para decirle con solemnidad—: Es solo que me entristecería que desapareciera la única persona que siempre me ha entendido.

Ayane fue sincera al devolverle la sonrisa, una sonrisa codificada que solo comprendían ellos dos.

Aunque no se enamoraran el uno del otro, aunque no disfrutaran de una convivencia al uso o de una relación con los cuidados mínimos, desarrollaron un lenguaje secreto que aún no habían olvidado. En el fondo, ella también se alegraba de que esa complicidad siguiera ahí, intacta. No habría soportado pensar que tiró a la basura los años que pasó dándole prioridad al hombre que tenía delante.

—Yo siempre te entenderé, Karim —le respondió con suavidad.

Él no pareció sorprendido porque conociera su nombre de pila. Su sonrisa se torció hacia un lado, agradecido porque le hubiera dado el gusto de corresponder su acercamiento y también cargado de melancolía por lo que ya no se podía deshacer.

Esa fue la imagen de Califa con la que Ayane se quedó después de cerrar la puerta.

No se encaminó enseguida a la salida del recinto. Permaneció en el sitio a las puertas del bungaló, agarrando el mango de la maleta con los nudillos blancos de tanto apretar, y cerró los ojos para convencerse de que hacía lo correcto.

Soltó todo el aire en un suspiro con el que liberaba la tensión de los últimos días.

—Necesito una copa —dijo a nadie en particular.

Arrastró su equipaje hacia el bar junto a la piscina. El recinto de ocio estaba vacío salvo por un par de participantes. Por lo visto, ellos no necesitaban descansar tras la velada de la noche anterior. Había una pareja hablando en susurros en la parte que menos cubría del jacuzzi y un hombre sentado en la barra cuya figura le resultó familiar.

Ayane soltó la maleta junto al taburete más alejado del tipo y se dejó caer con todo su peso sobre el asiento.

—Tienes muy mala cara —comentó el susodicho.

Una risa bronca brotó de los labios de Ayane. Al mirarlo de soslayo, cayó en la cuenta de que se trataba de Clericot, el sumiso con el que se había divertido la noche anterior.

El descubrimiento le fue indiferente.

Pensó en los problemas que se ahorraría si su marido pudiera leerle la mente. Jace comprendería hasta qué punto expresarse a través de su cuerpo y hallar placer en los demás era importante para ella, y, a la vez, lo irrelevantes que eran esos demás cuando se comparaban con él, con la complicidad y la rutina que habían establecido. Se daría cuenta de que no le dedicaba un pensamiento extra a ninguno de los hombres con los que se había acostado; que hacerlo había sido un capricho puntual tan divertido como inocente del que en el momento rehusaba privarse por respeto al culto del cuerpo, pero que seguía careciendo de poder para alterar en la más mínima medida lo que sentía por su marido.

—Espero que esa no sea tu frase para ligar —contestó Ayane sin girarse, centrada en los movimientos del silencioso camarero. Estaba entretenido sacándole brillo a una copa en forma de tubo cuando reparó en ella.

—No se me ocurriría siquiera aspirar a ligar contigo.

—Esa está algo mejor. Enhorabuena —le concedió Ayane con un cabeceo desganado. Le sonrió al barman como se sonreía ante las bromas privadas—: Un *black russian*, por favor.

—Marchando.

Apoyó la barbilla en la mano y cerró los ojos para huir un rato de sus cavilaciones.

Lástima que estas la encontraran antes de lo previsto.

«Ya está», pensó con amargura. «Adiós a la oportunidad de ser grande».

Se le partía el alma de pensar que pudieran cerrarle las puertas de las grandes operaciones federales por haberse acobardado, pero no veía otra salida que huir despavorida. Una cosa era intentar tenerlo todo, el marido y la fantástica reputación en el trabajo, y otra muy distinta era sacrificar lo primero por lo segundo. O lo que era peor: sacrificar lo primero para nada.

Eso era lo que más rabia le daba. Con toda probabilidad perdería su humilde categoría de agente y la confianza de Jace con el mismo movimiento, y todo por haberse encaprichado de un hombre con el que ni siquiera se había acostado.

Porque Black Russian era el verdadero peligro, no Kingfisher, no Rob Roy, no Clericot.

Se alegraba de haber sabido parar a tiempo en lo que al ruso respectaba, pero al mismo tiempo estaba llena de impotencia.

Era como ir a la cárcel por la planificación del delito, no por su consumación.

Para acallar los cargos de conciencia, se concentró en los sonidos que la rodeaban: el rumor de las corrientes de agua de la piscina, el hielo del cóctel que Clericot removía con parsimonia, el cántico nocturno de los grillos, el viento acariciando las copas de los árboles tropicales que los protegían del calor bochornoso de las noches…

La radio del minibar reproducía una canción de Miley Cyrus.

I know I do this every time
I walk the line, I play with fire
And I stop myself before the crime
(…)
But if you're looking for stable, that'll never be me
If you're looking for faithful, that'll never be me[18]

Ayane estaba escuchándola con el estómago encogido y una sonrisa amarga cuando el barman le tendió el cóctel en un vaso corto. Agradeció su rapidez con una mirada sonriente y le dio un primer sorbo. Le supo amargo pensando en el comprensible recelo con el que Jace había contemplado su implicación en la trama tailandesa. Fue a ratos impertinente al transmitirle sus dudas, pero lo hizo, que era lo importante, y ella no escuchó.

—¿No te ha pasado alguna vez —preguntó al aire justo después de echarse la melena hacia atrás, acalorada— que tomas una decisión convencido de que es la correcta y al poco tiempo la vida te demuestra lo equivocado que estabas? Todo el mundo te estaba diciendo que no estabas preparada, que la ibas a pifiar, y ahí seguías tú, erre que erre: nadando a contracorriente con el estúpido argumento de que tú sabías algo que a los demás se les escapaba. De que los demás estaban equivocados contigo y tú tenías que demostrárselo.

—Me he visto en esas más veces de las que me gustaría admitir —contestó Clericot con amabilidad. Se había girado hacia ella, pero Ayane seguía con la vista clavada en la superficie oscura del *black russian.*

—Mi padre siempre me ha dicho que confíe en mi instinto, ¿sabes? —reconoció con un hilo de voz—. A lo mejor por eso voy por la vida como si yo estuviera en lo cierto y nadie más supiera de lo que está hablando. Y la cuestión es… ¿quién nos va a perdonar por esos errores que cometemos por un exceso de soberbia? —Jugó a mover el cubito de hielo que sobresalía—.

Parece que, cuando uno cumple cierta edad, ya no merece compasión si la caga. ¿No es ridículo? —bufó—. Los adultos tampoco sabemos qué demonios estamos haciendo. Desconocemos el resultado que tendrán nuestras acciones igual que las desconoce un crío de quince años, porque eso solo lo sabe el universo. O Dios, si crees en Dios. Se supone que, como tenemos nuestras necesidades cubiertas gracias a un trabajo estable y una relación decente, hemos resuelto el lío que son nuestras emociones. Y, sin embargo, cuando una encrucijada se nos presenta, somos tan inútiles e impotentes ante ella como un niño.

—Una reflexión admirable considerando que estás en un evento de sadomasoquismo —señaló Clericot con un rastro de sonrisa divertida.

—Con las emociones a flor de piel uno se inspira más. Ve la verdad de las cosas. —Se dio un toquecito en la sien. Luego suspiró, cansada de sí misma—. Qué más da ya. Si total, me voy a largar en cuanto acabe el cóctel. Que va a ser ahora mismo —apostilló, y acto seguido vació el *black russian* de un trago largo.

Le acercó el vaso al barman, que también la había estado escuchando con aire compasivo.

Iba a sacar la cartera cuando recordó que las consumiciones estaban incluidas en el precio de la experiencia. La devolvió a su sitio, el bolsillo trasero del vaquero más corto y fresco que había encontrado, y dio una palmadita a la barra. Tuvo que pellizcarse el puente de la nariz nada más bajar del taburete, de pronto mareada.

Nunca era buena idea beber rápido cuando uno llevaba veinticuatro horas sin comer.

—¿Que te vas, dices? —repitió Clericot—. Si quedan menos de dos días, mujer. Quédate.

Ayane se acodó en la barra para mirarlo con la cabeza ladeada.

—A veces quedan dos metros para caer por el abismo. Sí, solo son dos metros de margen, pero mejor si no tentamos a la suerte dando un pasito más, ¿no? Caray, las crisis existenciales me convierten en el sabio señor Miyagi —se mofó.

—Bueno… Podría acompañarte hasta el taxi —se ofreció Clericot modestamente, también recostado contra la barra—. Incluso si el hotel es un circuito cerrado, es peligroso que una mujer ande por ahí sola a estas horas de la noche. Sobre todo en este país.

—¿Qué no es peligroso para una mujer sola? —Ayane puso los ojos en blanco. Agarró la maleta con decisión—. Te agradezco el detalle, pero prefiero despedirme a solas de Koh Phangan. En fin… Hasta nunca, supongo. —Le apretó el hombro al pasar por su lado.

Lanzó una mirada celosa a la pareja que seguía dándose carantoñas en la piscina, y por un instante imaginó que eran Black Russian y ella. Una estupidez de proporciones épicas, porque lo que había destacado al ruso era que jamás se habría prestado a esa clase de dinámica afectuosa.

No con Ayane, al menos.

Se internó en el sendero delimitado por focos que la guiaría a la salida del resort. La música proveniente de algunos bungalós la acompañó como una escolta. Sacó del bolsillo el billete de

ferry que el mismo Kingfisher le había proporcionado para asegurarse de que la perdía de vista. Se preguntó si Black Russian cogería el mismo que ella. Lo más probable era que en esos momentos estuviera sobrevolando el continente asiático en su ruta hacia Shanghái.

O que ya hubiese aterrizado.

China era famosa por numerosas razones, la mayoría positivas, pero una de ellas era el elevado índice de prostitución. ¿Con quién iría a reunirse? ¿Con una nueva incorporación? ¿Qué clase de enfermo se ponía de buen humor de pensar en tratar con una joven secuestrada y condenada al trabajo sexual forzoso?

Pero ¿y si estaba equivocada y él no era ni remotamente peligroso?

Dios sabía que Califa jamás se callaría si descubriera que una red de trata se cocía bajo la superficie de sus bienamados eventos sadomasoquistas. ¿Por qué iban a estar en el ajo el resto de los organizadores, pues?

Ayane se paró cuando ya había cruzado las puertas de salida del resort. Solo había un sedán negro aparcado en la explanada de tierra donde habría de recogerla el taxi, cuya llegada estimada rondaba las seis de la madrugada.

¿Y si se daba la vuelta? Black Russian se había marchado, y aunque a priori lo hubiera interpretado como una mala noticia, ¿no significaba eso que podría volver a concentrarse?, ¿que ya no existía el riesgo de comprometer su matrimonio? ¿Qué más daba que Kingfisher amenazara con contar algo que ella nunca se había planteado esconder de su marido? Se jactaba de haber conocido lo básico sobre el agente, y saltaba a la vista que era un cobarde. No se situaría en una posición inferior contando que se había acostado con una mujer casada, ni mucho menos después de descubrir que el marido en cuestión estaba al tanto.

Iba a girarse, colmada de la energía exuberante que acompañaba un esperanzador renacer, cuando una mano surgió entre las sombras para cubrirle la boca.

Ayane soltó el mango de la maleta y se apresuró a apartarla, pero el agresor apretaba tanto el pañuelo de tela contra la parte inferior de su rostro que supo que tirando no lograría zafarse de él. Echó mano de una técnica que había estudiado en defensa personal: bajó la barbilla hacia el pecho, ladeándola en la dirección del brazo que la había envuelto por el cuello, y desplazó la cadera en el sentido contrario para liberarse.

En cuanto se desembarazó del pañuelo empapado en cloroformo, tomó una gran bocanada de aire. Fue a escabullirse de vuelta al resort, donde dudaba que nadie se atreviera a atacarla y además podría pedir ayuda, pero el shock de toparse con Clericot truncó su huida.

—¿Qué…?

El sumiso actuó rápido tratando de bloquearle la salida con los brazos extendidos, a lo que Ayane retrocedió varios pasos, todavía instigada por el asombro. No tuvo en cuenta el desnivel del terreno y metió el pie en uno de los boquetes de la tierra. Resbaló hacia atrás y cayó sobre la

espalda.

Un latigazo de dolor le recorrió la columna, ralentizando su capacidad de reacción. Clericot aprovechó su desventaja y se abalanzó sobre ella para volver a inmovilizarla, pero Ayane se lo quitó de encima asestándole una patada en la barbilla que lo arrojó hacia atrás con un grito.

—¡Hija de puta! —balbuceó, manipulándose el mentón.

Ella fue a gritar para pedir ayuda cuando comprendió lo que estaba pasando.

Una frase de Kingfisher surcó su pensamiento como una estrella fugaz: «Si Califa no está implicado (...) ¿no crees que le habría extrañado que la chica no volviera al resort para recoger sus pertenencias? Está claro que alguien limpió su bungaló por ella. ¿Y quién lo habría hecho, sino un trabajador pagado por alguien de dentro?».

Habían contemplado la implicación de los organizadores y de los auxiliares; de los camareros, incluso, pero nunca de los propios participantes. ¿Y por qué? La inmensa mayoría de la carta de clientes actual acudía allí año tras año. Tenían acceso a los bungalós privados si su huésped puntual les proporcionaba una invitación para disfrutar de una sesión privada, además de facilidad para moverse por las instalaciones sin llamar la atención. Y lo que era más: posiblemente fueran quienes seleccionaban a las víctimas, esto en función de su aspecto y el desempeño sexual que habrían estudiado en las veladas.

Ayane rodó sobre sí misma para incorporarse lo antes posible. Con la patada había hecho sangrar a Clericot por la nariz, algo que este no esperaba porque se le olvidó que debía retenerla.

Oyó que una puerta cercana se abría y se giró, vigilando con el rabillo del ojo a Clericot. Un par de tipos elegantemente vestidos bajaban del sedán. En un primer momento, Ayane pensó que iban a ayudarla, pero cuando casi los tenía encima, retrocedió por instinto, escarmentada al toparse con sus miradas fijas.

Viendo que pretendía pasar por su lado para escabullirse, Clericot sacó del interior de la chaqueta un modelo moderno de Glock y la apuntó a la cara con el cañón.

Ayane se quedó donde estaba con las manos en alto. El corazón le latía muy deprisa, pero no le impidió sopesar fríamente sus opciones. Estaba rodeada por tres tipos, y, con toda probabilidad, cada uno de ellos contaría con un arma. Era obvio que la querían viva o ya habrían disparado. Pero también era obvio que no les importaría acabar con ella, y que preferirían enterrarla esa noche a que rehiciera sus pasos para contar lo que había ocurrido.

Podría quitarle el arma a Clericot de un rápido movimiento y enfrentarse a los demás.

«No lo conseguirías», le susurró la voz interior. «No sabes qué manejo de armas tienen los otros dos. Pueden ser asesinos a sueldo. Profesionales».

También podía dejarse llevar en el sentido literal de la palabra.

«¿No es gloria lo que quieres?», insinuaban sus insidiosos pensamientos. «¿Qué más gloria podrías pedirle a esta operación que la de regresar a Washington después de haberte infiltrado en

el corazón de la trata como una prostituta más?».

—Así me gusta, paradita y calladita —la aplaudió uno de los tipos que habían salido del coche. Se situó a su lado y le hundió la pistola en el costado para que no osara moverse. Ya había perdido su oportunidad, pensó Ayane, y no sin aprensión. Quizá, en el fondo, no hubiera podido llevarse a los tres por delante en ningún mundo—. Sigue así y no sufrirás ningún daño, preciosa. ¿Singapore? —Gesticuló hacia su compañero y señaló a Ayane con la cabeza—. No tenemos todo el día.

Un hombre de aspecto exótico se adelantó con la cabeza gacha. Apretando los labios para contener un improperio contrariado, el que brillaba en sus expresivos ojos negros, introdujo la mano en el interior de la americana y extrajo una jeringuilla hasta los topes de un líquido transparente. Alzó la barbilla transcurridos unos largos segundos, los suficientes para que Ayane comprendiera que le costaba enfrentarla, y clavó en ella una mirada turbulenta con la que tuvo la certeza de que pretendía disculparse.

No apartó la vista de su rostro atravesado por la culpabilidad, en parte porque odiaba las agujas. La lástima hacia él estuvo cerca de desbancar una emoción más potente incluso que el miedo: la esperanza de que, al final, todo saldría bien. Porque ¿quién era ese hombre, sino el eslabón débil de la cadena? Si aquel tipo la acompañaba a dondequiera que pretendieran llevársela, tendría una oportunidad de conseguir información.

Apostaba su vida a que era de los que daban su brazo a torcer y caía en el error de enamorarse de sus víctimas al tener complejo de una.

No le dio tiempo a tramar ningún plan para cuando despertara. Tan pronto como la sustancia entró en su sistema, empezó a marearse. Se le aflojaron los tobillos, se le espesó la saliva y, tan solo un segundo antes de perder el conocimiento, pensó con una sombra de respeto temeroso que había apostado a la carta correcta.

Al final, era su vida lo que podría perder si no ganaba.

Capítulo 21

Un intenso dolor de cabeza le dio la bienvenida a su nueva realidad.

Ayane gimoteó débilmente y se llevó la mano a la frente mientras luchaba por incorporarse. Notaba la boca pastosa, como cuando había dormido más horas de la cuenta, y tenía la piel insensibilizada por un frío húmedo. Al abrazarse los hombros, se percató del porqué: estaba desnuda, o eso le pareció hasta que, con un alivio inmenso, confirmó que aún llevaba el tanga.

Fue entonces cuando recordó lo que había sucedido.

Su precipitado adiós al resort. El ataque por la espalda de Clericot.

Los refuerzos refugiados en el coche aparcado pero con el motor encendido, esperando la señal de ataque.

No pudo ser casualidad que los esbirros del supuesto sumiso estuvieran allí en el momento de su marcha. Pero su desmarque de la experiencia había sido apresurado y no había avisado con antelación más que a su examante, a Kingfisher y a sus superiores. ¿Cómo les había dado pie a disponer los arreglos necesarios para secuestrarla, pues? O bien lo tenían todo preparado para llevarse a otra mujer y al verla habían cambiado la diana de espalda, o bien Clericot había escuchado cómo se despedía de Califa y había realizado las pertinentes llamadas para organizarlo todo en el último minuto.

Sabía que no podía culpar a Black Russian de la abducción. Ni siquiera estaba en la isla para cuando ella decidió irse… ¿O sí?

La bilis le quemó en la base del estómago de pensar que Califa lo hubiera orquestado. No era posible, ¿verdad? Pero ¿quién habría corrido la voz, si no?

Por más que intentó llegar al fondo de la cuestión, seguía teniendo la cabeza embotada por culpa de la sustancia que le habían administrado. No podía ser morfina. Su efecto no era tan inmediato; al menos demoraba cinco minutos en dormir al paciente. El cloroformo, como anestésico inhalado, quedaba descartado.

¿Le habrían inyectado alguna droga adictiva?

¿Una que pudiera generarle problemas en el largo plazo?

De solo pensarlo se mareó.

Un sollozo quebrado la distrajo de sus pensamientos. Tomó conciencia del lugar en el que estaba al localizar a una chica en su misma situación. Estaba desnuda y hecha un ovillo en un rincón de la habitación, presionando la espalda contra la pared como si así pudiera derrumbarla para huir de su destino.

No era su única compañía. En el otro extremo de la estancia, un par de jóvenes de edad similar se habían cogido de la mano para enfrentar con coraje lo que quiera que estuviese por venir.

Ninguna de las tres fue consciente de que Ayane acababa de despertarse. Tampoco de que había otras personas en la habitación. La oscuridad impedía apreciar el entorno en condiciones dignas, pero la realidad era que no había mucho que ver. El cuarto carecía de muebles, elementos decorativos o siquiera ventanas. Las paredes eran muy representativas de la decadencia del tugurio, que apestaba a humedad: las goteras habían ido desconchando la pintura hasta componer un cuadro de brochazos blancos y cemento gris. Lo único que las separaba de la libertad era una puerta blindada que recordaba a la de los submarinos. Debía de pesar un quintal, y Ayane apostaba por que perdería la mano en el empeño de romperla.

La chica que había estado sollozando entró en pánico y comenzó a hiperventilar. Se abrazó las rodillas, temblando, y se pegó los labios al brazo para que no la entendieran al balbucear en castellano:

—Por favor… por favor… No me quiero morir. No me quiero morir.

Ayane se estremeció al escucharla. Su voz interior, que cada vez quedaba más claro que estaba contra ella, repitió sus palabras en tono de advertencia: «Tú tampoco te quieres morir, querida. Tú también tienes miedo, y, sin embargo, mira dónde estás. No sabes qué te van a hacer. No puedes escapar. No eres tan lista como tú crees».

Se negó a permitir que el horror entorpeciera su objetivo de hacer algo, lo que fuera, y se aferró a la adrenalina que empezaba a espabilarla para ir hacia la joven. Se agachó ante ella y trató de cogerla de las manos. Esta reaccionó como era razonable, considerando que no conocía el lugar o la compañía: respingó e intentó deshacerse de su contacto.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Soy como tú —susurró en su idioma, utilizando un tono conciliador. Quiso sonreírle, pero tenía los labios cuarteados por la sequedad de la boca y el frío y le dolieron las llagas que se le habían formado en las comisuras—. Estoy aquí contigo, ¿de acuerdo?

La chica la miró a los ojos con justo recelo. Pero estaba desesperada y, además, acababan de hablarle en castellano. Debía de ser la primera vez que lo hacían desde que estaba allí, porque se le iluminó la cara y en otras circunstancias se habría arrojado a abrazarla.

Nada significaba tanto para un extranjero como que se dirigieran a él en su lengua materna. Le hacía sentir comprendido, escuchado, acompañado.

Ella asintió en sumo silencio, reconociéndola así como aliada, y Ayane le agradeció su voto de confianza secándole las lágrimas con los pulgares.

Se había percatado ya en un primer vistazo de que las chicas eran más jóvenes que ella. Rondarían los dieciocho, veintidós años a lo sumo, y eran innegablemente atractivas, solo que

cada una a su manera. Venía sospechando que la trata no buscaba un modelo de mujer para sus propósitos: no existían bellezas más distintas entre sí que las de Jaylani y Amelia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en voz baja.

—Gi… Gisela.

—¿Y de dónde eres, Gisela? ¿América Central? —probó, pensando en su acento. La chica asintió con todo el entusiasmo que podía permitirse en aquel sótano. Ayane esbozó lo más parecido a una sonrisa y continuó en inglés—. Eso me ha parecido al oírte. ¿Cómo has acabado aquí?

El rostro de la muchacha se ensombreció.

Nada le habría gustado más que ganarse su confianza deteniéndose a charlar como si hubieran quedado para pasear por el centro comercial: discutir las costumbres de su país natal, distraerla con recuerdos de la infancia…, pero no sabía de cuánto tiempo disponían antes de que alguien abriera la puerta.

—Aquí ¿dónde? —oyó que preguntaba una de las otras chicas, una morena con flequillo. Tenía un marcado acento eslavo y el labio inferior partido. Cada palabra salió disparada de su boca como una bala—. ¿Sabes dónde estamos?

—No —reconoció Ayane con tristeza—. Me trajeron inconsciente y no pude fijarme ni en el recorrido del vehículo, ni en la gente que me abdujo.

—A todas las *trayeron* inconscientes —le explicó la misma morena en un inglés rudimentario —. Yo fui la primera en llegar, así que he visto cómo el mismo tío os iba soltando como si fuerais sacos de carga.

—¿El mismo tipo? ¿Cómo era?

—Alto. *Mareno*. Con rasgos asiáticos. Uigur, a lo mejor… o tailandés.

Podía tratarse del eslabón débil, pensó: el hombre doliente que se aseguró de dormirla antes de realizar el traslado. Ayane habría jurado que colaboraba con los traficantes de manera recurrente y simplemente no se había hecho el cuerpo aún.

—¿Ninguna de vosotras viene de Tailandia? —preguntó Ayane en voz alta.

—Yo cabal aterricé en España. Me vine de Guate porque me prometieron un buen trabajo en la costa de Valencia —explicó Gisela entre sollozos—. El tipo con el que mi mamá habló para conseguirme el puesto me recibió en su depa, me pidió que le diera mis papeles para confirmar que era yo, y… y le hice caso, porque no se me ocurrió que fuera sospechoso. Se los quedó y me dijo que ya me los iba a devolver después si no pasaba el día de prueba. Y el día de prueba fue…

Se calló, superada por un recuerdo bochornoso.

—Yo estaba con mi novio de vacaciones en un hotel cuando desperté aquí —reconoció con un hilo de voz la pelirroja teñida, que sí hablaba un inglés perfecto: un inglés de academia con opción de intercambio internacional que solo las familias con dinero podían permitirse. Seguía

aferrada a la mano de la morena del flequillo como si le fuera la vida en ello. Esbozó una sonrisa frágil—. Me regaló un viaje a Bali para celebrar nuestro primer año juntos. Estaban siendo unas buenas vacaciones —añadió con un hilo de voz.

—¿Y tú? —inquirió Ayane, mirando a la morena.

Esta sonrió con una fría resignación que no había visto en nadie antes.

—Mi padre *me fue vendido* a la trata. Tan simple como eso. Necesitaba pasta, y las putas ucranianas son un gran reclamo en todo el mundo.

Acto seguido, se giró hacia la pelirroja para secarle las lágrimas de las mejillas, como si su propio dolor no fuera importante.

—Entonces… ¿sabes dónde estamos? —inquirió Ayane—. ¿A ti sí te trajeron con los ojos bien abiertos?

—Sé que me metieron en un avión a Bangkok porque le *oyí* decirlo a uno de ellos. Pero no me pareció que mi estancia allí *fuere* a ser definitiva. Hablaron de la ciudad en términos de punto de encuentro, de parada técnica, ¿me explico? De todos modos, no estoy muy segura de que *esteremos* aquí. Desde que me sacaron de mi casa hasta que llegué, me han dejado inconsciente varias veces por haberme resistido —apostilló con un sarcasmo afilado. Se rodeó la mandíbula con la mano y la manipuló como si la tuviese desencajada—. Puede que tuvieran las de ganar desde el principio, pero no se lo iba a poner fácil a ninguno de esos *ublyudki*[19].

Incluso si no hubiera lucido una escalofriante colección de cardenales en piernas, brazos y vientre, lugares en teoría más discretos para dejar marcas de violencia, Ayane la habría imaginado resistiéndose con garras y dientes al secuestro.

Las mujeres de los países eslavos eran duras por naturaleza.

—Soy Oksana, por cierto —añadió con una sonrisa pretendidamente simpática que, sin embargo, exudaba agresividad—. Ella es Birgit.

Ayane asintió con la cabeza y se puso a pensar en las posibles conexiones. No veía el parecido físico entre las cuatro. Tampoco tenía claro que el patrón fuera geográfico. Una venía de Indonesia, otra de España, una tercera de Ucrania, y ella, de Tailandia. Cada una había sido arrancada de los brazos de su familia en un punto distinto del globo.

Solo el destino era el mismo: una de las ciudades con mayor tráfico sexual del mundo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Oksana? —continuó preguntando. Se había aferrado a su condición de agente para no sucumbir a la desesperación que se palpaba en el ambiente.

«No, no soy como ellas. Yo sé artes marciales. Yo sé a lo que vengo», se había obstinado a repetir en bucle.

—No tengo ni idea. Pero como no me *hemos* dado de comer ni una sola vez y tampoco tengo hambre, supongo que entre doce y treinta y seis horas. No te molestes en intentarlo —añadió al

ver que Ayane se levantaba para husmear alrededor de la puerta—. No se va a mover. Te lo digo por experiencia. —Le enseñó un cardenal en la muñeca derecha.

Ayane se había propuesto intentarlo a su manera, pero no se le presentó la oportunidad. El chapoteo de unos pasos impacientes bajando las escaleras encharcadas al otro lado de la habitación alertó a las chicas.

A ella no le dio tiempo a regresar a su rincón. Fue la primera de las víctimas con la que dos tipos de aspecto inquietante se toparon al abrir la puerta. El primero era robusto y no particularmente alto. Tenía la barriga descolgada, el rostro salpicado de cicatrices de la viruela y le faltaba media oreja. El que le seguía en un discreto segundo plano debía rozar el metro noventa, pero trataba de hacerse invisible agachando la cabeza hacia la caja que cargaba en brazos.

Le sonó familiar.

¿Sería el que la había secuestrado? No era posible. Si la red de trata se extendía por todo el mundo, o al menos por Asia y Europa, le extrañaría que tuvieran a los secuestradores realizando también tareas tan mundanas como alimentar a las víctimas.

La clave del éxito siempre había sido la especialización: la delegación de labores muy concretas a los expertos en el tema, pensó con sarcasmo.

—Mira —señaló el bajito con una risa burlona. Apuntó a Ayane con un gesto de cabeza—, siempre tiene que haber una que proponga intentar huir, ¿eh? Anda, monada, siéntate, que no vas a llegar muy lejos.

Fue a abrir la boca para quejarse, pero el tipo se recreó en su desnudez con una mirada de arriba abajo y ella se sintió tan incómoda que enmudeció. Se cubrió los pechos en un gesto protector con el que le costó reconocerse.

Su comportamiento no le gustó un pelo al cabecilla. Sacó una pistola de entre el hueco del vaquero, donde había estado asomando a modo de advertencia, y la apuntó a desgana con el cañón ladeado.

—Las tetas donde pueda verlas, ¿estamos? No te tapas a no ser que yo te lo diga.

Ayane vaciló un segundo antes de obedecer, pero se aseguró de hacerle saber lo que pensaba con una mueca desdeñosa. Al bajito no le complació su lenguaje no verbal y, en lugar de bajar el arma, se acercó para clavársela en el cuello.

—Más te vale comportarte de otra manera con tus clientes. Ahora mismo no pagarán por ti ni el salario mínimo, pero se siguen mereciendo algo mejor que esa cara de acelga.

—Kamon —lo llamó el compañero con la voz grave. Era la primera vez que lo escuchaba hablar. «Singapore», recordó. Lo habían llamado Singapore—, déjala en paz, ¿quieres? Las órdenes están claras. Comen, se asean y las subimos. No hace falta montar un espectáculo.

—Sí, Kamon, no hace falta montar un espectáculo —convino Ayane en tono retador.

Al aludido no le hizo ninguna gracia que se empecinara en quedar por encima. Presionó aún más el cañón de la pistola contra su cuello. Ayane tuvo que retroceder un paso para poder respirar.

En vez de agachar la mirada, soltó una carcajada histérica. La experiencia de sentir el frío cañón del arma a la misma altura que el pulso le agitó la respiración. Miró a Kamon con un amago de sonrisa socarrona, preparándose para desarmarlo de un golpe imprevisto; de los primeros que había aprendido en el centro de entrenamiento. Pero entonces pensó que aún no se había hecho valer como mercancía. Si se rebelaba durante las primeras horas, ni a él ni a su compañero les importaría apretar el gatillo.

No estarían perdiendo a una trabajadora de calidad. Solo a un perro desobediente.

Había otros inconvenientes que considerar, además. Sabía que podría reducir a Kamon y al otro tailandés sin despeinarse, pero ¿y si la esperaban doce como ellos nada más subir las escaleras? Tenía la maña de su parte, mas no la suerte y, definitivamente, tampoco el número.

Se resignó a levantar las manos en una vaga señal de rendición, aferrándose a la esperanza de imponerse en un futuro cercano, y volvió a tomar asiento en el suelo húmedo.

—Eso está mejor, zorrita. Mucho mejor.

Singapore se adelantó con la caja aún entre las manos. La dejó en el centro de la estancia y se acuclilló para sacar sándwiches mixtos envueltos en plástico, botellas de agua mineral, toallitas individuales con olor a limón, perfumes aceitosos con aplicador *roll-on*, cepillos para el pelo y los dientes, ropa interior limpia de una sola talla… Les tendió también un paquete con básicos de maquillaje: pintalabios, rímel y lápiz de ojos, los tres en un pack sin abrir con etiquetas comerciales que alguien debía de haber comprado al por mayor.

Ayane no pudo contener una risotada incrédula. Fue a preguntar si tanto les preocupaba que las chicas se sintieran guapas durante su lamentable encierro, pero entonces cayó en lo que había dicho unos segundos atrás.

«Comen, se asean y las subimos».

Subirlas ¿a dónde? ¿Con quién? ¿Para qué? Eran dudas absurdas. Sabía de buena tinta la respuesta. Tal y como había previsto durante el secuestro, estaba en el corazón de la red de trata que por fuerza tenía que haber abducido a Amelia y a Jaylani. No podía preguntar a las nuevas incorporaciones por ese par de nombres, pero si en algún momento se relacionaba con veteranas, podría llegar al fondo del asunto.

Mientras desenvolvía el plástico del bocadillo, que por supuesto no se arriesgaría a probar, Ayane se fijó en el físico de los implicados, confiando en que esto la ayudaría a identificarlos una vez estuviera en casa.

Era curioso cómo, en una llamativa mayoría de los casos, los criminales lucían tatuajes o cicatrices aparatosas que les hacían muy flaco favor a la hora de pasar desapercibidos. Además

del rostro marcado por la enfermedad, Kamon tenía un dibujo grabado en el lateral del cuello. El tiempo y las subidas y bajadas de peso bruscas habían diluido el diseño de un elefante asiático que, en un principio, habría sido excepcional.

Seguramente pretendió lanzar un mensaje con su elección de tatuaje. En la cultura tailandesa, el elefante representaba la realeza.

El otro también coleccionaba tatuajes, estos en blanco y negro. Eran bastante más recientes y estaban mejor cuidados, en parte porque no debía de haber cumplido los treinta años siquiera; así lo delataba su piel tersa y brillante. La comisura de uno de sus ojos negros lloraba una lágrima de tinta cuyo significado Ayane conocía de haber tratado con criminales antes: podía simbolizar tanto la vida carcelaria como un asesinato. Llevaba, además, un *piercing* en la ceja y un arete en la nariz, accesorios que le harían un muy flaco favor si en algún momento una prostituta rebelde o un compañero lo golpeaba en la cara.

Por desgracia, no podía fiarse de los complementos temporales para más adelante crear un retrato robot. Lo que sobre todo necesitaba era un nombre completo que acompañara a su imagen.

«No. Lo que necesitas es salir de aquí», insistió la voz interior, que no había dejado de gritar en un alejado rincón de su mente para hacerse notar. Ayane la silenció de nuevo y barrió la habitación con la mirada para centrarse en cualquier otra cosa; lo que fuera menos el miedo que se iba adueñando de su ser.

Las mujeres. Ellas eran lo primero. Tenía que averiguar más datos de las jóvenes para echarles una mano cuando lograra liberarse. Gisela era la guatemalteca con el cabello decolorado, la nariz chata y la mancha de nacimiento en el cuello; Oksana, la ucraniana con los incisivos centrales separados y los ojos azules. Birgit debía de ser centroeuropea por su nombre de origen austriaco y sus rasgos caucásicos. Tenía el rostro salpicado de pecas.

No permitió que ningún pensamiento interrumpiera la toma de notas. Por el momento estaba logrando mantener la calma. Reservaba para más adelante la adrenalina que la instaba a forcejear con sus captores, porque si no era ella quien mantenía la cabeza fría, ¿quién? Alguien debía hacerse cargo de las vidas de las otras tres criaturas, y esa era su responsabilidad ahora.

Cerciorarse de que regresaban a sus casas sanas y salvas.

—¿No comes? —le preguntó Kamon al ver que no probaba el sándwich. Ayane levantó la mirada hacia él con gesto neutro—. ¿Qué pasa? ¿Crees que lo hemos envenenado? —El tailandés puso los ojos en blanco—. Tú sabrás lo que haces, cariño, pero no te garantizo que vayas a volver a comer dentro de tres horas. Vosotras —llamó a las otras, que sí daban buena cuenta del almuerzo: Gisela llorando en silencio, Birgit ansiosa por acabarlo y Oksana alternando pequeños mordiscos con pausas indiferentes para no demostrar que había estado anhelando ese momento—. Poneos guapas. En cinco minutos salís a hacer lo propio.

Oksana gruñó por lo bajo algo que cualquiera podría haber traducido como un insulto. Tuvo la mala suerte de que Kamon la escuchara, la que sin duda había sido su intención. Este no hizo de rogar su respuesta: le propinó una fuerte patada en las costillas que dobló a la ucraniana por la mitad. La inercia del golpe le hizo soltar el sándwich, que aterrizó en el suelo sucio.

Oksana se quedó quieta en el sitio, agarrándose el costado dolorido. Su mirada impotente fue a parar a los restos de la comida.

Ayane se levantó para ofrecerle su emparedado, pero Kamon la apuntó con la pistola.

—Tú quédate donde estás. Y si no quieres más, ya me lo termino yo. —Le arrancó el emparedado de la mano y le dio un generoso mordisco antes de abandonar la estancia con paso orgulloso, canturreando una melodía comercial.

Las chicas se quedaron a solas con el silencioso ayudante, quien, una vez vació la caja, se apoyó de pie contra la pared más lejana para ofrecerles intimidad sin dejar de vigilarlas.

Gisela fue la primera en limpiarse la cara con una de las toallitas y prepararse para la acción. Fue desolador verla aplicarse la máscara de pestañas sin dejar de llorar. Después de observarla refugiada en un silencio fúnebre, casi inconsciente, Birgit siguió su ejemplo y procedió a cepillarse la melena pelirroja.

A Ayane le habría encantado apoyar a Oksana en su decisión de rebelarse, pero debía subir y ver con sus propios ojos dónde las habían encerrado. Le dirigió una mirada de disculpa por no acompañarla en su manifestación de principios. Se limpió las axilas con una toallita, se lavó la cara con otra y se cambió la ropa interior.

Oksana, más por miedo a quedarse sola que porque hubiera entrado en razón, se resignó a obedecer momentos antes de que Kamon regresara con las manos ocupadas. Una aferraba la pistola, y con la otra zarandeó en el aire una bolsita de plástico con un polvo blanco.

—¿Hay alguna tímida en la sala? Porque tengo aquí la clave de su éxito. Creedme, se os hará más llevadero y tendréis más energía.

—No lo aceptéis —replicó Ayane en voz alta. Singapore la miró entre expectante y aprensivo, curioso por saber qué iba a decir pero lamentando las consecuencias que tendría haber hablado sin permiso—. Eso de que la cocaína ayuda a tener sexo es un mito urbano. Os puede volver agresivas, y lo último que queréis es acabar con una adicción que…

Kamon la interrumpió propinándole un bofetón con el cañón de la pistola. Ayane no lo vio venir y durante un instante hasta perdió la conciencia del lugar donde se encontraba. Se habría caído hacia atrás por el impulso del golpe si Gisela no la hubiese agarrado a tiempo.

—¿Qué coño haces? —gruñó Singapore. Le arrebató la pistola de un tirón violento y lo amenazó con ella sosteniéndola muy cerca de su rostro—. ¿Cuántas veces te tienen que decir que no les pegues, y menos todavía en la cara? Ya está bien con las gilipolleces. Como no la elija ninguno de los clientes por el verdugón en la mejilla y Mekhong se entere de que se lo has

dejado tú, te va a desollar vivo.

«Mekhong», repitió Ayane.

¿De qué le sonaba ese nombre?

Un recuerdo no muy lejano de una conversación con Califa la espabiló. Había tenido lugar en Vesper's, cuando le mencionó que los coordinadores del mundillo BDSM se repartían los territorios. Había nombrado a Black Russian, a Arak y a Mekhong. Este último era el encargado de la organización internacional en Asia Oriental.

Era posible que, al final, sí estuvieran en Bangkok, y que la cúpula organizativa de Fuego y Sangre estuviera en el ajo.

Mekhong como mínimo.

«¿Califa y Black Russian también?», se preguntó, sintiéndose de pronto enferma.

—Perdona, Singa —murmuró Kamon con las manos en alto—. Es que me dejo llevar.

—Haz tu trabajo y no me jodas, ¿estamos? —zanjó el otro en un giro de los acontecimientos. Entonces era Singapore quien tomaba las decisiones, no Kamon. El joven tailandés se dirigió a las chicas, que habían presenciado el intercambio con el aliento contenido, y gesticuló hacia la puerta con impaciencia. Cuando habló, lo hizo en tono conciliador—: No os recomiendo hacer ninguna estupidez por el camino. El edificio está infestado de guardias de seguridad y hombres de nuestro círculo. Es imposible salir. Intentarlo es una muerte segura.

Más que como una advertencia para asustarlas, a Ayane se le antojó una humilde petición, como si su objetivo fuera preservar sus vidas intactas. ¿Y qué tendría eso de generoso o insólito? No habían sido secuestradas para obtener a cambio de su liberación una cuantiosa recompensa. Querían convertirlas en fuerzas de trabajo. De poco les servirían muertas.

Si no les cubrieron los ojos o la boca ni les ataron las manos, tenía que ser porque Singa estaba en lo cierto y allí no encontrarían a nadie por la labor de ayudarlas. Tampoco había puntos flacos o rincones descuidados, como Ayane pudo comprobar una vez llegaron al final de las escaleras y cruzaron un pasillo alfombrado. Tenía aspecto de alojamiento, y no de motel de carretera o burdel de los suburbios, como pudo pensar en una primera instancia. Los corredores estaban decorados con gusto, siguiendo el estilo oriental marcado por el minimalismo, e iluminados por focos modernos.

A los costados del pasillo destacaban las habitaciones numeradas, a través de las que Ayane atinó a escuchar gemidos, el sonido de azotes y murmullos sugerentes.

Gisela tragó saliva y cerró los ojos para concentrarse en su propia respiración. Por primera vez, Ayane se preguntó cómo sería estar en sus zapatos. No sentía que se hallaran ni de lejos en la misma situación, y era esto mismo lo que la salvaba de caer en la desesperanza: que ella guardaba un as bajo la manga. Había sido entrenada para lidiar con criminales como Kamon,

también con los aparentemente inofensivos y los más listos de la cuenta.

Y lo que era más, sabía defenderse de los abusos físicos.

Pero ¿qué tan desamparada se sentiría aquella niña de veinte años que había abandonado su país y todo lo que conocía con la ilusión de empezar de nuevo en una región europea?, ¿y qué había de Birgit, a quien con toda probabilidad su novio, su ser más querido, habría vendido a la trata? ¿Y Oksana? Si su familia la había sacrificado sin pestañear, ¿sentiría que tenía un lugar al que volver en el caso de escapar, o creería que estaba ante el final de su vida y de sus oportunidades?

¿Siquiera su vida habría empezado alguna vez, considerando que ni su propia sangre la había protegido?

Si la comparaba con la de las demás, la explicación que había llevado a Ayane a aquel agujero negro resultaba cuanto menos bochornosa. Injusta. Una forma de insultar al resto de las víctimas.

Singapore abrió la única puerta sin número y se apartó a un lado para que las cuatro pudieran pasar. La primera en entrar fue Ayane, lo que le permitió recibir con toda la fuerza de su intensidad las miradas de los hombres que había desperdigados por el lujoso salón. Se asemejaba al cómodo recibidor de un hotel de cinco estrellas, con sus bonitos *chaise longues* y sillones orejeros a juego con las alfombras persas y el decorado asiático. Contaba con todo lo que un grupo de caballeros, la mayoría vestidos y repeinados para la ocasión, podría desear: un barman sin ojos ni boca que se limitaba a ir y venir del minibar para servir copas con diligencia y una televisión en la que estaban retransmitiendo un combate de *muay thai*.

Si le había cabido alguna duda de dónde estaba, esta se disolvió enseguida. El *muay thai* era el deporte nacional en Tailandia, un estilo de boxeo letal. La arquitectura confirmaba el resto: los cuadros pintados a mano con acuarelas plasmaban imágenes de templos y árboles de la vida, tópicos recurrentes en el arte de la zona, y combinaban los livianos tapices japoneses con palillerías de madera y estores de lino.

Kamon intercambió unas palabras con los presentes en su lengua materna. Ayane se concentró en el movimiento de sus labios por si acaso algún término o nombre propio le sonaba familiar.

No hubo suerte.

Jamás se le había ocurrido estudiar en profundidad idiomas tan complejos y poco hablados a lo ancho del mundo. Pero, aunque lo hubiese hecho, no habría podido quedarse largo tiempo tratando de traducir el contenido de la conversación, que, de todos modos, podía deducirse por contexto: una a una, Singapore fue presentando a las chicas ante el cliente que las hubiera señalado con palpable lujuria.

En cuanto las tres primeras estuvieron colocadas, las hizo desaparecer por una puerta situada tras un biombo. Todas ellas marcharon escoltadas por Kamon, que, tras conducirlas a su destino,

regresaba con buen ánimo para acompañar a la siguiente.

Ayane fue la última en ser dirigida a través del salón. Aun muerta de miedo e incertidumbre, lo abandonó con una incomprensible sensación de agradecimiento.

Estaba acostumbrada a la lujuria de los hombres y creía saber hasta dónde llegaban sus ansias sexuales, pero nunca antes se había sentido tan violenta en presencia de un grupo. Aunque la desnudez solía empoderarla y era lo bastante segura de sí misma para repetirse en contextos eróticos que, incluso sin prendas, era quien tenía la sartén por el mango, allí sabía que no era más que un trapo sucio con un propósito. Un propósito ilegítimo, deleznable, que se materializó antes de lo esperado: en el preciso instante en el que el Kamon cerró la puerta tras ella y la dejó a solas con el cincuentón asiático que la había apuntado con el dedo.

En lugar de fijarse en él, y a fin de parecer más indiferente que aterrada, Ayane dio un paseo apreciativo por la habitación. Así favorecería la circulación de la sangre, que se le había concentrado en los pies. El corazón se le encogió al reparar en que no había un solo elemento sórdido que sirviera de pista para adivinar que eran prostitutas las que frecuentaban aquella cama. Parecía una habitación de hotel como otra cualquiera. De hecho, se asemejaba a una que había compartido con Jace durante unas vacaciones en Yakarta.

«Oh, Jace», pensó con el estómago revuelto. No había podido acordarse de él por culpa del ajetreo de los últimos acontecimientos. Cuando notó la mano desconocida sobre el hombro, se dijo que era su deber proteger el recuerdo de su marido de lo que estaba pasando y lo empujó al fondo de su mente, donde nada ni nadie pudiera mancharlo.

—¿Te encuentras bien? —vaciló el tipo en un inglés con acento marcado pero inteligible. Tenía el rostro enrojecido, más por el esfuerzo que los hombres con sobrepeso debían imprimirle a cualquier mínimo ejercicio que porque le avergonzara pagar por sexo. Se puso la otra mano en el pecho—. Soy Lawan.

Ayane se giró para mirarlo bien. A pesar de llevar un traje caro y el cabello engominado hacia atrás, detalles simbólicos de una riqueza incontestable, tenía la expresión bondadosa de un hombre sencillo.

¿O se estaba autoengañando con tal de no temerle?

—Kir Royale —se presentó con parquedad.

Se inclinó sobre él para darle un casto y prolongado beso en la mejilla.

Aunque no llegó a ruborizarse, la iniciativa dejó al tailandés sin saber qué hacer.

«Es la primera vez que hace esto», comprendió Ayane. Ya se lo había advertido el gesto nervioso de sus manos. No dejaba de doblar los dedos y comprimirlos en un puño indeciso, y había sudado de forma profusa incluso antes de entrar en la habitación.

—¿Kir… Royale? —repitió con dificultad—. ¿Como el cóctel?

—Ajá. —Sin dejar de vigilarlo por si resultaba ser un falso tímido, Ayane dio unos pasos

atrás y tomó asiento en el borde de la cama. Se cruzó de piernas despacio, consciente de que el hombre seguía sus movimientos con fijación, y apoyó las palmas a cada lado de las caderas—. Las amas sadomasoquistas tenemos nombres en clave.

—¿Amas sadomasoquistas? —Una nota de admiración se filtró en su voz.

Ayane se permitió tener esperanza.

—Mm. ¿No te lo han dicho? —Enarcó una ceja con premeditada sorpresa—. Puedo hacerte lo que tú me pidas, por supuesto —añadió por si acaso—, pero esa, querido, es mi especialidad… Y corrígeme si me equivoco —se arriesgó a continuar—, pero tengo la impresión de que eso es lo que quieres.

—¿Qué quiero? —murmuró, sugestionado por su tono de voz.

No se atrevió a mover una pestaña.

Ayane curvó los labios en una sonrisa ladina… y también sincera. ¿Sería posible que hubiera tenido la suerte de salir elegida por el único tipo que no era un putero consumado?, ¿el único con alma de sumiso, o al menos lo bastante manipulable para librarse de una experiencia desagradable?

—Creo que quieres que te dominen, Lawan —señaló quedamente. Para inducirlo a convenir con ella, estiró una pierna y le rozó la bragueta con los dedos de los pies descalzos—. Y tiene sentido… —Ladeó la cabeza para admirarlo con interés—. Fíjate en tu corbata, en la calidad de tu chaqueta, en tus pantalones ajustados a medida… Apuesto a que eres un hombre que en su día a día se dedica a dar órdenes y que, para variar, le gustaría acatar alguna. No viniendo de cualquiera, claro está. Solo de la persona que tú eligieras.

Lawan se pasó una mano por el pelo negro. Había repetido el gesto un par de veces. En su juventud debía de haber tenido una densa cabellera. Lástima que hubiera empezado a clarear por detrás y las entradas hubieran ganado terreno ampliándole la frente brillante por el sudor.

—La verdad es que si tuviera que obedecer a alguien —admitió en voz baja—, preferiría que fuera a una mujer tan bonita como tú.

Ella fingió sentirse halagada con una sonrisa encantadora. Aprovechó que él se había acercado a su manera discreta para facilitarle el contacto y empezó a mover el pie para estimular su erección. Procuró ignorar la situación física que se traía entre manos, o en todo caso consolarse con que no era ni de lejos tan violenta como podría haber sido.

Se centró en la conversación.

—¿Cómo de bonita?

—Como el sol. Como las estrellas —respondió con rapidez.

—¿Y como para arrodillarte ante mí?

—Sí.

—Pues hazlo. —En un movimiento atrevido, Ayane subió el pie para empujarlo por el pecho.

Por un instante, temió que Lawan reaccionara con la violencia Kamon, pero este, con la respiración agitada, se apresuró a ponerse a cuatro patas sobre la alfombra.

Entornó los ojos para contemplar su postura sumisa con un regocijo malicioso. El corazón se le aceleró de pensar que pudiera incluso disfrutar de una sesión sadomasoquista con un putero. Sería la primera vez que humillaba a alguien que se lo merecía.

—¿Te gustan mis pies, Lawan? —inquirió en tono meloso. El tipo alzó la cabeza para aferrarse enseguida a uno de los tobillos que Ayane le ofreció con aire condescendiente.

—Sí. Sí… —La emoción le entrecortaba el aliento—. Me encantan.

—Demuéstramelo.

El tailandés le dirigió una mirada cristalizada por el deseo, la clase de mirada que una sadomasoquista con experiencia reconocería en cualquier parte. Lawan carecía de autoestima. En lugar de pagarlo a golpes con las mujeres que frecuentaba, como solía ser habitual, era de los que, en cuanto el ardor del orgasmo se diluía y podían pensar con claridad, se sentían mal por haber solicitado sus servicios.

Lo llevaba escrito en la cara, pero se lo confirmó lamiéndole la planta del pie en busca de la aprobación de su ama. Ella reprimió una risa histérica por las cosquillas y por el acceso de bilis que la sobrevino pensando en lo sucios que los tendría.

Mantuvo el gesto inexpresivo mientras él se deleitaba con el ofrecimiento.

—¿Cómo te llaman en el trabajo, Lawan?

—Me llaman señor Saetang.

«Lawan Saetang», apuntó para sus adentros. Podría ser un testigo magnífico una vez el operativo federal lo abordara en su propia oficina para acusarlo de codearse con proxenetas e interrogarlo acerca del lugar donde acudía a satisfacer sus necesidades. Incluso existía la posibilidad de que lo metieran entre rejas por su contribución al negocio más antiguo del mundo. Al final, la prostitución era ilegal en Tailandia.

—Aquí no eres el señor Saetang. —Apartó el pie y lo utilizó para empujarlo con un desdén que no tuvo que fingir—. Aquí eres mi esclavo.

—Sí, sí… ¿Qué quieres que haga por ti, Kir Royale?

—Quiero ver cómo te acaricias —improvisó.

Sus ojos despidieron un brillo complacido.

—¿Podré ver yo cómo lo haces tú?

—Solo si te corres cuando te lo ordene —respondió tras una pensada veloz. Nada le gustaba más a un hombre que un reto—. Si lo haces antes o después, te quedarás sin la recompensa.

Aunque fue un tiro muy largo suponer que Lawan se mostraría conforme, dio en el blanco. El tipo asintió con vehemencia y se quitó torpemente el cinturón y los pantalones.

Ayane había disfrutado de suficientes sumisos para saber que a la mayoría les encantaba que

su dominatriz los viera masturbarse, y no encantadas, sino asqueadas con la visión. No existía fantasía más recurrente entre el público masculino que la de violentar a una mujer con su morbo; por desgracia, no solo dentro del circuito sadomasoquista.

Lawan ya estaba duro antes de empezar a masturbarse. Ayane dirigió los tiempos de forma implacable, primero observándolo con fijeza, con una leve sonrisa desdeñosa, y después caminando a su alrededor como si pretendiera puntuar su técnica.

Él sudaba por los nervios y las ansias de satisfacerla y se corrió antes de lo previsto.

Ella, temiendo que se indignara con su negativa a ofrecerle un espectáculo similar, anunció que se apiadaría de su patetismo pese a haberla decepcionado. Pero fue el propio Lawan el que se negó en rotundo a ser recompensado con una indulgencia que no se había ganado, y en su lugar pidió que le azotara por ser un lamentable gusano.

Media hora después, el tailandés se marchaba con una sonrisa ufana de niño travieso por una puerta distinta de por la que había entrado, y no sin antes haberse deshecho en reverencias hacia ella.

En sus palabras, le había pagado lo que consideraba que había costado el encuentro.

Ayane se quedó de una pieza al ver diez mil bahts, lo equivalente a doscientos cincuenta dólares, sobre la mesita de noche. Por lo que tenía entendido gracias a una investigación que emprendió por curiosidad, a las trabajadoras sexuales tailandesas se les pagaba entre tres y cien euros al día; un día en el que bien podían haber complacido a una veintena de clientes.

Se preguntó si sus servicios no entrarían en la categoría de prostitución de lujo o, al menos, de alta gama. Luego se acordó de la advertencia de Kamon sobre el salario mínimo y dio por hecho que los proxenetas se llevarían un porcentaje elevado por ofrecer techo y cama.

«Y cosméticos de droguería», pensó con un sarcasmo venenoso. «Qué amables».

En cuanto se quedó sola, Ayane se dirigió hacia la puerta con un alivio que no le cabía en el cuerpo.

Ya estaba, se dijo. Ya había ganado suficiente para que sus captores estuvieran satisfechos. Les entregaría los diez mil bahts íntegros y podría retirarse de nuevo al sótano, que después del incómodo encuentro no se le antojaba tan inhóspito.

Pero antes de poner la mano en el pomo, la puerta se abrió y apareció otro hombre, este vestido con tan solo una camisa y un chino. Iba escoltado por Kamon, con el que Ayane pudo intercambiar una mirada por encima del hombro del cliente.

Pudo ver el regocijo de su captor cuando este sobreentendió a partir de la postura y la expresión de la agente que había pensado que la jornada había concluido.

—Este es Bao —le dijo en inglés—. Tienes cuarenta y cinco minutos para entretenerlo. Tic, tac —añadió antes de dejarlos a solas.

Ayane tragó saliva y retrocedió instintivamente al ver que el hombre se aproximaba con una

actitud muy diferente de la de Lawan. La lujuria al recorrerla con la mirada le había ensombrecido el semblante, como si entendiera el sexo como un pecado infernal y tuviera que hacerla pagar por inspirarle tan bajos instintos. La fue acorralando con el avance de su cuerpo mientras se deshacía de la camisa, y este no era menudo como el anterior. Era tan alto como Ayane y el doble de robusto. Una sola mano le bastó para arrojarla sobre la cama con una violencia que la paralizó y tenderse acto seguido sobre ella.

Le dijo algo en chino que no entendió, pero que interpretó como una humillación y la hizo celebrar no conocer el idioma. Acompañó las palabras arrastradas de una caricia a su cintura. Ella abrió la boca para quejarse, para pedirle que se apartara un segundo. El tipo no se dignó a escucharla y se inclinó sobre su cuello, que recorrió desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja con la lengua. El tacto áspero unido al aliento impregnado de alcohol estuvieron a punto de producirle una arcada, y aunque la contuvo a tiempo, Bao se dio cuenta de su desprecio y se separó lo justo para volcar sobre ella toda la contrariedad de su expresión. Dicha contrariedad se transformó más pronto que tarde en un arrebato de ira que acompañó de una serie de palabras atropelladas que solo podían significar un reproche.

Ayane había empezado a marearse. Tuvo que ladear la cabeza para que la saliva que Bao escupía al vertir acusaciones no le salpicase en la cara. Este se tomó su pasividad como otro desaire y la sacudió agarrándola del cuello para instarla a tener iniciativa, a mostrarse agradecida.

Alertada por el peligro de no poder respirar, despertó del extraño ensimismamiento en el que se había sumido. Le presionó un punto del cuello y otro del trapecio durante unos segundos, los necesarios para que Bao arrugara el ceño, en un primer momento confundido, e instantes después perdiera el conocimiento. Era un movimiento que su padre le había enseñado largo tiempo atrás y que no había tenido la oportunidad de probar hasta entonces; la clase de contraataque que el FBI y otros cuerpos oficiales tildaban de jugada desleal y prohibían en algunos de sus círculos.

Cuando sintió el peso muerto del tipo sobre ella, Ayane jadeó en voz alta, no sabía si por el alivio o todavía sobrepasada por su agresiva presentación.

Se lo quitó de encima como buenamente pudo y se levantó de la cama a toda velocidad. Fue a limpiarse la cara con la misma sábana, pero cayó en que la habitación disponía de un baño y entró para lavarse con agua y jabón. Frotó hasta que la piel le escoció y no se reconoció en el rostro enrojecido que le devolvió la mirada.

Acto seguido buscó a su alrededor algún elemento que pudiera servirle para defenderse en el caso de que la atacaran de nuevo.

—Podrías matar a cualquier persona con cualquier objeto que hay encima de esta mesa —le había dicho su padre en una ocasión. Estaban sentados en el comedor de la modesta casa de Albuquerque. Con un elegante ademán, había señalado un frutero con un par de bananas, un

mantel y dos cubiertos. Ayane tenía catorce años, edad suficiente para saber a qué se dedicaba su padre. Entonces sentía una retorcida curiosidad hacia sus habilidades que no mucho después se transformaría en recelo y decepción. Él nunca le había escondido sus pecados y la complacía con la verdad siempre que, para espanto de su madre, hacía preguntas mórbidas—. Lo que importa es encontrar la manera de utilizarlos. Puedes romperle el frutero en la cabeza. Es lo bastante recio para partir un cráneo o abrir una herida mortal. Puedes asfixiarlo echándole el mantel al cuello y apretándolo hasta que la cara empiece a amoratarse. Puedes clavarle el tenedor en la aorta o meterle a presión esto por la garganta. —Había levantado la cuchara para que la joven Ayane lo viera con claridad. Su padre sonrió como un corderito y depositó el cubierto donde estaba con la delicadeza de una doncella victoriana. Le lanzó una mirada inocente—: Pero, como es natural, preferiría que utilizaras estos pequeños trucos solo en situaciones que lo ameritaran. O, de ser posible, nunca en la vida.

Naoko jamás perdonó a Kincaid por meterle ideas sangrientas en la cabeza, y, por una vez, Ayane estuvo de acuerdo con ella en que su padre se había equivocado. Y es que a partir de ese día, comenzó a observar con una fijación sospechosa los objetos que la rodeaban y teorizar sobre lo que podría hacer con ellos. Le había pasado incluso en compañía de Jace, cuando paseaban de la mano por el centro comercial y Ayane le daba vueltas al uso mortal de una percha para pantalón, un perfume de lujo…

Una alianza de casada.

Se miró las dos manos desnudas en busca de la que debería haber lucido su anular y se percató de que le temblaban. Cubrió una con la otra para ocultar el miedo de sí misma y se preguntó si su anillo seguiría donde lo había dejado, en la mesita de noche de su dormitorio. Ese, junto con el colgante de la turmalina que le habían permitido conservar, habría sido el único elemento protector que podría haber llevado sin llamar la atención.

Lamentablemente, no se le habría ocurrido un modo de atacar a alguien con él, y no habría soportado perderlo ni siquiera si ese hubiera sido el precio a pagar por conservar su dignidad.

Su disfraz de prostituta constituía un tanga de hilo y nada más, lo que la dejaba en una situación de indefensión. ¿Qué podría esconder bajo la almohada para protegerse, pues?

Regresó a la habitación con la cara tirante por el uso del jabón y la fuerza con la que se había rascado las mejillas. Miró al hombre tendido boca abajo, todavía inconsciente.

No podía permitir que despertara y pensase que no había sucedido nada.

Debía hacer algo.

Con la mente en blanco por mera supervivencia, le dio la vuelta y le bajó los pantalones. Fue al baño para coger papel higiénico y, tras asegurarse de que no había cámaras en ningún punto de la habitación —a no ser que estuvieran muy bien camufladas—, rodeó su miembro flácido con la mano envuelta en el guante improvisado y empezó a masturbarlo hasta que las sábanas

estuvieron manchadas con su semen.

Vaciló antes de untar los dedos en una salpicadura de esperma y mojarse la cara interna de los muslos. Lo hizo con la mirada clavada en el techo, donde brillaba la luz ambarina de una preciosa lámpara que a ella no le habría importado colgar en su propia habitación.

Lástima que a Jace no le gustara la decoración típica de Asia.

«¿Habrá cambiado las cortinas en mi ausencia?», se preguntó. «Si vuelvo y no están mis estores de seigaiha azul bebé, lo mato».

Cuando consideró estar lista para tenderles la trampa, hurgó entre los bolsillos del pantalón de Bao. Dos condones, llaves de casa, una tarjeta que anunciaba los servicios de un abogado… *et voilà*: una cajetilla de tabaco Burley. Cogió un pitillo, lo encendió con el mechero que halló en otro de sus bolsillos y se sentó en el sillón de la esquina con las piernas abiertas y todavía mojadas a esperar a que el cerdo despertara.

Fumó muy despacio, concentrándose en cada calada; en el camino que hacía el humo desde que se lo tragaba hasta que sus pulmones lo acogían resignadamente. Luego lo expulsó y pensó, burlona, que Jace, enemigo de los vicios, no podría juzgarla por fumar en esa situación particular.

Con toda probabilidad, él también lo haría.

La puerta se abrió a los cuarenta y cinco minutos exactos. Esta vez fue Singapore el que se asomó con gesto de resignación impotente.

Iba solo.

El alivio volvió a inundar a Ayane.

Tal vez las dejaban descansar cuando ya habían ganado el equivalente a quinientos dólares.

—Se ha dormido después de correrse —explicó ella sin moverse del asiento.

Singa asintió, distraído, pero fue evidente que no las tenía todas consigo. Simplemente no estaba en absoluto preocupado por lo que pudiera haber sucedido entre los dos.

—Te pasaremos a otra habitación, entonces.

—¿Otra habitación? —repitió Ayane, incorporándose con un mal presentimiento.

El tailandés se retiró de la puerta para que pudiera conocer la apariencia de su siguiente cliente, el primer caucásico. Rondaba los setenta años. Tenía el cabello canoso y un exceso de piel de pollo le colgaba de la barbilla.

Ayane buscó la mirada de Singapore sin ocultar su alarma. En los ojos negros del proxeneta halló la respuesta a la duda implícita: los clientes no iban a dejar de llegar en todo el día. No le iban a dar un respiro. La dinámica era idéntica a la de las esclavas sexuales del ejército imperial japonés, esas chinas y coreanas que los japoneses reclutaron con la promesa de darles trabajo para luego encerrarlas en una habitación y exponerlas a una violación eterna.

Un frío paralizante se fue extendiendo por su cuerpo, dejándola aterida y sin esperanza.

No había ninguna estrella sobre su cabeza, comprendió. No era distinta de Gisela, Oksana o Birgit.

Simplemente había tenido la suerte del principiante.

Capítulo 22

Ayane había perdido la cuenta del número de días transcurridos desde el secuestro.

Al principio intentó contarlos en función de la cantidad de veces que le daban de comer, pero ni Kamon ni Singa atendían a un criterio fijo. A veces no los veía en toda la jornada; otras, se topaba con ellos cada cuarenta y cinco minutos, cuando abandonaba su habitación un instante para disfrutar de la falsa pero necesaria impresión de que podía tomar el aire.

Como en cualquier trabajo corriente.

La menstruación podría haber sido un factor decisivo, pero si bien había notado los síntomas del síndrome premenstrual en un par de ocasiones, llevaba desde que se fue de Washington sin tener el período.

Tampoco era posible conocer la posición del sol desde donde estaba. No como para averiguar cuántas veces había salido la luna. No había ventanas ni en los dormitorios en los que descansaban, ni en los que desempeñaban sus funciones. Solo sabía que la despertaban las voces de Kamon, era obligada a prepararse en la fúnebre compañía de las demás, a las que se habían ido uniendo otras chicas, y era escoltada como una princesa hasta la lujosa jaula de siempre. Allí recibía una media de quince o veinte clientes en un día bueno; seis o siete en uno desafortunado que le merecía los regaños y bofetones de sus captores. Luego era libre de hacer lo que quisiera, que no era otra cosa que encerrarse en su habitación compartida con otras dos desgraciadas y debatirse entre abrazar el burdo consuelo del sueño, que le garantizaba una desconexión absoluta durante las horas más plácidas del día, o bien tratar de construir una vida ociosa para recrear una falsa normalidad que la protegiera de la locura.

Pero si en algún momento conseguía anestesiar la rabia y alejarse de los terrores de los últimos tiempos, ahí estaban el resto de sus compañeras para recordarle, directa o indirectamente, que no hacía mucho había sido una ciudadana libre; que había gozado de privilegios que ya no quedaban a su alcance. El de asearse sin vigilancia, el de sentirse realizada a través de su trabajo, el de escoger a sus amantes, el de cubrir su desnudez, el de dormir sin oír un llanto desconsolado en la cama vecina, el de descansar sin pesadillas.

Oksana solo se había vuelto más y más violenta con el paso de los días, las semanas… ¿los meses?, y Gisela se había convertido en adicta a la cocaína desde que la probara para soportar las jornadas. Birgit era la única que, como Ayane, había pulido un método de supervivencia que no era del todo perfecto, pero sí lo bastante eficaz para levantarse cada mañana sin acariciar la posibilidad de acabar con su vida.

Dentro de lo malo, se consideraba afortunada. Aunque no había podido evitar que algunos de los clientes tomaran lo que querían, y esto contemplaba toda suerte de prácticas sexuales, nunca desaprovechaba la oportunidad de inducirlos a hacer lo que ella quería. Si era necesario porque intentaban propasarse, recurría al que Birgit había titulado «el truco de magia» para dejarlos inconscientes. Algunas veces, cuando terminaba el día, se sorprendía sonriendo con un alivio que no le cabía en el cuerpo: y es que había logrado esquivar las peores balas del día valiéndose de su ingenio.

Era un consuelo estúpido, pero un consuelo, a fin de cuentas.

Se había convencido de que lo mejor para superar el tiempo que le quedaba allí era buscar nuevas maneras de sacarse a las bestias de encima, y estaba descubriendo una parte de ella, asombrosamente astuta y original, que no conocía; la que solo salía a relucir en situaciones adversas.

Porque, al final, eran adversas. Había clientes violentos. Había clientes con fetiches que la habrían escandalizado si no hubiera estado al corriente de todas las posturas y fantasías imaginables, sadomasoquistas o no. Y, lo que era peor, había clientes que la confundían con sus manos porque lograban excitarla e incluso hacer que se corriera, lo que de un tiempo a esa parte se había convertido en un milagro. Aquellos eran a los que Ayane más temía, a los que sentía como una verdadera amenaza desde que viera a la sensible Gisela encapricharse de un cliente habitual. La aterraba desarrollar sentimientos por hombres de moralidad cuestionable por algo tan simple como haberla hecho sentir bien durante cuarenta y cinco minutos.

Pero sabía que en el fondo eso sería imposible. Había desconectado mental y emocionalmente de lo que tenía lugar a su alrededor. En el momento en el que aceptó que no podría actuar como agente porque pasaría horas y horas encerrada en una habitación, ocupadas las manos, la boca, el cuerpo entero, se rindió a la evidencia de que era inútil además de ingenua.

Lo había sido desde el primer día.

Le dio la espalda a sus sentimientos para que no la derrotaran, y aunque de vez en cuando la cazaban con la guardia baja y pasaba el día entero hecha un ovillo o recorriendo el pasillo como un alma en pena, había conseguido construir un castillo de naipes en el que refugiarse de su soledad.

Un castillo endeble, sí, pero era mejor que nada.

Como cada mañana, Ayane se levantó y procedió a prepararse para enfrentar la noche. Mientras se ajustaba la ropa interior, se preguntó cuándo había sido la última vez que llevó una prenda que la cubriera por completo o no fuese reveladora.

En el avión con destino a Tailandia, probablemente. Aquel conjunto de Miu Miu que tan solo había enseñado una franja del vientre.

Se cepilló el pelo jugando a su juego preferido, el de enumerar la mayor cantidad de marcas

de tabaco o automóviles, títulos de películas Disney o estados federales para evitar que un solo pensamiento destructivo penetrara en su cabeza, una técnica de distracción que su psiquiatra le mencionó para sobreponerse de un ataque de ansiedad.

«Mitsubishi, Audi, Renault, Nissan».

Era mejor si sedaba el sentido del oído para no escuchar los llantos de las nuevas. Y, por supuesto, ya no se molestaba en pegar la oreja a las voces que le llegaban del pasillo. Allí casi todo el mundo hablaba en tailandés a excepción de cuando debían dar una orden o reprender a una rebelde, y no era un idioma que pudiera aprenderse de oídas.

«¿Para qué, además?», se preguntó con forzada indiferencia. «No es como si pudieras contarle a nadie de qué te has enterado».

Aunque los primeros días tuviera la esperanza de que en Washington se notara su ausencia, era cada vez más evidente que, o no se habían percatado, o no disponían de los medios para localizarla.

Y eso ya era decir tratándose de la agencia federal estadounidense.

Claro que, si supiera de qué diablos hablaban, podría poner sobre aviso a sus compañeras en el caso de que corrieran algún peligro. Pero, pese a que las circunstancias invitaban a hacer piña, no habían fomentado entre ellas ninguna clase de hermandad. Oksana se había encerrado en sí misma y no permitía que la ayudaran, llegando a iniciar peleas físicas con la que se atrevía a mostrarle un mínimo afecto. Birgit estaba luchando por sobrevivir día a día y no le sobraba el tiempo para apiadarse de nadie más, y ya no se acordaba de cómo era Gisela cuando no estaba drogada.

En cuanto a los nuevos fichajes que habían ido llegando, todos con historias de traición o mala suerte similares a las que contaron las veteranas, seguían la misma senda que el resto. Algunas habían llegado a las manos entre ellas para quedarse con un cliente, sobre todo por los habituales que parecían respetar a las prostitutas.

—Venga, vamos —las espoleó Kamon desde el umbral, golpeando la puerta con los nudillos —. No me hagáis quedar mal hoy, ¿de acuerdo? De todos los días, es en el que más os vale no llegar tarde.

Ayane ni siquiera sintió curiosidad. Tampoco despegó la mirada del espejo, que le devolvía un gesto inexpresivo. No veía lo que estaba contemplando. En cuanto apreciaba su reflejo y confirmaba para su inmenso espanto que no reconocía a la mujer que tenía ante sí —ojerosa, derrotada; con el cabello electrizado por la falta de productos adecuados para el autocuidado y la piel cuarteada por el estrés—, desconectaba también sus sentidos.

Se centraba en realizar las tareas necesarias para mantener su cuerpo con vida. Comer, ir al baño, dormir. Comer, ir al baño, dormir. A veces ni comer, o hacerlo, pero vomitar después. A veces dormir poco y con terrores nocturnos. A veces ir al baño delante de alguien que la miraba

desde la puerta con morbo. Esas eran sus únicas obligaciones.

En cuanto las chicas estuvieron listas, siguieron a Kamon por el pasillo.

Habían dejado a Oksana en la habitación recuperándose de la última paliza. No le permitían quedarse en la cama descansando por cuestiones de salud, sino porque daba una pésima imagen ofrecer una puta con el rostro marcado a los clientes de renombre. Alguno que otro se había sentido insultado porque metieran en la misma habitación que él a una mujer con un ojo morado, y Kamon había tenido que disculparse y soportar una reprimenda para pagarlo a posteriori con la prostituta que le quedó más cerca.

A menudo se abofeteaban entre ellas para librarse de un día de trabajo. Ella solo lo hizo en dos ocasiones, y de ambas salió escarmentada: ya no podía soportar la idea de permanecer a solas con sus pensamientos durante veinticuatro horas de reloj. Estos habían adquirido la inquietante costumbre de desestabilizarla hasta tal punto que prefería trabajar.

Como ya era tradición, pasarían primero por el salón principal para que los hombres que habían tenido el detalle de venir a conocerlas echaran un vistazo valorativo. En función de sus preferencias, hablaban con Kamon para consultar disponibilidad y tarifas.

Pero ese día no se toparon con el grupo habitual de tipos trajeados. Había solo dos hombres, ambos vestidos de forma impoluta. No con las prendas caras que Ayane había reconocido en los puteros, que indicaban una capacidad adquisitiva por encima de la media, sino ropa de diseño que solo podrían permitirse las grandes fortunas de la revista Forbes.

Uno de ellos era asiático y llevaba el cabello engominado hacia atrás. Tenía una discreta cicatriz de labio leporino y un pañuelo de seda roja con un patrón estampado en dorado de inspiración china. El otro era bastante más alto y de ascendencia arábiga, y lucía un traje de rayas azul y blanco que le sentaba como un guante.

La parte de ella que ya se había hecho el cuerpo al trabajo fantaseó con que alguno de los dos la escogía. Aunque los clientes atractivos solían ser los más violentos o caprichosos, Ayane prefería a uno joven que no le produjera arcadas.

No obstante, tuvo que contener un escalofrío al mirarlos. El árabe contaba con una colección de copiosos anillos en ambas manos, y sabía lo que eso podía conllevar para una mujer si el putero gustaba de ejercer violencia.

Ayane no solo no había perdido la costumbre de examinar su entorno para sacar conclusiones que la ayudaran a sobrevivir, sino que había afinado los sentidos hasta tal punto que se percataba de los detalles que pasaban desapercibidos para los demás; que habrían pasado desapercibidos para ella misma un tiempo atrás. No lo hacía porque esperara testificar algún día en contra de los abusadores que formaban parte del indestructible sistema de alquiler humano, sino porque le era más fácil perderse en sus pensamientos una vez había clavado la mirada en un punto concreto. Era preferible dejarla vagar y repetir para sus adentros lo que iba apreciando.

Mancha de sangre en la alfombra. Mirilla de la puerta torcida. Souvenir de Xi'an.

Nota mental respecto a este último: es lo bastante recio para asirlo y abrir una cabeza.

—Aquí están todas las que tenemos por ahora, señores —oyó que decía Kamon en inglés. En otro momento, Ayane se habría activado ante la expectativa de entender la conversación, pero solo se encogió. ¿Y si oía algo desagradable? ¿Podría vivir con ello? Esta última era la pregunta que más se había hecho desde su llegada—. Falta Oksana, la ucraniana, pero dudo bastante que esa les interese para jugar en grandes ligas. No solo no le auguro un destino favorable, sino que me extrañaría que con su actitud autodestructiva sobreviviera a las próximas semanas. Por lo demás… —Se valió de gestos elegantes, casi cariñosos, para señalar a las mujeres expuestas en línea horizontal ante los interesados—, permítanme presentarles a Gisela, Birgit, Hayami, Kanda, Isabel…

Ayane dejó de escuchar en cuanto Kamon arrancó a hablar sobre las peculiaridades de cada una de las mujeres: los talentos amatorios que sus clientes habían subrayado con admiración, los fetiches que estaban dispuestas a cumplir sin queja alguna, los rasgos físicos que las hacían únicas.

Como venía siendo costumbre, un intenso dolor estomacal estuvo a punto de doblarla por la mitad. Le costaba tanto sobreponerse al asco que más de una vez había recibido un bofetón por hacer arcadas.

Despertó del trance al ver que los brillantes zapatos de uno de los invitados de honor se aproximaban en su dirección. Se topó con los ojos rasgados de Labio Leporino.

Alargó la mano para tomarla por la barbilla y valorar su rostro de cerca.

—Esta es la americana, ¿no? —le preguntó a nadie en particular.

Kamon le respondió encogiéndose de hombros.

—Creo que sí, pero no estoy seguro. Cuando venga Singapore, que se lo confirme él.

El asiático asintió, pensativo, y se humedeció los labios sin dejar de observarla.

—El nombre le va que ni pintado. Hayami significa «chica de gran e inusual belleza». Puede pasar por china, pero de todos modos no parece cualquier china. Se nota que tiene algo especial —valoró en voz alta—. ¿A ti qué te parece, Arak? ¿No encajaría mejor en mi zona que en la tuya?

Entonces sí salió de su ensimismamiento para volver a fijarse en el tipo al que habían señalado como Arak. Era otro de los nombres que Califa le había dado para referirse al coordinador de los centros de BDSM en Asia Occidental.

Tal vez, y si la oxidada intuición no la engañaba, el asiático fuera el mismo Mekhong.

«Están todos en el ajo», comprendió Ayane con el estómago encogido.

Califa también, y Black Russian por descontado.

¿Y si el ruso se había marchado de forma precipitada de Fuego y Sangre porque justo entonces había llegado a su territorio un cargamento de mujeres al borde de la desesperación? Sí, se suponía que se había ido a Shanghái, pero ¿acaso no era China el centro neurálgico de la prostitución y el trabajo forzoso?

En cuanto a Califa… ¿Cabía la posibilidad de que esa fuera la verdadera razón por la que nunca le dio sus datos personales y levantó una barrera entre los dos?, ¿porque estaba embarrado hasta las cejas? ¿Y si le había enfurecido que ella abandonara la experiencia antes de tiempo porque pretendía secuestrarla el último día, y por culpa de su precipitada decisión no le quedó otro remedio que actuar con torpeza?

Porque actuaron con torpeza, eso seguro. Distinto era que las torpezas de los traficantes de personas fueran lo que las fuerzas policiales denominaban «días buenos» u «operaciones exitosas».

No era nada que Ayane no hubiera barajado desde que se hallaba bajo el yugo de Kamon. Pero al tener a Arak allí, también al presunto Mekhong, sus sospechas se materializaron y, por un instante, sintió que el dolor de algo más profundo que la decepción la hacía desfallecer.

El árabe cortó la charla que había estado manteniendo en voz baja con Birgit y se giró para echarle un vistazo rápido a Ayane.

Lo que iba a ser una valoración rápida se convirtió en un escrutinio interesado.

—Definitivamente, donde no encaja es en este tugurio. Es demasiado guapa —sentenció en tono de aprobación—. Apuesto a que se lo han dicho más de una vez, pero esta es la primera que lo percibe como lo que es: una perdición.

—Sobre lo del tugurio, y con el debido respeto, señor —intervino Kamon—, la chica hace bastante dinero.

—Podría duplicar sus ganancias en el sitio adecuado —replicó el asiático—. Nos la llevamos al gran casino de Shanghái, a ver si allí se deja adiestrar y podemos colocársela a los peces gordos de las timbas hasta su venta definitiva.

«Su venta definitiva».

No se atrevió ni a moverse, ni a respirar.

¿Qué demonios quería decir con eso? No tratarían de vender a las mujeres ya manoseadas y apaleadas como antaño se subastaba la virginidad de las geishas, unas criaturas etéreas y caras precisamente por su aura celestial y su intocabilidad, ¿verdad?

¿O sería un romántico eufemismo para referirse a la muerte?

Era verdad que no todas las chicas que habían llegado se habían quedado hasta el final. Las que rehusaban adaptarse a las normas del sistema, las que no eran tan productivas o cariñosas como se esperaba, las que se autolesionaban o habían tratado de acabar con su vida… Todas esas habían sido «descartadas» y guiadas a solo Dios sabía dónde por Kamon.

A un lugar donde no llegaba ni la esperanza ni la luz del sol, eso seguro.

De Singapore, Ayane no había vuelto a saber nada en una larga temporada. Solo se presentaba en el prostíbulo escoltando a las nuevas incorporaciones y luego volvía a desaparecer, seguramente para seguir reclutando.

—Yo me llevo a esta —decidió Arak, señalando a Birgit con la cabeza—. Tiene cara de niña, y si se desenvuelve con tanta inocencia como dices, en Dubái se la van a rifar. Ahora mismo solo se me han ocurrido seis corporativos que podrían estar interesados en tenerla en casa.

—¿Y las demás, señores?

—Si han superado la prueba, sigue el procedimiento clásico —respondió el asiático con un ademán impaciente—. Las latinas y caucásicas repártelas entre México y España. Las asiáticas no muy agraciadas que se queden por aquí y formen a las que vengan. Lo que creas que pueda salir más rentable.

—Sí, señor.

Mekhong apartó la vista de Kamon y la fijó en Ayane como si quisiera averiguar si podía fiarse de ella.

—¿Vas a comportarte como una dama durante el viaje, o tengo que llamar a mis amigos para que te pinchen un tranquilizante para caballos? —inquirió en tono afectuoso. Acompañó la pregunta de una caricia a su pelo lacio. Ella, que temía más a los hombres que se presentaban como cariñosos que a los que eran violentos de entrada, se limitó a asentir con la cabeza y a dejarla gacha—. Bien, bien. Pues venga, que el avión sale en hora y media. Que Kamon te ponga algo de ropa por encima y ya estaremos listos para la aventura.

Capítulo 23

Los traficantes se habían confiado. Eso era lo único que explicaba que no se molestaran en vendarle los ojos para hacer el recorrido desde el aeropuerto de Shanghái-Pudong hasta el mencionado casino. Debían de tener la certeza de que Ayane no suponía ningún tipo de amenaza y que a esas alturas no se le ocurriría escaparse. Y aunque no estarían del todo equivocados, porque desde el secuestro había desplegado una actitud abnegada que la libraría de problemas, el solo hecho de haberla trasladado a la capital china había renovado sus esperanzas.

Para Ayane, el cambio de localización significaba una oportunidad para ponerse en contacto con Washington, revelar su posición y ser rescatada por un operativo de emergencia.

Mientras observaba el paisaje a través de la ventanilla, se permitió soñar con que esa noche dormiría en su casa, entre las sábanas que *ella* había elegido, en el dormitorio cuyo ambientador *ella* había seleccionado de la sección de velas de Zara y con el hombre al que *ella* había escogido. Los ojos se le anegaron en lágrimas al visualizarse protagonizando una de tantas escenas cotidianas que llegó a dar por sentadas; que incluso se le ocurrió acusar de tediosas por su carácter rutinario.

Por primera vez en mucho tiempo, dio permiso a sus emociones para fluir libremente y destapar el rostro amado que había rehusado tener presente mientras la mancillaban.

¿Qué estaría haciendo Jace en ese momento? ¿Sabría de su desaparición? ¿La echaría de menos? Conociéndolo, estaría muerto de preocupación y moviendo cielo y tierra para encontrarla. Esa posibilidad más que verosímil la llenaba de ilusión, pero no podía negar que también le formaba un nudo en la garganta.

Si pudiera verla entonces, hecha un ovillo en la parte trasera de un vehículo conducido por los esbirros de un par de traficantes de personas, ¿no acudirían a su mente toda suerte de imágenes crueles para completar las partes de la historia que la habían llevado hasta allí? ¿La clase de imágenes a las que la psique de un marido no podría sobrevivir intacta? Y si la hubiera visto desempeñar sus nuevas funciones, tan distintas de las de agente del FBI, en aquella habitación que había sido un infierno y con personas de una maldad que la mayoría de ciudadanos de a pie no llegaban a tratar en toda su vida, ¿qué habría pensado?

Jace Ryder era compasivo por naturaleza y capaz de experimentar un amor incondicional que ni las peores adversidades lograban corromper.

Pero seguía siendo un hombre, y parte de su pasión por ella nacía de la equívoca idea de que era perfecta.

Ya no era perfecta ni nada que se le pareciera, si es que alguna vez se había merecido que la tuviera en tanta consideración.

Ayane se encogió en el asiento y cerró los ojos para convencerse de volver a apagar sus pensamientos. No solo había alejado a Jace de su día a día para no relacionarlo con el horror ni por un solo instante; también porque sospechaba que pensar en él le partiría el corazón del todo y no conseguiría levantarse de la cama.

El vehículo se detuvo en el callejón que daba a las puertas traseras de un edificio monumental. Al mirar por la ventana, Ayane reparó en un par de jóvenes vestidos como pinches de cocina. Aprovechaban una pausa para fumar junto a los contenedores de basura.

La puerta de acceso estaba abierta de par en par. Por ella se filtraban las voces impacientes de quienquiera que diese las órdenes, el humo de las calderas y los aromas especiados de la cocina oriental.

Un hombre con la piel de cobre y el rostro permanentemente torcido en una mueca de consternación salió a recibirlos. Lo reconoció antes incluso de que le abriera la puerta y le ofreciera su mano con una caballerosidad que no era impostada para ayudarla a descender del coche. Aceptó la galantería porque no le quedó otro remedio, pero no podía negar que el corazón le hubiera dado un vuelco y una inexplicable calidez se hubiese apoderado de ella, aunque fuese durante un plácido instante.

Se alegraba de toparse con un rostro conocido. Un rostro que, aun asociado al horror, había destacado por su compasión las escasas veces que habían coincidido.

Se odió un poco más por su vulnerabilidad. La incitaba a experimentar emociones que desafiaban sus principios, lo único que le quedaba.

—Singapore Sling —se presentó él en inglés, mirándola a la cara. Era la primera vez en no sabía cuánto tiempo que un hombre lo hacía sin el menor interés sexual, y que con su solemne llaneza la reconocía como un ser humano digno—, aunque eso ya lo sabes.

Además de una película *underground* de origen griego, una que daba la casualidad de que había visto con Jace en una sesión de cine de domingo —a él no le había gustado, claro; era yanqui incluso para alabar la cinematografía—, el *singapore sling* era un cóctel con ginebra singapurense y licor de cereza, entre otros ingredientes. Ayane se preguntó si eso significaba que estaba vinculado con Fuego y Sangre; ese Fuego y Sangre que en teoría solo era un evento de sadomasoquismo y no una tapadera.

De ser así, no recordaba haberlo visto en la última edición.

—Hayami —murmuró ella.

Singapore asintió en señal de reconocimiento y la invitó a pasar al interior del edificio después de hacerle una señal a uno de los gorilas. Los dos chicos que fumaban en el callejón pausaron su conversación y le lanzaron una mirada aprensiva. Uno de ellos, al percatarse de que

Ayane se sentía observada, giró la cara con una sombra de culpabilidad. Eran cómplices.

La rabia estuvo a punto de hacerla gritar, pero la mano impaciente de un segundo guardia de seguridad, el que había viajado en el asiento del copiloto, la instó a caminar hacia donde le indicaba.

Accedieron por un corredor mal iluminado. No estaba aislado de los ruidos y olores que llegaban de la cocina. Escuchó una serie de órdenes en chino, el entrechocar de las cacerolas y el correr del agua del grifo.

Conforme se iban alejando del ajetreado centro del edificio, los sonidos no menguaron; tan solo se transformaron en otros diferentes y que Ayane reconocería en cualquier parte de algunas de las despedidas de soltera a las que había asistido.

Oyó carcajadas, gritos de alegría, el tintineo y las melodías repetitivas de las máquinas tragaperras. Si afinaba el oído, incluso discernía el sonido de las fichas de plástico y el meneo nervioso de las piernas de los que aún no habían aprendido a disimular su angustia durante las partidas de póquer.

La luz del casino estuvo cerca de cegarla cuando cruzó el umbral.

El diseño era igual en Estados Unidos, en China y en todos los rincones del mundo. No disponía de ventanas, una decisión arquitectónica deliberada para que los jugadores no supieran si al otro lado de la pared era de día o de noche: así perdían la noción del tiempo. Los suelos alfombrados estampaban llamativos motivos geométricos para marear aún más al que ya estuviera borracho. Habían cubierto las paredes con exuberantes cortinas. Copiosas lámparas de araña pendían de los techos altos. Por los estrechos pasillos paseaban mujeres enjoyadas de la cabeza a los pies, cogidas del brazo de hombres con trajes de sastre e incluso fracs que daban caladas compulsivas a los puros de la marca de la casa.

También vio camareras jóvenes e igualmente atractivas; chicas que ofrecían tabaco muy ligeras de ropa. Parecían sacadas de un club de jazz de los años veinte estadounidenses. Algunas se sentaban en el regazo de los contrincantes que se reunían en torno a las mesas redondas de la sección de póquer.

No había un solo desharrapado contemplando con los ojos inyectados en sangre el resultado de su última partida en las tragamonedas. Ni un solo cliente furioso porque el azar se hubiera llevado el humilde salario de un año entero en la obra. Se hallaba en el corazón de un casino de lujo al que con toda probabilidad solo se accediera con invitación o bien enseñando antes un extracto de la cuenta bancaria.

—¿Qué órdenes tenemos? —oyó que Singapore le preguntaba al gorila.

—Llevarla a la timba privada del último piso —contestó con un marcado acento chino—. Están todos allí.

El pulso se le aceleró al escucharlo.

Si dejaba que la subieran a alguna de las plantas vigiladas por los hombres de los traficantes, habría perdido su oportunidad. Debía usar a su favor la confusión que caracterizaba los momentos posteriores a la llegada de un viaje y escaparse entonces.

En una primera instancia, no hizo nada. Se limitó a examinar el entorno con la esperanza de localizar a alguien a quien pudiera importarle un carajo su situación. Al cabo de un rato, Singapore avisó a su compañero de que subiría primero para confirmar que los jugadores de la timba esperaban compañía y desapareció entre el cúmulo de gente. El gorila lo despidió con un distraído gesto de cabeza. Se había concentrado en el abanico de cartas que mostraba uno de los participantes de la partida más próxima.

Ayane actuó tan rápido como se lo permitieron los nervios. Era la primera vez desde Koh Phangan que la adrenalina la instaba a moverse, y por eso obró con torpeza, tropezándose sin querer con algunos de los clientes en su desesperación por perder de vista a su captor. No iba vestida de forma apropiada para mimetizarse con el ambiente, pero, al menos, su físico no llamaba la atención: la mayoría de los presentes tenían rasgos asiáticos, cabelleras oscuras y pieles pálidas.

Zigzagueó entre los grupos de empresarios que paseaban por la zona de máquinas como si poseyeran todo cuanto alcanzaba a la visita, buscando la puerta principal con la mirada desenfocada.

El corazón se le paró al reconocer el uniforme verde militar de la policía china. Era un muchacho joven quien lo vestía, y no con orgullo, sino con la incomodidad del que acababa de estrenar una prenda.

Creyéndose su suerte muy a duras penas, apretó el paso procurando no evidenciar su objetivo hasta llegar al rincón desde el que el tipo observaba a la concurrencia.

Conforme este la vio aproximarse, su ceño se fue frunciendo con extrañeza.

—¿Habla inglés? —le preguntó Ayane, sin aliento. Miró a su espalda para confirmar que el gorila no se había dado cuenta de que se había escabullido. No pudo saberlo; había puesto tanta distancia que desconocía su posición exacta—. Por favor. —Se agarró a su chaqueta—. Dígame que sí.

—Eh… —vaciló—. Más o menos.

—Tiene que ayudarme —le rogó en voz baja, apretando la tela. Volvió a echar un vistazo por encima del hombro. Obligó al tipo a girarse para intercambiar posiciones y así este la cubriera con su cuerpo—. Me han traído aquí por la fuerza para prostituirme. Yo soy una ciudadana estadounidense. Tiene que haber alguna manera de devolverme a mi país. Necesito que me ayude a encontrar a la embajada —insistió—. Se lo ruego.

El muchacho, visiblemente abrumado, levantó las dos manos.

—Señorita, yo no *poder* ayudar.

—Eres policía. —Señaló el bordado dorado que recubría su hombro izquierdo, el escudo de la policía nacional—. Llévame a comisaría, o… o avisa a algún compañero más avezado, o…

Cerró los ojos, tan nerviosa que era incapaz de recordar el procedimiento en esos casos.

No podía diferir demasiado del que llevaban a cabo en Estados Unidos.

—No, no, no… —El joven sacudió las palmas abiertas—. Esto *es* disfraz. Disfraz —repitió, y se puso la mano sobre el pecho—. Venir con amigos para celebrar cumpleaños. Pero… —Barrió el salón con una mirada aprensiva—. Puedo acompañar a puerta para hablar con seguridad. Yo traducir al chino —se ofreció con un intento de sonrisa temblorosa.

Ayane no permitió que la desesperanza se apoderara de ella y lo cogió de la mano para no perderse en el camino que el joven emprendió hacia la puerta, esta vez con una actitud diferente. Parecía haberse propuesto ayudarla de veras, pero no se atrevió a confiar en sus posibilidades hasta que no estuvieron a las puertas del edificio.

Entonces, Ayane se soltó de su mano con la intención de echar a correr calle abajo. No tenía dinero para pagar un taxi, ni tampoco documentación para subir a un avión, pero contaba con poder llamar por teléfono a Jace. Se sabía su número de memoria.

Pero el chico no le soltó la mano. Es más; se la apretó con la ingenua idea de que Ayane solo estaba nerviosa y debía transmitirle confianza. Utilizó la otra para captar la atención de uno de los guardias de seguridad oficiales que custodiaban la entrada.

Arrancó a hablar tropezándose con sus propias palabras para explicarle la situación al tipo. El semblante del gorila pasó de inexpresivo a genuinamente preocupado. Centró en Ayane una mirada consternada, y utilizó el *walkie* que le colgaba del cinto para mandar un rápido mensaje a otra unidad.

Luego le dijo al joven un mensaje que este enseguida le tradujo.

—Ha dicho que acaba de avisar a la policía, y que para *extra seguridad* te va a llevar a lugar apartado. Si los hombres que te han traído hasta aquí siguen pululando por casino, tú en peligro.

El segurata señaló el interior con la cabeza.

Ayane vaciló. Le sudaban las palmas de las manos.

No le había ido bien tomando decisiones para ponerse a salvo, entre otras cosas porque sus arriesgadas decisiones siempre la conducían a los sitios más inmundos. Por una vez, pensó en confiar en la ayuda que se le ofrecía, y así lo hizo.

Desesperada por abrazar la calidez de un ser humano, se fio de la amabilidad del guardia. Este le puso una mano en la espalda para instarla a caminar hacia una puerta situada en el lateral del casino. Pensó que conduciría a un pasillo, pero se topó con un recibidor ricamente decorado con los colores barrocos de la zona de juegos. El guardia llamó a la puerta central de las tres que Ayane llegó a atisbar, y tras obtener la pertinente invitación por parte de una voz grave, la abrió para invitarla a pasar.

La intimidó encontrarse a solas en una habitación con un guardia de seguridad, un hombre desconocido y el acompañante del mismo, que no era otro que un gorila con una aparatosa cicatriz en la cara. Estaban sentados degustando una copa de un líquido transparente y escuchando una melodía agradable en francés cuando el guardia empezó a hablar en chino, señalándola con gestos de cabeza.

El tipo que se erguía tras el escritorio de madera maciza se incorporó, alertado, y puso el vaso a un lado para posar en ella una mirada compasiva.

—Ven, acércate, criatura —la invitó con un inglés perfecto.

En un principio reacia, Ayane se quedó donde estaba, pero el hombre gesticuló con impaciencia para insistir en su invitación. Llevaba un traje de chaqueta blanco con una camisa celeste debajo, sin corbata que valiera, y lucía en el dedo índice un anillo grueso y dorado con un grabado en relieve que representaba la silueta de un dragón. Lo vio rodear el escritorio para situarse justo delante de ella, donde Ayane pudo apreciar mejor sus rasgos.

Al sonreírle, las patas de gallo se le acentuaron. Le puso una mano amable sobre el hombro y dijo con suavidad:

—Me dice Chonglin que eres víctima de la trata. ¿Cómo puede ser eso posible en mi casino? Estate tranquila, que mi equipo ya ha avisado a la policía y tienen que estar al caer. ¿Es cierto que eres americana? —Ayane asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar media palabra—. ¿De qué parte?

—California —mintió.

—Ah, California… Un lugar muy cálido. Estupendas playas. Estuve allí una vez con mi mujer… —Se cubrió el anillo dorado con la mano contraria y se entretuvo girándolo—. No es un sitio al que me gustaría volver, si te soy sincero, y seguro que a ti tampoco. Aquí no se está tan mal, ¿no? ¿Acabas de venir y ya te quieres ir?

Ayane oyó una carcajada a su espalda. Miró por encima del hombro con el corazón latiéndole a toda velocidad y se le cayó el alma a los pies al ver a los dos guardias, al que la había acompañado y al que seguía bebiendo, riéndose con gesto cómplice.

Cuando volvió a girarse hacia el propietario del casino, lo hizo con un espanto que al tipo no le pasó desapercibido.

—Si de verdad eres prostituta, procura que se note un poco más y no armes estos ridículos numeritos en mi casa, ¿estamos? —atajó él con la misma simpatía que al principio—. Habrá a quien le guste pagar para jugar al gato y al ratón, pero mientras no te lo pidan, te quiero calladita y obediente.

Por el placer de humillarla, le cruzó la cara con el dorso de la mano. El golpe le entrecortó la respiración y la dejó momentáneamente sin pensamientos ni equilibrio, tan solo sensibilizada al frío del oro del anillo y la huella del relieve que le incrustó en la piel. Fue el mismo propietario el

que la agarró de la cara, presionando con fuerza el punto donde acababa de abofetearla, y se inclinó para añadir:

—Aunque… ya que estás aquí, ¿por qué no probar la mercancía? Chonglin, ¿quieres hacer los honores?

Ayane se quitó su mano de encima golpeándole la muñeca con el antebrazo y dio media vuelta para salir de allí. Un movimiento estúpido, porque el tipo la agarró del cuero cabelludo y la arrastró como si pesara menos que una pluma para ponerla contra el escritorio. Ayane aterrizó sobre las manos. Iba a girarse para no perder de vista al enemigo cuando ya le estaban levantando la falda y bajándole el tanga.

Empezó a hiperventilar y buscó con la mirada un utensilio sobre el escritorio para defenderse. La desconcentró escuchar el tintineo del cinturón que uno acababa de quitarse, y estaba a punto de pedir auxilio cuando localizó un afilado abrecartas en el lapicero. Lo agarró con fuerza, e iba a darse la vuelta empuñándolo con todas sus ganas cuando la puerta se abrió y un hombre se hizo oír con meridiana claridad:

—La chica no es para usted, Cheng.

Ayane miró por encima del hombro para asegurarse de que se trataba de Singapore, que había aparecido escoltado por el gorila del que se había escabullido. El segundo no estaba en absoluto satisfecho. Su gesto sombrío advertía de la somanta que la esperaba por su desobediencia, pero, aun así, un alivio traicionero recorrió su cuerpo.

«¡Ese tipo nunca te está salvando de nada!», se reprochó. «¡Él es parte del problema!».

—No, no lo es —respondió Cheng con naturalidad. A Ayane le costó entender a qué se refería, creyendo en un primer momento que había replicado a sus pensamientos—, pero como dueño que soy del edificio que utilizáis para vuestros románticos propósitos, tendré derecho a catarla, ¿no te parece?

—La esperan en la timba privada desde hace quince minutos —atajó, implacable. Las pocas veces que Singapore se imponía, lograba aterrar al personal con su gélida solemnidad—. Y le recuerdo que no es gente a la que le convenga desairar, Cheng. Ni a sus bolsillos, ni a su pescuezo.

Avanzó sin esperar una invitación, libertad que, en teoría, un empleado no debía tomarse con un hombre tan poderoso como el propietario del casino. Apartó a los dos guardias de seguridad que ya se habían bajado los pantalones y, sin mirar lo que había debajo ni destinar más que un certero movimiento, le colocó la falda en su sitio.

Tan pronto como la cogió de la muñeca para sacarla del despacho, se fijó de reojo en su mejilla enrojecida. Era cuestión de minutos que esa rojez se convirtiera en un moratón con la silueta borrosa de un dragón chino.

Singapore apretó la mandíbula.

—Oh, lo de la cara… —comentó el señor Cheng con desenfado—. No te preocupes. De todos modos iba a tener que llevar la cabeza cubierta, ¿no? Qué suerte que tengo por aquí un accesorio que seguro que la favorece muchísimo… *Voilà!* —exclamó en cuanto uno de sus esbirros le tendió un pasamontañas. Se lo puso a Ayane por la cabeza y sonrió, satisfecho. Ella no pudo saberlo porque hubiera rendijas para los ojos, la boca o la nariz, sino porque la fina tela permitía apreciar figuras y colores. Incluso rostros, si se esforzaba lo suficiente—. Haz el favor de tomar el ascensor de los trabajadores. No me apetece que la pasees de esa guisa por mi establecimiento.

—Faltaría más —contestó Singapore con sequedad.

Ayane permitió que el tailandés la guiara a la salida sin revolverse contra la mano que le puso sobre el hombro.

Le palpitaba la mejilla, le dolía el orgullo y un nudo de impotencia en la garganta enviaba oleadas de calor que hacían que le ardieran los ojos. No se había dignado a llorar ni siquiera durante los días más duros, los días que la humillaron de formas que nunca se atrevería a verbalizar. Pero ahora era consciente de que había desaprovechado la oportunidad de escaparse, de perderse en las calles de Shanghái, de pedir dinero prestado para llegar hasta Japón, hasta Tokio, hasta su madre.

O solo hasta un vertedero shanghainés en el que por lo menos pudiera esconderse.

En cuanto estuvo a solas con Singapore en el ascensor, que se asemejaba más a un montacargas, se le escapó un sollozo quebrado. Se abrazó a los hombros y se compadeció de sí misma, de su soberana estupidez, de su imperdonable ingenuidad.

El sonido del ascensor deteniéndose de golpe la espabiló. No habían llegado aún a su destino: el tailandés había parado la máquina pulsando un botón.

—Escúchame —le dijo, sujetándola por los brazos sin tacto alguno. A través de la tela atinó a ver su expresión grave, la lágrima de tinta que lloraba su ojo izquierdo, sus pupilas azabache. Parecía una pantera—. No vuelvas a intentar escaparte. No va a servir de nada. Hay seguridad en cada rincón del casino, en los alrededores de esta zona de Shanghái, e incluso si llegaras a cruzar el río o tomaras el transporte público, la policía local está comprada. Mekhong les mandaría emitir una orden de búsqueda y te encontrarían en un abrir y cerrar de ojos, y una vez regresaras aquí, las consecuencias serían inimaginables. Créeme —insistió, tan empecinado en que le escuchara que la sacudió hasta que ella dio muestras de estar prestando atención—, sé de lo que estoy hablando. Llevo años viendo desfilar a mujeres como tú, y, mientras pueda evitarlo, no quiero que ninguna acabe como lo han hecho las demás.

«Como lo han hecho las demás», repitió.

Quiso preguntarle si se refería a muertas, pero estaba implícito en su semblante.

Aunque Ayane había querido desaparecer más veces de las que le gustaría admitir, aún era demasiado orgullosa para renunciar a la vida. Y lo que era más: quería pensar que estaba en

Shanghái, aparte de porque sus decisiones la habían conducido hasta allí, porque aún podía ayudar a las desaparecidas. Aún estaba en su mano descubrir información jugosa que pudiera servir para salvar a personas como Oksana.

Singapore reanudó el recorrido del ascensor. No volvió a hablar hasta que estuvieron a solas en el pasillo del hotel del casino.

—Desnúdate y te acompañaré a entrar —le pidió, y acto seguido se dio la vuelta para darle una intimidad que, en otras circunstancias, le habría arrancado una carcajada amarga.

Ayane obedeció sin otro remedio hasta quedarse con el uniforme de los últimos tiempos: el tanga de hilo, el colgante de la turmalina y, ahora, como accesorio extra, el pasamontañas. No sabía qué le esperaba al otro lado de la puerta de la habitación número 812, pero se aferró al tal vez burdo consuelo de que no podría ser peor que lo que ya había sufrido.

Singapore abrió la puerta, saludó en inglés a los presentes y la introdujo en la fiesta privada retirándose a un lado.

En un primer momento, Ayane no vio nada porque no quiso verlo. Lo único que la había estado salvando había sido disociarse del entorno y pensar en su cuerpo como la hoja de un árbol que había aterrizado en un río sereno; un elemento sin autonomía y resignado a que otras fuerzas de la naturaleza determinaran su curso. Movió solo los ojos, nunca la cabeza por miedo a hacerse más visible de la cuenta, y observó el espacio.

En torno a una mesa redonda cubierta por el tapete verde se había congregado un grupo de siete caballeros, de los cuales cuatro contaban con su propia prostituta. Todas ellas llevaban lo mismo que Ayane, el tanga, el pasamontañas y nada más: ni la vergüenza ni mucho menos el amor propio, que a saber dónde se habían visto obligadas a dejarlo.

—Ven aquí, cariño —la invitó a pasar en inglés uno de los presentes, palmeándose el muslo.

Por lo que acertó a ver, había de todas las razas y nacionalidades. Un par de asiáticos, un afrodescendiente, un tipo con rasgos árabes y tres caucásicos. Pero solo uno de estos últimos le llamó la atención, porque si bien todos giraron la cabeza al verla entrar, él no esbozó una sonrisa lasciva tras darle un repaso. Fue el único que se sintió insultado con su desnudez y se arriesgó a exteriorizarlo torciendo la boca en una mueca displicente, tan a salvo en su incomparable crueldad que sabía que nadie se atrevería a pedirle una explicación a su desdén; no se dijera ya acusarlo con resentimiento.

Ayane habría reconocido en cualquier parte la frialdad de la que contagiaba los ánimos y estaría helando la sangre de sus adversarios, de todos modos avisados de su carácter tras oír su nombre.

Era ruso y era algo más oscuro que negro. Había en ese hombre una negrura insondable.

«Es imposible que me haya reconocido», pensó en su tambaleante paseo hasta el regazo del

afrodescendiente, que por casualidad estaba sentado justo delante de él.

Black Russian la distrajo del miedo y del asco hacia el brazo que le envolvió la cintura tan solo atravesándola con una mirada de acero. Ni siquiera la tela mitigó el sólido efecto de su decepción.

«Si me cruzo contigo de nuevo, me voy a cabrear», le advirtió la última vez que se vieron.

No supo si alegrarse porque fuera de los que cumplían sus promesas. Nunca le había convenido enfadarlo, y ahora que se lo encontraba en su verdadero hábitat, el de la impiedad y el bestialismo, menos aún.

Sin embargo, un absurdo entusiasmo encendió un núcleo de calor en su cuerpo.

Ahí estaba, por fin, la emoción que había querido arrancarle desde el primer día para averiguar si era o no humano.

La ira.

Capítulo 24

Le había crecido el pelo tres centímetros. Quizá cuatro.

Eso significaba que Ayane había sido secuestrada hacía algo más de un trimestre.

Pensar que hubiera transcurrido tanto tiempo le produjo un vértigo mareante. Tuvo que agarrarse al borde de la mesa para permanecer estática en el sitio y no levantar sospechas con su consternación. Por lo que estaba viendo, las mujeres se limitaban a dejarse acariciar por los participantes cuando estos no se encontraban demasiado inmersos en las cartas.

Por lo demás, guardaban silencio y permanecían quietas como estatuas de sal.

Con disimulo, levantó la mirada hacia Black Russian. La instigaban la curiosidad y la retorcida alegría de toparse con alguien a quien conocía.

O a quien había creído conocer.

Después del escrutinio inicial, con el que pretendió transmitirle una furia que hubiera preferido saber cómo controlar, el ruso había devuelto su atención al juego.

¿Qué hacía él allí? Se suponía que era el coordinador de Europa del Este, y si no la había engañado unos meses atrás al decirle que se iba a Shanghái, llevaba un buen rato en China. ¿No tenía obligaciones que atender en Rusia, en Serbia, en Bulgaria? Nadie se lo había confirmado, pero Ayane había dado por hecho que los mandamases de Fuego y Sangre habían sido elegidos como tales porque tenían a su nombre un club privado.

Si esto era así, ¿no debería estar dirigiendo el suyo?

¿Qué diablos se le había perdido en Shanghái?

Ayane tachó su nombre de la lista de inocentes. Mekhong, Arak y Black Russian: los tres estaban vinculados con la trata de blancas, lo que hacía cada vez más improbable la inocencia de Califa.

Si su examante era culpable, debía de haber participado en su secuestro. ¿O lo habría dispuesto todo Black Russian, solo que se había asegurado de crearse una sólida coartada para que ella no lo asociara al horror en una primera instancia?

¿Para qué se habría tomado molestias? No era de los que mimaban su reputación, y menos para que una mujer como ella pensara lo mejor de sus intenciones.

—Deja de revolverte, bonita, que me desconcentras —la regañó el jugador, afianzándola sobre su muslo con una mano posesiva.

Una vez la puso en la cadera femenina, decidió que allí se quedaría.

Black Russian no alzó la vista. Parecía haber decidido que Ayane ya no existía en su campo

de visión, y eso la turbó. Porque si bien todo apuntaba a que era el villano entre los villanos, una recóndita parte de ella, una que conforme pasaban los minutos iba ganando más y más terreno, la impulsaba a creer que en su compañía estaría a salvo.

¿No le había dejado claro que le convenía que no volvieran a verse, acaso? Incluso si traficaba con mujeres en situación de vulnerabilidad, ¿significaba eso que no podía emprender buenas acciones?

Lo hizo advirtiéndola de lo que se avecinaba a su manera escueta.

Tantas preguntas y ni una sola respuesta. Solo el reproche que tuvo la decencia de hacerse acompañándolo de una bofetada mental.

«Has perdido el juicio. Ese hombre es un criminal de primera clase».

—Paso —anunció uno de los jugadores asiáticos, arrojando sus cartas al centro.

Otro de los participantes con los ojos rasgados gesticuló hacia el crupier, un muchacho joven, para que le repartiera dos nuevos naipes a cambio de las que acababa de descartar.

Ayane tragó saliva con disimulo. Aunque estaba sonando una canción de The Weeknd en los altavoces de la estancia, *Dark Times*, le daba la sensación de que todos podían oír el martilleo de su corazón.

This ain't the right time for you to fall in love with me
Well baby I'm just being honest
And I know my lies could not make you believe
We're running in circles that's why[20]

Se fijó en los rostros de los presentes. Todos ellos trataban de disimular la irritación de una mala mano o bien contener la excitación ante la posible victoria. Ayane había jugado al póquer mil y una veces con su padre, el mayor experto en faroles que había conocido, y aunque la mayoría de los involucrados sabía camuflar su sentir, pudo reconocer en el acto a los que tenían las de perder.

El caucásico, un tipo de cabello castaño, fingía acariciarse la barba cerrada con aire pensativo, pero tenía los dedos tan tensos que parecían contracturados; iba a arriesgarse, mas sospechaba que no le saldría bien la jugada.

El hombre que la había invitado a sentarse en su regazo contaba con un juego de dobles parejas, una mano interesante. Aunque los demás no lo notaran, ella percibía la rigidez de su cuerpo en el muslo que la sostenía y la palma que le presionaba la cadera, con la que trataba de desahogar y también disimular la tensión.

Black Russian era el único que no había forma alguna de leer. No había movido una pestaña.

Tan solo se había dirigido al crupier haciéndole un gesto de acercamiento con cuatro dedos para pedirle que le cambiara una carta. Todo el mundo aguantó la respiración cuando le vio levantar el naipe para echarle un vistazo y valorar si le serviría, pero dudaba que alguien hubiese captado un tic nervioso.

—Sopla, a ver si me das suerte —oyó que le pedía uno de los asiáticos a la chica que tenía sentada encima. Ella se inclinó sobre la mesa y se levantó el pasamontañas a la altura de la nariz para echar su aliento sobre el abanico de cartas—. Espero que esta vez me hayas servido de algo, porque no te voy a perdonar otra mala partida.

Ayane controló un estremecimiento al oír la amenaza implícita en su tono desahogado. La chica debía de saber cómo amansar a la fiera, porque le pasó un brazo por los hombros y se acercó a su oído para susurrarle algo que le sacó una sonrisa al tipo.

Pero ella no confió en él. No podía confiar en ninguno. La mayoría había dejado sobre la mesa algunas de sus pertenencias: ante el afrodescendiente descansaba un móvil de última generación y un billete de cien francos que con toda probabilidad sería su amuleto de la suerte. El asiático y el de cabello castaño habían depositado un revólver junto a sus fichas para trasladar un sencillo mensaje.

¿Qué hacían ellas allí?, se preguntó con un mal presentimiento.

—Paso —anunció otro de los asiáticos en la segunda ronda.

—¿Entonces? —inquirió el afrodescendiente en un tono que indicaba que pretendía retomar una conversación antigua—. ¿En qué hemos quedado al final, ruso?

—En que nuestros intermediarios harán lo propio y nos mantendrán informados y al margen de todo al mismo tiempo —respondió Black Russian con aburrimiento.

Oír su voz por primera vez en meses la sacudió por dentro y la trasladó a aquella calurosa isla tailandesa, cuando aún era Ayane Nagai-Ryder. Con lo bueno y con lo malo.

Habían transcurrido mil años o incluso más.

—¿Qué camino utilizarás para que lleguen hasta territorio ruso?

—El más corto, a ser posible —contestó con sencillez. Su sequedad levantó algunas risas—. Tú solo asegúrate de que la mercancía esté lista para partir el mismo jueves.

—Es un poco precipitado, ¿no te parece? No se pueden mover toneladas de subfusiles y ametralladoras por la frontera sin llamar la atención.

—Ese va a ser tu problema —resolvió Black Russian con languidez—. Si quisiera que fuera el mío, vendería en lugar de comprar.

Ayane aprovechó que nadie podía ver su rostro para levantar las cejas.

No le extrañaba un ápice que los jefes de la trata de blancas también traficaran con armas. Eran crímenes que solían ir cogidos de la mano, y que además se codeaban con la venta ilegal de narcóticos y el contrabando.

Estaba pensando en ello cuando el crupier hizo su anuncio:

—Si están preparados, ya pueden mostrar las cartas, señores.

Dos de los jugadores habían renunciado a participar. Uno tenía una triste pareja. Un cuarto, el afrodescendiente, una doble pareja. Los asiáticos que restaban contaban con un *full* y una escalera de color respectivamente.

Black Russian no esperó a que el chino terminara de celebrar su victoria, en teoría garantizada por las cuatro cartas con el mismo valor, e interrumpió sus aplausos y sus gritos de júbilo depositando en completo silencio su pequeña mano. La extendió en un arco perfecto utilizando tan solo dos dedos para exhibir ante la concurrencia su magnífica escalera de color.

El chino se puso en pie de forma abrupta, obligando a la chica a levantarse también, y se apoyó en la mesa sobre los nudillos crispados para observar su derrota de cerca.

La escalera de Black Russian tenía cartas de mayor valor.

—¡Hijo de puta! —le gritó, y de un violento manotazo mandó su propia jugada al suelo. Al agarrar el mango del revólver en un arrebato, las mujeres presentes se encogieron en el sitio, incluida Ayane, que observó con espanto que se giraba hacia la joven que le había estado haciendo compañía—. Te lo dije, zorra. Ya me has hecho perder dos manos. Sabes lo que te toca, ¿verdad?

—No, no… Lo siento, señor —balbuceó con las manos en alto—. Lo siento mucho, señor. No volverá a pasar.

—Oh, por supuesto que no volverá a pasar.

El tipo se metió una mano en el bolsillo para sacar una bala y la introdujo en la recámara. Hizo girar el cilindro del arma con un dedo en un movimiento que delataba lo acostumbrado que estaba al truco y apuntó a la chica a la cabeza. Ella gritó y se cubrió con los antebrazos.

Ayane fue a levantarse en un acto reflejo, pero el asiático apretó el gatillo antes.

Pudo respirar, aliviada, al ver que ninguna bala salía disparada. Si era cierto lo que había dicho, se había librado por tercera vez de la azarosa crueldad de la ruleta rusa.

No así de la ira del chino, que había perdido la última posibilidad de recuperar su dinero.

—¡A la mierda! —rugió, y apretó el gatillo una y otra vez hasta que el arma se disparó. Ayane quiso apartar la mirada, pero el horror la paralizó y vio con sus propios ojos cómo la bala atravesaba la frente de la joven. En el silencio, el derrumbe de su cuerpo inerte sonó igual que si un cenicero se hubiera caído sobre la alfombra, con una sutileza tal que casi pareció que no hubiera muerto nadie—. Y la que llore será la siguiente —advirtió el tipo, descansando el revólver sobre el hombro con el dedo todavía en el gatillo.

Los contrincantes actuaron como si no hubiese sucedido nada. Ni siquiera habían apartado la vista de la jugada de Black Russian, lo que de verdad les tenía contrariados.

En cuanto el chino apaciguó su respiración y se había secado el sudor con un ademán

impaciente, arrojó el arma a su espalda y salió de la habitación haciendo todo el ruido posible. Al dejar la puerta abierta, los guardias de la puerta pudieron entrar, cargar a la chica en brazos e irse por donde habían venido sin hacer preguntas.

Pero Ayane se quedó mirando la alfombra en busca de la mancha de sangre.

Incluso en eso había sido discreta al morir. Sus fluidos se habían camuflado en la moqueta escarlata.

Contuvo un grito de auxilio hundiéndose las uñas en los muslos. Tomar conciencia de que ella misma podría haber acabado así, muriendo por la razón más peregrina, no la ayudó a guardar la calma. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que disimular el llanto horrorizado presionando los párpados y forzándose a controlar la respiración.

—Ya van cuatro partidas y no te he ganado ni una jodida vez —se quejó el caucásico de la barba, recostándose en el asiento con gesto derrotado—. No sé por qué sigo jugando contigo, cabrón.

—Algunos lo llaman orgullo masculino —señaló Black Russian. Reagrupó sus fichas y las introdujo con paciencia en una bolsita de terciopelo negro. La cerró tirando de los extremos y se levantó de la mesa sin regodearse en la victoria, pero sin parecer nada distinto de un campeón.

Llevaba su característica camisa negra, los chinos, y, además, una americana abierta con la que no engañaba a nadie. Su seriedad le asemejaba a un caballero distinguido y la elegancia al moverse estaba en su composición genética, pero, aun así, parecía exactamente lo que era: un criminal disfrazado, el lobo que esperaba a Caperucita en el dormitorio de su abuela.

—Puede elegir a la mujer que quiera, señor —le recordó el crupier.

—Ahora solo entre cuatro, pero es mejor que nada, ¿no? —bromeó el afrodescendiente, señalando con la barbilla el espacio donde la mancha invisible habría dejado de extenderse.

Pronto estaría seca, después sería eliminada gracias a la eficacia de los productos de limpieza y, poco tiempo más tarde, la memoria de la joven sería olvidada junto con las pruebas de su asesinato. Su familia no podría enterrarla ni vengarla en modo alguno porque jamás llegaría a saber quiénes le dieron muerte o por qué.

Ayane ni siquiera había podido verle la cara para describirla ante la policía.

—Me llevo a la tuya —decidió Black Russian.

Lo dijo sin mirarla, concentrado en arreglarse los puños de la camisa que sobresalían bajo las mangas de la chaqueta. Después alargó una mano hacia lo que parecía una copa, pero que debía contener solo agua, y la vació de un trago.

Echó a andar hacia la salida sin despedirse.

—Ya lo has oído, zorrita. —El afrodescendiente le palmeó las nalgas y la empujó en dirección a la salida—. Ve a ver si tú sí puedes hacerle sonreír. Lo que más rabia me da de ese bastardo —continuó, esta vez mirando a los compañeros que se habían derrumbado sobre la mesa— es que

ni siquiera le hace ilusión desplumarnos. Se va como llega, sin importarle nada una mierda.

—A lo mejor esa es la clave de la victoria —fue lo último que oyó Ayane antes de salir al corredor.

Miró hacia un lado y al otro. Black Russian había desaparecido.

—Habitación 818 —le indicó la voz familiar de Singapore. Por lo que contaba su postura dejada, había estado apoyado contra la pared durante la última ronda. Había una expresión resignada en su rostro cuando le señaló el pasillo de la izquierda con un gesto de barbilla.

Ayane se quedó un rato mirándolo a la cara.

Por alguna razón, la actitud de aquel hombre la hacía sentir menos sola, menos a merced de las bestias.

—¿Has oído el disparo? —se atrevió a preguntar.

Era la primera vez que tomaba la iniciativa de hablarle.

Singapore solo asintió, de pronto cien años más viejo.

Ayane encontró un alivio patético en el hecho de no ser la única persona que aún se dolía por las víctimas. La habían empujado a pensar que carecía de sentido preocuparse por ellas y que estaba loca por no haber renunciado al valor de la empatía.

El simple asentimiento del tailandés le regaló la reafirmación de que estaba en su derecho de enfurecerse con el mundo. Y más que de valor o sentido común, la inspiración le sirvió para armarse de rabia.

Se encaminó hacia la habitación 818, que la recibió con la puerta entornada. La empujó en un arrebato de coraje que no había experimentado en mucho tiempo. O sí, pero que por prudencia había reprimido y Singapore, al acompañarla en el sentimiento, había liberado por fin.

La cerró tras de sí nada más plantarse en la estancia. Estaba abriendo la boca para gritarle algo a la espalda de Black Russian, todavía no sabía el qué, cuando este dijo sin girarse:

—¿Qué demonios haces aquí?

Ella se desinfló. La había reconocido de un primer vistazo. ¿Cómo? No tenía lunares muy visibles, ni pecas, ni cicatrices llamativas, ni tatuajes, ni marcas de nacimiento. Ni siquiera debía lucir un aspecto físico similar al que levantó pasiones en Fuego y Sangre, porque había estado comiendo por debajo de sus necesidades y se le notaban las costillas, el esternón, los huesos de las caderas. Apostaba por que habría perdido también una talla de sujetador, y todo eso por no mencionar que llevaba el rostro cubierto.

Black Russian se dio la vuelta con la lentitud de quien necesitaba tiempo y espacio para poner sus pensamientos en orden. Caminó hacia ella con seguridad.

El nudo del estómago se le subió a la garganta. Temió una reacción violenta similar a la del asesino de la timba, pero él solo agarró el borde del pasamontañas y se lo quitó de un tirón.

Mirarlo a los ojos sin impedimentos que valieran después de tanto tiempo rompió algo dentro de sí.

Ese era el hombre por el que habría vulnerado sus votos matrimoniales. Ese era el hombre que la había hecho dudar de su lealtad emocional hacia Jace. Ese era el hombre por el que se había desvivido de un modo irracional durante los días que lo cambiaron todo. Ese era el hombre que la había empujado a abandonar Fuego y Sangre, y por el que en cierto modo se encontraba en aquella situación.

No se fijó en que el semblante de él adquiría un aire hostil al mirarla a la cara y se arriesgó a propinarle un bofetón que le dejó la cabeza de perfil.

—Un hijo de puta de tu calibre no me va a hablar como si yo fuera la que está en el lugar equivocado —siseó con frialdad—. Incluso en el bando equivocado.

—Lo estás, aun así —repuso con voz queda, la cara aún orientada a la pared lateral—. Acabas de presenciar lo que puede ocurrir sin que una mujer mueva un dedo. Seguro que te figuras lo que llegarían a hacer si los abofetearas.

—¡No los he abofeteado a ellos! ¡Te abofeteo a ti, cabrón! —le gritó a pleno pulmón. Una parte de sí respiró aliviada por al fin poder desahogarse sin que el miedo la coartara. Y en el fondo sabía que hacía mal, porque no era sabio relajarse en presencia de Black Russian. Nunca lo había sido—. Tú eres el responsable de que haya acabado en este agujero, ¿no es así? Esta es la exclusiva experiencia de sexo y gloria que me prometiste y de la que luego me desinvitaste porque se suponía que no estaba preparada. Me quitaste de en medio para tener una coartada perfecta cuando aterrizara en tu guarida, ¿verdad? Para no ocuparte personalmente de arrastrarme hasta aquí.

Como no contestaba, Ayane levantó la mano para arremeter de nuevo contra él. Black Russian fue más rápido y bloqueó el ataque agarrándola por la muñeca sin ejercer ninguna fuerza. Se ocupó de intimidarla avanzando hacia ella con la vista fija en su rostro ruborizado por la ira; tan consciente, tan incisiva, que parecía que hubiera olvidado cómo parpadear.

Ayane respingó cuando su espalda chocó contra la pared.

—Te quité de en medio porque me estabas molestando —le recordó en aquel tono indolente que, sin embargo, se las arreglaba para estremecerla con su hostilidad encubierta—. ¿Qué has hecho para acabar aquí, eh? ¿Has estado provocando a quien no debías?

—¡Por lo visto, te he estado provocando a ti! ¿Te parece poco? ¡Suéltame! —le espetó, zarandeando el brazo en vano. La mano de Black Russian era un brazalete de acero inoxidable, y su mirada no era menos sólida. La paseó por su cuerpo con intención valorativa, como si anduviera en busca de un objeto robado.

—Tú no eres la clase de mujer que fuerzan a venderse.

—¿Se supone que eso es un halago? —jadeó.

Sus ojos azules emitieron un destello acerado.

—A mí no me parece halagador ser norteamericano, pero para gustos, los colores. A lo que voy es a que por aquí desfilan las eslavas sin un duro, no las yanquis alfabetizadas.

—Esa no es la única fauna observable en estos lares —contestó en tono venenoso—. También se puede ver a los proxenetas de mierda en su hábitat natural. ¿Vas a tener el descaro de decirme que no sabías que me habían secuestrado y he estado en Bangkok los últimos meses?

Se le quebró la voz al referenciar aquel período tan negro.

Un período del que no estaba segura de que se hubiera librado aún.

Black Russian no respondió enseguida. Le soltó la muñeca a regañadientes, pero no se apartó de ella. Permaneció estático en el sitio, realizando sus calculadoras comprobaciones con una mirada larga y enigmática que ella nunca atinaba a descifrar. Habría pagado su peso en oro para adivinar qué clase de pensamiento cruzó su mente para que negara con la cabeza, molesto consigo mismo, y diese un paso atrás.

Ayane había arremetido contra él porque una parte de su ser le había asegurado que, si lo utilizaba para su desahogo, no habría represalias, y ansiaba ese desahogo como no había ansiado nada jamás. Odiaba al mundo entero, y era un regalo que el mundo entero se hubiera materializado en un hombre que podía golpear sin consecuencias. Pero en el fondo sabía que una sorpresa como la que había alterado la expresión de Black Russian durante la partida no podía fingirse.

No, no había tenido ni la menor idea de dónde estaba en ningún momento.

Pero él nunca le daría explicaciones.

Ni siquiera si le ayudaban a limpiar su imagen.

Black Russian la tomó de la barbilla para admirar de cerca la marca que el anillo del señor Cheng le había dejado en la piel. Ayane ansió atisbar un rastro de emoción en su semblante, una rabia candente, una tristeza compasiva hacia el futuro que la esperaba; algo que la inclinara a pensar que, incluso si su vida no le importaba a ninguno lo suficiente para salvarla, por lo menos su dolor sí despertaba compasión.

Pero él solo tragó saliva.

—¿Cómo has sabido que era yo? —quiso saber ella con un hilo de voz, exhausta tras el arrebato.

—Lo he sabido porque eres tú —zanjó con cierto resentimiento, como si no soportara su propia perspicacia—. Esto —atrapó la turmalina de la gitana entre los dedos— me lo ha confirmado.

—¿Y para qué se supone que estoy aquí ahora? —se atrevió a preguntar con tono inseguro—. ¿Vamos a acostarnos? ¿Es eso? —se le escapó una risa entrecortada—. No serías tan cruel como para tomarme en contra de mi voluntad cuando me puse a tiro hace menos de tres meses. Porque

ese es el tiempo que ha pasado desde que te vi por última vez, ¿verdad?

—Tres meses y dos semanas —corrigió con voz queda—. Y no, no nos vamos a acostar. —Para su sorpresa, añadió—: Solo tiene que parecerlo.

—¿Para qué? —preguntó, confusa.

Empezaba a dolerle la cabeza.

—Para que otros no ocupen mi lugar. —Le lanzó una mirada significativa—. A no ser que ese sea tu interés.

Su respuesta le torció el gesto.

—¿Cómo te atreves a insinuar que ese podría ser mi interés? ¿Cómo de podrido estás? —gimoteó, enrabietada—. ¡Esos hombres acaban de matar a una inocente delante de nuestras narices! ¡De las tuyas también! Yo no he podido hacer nada, pero ¿y tú?

—Yo tampoco soy Dios.

—¡Eso no significa que tengas derecho a comportarte como el diablo! ¡Jesús! —Ayane lanzó una patada contra el primer mueble que encontró, que resultó ser una descalzadora. Le dirigió una mirada cargada de odio, ignorando el dolor que hizo que le hormiguearan los dedos después del golpe—. No me puedo creer que me sintiera atraída por ti. Eres asqueroso. Eres un jodido criminal, eres… eres… —se ahogó intentando encontrar las palabras perfectas—. ¡Eres lo peor que le puede pasar a alguien en la vida!

—Y eso que aún no te he pasado en serio, *malyshka* —le respondió sin mover una pestaña, ajeno a sus recriminaciones salvo por un brillo oscuro en la mirada. Aquella respuesta, tan amenazante como extrañamente prometedora con la inflexión adecuada, la intimidó y consiguió hacerla retroceder—. Vete acostumbrando. Vas a verme a menudo.

—¿No se supone que operas en Europa del Este?

—Opero donde me convenga.

Concluyó la conversación girándose en redondo. Ignorando la impotencia que hacía temblar a Ayane, se dirigió a un inmenso armario empotrado con las puertas correderas. Tenían estampadas un clásico patrón oriental. Sacó la primera camiseta y los primeros pantalones que encontró y los arrojó sobre la cama.

Los señaló con la cabeza.

—Vístete —le ordenó con irritación, como si le ofendiera su desnudez—. Puedes pedir comida al servicio de habitaciones si pulsas la tecla uno del teléfono fijo. Esa puerta conduce a un baño. Si necesitas algo más, Singapore duerme al final del pasillo. Moléstalo a él, y, a poder ser, si tienes que golpear algo, golpea la almohada o te cortaré las manos yo mismo.

Ayane se quedó perpleja con su despliegue de hospitalidad, que, aun envenenada, seguía siendo lo más genuino que le habían ofrecido. Lo vio quitarse la chaqueta y arrojarla sobre la descalzadora de terciopelo del rincón de la habitación, desabrocharse un botón de la camisa y

recogerse la media melena en una coleta informal para salir de nuevo.

Ella no permitió que llegara a cruzar el umbral interponiéndose entre el pasillo y él.

—No —le gruñó, buscando en sus ojos una emoción sincera, humana, a la que pudiera aferrarse—. Ya basta con las actitudes desconcertantes. Vale que la pose de misterioso y contradictorio te granjeara amantes obsesivas en Fuego y Sangre, pero aquí no me vas a dar la espalda ni vas a dejarme con la palabra en la boca. ¡Se trata de mi vida! —le recordó con vehemencia—. Necesito que me digas por qué estoy aquí, qué va a ser de mí, y, si es cierto que no te alegra mi situación, quiero oírte decir que vas a ayudarme a regresar a casa sana y salva.

—Conociéndote un poco, me atrevería a decir que estás aquí porque te lo has buscado tú sola —le soltó sin contemplaciones—. En cuanto a lo que va a ser de ti, ahora mismo estoy improvisando, pero te puedo decir lo siguiente. —Abarcó la estancia con un brazo—. Vas a dormir aquí, en mi habitación, y vas a decirle a todo el que te pregunte o te intente tocar que te he reclamado como mi amante y que soy terriblemente posesivo —empezó a enumerar con un desinterés rayano en lo ofensivo. Parecía que contara la historia de otro, y si alguna emoción se filtraba en su tono, más pertenecía a la familia del sarcasmo que a la de la compasión—. Me fío de tu desbordante imaginación para atribuirme el papel de villano de las historias más truculentas, como que le serví de comer su lengua al último que te regaló un cumplido.

Aunque la parte de sí misma que estaba temblando de miedo quiso rogarle que fuese más amable, y aunque la primera duda que le surgió fue un lógico por qué, por qué había decidido hacerse cargo de ella, solo verbalizó dos palabras:

—¿Hasta cuándo?

Él le sostuvo la mirada con su expresión impenetrable.

—Si lo preguntas porque de verdad piensas que puedo devolverte a Estados Unidos… No sé cuánto poder crees que tengo, pero desde luego no el suficiente para hacerte borrón y cuenta nueva.

—De hacer borrón y cuenta nueva ya me encargaría yo. Tú solo tendrías que ayudarme a regresar a mi país —insistió a la desesperada.

Se le formó un nudo en el estómago al verle sacudir la cabeza con lentitud.

—Sabes demasiado, *malyshka*. No puedes irte sin más.

—¿Lo dices porque he oído que traficas con armas? ¿Y a mí qué coño me importa? —jadeó, asombrada por la sinceridad con la que acababa de hablar. Ayane regresaría a Washington fingiendo no tener la menor idea de nada si solo un pacto de silencio le garantizaba la liberación —. Eso…

—¿De verdad quieres volver? —interrumpió con voz queda, escudriñando su rostro—. ¿A qué?

La pregunta la descolocó de tal manera que retrocedió sin darse cuenta, permitiendo así que

Black Russian la esquivara hábilmente para perderse pasillo abajo.

Ayane le lanzó una mirada a caballo entre el horror y la incomprensión, una incomprensión forzada y espoleada por el odio del que empezaba a llenarse porque, por desgracia, en el fondo sabía a qué se refería.

¿Volver? Sí. ¿A dónde? A Washington. ¿Con quién? Con su marido. ¿Por qué? Porque tenía que huir de los villanos. Pero la última pregunta que Black Russian había verbalizado anulaba la credibilidad, o, al menos, la esperanza de las anteriores. ¿A qué? ¿A hacer qué? No a retomar su matrimonio, porque si pensaba en la caricia de un hombre, incluso si era la caricia de su hombre, se estremecía de asco. Tampoco a trabajar, porque lo último que Wray supo de ella fue que se desmarcaba de la operación por irresponsable. Ni mucho menos a continuar su vida tal y como la había dejado, porque su vida era su marido y su empleo, era su seguridad y su descaro, era toda esa personalidad que la había salvado de pasar desapercibida, y en realidad volvería a nada.

A la nada.

Volvería para nada.

Capítulo 25

Ayane emergió de un sueño tan profundo que tardó un buen rato en ubicarse en tiempo y espacio.

Por un momento no reconoció la habitación en la que se encontraba. En Bangkok había descansado en un dormitorio que poco tenía que envidiarle a los hoteles de cinco estrellas que había frecuentado durante sus escapadas vacacionales. Aun así, el lugar donde se encontraba, nada menos que una suite nupcial, superaba con creces cualquier lujo del que hubiese disfrutado. No ya después de Fuego y Sangre, sino también antes.

Se incorporó de golpe con el pulso acelerado. ¿A dónde la habían llevado? ¿Cuánto rato había estado durmiendo? Saltó de la cama, e iba a abalanzarse sobre la puerta cuando cayó en la cuenta: había volado de Bangkok a Shanghái en un avión privado, la habían llevado a una timba privada, se había encontrado con Black Russian.

Black Russian.

Ayane se frotó los ojos con impaciencia.

Estaba convencida de que esa parte la había soñado. A fin de demostrárselo para ahuyentar terribles augurios, se paseó por la habitación en busca de pistas que denotaran la presencia del presunto traficante.

Tiró de un cajón al azar y encontró mudas de ropa interior.

Podían pertenecer a cualquier hombre.

Luego se fijó en el caro reloj de pulsera que descansaba sobre la mesita de noche y se repitió lo mismo. Cualquier tipo que quisiera alardear de elegancia y tuviera un mínimo sentido de la moda de lujo aderezaría su traje de sastre con un Rolex.

Entonces lanzó una mirada aprensiva a las puertas correderas del armario.

En su sueño, Black Russian las había abierto para sacar las prendas que ahora ella lucía en su cuerpo. Se dirigió hacia allí con paso ligero y lo abrió traccionando con ímpetu. Agarró una camisa al azar y se llevó el cuello de tela a la nariz para confirmar, sin saber muy bien cómo reaccionar, que su inconfundible olor corporal había impregnado la prenda.

El perfume de MEMO Paris con acordes de cuero, esencia de romero y helechos… Incluso un toque de lirios del valle y pachuli. El aroma del invierno siberiano.

La dejó donde estaba como si acabaran de pillarla haciendo algo indebido.

¿Quién decía que no fuera eso justo lo que hacía?

Se dio la vuelta muy despacio, temiendo que la estuvieran observando. Notaba la sangre

concentrada en los pies. Barrió el escenario de su discusión con el ruso con la mirada desenfocada por los nervios. Así fue como reparó en las huellas que Black Russian había dejado a su paso: un bloc de notas tamaño bolsillo sobre un aparador de madera maciza, una cartera de cuero desgastado, una copa con un dedo de whisky diluido en el agua de un antiguo cubito de hielo… Unos zapatos de hombre de la talla cuarenta y seis descansaban debajo de la cómoda, y una americana colgaba detrás de la puerta.

Ayane se acercó al mueble de diseño y husmeó entre las páginas de la libreta. Había alrededor de quince o veinte garabateadas con un caótico desorden que a un psiquiatra le habría servido de guía para concluir un diagnóstico interesante. Cabría pensar que un hombre tan pulcro como él respetaría los márgenes y se tomaría la molestia de escribir en línea recta, pero las palabras del alfabeto cirílico estaban pintarrajeadas como si hubiera empuñado el bolígrafo estando borracho.

Lo soltó con un mal presentimiento.

A lo mejor solo utilizaba el bloc como agenda y lo único que listaba eran sus tareas pendientes, pero algo en la violencia con la que Black Russian había tachado algunos términos, amenazando con atravesar el papel, la instó a centrarse en otra cosa: la cartera.

¿Quién abandonaba su billetera en la habitación de una mujer a la que apenas había tratado? Al menos no había sido tan imbécil como para dejar a su vez suficientes yuanes para pagar un taxi a la embajada americana.

Por supuesto, no había ni rastro de documentos de identidad. Solo facturas de cuentas desorbitadas y tiques de compra, ambos en chino, y una tarjeta diseñada al estilo minimalista y caligrafiada con mucho gusto que publicitaba un negocio de carpintería. Así parecía anunciarlo un dibujo incrustado de taracea, la famosa técnica artesanal de estilo árabe.

También había una fotografía tamaño carné. El tiempo había desgastado el rostro del retratado y pulido las esquinas afiladas. La cámara había captado en pleno ataque de risa a un niño tan rubio que parecía albino. Dos bonitos hoyuelos sellaban sus mejillas arreboladas.

La imagen inspiró tanta ternura en Ayane que le devolvió el gesto sin darse cuenta.

Era Black Russian de pequeño, no le cupo la menor duda. Reconocería esos ojos en cualquier parte.

Temiendo quedarse prendada de la fotografía, volvió a poner la cartera en su sitio y se limpió el sudor de las palmas en el pantalón de baloncesto.

Un pantalón que no era suyo.

Un pantalón que era *de él*.

Al alzar la mirada hacia la entrada a la habitación, coronada por un flamante espejo veneciano, se topó con su propio reflejo. Ya no se le notaban tanto las ojeras, pero seguía pálida y tenía el pelo encrespado. La marca del anillo de Cheng no solo no se había disipado, sino que presentaba muy mal aspecto.

Al pasarse las manos por la cabeza, notó que le temblaban los dedos y se obligó a serenarse con una serie de respiraciones profundas.

«Si necesitas algo más, Singapore duerme al final del pasillo», le había dicho Black Russian. «Moléstalo a él».

Ciertamente, el joven tailandés le despertaba mucha más confianza que un hombre al que solo se le había ocurrido zarandearla y recordarle que ya no pintaba nada en Washington.

Tenía hambre, la necesidad de investigar su nuevo entorno y muchas preguntas en la punta de la lengua, pero la sola idea de poner un pie fuera de su refugio se le antojaba estremecedora. ¿Y si la interceptaba el señor Cheng o alguno de sus secuaces? Aun en el improbable caso de que Black Russian hubiera corrido la voz de que la había tomado de amante, dudaba que eso fuera a concederle inmunidad absoluta.

Solo lo sabría si se animaba a dar el paso.

—¿Dónde están tus agallas? —se regañó en voz baja.

En los últimos meses, espoleada por una soledad que le hacía daño físico, había adquirido el vicio de hablar consigo misma. No le había importado que otros la escucharan y la creyeran una enferma mental.

Quizá eso fuese lo que era. A lo que había quedado reducida.

Inspiró hondo y se echó al pasillo. Nada más cerrar la puerta tras ella con la duda de si estaría haciendo lo correcto, oyó un coro de risas. Lanzó un vistazo al final del corredor y se recordó de nuevo que Singapore Sling estaba allí, en teoría a su entera disposición.

Siguió el agradable sonido de las carcajadas con un nudo en el pecho. ¿Cuánto hacía que no escuchaba una risa sincera? Atraída por el jolgorio, se animó a asomarse bajo el umbral de la puerta entreabierta. Para su sorpresa, al fondo del pasillo no había una habitación, sino un amplísimo salón con un billar, una mesa redonda para jugar a las cartas, un minibar equipado para todos los gustos… y gente.

Gente feliz o que por lo menos lo parecía.

Gente que no había olvidado cómo divertirse.

Singapore estaba sentado a la mesa en una pose informal. Tenía la mano apoyada en la superficie y el cuerpo inclinado hacia un lado con llamativa dejadez, como un novio cansado de esperar a que su chica saliera del probador por decimocuarta vez. Con una sonrisa benevolente, observaba a las dos mujeres que, provistas de palos de billar, improvisaban una partida sin reglas. Una sujetaba el palo a la inversa, golpeando con el canto, y la otra había decidido obviar la bola blanca para mandar directamente la negra a la tronera. No lo consiguió: se quedó zigzagueando en la mesa de billar como en el *pinball*.

No habría reparado en la cuarta presente, desparramada sobre un diván como si la estuvieran pintando al óleo, si esta no hubiera dicho en tono burlón:

—¡Hasta que por fin la princesa nos honra con su presencia!

Ayane se extrañó con su comentario. No halló en el bello rostro de la mujer ninguna pista que explicara el porqué de su retintín. Tampoco le sonaba familiar.

Ante la incertidumbre, desvió la mirada hacia Singapore.

—Has dormido dos días seguidos —le explicó el tailandés—. Las chicas llevan desde que llegaste sintiendo mucha curiosidad por conocer a la mujer de Black Russian.

«La mujer de Black Russian».

Ayane se refugió de un escalofrío abrazándose los hombros. Abrió la boca para corregirlo, en absoluto complacida con el título, pero por suerte recordó a tiempo que, si bien su nueva condición no era halagadora, al menos la libraba de destinos peores… como no dudó en recalcar una de las jugadoras, una chica caucásica de belleza sobrecogedora:

—Las hay con suerte.

—¿Con suerte? —repitió Ayane, cohibida—. ¿Por qué?

—Porque está bueno —resolvió la que había estado inclinada tratando de meter la bola negra en la tronera—. El último que me pagó una millonada para que pasara la semana con él era un viejo de setenta años con una enfermedad más parecida a la lepra que a la psoriasis. Y si crees que se gastó demasiado dinero en mí, eso es porque no viste la de viajes que hizo a la farmacia. Creo que desabasteció de viagra al país entero. —Puso los ojos en blanco—. En fin, no estaría mal que, para variar, me tocara uno joven y agradable a la vista.

—¡Pero si los jóvenes son los peores! —replicó su compañera de juego con el ceño fruncido —. Al menos los viejos verdes todavía se las dan de caballeros y procuran actuar en consecuencia, por no mencionar que la inmensa mayoría acepta sus limitaciones y se resigna a pedirte que te masturbes delante de ellos.

—Esos serán tus viejos, porque los míos no —bufó la primera. Como si hubiera recordado que Ayane seguía allí, le lanzó una mirada de arriba abajo y añadió en tono condescendiente—: Soy Jing, por cierto. Ellas son Vera —apuntó a su contrincante del billar— y Sun Hee. —Cabeceó hacia la mujer tendida en el diván.

Por el origen de los nombres, Ayane asumió que Jing era china, y Sun Hee, coreana. En cuanto a Vera, la única que bajó el palo de billar y se desentendió de la conversación para dirigirle una cálida sonrisa de bienvenida, no estaba del todo claro. Tenía unos rasgos finos y la piel pálida en extremo delicada, además de un par de ojos azules que parecían haber salido de la misma mina de piedras preciosas que los de Black Russian.

—Hayami —se presentó con la boca pequeña.

Le supo mal no decirles su nombre real. Quizá a esas alturas ya no importaba que hubiera nacido como Ayane Nagai, pero, por si acaso las cosas se complicaban y a alguien le llamaba la atención el cambio de identidad, mantendría la pose hasta el final.

—Es guapa —determinó Jing con desahogo. Decidió ignorar su presencia para mantener con Sun Hee una conversación que la excluía deliberadamente—. Pero, desde luego, no lo que esperaba. Si a Black Russian le interesaran las asiáticas, ¿no debería haberme hecho caso alguna vez?

—Oh, no te lo tomes a pecho —descartó Sun Hee con un aspaviento—. Black Russian nunca le hace ningún caso a nadie.

—Eso me consolaba cuando era verdad —masculló la china—. Ahora una puta duerme en su cama.

—Estoy aquí —interrumpió Ayane con sequedad, aún sin moverse de la puerta.

Jing enarcó una ceja oscura en su dirección.

—¿Qué pasa? ¿Te ha molestado que te llame puta? —Se puso la mano en la cintura y echó todo el peso en una pierna—. ¿Acaso no sabes dónde estás? No te pienses ni por un momento que follarte a uno o a otro te va a hacer especial. A lo mejor a sus ojos sí, aunque sea durante los cinco minutos que tarde en cansarse de la novedad y te regale a alguno de sus discípulos, pero para mí eres lo mismo que Sun Hee.

—Hombre, espero que a mí me quieras más, aunque solo sea por derechos de antigüedad —se burló la aludida.

—No hace falta ser desagradable con ella solo porque haya entrado por la puerta grande —interrumpió Vera. Dejó el palo apoyado contra la mesa de billar y fue hacia Ayane para cogerla de la mano. Ella no supo cómo reaccionar en un primer momento, desacostumbrada a las muestras de amabilidad como la que Vera reforzó al sonreírle con sinceridad—. Pasa, anda. Estarás muerta de hambre si has dormido cuarenta y ocho horas del tirón. ¿Qué te gusta comer? Si eres china, será tu día de suerte, porque aquí siempre hay rollitos de primavera y pollo al limón.

—En realidad, tengo ascendencia japonesa.

—Por supuesto que sí —bufó Jing—. Faltaría más.

A Ayane no le extrañó su reacción. Los chinos nunca habían sido unos fanáticos de los japoneses, y tenían razones de peso para guardarles rencor después de los espantosos crímenes de guerra que cometieron cuando aún se hacían llamar el Imperio del Sol Naciente. Como era obvio, Jing no había nacido siquiera cuando la enemistad entre China y Japón estaba en su máximo apogeo, pero determinados recelos xenófobos podían considerarse hereditarios.

—Bueno, te seguirá siendo más fácil encontrar comida de tu tierra que a mí. El cocinero del casino, que Dios lo tenga en su gloria —apostilló Vera lanzando una mirada soñadora al techo—, nunca atina cuando quiere experimentar con platos rusos.

—¿Eres rusa? —preguntó Ayane con un hilo de voz.

La respuesta estaba implícita en el comentario de la joven, pero la había conmovido tanto que

se molestara en invitarla a entrar y entablar conversación con ella que tuvo que improvisar un modo de continuarla. Aunque fuera una manera estúpida. Notaba unas graciosas cosquillas en el estómago que solo podían relacionarse con la ilusión de que la trataran con cortesía.

También se acordó del cuaderno de Black Russian que había estado trasteando.

Ayane no tenía ni la más remota idea de cómo se ordenaba el alfabeto cirílico. A duras penas chapurreó lo básico en ruso durante su estancia en Moscú como para entender anotaciones tan caóticas.

Pero quizá Vera pudiera echarle una mano.

—De Sochi —anunció la rusa con un guiño. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar el estante del minibar donde descansaba el vodka Absolut. Agarró un vaso y sirvió una generosa copa. Regresó a donde se encontraba Ayane y se lo tendió con un guiño cómplice al que ella no pudo sino responder con una sonrisa de cansado agradecimiento—. No mucha gente de fuera ha oído hablar de mi ciudad. Está en la orilla del mar Negro y tiene unos paisajes sobrecogedores. Es preciosa, de veras. La gente suele venir a veranear porque hace muy buena temperatura, hay un parque natural, y...

—Cualquiera te hablará así de su casa si está encerrada en un puto casino de mierda —intervino Jing, poniendo los ojos en blanco.

Ayane le dirigió una mirada perdonavidas por haber intentado avergonzar a la joven. Luego se concentró en Vera, que parecía haberse sumido en un recuerdo agradable. Era tan ajena a la malicia de sus compañeras que sintió una oleada de orgullo y respeto hacia ella.

—¿Me enseñarías a hablar tu idioma? —le preguntó, esperanzada—. Si he podido dormir dos días es porque pese a nuestras… obligaciones tenemos suficiente tiempo para estar un rato juntas…, ¿no?

—¡Sí, claro! Hay días que paso más rato conmigo misma que con ningún cliente. Y claro que sí. Me encantaría hablar mi lengua con alguien… Pero te advierto —apostilló, alzando un dedo con teatralidad— que no es nada fácil aprender un abecedario nuevo.

—Inspirada por el amor hacia su hombre, seguro que se perciben progresos al poco tiempo —dijo Jing, entretenida desenvolviendo una piruleta que había sacado del bolsillo del *short* deshilachado. Lo combinaba con un top que exhibía el vientre trabajado. Miró a Ayane a través de las pestañas postizas—. Porque es por eso por lo que quieres aprender ruso, ¿no? Para hablar con tu amo.

«¡No es mi amo!», estuvo a punto de rugir.

Pero eso era exactamente lo que era. El término incluso se le quedaba corto.

Estrenó el vaso de vodka dando un largo trago, esperando que el alcohol la ayudara a sobrellevar la impresión de imaginarse a su merced.

—Si es así, buena suerte intentando sorprenderlo —intervino Sun Hee con desdén. Se había

incorporado hasta sentarse en el sofá para abanicarse, distraída, con la mano—. Ese hombre es inconmovible.

—No lo creo —gruñó por lo bajo. Las chicas se la quedaron mirando con curiosidad, incluso el mismo Singapore, y, temerosa de que le hicieran preguntas concretas sobre su supuesta relación, planteó una duda que no había dejado de perseguirla desde el primer comentario—: ¿Es verdad eso de que Black Russian no ha tenido contacto con ninguna prostituta? Hasta ahora, quiero decir —aclaró Ayane, escondiendo la boca detrás del vaso de vodka.

Dio un sorbo rápido para infundirse valor, a sabiendas de que lo necesitaría para escuchar la respuesta.

En su periplo tailandés había atestiguado toda suerte de atrocidades, pero la sola idea de estar bajo el yugo del mismo putero cada día y cada noche hasta solo Dios sabía cuándo la estremecía. Aun y con eso, y siguiendo una extraña lógica que ni ella misma comprendía, le parecía que, incluso participando en la trata de personas, le honraría no haber abusado de las víctimas para su disfrute personal.

—A mí no me consta que se enredara con ninguna y he cumplido aquí más aniversarios que él —contestó Vera—. Algunas piensan que es porque lleva con discreción sus rollos pasajeros, pero yo apuesto mi vida a que simplemente no le gusta el sexo.

—Lo corroboro —apostilló Jing, dejándose caer sobre el sofá junto a Sun Hee. Se sacó la piruleta de la boca y señaló a Ayane con el corazón de caramelo—. Es un tío raro, ¿sabes? No se pierde una fiesta erótica de todas las que se celebran por estos lares, pero no lo vas a ver poniéndole una mano encima a nadie. Ni siquiera a las que no son putas, se entiende. Si luego se pusiera a ligar con alguna invitada, no me extrañaría su actitud; Singapore también es fiel seguidor de la ley de no follarse a una prostituta —continuó, y le lanzó un beso al tailandés que hizo que este negara como el que vive exasperado con la actitud de un ser querido—. Pero, coño, Singa al menos folla de vez en cuando con mujeres de fuera.

—¡Anda que no! ¡Dentro de nada nos sorprende apareciendo con una novia! —se rio Vera amistosamente.

El aludido puso los ojos en blanco, como si hubiera planteado algo sin pies ni cabeza.

—Black Russian es asexual, estoy segura —sentenció Sun Hee—. Lo he visto consultar su móvil con aburrimiento mientras las bailarinas de *pole dance* se quitaban las bragas en su cara. Lo he visto mantener una conversación sobre negocios con una prostituta que en ese momento estaba en bolas, y no exagero cuando digo que se la sudaba. Lo he visto quitarse de encima con un empujón molesto a una de las chicas más guapas del casino cuando quiso pasarle un brazo por el hombro.

—Más que asexual, yo diría que es…

Jing se detuvo a meditarlo, dándose golpecitos en la barbilla.

—¿Gay? —sugirió Sun Hee.

—¿Muy exquisito? —propuso Vera.

—¿Maleducado? —habló Singapore.

—¿Un traficante de personas? —se atrevió a plantear Ayane, mirando al fondo del vaso con desinterés aun cuando el pulso le latía a un ritmo desbocado.

—Alérgico al contacto físico —se le ocurrió a Jing—, si es que eso tiene algún sentido. Pero ahora que nuestra Hayami, bella y rara flor, anda por aquí, quedan resueltas nuestras dudas. Gay no es, ahora lo sabemos. ¿Asexual? Tampoco.

—Por lo demás, ¿cómo es, Hayami? —indagó Sun Hee, muerta de curiosidad—. Ya sabes… En la cama. Creo que todas hemos fantaseado con él. Es tan alto, tan guapo, tan…

Concluyó su enumeración con un suspiro enamorado.

«Tan criminal», podría haber corregido Ayane. En su lugar, se rio sin ganas para ganar tiempo.

Le habría encantado ofrecer una detallada descripción de su desempeño amatorio, y no solo porque significaría que consiguió lo que tanto deseó una vez. Si ardía en deseos de mantener viva la conversación, era porque necesitaba sentirse normal, una chica cualquiera rodeada de amigas que se contaban confidencias en torno a la barra de un bar.

—Es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida, sí —reconoció, e iba a contarles la historia de cómo se habían conocido, adaptando los detalles para no revelar de dónde había salido, cuando se acordó del modo en que la había tratado hacía dos noches. «¿Volver? ¿A qué?». Un acceso de ira frustró cualquier intento por ser prudente—. Pero eso es todo lo que tiene —soltó, decidida a difamarlo—. No me voy a quejar de él en público porque, si no, perderé privilegios que me vienen de perlas, pero folla como el culo y, además, la tiene pequeña. Tanto metro noventa para nada —suspiró con aparente decepción, y volvió a beber de su vaso.

Hubo un silencio escandalizado.

Singapore incluso disimuló una sonrisita maligna agachando la cabeza.

Estaba claro que se lo pasaba en grande en compañía femenina.

—¿En serio? —se lamentó Sun Hee—. Creo que es la noticia más triste que me han dado desde que me dijeron que tendría que prostituirme si no quería que me cosieran a tiros.

Estableció el símil con una naturalidad que no desconcertó a Ayane tanto como la llenó de una extraña esperanza. Ella también era dada al humor negro, sobre todo cuando el propósito era airear las vulnerabilidades de uno para que nunca más se leyeran como tal; para vaciarles el contenido dramático. Pero había perdido esa tendencia a reírse de sus desgracias, y al escuchar a Sun Hee aspiró a retomarla.

—No le hagas caso —intervino Vera con un aspaviento—. No sabe dónde están los límites del humor.

—El humor no tiene límites —rezongó Sun Hee.

—Estoy de acuerdo. Nada tiene límites —atajó Ayane—. ¿Dónde se ha metido Black Russian, ya que estamos?

—Está reunido con Cheng Tao en su despacho, en la planta baja —respondió Singapore—. Al lado del que solía ocupar el otro señor Cheng, el propietario del casino. Es una puerta roja.

«Ah, que tiene despacho propio y todo», estuvo a punto de soltar con sarcasmo. «No sabía que necesitara echar mano de las instalaciones para ser un proxeneta de mierda».

Si renunció a expresarse y en su lugar se bebió lo que quedaba del vodka de un trago, fue porque no sabía cómo reaccionarían las chicas a un despliegue de odio hacia su presunto hombre.

«Y no sabes si es un proxeneta», canturreó la vocecita interna. «Solo sabes que está involucrado en el tráfico de armas y que es consciente de que hay víctimas de trata en el casino. Pero ¿y si está obligado a hacer y a deshacer como parece estarlo Singapore?».

Ayane frunció el ceño ante el pensamiento. Se levantó como un resorte para servirse otra copa de vodka, esta bastante más cargada. No iba a permitir que un ridículo optimismo la inclinara a perdonar sus pecados; ni mucho menos justificarlos.

«Pero quizá tomar alguna de esas vías haga tu nueva vida más soportable», insistió la vocecita.

«¿Qué nueva vida? No vamos a quedarnos aquí para siempre», determinó Ayane a través de un pensamiento provocado. Pero había otra línea argumental desarrollándose al margen de su lado racional, y fue esta la que se mofó de ella.

«Pensaba que no íbamos a ser optimistas, agente Nagai-Ryder… si es que así podemos seguir llamándote».

—¡Ya basta! —masculló antes de empinar el codo. No dejó de tragar hasta que el fondo de la copa quedó limpio. Su arrebato furibundo captó la atención de las chicas. Aun habiéndose enzarzado en una conversación apacible, se tomaron un momento para mirarla expectantes—. Un placer conoceros y todo eso, pero me voy a mi habitación.

—Por supuesto, duquesa. —Jing le hizo una reverencia.

Ayane ignoró la provocación. Le regaló una sonrisa forzada a Jing y le guiñó un ojo amistoso a Vera antes de agarrar la botella de vodka y llevársela consigo en su paseo por el pasillo.

Si a algo había estado acostumbrada antes de Tailandia, antes incluso de Washington, era a que la trataran con desdén. No en vano fue la niña rara y con un pasado cuestionable que se incorporaba al colegio a mediados de curso, la perfecta cabeza de turco para que los niños de la clase dieran rienda suelta a una maldad aprendida de sus padres, quienes proyectaban el mismo rechazo sobre Naoko. A veces, por razones relativamente comprensibles, como la existencia de Frankie Kincaid y el vínculo familiar directo que no siempre lograban esconder.

Otras, por simple y llano racismo.

Las torturas psicológicas ni siquiera acabaron en la infancia. Durante los años universitarios se granjeó una serie de detractores por motivos similares. En el FBI, su actitud arrogante y la vanidad de la que se había armado para protegerse de las bofetadas que le daba la vida no había sido bien recibida.

¿Qué era el odio de una prostituta china? ¿Qué era el odio de los puteros? El único odio que le importaba era el que se había estado cociendo en sus entrañas muy a fuego lento en Bangkok y que presentía que estallaría por los aires en Shanghái.

Miró hacia abajo para comprobar que seguía vistiendo las prendas de Black Russian. Aunque era la primera vez que estaba cómoda, incluso aliviada porque su cuerpo no quedara a la vista, entró en la habitación para cambiarse. Lo único que tenía era la minifalda y el top con los que había llegado a China, pero qué más daba.

Mejor un modelito revelador que el préstamo envenenado del ruso.

Con la botella en la mano y los pies aún descalzos, decidió bajar en ascensor a husmear por la planta baja. «Reunido en su despacho. Es una puerta roja», había dicho Singapore. Demasiadas indicaciones para tratarse de un tipo que, si podía no hablar, se quedaba callado. ¿Con la respuesta larga la habría inducido a ir a ver qué se cocía? Quizá no, o quizá sí y se tratara de una trampa, pero había llegado un punto en el que a Ayane no le importaba ser prudente, si es que acaso había sido su prioridad alguna vez.

La visión de un casino vacío resultaba tan chocante como un parque de atracciones abandonado. No sabía qué hora podía ser, porque los dueños no habían cometido el error de colgar relojes en las paredes. ¿Las dos de la tarde? ¿Las tres? Debía de tratarse de un negocio exclusivo o no muy ambicioso, porque la mayoría de los casinos a los que ella había acudido procuraban permanecer abiertos las veinticuatro horas del día.

Se paseó por los pasillos con aburrimiento. Acarició los botones de las tragaperras, los bordes relucientes de las mesas. Tenían que haber pasado la aspiradora hacía un rato, porque la moqueta estaba impoluta. Le hacía cosquillas en los pies descalzos.

Había olvidado lo apacible que la soledad podía llegar a ser. Incluso a solas en su habitación del hotel de Bangkok la había embargado la inquietante sensación de que estaba siendo observada. Por una mirilla, por una ventana; por Dios mismo, que se reía de ella y de su patética ingenuidad. Lo más probable era que hubiera desarrollado manías persecutorias y a nadie le importara un ardite lo que una puta hiciera en su tiempo libre, pero así había vivido cada minuto de cada segundo: tratando de encontrar tolerable la idea de no estar a salvo.

Reconoció el camino por el que la había llevado el paseo. Aunque dos días atrás había seguido al guardia de seguridad mareada, casi borracha de pensar que pudiera salir del despacho de Cheng poniendo punto y final a la pesadilla, su subconsciente había memorizado el recorrido.

Ahí estaba ella ahora, a unos metros del corazón del casino.

Y, por ende, a una distancia similar de la oficina de Black Russian.

—La oficina de Black Russian —repitió en voz alta con una sonrisa demente.

Se lo imaginó trajeado, como un alto cargo en bolsa de Wall Street, abriendo la puerta de un taxi con la que no sujetaba un maletín, y por poco se echó a reír. Nada malo habría pasado si el hijo de puta hubiera estudiado Económicas en la Universidad de Nueva York y se hubiese conformado con un trabajo de nueve a cinco.

Tal vez ni siquiera hubiera crueldad en el mundo si el hijo de puta no hubiese nacido, para empezar.

«¿Qué culpa tiene él de tus decisiones?», insistió la voz interna.

Aunque ya estaba aturdida por el alcohol, Ayane abrió la botella con el gesto torcido y dio un sorbo consciente, determinada a eliminar cualquier rastro de empatía o legítima duda. Cuando creyó haber silenciado su conciencia, echó a andar hacia la puerta que conducía al rellano de los despachos. Enseguida comprendió por qué estaba abierta: localizó un carrito de la limpieza pegado a la pared. Un alegre silbido se filtraba a través de la rendija de la oficina de Cheng.

Ayane se asomó a la puerta entornada y reconoció el uniforme blanco de una limpiadora. Luego echó un vistazo al carrito, concretamente al manojo de llaves que había dejado colgando.

—No me lo puedo creer. —Estuvo a punto de reírse al comprobar que cada llave estaba señalada en inglés, quizá para que todos los limpiadores, la mayoría extranjeros, lo entendieran: suite nupcial, suite de lujo, despacho Cheng, despacho BR. Cogió la última y la levantó hacia la luz de los focos del techo para admirarla como si se tratara de una rara joya—. Pues esta va a ser, ¿no?

Capítulo 26

Se aseguró de que nadie la vigilaba e introdujo la llave en la cerradura. La giró una y dos veces para quitar el seguro y, en lugar de abrir con la última vuelta, se quedó con la mano suspendida en el aire y la mirada desenfocada sobre el dibujo geométrico de la alfombra.

¿Para qué demonios quería entrar en el despacho de Black Russian? No era para reencontrarse con él, podía apostar su vida por eso. ¿Para hallar pruebas que le incriminaran? Era irrisorio pensar que estaba en condiciones de seguir investigando para el FBI. E incluso si el cielo se abriera y se topara con un dosier completo de información, era muy probable que al final del día la enterrasen, viva o muerta, con el papeleo en el regazo.

A lo mejor solo estaba aburrida, o solo quería que la pillaran en flagrante delito y tuvieran la consideración de matarla de un disparo. A lo mejor, como no tenía nada que perder, le veía el atractivo o la justicia poética a encontrar en los datos recabados un motivo. Así, ni el secuestro, ni su vida, ni las ambiciones que habían truncado esta última se habrían sucedido en vano.

Dio la última vuelta a la llave y entró. La estancia era prácticamente idéntica al despacho del señor Cheng. Moqueta escarlata, paredes pintadas de azul marino y rematadas por zócalos superiores e inferiores con motivos dorados, biombos de madera noble y muebles de diseño.

En definitiva, la decoración lujosa que cabía esperar entre la alta sociedad china.

El escritorio, cómo no, ocupaba una posición estratégica. Así, quienquiera que estuviese detrás de él, sería lo primero que el visitante vería nada más acceder.

Dudaba que fuera a encontrar papeles acusatorios en los cajones. O que pudiese entenderlos, más bien. Estarían en chino o en ruso, y Ayane tuvo la pésima idea de elegir el castellano y el francés como segunda y tercera lengua con la excusa de que eran, si no las más habladas en el mundo, al menos las hegemónicas en los países que le interesaba visitar.

Pero incluso si no lograba descifrar nada, ¿cuándo se le volvería a presentar la oportunidad de husmear entre las pertenencias de un proxeneta? Allí debía haber algo interesante sí o sí.

«Cuidado, no vayas a pensar que sigues en activo», se burló la voz interna.

Ayane puso los ojos en blanco y dio un trago a la botella, que seguía acompañándola en su paseo por el amplio salón. Estaba preguntándose por dónde empezaría a revolver, o si solo se bajaría las bragas para orinar en la silla de Black Russian, cuando oyó un par de pasos acercarse. Distinguió el acento eslavo en la ronquera natural de una de las voces y la de alguien a quien seguramente por fortuna no había escuchado antes.

Miró a su alrededor en busca de un escondite. Le tocó refugiarse en el único rincón posible:

debajo del escritorio, en el que no la verían a no ser que alguien presidiera la reunión. A no ser, también, que quien se sentara justo delante estirara las piernas para meterlas bajo el tablón de madera maciza que cerraba el escritorio en su parte frontal.

Dejó la botella sobre la mesa y gateó hasta el hueco del mueble. Se hizo un ovillo en una esquina y esperó para confirmar con el chirrido de la puerta que dos hombres hacían acto de presencia.

—No tengo mucho tiempo —decía Black Russian mientras cerraba la puerta.

«Claro que no. Tiene mujeres que secuestrar».

El alcohol le había potenciado el sentido del humor.

—Yo tampoco. Me espera mi hija. Termina sus clases de violín a las cuatro de la tarde. Pero volveré para la apertura del casino por si nos quedáramos con la palabra en la boca.

Ayane estuvo a punto de jadear, pasmada. Si el tipo se codeaba con Black Russian, debía de ser un criminal, algo que no casaba con el digno propósito de hacer feliz a una querida hijita. Siempre había sospechado que los puteros, los canónicos hombres malos, tenían una familia por la que se preocupaban; solo dejaban a la vista sus perversiones ante seres inferiores como ella, como sus compañeras, mujeres cuyo juicio e integridad les era indiferente. Aun así, confirmarlo le chocaba cada una de las veces.

«Al menos el tío le paga clases de violín a su hija. A ti el tuyo te obligaba a emigrar a otro estado», le recordó la voz interna.

Ayane apretó los puños, castigándose por no haber llevado la botella consigo.

«¿Qué? ¿Ahora te vas a volver alcohólica para soportarte a ti misma?».

Lo único que acalló su subconsciente fue la proximidad de Black Russian, quien, nada más rodear el escritorio para presidir la estancia, reparó en la presencia del vodka. Escuchó el sonido del recio cristal rozando la madera de la mesa cuando él lo giró para ver la marca.

—Espero que quien lo haya dejado aquí no piense que esto es un buen regalo —comentó con su indolencia habitual.

—¿No te gusta el Absolut?

—No me serviría ni para limpiarme un corte de cuchillo.

—¿Y cuál recomiendas? Ya sabes, empezaré a tomar nota si lo que me toca es dirigir este sitio.

—Teniendo en cuenta que tus clientes son de dinero, un vodka de alta gama no estaría mal. Grey Goose, por ejemplo. Smirnoff, si no eres muy ambicioso —sugirió, y acto seguido se sentó en el sillón como si no quisiera enterarse ni él.

—Soy muy ambicioso. Creo que lo demuestra que no haya llamado a la policía para que se encargue de ti y pretenda conservarte en los alrededores por si acaso.

Ayane observó desde su posición que Black Russian meneaba la cabeza como si su

interlocutor no tuviera ningún remedio. Suspiró, claramente disconforme con el comentario, y fue a estirar las piernas.

Aunque intentó recoger las suyas para no tocarse, él le dio sin querer un puntapié en el tobillo. Más por alargar la tensión de la cita que porque sintiera curiosidad, el ruso se dobló sobre el costado y agachó la mirada.

«Mierda».

Para variar, ni siquiera le enfureció la insolencia de que se hubiera infiltrado en sus dominios para escuchar una conversación privada. Al verla, se limitó a enarcar una ceja, como si se la hubiera encontrado por casualidad en el mismo bar a la misma hora, y se reincorporó sin perder el tipo.

Ayane pensó que ahí habría acabado todo, pero Black Russian agarró la botella y se la tendió por debajo de la mesa en un silencioso gesto.

«Sigue a lo tuyo», parecía decir.

Aquello la desconcertó.

¿Iba a ignorar su presencia? ¿Le estaba haciendo un favor?

Con él era imposible saberlo.

—Luego la tiraré —le explicó a su acompañante para enseguida volver al punto importante—. En fin, no sé por qué te quejas tanto, Tao. Gracias a mí, ahora eres el dueño del casino.

—¡Hay formas y formas de hacer las cosas! —rezongó.

—No me dirás que no he sido elegante. A no ser que me pidas que te localice los restos del fulano, nadie los encontrará así remueva cielo y tierra.

El dueño del casino, al menos hacía un par de días, era el señor Cheng, un tipo que por obvias razones no le había caído en gracia. ¿Estaban hablando de un cambio de mando?, ¿de que Black Russian trabajaba allí como sicario y se había hecho cargo de él?

¿O solo le tocaba el trabajo sucio de descuartizar y enterrar?

—Solo digo que no es así como lo habíamos hablado —insistía Tao.

—Si quieres que las cosas salgan tal y como esperas, encárgate tú.

Ante el tono tajante del ruso, al chino no le quedó otra que agachar la cabeza y retomar la conversación en voz baja.

—Estoy satisfecho contigo y con tus servicios. Lo único que te pido es que seas discreto. Nada más. ¿Cómo pretendes que explique la repentina ausencia de mi padre? ¿Qué te crees?, ¿que no conocía a gente problemática que se molestará en saber qué ha sido de él? ¿Que no debía dinero que aparecerán para reclamarme? Además de su imperio, voy a heredar sus deudas, y ahora que no pueden meterle miedo a él, me lo meterán a mí. Y si no puedo pagarles, lo buscarán, darán con que fue asesinado, con que yo lo mandé matar, y harán algo peor que desollarme por moroso: me chantajearán.

—Te has respondido a tus dudas tú solito. Si tiene amigos y tiene enemigos, dile a los amigos que los enemigos se han encargado de él. No sería mentira —resolvió con indiferencia—. Y yo en tu lugar no me preocuparía tanto por si me salpica la sangre. Preocúpate mejor de pagarme como corresponde.

—Sí, sí, los nombres —se apresuró a contestar Tao—. No lo he olvidado.

A través de una rendija, Ayane lo vio hurgar en sus bolsillos con nerviosismo. Nada más incorporarse para tenderle a Black Russian un papel que ella pensó que sería interesante robarle, Tao adelantó un pie. Un pie que tuvo la mala suerte de pisar la mano que Ayane había apoyado en la alfombra, cometiendo a la vez el error de asomar los dedos por debajo del panel vertical que cerraba el escritorio por delante.

Consiguió reprimir un grito, pero no el hipo que de pronto cortó el silencio.

Ayane rezó para que no se hubiera dado cuenta, pero Tao se agachó, ceñudo, y gracias al mismo hueco que a ella le había permitido observar la escena, la vio hecha un ovillo con la botella agarrada por el canto.

Por el modo en que su expresión se ensombreció, supo que no le había hecho gracia la casualidad. Y pudo imaginarse por qué. A Ayane tampoco le gustaba contar con espectadores cuando confesaba que había matado a alguien.

—¿Qué hace esta aquí? —exigió saber.

Más para dar la impresión de que solo respondía las órdenes de su dueño que en busca de auxilio, Ayane apoyó las manos en las rodillas del ruso.

—No te preocupes por ella. Solo es una puta japonesa —resolvió Black Russian en un tono informal y autoritario a la vez—. No entiende nuestro idioma, y me gusta que me tenga bien atendido en todo momento. ¿Verdad, criatura? —añadió, doblándose lo justo para alcanzar la barbilla que le acarició con el pulgar. El tierno contacto aturdió a Ayane, que no supo si darle un mordisco o aplaudir porque hubiera evitado una hecatombe.

No estaba por la labor de darle las gracias, pero se resignó a fingir que no sabía de qué le estaba hablando y a mover la cabeza emulando un asentimiento dudoso.

—¿Atenderte? —repitió el tipo mientras Black Russian recuperaba su postura cómoda—. ¿Cómo?

—Según se me antoje. Si no te importa que se mantenga ocupada mientras charlamos… —dejó caer el ruso.

—¡Pues claro que me importa! ¡Me importa que esté aquí! —La señaló con un aspaviento agresivo—. ¡No puede saberse cómo he conseguido el casino, joder!

—Ya te he dicho que no tiene ni pajolera idea de inglés —repitió Black Russian, esta vez con una frialdad que encogió al chino y le instó a callar—. ¿Qué coño quieres, eh?, ¿que le vuele la tapa de los sesos? La alfombra es cara, y acaban de entrar a limpiar. —Ayane no pudo resistir el

impulso de manifestar su indignación por la forma en que la había deshumanizado y le lanzó un sutil puñetazo a la rodilla. Black Russian no se mostró afectado, pero sí agachó la mirada para advertirla con los párpados entrecerrados. O eso pensó en un primer momento, porque se enmendó a su manera añadiendo—: Además… Por fin he encontrado entretenimiento. La echaría de menos si no la tuviera para calentarme los huevos.

Demasiado borracha para tomarse el doble sentido a la tremenda, Ayane ladeó la cabeza hacia él y le dedicó una sonrisa envenenada. Black Russian le lanzó un beso que la dejó gravitando entre la perplejidad y la extraña satisfacción.

Arrastró su asiento para quedar más cerca del escritorio y, por ende, de ella.

—Pero si tanto te preocupa, vamos a darle una utilidad. —Se llevó las manos al cinturón mientras escuchaba las repetitivas quejas del chino y fue desabrochándolo como si quisiera darle tiempo a Ayane para entender lo que estaba pasando. Esta por poco se atragantó y empezó a respirar agitadamente cuando se fijó en el bulto del bóxer, que escondía un miembro semiduro que no vaciló en liberar de la ropa interior. Black Russian agachó la mirada de nuevo, ahora con una intención evidente, y le dijo en japonés—: Ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella estuvo a punto de soltar un jadeo, sorprendida porque hablara su lengua e indignada por su descaro. No podía creerse que le saliera con esas justo ahora, en una situación límite, en un contexto terrible, cuando había estado despreciándola durante toda la experiencia de Fuego y Sangre. Quiso sentir asco hacia él y lo que representaba con su recién estrenada actitud arrogante, sin duda patrocinada por un exceso de vodka, pero la voz interior la instó a ser razonable.

«Acaba de pillarte uno de sus socios. Uno que ha mandado matar a su propio padre. Si quieres justificar tu presencia para no salir malparada, no te queda otra».

Ayane se humedeció el labio inferior, todavía con el ceño fruncido. Se negó a darle la satisfacción de saltar hacia su entrepierna sin miramientos. También se negó a aceptar ante sí misma lo impensable: que la situación tenía una cuota de morbo al que no era indiferente. Pero ¿cuántas felaciones no habría practicado en el transcurso de su estancia en Bangkok? Había perdido la cuenta.

Y, en teoría, también el interés por volver a tocar a un hombre.

¿Por qué aquello no la asqueaba ni por casualidad?

«Porque has querido hacerlo desde que lo viste. Porque es tu cuenta pendiente».

«¡Pero eso no es suficiente!», se replicó a sí misma.

«¿Porque estás borracha como una cuba?», le sugirió la voz interior.

«Eso me cuadra más».

Pero apretó los dientes, furiosa con sus contradicciones.

Aun y con todo, rodeó el miembro de Black Russian con la mano. Al sentir la suave piel

satinada bajo la palma, emitió un suspiro entrecortado. La acarició de arriba abajo, deleitándose con su textura y la dureza que fue adquiriendo conforme deslizaba la mano verticalmente.

Había visto tantos cuerpos desnudos en los últimos tiempos, tantos y tan repugnantes pellejos, tantas pollas, que verse por primera vez en una situación que no la desagradaba del todo la animó a aumentar el ritmo. Adoptó una postura cómoda de rodillas ante él y apoyó una mano en su muslo enfundado en unos tejanos oscuros para no perder el equilibrio.

Al abrir la boca para prodigar la primera lamida al prepucio, reparó con una mezcla de espanto y placer secreto en que había empezado a salivar de manera compulsiva, muerta de hambre, sed o ambas. Era la primera vez que estaban a solas su miembro y ella, y en plena borrachera se le ocurrió pensar que era mejor de lo que había soñado… y que había metido a las prostitutas miserablemente, porque aquello no tenía nada de pequeño o mediocre.

Buscó el rostro de Black Russian y se fijó en que apenas había cambiado de expresión.

Parecía que estuviera acariciando a otro hombre.

Y, entretanto, sicario y dueño del casino conversaban con normalidad.

El reto de arrancarle un gemido traicionero se le metió entre ceja y ceja; fue, en realidad, lo que dominó su mente por completo a la hora de introducirse la polla en la boca. Se puso a prueba empujándola hasta donde la flexibilidad de su garganta pudo llegar, hasta que emitió un gorjeo similar a una arcada, y permaneció en el sitio conteniéndola entre los labios para humedecerla, para inundarla con su calor.

Cuando no pudo más, se fue separando lentamente, ladeando la cabeza, y se tomó un segundo extra para succionar el prepucio. Cerró los ojos, sumida en una sensación novedosa y al mismo tiempo familiar: la que antaño la había instado a proporcionarle placer con mucho gusto a un hombre.

Ayane le presionó el muslo con los dedos mientras recorría su carnosa longitud con una larga lamida. A esas alturas ya debería haber estado duro, pero incluso su cuerpo era difícil de conquistar. No así inconquistable, se dijo Ayane, exprimiendo la base de la erección con un movimiento rítmico y semicircular al tiempo que lo chupaba con ahínco. Se separó lo suficiente para que su saliva se derramara sobre el miembro cada vez más caliente y volvió a la carga.

Por primera vez, Black Russian dio señas de percatarse de su esfuerzo tratando de cambiar de postura en el asiento, visiblemente afectado. Ayane levantó la mirada con la esperanza de ver un rostro congestionado por el deseo, unos ojos brillantes, una respiración entrecortada; de hallar un reflejo de su propio deseo. Pero él estaba dirigiéndose a su interlocutor con una templanza que en otras circunstancias habría admirado.

—Si quiere cobrarlas más caras —decía con un tono de voz controlado—, tendrá que hablar con el primer responsable. Yo no soy un intermediario, de acuerdo, pero tampoco me gusta participar en guerrillas de este calibre…

«Manda narices que cuando se trata de vender armas ilegales se convierta en el hombre más hablador del mundo», pensó con irritación. Una irritación que la llevó a tomar una decisión que sabía que podría salirle por el alto precio de una bofetada, pero poco le importó.

Apretó su erección entre los dedos y le propinó un mordisco.

Black Russian dio un respingo y masculló una maldición en su lengua materna.

Ella se arriesgó a sonreír, entre envenenada y triunfal. Él captó el gesto. No tuvo que hacerle ninguna gracia, porque, sin apartar la vista de Ayane, dijo:

—¿Te importaría dejarnos a solas? Apenas será un momento.

El tipo refunfuñó un comentario sobre la falta de profesionalidad y se levantó del asiento a desgana. En lo que tardó en marcharse, Black Russian se arregló la bragueta para presentar un aspecto decente, pero no se abrochó el último botón, dejando a la vista el vello público que asomaba sobre la cremallera.

Este tentador detalle la instó a humedecerse los labios, y la distrajo tanto que él, todavía sentado, pudo pillarla desprevenida agarrándola del cuello.

Se inclinó hacia ella para hablarle entre dientes.

—¿A qué te crees que estás jugando?

—¿A qué te crees que estás jugando tú? —contraatacó sin dejarse impresionar, espoleada por el alcohol—. Si me das órdenes sexuales, esto es lo que te espera. No pienso tocarte, ni por voluntad propia, ni por voluntad ajena, ¿te enteras?

Él enarcó una ceja, como si le hubiera sorprendido de corazón su respuesta.

—¿No es mi polla lo que llevas queriendo desde el primer día? —Chasqueó la lengua, decepcionado, y en tono irónico añadió—: Contigo no hay manera de acertar, *malyshka*.

Ella enrojeció ostensiblemente.

—¡Que te den!

Se las arregló para salir de su escondrijo con la mayor agilidad de la que fue capaz, considerando que había estado acartonada bajo el escritorio y el vodka estaba haciendo lo propio. Black Russian se puso de pie también y la agarró del antebrazo para traerla hacia sí. No supo si había imprimido demasiada fuerza o era Ayane la que estaba desequilibrada y por ello no había podido oponer resistencia, pero el resultado del tirón fue fatal: con una facilidad pasmosa, Black Russian la apoyó contra el borde de la mesa y, con un cuerpo que parecía una tormenta eléctrica, la acorraló.

—¿Hubieras preferido que el chino te metiera una bala en el cráneo por andar husmeando?

—Si luego te lo metía a ti, ¿por qué no? —le espetó con la barbilla erguida.

Se sintió tan orgullosa de su propia respuesta que se le escapó una sonrisa nerviosa.

¿De veras estaba desafiando a un traficante?

¿Por qué con él sí se atrevía a sacar el carácter que pensaba que había muerto en Bangkok?

Black Russian estudió su semblante y, como si hubiera leído sus pensamientos una vez más, determinó con voz queda:

—No me tienes miedo.

Si Ayane vaciló, no fue porque dudara de su afirmación, sino porque le extrañó su salida.

La invadió la quizá falsa impresión de que a él le importaba lo que ella sintiera.

—No.

Sus ojos destellaron con algo de la familia de la… ¿satisfacción? No tenía ni la menor idea de qué esperar de él, y en el espantoso mundo en el que había caído de cabeza, la incertidumbre era lo peor a lo que podía enfrentarse una mujer.

O eso se dijo. Pero se equivocaba, porque cuando su mirada azul se paseó con abstraído interés por su rostro hasta posarse un delirante segundo en sus labios, a Ayane se le encogió el estómago como si la hubiese acariciado con el cañón de una pistola.

Eso, aunque no fuera miedo, entrañaba un tipo de amenaza para la que no estaba preparada.

De eso no podía defenderse. Nunca había podido.

Black Russian le rodeó el cuello con la mano y le presionó la garganta con los dedos.

—¿Y ahora? —preguntó en voz baja—. ¿Tampoco me tienes miedo?

Ella se enderezó para encararlo con una arrogancia que había creído olvidada.

—No.

Como si quisiera asegurarse de que las conclusiones de su examen eran correctas, él mantuvo la mano en el sitio. Luego soltó su cuello y extendió los dedos para cubrirle el escote. Deslizó la palma, sorprendentemente cálida en un hombre gélido como una noche en el desierto, para pasearla sobre el relieve de sus pechos y seguir descendiendo por su vientre.

Ayane jadeó cuando se detuvo en el confín de la falda e insinuó la perversa intención de levantársela jugando con el borde.

—¿Y ahora? —repitió, bajando aún más el tono.

—Tampoco.

Él movió la cabeza de forma casi imperceptible, asintiendo con conformidad hacia su respuesta.

¿Significaba que la creía?, ¿que se alegraba?

Ayane se olvidó de buscarle una explicación en cuanto sintió el roce de sus dedos a la altura del muslo, subiendo tentadoramente hacia la ingle. El contacto de las yemas en una zona tan íntima la tensó, pero no tanto por los malos recuerdos como por la red de intimidad que Black Russian había tejido en torno a ambos. Refugiada en un escenario de sensualidad consensuada y atraída por su tranquila seducción, ¿cómo le iba a temer?

¿Cómo no iba a desearlo?

—¿Qué me dices ahora? —preguntó casi sin voz, moviendo los labios tan cerca de los de

Ayane que, al pronunciar la letra eme, se rozaron durante un delirante segundo. Ella trató de mantener la calma, pero su pulso se disparó y tuvo que aferrarse con fuerza al borde del escritorio para contener unas ansias casi desconocidas, capaces de enloquecer a una mujer. Ni siquiera se dio cuenta de que cerró los ojos y se encomendó a los dioses para que pasase lo que debiera pasar, un beso o la tortura contraria: la nada. Habría jurado que lo oyó sonreír, victorioso, al decir—: Ah…, sí, ahí está. El miedo.

Ayane abrió los ojos de golpe para fulminarlo con la mirada, pero la vulnerabilidad no la abandonaría mientras él no diera un paso atrás. Se sintió pequeña y ridícula en comparación: ella, con la cara de haber dormido cuarenta y ocho horas seguidas, el aliento ahogado en vodka y tan nerviosa que no se sentía las manos; él, siempre soberano de sus emociones, limpio, peinado, perfumado; perfecto.

Aun siendo humillante, esa inferioridad le produjo un estremecimiento placentero.

No quiso plantearse lo retorcido que era disfrutar de estar a su merced y se obligó a retrucarle:

—¿Tan interesado estás en que te tenga miedo? ¿Eso es lo que te excita? ¿Que las mujeres lloren porque eres un hijo de puta?

Black Russian le acarició el borde de la cara con unos dedos que habría jurado que obraban conjuros.

—A ti todavía no te he visto llorar, *malyshka* —susurró en tono sugerente.

—Estoy esperando a que tú lo hagas primero.

—¿No van las damas primero?

—Hace tiempo que no soy una dama ni nada que se le parezca.

—Pero a ti te gusta ser la primera en todo —ronroneó—. ¿O acaso te he entendido mal?

Curvó los labios en ese amago de sonrisa que no era ni sonrisa ni nada similar, pero que capturaba el misterio de un corazón sellado a cal y canto. ¿Y cómo era posible que pareciera abrirlo al tocarla? Ayane se sintió extrañamente querida cuando él le cubrió la mejilla con la mano y deslizó la yema del dedo corazón desde la ojera hasta la barbilla, reproduciendo el recorrido de una lágrima. Su expresión era la de un hombre que habría envidiado su llanto por haber salido de ella; por haber tenido el privilegio de marcar su carne, de resbalar por su cuerpo.

Por la periferia de su visión, Ayane captó un destello llamativo. Buscó con la mirada el origen, creyendo que lo había soñado, y confirmó que se trataba de un ostentoso anillo de oro con un grabado que a ella no se le olvidaría mientras aún lo tuviera en la cara.

Antes lo había visto en el dedo índice del señor Cheng.

Por lo que tenía entendido, ya no caminaba entre los vivos.

Ahora lo lucía él.

Guiada por un impulso, cogió la mano de Black Russian. Una gota de sangre reseca salpicaba la joya. Entonces trajo a su mente la conversación con Tao, a quien Singapore se había referido

como Cheng Tao, primero el apellido, luego el nombre, y comprendió lo que había ocurrido.

Buscó la mirada del ruso con el corazón a punto de salírsele por la boca. Él tuvo que sobreentender el rumbo que habían tomado sus sospechas, porque, por primera vez, se ocupó de hacer aclaraciones, y no sin la irritación de que le hubiera descubierto… o le hubiese tomado por un romántico vengador.

—No tiene nada que ver contigo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Ayane con palpable ironía. Fue de lo que se le ocurrió disfrazar su estúpida decepción—. ¿Por qué ibas a matar a un hombre por el simple hecho de haberme cruzado la cara? Es un planteamiento casi tan ridículo como que me hayas presentado como tu esclava sexual para que nadie me haga daño. —Y lo desafió a negar que hubiera tomado esa decisión para protegerla. Como él no se dignaba a decir nada, insistió—: Oh, vamos, ¿me vas a decir que no pretendes ponerme a salvo? No me has metido en tu dormitorio porque quieras acostarte conmigo. Las prostitutas del casino dicen que eres asexual, gay, alérgico al contacto físico o todas a la vez. ¿También va a resultar que, además de todo esto, eres traficante de armas, proxeneta y asesino a sueldo del casino? ¿No te parece que estás acaparando demasiado los pecados capitales?

—¿Se supone que haber matado a Cheng por ti y no por orden ajena me restaría defectos y culpas?, ¿o la única ventaja es que me haría más atractivo a tus ojos? —inquirió con una clara intención burlona.

Ayane creía haber tenido las de ganar al iniciar la discusión. Sin embargo, una vez más tuvo que rendirse a la evidencia de que no tenía caso insistir en sonsacarle confesiones. No mientras él fuera indiferente y, cuando no —y esto era peor—, socarrón.

Trató de librarse de sus brazos, pero Black Russian la mantuvo fija contra el escritorio.

—No creo encajar en la descripción de gay, y la de alérgico al contacto físico me parece un tanto exagerada. A fin de cuentas, te estoy tocando y aún no he echado a arder. Pero la etiqueta de asexual no me molesta del todo.

—¿Cómo pretendes entonces que se crean que follamos? —le espetó a la defensiva.

—Nadie se creería que te tengo en mi habitación y no te follo.

—Oh, ¿ahora me vas a decir que soy tan guapa que puedo cambiar las orientaciones sexuales de la gente? ¿Incluso las de la gente de la puta Siberia?

—A lo mejor las orientaciones sexuales no —meditó con languidez, ladeando la cabeza para admirar su figura. Acompañó su mirada apreciativa de una caricia a la cintura femenina—, pero desde luego habrá quien se replantee su voto de castidad.

—¿Voto de castidad? ¿Tú, que eres lo más diferente de un monje tibetano que he visto en mi vida, has hecho un voto de castidad?

—Has mencionado los pecados capitales, y tú misma has dicho que no debería acapararlos

todos. Considerando que incurro en seis de ellos, ¿te extraña que me deje uno? La lujuria… —Meneó la cabeza como si se lo estuviese pensando, pero al final chasqueó la lengua—. No, no me verás cometiéndola.

En cuanto la soltó, Ayane cogió una gran bocanada de aire, como si acabara de emerger del agua. Sentía los pulmones pesados y las articulaciones rígidas de haber estado en tensión. Pero, sobre todo, se notaba la temperatura corporal por las nubes y el poderoso latido del corazón martilleándole los oídos, a punto de explotar en el pecho.

Lo vio encaminarse a la puerta paseando con la tranquilidad de quien no había roto un plato. Sin girarse hacia ella, le dijo desde el umbral:

—Recuerda tirar la botella de vodka al contenedor del cristal. Hay que cuidar del planeta.

Capítulo 27

Ayane pasó la noche entera sin dormir.

Cuando pensaba que por fin conciliaría el sueño, se despertaba abruptamente para lanzar una mirada nerviosa a la puerta, que había tenido la prudencia de cerrar con llave para evitar intrusiones indeseadas.

Es decir: cualquier tipo de intrusión.

Pero una de ellas era inevitable, porque se suponía que compartía la habitación con Black Russian, y resultaba que esa era la más indeseada de todas.

No parecía que él se hubiera enterado de que vivían juntos, por otro lado. El reloj fue marcando altas horas de la madrugada y no supo nada del sujeto. No supo nada sobre nada, porque a excepción de las risas impregnadas de deseo de las parejas que cruzaban el pasillo para ir hacia su suite, no se oyó una mosca.

Cada vez que escuchaba unos pasos desconocidos, se tensaba sobre las sábanas y se abrazaba las rodillas para reprimir un temblor que nunca se iba del todo; que parecía haber tomado posesión de su cuerpo para debilitarla cada día un poco más.

Cuando por fin las manecillas apuntaron una hora decente para ponerse en pie, Ayane se deslizó fuera de la cama, que no había deshecho por miedo a ponerse demasiado cómoda, y se metió en la ducha. Como llevaba un tiempo siendo costumbre, tuvo que cerrar los ojos y frotarse las zonas íntimas apretando los dientes.

Odiaba tocarse los pechos o entre las piernas. Le daba la impresión de que sus manos se convertían de pronto en todas esas otras que la habían estrujado, golpeado e incluso le hicieron sentir placer sin su consentimiento. Pero más le repugnaría no tratar de borrar su rastro, lo que además habría ido en contra de los principios a los que seguía aferrándose… Tal vez para nada.

Agachar la cabeza ante lo que le habían hecho a su cuerpo no entraba en sus planes. Una parte de ella, una que le recordaba al odio visceral que había visto llamear en los ojos de Oksana, seguía rebelándose contra la resignación ante su condición de víctima.

Al abrir el armario, le sorprendió toparse con una serie de prendas femeninas, algunas confeccionadas para despertar la lujuria masculina y otras mucho más sencillas, perfectas para vaguear los domingos de maratón de *Friends*. La fantasía hogareña de perder un día entero viendo episodios repetidos de una comedia de situación atrajo una nube de nostalgia que la dejó de ánimo huraño.

Se decantó por una camiseta de algodón y unos pantalones largos, e iba a salir por la puerta

cuando reparó de nuevo en el cuaderno que ya había hojeado antes.

No debía ser importante si Black Russian no lo llevaba consigo a todas partes, o a lo mejor confiaba en que ninguno de sus esbirros sabría descifrar su alfabeto.

O en que nadie se atrevería a contrariarlo.

«¿Que no? Eso ya lo veremos», pensó Ayane.

Sin temer las consecuencias, arrancó una página al azar.

Quizá aprender ruso hasta hablarlo con fluidez quedase fuera de sus posibilidades, sobre todo teniendo la cabeza en cualquier parte menos en su sitio, el único lugar que favorecería la concentración, pero no iba a quedarse con la curiosidad de averiguar qué había escrito.

Sospechaba que a Vera no le importaría ayudarla.

Sintió algo de la familia de la ilusión de pensar en volver a encontrarse con la joven.

Aunque Singapore no había sido del todo desagradable con ella, no podía mirarlo con buenos ojos. No solo desempeñaba la peor de las labores en el sistema de trata, sino que había sido responsable directo de su secuestro.

Vera era diferente. Vera le había tendido la mano desde el primer día. Había sido la única persona que en los últimos meses se había dirigido a ella casi con ternura, recordándole que seguía siendo un ser humano y que por esa razón jamás dejaría de merecer una mínima amabilidad.

También tenía motivos mucho menos legítimos para iniciar una amistad con la prostituta. Parecía lo bastante confiada para revelarle los secretos de sus captores y hacerle recomendaciones de cara a las noches de sexo a las que tarde o temprano tendría que someterse.

Lo prioritario era, igual que siempre lo había sido, hallar un modo de sobrevivir. Si este pasaba por una manipulación conveniente, Ayane le daría la bienvenida sin remordimientos.

Apostaba por que la propia Vera lo entendería.

Acababa de meterse el papel en el bolsillo del pantalón de chándal cuando la puerta se abrió. Ayane se quedó helada en el sitio, y se acordó de todas las veces que había esperado sentada en el borde de la cama a que uno de sus clientes del día apareciera para cobrar sus servicios.

Retrocedió un paso con la ferviente determinación de no caer en ese círculo vicioso.

Solo Dios supo con qué cara recibió a Black Russian. Este había entrado sumido en sus pensamientos y, nada más localizarla, una premura alarmista le había instado a echarle un vistazo rápido de la cabeza a los pies. La conclusión fue favorable, porque asintió de manera casi imperceptible, como si su honorable intención hubiera sido confirmar que estaba en perfecto estado.

«¡Capullo!», quiso gritarle Ayane. «¡No tienes derecho a fingir que te preocupas!».

—¿Dónde has estado? —se le escapó, sin embargo, y con una voz aguda que no pudo sino deleznar. Ni siquiera sabía si quería reprocharle su ausencia o agradecérsela con ovaciones.

Se decantó por lo primero en el último segundo. No perdía de vista que podrían haberla asaltado aprovechando que él no estaba allí para impedirlo.

Black Russian pasó por su lado como si tal cosa, levantando una brisa con un rastro de olor a tabaco y fragancia invernal. Se dirigió al armario mientras desabrochaba los botones de la camisa, una confección de seda negra que brillaba como el pelaje de un caballo árabe. La tela caía sobre su piel como una sugerente caricia.

Aunque percibir la huella de su colonia en el aire la distrajo —¿por qué demonios se perfumaba? O, mejor dicho, ¿para quién?—, le realizó un examen tan exhaustivo que llegó a reparar en sus ojeras.

En tanto que buscaba algo limpio que ponerse, trató de mitigar la rigidez de su cuello y sus hombros presionando los puntos de tensión con la pericia de quien estaba acostumbrado a tratar sus propias dolencias.

«Ha estado despierto toda la noche», concluyó. «Probablemente haciendo maldades… Y, para colmo, oliendo muy bien».

—¿Por qué? —inquirió en tono desapasionado—. ¿Me esperabas para cenar?

Ayane apretó los puños.

Y pensar que habría matado por que fuera así de socarrón con ella no mucho tiempo atrás.

—Te esperaba para que fuera creíble que tenemos una relación, aunque sea la de amo y esclavo. A no ser que hayas contado por ahí que estás a favor del sexo matutino, lo normal es violar a tu chica en cuanto cae la noche —apostilló con crudeza.

—He visto que has cerrado con la llave —señaló Black Russian de espaldas a ella, sin inmutarse. Se quitó la camisa y la arrojó sobre el respaldo de la descalzadora, ofreciendo así una vista perfecta del tatuaje de la calavera que lloraba sangre. Ayane se sorprendió al ver que había tatuado una nueva lágrima en el rostro del cráneo: la tinta estaba sin curar. Él no se molestó en girarse para apaciguar la preocupación que la había estado trastornando—: Y aunque no lo hicieras, nadie se atreverá a entrar.

—¿Porque no hay nadie por encima de ti?

Black Russian se giró hacia ella con cansancio. Se puso la camisa con una serie de movimientos secos. Al deslizar los brazos por las mangas, Ayane oyó el rumor de la tela de algodón acariciando su piel. Por poco se estremeció.

—Hay mucha gente por encima de mí —contestó con desinterés, ajustándose los puños de la prenda sin apartar la vista de ella—, pero porque yo los he puesto ahí. Dudo bastante que tuvieran el valor de importunarte. Sí es cierto que sienten curiosidad hacia ti… —cabeceó con hastío, haciéndose cargo de los problemas que acarrearía—. Que no te extrañe si en la fiesta hacen cola para que les hagas caso.

—¿Fiesta?

—Esta noche se celebra una velada temática para amantes del BDSM. Es tu obligación estar allí. De lo contrario, sí que llamarás la atención. Y yo que tú me pondría algo más revelador que eso —agregó, señalando su atuendo.

Ayane se tiró del borde de la camiseta con un nudo en la garganta.

Si la fiesta se parecía remotamente a aquellas a las que solía asistir en San Francisco o que la habían entusiasmado en Fuego y Sangre, dudaba estar preparada para afrontarla. No solo requeriría su plena disposición a cumplir las fantasías de un cliente, habilidad que desarrolló en Bangkok pero de la que iba desapegándose conforme pasaba los días sin trabajar, sino también pasearse por la estancia con actitud coqueta y fingir hallarse encantada con el ambiente para atraer la atención de los invitados.

De solo pensar en ponerse «algo más revelador», se estremecía. Había pasado meses con tan solo la ropa interior, y la mayor parte del tiempo ni siquiera eso. Necesitaba esconderse debajo de las sábanas, cubrirse con todas las prendas que estuvieran a su alcance.

En teoría debería haberse hecho a la idea. Pero a lo bueno se acostumbraba uno mucho más rápido, y en los tres días que había pasado vestida y a salvo de los puteros, había reparado con pesar en lo mucho que había echado de menos decidir sobre su propio cuerpo.

No estaba dispuesta a renunciar tan rápido a ese privilegio recién adquirido.

Él tuvo que leerle el pensamiento, porque le lanzó una mirada cifrada mientras ajustaba el cuello de la camisa y dijo:

—No tienes por qué hacerle caso a ninguno de los tipos que se te acerquen. Puedes asistir a la fiesta en calidad de invitada.

—¿Porque estarás tú vigilándome todo el tiempo, acaso? —replicó en tono burlón, pero hasta ella fue consciente del pedido de auxilio que trastocó su voz.

—Yo tengo asuntos de los que ocuparme. —Sacó del cajón el perfume que seguía flotando en el aire, *Russian Leather*, y dispensó una discreta cantidad bajo su palma izquierda. Ayane inspiró sin darse cuenta—. No me equivoco dejándote a merced de tus decisiones, ¿verdad? —inquirió mientras se frotaba las muñecas con una lentitud hipnotizadora.

—¿Te importaría acaso que demostrara no estar a la altura de la situación?

Black Russian le sostuvo la mirada.

Para ser un hombre con tantos pecados que expiar, no le daba ningún miedo enfrentarse a una mujer que tenía toda la intención de avergonzarlo por sus crímenes; una mujer que por fin empezaba a aceptar lo lejos que él era capaz de llegar con tal de demostrar que carecía de corazón y principios.

—Me sorprendería —reconoció él. Cruzó por su lado echándose el pelo hacia atrás y agarró el bloc que Ayane había estado curioseando. Lo abrió por una página marcada con una doblez en la

esquina superior para realizar una consulta, pero algo debió ver que no le cuadró, porque se quedó varado con la mano en el pomo de la puerta. Primero la miró por encima del hombro, no tan sorprendido por su atrevimiento como porque hubiese sido tan obvia dejando sus huellas. Después se giró en redondo para acusarla con la libreta en alto—. ¿Dónde está la página que falta?

—¿Qué página?

—No me toques los cojones —la advirtió fríamente—. ¿Dónde está? ¿Es que no te han enseñado que no se tocan las cosas de los demás sin permiso?

A Ayane se le escapó una sonrisa amarga.

—A mí me lo han enseñado. ¿Te lo han enseñado a ti? —contraatacó en el mismo tono—. ¿Se lo han enseñado a tus amigos, los que se follan todas las noches a las víctimas del casino?

Black Russian cambió el peso de pierna, impaciente por una respuesta en la que insistió sacudiendo la mano que sujetaba el bloc.

—Dónde —repitió, ya sin inflexión interrogativa. Le devolvió la sonrisa un segundo después, una sonrisa enturbiada por una promesa de sangre—. Estás muy equivocada si piensas que conmigo no corres ningún peligro, *malyshka*. Si haces algo que no me guste, voy a convertirme en un hijo de puta tan cruel que me vas a echar de menos… Créeme.

Ayane se obligó a no dejarse amedrentar permaneciendo derecha ante él.

—Te la devolveré cuando sepa qué pone —le soltó con la barbilla alzada. Se puso la mano sobre el pecho y añadió—: Lo prometo.

Pensó que Black Russian interpretaría su sinceridad como una insolencia imperdonable y le demostraría allí y entonces cuán perverso podía llegar a ser. Pero fue un pensamiento vago, como se pensaba en la oficina qué plato prepararía para la cena o qué película vería en la cama antes de programar el despertador. No creyó ni por un instante que fuera a materializar su amenaza, un hecho tan sorprendente que olvidó mostrarse imperturbable y por un instante vaciló.

¿Acaso había sido sincera cuando el día anterior le aseguró que no le tenía miedo? ¿Cuál era el sentido de que no la aterrara un hombre que se había presentado como el súmmum de los defectos cristianos?

Al final no sabía qué había estado esperando, pero, definitivamente, no lo que sucedió a continuación. Black Russian cabeceó, como si encontrara justa su decisión, y se guardó la libreta en el bolsillo trasero del tejano para desaparecer sin decir nada más.

En cuanto la puerta se cerró, soltó todo el aire que había estado conteniendo. Se cubrió el pecho con la mano y frotó despacio, esperando suavizar la tensión acumulada entre los costados, los pulmones y el corazón aterido.

Ayane suspiró y rodeó la cama para meterse bajo las sábanas con la sensación de haberse enfrentado a un temible titán.

Desde luego, notó las consecuencias.

Se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Singapore llamó a la puerta de su habitación bien entrada la noche, como un galante caballero preparado para guiar a su dama al salón de baile. Solo que la dama ya estaba tan curtida en los asuntos del corazón y la carne, sobre todo la carne, que lo recibió con una sonrisa cínica.

Se había vestido de acuerdo a las indicaciones de Black Russian, sirviéndose de los complementos del armario que había podido combinar.

Mientras se calzaba las botas de vinilo que se abrochaban por encima de la rodilla y alisaba las arrugas del vestido de cuero palabra de honor, se había preguntado si el ruso habría escogido personalmente las prendas basándose en sus propios gustos; en las figuras femeninas que más le gustaba admirar. Lo descartó de inmediato. No se imaginaba a Black Russian yendo de compras o pidiendo consejo a alguna de las chicas para sorprenderla con un guardarropa en un tierno gesto al más puro estilo *Pretty Woman*.

Eso por no mencionar que nada que tuviera que ver con él debía importarle en absoluto.

Como si Singapore hubiera sabido que Ayane no podría soportar ningún tipo de valoración sobre su aspecto, no se dignó ni a mirarla de arriba abajo.

Contra todo pronóstico, habían empezado a gustarle los hombres que no se recreaban en sus formas femeninas. Resultaba curioso cuanto menos que lo que había odiado de Black Russian, esa indiferencia natural hacia lo físico, se hubiese convertido en su refugio.

Ni con él ni con Singapore se sentía impelida a cubrirse.

Tuvo que recordarse que no podía mostrarse débil ante nadie para no sucumbir a la tentación de pegarse al costado del tailandés y rogarle que no se separara de ella en toda la noche.

—¿Cuál es el motivo de la fiesta? —preguntó cuando ya estaban en el ascensor.

El silencio de Singapore no le molestaba. Lo que le molestaba era que la contrapartida de un diálogo informal fuera escuchar sus inquietantes pensamientos y, debido a esto, tuviera que buscar desesperadamente un tema de conversación.

«Debilucha».

—Si le buscas el motivo a algo de lo que pasa aquí, no lo vas a encontrar —le respondió él, pulsando el botón que los conduciría a la planta baja. Se metió las manos en los bolsillos del vaquero. Nunca lucía nada distinto. Siempre un vaquero azul. Siempre una camiseta de algodón con el escote dado de sí y desvaída por los lavados—. Han venido unos cuantos personajes interesantes, eso sí lo sé. Y con «interesantes» habría que entender «podridos de dinero». Están vinculados con la junta de accionistas del casino.

—¿Toda la gente que viene aquí a jugar sabe que es un antro de prostitución?

—Los clientes no tienen ni idea. Es un servicio reservado a los peces gordos que suelen visitar el establecimiento de forma periódica y a los que invierten dinero en las instalaciones. Son los únicos que tienen acceso a la octava planta, donde ya sabes quiénes duermen.

—Nosotras. Dormimos nosotras—murmuró. Él asintió—. ¿Significa que somos las mujeres más importantes del casino?

—Las más caras.

Ayane esbozó una sonrisa triste y se distrajo arreglándose el bajo del vestido.

—Sí, tendría que haberte preguntado por el valor monetario y no por el valor humano. Está claro que, si fuéramos importantes, estaría cada una en su casa —masculló en un tono familiar con el sarcasmo.

—Lo siento.

Aunque sonó a muletilla repetida hasta la saciedad y su voz estaba atravesada por un cansancio existencial que ni siquiera ella había experimentado jamás, Ayane supo que lo decía de corazón.

No contestó. No había forma de responder a una disculpa que no servía de nada y que ni siquiera refería al secuestro, sino a lo que había venido después y de lo que él no era directamente responsable.

—¿Nunca ha venido la policía?

La campanita del ascensor anunció que ya estaban en su destino. Antes de que las puertas se abrieran, Singapore le lanzó una mirada significativa que rayaba en la socarronería.

Pero era una socarronería corrompida por la amargura.

—El comisario de Shanghái viene todos los sábados a ver a Sun Hee, y el cabecilla de la PAP, una fuerza policial paramilitar, se suicidó después de que su mujer descubriera que había estado a punto de fugarse con Daiyu, otra de las chicas. A Dai no la has conocido porque se la llevaron de vuelta a Bangkok, pero espero que esto haya contestado a tu pregunta.

—¿A punto de fugarse? —repitió, perpleja—. Si el tipo la quería tanto como para dejarlo todo por ella, ¿por qué no denunció que estaba siendo retenida en contra de su voluntad? ¿Por qué no la… rescató de su destino, por asquerosamente idílico que suene?

—Porque en el momento en el que un hombre acepta que su prostituta de lujo trabaja por necesidad y no por gusto, está a dos pasos de descubrir que dicha prostituta de lujo se lo trabaja a él por necesidad y no por gusto. Ya te habrás dado cuenta de que en este oficio cada uno se engaña con la mentira que más le gusta. —La invitó a salir del ascensor con un ademán que a Ayane no le costó imaginar replicando en una cita romántica.

—Las chicas han mencionado que sales con mujeres —se le ocurrió señalar, inspirada por su

innata galantería—. ¿Cómo puedes tener estómago para el sexo después de lo que ves a diario? ¿Todavía el vicio y la perversión no han corrompido tus concepciones sobre el amor?

Él hizo una mueca en la que pensaría a menudo a partir de ese día.

Nunca la descifraría.

—Si puedo fingir que no me importa secuestrar a las mujeres, puedo fingir que las quiero. Lo segundo al menos me reporta cierta satisfacción, y nunca me ha parecido tan sórdido.

A Ayane le habría gustado seguir indagando, pero una duda aún más acuciante pugnaba por interrumpir la conversación.

—¿Siempre respondes a todas las preguntas que te hacemos? Las prostitutas, me refiero.

Lo vio sonreír de lado mientras la conducía por el pasillo hacia el salón principal.

—Supongo que te extraña mi disposición a hablar porque vienes de la suite de Black Russian, un tipo que no es famoso por su palique —señaló con la risa en la voz. Paró a las puertas del casino propiamente dicho—. Sí, suelo responder a todas las preguntas que me hacen.

—¿Incluso a las que piden información para averiguar cómo escapar?

—Ajá —le confirmó. Una emoción apasionada se apoderó de su semblante—. Pero en ese caso nunca digo la verdad. Aquí, lo único que puede matarte si eres una mujer atractiva, es la desobediencia y un exceso de información. Evito convertirme en el verdugo sirviéndome de mentiras piadosas.

—¿Y cuál es la forma de sobrevivir?

—No la hay. Creo que, llegados este punto, estamos todos muertos.

Acto seguido, empujó la puerta y la invitó a pasar primero. Le costó sentir las piernas después de su sencilla conclusión, no se dijera utilizarlas para cruzar el umbral. Pero justamente el afán de supervivencia la convenció de seguir adelante.

Sabía que Singapore caminaba detrás de ella, y no tanto por escoltarla como para vigilarla. «Porque, aunque hable contigo y no te haya pegado, no es tu amigo», se tuvo que decir. «Sigue siendo el tío que te sigue a todas partes para cerciorarse de que no huyes».

—Has dicho que cada uno se engaña con la mentira que más le gusta. ¿Con cuál te engañas tú? —le preguntó en voz alta, paseando la mirada por los rostros de los asistentes. Finalizó su vistazo valorativo en el gesto resignado de Singapore, que había escondido las manos en los bolsillos.

Casi siempre las llevaba ahí metidas, como si de este modo pudiese evitar la tentación de apretar el gatillo.

—Con que no me queda otro remedio que participar en esto.

—Esa es una muy buena mentira —murmuró para sí misma, luchando contra el rechazo que sintió hacia él y su respuesta… y contra la inexplicable compasión que la embargó.

Ayane se preguntó cómo estaría llevando ella la misión si, en lugar de destinarla a Tailandia

como participante de Fuego y Sangre, el FBI la hubiera mandado a Shanghái como madama del burdel secreto de un casino. No quería ni figurarse en qué estado habría quedado su alma si sus obligaciones pasaran por atar en corto a las mujeres secuestradas.

Incluso sabiendo de qué lado estaba, los remordimientos habrían acabado con ella.

Una mano delicada se alzó entre el gentío para captar su atención. Agradeció que Vera los atrajera con señas hacia la zona de *chill out* donde se había puesto cómoda.

Cuanto más pudiera posponer el momento de relacionarse con los clientes, mejor.

Habían bajado la intensidad de las luces para conseguir un ambiente íntimo que tiñera el mobiliario y los rostros hambrientos de naranja atardecer y rojo neón. Solo se habían habilitado un par de mesas para jugar al póquer, porque, esa noche, lo importante no eran las cartas. En el escenario central, las bailarinas de *pole dance* se habían retirado para abrir paso a dos dominatrices: una de ellas, pelirroja, portaba un látigo, y con él dispensaba un duro castigo a la rubia que habían atado a la barra de metal como si de una sacrificada Juana de Arco se tratara.

—¡Estás guapísima! —exclamó Vera en cuanto Ayane se sentó a su lado.

El cumplido sonó tan sincero y natural que se preguntó si no acababa de salir de la peluquería para ir al encuentro de una amiga en una cafetería de moda. Que la rusa le apretara el hombro en señal afectuosa no la ayudó a alejar la fantasía, en la que se decidió a refugiarse un rato más sonriéndole con camaradería.

—Tú sí que estás guapa. ¿Andas sola por elección?

Vera puso los ojos en blanco.

—Aún no estoy lo bastante borracha para reírle los chistes malos a un hombre que ha olvidado lavarse los dientes. Ni para fingir que me gusta que me metan mano en público. Algunos días lo llevo muy bien, ¿eh? Pero hay otros que me cuesta empezar —confesó con la mirada perdida en el fondo de la copa que sujetaba.

Le dio un sorbo rápido y se la ofreció a Ayane para que hiciera lo mismo.

—Mejor —atajó Ayane después de recuperarse del ardor que el alcohol le había dejado en la garganta. Por supuesto, Vera bebía vodka a palo seco—, porque quería hacerte una consulta.

—¿Ah, sí? —La joven ladeó todo el cuerpo hacia ella, embutido en un precioso vestido de satén azul índigo, y se enderezó para escucharla con atención—. ¿De qué se trata?

—¿Sabes qué pone aquí?

Vera enarcó una ceja hacia el discreto movimiento que Ayane hizo con la mano para acercarle el papel doblado. Primero la miró a los ojos, como si quisiera cerciorarse antes de que no estaban incurriendo en un delito, y luego lo desenvolvió con la solemnidad que la actividad parecía requerir.

—Vaya letra —bufó, contrariada—. ¿Es que aprendió a escribir ayer?

—No me extrañaría. Ha estado ocupado asistiendo a la escuela de cómo ser un cabrón.

Vera le rio la gracia entre dientes, pero no apartó la vista del papel.

—No se ve muy bien —se lamentó con un suspiro—. De todos modos, no es nada de interés. Son solo nombres y direcciones, y algunos símbolos que no tienen nada que ver con el alfabeto cirílico.

—¿Qué tipo de nombres? ¿De personas famosas? —insistió. No iba a darse por vencida tan rápido—. ¿Alguien que te pueda sonar de trabajar en el casino?

—Qué va, aunque no es como si aquí usaran sus nombres y apellidos. Veo un… Hinata Yamamoto, de la ciudad de Sapporo; un Anatoly Fedorov, de Kazán; un Donald Robinson, de Texas; un Agus… —Se mordió el labio, indecisa sobre la pronunciación. La sacó adelante con timidez—. ¿Agustín Ba… Ballesteros? De Palma de Mallorca —especificó con dificultad—. Hay otros nombres tailandeses, hispanos, africanos… Los hispanos son en su mayoría mexicanos y colombianos, por lo que delatan sus domicilios, y los africanos, según la dirección, están en Johannesburgo y Ciudad del Cabo. —La joven enarcó una ceja en su dirección—. ¿Por qué lo quieres saber? ¿No te parece peligroso meterte en los asuntos de alguien como Black Russian? No te conozco mucho, pero me da la impresión de que te interesa más como sujeto de estudio que como amante.

—¿Por qué me iba a interesar como amante? —replicó a la defensiva, aunque no contra Vera, sino contra el vuelco que le dio el corazón al oírla—. ¿Qué clase de persona sería si quisiera complacer no ya a un putero de mierda, sino a mi jodido proxeneta?

Vera cambió de postura en el asiento para mirarla digiriendo su sorpresa.

—Black Russian no es un proxeneta. Es decir —se corrigió al ver el gesto burlón de Ayane—, reconozco que el simple hecho de que pulule por aquí y nos vea sufrir a todas sin hacer nada para remediarlo es bastante indicativo de qué tipo de valores le mueven, pero…

—¿Te parece poca razón para odiarlo? —interrumpió con vehemencia.

—No, no. Lo único que digo es que no es el responsable de que estemos aquí, Hayami. No en mi caso, no en el de Sun Hee, no en el de Jing, y tampoco en el de las putas de estratos inferiores que vienen por el casino de vez en cuando. Como hoy. —Abarcó el salón atestado de invitados con un aspaviento—. Hasta donde sé, no trabaja para la trata como sí lo hace Singapore, por ejemplo. Por lo que he podido ver, Black Russian es, más bien, una especie de empleado al margen al que recurren cuando las cosas se salen de madre.

—¿A qué te refieres con «cuando las cosas se salen de madre»? ¿A cuando alguna puta intenta escaparse o se queja de que le han dado una paliza? ¿Entonces entra él, el vengador definitivo, y la mete en vereda disparándole en la cabeza? ¡Qué simpático! ¿Lo postulamos para el Nobel de la Paz?

Se obligó a sellar los labios al terminar su recriminación, consciente de que le temblaría la voz

si seguía fingiendo que no la aterraba la situación. Tenía muy presente el modo en el que el jugador de la timba había puesto fin a la vida de una pobre muchacha, y ¿para qué? ¿Tan poco valían las mujeres allí? ¿Tan poco valían las mujeres en todas partes?

Lamentó haberse dejado arrastrar por sus emociones al ver que Vera la miraba con tristeza.

—En todo el tiempo que llevo aquí, tu hombre no se ha dirigido a una prostituta para darle una orden ni una sola vez. Que nos ignore no le convierte en el hombre del año, claro que no, pero ¿no es preferible? ¿Por qué crees que, incluso si le temen, todas le tienen en alta consideración e incluso fantasean con él? Nos da una tranquilidad que no ejerza su violencia contra nosotras que…

—También tenéis en alta consideración a Singapore —la cortó—, o eso me pareció al veros jugando al billar el otro día, y ese es el hijo de puta que me ha estado arrastrando de un lado para otro como una mula de carga.

Vera negó con la cabeza en desacuerdo.

—No puedes culpar a nadie de aferrarse a un clavo ardiendo, Hayami. —Aunque sonó reprobadora, sobre todo detectó su resignación—. En un mundo de ciegos, el tuerto es el rey. Y Singapore se preocupa sinceramente por mí, por Sun Hee, por todas. Es un rayo de esperanza entre tanta oscuridad. Deberías preguntarle por su historia. Te sorprendería.

Ayane no se atrevió a replicar esta vez. Ella misma había experimentado sentimientos contradictorios hacia el tailandés. Lo percibió como un hombre débil a primera vista, y lo había ido confirmando con el paso del tiempo, solo que no de la forma en que le habría gustado. No era vulnerable en el sentido de manipulable o de enclenque al que le temblara el pulso cuando debía ejecutar una orden, sino de sensible a las desgracias ajenas. Era el único de la banda de Kamon que se había molestado en preguntarle si tenía hambre, si había descansado, si necesitaba condones aparte de tomar las pastillas anticonceptivas que le proporcionó en cuanto ella empezó a notar los efectos adversos de haberlas dejado de golpe; si quería que la viera un médico después de una paliza sexual. Y no solo se ocupaba de las cuestiones prácticas. También formaba parte de la diversión si se le invitaba y se prestaba a la conversación.

—No sé de qué me sorprendo —retomó Vera con una sonrisa divertida, mirándola de soslayo —. Debería haber imaginado que Black Russian no te sentaría en una silla para explicarte con amor y paciencia que no es tan malo como tú crees.

—Está claro que se enorgullece de ser un cabrón —masculló por lo bajini.

—No creo que se enorgullezca. Creo que simplemente le importa todo una mierda. Y, si te soy sincera, lo entiendo. —Su serenidad desapareció cuando la nube de triste conformismo le pasó por encima—. Cuando llevas aquí el tiempo suficiente, te conviertes en un animal. Hay que tener mucho valor y una fuerza desmedida para pelear día tras día contra la dulce tentación de rendirte ante tu destino. Aquí nadie es tan valiente, ¿sabes? Y, al que lo es, le arrancan las agallas

con tenazas ardiendo. El corazón también, si se atreve a mostrarlo.

Ayane la miró directamente a los ojos de una vez por todas.

Se había fijado en ella de lejos, cuando entró en el salón recreativo, pero nunca se atrevía a mirar más de la cuenta a las víctimas de la trata. No porque se avergonzara de ellas. Se avergonzaba de sí misma, más bien. De ese ingenuo instante de ambición que tuvo lugar durante su propio secuestro en el que pensó de veras que podría dejarse arrastrar a los infiernos y vivir para contarlo. Apostaba por que, para escapar de la fatalidad, Vera, Oksana, Birgit, Jing y las demás no habrían dudado en echar mano de las herramientas de defensa personal de las que Ayane sí disponía.

Ninguna de las citadas podía saber por qué ella estaba allí, y, al final, daba igual el modo en que hubieran llegado porque todas habían padecido lo mismo. Pero Ayane no se atrevía a contemplarse como una víctima honrada porque no lo era. No creía tener derecho a sufrir o compadecerse de sí misma.

Y, aun así, ¿quién daba más pena? Porque miraba ahora a Vera, uno de tantos luminosos rostros de la juventud, sus ojos rebosantes de vida, su disposición a abrazar y consolar a las nuevas como seguramente le habría gustado que la abrazaran y consolaran a ella, y le parecía no ya valiente, sino una heroína.

Era preciosa. La mayoría lo eran. Esa había sido su cruz, o eso trataban de hacerles pensar, porque la belleza no era la condición impuesta para el secuestro o la vejación. Era el género.

Todas deberían haber tenido la oportunidad de estudiar en la universidad, de trabajar en un empleo a través del que realizarse profesionalmente, de conocer a un hombre que las mirara a la cara y un acceso de amor desesperado le impidiera respirar; de formar una familia o abrazar una agradable soledad, de vivir en el apartamento más caro del centro de la ciudad por el gusto de sentirse parte de algo grande o de mudarse al campo para encontrarse a sí mismas, de perseguir a un exnovio y humillarse ante él o de ser las que tuvieran la sartén por el mango; de establecer la inocente rutina de salir cada mañana a por un café para llevar y acabar sucumbiendo al gusto culpable de pedirlo con un trozo de tarta de manzana.

La oportunidad de vivir y más tarde envejecer con la dignidad intacta.

—Siento muchísimo que te haya pasado esto —reconoció Ayane en voz baja. Aunque había empezado a huir del contacto físico que no le quedaba otro remedio que tolerar, la cogió de la mano y se la apretó—. Ojalá alguien te saque de aquí algún día.

Vera se rio con una mezcla de ternura e incredulidad.

—Ojalá alguien *nos* saque, ¿no? —corrigió.

Ayane tragó saliva. Se le pasó por la cabeza que ella podría ser igual de víctima que las demás y que, a diferencia de lo que llevaba meses repitiéndose, no podría haber hecho nada para ponerse a salvo: con independencia de si se hubiera dejado o hubiese opuesto resistencia,

Clericot, Singapore y el tercer esbirro la habrían arrancado brutalmente de su vida.

«Hasta que por fin lo pillas», se burló la voz interior. «No estás aquí porque lo eligieras para continuar la misión, cielo. Eso te lo dijiste para creer que tenías el control. Estás aquí porque te secuestraron».

Sacudió la cabeza, negándose a aceptar que era tan vulnerable como cualquier otra.

En un arrebato inspirado por la ternura y la desesperación de demostrarse que aún tenía algún poder, Ayane se llevó las manos al cuello. Se quitó el collar, regalo de la señora Mystery, y se lo colgó a la joven.

—Es una turmalina negra, una piedra que se supone que nos protege. Limpia y transforma las energías. Por lo que me contaron y luego leí, se utiliza en sanaciones espirituales para, sobre todo, regenerar dolencias físicas y desequilibrios psicológicos. Cabría pensar que no ha servido para nada —cabeceó, reconociendo la ironía encerrada—, porque fue ponérmelo y que los problemas empezaran a llegar en parejas. Pero las predicciones que hizo la tarotista que me la entregó para ponerme a salvo se están cumpliendo. Me gusta pensar que, como en este mundillo siempre se puede sufrir más, la piedra me ha protegido de un destino aún peor. Si el colgante me lo ha evitado… —encogió un hombro con humildad—, mejor que lo lleves tú.

—¿Estás segura? —musitó Vera, conmovida. Rodeó la piedra con la mano—. He oído lo de las turmalinas, y la verdad es que creo en estas cosas. Más por afición que con fe ciega, lo reconozco, pero lo que nos ayude a sobrellevar el día, ¿no?

Ayane asintió sin otro remedio y le sonrió.

—Me han dicho que cada uno se engaña con la mentira que más le gusta.

Vera le devolvió el gesto con los ojos brillantes.

—Exacto. Gracias. —Y la rodeó con los brazos para estrecharla contra su cuerpo, un arrebato de humanidad tan natural que Ayane no pudo rechazarla.

No supo cuánto duró el contacto. No lo suficiente, porque para cuando la rusa recuperó su lugar con la mirada vidriosa, ella se lamentó internamente por el carácter efímero de las cosas bellas.

Se quedaron en silencio con los dedos entrelazados, ambas contemplando pensativas las escenas de degradación que tenían lugar ante sus ojos. Solo el reloj fue consciente del tiempo transcurrido en esa posición de rebeldía, la de dos mujeres unidas contra la obligación de regalarse a los demás.

No le habría importado pasar el resto de la noche pegada al hombro de Vera, interrogándola sobre esa infancia que aún recordaba con cariño e incluso haciéndole confesiones que no había podido verbalizar ni siquiera ante sus presuntas amistades de Washington.

—Necesito que me des el papel, por cierto —interrumpió con una sonrisa de disculpa—. Le he prometido a Black Russian que se lo iba a devolver.

La boca de Vera formó una «o» perfecta antes de mostrar los dientes con una carcajada.

—¡Pensaba que se la habías robado! —Se la tendió de buena gana. Acompañó el gesto de un vistazo elocuente—. Está claro que el tipo no se va a justificar ante ti, pero que te permita husmear entre sus pertenencias teniendo la sospecha de que podrías averiguar algo sobre él dice bastante. Quiere que le conozcas, idiota —explicó al ver que Ayane se mostraba reacia a sacar una conclusión. Le propinó un amistoso golpe en el hombro.

—Y una mierda. Me ha dejado coger el papel porque no hay nada que sacar de ahí, ¿o no lo has visto? Solo nombres y direcciones que ni siquiera son de China.

—Bueno, mejor, ¿no? Dudo que te hubieran permitido echarte a la calle a averiguar quiénes son los tipos. —Apuntó al papel con un gesto de barbilla.

—Supongo que sí. Mejor no darme esperanzas de ningún tipo —musitó Ayane para sí misma.

Pero Vera la estaba observando con esa curiosidad que nunca ofendía, porque no nacía del afán de chismorreo, sino del genuino interés. Era una chica demasiado lista para lo que le convenía, y lo demostró tirando de un hilo que ella ni siquiera había dejado suelto aposta.

—Pero te las ha dado, ¿verdad? Las suficientes para confiar en él —dedujo—. No le tienes miedo. Lo noto.

Ayane se aferró a la pose indiferente poniendo los ojos en blanco.

—Eso no significa que le adore con toda mi alma.

—En nuestra situación es mejor desear al amante que quererlo con locura. Quererlo sería el mayor de los problemas. Desearlo, en cambio, hace llevadera la relación. No está de más.

Ayane ni siquiera se planteó negarlo. No tendría ninguna credibilidad.

Una de las razones por las que no había logrado conciliar el sueño tras el episodio en el despacho era que, por más que se había esforzado por deleznar lo sucedido, no había conseguido sentir nada distinto de una adictiva comezón. No podía compararse con la pasión arrebatada que le había nublado el juicio en Tailandia, pero por primera vez en meses se había asomado a ese abismo tan misterioso y maravilloso en su imperfección que era el deseo. Tanto así que llegó a creer que había dado un paso hacia la liberación de todos los miedos traídos de Bangkok.

O quizá solo hubiese estado demasiado borracha para pensar con claridad.

O quizá el simple hecho de hallarse en China, en un nuevo escenario y rodeada de personas distintas, la hubiera empujado a creer que ya no era la Ayane de Tailandia.

Lo que no quería decir, sin embargo, que fuera la Ayane de siempre.

—Me niego a que la relación se me haga llevadera —sentenció con la mirada clavada al frente—. Prefiero sufrir como una hija de puta a sentir la más mínima emoción positiva hacia él.

—Todas tomamos esa decisión al principio. Luego no te queda otra que sacrificar tus principios. Pero no lo digo para desanimarte —aclaró con una mano alzada—. Si consigues mantenerte en tus trece, seré la primera en admirarte. Solo ten presente que carece de sentido

amargarte el corazón para defender un sentido de la moral que en este sitio no aplica. O no debe aplicar —añadió por lo bajo.

Ayane fue a defender la importancia de mantener la cabeza alta y el orgullo intacto, pero la voz de un hombre las sacó de la conversación.

Se trataba de un caballero trajeado y bien surtido de champán. Se había inclinado hacia ellas, metiendo la cabeza entre las dos desde la parte trasera del sofá, para contemplarlas alternativamente.

—Dicen que no hay dos glorias juntas, pero me van a tener que permitir dudarlo —dijo con un marcado acento británico. Dio un sorbo a la copa y le sonrió a Vera nada más degustarla—. ¿Sería posible que me dejara a solas con la señorita? No he podido dejar de mirarla desde que ha entrado.

La iluminación favorecía a los poco agraciados permitiéndoles refugiar sus rasgos en la cálida y sugerente luz roja, pero a los que eran atractivos les confería ese toque enigmático rayano en lo morboso al que Ayane no se habría resistido tiempo atrás.

Aunque nada más escucharlo hablar había notado el acceso de náuseas que precedía al hecho de quedarse a solas con un hombre, tuvo que reconocer que no era el tipo más desagradable con el que había tropezado.

Por desgracia, y si bien Jing y Sun Hee odiaban a los clientes que rondaban los setenta, para Ayane había algo peor que un anciano, y eso era un presunto *gentleman*.

Sobre todo si era guapo.

En su experiencia, estos despreciables sujetos se presentaban como abanderados de la cortesía victoriana, prometiendo la noche de su vida, y acababan escudándose en que no eran tan nauseabundos para pagar menos de la cuenta por la clase de servicio que las dejaba malheridas y con ganas de llorar.

Vera y ella intercambiaron una mirada cómplice.

La de la rusa hablaba por sí sola.

«¿Quieres que me vaya?», preguntaba.

Ayane respondía a su duda con una mueca resignada: «¿Acaso es una decisión posible?», pretendía transmitir. «Si no te vas tú, ya se encargarán de largarte».

Y entonces pensó en lo que Black Russian le había advertido en la habitación: podía negarse si un hombre quería pasar la noche con ella. Era, sin duda, un alivio. Pero aferrándose a su corrupto permiso para no obrar por su cuenta estaría curando la herida con más veneno.

Estaba a salvo de los puteros a costa de quedar a merced del ruso, sí, pero el ruso no era mejor que ninguno. Probablemente fuera incluso peor.

Guiada por la necesidad de demostrarse que no requería protección, la suya menos que la de ninguno, se giró hacia el inglés con una sonrisa impostada. Le tendió la mano, a sabiendas de que

le encantaría el juego de rol de dama y caballero. Este la tomó encantado y depositó un tierno beso en sus nudillos sin dejar de mirarla con intensidad.

Tenía las patillas canosas y líneas de expresión en los ojos. Habría cumplido los cuarenta y cinco, a lo mejor los cincuenta.

Siempre le habían gustado los hombres mayores que ella. También le gustaban los hombres con acento. Y los hombres con traje. Y los hombres que la mimaban los segundos previos a la clase de noche violenta y salvaje que la hacía cuestionarse si acaso era una mujer y no un animal.

Se suponía que eso había cambiado, que ya no le gustaba ningún tipo de hombre a excepción del que renunciaba a su fuerza y a su virilidad, pero Ayane rehusaba aceptarlo.

Sobre todo después de haber sentido las mariposas la tarde anterior.

No podía deberse a que se tratara de Black Russian. Si había experimentado una emoción sana y capaz de salvarla de sí misma, tenía que ser porque aún podía desear un encuentro sexual.

—Si demuestra saber cómo comportarse con una joven, le acompañaré toda la noche —se oyó decir, sumida en una especie de trance nervioso.

Aunque no era buena señal que le sudaran las manos, se dijo que sería un síntoma soportable si al final de la fiesta podía decir que había vuelto al ruedo.

El tipo cabeceó galantemente hacia ella, haciéndole en silencio la promesa que quería oír.

Ayane le guiñó un ojo a Vera, que sin embargo parecía intranquila, y rodeó el sofá sin soltar la mano del inglés para acompañarlo a donde quisiera llevarla.

A la cumbre del placer, con una chispa de suerte.

Capítulo 28

—¿Tienes algún límite? —fue lo primero que le preguntó quien se presentó como George en cuanto hubieron dado el primer paseo por el perímetro del casino.

A petición suya, se habían detenido a los pies del escenario ahora vacío.

A Ayane le habría encantado negar con la cabeza, pero sabía que no sería prudente tensar la cuerda más de la cuenta ofreciéndole un repertorio de prácticas que no se imaginaba bordando.

—Esta noche me gustaría que los dos estuviéramos de acuerdo en lo que queremos hacer —respondió con ambigüedad—. Y no me apetecería ni una humillación física o verbal, ni golpes.

—Tampoco era lo que tenía en mente. ¿Te supondría un problema que hubiera voyeristas a nuestro alrededor? —continuó planteando—. Me complacería exhibirte en el escenario.

Y a ella le habría complacido en cualquier otra circunstancia.

¿Por qué negarse? Como seguro que no disfrutaría entre sus brazos sería negándose a juegos que siempre le habían encantado.

—Y a mí me complacería que lo hicieras —respondió con un guiño cómplice.

Le gustó la sonrisa que George le dedicó. No era perturbadora, como esas que había visto pintadas en las bocas de algunos clientes demasiado ansiosos por tocarla como para disimular. Tampoco macabra, como la de los adeptos de la violencia extrema. Fue una sonrisa simple y llana que podría haberla inclinado a pensar que estaba ante un buen hombre.

«Un buen hombre que frecuenta la prostitución», le recordó la voz interior.

A veces Ayane no sabía si esta estaba de su parte o si pretendía verla caer.

—No quiero ser indiscreto ni arruinar el momento —oyó que decía George, ajeno a sus cavilaciones—, pero ¿cuál es tu precio, Hayami?

Ayane lo miró a los ojos y se reafirmó en que le gustaba lo que veía. Pero para el que era su propósito, poco habría importado si se le hubiese antojado grotesco. Esperaba demostrarse que podía disfrutar en brazos de un hombre otra vez, un hombre que no fuera el ruso, y para ello le pareció menester darle su beneplácito a todos los niveles.

—No voy a cobrarte. Espero que eso no sea un problema —apostilló a sabiendas de que a algunos hombres, los que tenían tendencias sumisas, preferían que sus amantes les sacaran los cuartos.

George resultó no ser uno de ellos. Asintió, emulando una suerte de reverencia agradecida, y acto seguido le tendió la mano para invitarla a subir las escaleras hasta el escenario.

Ayane fue terriblemente consciente del efecto que su entrada tuvo en la concentración de

gente. Las conversaciones se fueron atenuando y los rostros se alzaron en su dirección, primero con curiosidad sana, y luego con el morbo que solía acompañar a la promesa de un espectáculo. Sintió el impulso de volver a bajar las escaleras, o, como mínimo, de abrazarse los hombros que el vestido de cuero dejaba a la vista, pero lo resistió por mera terquedad.

En su lugar buscó refugio en los ojos azules de George, que inició la sesión dándole una sencilla orden.

—Quítate la ropa.

Ayane sabía que, en algunas esferas del BDSM, el simple hecho de desnudarse en público constituía una forma de dominación por parte del amo y, por tanto, un acto humillante para el sumiso.

Para ella nunca había sido así. Jamás le había temido a la revelación de su cuerpo.

Pero esta vez vaciló, y ni siquiera sintió la tentación de llevarse las manos a la cremallera.

La orden de George se extinguió en el aire, levantando la expectación entre el público. Ella lanzó una mirada desamparada a sus cabezas. No podía verles las caras por culpa de la precaria iluminación, pero pensó que lo que iba a suceder le habría resultado menos desagradable si al menos hubiese reconocido unos rasgos que le recordaran que sus voyeristas eran humanos. Mortales. Insignificantes.

O tal vez se equivocaba, y al ser cómplice de su deseo, como era cómplice del que George llevaba con elegancia, el asco la hubiera doblado por la mitad.

En ese momento no sabía si estaba subestimando su habilidad para sobreponerse a la adversidad o si, por el contrario, debía aceptar sus nuevas debilidades.

—Quítatela —repitió George, más despacio.

Ayane tragó saliva y guio las manos a la espalda, cohibida. Se dijo que ella sola se lo había buscado y que ahora debía llegar hasta el final de la sesión con todas sus consecuencias.

Era el mismo argumento que llevaba sosteniendo desde que la violaron por primera vez.

«Te dejaste atrapar para conseguir información. E incluso si no lo escogiste, no opusiste resistencia. Y aunque la hubieses opuesto, bien que te divertiste en Fuego y Sangre. Ahora disfruta de los efectos colaterales de tus decisiones».

Se desnudó con los ojos cerrados. La embargó una incomprensible sensación de vértigo. No estaba en el borde del escenario. Estaba de pie junto a la barra de *pole dance*, ahora sin prendas que ocultaran un bochorno que no habría sabido esconder de los voyeristas ni siquiera enterrándose viva. Volvía a ser una mujer con tan solo unas bragas y unas botas con tacón, la fantasía de un amante sadomasoquista.

Su más reciente y peor pesadilla.

George la rodeó por detrás para no taparle las vistas a los presentes. La cogió por las muñecas

y se las llevó a la espalda para esposarla a la barra.

Habría reconocido el tacto frío del metal en cualquier parte. Había jugado muchas veces con unas porque siempre le había divertido el rol de policía y ladrón. Sin ir muy lejos, tenía unas esposas en la mesilla de noche, escondidas bajo la lencería que utilizaba para días especiales… y para los días que solo quería sentirse sexy, que podían presentarse de pronto un lunes laboral o un domingo de tedio existencial.

Jace había sugerido sustituirlas por unas de plástico o recubiertas de un material mullido al ver en qué estado quedaban sus muñecas después de usarlas para castigarla, pero Ayane se negó alegando que eso acabaría con la magia del BDSM.

Lo importante era el dolor, y a ella en particular solía fascinarle que quedara constancia.

Presionó más los párpados, tratando de eliminar así el clic de las esposas y los murmullos de los asistentes. También para alejar el recuerdo de Jace, que se había convertido en una recurrente forma de tortura de la masoquista que vivía dentro de ella.

Sabía de sobra cuál era la respuesta, pero aun así se preguntó cómo habría reaccionado su marido al verla allí de pie, desamparada y a duras penas controlando las náuseas. ¿La habría querido igual? Seguramente no. Jace siempre había pensado en su esposa como una mujer fuerte y terca, una mujer perfecta a pesar de su vanidad y su ambición.

Para Jace, Ayane no podía cometer errores.

Quizá tampoco pudiera ser victimizada.

Quiso aferrarse a eso para tener la falsa convicción de que aún era dueña de su dignidad.

George le separó las piernas y le puso una mano entre los omoplatos para instarla a agacharse. Ella empezó a salivar de forma compulsiva, tan nerviosa que podría haber vomitado.

¿La iba a penetrar con algún objeto frío e impersonal? O peor, ¿la iba a penetrar él mismo? Una dominatriz con la imaginación que tenía Ayane debería haber propuesto un sinfín de alternativas, pero el horror le había dejado la mente en blanco.

Ni siquiera se dio cuenta de que un tercer involucrado subía al escenario para tenderle a George lo necesario para continuar la sesión: un antifaz que enseguida le puso para privarla de la vista y unos tapones para los oídos gracias a los que perdió un setenta por ciento de la audición.

«¿Gracias a… o por culpa de?», planteó la voz interior, demostrando que no, esa noche tampoco estaba de parte de su supervivencia.

Ayane se tensó.

Ni ojos, ni oídos, ni manos. Estaba a la merced total y absoluta de George, un hombre que no conocía y que habría pagado dinero para cerciorarse de que no se negaba a que le hiciera lo que se le antojase. ¿Cómo podría ver ahora si sucedía algo que no le gustaba? Si le habían puesto tapones, era porque no iba a recibir órdenes. Tampoco le iban a preguntar, como era menester en

el mundillo sadomasoquista, qué le parecía lo que le estaba haciendo. Se limitaría a actuar dando por sentado que ya le había otorgado su pleno consentimiento.

Entonces se le ocurrió pensar que aquello iba en contra de lo que se entendía por BDSM. Un putero y la mujer que le prestaba el servicio no podrían entablar jamás una relación de aquellas características, porque sin una entrega total y absoluta además de deseada por parte de la sumisa, era violencia simple y llana: lo que habían estado ejerciendo contra ella desde el primer día, y sin necesidad de usar a menudo látigos y fustas.

Tan pronto como sintió la caricia de George en las nalgas, la presión que había estado notando en el pecho se intensificó, suspendiéndole la respiración. Empezó a hiperventilar. Se mareó y estuvo convencida de que se desmayaría si no recuperaba el dominio de sí misma. Quiso pasarse una mano por la frente para secar el sudor que le caía sobre los ojos, pero recordó que estaba atada y el miedo de no controlar la situación estuvo cerca de asfixiarla.

Apenas entendía palabras sueltas de lo que George iba comentando.

—Mirad cómo se ha metido en el papel —le pareció que decía mientras recorría su espalda con la mano… ¿o con qué? Al notar el tacto áspero y húmedo de una lengua, Ayane estuvo a punto de doblarse de asco y gimoteó para pedir auxilio. Ni siquiera se lo propuso, pero su cuerpo entero se torció en el sentido contrario para huir de su contacto—. ¿Ya estás sufriendo, Hayami…? Aún no he empezado contigo.

Abrió la boca para detenerlo, pero enseguida se bloqueó.

«Tú lo has pedido. Tú te lo has buscado. Tú te lo mereces».

«Tengo derecho a cambiar de opinión», se replicó con los ojos llenos de lágrimas. «Y a equivocarme. Tengo derecho a soñar con que las cosas sean diferentes a partir de ahora».

«No, no tienes derecho a nada. Los has perdido todos», sentenció la voz interior.

Ayane agachó la cabeza, reprendida, y pensó que no podía ser tan difícil dejarse llevar. Ya lo había hecho otras veces. Apagarse, salirse de sí misma, pensar en un lugar al que le gustaría viajar e imaginárselo con todo género de detalles mientras los demás se aprovechaban de cuanto su cuerpo podía dar.

Solo que no se aprovechaban, porque ella lo había permitido. Le había dicho que sí a George, y le dijo que sí a todos los que hubo antes no huyendo cuando debió.

Incluso si el riesgo de esa huida hubiese sido la muerte.

¿Y no era la muerte un destino más benevolente?

Estaba preparada para abandonarse a la experiencia, escarmentada por sus estúpidos reparos, cuando oyó que la concurrencia alzaba la voz, alertada por un cambio de planes. Ayane temió levantar la barbilla por si descubría que habían invitado a segundos y terceros, pero lo que estaba sucediendo era también problemático, porque ponía en jaque su orgullo: alguien había sido

consciente de su patético afán experimental y acudía a salvarla.

Ni siquiera los tapones lograron amortiguar el rugido de Black Russian.

—¿Es que no ves que está temblando?

No esperó a que George contestara o tuviera la iniciativa de desatarla. Escuchó unos pasos que reconocería en cualquier parte, aunque amortiguados por los tapones, subir la escalinata. Segundos después, Ayane había recuperado su autonomía y sus sentidos.

Aunque le dolían las muñecas por la presión del metal, se apresuró a cubrirse el pecho. No se atrevió a dar un paso en falso por miedo a caerse del escenario. El vértigo no hizo sino acrecentarse hasta que un hombre gentil la giró en su dirección apenas rozándole el hombro y le quitó el antifaz.

Lo primero que vio nada más abrir los ojos fue la expresión feroz de Black Russian.

Le habría gustado fulminarlo con la mirada, decirle que había malinterpretado la situación y en realidad estaba temblando de pasión, pero el solo hecho de intercambiar miradas con él acabó de destruirla. No pudo seguir conteniendo el llanto y rompió a llorar.

Como si él hubiera sabido que nada la avergonzaba más que perder los papeles en público, bajó las escaleras y la ayudó a bajar ofreciéndole sus brazos para salir de allí. Ella no dudó en aceptar el refugio que representaban, conmovida incluso ante la expectativa de que un hombre que no quería acostarse con ella, que no quería usarla, lo hubiera dejado todo para consolarla. Pero Black Russian no le leyó la mente hasta ese punto, y seguramente suponiendo que no querría que la tocaran más de la cuenta, la soltó en cuanto tuvo los pies en tierra y se la llevó de la mano hacia una habitación próxima.

Ayane no escuchó al gentío, las quejas de George o la música que seguía sonando de fondo. Un incómodo pitido se había alojado en sus oídos, como si una bomba le hubiese estallado al lado. Era incapaz de formular un pensamiento coherente.

En cuanto estuvo a solas en lo que parecía una suite de lujo, equipada con una cama *California king* y una lujosa bañera al estilo victoriano, Ayane tomó conciencia de lo que acababa de ocurrir y quiso que se la tragara la tierra.

No había dejado de hiperventilar, tampoco podía detener el curso de sus lágrimas traicioneras, pero de la tristeza y la autocompasión surgió una rabia en carne viva que no dudó en vomitar contra el hombre que le quedaba más cerca.

—¡Mira a dónde me has traído! —aullaba, ahogándose con su propio llanto—. ¡Mira en lo que me has convertido, que no puedo hacer nada! ¡Nada!

Black Russian podría haber desmontado su reproche con una sencilla afirmación: él no tenía la culpa de nada. No se la había llevado a Bangkok, no la había forzado a prostituirse, no la había metido en un avión a Shanghái. Si de culpas se trataba, el ruso ni siquiera le había dado esperanzas sexuales o románticas durante Fuego y Sangre como para que ella perdiera

completamente la cabeza y olvidara el motivo del viaje, y ni mucho menos la había invitado a probar una sesión con George. Pero, de algún modo, Ayane sentía que cada paso dado en falso en aquel camino de espinas había estado motivado por la existencia de aquel hombre.

Confirmó que no se equivocaba al haberlo convertido en el eje del mal cuando Black Russian la rodeó con los brazos y se inclinó para apoyar su mejilla contra la de ella. Ayane se revolvió unos segundos más, igual que un toro embravecido, pero él insistió en sostenerla con una firmeza rayana en la violencia, en contagiarla del calor de su cuerpo manteniendo los perfiles de su cara fusionados en uno solo.

No supo cómo lo consiguió. No era una forma de consuelo a la que estuviera acostumbrada. Nadie habría pensado que surtiría efecto. No era un beso, ni una caricia, ni un abrazo, ni le estaba apretando la mano. Pero Ayane sentía la calidez de su piel contra la mejilla, oía su respiración serena. El aire que él espiraba pasaba silbando por el borde de su oreja, poniéndole el vello de punta.

Halló una sorprendente paz en la calma y la ternura implícita en esa cercanía, y, muy poco a poco, sus músculos se fueron destensando.

Ayane esperó con el aliento contenido y los sentidos agudizados a que Black Russian dijera algo. Era lo que pedía aquella postura, que arrancara a hablar con un discurso apaciguador o solo le prometiera que todo saldría bien.

Pero él se refugió en el silencio para hacerle saber que el terror había pasado.

Y era cierto. En ese silencio no había música estridente, ni gritos, ni el sonido de los látigos, ni gemidos, ni la voz ronca de un hombre ansioso por ser complacido.

Era solo silencio. Inocente silencio.

Era solo él. Inocente también, porque no le había hecho ningún daño.

Ella cerró los ojos y por fin exhaló el aire contenido en un suspiro. Como si Black Russian hubiera captado el momento exacto en el que había hecho las paces consigo misma, se separó.

No le preguntó si estaba mejor. Sus ojos ni siquiera apuntaron en su dirección. La soltó y se dirigió a la bañera de piedra maciza que presidía la estancia.

Puso el agua a correr, comprobó que estaba a la temperatura perfecta, colocó el tapón en el desagüe y se dirigió a la puerta con la intención de marcharse.

—¿Te vas? —jadeó ella en tono incrédulo—. ¿No sabes acaso que las sumisas necesitan cuidados después de una sesión salvaje?

Black Russian le sostuvo la mirada un instante antes de rehacer sus pasos con cierta vacilación.

Conforme más se acercaba, más la paralizaban los nervios. Con él nunca sabía a qué atenerse. ¿Iba a responderle alguna devastadora frase de cuatro palabras a la cara, donde ella pudiera vérsela bien?, ¿donde pudiera memorizar su imagen para reproducirla en sus sueños? ¿Trataría

de estrangularla por atreverse a implicitar órdenes? ¿La ayudaría a desvestirse?

Cuando la rodeó con los brazos otra vez, pero sin tocarla, el corazón le dio un vuelco. ¿Iba a… seguir consolándola, acaso? ¿Se sentía ella cómoda con esa alternativa? La posibilidad no debió convencerle ni a él, porque solo le pasó las manos por la espalda en una caricia insinuada.

A continuación, enarcó una ceja hacia Ayane.

No hizo falta que verbalizara la petición. Dio por hecho que pedía permiso para seguir desnudándola y solo asintió.

Black Russian no se agachó. Aguantándole la mirada para asegurarse de que no la incomodaba, introdujo los pulgares en los extremos del tanga y lo bajó lo suficiente para que la prenda siguiera rodando por su propio peso caderas abajo.

Se creía que Black Russian no hubiera mirado jamás a las bailarinas de *pole dance*, porque a ella tampoco le echó un vistazo. Y aunque eso la alivió después de haberse sentido violada por las miradas del público, también la desalentó de un modo incomprensible.

El ruso señaló la bañera con un gesto de cabeza.

En otro momento, Ayane le habría preguntado si acaso le había comido la lengua el gato. Más de lo que era habitual. Pero no se atrevía a interrumpir la calma que se había asentado entre los dos después de su dulce serenamiento.

Se metió en la bañera en completo silencio y esperó su siguiente movimiento con el corazón en un puño. Lo vio humedecerse los labios antes de apoyar las manos en el borde e inclinarse lo justo para que sus rostros quedaran a un anhelado beso de distancia. Se preguntó cómo le sentaría que él se arriesgara a salvar esa distancia y no le gustó la respuesta.

Black Russian sacó un cigarrillo del bolsillo trasero del tejano y se lo colocó en los labios para cuando se le presentara la ocasión de prenderlo.

—No tienes que demostrarte nada —le dijo, mirándola a los ojos como si quisiera colarse en su mente y allí grabar a fuego su consuelo—. Eres lo que eres. Eso ni ha cambiado, ni puede hacerlo.

Fue a rugirle para que se dejara de estúpidos aforismos, pero sabía de sobra que nunca era su intención ser sabio o sanar las heridas de nadie. Además, entendió lo que quería decir. Se quedó muda porque hubiese captado en una sencilla frase el aliento ideal para curar el miedo que no la dejaba dormir: el de haberse perdido a sí misma.

Le costó encontrar las palabras adecuadas para retrucar:

—¿Y los demás tampoco pueden conseguirlo? ¿Cambiarme? —atinó a formular con voz temblorosa. Él negó con la cabeza muy despacio—. ¿Y dónde ha quedado eso que soy? ¿Dónde se ha metido?

—Está ahí —le aseguró con un leve asentimiento—. Da igual si se quiere esconder un tiempo. Ya saldrá cuando ella quiera.

Ayane apretó los labios para no gritarle de nuevo que era su culpa. Porque lo era. Había pensado que estaba preparada para volver a disfrutar de un encuentro carnal, para hacer las paces con el sadomasoquismo que los puteros habían corrompido con su depravación, y todo porque veinticuatro horas antes había sido capaz de sentir un deseo arrebatador hacia un hombre concreto.

Él le había transmitido la falsa certeza de que podría enfrentarse al asco que la tenía enferma de náuseas desde que se levantaba hasta que se acostaba. Y no era la primera vez. Ya fuera porque Ayane se aferraba a un clavo ardiendo o porque Black Russian era más sugerente de lo que parecía a primera vista, sentía que le había estado dando esperanzas una y otra vez.

Guiada por la rabia, la curiosidad hacia su reacción o ambas, aprovechó que estaba inclinado en una postura vulnerable para agarrarlo de las dos muñecas y tiró de él. No esperaba obrar ningún resultado, por eso le sorprendió que Black Russian perdiera el equilibrio y se precipitara hacia la bañera con los ojos como platos.

La caída fue estrepitosa. Una mole de agua la empapó entera, pero se echó a reír de pura incredulidad aun así, tan encantada con el hecho de haberlo pillado con la guardia baja que no pensó en las consecuencias.

Debió imaginar que no las habría, porque cuando se había tratado de ella, para bien o para mal, jamás había tomado represalias.

Black Russian se incorporó con el cigarrillo mojado todavía entre los labios mientras se secaba el agua de los ojos con los dedos. Se quedó donde estaba, de rodillas ante Ayane con la camisa pegada al pecho y el pelo en la cara. En cuanto le fue posible, le lanzó una mirada de absoluto tedio, como si sus travesuras se le antojaran tremendamente aburridas. Se llevó la mano al bolsillo y sacó el móvil mojado para mostrárselo en un gesto que hablaba por sí solo.

El agua había entrado en la pantalla. Se veía la esquina superior iluminada. El resto era un fundido en negro.

—Tampoco es para tanto —se defendió ella, hundiéndose hasta la barbilla para ponerse a cubierto de un arrebato rabioso—. Si he cortado tu línea de comunicación con los criminales de Europa del Este, eso que nos llevamos las víctimas. Porque no creo que tu madre te llame a menudo para preguntarte cómo estás.

Black Russian hizo su mejor esfuerzo para parecer indignado con el comentario.

—Eres muy perversa, *malyshka*. Hasta el diablo tiene madre.

Ayane se puso cómoda en la bañera colgando los brazos del borde. La estúpida trastada y la carcajada que la había acompañado la habían ayudado a descargar las tensiones.

—¿Y tú quieres a la tuya?

—Todo el mundo quiere a su madre.

—Permíteme reformular: ¿se lo demuestras?

—A lo mejor esto te sorprende —replicó con languidez. Se apartó el pitillo empapado de la boca y lo arrojó sobre la alfombra sin darle mayor importancia—, pero las mujeres no suelen tener queja de mí.

—Y tú has replicado su costumbre no quejándote jamás, por lo que veo. Acabo de romperte el móvil —señaló con lentitud, pendiente de sus microexpresiones—. ¿Es que nunca te enfadas?

—No tengo la habilidad —reconoció con llaneza.

—¿Y te ríes alguna vez? —prosiguió ella, tan entusiasmada porque le estuviera regalando respuestas que se enderezó involuntariamente.

—No tengo la habilidad —repitió, esta vez más despacio.

Arrojó el móvil a su espalda.

Al caer sobre la moqueta, apenas emitió un sonido sordo.

—¿Y tienes la habilidad de llorar, o esa tampoco?

—Las únicas personas que me han visto llorar están muertas —señaló con la misma naturalidad que si le hubiera dado la hora. Terminó de rebuscar en los bolsillos y sacó la cajetilla de Belomorkanal. Al ver que estaba empapada también, suspiró y la lanzó al otro lado de la bañera. Luego clavó en Ayane una mirada cansada—. Las maté yo mismo.

—Pues tendrás que matarme a mí, entonces.

—No recuerdo que me hayas visto emocionado.

—Pero lo haré algún día —le prometió. También se lo prometió a sí misma—. Conseguiré que llores. Si no por mí, por lo que le has hecho a todas las mujeres que hay bajo este techo.

Aunque la amenaza debería haber tensado el ambiente, Black Russian decidió tomársela como un propósito justo. Asintió con la cabeza, reconociéndole la futura hazaña, y se movió hacia el extremo contrario de la bañera para ponerse cómodo.

Permanecieron en silencio unos minutos, él perdido en sus pensamientos, como le dio la impresión al verlo recostarse hasta que el agua le cubrió el estómago y apoyar la nuca en el borde, y ella sumida en la contemplación del hombre que tenía delante.

La música de la fiesta se filtraba bajo la puerta en un murmullo sugerente.

I might be psycho but still you think
I'm worth a dare
(...)
While you're on my side watch out
Cause you might burn your hands
I might be psycho but still I think
You'll take a chance[21]

Se fijó en el escote que la camisa empapada le había abierto, más atrevido de lo habitual, y en cómo subía y bajaba cada vez que respiraba. Si uno no prestaba atención con todos los sentidos alerta, parecía imposible discernir si aquella flamante criatura estaba viva.

Ayane se abrazó las rodillas y apoyó la mejilla sobre una de ellas. Pensó que era justo que incluso una prostituta venida de Bangkok tuviera un objetivo, una misión; algo a lo que aferrarse para no sentir que su vida había terminado a los treinta años. Pensó que no era menos descabellado que su deseo fuera acabar con Black Russian; que verlo morder el polvo sería incluso poético considerando que todos los pasos que Ayane había dado hacia el infierno los había recorrido pensando en él, deseándolo a él, desesperada por él.

Pero pensó, también, que las ganas de hacerle daño no podían compararse con las ganas de desentrañarlo. Ambas coexistían del mismo modo que las dos caras de una moneda, como si no fuera posible la existencia de la curiosidad sin una fuerte dosis de rechazo.

Acabó con el silencio inquiriendo:

—¿Siempre has sido reacio al contacto físico?

No podía desaprovechar la oportunidad de oro que se le había presentado. Solo Dios sabía cuándo volvería a mostrarse abierto a conversar, y necesitaba distracciones para olvidar lo que acababa de suceder.

Black Russian lanzó una mirada abstraída al techo y se quedó quieto, como si necesitara suspender el movimiento gravitatorio de la Tierra para echar un vistazo al pasado. Ayane se perdió en la caricia distraída de sus dedos al borde de la bañera. Se había alejado de ella lo suficiente para abrir un espacio que a ambos les permitiera estirar las piernas.

—No.

—¿Para eso te has tirado media hora pensando? —jadeó, sin saber si echarse a reír o reprochárselo—. ¿No sabes dar la respuesta larga, o no quieres?

—Esa era una pregunta de sí o no, *malyshka*.

—Vale, pues… —Alargó la pausa echándose la melena húmeda hacia atrás para que no pensara que llevaba largo tiempo sopesando la misma duda—: Cuando sí celebrabas el contacto físico…, ¿tenías un tipo?

—No. —Se miró las uñas cortas un instante antes de devolverle la mirada con una seriedad socarrona. Solo él podía ser tan contradictorio—. Rubias, morenas, menudas, gordas. Me daba igual. Es lo que tiene el hambre. Cuando te da, te comes cualquier cosa.

—¿Y sin hambre?

—Sin hambre no comes.

—Entonces, además de la lujuria, el pecado de la gula no lo cometes.

—Nunca me ha gustado el sexo. Me gustaba dominar. Quizá por eso me daba lo mismo a

quién tuviera debajo. Lo importante era que se dejara hacer todo lo que quisiera probar. —Torció el gesto en una mueca que Ayane no supo interpretar. ¿Desdén?—. Si es posible follar hasta el aburrimiento, creo que fue lo que me pasó. Un día simplemente me harté.

—¿Has sentido tentaciones después de elegir el celibato? ¿Has lamentado esa decisión?

Black Russian le hizo una caída de ojos con un rastro de picardía.

—Estoy demasiado ocupado para arrepentirme de algo.

—¿Y cuando no lo estés te arrepentirás?

—Puede.

—¿Y no has vuelto a…? ¿No…?

—Cualquiera diría que después de lo que ha pasado este sería el último tema de conversación que te interesaría desarrollar —interrumpió.

El movimiento de sus piernas bajo el agua generó una marea.

—No estamos hablando de mi relación con el sexo, sino de la tuya —se quejó a la defensiva.

—Porque quizá de ti hay poco que decir. —Ladeó la cabeza, observándola como si le pareciese una criatura de otro mundo—. Tú comías hasta empacharte. Vomitabas y luego volvías a la carga. Parecía una forma de autocastigo.

Ayane le apartó la mirada con el cuerpo en tensión.

—Siempre me ha gustado lo que el sexo me ha dado —se explicó débilmente—. Ha sido una vía de escape, una forma de obtener poder u ostentarlo, una reafirmación de mi confianza en todos los casos y una demostración de afecto en solo algunos; una actividad para ahuyentar los miedos, reforzar las relaciones, distraerme, alcanzar la felicidad plena unos instantes. El sexo lo ha sido todo, y ahora…

Tragó saliva, derrotada.

—Ahora no. Así que no deberías volver a ponerte en una situación de riesgo.

Aunque era un consejo razonable y no se pronunció en tono imperativo, Ayane se envaró como si la hubiese reprendido.

—¿Qué coño te crees? ¿Que pensaba que iba a reaccionar como una cobarde? ¿Que me gusta llorar en público y ponerte en bandeja la oportunidad de rescatarme y quedar como un maldito héroe? ¡No lo había planeado así!

—¿Y cómo lo habías planeado? —Ayane no se atrevió a contestar, lo que él interpretó a su manera—. A ver si adivino… Para variar, no planeaste nada porque ni siquiera estabas pensando, ¿verdad? *Malyshka, malyshka*… —Chasqueó la lengua—. No estás en un sitio donde puedas permitirte una temeridad.

La sangre le hirvió al escucharle hablar con tal desahogo de emociones y pensamientos que no estaban a su alcance; que en teoría solo debían pertenecer a ella. Le dolió que hubiese desenterrado el hacha de guerra en un momento tan delicado para reprenderla.

—¡Pues claro que estaba pensando! ¡Pensaba que podría acostarme con un hombre que me pareciera atractivo y disfrutarlo si yo le daba mi beneplácito antes! ¡No es ninguna locura!

—¿No se te ocurrió que ese beneplácito estaría viciado por la necesidad de demostrarte algo?

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —rugió a la desesperada—. ¿Quedarme parada y dejarme consumir hasta que no quede nada de mí? Soy muchas más cosas aparte de mi pasión por el sexo, pero siempre ha sido un ámbito muy importante en mi vida que determina mi manera de vivir el amor y de relacionarme con mi cuerpo. ¿Qué esperas? ¿Que me resigne?

—Que seas más precavida, para variar.

—¿Y a ti qué coño te importa? —le gritó, agarrada a los bordes de la bañera—. ¿Crees que ayudas con tus pseudocharlas motivacionales?, ¿que das grandes consejos? ¡No haces más que ponerme de mal humor! ¡Tú eres el que me ha metido en esto! ¡Si ayer no me hubieras hecho sentir como antes, no se me habría ocurrido pensar que estoy curada! —se le escapó. Enseguida la invadió el bochorno, pese a que Black Russian la escuchó sin pestañear y no llevó a cabo ningún movimiento que delatara su opinión—. Olvídalo. Será mejor que me vaya a mi habitación. Ya he hecho todo el ridículo que me tocaba hoy. Creo que me merezco un descanso.

Salió de la bañera en un visto y no visto y buscó con la mirada una bata, una toalla, una sábana; cualquier cosa tras la que pudiera esconder su vulnerabilidad.

Quiso la suerte que un albornoz colgara de la puerta trasera.

Se dijo que Black Russian no tendría el menor interés en contemplar su desnudez durante el camino a la salida y, aun así, suspiró aliviada una vez estuvo cubierta. Iba a abrir la puerta cuando oyó una cascada de agua, el fenómeno antinatural pero igualmente sobrecogedor que ocasionaba un cuerpo macizo al emerger de una bañera con la ropa puesta.

Ayane se giró para verlo poner los pies en la tierra chorreando de la cabeza a los zapatos. No hizo ademán de desnudarse o escurrirse, ni de mirarse a sí mismo para averiguar qué había turbado a la agente. Fue directo hacia ella a grandes zancadas, como quien no tenía un destino fijo pero sí las ansias de averiguar cuál sería, y se plantó a un palmo de su cara.

—No tienes que curarte porque no estás enferma —sentenció él.

Su templanza terminó de desesperarla.

Soltó el escote del albornoz, que había estado agarrando con el alma en vilo, y espetó:

—¡Pues claro que estoy enferma! ¿No me ves? —Extendió los brazos—. ¡Sigo rezando para quedarme a solas contigo en una puta habitación! ¡Y mira quién eres! ¡Mira *qué* eres!

Al tratar de abarcarlo con un aspaviento, olvidó la condición criminal que pretendía señalar. Y es que al fijarse en su pecho esculpido ahora que la ropa se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, tuvo que aceptar una vez más que, además de pérfido e invulnerable, era desesperantemente hermoso.

Que no la hubiese deseado en Tailandia la había intrigado y obsesionado porque no estaba

acostumbrada al rechazo y le gustaban los retos. Que no la deseara ahora la aliviaba y le otorgaba una necesaria confianza que garantizaba que floreciera el deseo.

O que rebrotara, porque siempre había estado ahí, acechándola como la Parca.

Black Russian alargó el brazo hacia su escote para acariciar el mullido borde en forma de uve. Parecía que solo se hubiera sentido atraído por la tela.

O no, porque se quedó mirando la franja de piel húmeda que exhibía.

Ayane contuvo la respiración y siguió con la mirada, completamente inmóvil, el recorrido de aquellos dedos tatuados por el extremo cerrado de la bata. Descendió hacia el vientre, y una vez ahí, tiró del precario nudo del cinturón.

La prenda no se resistió a él. Se abrió de par en par como si hubiese pronunciado el código secreto.

Sin atreverse a respirar, Ayane buscó su mirada para tratar de anticipar sus movimientos. Black Russian apartó ambos extremos de la bata para acariciar en círculos el borde de su ombligo, la poco pronunciada hendidura vertical del vientre que terminaba su camino entre los pechos.

En un drástico cambio de dirección, la mano que parecía dirigirse a los pezones erectos se lo pensó mejor y aterrizó entre las piernas de Ayane.

Intercambiaron miradas un instante. La de ella, sorprendida. La de él, determinada.

—Si yo no rezo, es porque no creo en nada —le dijo Black Russian—, no porque no me des razones para encomendarme a Dios una y otra vez.

—¿Qué se supone que… que significa eso?

Dio un respingo cuando él coló un dedo entre sus sensibles labios inferior para acariciar la entrada a su sexo, pero no se quejó. No se atrevió.

Las piernas le temblaron y se abrieron solas para facilitar su intrusión.

Black Russian se inclinó sobre ella para robarle un beso en un punto perdido del mentón. No, no fue un beso con exactitud. Fue la insinuación de un beso, una caricia tímida y casi abortada en el último momento, pero que descargó sobre la piel de Ayane toda la dulzura de un beso de verdad, tan real como la vida misma. Se quedó catatónica, flotando en una nube, y no pudo hacer nada para poner los pies en la tierra otra vez cuando repitió el movimiento posando los labios entreabiertos en la comisura de su boca.

Ayane sospechó que pretendía distraerla del objetivo de sus dedos, que seguían acariciando su hendidura a un ritmo casual pero persistente. Su iniciativa le formó un nudo en la garganta acompañado de una sensación de vértigo terrible, mas no por ello negativa. Pudo reconocerlo porque cuando alzó la barbilla en su dirección para toparse con su semblante relajado no la sobrevino una oleada de asco o pavor, sino una contracción de placer prohibido.

Black Russian la sorprendió una segunda vez arrodillándose a sus pies. La sola postura le

puso el vello de punta, porque era él quien había decidido situarse en esa posición de presunta inferioridad respecto a ella. Ayane se mordió el labio con fuerza para no emitir sonido alguno mientras el ruso abría más el albornoz, prodigando al mismo tiempo una caricia con las manos abiertas a sus formas femeninas. Presionó con la yema de los pulgares los huesos de las caderas, que desde el principio habían captado su atención. Y cuando Ayane estaba ya al borde de un ataque de nervios por no saber a qué atenerse ni tampoco querer averiguarlo, Black Russian besó su pubis para instarla a separar más las piernas.

Unos estúpidos nervios de principiante le impidieron comprender lo que estaba pasando en una primera instancia. Pero, muy pronto, las gloriosas sensaciones de unos mimos provocados por un hombre diestro tomaron el control. Black Russian había ladeado la cabeza y separado los labios para cubrir y estimular el clítoris con la lengua. Ella lo dejó hacer durante unos segundos, debatiéndose entre la rigidez de estar haciendo algo que temía o que le disgustaba, y la deliciosa relajación que le iban proporcionando los perniciosos lametones en el centro de su cuerpo.

Se le ocurrió que había decidido recompensarla por haber admitido que lo deseaba solo a él, o que se había apiadado al saber que era su cura, y por ello había decidido tocarla de un modo en el que no la había tocado prácticamente nadie desde su salida de Washington. A los puteros no les gustaba proporcionar placer, y eso fue lo único que Ayane estaba experimentando entre sus brazos. Porque sus brazos también tenían algo que hacer: le había rodeado las nalgas con las manos para dirigirla, aproximarla más a su boca o alejarla para respirar sin dejar de acariciarle el pubis con la punta de la nariz.

Ayane jadeó una vez, incrédula, al notar que había empezado a lubricar. Quiso llevarse los dedos a la entrepierna para comprobarlo. Lo había hecho durante algunas sesiones con determinados clientes, y, aunque gracias a eso no le hacían daño, había odiado aquellas reacciones involuntarias de su cuerpo con todo su ser, porque ¿en qué la convertían? En lo mismo que el hecho de estar disfrutando con la articulación de una lengua tan ardiente como la suya, que resbalaba entre sus pliegues como si no quisiera dejar un solo punto sin mimar.

Se arriesgó a agarrarlo del pelo con una mano insegura para conducir su expedición. Él solo alzó la mirada desde su postura. La visión de sus ojos la convenció de que era él quien tenía el poder absoluto. Y no le importó, porque aún no lo había ejercido para hacerle daño. Solo para provocarle pequeñas contracciones en el vientre y el sexo, preámbulo de un orgasmo deseado. El primer orgasmo sin precio y que no ponía en jaque su sentido de la ética.

Cuando las piernas le empezaron a temblar, se inclinó para apoyarse en los hombros de Black Russian. Él seguía lamiéndola de arriba abajo con los ojos cerrados, entregado con fruición a una tarea que nunca le había parecido tan erótica y que, además de excitante, era novedosa e incluso halagadora, porque ¿no había hecho voto de castidad? ¿No lo estaba vulnerando acaso para satisfacerla?

Ayane descolgó la cabeza hacia delante en cuanto el orgasmo entró por la puerta grande. Un estremecimiento de puro gusto estalló entre sus piernas y se ramificó por todo su cuerpo como un conjuro de magia negra. Presionó con los dedos los firmes hombros de Black Russian, y, aunque luchó por contener los gimoteos, acabó derrumbándose junto a él entre cortos jadeos que se asemejaban a sollozos.

Buscó la mirada del ruso y se topó con sus ojos cristalinos, ojos que un buen día acusó de inexpresivos pero que no lo eran en absoluto; simplemente era rara la ocasión en la que tenían algo bueno que contar. Y, en ese momento, todas las cosas bellas conjuraron un complot en contra del deseo de Black Russian de permanecer a salvo de los sentimentalismos, porque estalló en su mirada una oscura turbación que la habría asustado si hubiese estado en condiciones de hablar o actuar.

Pero no lo estaba.

Ayane buscó refugio de sus emociones a flor de piel, de sus contradicciones y de sus errores rodeándole la cintura con los brazos y acurrucándose contra él, presa de los espasmos residuales del orgasmo.

Incluso a pesar de estar sumida en su propia consternación, que pronto hizo correr las lágrimas por sus mejillas, se percató de que Black Russian vacilaba un segundo antes de pasarle el brazo por los hombros y estrecharla contra su pecho empapado. Le pareció que incluso agachaba la barbilla para posar los labios en la raya de su pelo.

Él pronunció unas palabras en su lengua materna que, por una vez, Ayane no se molestó en intentar averiguar. Sonaron trastocadas por la urgencia de un sentimiento agobiante.

Para su sorpresa, descubrió que bastaba con ignorar el conocimiento de su lenguaje para que Black Russian se tomara la molestia de traducirlo. Se pronunció en tono de advertencia, pero no con desprecio o rabia hacia ella, sino hacia un tercero presente que parecía estar ahogándolo con una soga:

—No me hagas preocuparme por ti, *malyshka*. No me lo puedo permitir.

Capítulo 29

Querido Jace:

Creo que saludándote de esta manera peco de un exceso de formalidad, pero sabes que nunca me he carteado con nadie y, aunque nunca llegue a enviarte este mensaje, siempre me ha hecho ilusión escribir con todas las consecuencias, formatos anticuados incluidos.

Llevo diez días en Shanghái y todavía no he visto ni el templo del Buda de Jade, ni el de Jing'an. Tampoco he paseado por la calle Nanjinglu, ni he visitado el museo donde exponen el arte chino antiguo. Si es por no hacer turismo, ni siquiera he visto de lejos la Torre Perla Oriental. Paso las veinticuatro horas encerrada en el hotel, a veces sin salir de mi habitación por falta de energía, como en aquellas primeras vacaciones que pasamos tú y yo en La Habana. ¿Te acuerdas? Una gastroenteritis nos arruinó el viaje. Sobre todo a ti, porque sí, la que por poco se deshidrató de tanto vomitar fue una humilde servidora, pero siempre te has preocupado tanto por todo que el que no dormía por el miedo de que hubiera contraído un virus letal eras tú.

Me acuerdo todavía del espantoso estampado de las cortinas, de que nos propusimos coleccionar los vasos de agua que el servicio de habitaciones nos proporcionaba para luego improvisar un palacio de cristal y que nos vimos nada más y nada menos que cien episodios de una telenovela cubana. ¿Cómo se llamaba? ¿*Pasión y prejuicio*? Algo así. En fin. En un momento dado te dije: «Ya es mala suerte que haya enfermado de esta manera en nuestra primera escapada. ¿Y si es una señal? ¿Y si el destino nos está diciendo que no estamos hechos el uno para el otro?». Te lo solté entre risas, pero nunca llegué a confesarte que una parte de mí iba muy en serio.

Me asustó la dedicación con la que me cuidaste, que rehusaras salir del hotel aunque fuera para tomarte un cóctel con un nombre divertido en un bar de salsa. Aunque fuese para regresar a casa diciendo que al menos habías experimentado la vida habanera. Me asustó, también, lo seguro que te vi de que estabas atendiendo a la persona adecuada, a la mujer de tus sueños, y quise alejarte.

No, no te dije que iba muy en serio con mi supuesta bromita, pero creo que no hizo falta porque al volver demostré lo desagradecida, cobarde y egoísta que puedo llegar a ser negándome a responderte los mensajes durante diez días.

Los mismos que han pasado desde que aterricé en Shanghái.

Siempre has sabido cómo atraerme de nuevo hacia ti. Tienes la clase de seguridad en ti mismo que yo he acabado adquiriendo de tanto que me he esforzado en fingirla. Y una persona como la que te escribe reconoce a una persona como la que eres tú a leguas. Sois el tipo de individuo en el que los hipócritas como yo nos fijamos e inspiramos para replicar vuestras maravillas y así tratar de gustarnos un poco más.

A veces pienso que lo que te gusta de mí es lo que he copiado de ti, esos principios tradicionales a los que me adapté para pertenecerte, pero acabo disuadiéndome porque a ti te gusta todo lo que soy.

O te gustaba.

Me pregunto si te gustaría ahora.

Intento no ponerme los vestidos reveladores que hacían que tu mirada se desviara y no pudieras disimular que te ponías nervioso, no abro la boca para hacer los comentarios inteligentes o incluso malintencionados que te arrancan carcajadas culpables, y no aprovecho cualquier excusa para salir a inspeccionar el mundo y luego volver a contártelo con los aspavientos que a veces finges esquivar haciendo quiebros exagerados con la cabeza, como si

fuese a arrearte sin querer.

Ahora mismo soy esa parte de mí que nunca tuviste la mala suerte de conocer.

Pero quizá podrías disculparla.

Supongo que jamás lo sabré.

Estimado Jace (¿suena mejor?):

Día veinte en Shanghái. Aún no sé si el lago del jardín Yuyuan es tan verde como se ve en las fotografías. Recuerdo haberlo visto en fotografías, al menos, pero no puedo confirmar que no me engañe la memoria porque no tengo a mano ningún dispositivo electrónico.

Si no me bailan las fechas, estamos a principios de febrero. Eso significa que la Superbowl está cerca. Me pregunto si tus Jets habrán llegado a la final, y si irás a verla como tenías planeado antes de que la misión irrumpiera en nuestras vidas.

Ojalá te animes. No soportaría saber que has puesto tu vida en pausa al conocer mi desaparición. O que te descuidas hasta el punto de desatender la colada y la limpieza de la casa, que nos conocemos y aprovechas cualquier excusa para no poner una lavadora.

Que sí, lo sé, son cuatro actividades en una: poner la máquina en marcha, tender, recoger y luego guardar, pero como vuelva a casa y descubra que me ha estado esperando un montón de ropa sucia, tú y yo vamos a tener una conversación.

Aunque puede que me entregue a las labores del hogar con ilusión. Aquí no debo encargarme de ninguna tarea doméstica.

A lo mejor hasta me envidias por eso.

No te lo dije en la primera carta. Bueno, en la decimotercera carta, porque improvisé unas cuantas antes de firmar la definitiva. El caso es que Singapore, el hombre que viene a confirmar que sigo viva de vez en cuando, me dio una libreta para anotar mis pensamientos si en algún momento me aburría. Se la pedí yo después de ver que Black Russian tenía un bloc, a ver si es cierto eso que dicen de que el poder de las palabras es terapéutico. Lo dudo bastante, porque me paso el día lanzando miradas recelosas al cuaderno y esquivándolo si me despierto de mal humor. A veces hasta lo arrojo al fondo de un cajón y no lo rescato hasta que me mata la culpabilidad de no demostrarte que sigo pensando en ti.

Yo no me caso con cualquiera, ¿sabes?

Quizá, si lo hubiera hecho, me estaría divirtiendo de lo lindo en este sitio.

O lo haría si alguien me despertara la menor confianza.

No te he hablado de Jing. Ni de Sun Hee. Son dos chicas que se quedan en el casino conmigo. Me las cruzo todos los días. A veces comemos juntas o echamos el rato en la misma sala de estar, pero, en el caso de que no lo hayas notado, no consigo gustarle a las mujeres. Aquí las cosas no son diferentes en ese sentido.

Por un lado me alegro, porque significa que al menos una parte de mi esencia ha permanecido intacta (qué pena que sea la parte insoportable, ¿no?), pero por otro me apena. Creo que se me haría más llevadero si tuviera a alguien con quien hablar.

Alguien que no seas tú, claro.

No sé si alguna vez te lo conté. Mi padre nunca ha sido mi tema de conversación preferido. Pero una vez volví a casa del instituto con cara larga y él estaba allí. Seguro que a mi madre le había pillado por sorpresa, pero yo nunca perdía la esperanza de que regresara, así que simplemente corrí a abrazarlo como si fuera costumbre. Le expliqué lo que me tenía tan triste: las chicas de mi clase no querían ser mis amigas. La historia de mi vida, ¿no?

Entonces no sabía que se convertiría en un problema crónico, ni que mi psicóloga me diría años después que el género femenino no simpatiza con las mujeres que se desviven por la aprobación masculina. Y es probable que, en el caso de mi padre, sí fuera yo esa clase de chica, porque habría matado por un asentimiento orgulloso de su parte.

Suerte que no tenía que esforzarme para obtenerlo.

Recuerdo que él me dijo que no importaba que no me quisieran, porque nacemos solos y morimos solos, y todo lo que sucede entremedias es un mero entretenimiento. Las amistades no van a alargarnos la vida, y ni siquiera nos las van a endulzar porque, al tener un principio y un final, nos dura más la pena de haberlas perdido que la dicha de haberlas disfrutado. Yo le dije que eso era mentira, que no estaba sola porque le tenía a él. Y él me sonrió de aquella manera tan suya y me contestó que era verdad, y que cómo diablos me las apañaba para quedarme siempre con la razón.

El «diablos» incluido, porque le encanta hablar fatal.

Vera apuntaba a ser una bonita excepción, pero desapareció en la última fiesta BDSM que se celebró en el casino. Singapore dice que Black Russian se la llevó con un cliente y que a la mañana siguiente la trasladaron a otro sitio. Espero que dicho sitio esté en su tierra natal. Aunque no puedas estar en casa, reconocer al menos las calles de tu infancia cuando te asomas por la ventana debe de conmover el corazón. Tú sabes que odio las franquicias y que preferiría no comer a ocupar una mesa del KFC, pero ahora echo tanto de menos pasear por el centro de la ciudad y ver la colección de McDonald's que dominan Washington que no te lo creerías.

Quiero que sepas que estoy bien. Singapore es el único hombre que veo con regularidad, y debo decir que cada día me cae mejor. ¿Es eso lo que hace la desesperación? ¿Que te guste el tipo que te retiene? No quiero mencionar los aspectos desagradables de mi viaje, porque odiaría entristecerte o ayudarte a imaginar situaciones incómodas, pero no se me ocurren eufemismos graciosos.

Tú sigue riéndote, aun así.

Querido Jace:

Hoy cumplo mi primer mes en Shanghái. No he probado los tentempiés locales del mercado de Yuyuan, ni he cogido el ferry para conocer Pudong. Empieza a apenarme, porque cada vez entiendo menos qué hago aquí. Me levanto, desayuno, me encierro en mi habitación, almuerzo, paso la tarde en la sala de estar entreteniéndome con Singapore o con mis propios pensamientos, me bebo una copa o diez, y luego me acuesto. A veces hay una fiesta a la que puedo asistir o cuya invitación se me permite declinar. Suelo quedarme en la suite, pero te reconozco que alguna que otra vez he bajado por si acaso Black Russian estaba allí.

También se cumple un mes desde que no lo veo. Cuando desperté a la mañana siguiente de la velada BDSM, ni su cuaderno ni la hoja que le arranqué estaban en su sitio. Al principio respiré aliviada, pero al ver que pasaban los días y no tenía noticias, abrí su armario por si acaso hubiera hecho las maletas.

Y no. Su ropa sigue ahí.

¿Por qué él no está, entonces?

Sabes que nada me turba más que las cosas que no comprendo. Ya me has visto gritarle a la televisión cuando ha salido algún senador escurriendo el bulto para no regular el mercado de armas y el número de permisos que se les concede a la gente de a pie. Incluso si yo no lo practico siempre, entiendo que hay materias que son de sentido común. Y hasta cuando no coincido con la opinión popular, encuentro algún punto en su argumentación con el que identificarme y sentirme parte del grupo.

Pero no puedo aferrarme a nada para entender a Black Russian.

No sé por qué me tiene aquí, no sé por qué se ha ido sin mí, no sé cómo interpretar su ausencia. Ni siquiera logro desentrañar lo relativo a mis sentimientos. Me alegré de que se fuera porque odié confirmar que, en mi camino hacia la reconciliación espiritual, él es una parada obligatoria. Quizá incluso el destino. Necesitaba soledad para ordenar mis pensamientos y me vino de maravilla que no me recordara ni mis pecados ni mis fantasías con su sola presencia. Pero ahora siento que estoy en peligro. Que, en cualquier momento, alguien entrará por esa puerta y me hará daño aprovechando que no está él para reivindicar su dominio sobre mí.

Me obsesioné con Black Russian en cuanto lo conocí, ¿sabes? Me diste carta blanca para hacer cualquier cosa; cualquiera menos permitir que un hombre acaparara mi mente y su simple olor me hiciera perder la cabeza. Es tan injusto que fuera precisamente eso lo que ocurrió… No dejo de preguntarme por qué. Por qué él. Por qué ninguno, en realidad. No me cabe la menor duda de que te quiero exactamente igual que la última vez que te vi. Es posible que te quiera incluso más, y que con ese amor nuevo se mezcle el agradecimiento de haberme abierto las puertas al placer con otros hombres.

Llegué a pensar durante la experiencia en Tailandia que podría volver a Washington, hablar contigo para abrir la relación y seguir siendo tú y yo, solo que en lugar de tú y yo contra el mundo, tú y yo *con* el mundo, *entre* el mundo. El mundo siendo nuestro. Pero sé que esto de Black Russian te dolería. Me duele a mí porque te mataría a ti. Y nos duele, sobre todo, porque no existe justificación.

Es atractivo; hay hombres atractivos a raudales, sin embargo. Es interesante, enigmático; también me he topado con sujetos de esa calaña. No me hace caso casi nunca, pero, cuando lo hace, se asegura de que me quede pensando en ello el resto del día. El resto de mi vida. ¿Con cuántos manipuladores no habré lidiado yo?

Jace, si lo hubiese conocido en Washington, si lo hubiese conocido teniéndote a mi lado y no a miles de kilómetros mientras me creía que volvía a tener veinte años y ninguna responsabilidad, jamás lo habría mirado dos veces. O eso es lo que creo. A lo mejor tenías razón, como siempre la tienes, y es verdad que contigo me faltaban el morbo y la cuota de peligrosidad. A lo mejor no solo estaba verde en el trabajo. A lo mejor también estoy verde en lo que quiera que sea el amor y no sé querer del modo en que quieres tú, incondicionalmente y con la inestimable capacidad de conformarte.

Te reconozco que he pasado miedo aquí. La clase de miedo que se materializa en la forma de un monstruo y se esconde bajo la cama para que no te sientas a salvo ni siquiera refugiado en tus sueños. Paso miedo desde que me despierto hasta que me entierro bajo las sábanas, y estar alerta me cansa tanto que me apago, como si eso fuera posible, y entonces no siento ni amor, ni odio, ni pasión, ni pena; no siento nada.

Pero, con diferencia, creo que lo que más me aterra de todo esto es pensar que nunca pueda llegar a quererte como necesitas.

—¿Ayane? —la llamó con suavidad una voz ya familiar.

La aludida levantó la cabeza del cuaderno hacia la puerta abierta. Como era costumbre, Singapore se había quedado de pie bajo el umbral, sin atreverse a invadir el que se había convertido en el refugio de la huésped.

—¿Ya es otro día? —preguntó en tono monótono.

—Ya es otro día —confirmó tras un asentimiento saturnino.

Ayane cerró el cuaderno y lo depositó con cuidado sobre la mesita de noche, como si en lugar de páginas contuviera láminas de cristal. Había soñado que el bloc se transformaba en un hombre con los ojos grises y los brazos más cálidos del mundo, y desde entonces lo llevaba entre

algodones.

Puso el bolígrafo encima y bajó de la cama. Obedientemente, se calzó unas zapatillas de suela blanda y acompañó a Singapore a la sala de estar, donde había decidido realizar las comidas diarias.

Las primeras veces había preferido alimentarse en la compañía de las chicas, más por crearse una sensación de normalidad pegando la oreja a sus conversaciones banales, pero empezó a violentarla el hecho de que nunca formaría parte de su grupo y se rindió.

Ahora, y por mera lealtad o quizá piedad hacia su soledad crónica, Singapore se prestaba a desayunar con ella.

—Todavía no tengo noticias de Black Russian —la informó en el camino hacia el salón.

Ayane solo asintió, distraída.

El corazón le daba un vuelco cada vez que escuchaba su nombre, pero, por orgullo, se había comprometido a no pronunciarlo jamás en presencia de otras personas, y ni mucho menos para averiguar su paradero. Era una suerte que Singapore fuera fiel al criminal y se tomara la molestia de tenerla al día aun cuando no preguntaba.

Le sorprendió llegar al salón donde veía morir los días y toparse con que un par de hombres jugaban al billar. Se quedó rígida bajo el umbral por miedo a que reparasen en ella, y lo hicieron más pronto que tarde, pero ninguno de los dos le dedicó más que una mirada distraída antes de regresar a su conversación en ruso.

Ayane pudo respirar con tranquilidad y refugiarse tras la espalda de Singapore en su camino a la mesa de bufé, de donde podía servirse lo que más le apeteciera.

Aprovechando que no había llamado la atención, se fijó en los invitados. Ambos estaban orgullosos de sus músculos voluminosos y de sus terroríficos tatuajes, porque lucían camisetas de manga corta y de tirantes respectivamente. Si Ayane se dedicó un rato extra a la contemplación de los sujetos, fue porque reparó en que algunos de los símbolos y dibujos de tinta le sonaban familiares. Se acordó del Black Russian empapado y con la camisa abierta, de ese triángulo de piel clara trastocado por los colores de la Virgen con el Niño en brazos y del diablo con la lengua fuera.

Ninguno de los dos invitados lucía un diseño tan estético o atrayente, pero habían imitado algunos de los otros tatuajes que le sonaba haber visto en el ruso cuando hizo la maleta en Koh Phangan.

—No te van a tocar un pelo —le aseguró Singapore en inglés—, pero es mejor si no los miras mucho. A otro le arrancarían la piel a tiras.

Ayane se dio la vuelta con su plato vacío en la mano y observó la parsimonia con la que el tailandés escogía un plátano maduro y un café solo. Aún no lo había visto consumir nada más, y durante el almuerzo también se decantaba por raciones escasas que de ningún modo podrían

saciar a un hombre de su tamaño. Siempre se había preguntado si le pasaba como a ella y el horror que acechaba por las esquinas le cortaba el apetito y después el estómago, impidiéndole mantener los alimentos en el estómago.

—¿Los conoces? —inquirió en voz baja.

—No hace falta que susurres. No hablan una sola palabra de inglés.

Ayane se echó en el plato un *crêpe*, cortó un pedazo de mantequilla y se dirigió a la mesa procurando no hacer ruido. Tomó asiento en la silla desde la que obtenía una visión perfecta de la partida de billar, y, por ende, de los sujetos.

—¿Quiénes son? —indagó ella.

—Matones de Cheng Tao. Le gustan los mafiosos rusos. Ya lo habrás deducido por los tatuajes.

—La verdad es que no. Sé lo que significan las lágrimas en la cara y poco más, aunque sí que he oído hablar de los tatuajes de la mafia rusa.

—Todos tienen un significado —le explicó Singapore—. Se supone que hace siglos que no se llevan. Cuando se han traído asuntos… delicados entre manos, a los mafiosos no les ha convenido que les reconocieran a simple vista. Pero ha habido un resurgir del orgullo de los *vory* —señaló a su espalda con un discreto gesto de cabeza—, y he ahí el resultado.

—¿*Vory*, has dicho? —repitió con un hilo de voz.

—*Vor v Zakone.* La traducción literal es «ladrones en ley». Son las personas que participan en el crimen organizado en los antiguos territorios de la Unión Soviética. Surgieron antes incluso de su formación, durante la revolución rusa del diecisiete. A partir de ahí, podría decirse que se… sindicalizaron, por ponerlo de alguna manera. —Curvó los labios en una sonrisa socarrona—. Fijaron sus códigos, basados en un sentido del honor que quizá tú encontrarías reprobable, se tatuaron para denotar su compromiso con el clan, además de para delimitar su rol dentro del mismo, y… Bueno, se dedicaron a cometer maldades. Tuvieron momentos de declive y momentos de resurgimiento. Ahora están volviendo con todo lo que eso conlleva.

Ayane soltó el tenedor con el que había estado jugando y miró a Singapore a los ojos.

—He oído lo de los tatuajes en los mafiosos. Pero sobre todo investigué las marcas y dibujos de los miembros de la yakuza… —Se calló antes de soltar un dato sensible, como que lo hizo por su padre—. ¿Qué significan? La Virgen, el diablo… Las estrellas, la calavera, el cuchillo rodeado de cadenas…

—Los tatuajes simbolizan crímenes que te hacen reconocible en la cárcel y que te ayudan a ahuyentar a las bandas criminales que se organizan allí dentro. Desconozco el significado de todos, porque lo estudié hace mucho tiempo por mera curiosidad, pero sé que la explicación depende bastante del sitio donde esté tatuado. Por ejemplo, me consta que las estrellas determinan el rango: en las rodillas te dicen que no es un tipo que vaya a arrodillarse ante nadie,

que es un rebelde y testarudo, y en los hombros revela que se trata de una autoridad entre criminales. La calavera, si lleva dos huesos cruzados, te dice que el fulano está cumpliendo una cadena perpetua; el cuchillo rodeado de cadenas, si se luce en el brazo derecho, cuenta que cometió una agresión violenta, pero no llegó a matar. Del diablo no sé nada. Los demonios, por otro lado, simbolizan el odio hacia la autoridad.

Se acordó de las estrellas desvaídas repartidas por los hombros de Black Russian, la calavera que le ocupaba parte de la espalda.

¿Habría ido a la cárcel? ¿Cuándo?

Con lo joven que era, no debía de haberse quedado mucho tiempo.

—¿Y la Virgen? —insistió en saber—. ¿Por qué se tatuaría un criminal a una virgen?

—La Virgen es más complicada y también el tatuaje más popular. Un *vory* me explicó que en su lenguaje significaba que le profesaba una lealtad absoluta a un clan concreto; otro, que en todos los casos indica de quien lo lleva que estuvo entre rejas desde edades tempranas. La opinión general es que se la tatúan para que les proteja del mal.

—¿Por qué la lleva Black Russian?

El gesto sereno de Singapore sufrió una variación casi imperceptible, pero Ayane lo notó porque había fijado la mirada en su expresión para no perder detalle. Confirmó lo que había sospechado nada más escucharlo: que ninguna de esas explicaciones respondía a los motivos de Black Russian.

—No lo sé —respondió, y agachó la mirada para centrarse en su desayuno.

—Y una mierda que no lo sabes.

—Incluso si lo supiera, no me correspondería a mí contar la historia de nadie. No me importa explicarte un saber popular que puedes ampliar en la página de Wikipedia; ahora bien, preferiría no meterme en problemas con los *Vor v Zakone*.

—¿Es por eso por lo que estás aquí, haciendo lo que te mandan? ¿Para no meterte en problemas? Porque no eres como los demás —le soltó con vehemencia—. No disfrutas con este trabajo.

Singapore se reclinó en el asiento ayudándose del borde de la mesa, desde la que se impulsó sutil y gradualmente.

—Te sorprendería saber la cantidad de tipos que hay en mi puesto que no se divierten con lo que ven —suspiró—. No somos una minoría. Lo que pasa es que no hacemos tanto ruido como los sádicos.

A Ayane no le cupo la menor duda de que decía la verdad.

—¿Cuál es tu historia, entonces? —tanteó, entrelazando las dos manos con los codos apoyados sobre la mesa—. ¿O ni siquiera tienes derecho a dar tu versión sobre tu propia vida?

Singapore sonrió sin energía.

—Digamos que no me queda elección, Hayami.

—¿Y desde cuándo no tienes elección?

—Te has levantado curiosa, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Aprovecho las oportunidades cuando se me presentan.

—Llevo unos cuantos años envuelto en estas… dinámicas. El suficiente tiempo para haber empezado a preguntarme por qué no me han pillado y puesto entre rejas aún.

—¿Y por qué? ¿Qué te trajo hasta aquí?

—Mayoritariamente… —desvió la mirada a los restos del plátano y se entretuvo doblando y estirando una de las partes de la cáscara— la necesidad.

Ayane descansó la barbilla en una mano y se lo quedó mirando con una extraña simpatía. No le sorprendió que les uniese la amenaza que se cernía sobre sus cabezas. De algún modo, los desgraciados se reconocían entre ellos, y la agente supo desde el primer día que aquel tipo sentía y padecía.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

Él sonrió, agradecido porque sintiera curiosidad por la persona que fue una vez.

—No tengo nombre, ya lo sabes. Solo apodo.

—De acuerdo —cabeceó ella, consciente de lo que le estaba pidiendo—, pero si pudieras elegir cómo llamarte, ¿qué nombre escogerías?

—Niran. Niran Suriya —respondió sin pensarlo—. ¿Qué hay de ti? Parece que Hayami no se ajuste del todo a tu carácter.

Ella fingió meditarlo.

—Me gusta Ayane, ¿sabes? —Le lanzó una mirada divertida—. Si buscas su significado en páginas de internet, descubres que ninguna se pone de acuerdo. Para unos es la traducción de «mariposa», y hace referencia a la transmutación de la vida natural; para otros, significa «flor silvestre». Creo que llegué a leer que era una forma de decir «tener un gran espíritu».

—Todos esos simbolismos encajan contigo —sonrió Singapore.

—Me gusta pensarlo, sí. Pero ya sabes que me llamo Hayami —apostilló con cansancio. Había empezado a apreciar a Singapore, y, aun así, estar con él era un recordatorio de la miseria en la que vivía.

—Y yo me llamo Singapore.

La entrada de un intruso interrumpió la conversación. Ayane creyó que se trataría de Jing o Sun Hee, o alguna de las otras chicas que dormían en plantas inferiores, pero fue un hombre asiático el que se abrió paso en la estancia buscando algo… o a alguien.

No lo reconoció enseguida. Solo había visto a Cheng Tao una vez, y fue a través de la rendija del escritorio de Black Russian. Trataba de compensar su modesta estatura con prendas de

calidad, como el perfecto traje de sastre que vestía esa mañana. Peinaba su cabello hacia atrás, igual que un galán de telenovela.

Ayane tuvo la prudencia de sellar los labios para que no la cazara pronunciando una palabra en inglés. Pero por poco se le escapó una maldición cuando la mirada de Tao cayó sobre ella y su rostro se iluminó.

Había dado con lo que estaba buscando.

Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara, la clase de lenguaje no verbal que se entendía a lo largo y ancho del mundo.

Sin otro remedio, pero con obvios recelos, Ayane se levantó con lentitud. Intercambió una mirada rápida e insegura con Singapore, que demostró no tener ni idea de a qué se debía el interés del chino, y rodeó la mesa para acercarse a él con la mayor dignidad posible.

—Acompáñame —le pidió en tono afable, pasándole un brazo por la espalda.

Ayane resistió el impulso de volver a girarse hacia el tailandés y siguió a Tao, vigilando que esta vez no iba escoltado por guardias de seguridad, como había visto que era habitual.

Y con razón. Si era cierto que tenía las manos manchadas de sangre, y de la sangre de su padre para más señas, todas las precauciones tomadas serían pocas.

Le sorprendió que no la condujera hasta el ascensor, sino a la suite de la que había salido momentos atrás. Estaba resguardada por la imponente figura de un gorila de dos metros de estatura. No osó mover una pestaña hasta que Tao aspaventó con impaciencia hacia él para que se retirara. Abrió la puerta y, como un gentil caballero, la invitó a pasar.

Ayane se lo pensó dos veces, pero había pocas alternativas. O pasaba aunque le diera mala espina, o pasaba aunque le diera mala espina. Echar a correr por el pasillo para abrazarse desesperadamente a Singapore no era una opción.

Tao cerró la puerta tras él sin ninguna prisa. Ayane había tomado la precaución de abrir una separación de dos metros y medio, y el chino no dio a entender que pretendiera reducirla.

Nada más girarse hacia ella, entrelazó las manos sobre el regazo y la miró con una sonrisa serena.

—Creo que no nos han presentado oficialmente, Hayami. Apenas nos vimos de refilón hace alrededor de un mes, el mismo día que tomé posesión del cargo de propietario del casino. Soy Cheng Tao. El tercero, siendo más concretos. Mi padre y mi abuelo se llamaron así antes de mí.

Ayane probó a sonreír con vulnerabilidad para darle a entender que no entendía lo que le estaba diciendo. Pero Tao había realizado la genuflexión típica de los agradecimientos y presentaciones en Oriente, y como mujer japonesa le correspondía devolverla: lo hizo de manera atropellada con las manos sobre los muslos.

Habían empezado a sudarle las palmas.

El dueño se dio por satisfecho con un asentimiento. Barrió la estancia con una mirada

apreciativa que solo pretendía postergar el momento de la verdad.

—Hace ya un tiempo desde que el ruso se fue. —Arrancó a andar al mismo tiempo que comenzó su perorata, enunciada en el tono solemne de los discursos. Aún tenía los dedos entrelazados en el regazo—. No me dijo que pretendiera largarse para siempre, pero considerando su… expediente, por decirlo de algún modo —cabeceó, sonriendo por culpa de un chiste interno, y se detuvo junto a la cómoda para recorrer la superficie con el dedo. Se acercó la yema a los ojos para comprobar que no se había manchado de polvo—, no me extrañaría que no volviéramos a verle el pelo. Eso te pone en una situación muy delicada, Hayami —concluyó, mirándola de soslayo todavía con el índice en alto—. Porque, según me han contado, eras su puta preferida y todo el mundo tenía órdenes de no tocarte si él no les daba permiso. Comprenderás que nada intensifica el hambre de un hombre como que le prohíban uno de los manjares de la mesa. Toda una serie de accionistas te han echado el ojo y están ansiosos por hincarte el diente. Tendrás que dejarte tarde o temprano —apostilló con brío. Juntó las manos dando una palmada —, porque no me gusta tener parásitos en plantilla.

—Lo siento, señor Cheng —respondió Ayane en japonés. Acompañó el tono de disculpa de una lograda mueca de consternación—. No hablo inglés y no tengo ni idea de qué me está diciendo. Si pudiera traer a un traductor, o… o quizá explicarme en francés, podría…

—Aunque hay una alternativa al trabajo sexual —prosiguió Tao en voz alta, sin prestarle atención. Retomó el paseo por la habitación hasta plantarse a una distancia razonable de ella—. Personalmente, es la que prefiero. Eres una criatura preciosa, Hayami. —Acompañó el halago de una tierna caricia a su barbilla. Ayane llegó a sobresaltarse con el roce, que la distrajo durante el segundo que Tao tardó en llevarse la otra mano al interior de la chaqueta y sacar una pistola para apuntarla a la cara—. Pero uno nunca sabe por dónde le puede salir una puta. Si resulta que eres tan habladora en persona como has demostrado serlo en tu cuadernito de cartas, me podrías meter en un serio problema de cara a mi imperio. Y si he llegado hasta aquí pisando el cadáver de mi padre, como tú muy bien sabes, te podrás imaginar que me importará una mierda pisar el tuyo.

Tao accionó el martillo del revólver y presionó el cañón contra la frente de Ayane. Cuando quiso dar un paso atrás, asustada, chocó con la puerta del baño. La inminencia de la amenaza fue tal que ni siquiera se le ocurrió maldecirse por estúpida.

—No me atrevería a decir nada —se apresuró a aclarar con las manos en alto.

Tao soltó una carcajada.

—Cojones, si hasta tienes acento americano… ¿De dónde eres? No es neoyorquino, no es de los grandes lagos, no es sureño… Es el perfecto acento americano de las películas de Hollywood. El estándar. —Meneó la cabeza con desaprobación—. Ese hijo de puta de Black Russian me las va a pagar por haberse reído de mí. Y tú has debido de creerte tan especial e intocable como él, o

no habrías cometido un error de principiante. ¿Qué te piensas? —Presionó el arma contra su cabeza—. ¿Que no registraría la habitación de un matón de mierda que ha desaparecido sin dejar rastro?

Ayane abrió la boca para disculparse, justificarse. Ni ella misma lo sabía muy bien. Tao abortó cualquiera de sus defensas golpeándole la cabeza con la culata del revólver. La agresión la mareó, aunque no tanto como para perder el equilibrio u olvidar lo que había aprendido en el centro de entrenamiento. Aprovechó que el chino aún sujetaba el arma contra ella y utilizó el antebrazo para golpearle el codo por dentro. Se sirvió de la mano contraria para quitarle el revólver, abofetearle violentamente con el cañón y arrojarlo al suelo de un rodillazo en el vientre.

Para asegurarse de que no sollozaba o gritaba para alertar al gorila de la puerta, Ayane se sentó a horcajadas sobre él y le metió el extremo del arma en la boca.

—¿Y tú qué coño te piensas? —le replicó con frialdad—. ¿Que el matón de mierda no me habría enseñado algún que otro truco para defenderme?

No podía matarlo. Sería la forma más estúpida de perder la vida ella misma a manos de sus captores.

Estaba en un callejón sin salida. Hiciera lo que hiciese, no saldría viva de la habitación.

Tao se benefició de su desorientación. Recogió los dedos en un puño y le propinó un golpe severo en el centro de la garganta. Ayane soltó el revólver para llevarse las manos al cuello y controlar un violento acceso de tos que la dejó fuera de juego durante cinco segundos; los cinco segundos que Tao tardó en sacársela de encima de un empujón que la arrojó de espaldas contra la alfombra.

El chino demostró tener orgullo, porque no cogió la pistola para volarle la cabeza. Quiso hacerle pagar por su insurrección forcejeando con ella con manos y piernas.

—Sois todas unas… putas… traicioneras… —gruñó entre jadeos.

Ayane le escupió en la cara para despistarlo y trató de alargar la mano hacia el arma, esta vez decidida a matarlo. Al menos se llevaría por delante a un miserable en su camino al infierno. Pero Tao comprendió sus intenciones y fue más rápido agarrando el mango del revólver y volviendo a apuntarla, esta vez al pecho.

Le dirigió una sonrisa macabra.

—Se acabaron tus días en Shanghái. Espero que disfrutaras de la estancia…

Ayane apretó los dientes y, en un movimiento guiado por la adrenalina, se llevó la mano al pelo. Extrajo la gruesa aguja que le había estado recogiendo la melena en un moño, la empuñó como si se tratara de un cuchillo y se lo clavó en el hombro. Para evitar que el guardia escuchara su aullido de dolor, le cubrió la boca con la otra mano.

Esperó a que el mareo de la herida lo derrumbara sobre el costado para desarmarlo de una patada en la muñeca. El revólver no voló demasiado lejos por culpa de la alfombra, que frenaba

el deslizamiento, pero, gracias al cielo, acabó a los suficientes metros de distancia para que dejara de ser una amenaza.

Tao se miró la mano manchada de sangre de la herida y palideció por la impresión.

Ayane soltó una carcajada.

—Mírate… No tienes escrúpulo con el asesinato, pero te retuerces como un gusano si te haces un pequeño rasguño. Supongo que lo entiendo. A lo mejor a mí también me daría miedo mi sangre si hubiera derramado la de mi padre por algo tan sucio como la avaricia.

Sabía que debería haber aprovechado para huir, pero, al verle asustado, tratando de levantarse en vano para llamar a su guardaespaldas, una de las partes muertas de Ayane volvió a la vida.

El espectáculo era tan grotesco que no pudo resistirse a quedarse mirando. Le ardía la cabeza, ahí donde Tao la había golpeado, pero también empezaron a dolerle las zonas del cuerpo donde la habían mordido, azotado o incluso besado; las zonas del cuerpo que habían mancillado sin su permiso gracias al patrocinio de cerdos como aquel.

El deseo de venganza fue tal que se le enturbió la vista, y, antes de pensárselo dos veces, aferró con más ganas la aguja de metal y se abalanzó sobre él para hundírsela en el pecho, luego en el cuello, después otra vez en el cuello, y de nuevo en el cuello, cuello, cuello, dispuesta a destrozarle la vena que le mantenía con vida.

Levantó la mano para asestar la puñalada definitiva, sonriendo con una mezcla de incredulidad y placer perverso al atestiguar su expresión de horror, aquella con la que lo mandarían al crematorio.

Pero alguien la agarró firmemente por la muñeca y evitó que lo matara.

Ayane se revolvió contra la mano de Dios, la mano que la separaba de convertirse en una asesina, y se preparó para empuñarla contra quien pretendía arrebatarle su única satisfacción. Giró en redondo, hiperventilando con una sed de sangre que le había nublado la razón, y todo su cuerpo se puso de acuerdo para que le fallaran las fuerzas al toparse con unos intensos ojos azules.

Sin atreverse a pestañear, Ayane soltó la aguja, que cayó sobre la alfombra en un silencio cómplice de su crimen. Black Russian comprendió con eso que había renunciado a sus instintos homicidas y rompió el contacto físico, pero no sin antes tirar de ella en la dirección que la alejaría del cuerpo desmadejado de Tao.

El chino se retorcía en el suelo, agarrándose la garganta.

Pensó que Black Russian se lo echaría al hombro y lo sacaría de allí para garantizarles a ambos una posibilidad de supervivencia. Si a ella la matarían por haber tratado de acabar con el dueño del casino, él sería el siguiente por haberla metido allí, por haberle dado privilegios y, en teoría, por haberle enseñado a defenderse.

Pero solo se acuclilló junto a Tao y descansó los antebrazos sobre los muslos.

—¿Qué le has hecho, eh? —inquirió en tono paternalista—. Nunca ha sido suavita como la seda, pero suele ser más complaciente que esto.

—Ha intentado matarme porque ha descubierto que hablo inglés —respondió Ayane atropelladamente. Se abrazó los hombros—. Ha… encontrado una libreta que he estado utilizando como diario.

Aunque Black Russian estaba de espaldas a ella, vio que movía la cabeza en sentido afirmativo. Pero fue un asentimiento vago, como si sopesara las alternativas.

Después de unos segundos de deliberación que se le hicieron eternos, se incorporó. Estuvo segura de que se iría por donde había venido, dejándola a ella a cargo de la situación, pero se limitó a estirar una pierna y a abrirse hueco entre los dedos manchados de sangre de Tao, quien se aferraba la garganta con desesperación, para pisársela con sus relucientes zapatos de noche. Empezó presionando levemente, y para cuando el chino había puesto los ojos como platos, consciente de que eran sus últimos minutos en la Tierra, Black Russian ejerció la presión justa de un movimiento letal, echando todo su peso, y le rompió el cuello.

Ayane agradeció que le regalara unos segundos para asimilar lo sucedido antes de apartar el pie y girarse hacia ella con el gesto sombrío.

—¿Tan estúpida eres? —le preguntó con voz queda.

En el silencio, el reproche sonó como un latigazo.

—¿Cómo? —balbuceó, todavía sobrecogida por el ataque y su aparición estelar.

—¿Un diario escrito en inglés? ¿De verdad? Ya que te ponías, podrías haberle cantado el himno nacional estadounidense.

Ayane sabía que tenía toda la razón del mundo para estar furioso. Ella misma se habría abofeteado por imbécil si le hubiera sobrado el tiempo. Pero justo en ese momento estalló dentro de ella la bola de indignación que había tratado de acallar para no admitir en voz alta que había notado su ausencia.

—¡Y yo qué cojones sabía que iban a registrar la suite! ¡Lo han hecho buscando pruebas de tu paradero, ¿sabes?! ¡Si no hubieras desaparecido de repente, Tao no habría entrado ni para leer mi diario, ni con la intención de volarme la cabeza!

Él le sostuvo la mirada con aburrimiento.

—Tienes un talento innato para culpar a los demás de las majaderías que se te ocurren.

—¡Vete a la mierda! —le rugió, y al ver que él no solo no reaccionaba, sino que se daba la vuelta con toda la intención de cumplir su pedido, Ayane se arrojó sobre su espalda para agarrarle del cuello de la camisa—. ¡No te gires cuando te estoy hablando! ¿Se puede saber dónde demonios has estado?

Black Russian la miró por encima del hombro como si fuera un vil gusano.

—Lejos de ti —atajó con desdén—. Y, visto lo visto, había sido una buena decisión.

Ayane lo soltó como si la prenda le hubiera lanzado una descarga, aún demasiado aturdida por lo acontecido como para ofenderse.

—¿Una buena decisión? ¿Para quién? ¿Para el tío que por alguna extraña razón pensó que era prioritario evitar que me hicieran daño? ¿O para la mujer que se ha quedado aquí echándole la llave a la habitación, convencida de que aprovecharían tu viaje para entrar a violarla? No he estado tan equivocada, porque mira lo que ha pasado. ¡No sé por qué coño te tomaste la molestia de venderle a nadie la historia de que soy tu chica si luego te da igual que me ataquen!

Black Russian giró en redondo para fulminarla con una mirada que lanzaba chispas. La intensidad de su reacción física la intimidó casi tanto como la sorprendió, y para cuando quiso darse cuenta, lo tenía prácticamente encima agarrándola del cuello de la camiseta.

—Me estoy cansando de tus espectáculos. Tengo mejores asuntos de los que ocuparme que de ti, así que más te vale dejar de comportarte como si fueras el centro de mi mundo. No eres nada —deletreó con frialdad—. Nada.

Ayane alzó la barbilla para encararlo con la misma actitud beligerante.

—Quizá no sea lo más importante, pero algo significaré para ti si acabas de cargarte a tu empleador solo porque me ha amenazado con una pistola.

—*Miy lyubyy…*[22] —pronunció con una implacable dulzura que la desestabilizó— Descenderé a los infiernos para devolverlo a la vida y darle las gracias personalmente por haber intentado salvarme del castigo divino en el que te has convertido.

Ayane jadeó, anonadada.

—¡Llevas un mes entero sin aparecer por aquí! ¿Se puede saber por qué demonios entras hablando como si te tuviese harto?

Black Russian se retiró dando un paso atrás con una expresión rayana en la irritación.

—No voy a permitir que me sigas distrayendo —sentenció con la barbilla alta—. Por tu culpa perdí un contacto de importancia vital aquella noche temática.

—¿Por mi culpa? —repitió, anonadada—. ¡Yo no fui a buscarte! ¡No te arranqué de la conversación que hubieras estado teniendo con tu contacto!

—Tal vez contemplar tu afán autodestructivo se me antoje terriblemente adictivo —ironizó con los párpados entrecerrados.

—Casi tanto como intervenir en el último minuto, ¿no? —replicó, envalentonada. Sentía la sangre ardiendo en las venas, viva como nunca, y la sensación fue tan placentera que se negó a soltarla cortando la discusión—. No es mi problema que tu trabajo te haya llevado a idealizar el rol de salvador y tiendas a representarlo en cada oportunidad que se te presenta.

—Pero sí es tu problema que quieras follarme cada vez que se me ocurre intervenir en tus episodios masoquistas.

—Dos no follan si uno no quiere, ruso de mierda.

La comisura de los labios de él amenazó con curvarse hacia arriba, pero no permitió que una sonrisa traicionera le concediera la victoria de la pelea a Ayane. Odió que domesticara aquel impulso natural, el primero que veía surgir desde que lo conocía, y odió que no siguiera la conversación donde ella la había dejado.

—Créeme, *malyshka*. Si para evitarte tengo que mudarme a Siberia, ya sabrías a dónde enviar tus cartas. En inglés —repitió, como si aún no se lo creyera, y añadió entre dientes—: Manda cojones.

Ante la confusa mirada de Ayane, que no lo había visto jamás tan fuera de sí, Black Russian se agachó para recoger la aguja del suelo. Le echó un vistazo desinteresado con la boca torcida en una mueca y limpió la sangre de Tao restregándosela dos veces en la camisa negra que llevaba.

Aunque Ayane acababa de descubrir lo útil que podía ser cuando se empuñaba con un arma, el corazón se le encogió porque supo que, al aproximarse en su dirección, no fue con la intención de utilizarla para hacerle daño. Black Russian le recogió el pelo en un moño peinándole los vellos más rebeldes de la nuca con los dedos, giró la melena en un rodete perfecto y lo atravesó con la aguja. Apenas tres, cuatro movimientos certeros que la dejaron patidifusa y con la boca seca por lo cerca que había estado de ella.

—Intenta no manchar nada la próxima vez —le sugirió en un tono más civilizado, mirándola a los ojos—. No quiero tener que pisar regueros de sangre para llegar a ti.

—¿Qué significa eso? —se apresuró a preguntarle antes de que pusiera pies en polvorosa, impaciente por llegar a ese destino del que se suponía que ella le había estado distrayendo—. ¿Te vas a quedar?

Él prolongó el silencio con el único objetivo de ponerla nerviosa.

—Igor —llamó en voz alta, sin apartar la vista de Ayane—, haz el favor de entrar y ayudarme con este estropicio. Me temo que la dama tiene unas obligaciones epistolares que atender.

—¡Oh, por Dios! —aulló ella, desesperada. Se llevó las manos a la cabeza, y esa fue la posición en la que la encontró el gorila de la puerta al pasar, advertir el cadáver de Cheng Tao y pasar a la acción sin hacer una sola pregunta—. ¿Qué te importa a ti que escriba cartas, joder?

Ya situado a los pies del muerto para cargarlo con facilidad entre dos, Black Russian le hizo una enigmática caída de ojos.

—A mí me importa todo.

Capítulo 30

Ayane dio la vuelta en la cama, todavía en el séptimo sueño, y alargó un brazo hacia el lado vacío de la cama doble para agarrar la almohada. Le pareció que estaba más dura de lo habitual, pero no le disgustó la sensación. La abrazó y se acurrucó contra ella con una sonrisa satisfecha.

Sonrisa satisfecha que se inclinó hacia la extrañeza cuando, aun dormida, se percató de que irradiaba calor humano.

Sin demasiado interés por averiguar qué estaba pasando, abrió los ojos apenas una rendija y luego los volvió a cerrar.

No transcurrió ni un segundo hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba pasando y se apresuró a incorporarse con el pulso acelerado. Ya sentada, despeinada y soñolienta, observó el cuerpo masculino tendido de espaldas a ella con una mano debajo del cojín de satén. Se asomó hacia delante con cuidado de que los muelles de la cama no delataran su curiosidad y confirmó que Black Russian estaba dormido.

Y también semidesnudo.

Ayane se frotó los ojos con un suspiro cansado en la punta de la lengua. Se convenció de que estaba soñando, pero el invitado no se había desvanecido para cuando terminó de masajear las sienes y los párpados. Se planteó ponerse prendas menos reveladoras antes de ocultarse bajo las mantas y aprovechar que el sueño había vuelto a ella para seguir recuperando energía, pero su aparición le había chocado tanto que ya ni siquiera tenía ganas de descansar. Y menos aún a su lado.

Se quedó contemplando la desesperante discreción con la que Black Russian respiraba, como si, en lugar de dormido, estuviese muerto. Solo si se detenía a observarlo con particular fijación se percataba de que su hombro subía y bajaba acompasadamente.

Lo que más llamó su atención, sin embargo, no fue la paz con la que dormía pese a haber matado a un hombre la noche anterior. Fue un tatuaje que no recordaba haberle visto y del que Singapore tampoco le había hablado. Era, con diferencia, el grabado más antiguo de todos, porque el color estaba más desvaído y se notaba que no se lo había curado bien. Ocupaba todo su omóplato derecho y se extendía espalda abajo sin llegar a ocuparla entera.

Una sirena con el rostro contraído en una mueca de pavor alzaba las manos para tratar de huir de la red de araña en la que la habían atrapado. Al igual que el resto de las piezas de su colección, el tatuaje generaba una sensación de profundo desconcierto e inquietud en quien lo miraba.

—No me digas que eres de las que despachan a sus citas después de una noche de pasión —la voz manó de las profundidades de su pecho, ronca y sugerente. Ayane respingó, no tan sorprendida porque se hubiera estado haciendo el dormido como porque nunca lo había oído hablar nada más despertarse—. Este comportamiento de virgen aprensiva por tener que compartir una cama no te pega nada.

—¡Pues claro que me sorprendo! —se quejó con las mejillas ardiendo—. ¡No recuerdo que te acostaras conmigo anoche!

—Soy demasiado educado como para despertar a la gente cuando llego de madrugada.

—Pero no tanto como para plantearte dormir en otro lado, ¿no?

Black Russian se giró hacia ella. Se quedó tendido sobre el costado contrario. Ahuecó el cojín bajo el que había doblado el codo derecho y la miró con los párpados entrecerrados. Los dibujos del almohadón le habían dejado marcas temporales en la mejilla, y el sueño había estampado un sello brilloso en el azul de sus ojos.

—¿Dónde quieres que duerma? Esta también es mi habitación.

—¡No has dormido aquí ni una noche! —insistió. En el fondo, no sabía muy bien qué reprocharle; solo que debía presentar pelea. Pero estaba todavía demasiado aletargada y también sorprendida por no haber tenido ni una sola pesadilla.

—Para todo hay una primera vez.

Ayane apretó los labios. Como no se le ocurrió una réplica a la altura de su sinvergonzonería, desvió la mirada hacia el lado contrario. Se frotó un hombro para consolar a su piel de gallina.

Por supuesto que el comportamiento de virgen aprensiva iba con ella. Era la primera vez en más de cinco años que despertaba junto a un hombre que no fuera Jace. La sensación era tan novedosa, además de turbadora, que se le escapaba el mejor modo de actuar. Solo sabía que aquel era uno de los límites que nunca había pretendido cruzar con nadie que no fuese su marido, como tantos otros que pudieran indicar o fomentar una mínima intimidad emocional.

Entonces reparó con espanto en que, al sacar el brazo de debajo del cojín, Black Russian revelaba haber dormido con una dudosa compañía: el dedo índice de su mano terminaba en el gatillo de una pistola.

—¡¿Qué coño haces con eso?!

—¿Es necesario que me grites antes de las ocho de la mañana? —suspiró, cansado, y se fue incorporando—. Ayer me cargué a Cheng —resolvió con sencillez. Dejó el arma sobre la mesita de noche y se crujió el cuello antes de levantarse—. No me iba a arriesgar a que me encontrasen desarmado cuando entraran a vengarlo.

Ayane se quedó muda.

¿Sería posible que Black Russian hubiese dormido con ella esa noche en concreto para protegerla de las más que probables represalias? No era ningún secreto que el nuevo propietario

del casino había muerto en la suite 818. Si tenía un club de fanáticos, no habrían tardado en organizarse para escenificar una cruenta vendetta.

Sacudió la cabeza, reacia a aceptar aquella teoría como cierta.

Siguió con la mirada el recorrido de Black Russian por toda la habitación. Le vio movilizar los hombros con oscilaciones circulares y despertarlos sujetándose el brazo con la mano contraria presionada a la altura del codo. Hizo otro par de estiramientos hipnóticos delante del armario abierto, del que solo colgaban prendas oscuras. Cuando juntó las manos a la espalda para crujirse la columna, los músculos de los omoplatos se tensaron formando una mariposa de piel y tinta desvaída, abriendo a la vez una cavidad entre las escápulas que sintió la tentación de acercarse a besar.

«¡Estás loca!», se gritó para sus adentros.

«¿Lo estás?», contraatacó la voz interior. «El tipo te hizo un cunnilingus de película porno antes de marcharse, y probablemente lo que te acaba de decir era una especie de coqueteo en su limitado idioma de violencia y brutalidad».

Ayane se aferró a la hipótesis de que Black Russian se preocupaba por ella para romper el silencio con un tono de voz conciliador.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Esperó a que él arqueara la ceja de la sorna en su dirección para especificar—: Está claro que no trabajo como prostituta, tampoco limpio los baños, no soy bailarina de *pole dance*, no vendo cigarrillos en el casino… Pero eso no significa que esté aquí para nada, ¿no? Debe de haber alguna razón por la que has decidido conservarme en lugar de matarme, prostituirme o, Dios no lo quiera —se le acabó escapando una nota de sarcasmo—, enviarme de vuelta a casa.

Black Russian se vistió con un sencillo jersey de cuello vuelto introduciendo primero las manos por las mangas. Inconscientemente, Ayane pensó que Jace se ponía la ropa por la cabeza y luego ya sacaba los brazos.

Él le lanzó una mirada de soslayo tan significativa que por un momento creyó que había interceptado sus pensamientos.

—Todavía me lo estoy pensando.

Dicho aquello, se dirigió al baño. Ella seguía sintiéndose tan fuera de lugar que no se atrevió a bajar de la cama. Se quedó sentada en posición de loto sobre las sábanas revueltas.

—¿Y qué posibilidades andas barajando? —preguntó en voz alta—. Porque digo yo que algo se te habrá ocurrido. Llevo aquí alrededor de un mes y medio. —Al verlo aparecer bajo el umbral dándole un generoso sorbo al colutorio, añadió con más seguridad—: Lo pregunto para saber a qué atenerme. Si te soy sincera, me sentiría mejor si desempeñara un papel en toda esta historia. Si tuviera… algo que hacer.

Black Russian escupió el enjuague bucal en el lavabo, visible desde la posición de Ayane. Desde allí, enarcó la otra ceja: la de la sorna más intensa.

—Pensaba que ya estabas entregada a la virtuosa tarea de completar un *bullet journal*.

—Por Dios. —Puso los ojos en blanco—. ¿No piensas dejarlo correr nunca?

Ya se sentía avergonzada por haber cometido tamaño error. ¿Qué más quería de ella? ¿Por qué se lo había tomado como algo personal?

Se le ocurrió que Black Russian podría haber leído el contenido de su diario, de sus cartas, y haberse puesto celoso del hombre al que le escribía.

No, no era posible. De todos los defectos que había contemplado en el tipo y de los muchos más que le había atribuido por gusto o por supervivencia, el de envidioso ni se le había pasado por la cabeza.

—Solo digo que hasta preferiría que mi objetivo real fuera calentarte la cama y no ver morir los días y las noches esperando a que se te crucen los cables y me metas una bala en la cabeza —se explicó con una docilidad impostada.

—No me gustaría que fueras la primera mujer a la que me cargo.

El corazón le dio un vuelco.

«No ha matado mujeres», señaló la voz interior, entusiasmada.

«Solo ha dicho que no ha matado mujeres. Puede ser mentira. Seguro que es mentira», se insistió ella misma, tratando de aportar un ápice de sentido común a aquella mañana tan desconcertante. Pero ese lado rebelde de su psiquis, invariablemente afectado por la irracionalidad y el deseo de saberse a salvo, ya había decidido creerle a ciegas.

—Qué cosas tan bonitas me dices, ruso.

—Tú tampoco te quedas atrás con eso de ofrecerte a calentarme la cama.

—Yo no me he ofrecido a…

—Se tendrá en cuenta tu propuesta. Sabrás de mi decisión en cuanto haya concluido el proceso de deliberación —enumeró en tono informativo, como un agente administrativo.

—¡No he hecho ninguna propuesta! ¡Simplemente he dicho que…!

Se calló al ver que se acercaba al borde de la cama y aprovechaba que ella tenía las manos en alto, haciendo aspavientos, para entrelazar los dedos con los suyos. Ayane se quedó con la boca entreabierta, suspendida la respiración, detalles de los que él pareció percatarse posando la vista un instante en sus labios; ese instante que tardó en apoyar las manos unidas sobre el colchón, a cada lado de su cuerpo.

Se inclinó hacia ella para rozar la nariz con la suya.

—Simplemente has dicho que soy atractivo, interesante, enigmático… y algo manipulador, pero no sonó como si te pareciera un defecto. —Ladeó la cabeza para valorarla como si se le antojara una visión conmovedora—. Teniendo eso en cuenta, no me extraña gustarte lo suficiente

para ofrecerte voluntaria.

La cara empezó a arderle.

—¡Has leído mi diario!

Black Russian se apartó lo justo para sonreírle burlón.

—Hombre, no me iba yo a perder una obra cumbre de la literatura.

Lo único que Ayane tuvo a mano para arrojarle fue su propia pistola. La agarró de cualquier manera, como si no supiera cómo se usaba, y se la lanzó.

Él la esquivó sin dificultad con una expresión ufana en el rostro.

—¡Eres odioso!

—¿Odioso? No sé yo. Y tampoco soy el tipo más escrupuloso, pero tengo la absurda costumbre de asegurarme de que, si he matado a alguien, es por una buena razón. —Chasqueó la lengua, decepcionado—. Todavía estoy decidiendo si Cheng Tao merecía morir en el nombre de tu arte, *malyshka*. No lo creo. El estilo narrativo que he podido observar no es particularmente brillante, y, en lo personal, no me gustan las cursilerías.

Ayane no encontró la voz para seguir discutiendo. De cara al contenido de la libreta, había sido tan parca en palabras en lo relativo a su trabajo que dudaba que hubiese deducido que era agente federal. Pero había mencionado a una pareja, cuando Black Russian tenía entendido que su compañero y amante era Kingfisher, y también había hablado de Washington.

Los papeles de Hayami Moore, papeles a los que habría tenido acceso como organizador de Fuego y Sangre, la situaban en otra ciudad del estado de California.

Tragó saliva, asustada, y se preguntó si aquella simpática puesta en escena era una trampa para que bajara la guardia y acto seguido castigarla por sus mentiras.

No se lo pareció. Se había propuesto provocarla con una actitud juguetona sumamente desconcertante viniendo de él. Le vino a la cabeza su despedida en Koh Phangan, cuando la tomó entre sus brazos para bailar una canción de Elvis Presley, y estuvo a punto de preguntarle si sufría trastorno bipolar. No debía de ser normal que el ánimo de un hombre oscilara entre dos extremos tan radicales: la frialdad más espeluznante y la travesura adolescente.

Olvidó sus especulaciones y reparos en cuanto Black Russian volvió sobre sus pasos. Apoyó los nudillos sobre la cama, a cada lado de Ayane, y se acercó hasta consumir del todo su espacio y su de por sí alterado sentido común.

—¿No me vas a echar la bronca? —inquirió en voz baja.

¿Estaba flirteando con ella?

—Al final va a resultar que es verdad que te importa todo. Te importa incluso lo que no es de tu incumbencia —rezongó con un hilo de voz.

Estaba tan concentrada en medir la distancia que la separaba de sus labios que su cabeza rehusaba funcionar para otros propósitos.

—Considerando que lo leyó Cheng y que es muy probable que se lo contara a sus compañeros más cercanos, necesitaba saber qué clase de datos sensibles habías proporcionado.

—¿Y has visto algo que te convenciera de que me busqué que intentara matarme?

Él se acercó en un movimiento lo bastante lento para darle la oportunidad de apartarse. Pero no lo hizo, y Black Russian la besó en el punto que unía el mentón con el lóbulo de la oreja.

Ella se estremeció con los ojos cerrados.

—He visto que eres una sentimental, *malyshka*. Y también un poco mentirosa —apostilló en tono desenfadado.

Ayane se habría tensado de arriba abajo si él no le hubiera estado acariciando el cuello con la punta de la nariz.

—Me alegro de que te hayas molestado en conocerme. Nunca está de más atribuirle sentimientos y personalidad a una víctima para que hacerle daño se te haga más cuesta arriba.

Black Russian soltó el aire en una exhalación que pretendía simular una risa sarcástica. La nube de su aliento chocó con la garganta de Ayane, a la que se le puso todo el vello de punta. Su cuerpo reaccionó de forma imprevista endureciéndole los pezones, derritiendo ese nudo en el estómago que la tenía ojo avizor desde que se despertaba hasta que se acostaba.

—Eres de lo que no hay —susurró él.

Ninguna conversación con Black Russian estaba exenta de segundos sentidos y amenazas, pero le costó pensar con claridad cuando su mente cayó en el mismo bucle que en Tailandia.

«Por favor, bésame, bésame, *bésame*. Sé que en tu deseo puedo confiar, porque no está corrompido por el vicio lujurioso con el que los demás han tratado de destruirme. Sé que en tus labios estoy a salvo, porque guardan tantos secretos que por eso nunca puedes hablar. Guardarán también los míos. Lo sé».

Ayane le cubrió las mejillas para acercarlo a ella. Se dijo que lo hizo para distraerlo de las contradicciones entre su diario y su identidad inventada, pero ya estaba ardiendo de anticipación por lo que pudiera suceder. Que él se dejara hacer le produjo una ilusión indescriptible, de la que estallaba en las entrañas y enviaba una oleada de calor abrasador hasta los dedos de los pies. Estaba segura de que la recubría un manto de energía eléctrica y de que le daría la corriente si lo besaba. Y, aun así, rozó sus labios con los de él.

Black Russian dijo algo en su lengua materna que sonó incomprensiblemente tierno.

—El desayuno no nos va a esperar para siempre —añadió en inglés con ningún otro fin que acabar con la magia del momento.

«¿Qué magia?», se quiso gritar para volver en sí misma.

Pero no gritó lo bastante alto.

—Nunca te he visto comer —balbuceó por decir algo. Seguía tan pegada a su boca que, incluso si hubiera abierto los ojos, no habría podido contemplar su expresión por entero.

—¿Qué quieres que coma? —inquirió en el mismo tono secreto.

—No sé… Es solo que parece que… —Deslizó las manos por su mandíbula, por su cuello, por su pecho… El hambre de obtener mucho más estuvo a punto de convencerla de sacarle el jersey por la cabeza—. A veces parece que no eres humano.

—¿Solo porque no me alimento? Es porque tengo un agujero en el estómago.

«Yo también», fue a confesar con un suspiro anhelante.

—¿Es una metáfora o algo así? —inquirió, confusa.

—Supongo —cabeceó con aire pensativo—, pero no como mucho y ya está.

—Pues no es bueno que te alteres los ritmos circadianos. Eso resulta en… mal humor, o en… una depresión, y… y, claro, no me extraña que todo esto conduzca a la vida criminal.

Las comisuras de los labios le temblaron, a duras penas reprimiendo una sonrisa.

—Seguro que elegí este trabajo porque me cuesta conciliar el sueño y llevar una dieta equilibrada —se mofó, aunque en tono amistoso.

—¡Son factores que no ayudan! —se empecinó, abochornada.

—Claro, doctora.

Se separó de ella y, aunque no le guiñó un ojo, Ayane discernió un brillo lo bastante travieso en sus pupilas como para interpretarlo como un flirteo.

Black Russian se dirigió a la puerta y se la abrió para que pasara primero. Ayane no siempre se vestía para desayunar, más que nada porque no solía contar con invitados en el salón además de Singapore. No le importó cruzar el umbral con tan solo un camisón de tirantes de satén negro y los pies descalzos. El ejército de la limpieza trabajaba duro día y noche para que las moquetas estuviesen impecables.

Cayó en una especie de sueño febril al caminar casi hombro con hombro con Black Russian hasta la sala de estar. Podría haber dado un saltito infantil de tanto que se había ilusionado con la actitud que el ruso mostraba hacia ella. ¿Y por qué? La tarde anterior había prestado su colaboración definitiva para asesinar a un hombre, y no a cualquier hombre; al propietario del casino. Había leído un diario en el que contaba intimidades, algunas de ellas delatoras de su verdadera identidad. No tenía nada que celebrar y sí muchísimo que temer. Pero su mente, ya acostumbrada a aferrarse a un clavo ardiendo para no sucumbir a la desesperación, había decidido abrazar el optimismo y pensar que todo iría sobre ruedas por el simple hecho de que él volvía a estar de buen humor. De ese buen humor sospechoso que se asemejaba a un exceso de adrenalina, a un chute de alguna droga de diseño, pero buen humor, en definitiva.

Cuando llegó al salón, descubrió que Singapore y los rusos del día anterior ya se habían servido la comida del bufé. Estaban recostados contra la pared más cercana al minibar, cada uno armado con su plato. Atendían a las imágenes de la pantalla de la única televisión, que casi siempre permanecía apagada y que esa mañana, para variar con respecto de la norma general,

reproducía el canal de noticias.

Nada más entrar, Black Russian rescató un paquete de tabaco de la mesa del comedor y se colocó un pitillo entre los labios. Saludó a sus compañeros en ruso y, aunque se unió a ellos, no perdió la oportunidad de lanzarle una mirada cómplice a Ayane.

Ella sacudió la cabeza, acusándose de estúpida por estar disfrutando del coqueteo. Se sirvió su desayuno habitual, mosqueada con el temblor de colegiala que había debilitado sus muñecas, y tomó asiento en una de las sillas orientadas hacia la televisión.

Aunque el noticiario estuviera en chino y no pusieran subtítulos en inglés para evitar precisamente que las chicas se enteraran de lo que decían, las imágenes eran muy intuitivas. Se esforzó por seguir el curso de las novedades con la barbilla apoyada en la mano, sintiendo en todo momento la mirada fija de Black Russian sobre ella.

Estaba a punto de girarse para comprobar que la obsesión no le estaba jugando otra mala pasada cuando un rostro familiar apareció en la pantalla.

Al principio, Ayane solo sintió una ilusión pueril, como siempre que uno se topaba con alguien que conocía de la vida cotidiana en un medio de comunicación. Se trataba de Vera. Habían rescatado una imagen de cuando aún no había experimentado en la peluquería, con toda seguridad previa a su secuestro: aparecía con un grupo de amigas a las que les habían pixelado el rostro para que toda la atención cayera sobre la dulce sonrisa de la joven.

Ayane se puso de pie de forma involuntaria con el corazón latiéndole a toda pastilla.

¿Sería posible que la hubieran rescatado?, ¿que estuviera allí porque la policía nacional o los servicios de inteligencia hubiesen destapado una ínfima parte de la red de trata? Puso los cinco sentidos en discernir lo que el presentador estaba contando con el semblante inexpresivo que parecía accesorio reglamentario en todo reportero.

Quizá estuviese más serio de la cuenta.

¿Y si su familia se había limitado a pagar para que apareciese en los medios y así fuera más fácil localizarla…?

El principio de sonrisa que había estado tonteando con sus labios desapareció de un plumazo. El marco del periodista se hizo a un lado para mostrar nuevas imágenes en el cuadro derecho: en un lugar de la costa china, un grupo de profesionales vestidos con chalecos reflectantes se habían arremolinado para, con fuerza y empeño, sacar de las profundidades del mar una bolsa de basura del tamaño de un cuerpo humano.

Ayane dejó de respirar cuando el corresponsal se giró hacia una persona que había permanecido oculta hasta el momento. Una mujer de cuarenta y cinco, cincuenta años se deshacía en lágrimas con las manos unidas en un rezo. En su lengua materna, el ruso, apelaba a los espectadores entre llorosos balbuceos, no sabía si pidiendo respeto, venganza o un ápice de compasión.

Desesperada por confirmar que estaba malinterpretando el asesinato de Vera, buscó a Black Russian con la mirada. Él no había movido una pestaña. Permanecía recostado contra la columna, rodeado de los que ahora eran sus esbirros, fumando con la tranquilidad de quien había abordado una misión con éxito rotundo.

Como si hubiera sentido el peso de su dolor, su miedo o su indignación, Black Russian le devolvió la mirada. No había rastro ya de su simpatía, sino una indolencia imperdonable. Ella ya había empezado a tomar conciencia de lo sucedido. Nada que no hubiese presenciado el mismo día que llegó a Shanghái, o que los dos miembros de la familia Cheng no se hubiesen molestado en recordarle por las malas: que allí primaba la ley del más fuerte y las mujeres estaban a merced de sus dueños.

Pero ver aquel cuerpo siendo rescatado del océano, un cuerpo que la había abrazado para apaciguarla, y comprobar que la habían arrojado al olvido sin cabeza, sin la cara a la que Ayane se había aferrado para seguir creyendo en la bondad humana, pudo con su autocontrol.

Podría haber exigido explicaciones, haberse arrojado contra Black Russian para estrangularlo en el noble nombre de la venganza. Pero recordó las indicaciones que Singapore le dio en su día, que Vera había sido vista por última vez saliendo del casino de la mano del ruso, y un acceso de bilis estuvo a punto de doblarla por la mitad.

Solo se le ocurrió huir. Incluso si era una medida estúpida y no llegaría a cruzar la calle, sintió que corría más peligro que nunca y que bien merecía la pena tratar de ponerse a salvo. Salió del salón a toda prisa, como si hubiese olvidado la sartén en el fuego encendido.

«A mí me importa todo», le había dicho él.

«¡Y una mierda!», quiso rugir en respuesta.

En su precipitada carrera por el pasillo, comprobó con un rápido vistazo por encima del hombro que nadie había salido en su captura. Ni siquiera Singapore, tal vez porque se había quedado igual de horrorizado. Pero Ayane no podía permitir que el miedo la paralizara. Si habían matado a Vera de un modo tan cruel y habían intentado borrarla de la faz de la Tierra como si nunca hubiera valido nada, Vera, que era obediente, amable y enriquecía a los peces gordos del casino, ¿qué no harían con ella?

¿Ella, que era inútil, rebelde y, ahora, también una asesina?

Había sido una estúpida por pensar que con Black Russian estaba a salvo.

Tomó el camino de la escalera de incendios, segura de que si hubiese bajado en el ascensor, dos gorilas la habrían recibido en la planta baja con las pistolas esperándola escondidas bajo la americana.

No estaba segura de adónde conducían. No estaba segura de nada. Su mente era un hervidero de preguntas sin respuesta, todas ellas censuradas para subrayar por encima una palabra que brillaba más que un neón.

«PELIGRO».

Estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies en el rellano del segundo piso. Se aferró a la baranda con las palmas sudorosas y siguió bajando como alma que llevaba el diablo, alternando jadeos entrecortados con sollozos.

Empujó la puerta de emergencias que la recibió al final del recorrido. Una oleada de aire frío la abofeteó nada más poner un pie en el asfalto.

Había llegado a una de las salidas traseras.

El callejón olía a aceite quemado. Una nube de vapor caliente se concentraba a unos pasos de distancia, ahí donde se hallaban las cocinas. Recordó el lugar del día de su llegada, a los dos pinches fumando en la entrada, fingiendo que no sabían quién era ella o qué hacía allí.

Ignoró que estaba descalza y que se arrojaría al frío de principios de marzo con tan solo un camisón de tirantes negro.

Ya no le importaba lo que pudiera pasar. Se lanzaría sobre la carretera, pararía un taxi hablando en todos los idiomas que conocía en el caso de que llegaran a salirle las palabras y pediría que la llevaran al aeropuerto o a la embajada estadounidense.

Pero nada más dobló la esquina del callejón para incorporarse a la avenida principal, dio de bruces con el pecho de acero de un hombre bien vestido.

Le acompañaba otro tipo de dimensiones similares.

Asustada, Ayane alzó la mirada en su dirección. Quiso que un rayo la partiera al reconocer los rostros impertérritos de dos de los gorilas del casino, uno chino y otro eslavo. Estos intercambiaron una mirada significativa al reconocerla también, y aunque ella intentó volver a agachar la barbilla y pasar por su lado como si nunca se hubieran tratado en persona, el asiático la agarró por el brazo.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió con falsa amabilidad—. En esa dirección no hay nada para ti, preciosa.

—¿Sabe Black Russian que andas por ahí ligera de ropa? Porque, si yo fuera él, no me haría ninguna gracia —comentó el eslavo.

—Y menos gracia me haría enterarme de que pretendías irte por ahí sin permiso —apostilló el primero. Enseguida bufó, irritado—. ¿Qué les pasa a estas putas? Las eligen para el honor de calentarle la cama a un solo tipo, y de pronto se creen tan especiales como para tomarse estas libertades.

—Yo creo que no le han explicado bien lo que pasa cuando intentan escaparse.

Ayane recordó la advertencia que Singapore le hizo durante las primeras veinticuatro horas: «Hay seguridad en cada rincón del casino, en los alrededores de esta zona de Shanghái, e incluso si llegaras a cruzar el río o tomaras el transporte público, la policía local está comprada.

Mekhong les mandaría emitir una orden de búsqueda y te encontrarían en un abrir y cerrar de ojos, y una vez regresaras aquí, las consecuencias serían inimaginables».

«Las consecuencias serían inimaginables», repitió un eco siniestro.

El chino le lanzó una mirada vacilante a su compañero.

—¿Con esta también aplica la norma general? No sé yo si Black Russian la castigaría así. ¿No ves que la lleva entre algodones?

—No sé tú, Jian, pero yo estoy hasta los cojones de que esta puta se pasee por la casa como si hubiera venido de vacaciones. Y estoy más hasta los cojones todavía del puto ruso. Se ha cargado a los dos Cheng y aquí parece que no pasa nada, y a mí Cheng no me disgustaba. Me pagaba bastante bien con los extras de… Ya sabes. A lo mejor habría que darle un escarmiento al tipo, ¿no?

El chino puso voz a las dudas de una Ayane paralizada por el miedo.

—¿En qué estás pensando?

—Vamos dentro, anda —con un cabeceo informal, los invitó a rehacer sus pasos—, que se me están congelando los huevos.

El eslavo aferró el otro brazo de Ayane para arrastrarla hábilmente al final del callejón, hacia una tercera puerta que el chino tuvo que abrir echando mano del manojo de llaves que colgaba de una de las trabillas del vaquero.

De solo pensar en regresar a su cárcel, se la llevaron los demonios. Culebreó como si no tuviera huesos y echó mano de todos los trucos que conocía para desasirse del enemigo, pero solo consiguió enfurecer al eslavo al soltarle sin querer un codazo en la mandíbula. Este no vaciló en devolverle el golpe propinándole un puñetazo en la cara que la habría arrojado al suelo si el chino no la hubiese sujetado.

—Zorra de mierda… —masculló el tipo. Lejos de darse por satisfecho, le asestó una violenta patada en la espalda, como si quisiera partirla por la mitad.

Ayane soltó todo el aire en un jadeo ahogado y trató de llevarse la mano a la zona afectada, pero el chino la agarró por las muñecas y se las sujetó a la altura del coxis para que el ruso pudiera volver a golpearla. Para tal propósito, se remangó el jersey azul y se crujió el cuello movilizándolo a un lado y al otro.

Entonces Ayane supo que había provocado a la bestia, y que Singapore no había exagerado al advertirla de no huir.

Estaba tan mareada por los dos primeros ataques que a duras penas sintió la bofetada de revés que le rompió el labio.

Sí notó el ardor en la zona, la espesura y calidez de la sangre brotando de la herida abierta.

El eslavo la tomó de la barbilla para que lo mirara. Ella lo intentó para hacerle saber que no le tenía miedo, incluso si había empezado a temblar violentamente, pero no logró enfocar la vista

en la sonrisa burlona del tipo. Solo gimoteó, dolorida, cuando este presionó el punto del labio que le estaba palpitando.

—Te voy a dejar tan guapa que, la próxima vez que te vea, Black Russian no te va a reconocer —le prometió en un tono colmado de dulzura.

La agarró del pelo para tirarle de la cabeza hacia atrás.

Ayane emitió un débil gorjeo. Con el movimiento, le había tirado de la herida de la cabeza del día anterior, recuerdo de su breve contacto con Cheng Tao.

Esto le hizo preguntarse con un oscuro sentido del humor cuántas veces le habrían pegado en el transcurso de los últimos meses, y si cabía la más remota posibilidad de volver a disfrutar algún día de un azote. Fue un pensamiento frívolo y verdaderamente descontextualizado, pero sabía por curiosidades que su padre le había contado que tanto la mente de las víctimas como la de los agresores solía sobrevolar materias absurdas en momentos de máxima tensión. Era catártico para aislarse de la crueldad ajena.

El eslavo le propinó un puñetazo que podría haberle roto la mandíbula. El chino, dando por hecho que Ayane ya no podría tenerse en pie siquiera, le soltó los codos. Se derrumbó como un castillo de naipes en el suelo, con la mala suerte de que cayó de costado y se hirió la costilla que había estado doliéndole del forcejeo con Tao.

Estaba convencida de que podría haberse defendido si se lo hubiera propuesto, si hubiese permitido que la adrenalina tomara el control de su cuerpo. Pero Ayane había decidido no luchar más. Y esta decisión había sido resultado de un debate racional, la respuesta a una sencilla pregunta: ¿para qué?

Su cuerpo carecía de valor. Lo habían tomado prestado a la fuerza tantas veces que no lo sentía suyo. Había asumido que jamás volvería a sentirse en potestad de entregarlo con plena libertad. Había tenido que retraerse de su propia mente para no volverse loca en el eterno debate moral que no dejaba de perseguirla, y tampoco se identificaba ya con sus sentimientos, lo único que la había humanizado en los últimos tiempos.

Jace, pensar en Jace, escribirle a Jace; eso había sido lo único que la había mantenido conectada a la Ayane que podía respetar, lo que la había convencido de seguir adelante, si no con la esperanza de volver a verlo, por lo menos de no decepcionarle permitiendo que hallaran su cadáver sin signos de haberse resistido.

Pero ahora pensaba demasiado en Black Russian, y un corazón que se estremecía por un hombre como ese era un corazón que estaría mejor muerto.

Cuando Ayane ya había perdido la cuenta de las patadas y los golpes que habían arrojado contra ella, cuando había dejado de sentirse la cara o los miembros, cuando le costaba respirar por culpa de la sangre que le taponaba la nariz, alguno de los dos la recogió del suelo tirándole de un brazo que sintió descosido. El chino la agarró del otro y juntos arrastraron sus rodillas

desnudas por el asfalto para conducirla al otro lado de la puerta de acero.

Apenas discernió un fondo negro. Empezó a temblar cuando los dos gorilas avanzaron por un pasillo sin visibilidad, cada vez más sobrecogida. Pensó que llegaría una altura en la que las sombras la habrían devorado por completo, y, entonces, ¿qué quedaría de ella?

Oyó el chirrido de unas bisagras y la pesadez de otra puerta más sólida cediendo al empuje de la mano de alguien. Ayane abrió la boca para preguntar qué estaba pasando. Le respondieron con el sencillo gesto de empujarla brutalmente hacia el interior de lo que solo podía ser la habitación de un sótano. La reconoció por la temperatura gélida del suelo, que primero notó en los pies y luego en los antebrazos sobre los que aterrizó.

Ayane trató de incorporarse deprisa, pero estaba tan aturdida que, incluso pudiendo guiarse por las voces socarronas de los guardias, no habría sabido dónde estaba y por dónde podía escapar. Para cuando se hubo orientado en espacio, gracias a la adrenalina y no a la habilidad, se escuchó el portazo del metal y el tintineo del manojo de llaves girando sobre la cerradura.

—Black Russian preguntará por ella —oyó que decía el chino conforme se alejaban pasillo arriba.

—Ni de coña —se rio el eslavo—. Y si lo hiciera, le diremos que se nos ha escapado. Que yo sepa, no tiene ni puta idea de que hay un sótano en el edificio. ¿Has visto que, como veteranos, todavía contamos con ventajas de las que no disfruta ni él?

—No sé qué decirte, Alek. Teníamos órdenes explícitas de no hacerle daño.

—Pues yo sí sé qué decirte a ti: que no pienso tratar a una puta como una princesa, así sea la puta de Dios. Si tanto la quisiera, le habría puesto un anillo en el dedo.

—Solo digo que más nos vale esperar a que se le borren los moratones antes de permitir que la vea…

—No le pegaré más, hombre. —La voz se iba perdiendo—. Me interesa más averiguar por qué el tipo se la estaba follando.

Ayane se abalanzó sobre la pared donde creía que estaba la puerta y golpeó débilmente con los puños cerrados. Fue en vano. El sótano se sumió en la clase de silencio abisal que resultaba aterrador. Solo había oído un silencio semejante en la cima de la montaña tras una extenuante escalada veraniega: allí no había ni árboles, ni soplaba el viento, ni tampoco la acompañó nadie para amenizar la experiencia con una conversación. Pero entonces pudo abrazarse las rodillas y contemplar el maravilloso paisaje, sumida en unos pensamientos que en aquella época parecían augurar el fin del mundo y que, sin embargo, ahora no le parecían más que un acertijo para niños.

Sospechando que agotaría sus energías para nada y no le convenía, pues desconocía si se molestarían en alimentarla siquiera, Ayane palpó las paredes en busca de las esquinas de la habitación y se sentó en una de ellas para valorar sus heridas. Desistió cuando el simple hecho de

rozarse el labio partido descargó un torrente de dolor agudo en todo su cuerpo. Aunque el latido del corazón se le había concentrado en los oídos y le pesaba tanto la vida que no podía ni moverse, cerró los ojos con un alivio inmenso.

En el silencio no existían los gritos, ni las amenazas, y aunque la espada de Damocles seguía pendiendo sobre su cabeza, recordándole que podría morir en cualquier momento, se le ocurrió que sola en un cuarto oscuro no existían los riesgos que le habían estado produciendo pesadillas. Quizá sí el de que entrara una horda de traficantes resentidos y la violaran, quizá sí el de que le volaran la cabeza, pero no el de desarrollar sentimientos por su captor, que había resultado ser un asesino de mujeres inocentes. Y, aunque no fuera a servirle para preservar su dignidad intacta, Ayane seguía valorando lo que quedaba de su integridad personal por encima de todas las cosas.

Ya no le importaba si tocaban su cuerpo o le arrebataban la vida. No era nada que no hubiese sucedido con anterioridad. El odio hacia los villanos, ser capaz de reconocer quiénes eran y por qué merecían ser despreciados, era lo único que le quedaba, y pretendía protegerlo a toda costa.

Capítulo 31

Querido Jace:

No tengo soporte desde el que escribirte, pero todavía me quedan mis pensamientos. Sabes que todos o casi todos te los dedico a ti, en los buenos y en los malos momentos.

No te lo vas a creer. Cuando pensabas que la situación no podía ir a peor, se vuelve infernal. Como no corro el riesgo de que te enteres de esto, puesto que ni siquiera dejaré pruebas documentales, te diré que no sé cuánto tiempo llevo encerrada en este sótano.

Hace un frío de mil demonios. Creo que me he resfriado. Me gotea la nariz y no me siento los pies. No entra ni un rayo de luz. Llevo horas, quizá días, sumida en la oscuridad. A veces me traen de comer, pero ¿sabes qué? He decidido que no voy a hacerlo. De hecho, cada vez que alguien cruza el umbral (Jian y Alek se alternan la labor, y no sé cuál es peor de los dos) y me deja un plato de comida a los pies, procuro dejar clara mi posición dándole una patada.

No sé cuál de los dos es el que me dice que ya comeré, que en mi situación uno no se puede poner en huelga de hambre. No puedo verles las caras. Estoy tan aturdida cuando me ponen de rodillas y se bajan los pantalones que tampoco reconozco al que se corre.

A lo mejor, no hace mucho, eso me habría importado, porque más adelante me impediría describirte a los villanos a ti, a Wray, a quien fuera. Pero ahora sé que nunca volveré a verte. Quizá por eso no estoy luchando por sobrevivir. Dormito, me despierto; tengo pesadillas, me despierto; lloro hasta que me duermo y luego me despierto otra vez. A veces me levanto y me doy cuenta de que me duele entre las piernas, y entonces suspiro aliviada porque por lo menos no he estado consciente durante la visita.

Solía querer verlo todo, apreciar los detalles.

¿Para qué? Ojos que no ven…

No me gusta llorar porque es cuando soy consciente de lo sucia que tengo la cara, de que la sangre se ha resecado en mis mejillas, en mi mentón, en mi cuello, y me limita la elasticidad de la piel. O la limitaría si tratara de sonreír, pero la tengo demasiado cuarteada.

Fíjate los derroteros que toma mi mente. Me preocupa presentar un aspecto lamentable.

Pero es que imagínate si me muriera aquí, Jace, con toda esta roña encima, con este mal olor, con estas heridas, y este amasijo de carne y huesos maltratados fuera lo que te obligaran a reconocer como tu mujer una vez repatriaran el cuerpo. Y eso en el caso de que lo hicieran. No preferiría que descubrieras dónde estoy por las noticias, como yo me enteré de que mataron a Vera, pero desde luego sería más limpio. Menos doloroso. Podrías recordarme todavía como era cuando me conociste, y no como esta basura de mierda en la que me he convertido.

Sé de lo que hablo, ¿sabes? Mi padre mató a un hombre a un palmo de mi cara cuando tenía trece años. Nunca te lo he contado porque, aunque ya sé la opinión que te merece Frankie Kincaid, habría odiado ver el juicio en tu mirada. A lo mejor perdí el derecho a decir que lo hizo en defensa propia o solo a justificar las maldades de mi padre cuando cumplí la mayoría de edad, pero te juro que sigo pensando que él hizo lo correcto. Alguien dio el chivatazo de que había venido a vernos y un agente de policía irrumpió en nuestra casa para tomarse la justicia por su mano. Estábamos cenando. Estábamos riéndonos. Estábamos siendo inocentes, en cierto sentido. Mi madre también disfrutaba, ¿eh? Y ella nunca se reía, o lo hacía como tú, con la consternación de querer a alguien que no

tiene ninguna gracia. Ese tipo entró, y aunque me acuerdo de que lo miré muy bien porque dispuse un rato para hacerlo, solo me acuerdo de cómo se quedó cuando mi padre lo mató.

Irreconocible.

He visto unos cuantos muertos desde esa noche. No me da miedo mirarlos. No me da miedo tocarlos. Lo que me da miedo es lo insignificantes que parecen. Si los contemplara bajo el examen de un forense, bajo una cegadora luz blanca, sería incapaz de asociarles una personalidad, una canción preferida, un barrio de origen, una infancia feliz. No sabría si han amado o han sido amados.

Todos los muertos son iguales. Tienen las mismas oportunidades: ninguna.

Sería terrible que me vieras de esa guisa y no me reconocieras, o te dieras cuenta de que siempre he sido lo mismo que las demás mujeres con las que te has topado a lo largo de tu vida. Incluso peor: un saco de piel con una estructura ósea y un cerebro enfermo.

Porque estoy tan enferma, Jace. Tan enferma.

Y tenía razones para decirlo.

Cuando la huelga de hambre alcanzó los tres días y la deshidratación dio comienzo a un vertiginoso proceso degenerativo, Ayane perdió no ya la habilidad de permanecer despierta más de veinte o treinta minutos, sino de pensar con claridad. Los ratos que mantenía los ojos abiertos, clavados en esa frondosa oscuridad que había dejado de temer que la devorara, se abandonaba a las acusaciones de las voces que la perseguían; a que su mente aquejada de remordimientos la bombardeara con una combinación de sucesos pasados, no todos ellos relevantes.

En su cabeza surgían el tono afectuoso de su padre, el más riguroso de la psiquiatra que la trató a los veinte años; el solemne de Jace, el frío de Black Russian y de los dos centinelas que la estarían manteniendo con vida al tiempo que trataban de matarla si Ayane hubiera permitido alguna de las dos cosas.

Pero, como en todo, como siempre, se quedaba oscilando entre la vida y la muerte.

«¿Por qué no puedes ser normal?», oía de pronto a su madre. «¿Por qué ni tu padre ni tú pudisteis ser normales?». Y luego se veía a sí misma sacudiendo a su marido por los hombros. «¿Por qué no pude ser normal, Jay-Jay? ¿Por qué no eres anormal conmigo, y así me acompañas?».

En sus delirios odiaba tanto a Jace como lo quería. Se entremezclaban *flashbacks* inconexos de su boda, uno de los días más felices de su vida. Soñolienta, dolorida por los abusos y muerta de sed, Ayane se acariciaba el satén del camisón negro y se imaginaba que llevaba el vestido blanco de Vera Wang por el que tuvo que viajar a Nueva York hasta tres veces, una prenda gloriosa que los invitados le halagaron durante todo el convite. Sobre todo Jace, que empezó a quitárselo en el mismo coche que los llevaría al aeropuerto para pasar la luna de miel.

Perdida en su sueño febril, Ayane se ponía a cantar o a tararear aquella famosa balada de Nick Cave & The Bad Seeds con la que Jace y ella acordaron inaugurar el baile nupcial. Fue casi la primera y última vez que se pusieron de acuerdo sin necesidad de sentarse a la mesa a contrastar

sus argumentos como los mejores políticos. Los dos coincidieron en que las bandas de rock componían las mejores canciones de amor.

Into My Arms lo demostraba.

No supo cuántos días estuvo alternando risitas crispadas y sollozos con esa melodía que estaba segura de que nunca podría volver a escuchar sin sentir que se le rompía el corazón.

I don't believe in an interventionist God
But I know, darling, that you do
But if I did I would kneel down and ask Him
Not to intervene when it came to you
Not to touch a hair on your head
To leave you as you are[23]

Ayane se había abrazado a su marido ante la mirada conmovida de los invitados, escasos pero excepcionalmente amados por los homenajeados. Juntos habían bailado al son de una letra en la que entonces creían, en la que ella seguía creyendo, pero que siempre había sido mentira.

Querido, mi querido, mi querido Jace…

He leído tantas veces lo que cuentan los supervivientes de un coma, eso de que una película de sus vidas se despliega ante sus ojos y entonces reparan en lo que en realidad era importante, que me acabé tragando que el camino hacia la muerte es iluminador.

Tú has sido siempre importante. Y siempre has sido un embustero, además. Claro que crees en un dios que interviene. Y si no interviene él, ya intervienes tú. Claro que querías tocarme más de un pelo de la cabeza. Apuesto a que, cuando nos conocimos, antes de permitir que me amarraras a tu vera, te acostabas cada maldita noche rezando para que cambiara mi forma de vida, mi manera de ver las cosas, mi gusto por experimentar, mi curiosidad, y me conformara con lo que tú me ofrecías.

Lo que pasa es que ni tú te dabas cuenta de lo que querías, ¿a que no? O, mejor dicho, de lo que tenías al lado. Algo que no te merecía, no, pero demasiado egoísta para soltarte. ¿No deberías haberte percatado tú solito de que no era lo mejor para ti?

Nunca he terminado de decidir si eres demasiado bueno engañándote a ti mismo o si eres más retorcido que yo. Porque en el fondo no soy retorcida. Soy lo que soy y no lo escondo. Es más simple de lo que parece. Y siempre has sabido lo que quería. A ti. Y cómo te aprovechabas de eso. Cómo te aprovechaste al despedirte de mí para pedirme un hijo. No, no me lo pediste. Dijiste: «Quiero que tengamos un hijo». Lo dijiste después de permitirme volver a ser yo misma, libre y sin ataduras, viviendo la pasión sin límites, algo que tú, en el fondo, nunca has entendido y sí despreciado. Al decirlo estableciste una especie de pacto. «Irás a hacer lo que tú quieres a Tailandia, y después, cuando volvamos, se hará lo que yo quiero». Como si fuera comparable.

No dudo de que estés enamorado de mí, pero no es el amor lo que domina tu vida, sino la tradición. No te importa con quién estás casado. No te importa de quién estás enamorado. Te importa la vida de casado. Te importa tu idea del amor. Y aunque sospechabas que yo no encajaba ahí, lo ignorabas porque yo era tu capricho y

no podía faltar esa pieza en tu idílica idea de familia.

Incluso si la tenías que meter en el puzle a presión.

Yo también tengo la culpa, claro está. Habría hecho cualquier cosa para mantenerte a mi lado.

Si no me estuviera muriendo, ¿nos habríamos divorciado? ¿Nos habríamos divorciado si no hubiera ido a Tailandia? ¿De verdad pueden equivocarse tanto dos personas supuestamente inteligentes? ¿No se supone que estamos por encima de eso, del desamor y los reproches? ¿No se supone que nunca pecaríamos de lo que pecan los demás, porque tú y yo somos mejores?

Al principio pudo tolerar la deshidratación estando dormida, pero después hasta los desvaríos mentales monopolizaron su sueño. Entonces los recuerdos se mezclaban con fantasías que no había llegado a cumplir y con esperanzadoras escenas en las que bajaba de un avión y Jace estaba a los pies de las escaleras para recibirla con un abrazo de película. Y su madre preguntándole, de fondo: ¿por qué no puedes ser normal? Y su padre diciéndole que no pasaba nada, que el infierno es lo bastante grande para los dos, que no hay que temerle al lado oscuro. Y Jace de nuevo, solo que no vestido de traje, no en una boda que quizá nunca debió producirse; era Jace, desnudo, vulnerable, diciéndole que la quería. Todas las veces que le dijo que la quería, en realidad. Aquel primer «te quiero» torpe e involuntario que se le escapó la noche que fueron a bailar a un local de salsa por insistencia de Ayane. Esta se acobardó de tal manera que tuvo que agarrar su bolso, disculparse para ir al baño y salir por la ventana que daba al callejón trasero con la determinación de no verlo nunca más. Pero se arrepintió de su amilanamiento ya en el taxi, e hizo lo de siempre: regresar junto a él sin dar explicaciones, con la esperanza de que no la juzgara y perdonase a su alma errante.

También le venía a la cabeza la última vez que él se declaró en el aeropuerto de Washington, en los momentos previos al comienzo de una aventura que había devenido en pesadilla.

Se decía que ella era más valiente que él porque ella lo quería tanto que ni la muerte estaba consiguiendo que lo olvidara. Jace vaciaría la ropa de sus cajones por el balcón si supiera que Black Russian también estaba presente en sus últimos alientos.

«Monógamos cobardes», siseaba por lo bajo. «Fíjate si soy libre que estoy decidiendo morir aquí».

Pero a la vez lloraba porque no podría despedirse. Porque él había sido, indiscutiblemente, el amor de su vida. Porque no querría a nadie de ese modo…

Y, de pronto, como un rayo que partía la tierra, su madre otra vez: «Deja de ser la niña de papá. No le importas nada. Eligió la violencia antes que a ti. Eligió el mal antes que a ti». Se mezclaba con el tono inclemente de Black Russian: «No eres nada. Nada», expresión que le había oído pronunciar y que descontextualizaba para castigarse. También regresaban las palabras que habían salido de los labios de una de sus múltiples psiquiatras, palabras que se quedaron encerradas en las consultas a las que asistió por presión de su madre: «Buscas crear vínculos

significativos con los hombres por tu padre. Buscas la aceptación y la admiración de los hombres por tu padre. Buscas la justificación del mal por tu padre. Buscas, buscas, buscas y nunca encuentras porque ya sabes dónde está tu padre, y ahí no puedes entrar. Ahí no entrarás nunca»; «Crees que las mujeres son débiles por tu madre. Crees que las mujeres no pueden ser tus amigas porque tu madre nunca ha sido tu amiga; ha sido la enemiga de tu padre, y los enemigos de tu padre son tus enemigos. Crees que las mujeres te envidian porque tu madre envidiaba que pudieras levantarte cada mañana sin el peso de la responsabilidad sobre los hombros, que pudieras comer sin notar el nudo en el estómago de haber engendrado una criatura con un hombre maligno; que pudieras reírte sin sentirte culpable después por haber dejado que tu corazón eligiera mal. Crees que eres fuerte y el resto de las mujeres no, porque no todas podrían amar a quien tú amas… pero no te das cuenta de que amar a quien tú amas es un signo de tu debilidad».

La voz de las psiquiatras se transformaba en la voz de Black Russian, y entonces era el ruso quien le decía todo lo que había rehusado oír desde que acudió a la primera terapia. «La creencia de que eres especial acabará contigo. La adicción al riesgo acabará contigo. La obsesión con el sexo acabará contigo. Tú acabarás contigo. Eres autodestructiva».

¿No se lo había dicho él también?

«Tú comías hasta empacharte. Vomitabas y luego volvías a la carga. Parecía una forma de autocastigo».

Al final, cuando pensaba que se estaba ahogando y se volvería completamente loca, la voz de la pitonisa que le colgó un amuleto del cuello: «El mago augura una nueva aventura, un nuevo amor. Aparecerá alguien con quien forjarás un vínculo de una intensidad estremecedora. Esa persona se presentará tan segura de sí misma que con su autoridad te dominará a ti y todas las situaciones en las que te veas envuelta. El mago tiene el poder. Siempre oficia la ceremonia, siempre dirige a la corte, varita en mano, y siempre es salvaje de espíritu. Nada ni nadie puede destruirle, y tú… tú mucho menos».

—Destrúyeme ya —sollozó sin la esperanza de que la oyeran—. Te lo ruego…

Como si hubieran escuchado su petición, la puerta se abrió y los familiares pasos de sus captores levantaron un eco en la habitación. Ayane se hizo un ovillo en el suelo y cerró los ojos con fuerza para atraer un sueño que la aislara de lo que sucedería una vez más.

Había llegado a preguntarse cómo era posible que la desearan estando sucia y moribunda, pero en la pregunta estaba la trampa.

No la deseaban. Solo querían humillarla.

Y lo habían conseguido.

—Joder… —masculló uno, irritado—. Esto tiene muy mala pinta.

—Ya te he dicho que la zorra se niega a comer. No sé ni cómo sigue viva.

—Se va a morir —señaló con acento eslavo—. Hay que subirla arriba.

—¿Y qué vamos a decir? ¿Que nos la hemos encontrado tirada en la calle?

—Por ejemplo. Apuesto a que ha aprendido la lección y no se le ocurre delatarnos.

—Madre mía… ¿Y si la palma mientras la sacamos?

—Pues mala suerte.

—No lo veo claro. Black Russian nos va a matar.

—¿Qué dices, imbécil? Si no ha preguntado por ella ni una vez. En cuanto la vea, la remata. Te apuesto mil yuanes. Venga, ayúdame, hostia, que parece que no has visto a un muerto en tu vida.

Ayane dejó de sentir el frío del suelo en la espalda. Flotaba. Por un momento estuvo segura de que eso era la muerte: volar, ser ajeno a la temperatura externa, tener la cabeza ligera como una pluma. Si hubiera tenido que describir las garras de la Parca, habrían sido igual que las del eslavo. Gélidas como témpanos y lo bastante grandes para llevarla sin esfuerzo al otro lado de la laguna Estigia.

Por fin iba a descubrir si existían el cielo y el infierno, y también en cuál de los dos le correspondía a ella estar. Quizá Dios se apiadara y la enviara a ese limbo en el que los pecadores sin mal corazón purgaban sus errores.

Le extrañó el sonido de las pisadas escalera arriba, le extrañó el vaivén del ascensor y la campanita que anunciaba que las puertas se abrían. No creía pertenecer ya a ese planeta tecnológico e hiperdesarrollado en el que había crecido. Había vivido los últimos días como un perro, como una flor escondida en un risco donde no llegaban los rayos del sol.

Le extrañó también que, pese a tener los párpados cerrados, la vida hubiera vuelto a cobrar color. Aunque los tenía inmovilizados por culpa de las legañas resecas y las costras de lágrimas y sangre, se esforzó por abrir los ojos.

Tuvo que volver a cerrarlos, desacostumbrada a la luz brillante de un salón que le sonó familiar de su vida pasada, la última vida que había habitado antes de que llegara la oscuridad. Se sintió como Dios el primer día de la Creación, el que eligió para bañar de luz el mundo, y se esforzó por volver a abrirlos al notar que el pecho contra el que el eslavo la sujetaba vibraba al decir:

—Acabamos de encontrarla en el callejón que da a las cocinas.

Ayane ladeó la cabeza hacia la luz, embargada por una insólita calidez. ¿El renacer? ¿La última mejoría antes de la muerte definitiva? Estuvo a punto de sonreír, ida, pero no lo hizo porque incluso en estado de desfallecimiento comprendió que los ánimos del salón no estaban para chistes.

A través de una mirada vidriosa, reconoció la cara descompuesta de Singapore, que no se lo pensó dos veces y echó a andar hacia ella como si tuviera que apagar una columna de fuego.

Habría llegado antes que nadie si una mano tatuada no lo hubiera frenado por el hombro para adelantarse con el semblante sombrío de un titán a punto de infligir un castigo mortal.

Al principio solo vio el pelo rubio, la piel pálida, la imponente estatura, y ella, sintiéndose tan pequeña y desamparada como cuando no tenía el abrazo de Kincaid para esconderse, estuvo a punto de romper a llorar alargando el brazo hacia él para llamarlo. Pero aunque separó los labios para decirle papá, las costras de la barbilla y la sequedad de la boca le impidieron formular una palabra.

No podía ser su padre, ¿verdad? Jamás había visto en él semejante sensación de urgencia, esa que movilizaba a un hombre antes incluso de que la orden cerebral le pusiera las piernas en marcha.

Tampoco podía ser Black Russian.

Nada le haría correr, nada alteraría su ritmo.

Pero quienquiera que la hubiese tomado entre sus brazos con la delicadeza de quien tenía miedo de romper un objeto precioso, era rubio. La estrechó suavemente contra su cuerpo macizo. Ayane estaba luchando por permanecer consciente cuando sintió la tierna presión de una mejilla contra la de ella. El gesto trajo consigo una agradable transfusión de calidez humana que la ayudó a relajarse. Recordó un día muy lejano en una habitación con una bañera. Recordó a un hombre que descansó su perfil en el suyo hasta apaciguar su sufrimiento.

Una voz letal brotó muy cerca de su oído.

—Quién ha sido —utilizó un tono imperioso y no interrogativo.

Ayane no estaba pensando con claridad. No podía. No habría sabido decir su propio nombre, mucho menos el de la persona que la estaba sosteniendo con cariño para que no muriera sola.

Así que se limitó a decir la única palabra que nunca abandonaba su cabeza.

—Jace.

Capítulo 32

Conforme fue volviendo en sí misma, Ayane notó una punzada de dolor en el antebrazo y el principio de la migraña que solía noquearla cuando la siesta se le iba de las manos.

Nada más abrir los ojos, ladeó la cabeza hacia ese punto de la piel que le estaba quemando y comprobó que había sido culpa de una inyección. Tenía aún inflamado el contorno del pinchazo.

Pestañeó varias veces, incapaz de ubicarse en tiempo y espacio como para además averiguar qué estaba sucediendo. Entonces reconoció la habitación en la que había despertado tantas veces antes, el papel de pared azul rey, la alfombra persa con motivos geométricos, un espejo veneciano, el escritorio de madera con su cuaderno encima.

Otro pequeño bloc. El de piel desgastada que Black Russian llevaba consigo.

Como si nombrarlo mentalmente pudiera ayudarla a localizarlo, su mirada fue a parar al hombre que estaba sentado en el sillón de la esquina.

No había tenido el valor o quizá la imprudencia de arrastrarlo hacia la cama y así coger de la mano a la enferma. Pese a la distancia y al silencio, Ayane tuvo la plena certeza que estaba allí velándola. La postura derrotada así lo clamaba.

Le había confiado el peso de su cabeza a las manos. Se frotaba las sienes en círculos con la base de las palmas. La tensión acumulada en sus hombros era tal que habían aflorado las venas en los antebrazos que la camisa remangada dejaba a la vista.

Fue al verlo así, no tan rendido como resignado a sus limitaciones, a su naturaleza mortal, cuando Ayane comprendió el peligro que había corrido.

Podría haber muerto *de verdad*.

Pensó que la experiencia cercana con la segunda vida la volvería más atrevida, o que arrancaría a llorar como una niña. En su lugar, adoptó una postura prudente. Se incorporó despacio, colocando la almohada a su espalda para mayor comodidad, y esperó a que la caricia de sus piernas estiradas bajo las sábanas alertara a Black Russian.

Este alzó la barbilla como un animal ante el crujido de una rama. Clavó en ella una mirada que en un primer instante destelló con una intensidad abrumadora. Pero igual que las estrellas fugaces, tan rápido como el acceso de emoción había surgido, se apagó.

O, más bien, fue sofocado con violencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ayane con voz queda.

Se sintió incómoda después de romper el silencio. Se había acostumbrado a no hablar durante el encierro.

—Has estado una semana sedada mientras te curaban las heridas, recibiendo agua y comida vía intravenosa. Estabas deshidratada.

Había procurado decir las palabras justas, exactas, para no caer en los sentimentalismos que tan absurdos encontraba. Pero una leve vacilación en su tono siempre sólido como la tierra indicó que habían sido siete días interminables.

—¿Cuánto tiempo… he pasado fuera?

—Otras dos semanas.

La respuesta la sobrecogió.

Ayane sabía que uno podía vivir de un mes y medio a dos meses sin comer. Comprobar que su cuerpo había estado tan débil que podría no haber resistido a los quince días la impresionó.

Black Russian agachó la mirada hacia las manos, que había unido en posición de rezo, y se frotó las palmas sumido en sus turbios pensamientos.

Cuando volvió a centrarse en ella, una nueva determinación había endurecido sus facciones.

—Quiero que me digas exactamente qué te han hecho —le dijo haciendo hincapié en cada palabra. Su tono le produjo un escalofrío, y tuvo que frotarse el brazo desnudo para suavizar los vellos erizados.

Le habían cambiado la ropa. Llevaba un cómodo conjunto de camiseta y pantalón, y olía bien. También debían de haberla aseado a conciencia. Podía gesticular sin que una herida le tirara de la piel.

—Nada que no fuera evidente cuando me viste —le aseguró sin atreverse a enfrentarlo, avergonzada de su debilidad—. ¿Me has desnudado estando dormida?

—No. Un par de enfermeras se encargaron de ti.

—¿Entonces es la primera vez que vienes a verme? —se animó a preguntar en tono guasón. Pero no logró sonar convincente. No tenía la energía para ello. Black Russian le sostuvo la mirada sin decir media palabra—. ¿Qué has hecho con los tipos que me trajeron? —continuó inquiriendo con informalidad. Acababa de recordar el plan de los dos celadores de echar balones fuera achacando su estado a un ataque externo—. ¿Darles las gracias?

Él curvó los labios en una mueca escalofriante.

—Te aseguro que no les he hecho ni la mitad de lo que se merecían.

Ayane tragó saliva. Debería haber imaginado que él no se creería ni media palabra.

Se llevó una mano a la cabeza, más confusa por la conversación y sus implicaciones que por la migraña.

—¿Por qué te tomas molestias conmigo? No irás a decirme que es porque estás enamorado de mí en secreto —se le escapó una sonrisa vulnerable—. Eso no hay quien se lo crea.

—No lo sé —reconoció Black Russian. Por un instante pareció derrotado por el peso de la incertidumbre, incluso dolido por ser incapaz de desobedecer los impulsos que le instaban a

protegerla y que tan absurdos encontraba—. Hacía años que no sentía la responsabilidad de cuidar de alguien. Lamento que te haya tocado a ti sufrirlo —añadió sin mirarla.

—¿Sufrirlo? —repitió con un fondo de risa incrédula en la voz—. Estoy viva gracias a ti.

Aunque todavía estaba decidiendo si eso era una buena noticia.

Las pesadillas y la deshidratación le habían impedido formarse una opinión sobre la idea de morir, pero considerando que empezaba a mirar con nostalgia las horas de oscuridad y acercamiento a la nada, aquella nada tan apetecible donde no existían los remordimientos, tal vez debería haber dejado que el curso natural de las cosas acabara con ella.

—Apuesto por que también te dieron una paliza gracias a mí —oyó que decía él—. Eso de que me importe que alguien viva o muera no suele salir bien.

—Pensaba que a ti te importaba todo, no solo yo. Pero en ese todo… ¿estaba Vera? —preguntó por fin. Le había costado recordar el porqué de su encierro—. Singapore me dijo que fuiste el último que estuvo con ella antes de que desapareciera del casino.

Todavía inclinado sobre sus manos unidas, Black Russian le lanzó una mirada grave.

—¿Te vas a creer lo que te responda?

Ayane asintió con la cabeza, sorprendida tanto por su propia sinceridad como por la debilidad que entrañaba la duda del ruso. Si no lo hubiera conocido, habría pensado que le preocupaba su percepción de él.

—Sí.

—La acompañé a un taxi que la estaba esperando en la puerta —resolvió con parquedad. Aguardó unos instantes antes de añadir, reacio—: No me gustó lo que vi en la televisión.

—¿Y por qué no lo demostraste? ¿Por qué nunca demuestras nada? —se lamentó ella.

Dejó caer las dos manos sobre el regazo. Las sábanas la cubrían hasta la cintura.

Si no hubiera sido Black Russian quien estaba allí, se habría cubierto hasta la barbilla para protegerse de la mirada ajena.

—Porque eso de que me importe que alguien viva o muera —repitió con lentitud— no suele salir bien.

Lo vio tan extrañamente melancólico, acorralado, incluso, por un recuerdo desolador, que se apiadó de él. Incluso se preguntó si, a diferencia de su padre o los criminales que le rodeaban, no tendría una buena razón para estar allí.

Como Singapore.

Se levantó de la cama con dificultad y comprensible recelo. No había olvidado cómo caminar, pero después de tres semanas sin hacerlo, se notaba patosa, la inquilina de un cuerpo prestado. Black Russian vigiló su caminada hasta él con la espalda hacia delante, como un maratoniano en su marca a punto de salir disparado para sostenerla si se caía. No se opuso a que ella le colocara las manos en los hombros para empujarlo suavemente hacia el respaldo, recuperando así la

postura natural de descanso. De este modo abrió un espacio suficiente para sentarse en su regazo.

Black Russian tragó saliva de la manera más sutil posible antes de convencerse de que no sería mala idea rodearle la cintura con un brazo inseguro. La forma en que la tocaba siempre había encerrado una dulzura inexplicable, como si, sin importar cuánto tiempo hubiese transcurrido desde la última vez que quiso cuidar de alguien, cuán manchadas de sangre estuvieran, sus manos no pudiesen olvidar las caricias que el amor le hizo aprender.

Tenía que haber querido a alguien alguna vez, pensó Ayane. Solo las personas que habían amado podían sentir compasión.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella en voz baja—. ¿Por qué todavía no han intentado matarte, si has acabado con los chinos más poderosos del casino? ¿Por qué parece que nada puede vencerte, eh? ¿Qué es lo que eres?

—Si no pueden vencerme, no es porque sea mejor que nadie —le respondió mirándola a la cara con franqueza—. Simplemente tengo una razón para estar aquí, y quien tiene un motivo, tiene un tesoro.

Ayane curvó los labios para emular una sonrisa.

—Estoy segura de que el dicho no es así.

—Cuando tenga algo mejor por lo que sustituir «motivo», lo haré.

—¿Y de qué motivo estamos hablando? —siguió tanteando ella, envalentonada ahora que se dignaba a contestar. Cualquier distracción era bienvenida para huir un rato más de las consecuencias de su encierro—. No me digas que tienes una gran venganza pendiente, o que… Yo qué sé, que eres un agente del KFC.

Black Russian abrió la boca para responder, pero de pronto cayó en la cuenta de algo y puso los ojos como platos.

—¿Agente del qué? —repitió en tono incrédulo.

Ayane fue a repetir lo que acababa de decir… y entonces comprendió por qué un brillo divertido se había instalado en su mirada.

Y no solo eso.

Black Russian soltó una primera carcajada más asombrada que divertida. No permitió que esta se quedara sola y arrancó a reír cada vez más fuerte.

—¡Quería decir del KGB! ¡No del KFC! ¡Sé distinguirlos, ¿vale?! —Al ver que él no dejaba de reírse, reclinado hacia atrás con el puño tratando de cubrirle la boca, Ayane rompió la pose indignada y soltó una risita nerviosa. Lo cogió de la muñeca para que no osara ocultar su alegría —. Ya basta, ¿no? ¡No es tan gracioso!

Pero en el fondo no quería que parara.

No le había oído reír jamás. Ni siquiera le había visto sonreír de verdad.

Al ser presa del ataque de hilaridad, Ayane pudo descubrir la clase de hombre que era cuando nada le entristecía, nada le preocupaba, nada le forzaba a sostener la mentira de que era invulnerable: era el niño de la foto tamaño carné que escondía en su cartera. Se le iluminó la cara, y el par de tiernos hoyuelos que había visto en la imagen se dieron por fin a conocer.

Ayane se quedó mirándolo con una sonrisa de la que no fue consciente. Una sonrisa que tendió a la dulzura cuando él, ya recuperado, puso fin al ataque soltando un hondo suspiro de alivio. Con él liberaba lo que Ayane no había sabido ver que ocultaba: una tensión que podría haberlo matado.

—Americana tenías que ser —se mofó Black Russian, alzando la mirada hacia ella con los vestigios de una sonrisa brillante.

Ayane no pudo resistirse a la luz que la risa había dejado en su rostro. Por fin aparentaba la edad que tenía. Incluso parecía un hombre nuevo, uno con posibilidades reales de alcanzar la felicidad.

Con el corazón encogido, abarcó su cara entre las manos y se inclinó para besarlo en los labios. Pensó que se toparía con una violenta negativa, pero él no solo reaccionó enseguida a su contacto, sino que entreabrió la boca con timidez para profundizar en el beso como si aquella hubiera sido la conclusión inevitable; como si, después de reírse, después de abrazar la ilusión de vivir durante un instante, fuera lógico prolongar el sentimiento a través del contacto.

Ayane necesitó separarse un segundo para confirmar que él también tenía la respiración agitada. Emitió un jadeo necesitado. Esta segunda vez fue Black Russian quien tomó la iniciativa cerrando el brazo tras la espalda femenina, igual que la barra de seguridad de una montaña rusa, y ciñéndola a su pecho para que el beso empezara por el cuerpo.

Se hizo más pequeña en su abrazo al encoger las piernas y rodearlo por los costados con la esperanza de abarcar todo su ser. Alzó la cara y esperó con los ojos cerrados a que él posara nuevamente sus labios sobre los de ella. Así lo hizo, y con una delicadeza tal que nadie podría haber pensado que albergara una sola fibra de maldad en su ser. Se estremeció de alivio y agradecimiento y arrugó su camisa en el puño cerrado para pedirle más de esa ternura que tanto escaseaba en la Tierra.

Todos los deseos le fueron concedidos. Black Russian arropó su boca con besos que no podían siquiera equipararse con los que habían intuido sus fantasías. Aunque el solo hecho de estar siendo abrazada por él la hizo temblar, no podía negar que la maestría de sus besos la habría conquistado incluso viniendo de otro hombre.

Pero no era otro hombre. Era él. El único *él* que podía permitirse besarla y ser correspondido con idéntica devoción aun peligrando en el ojo del huracán.

El contacto había comenzado siendo delicado, y así se mantuvo incluso cuando notó que se iba derritiendo, que el fuego de su vientre amenazaba con contagiar de pasión al resto de su

cuerpo debilitado. No se dio cuenta de que ella estaba marcando el ritmo hasta que, guiada por una necesidad más fuerte que sus principios, aumentó la intensidad de los besos; más húmedos, más tórridos, más urgentes.

Cuando estaba a punto de gemir en voz alta para liberar el nudo de la garganta, Black Russian se separó y le acarició la cara.

No fue una caricia sin fundamento.

Ayane ni siquiera se había percatado de que estaba llorando.

—*Malyshka…* —susurró, y añadió una frase en ruso que la puso de uñas por miedo a que hubiera señalado su vulnerabilidad.

—Yo también puedo jugar a ese jueguecito, ¿sabes? —le gruñó en japonés—. Lo de hablarte en otro idioma para que no enteres de un carajo.

Black Russian seguía acariciando su espalda con paciencia infinita cuando sonrió.

—¿Qué juego? —replicó también en japonés—. ¿Y de dónde es ese acento? ¿Tokio?

Ya sabía que hablaba su lengua materna, pero aun así se quedó de una pieza.

—No creo que tenga acento de ninguna parte, porque apenas he ido a Japón un par de veces —respondió en castellano, y no sin retintín—. Aunque juraría que mi deje en español es mexicano.

—Tienes un toque más argentino —corrigió Black Russian en la misma lengua, y con un acento neutro perfecto.

Ayane jadeó, a caballo entre la indignación y la perplejidad.

—No puede ser… Hijo de puta —balbuceó en francés. Se comprometió a dar lo mejor de sus clases de idiomas continuando en el mismo—: ¿Qué pasa? ¿Que a tus prisioneros les sugieres que te enseñen su lengua materna a cambio de no matarlos?

—Depende. Ya ves que a otras les perdono la vida si me parecen lo bastante bonitas —contestó en francés sin pestañear.

—¡Venga ya! —exclamó Ayane en inglés, apartándolo de un empujón. Él sonreía a su manera, pero más por el alivio de que las cosas volvieran a su cauce que porque le divierta el intercambio. Lo notó en el alivio camuflado en su expresión—. ¿En serio?

Black Russian fingió un puchero.

—¿No tienes nada más para mí?

—¿Nada más? ¡Estoy muy orgullosa de hablar dos idiomas como una nativa y otros dos a un nivel razonablemente alto! —le espetó, y se puso de pie para señalarle con el dedo—. Por Dios, ¿de dónde has salido tú, animal?

Se calló al verlo levantarse también.

Casi había olvidado lo alto que era. Estaba más delgado que la última vez que estuvieron juntos en esa habitación, pero seguía siendo tan imponente que no encontraba las palabras ni la

manera de defenderse de la influencia que ejercía sobre ella.

El hecho de que hubiera perdido peso la conmovió inexplicablemente. Era ridículo asociarlo a su desaparición, pero, de algún modo, parecía que ambos hubiesen padecido lo mismo aun en la distancia.

—¿Es que el agujero de tu estómago se ha agrandado en mi ausencia? —murmuró Ayane, apoyando una mano sobre su pecho.

Él se la cogió por la muñeca, pero no la apartó.

—Algo así —respondió con ambigüedad—. Aunque puede que a partir de ahora tenga más hambre.

No lo había dicho con una intención sexual. No era su estilo, y, además, se suponía que había elegido el voto de castidad.

Uno que Ayane empezaba a respetar.

—Qué casualidad —musitó ella.

Se acercó a él, sintiéndose mareada y una auténtica demente por no poder evitar fundirse con su cuerpo y hacerle reproches absurdos a la vez. Quizá las dos semanas de encierro la hubieran trastornado del todo y ya no pudiera fiarse ni de sí misma. O quizá la hubiesen hecho consciente a través de la tortura de que la vida, si no era valiosa, por lo menos duraba un segundo, y no quería morirse sin que ese hombre la hubiera confortado al menos una vez.

Le rodeó la nuca con la mano y se puso de puntillas para besarlo con el alma en vilo. Él se dejó otra vez. Lo sintió como una victoria a la altura de la primera.

¿Por qué era tan satisfactorio dar su brazo a torcer?

«Porque sabes que, cuando lo hace, está renunciando a un miedo, o a un secreto, a una pena», le respondió la voz interior, por fin sin la intención de desestabilizarla. «A algo muy sagrado».

Ayane hizo un sonido placentero cuando sus lenguas se rozaron. Después de tanto silencio, de tanta oscuridad, de tanto miedo, de que la vida se le viniera encima y la persiguiera con antorchas para romperle el corazón, aquellos besos parecían un bálsamo reparador. Bebía de sus labios como si le fuera la vida en ello.

Notaba otra vez el nudo en la garganta apretando, haciéndose notar con lágrimas inconscientes que bañaban su rostro. También el de él, como pudo comprobar al separarse y ver su propia humedad en la mejilla de Black Russian.

Se le ocurrió que, como no podía llorar, lo hacía a través de ella.

Lo vio tan atractivo y vulnerable, tan capaz de asestarle la puñalada final y matarla como nada ni nadie lo había conseguido aún, que se asustó y dio un paso atrás. Se cubrió la cara con las manos y caminó indecisa sin saber muy bien adónde.

Solo cuando creyó que las emociones la desbordarían, se sentó en el borde de la cama con los brazos laxos a cada lado del cuerpo.

Lo miró a los ojos, unos ojos que habían seguido su recorrido con el silencioso entendimiento de un cómplice.

—Por favor —le rogó en japonés con la voz temblorosa. Era un idioma demasiado especial para ella como para utilizarlo con nadie más, pero, al mismo tiempo, lo que decía en su lengua materna se le antojaba menos revelador. Lo que decía en japonés no había sido pronunciado, no pertenecía a ese mundo violento. No era real—, no olvides a la mujer que conociste en Fuego y Sangre. Esa… —se cubrió el corazón con la mano— esa era yo.

—¿A quién crees que estoy mirando? —le respondió en el mismo idioma.

Ayane trató de mantener a raya el temblor de la barbilla, pero las lágrimas manaron aun así y tuvo que secárselas a toda prisa para ni ella misma aceptar su sufrimiento. Devolvió la mirada a Black Russian, que no había osado acercarse para respetar su espacio.

Decidió manifestar sus dudas y preocupaciones en la lengua de su madre.

—Por eso puedo estar contigo, ¿verdad? Por eso tus manos no me dan miedo —musitó en plena revelación—. Porque tú eres la única persona en este sitio que me conoció. Que sabe… o que puede imaginarse quién soy. Eso es lo que te hace diferente. —Inspiró hondo y se abrazó el vientre, que ardía desesperado por el contacto masculino. Buscó la compasión de Black Russian lanzándole una mirada llorosa—. ¿Romperías ese voto conmigo? Sabe Dios que yo he roto los míos contigo —sollozó con una sonrisa triste—. Necesito… necesito sacarme esta suciedad de encima con alguien a quien sí deseo, a quien sí doy mi… mi consentimiento, y sentir… sentir que mi vida le importa. A lo mejor me lo puedes contagiar, ¿no? Me puedes convencer de que aún valgo la pena. Por favor —le rogó con los ojos anegados en lágrimas, y se dobló hacia delante como si el dolor de estómago la estuviera matando—. Necesito acordarme de quién era. Tú me ves porque viste lo que fui. Demuéstramelo, incluso si lo que veías te parecía… te parecía… —soltó una risita histérica— insufrible.

Hubo un silencio solo trastocado por sus sollozos.

—No me parecía insufrible —dijo él con voz queda. Ella lo miró de reojo con los ojos inundados—. Me parecía peligroso.

—Ya no soy peligrosa. Solo soy… solo soy… Podría volver a ser algo si me tocaras.

Black Russian negó con la cabeza lenta pero dulcemente.

—No quieres que te toque por lástima, *malyshka* —señaló en un tono con el que jamás podría haberse ofendido.

—Entonces hazlo porque me deseas. Sé que lo haces —determinó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Lo he visto.

Black Russian le sostuvo la mirada, como si quisiera cerciorarse de que no tiraba un farol o estaba demasiado fuera de sí como para que sus peticiones fueran escuchadas.

Pero esa era la cuestión. Por primera vez en muchísimo tiempo, estaba tan segura de lo que

quería y necesitaba que no había principios o pesadillas en el mundo que fueran a impedirle tomarlo.

Se levantó para reafirmarse en su decisión. Él avanzó un paso, inseguro, y salvó la distancia que restaba para ahuecarle la melena de manera que cayera hacia atrás. Acarició la línea curva de su cuello hacia su hombro, llevándose consigo el fino tirante de la camiseta.

—Ha pasado tiempo desde la última vez —reconoció él, vacilante. Aunque había querido emplear un tono lacónico, se le entrecortó una palabra por efecto de un insólito nerviosismo. Ayane tuvo la impresión de que a partir de ese momento no trataría de esconderse tras su reputación de hombre perverso—. Mucho tiempo.

—Si lo noto demasiado porque eres muy torpe, te aviso —se animó a bromear, tan extasiada por la promesa implícita de su entrega que no se sentía la cara. Se bajó el otro tirante y dejó que la prenda cayera a sus pies.

Ayane alargó las manos hacia la camisa y comenzó a desabotonarla con suma concentración, a sabiendas de que si permitía que un pensamiento lujurioso o demasiado consciente de lo que iba a pasar, el recuerdo de sus últimos contactos con el sexo la espantarían.

A su vez, él se había quedado prendado de su expresión determinada. La ayudó a quitarle la camisa por los brazos dejándolos relajados.

Ella tragó saliva al verlo semidesnudo de nuevo.

—Ya estamos en igualdad de condiciones —apreció, solo por hacer un comentario.

Black Russian no denotó haberla escuchado y la instó a sentarse señalando la cama con un gesto de barbilla. Bajo la atenta mirada de Ayane, guio las manos al cinturón y se lo desabrochó con dos movimientos firmes, como si más que desnudándose estuviera cargando una pistola. Ella observó, salivando en exceso, que no llevaba ropa interior. Reconoció el nacimiento vello oscuro un par de dedos por encima de la cremallera que deslizó hacia abajo, recreándose en el embeleso de la agente.

En el silencio expectante de la habitación, la hebilla pareció emitir un sonido atronador.

Ayane apoyó las manos a la espalda para echarse hacia atrás, invitándolo a la vez a acompañarla con una mirada cristalizada por el deseo. Black Russian tampoco despegaba la vista de su cara. Daba la impresión de que pudiera hacerle el amor a una mujer tan solo regalándole una expresión tan sincera como aquella.

No era solo pasión. Aún no se había desvanecido el alivio de que ella hubiera despertado.

Él le sacó la ropa interior del mismo movimiento, deslizando las prendas con una lentitud deliberada que le puso el vello de punta. Cuando estuvo desnuda sobre la cama, tiritando como un potrillo por las ganas y lo intimidante de la situación, Black Russian prodigó una tierna caricia a su muslo.

Ayane se percató de que no era la única a la que el cuerpo le traicionaba. El temblor de los

dedos masculinos reveló una debilidad que le formó un nudo en la garganta. Le conmovió que estuviese nervioso, pero que hiciera gala de su envidiable autocontrol para no permitir que esto precipitara sus caricias.

No tenía ninguna prisa. Se lo hizo saber deteniéndose a admirarla mientras se quitaba los tejanos negros.

—¿Por qué siempre vistes tan… oscuro? —murmuró ella.

No le gustaba hablar durante el sexo, pero, con él, mantener una conversación parecía incluso más íntimo que la unión de los cuerpos.

—Me ayuda a pasar desapercibido.

—Eso es mentira —se quejó, entre ceñuda y hechizada por la visión de su desnudez—. No puedes pasar desapercibido.

Black Russian le separó los tobillos lo justo para exhibir su intimidad y se encaramó al colchón. La hora de la verdad se acercaba, y Ayane aún no estaba tan asustada como para detenerle. Lo vio inclinarse para besarle una rodilla, rozar sus labios contra la ingle, el hueso de la cadera, el ombligo… Al inclinarse para presionar la boca entreabierta contra rincones de su cuerpo que nadie se había molestado en mimar y que, por ende, no habían sido profanados, los mechones de su pelo le hacían cosquillas. El placer de sus delicados besos se mezclaba con inoportunos arrebatos de hilaridad que a duras penas lograba contener.

Ayane se mordió el labio para no empezar a jadear y procuró mantenerse erguida para recordar en todo momento quién la estaba tocando. Black Russian siguió trepando por su cuerpo hacia arriba. Ella se moría por devolverle las atenciones, pero temía no poder parar una vez comenzara, consciente de los tintes desesperados que iba adquiriendo su deseo. Llegó un punto en el que añoró tanto su manera de besarla que, cuando Black Russian estuvo encajado entre sus caderas y tomó sus labios por fin, Ayane respondió febrilmente con un sollozo ahogado.

Sobrepasada por la emoción, le rodeó la cintura con las piernas y se empleó a fondo con aquel beso, esperando derretirlo una ínfima parte de como él la derretía a ella.

Black Russian no le soltaba la cintura. Ahí donde había puesto la mano, la había anclado para siempre.

Le gustaba la presencia de esa mano. Le ofrecía seguridad. Protección.

Él se separó lo justo para mirarla un instante. Le besó la comisura del labio, y luego le dio otro beso húmedo, largo y que la dejó hiperventilando con las piernas abiertas y débiles. Le besó el cuello también, y a continuación la hizo suspirar de gusto con otro nuevo beso del mismo cariz.

No entendía qué estaba haciendo con ella, cómo era siquiera posible estar tan mojada, pero aunque necesitaba que la tomara de una vez por todas, no habría soportado que él hubiera tenido prisa por acabar.

No quería que terminara jamás, porque dudaba que volviera a repetirse.

Jadeó entrecortada al notar la mano áspera de Black Russian entre las piernas. No sintió el impulso de juntar las rodillas. Por el contrario, las mantuvo tocando el colchón aun cuando los diestros movimientos de sus dedos comenzaron a estremecerla. El ruso la miraba y veía a una mujer cerrando los ojos y abriéndolos, retorciéndose bajo su cuerpo, hinchando el pecho para buscar un aliento que había perdido. Tenía que gustarle tanto la visión como el modo en que sus músculos internos se contraían y destensaban a petición suya, porque no se detenía.

—Por favor… —gimoteó, rodeándole la nuca.

Él se inclinó para besarla sin dejar de acariciarle el clítoris. Solo paró para penetrarla con dos dedos, pero continuó estimulándola sacudiéndolos en su interior como si de un vibrador se tratase. Ayane dejó la boca entreabierta para que la oyera gemir en voz alta. Black Russian disfrutó de sus sonidos con la mejilla apoyada contra la de ella hasta que se cansó de no tener sus labios a su disposición, y entonces les dio una mejor ocupación.

Ayane estiró la mano hacia abajo en busca de su miembro. Se contuvo para no emitir un sonido revelador de lo que sintió al rozar la piel satinada con los dedos. Estaba tan duro y caliente como la única vez que lo había tocado, y deseaba tanto descubrir cómo lo sentiría dentro de ella que le habría gritado que se la follara si no notara la garganta estrangulada.

Pero él siempre le leía el pensamiento. Todas y cada una de las veces.

Sacó los dedos de su húmeda oquedad habiendo calculado el primer orgasmo a la perfección: Ayane estaba al borde del clímax cuando se retiró, y en cuanto la penetró hasta la empuñadura, todo su cuerpo estalló en mil pedazos. Arqueó la espalda, poseída por el subidón de energía, y se abrazó a él en tanto que las mareas de su cuerpo se iban calmando.

Le oyó jadear por lo bajo, notando los espasmos internos succionando su erección.

—Joder —gruñó Black Russian.

—¿Lo habías… echado de menos?

Él le dirigió una mirada intensa.

—No exactamente.

Le arrebató la posibilidad de replicar volviendo a penetrarla.

Ayane se lamió el arco de Cupido, salado por el mismo sudor que los cubría a ambos por entero, y se aferró a los hombros masculinos para resistir a los embates de sus caderas. Miró hacia abajo, tentada por la visión que mostraría, y la excitó observar sus músculos endurecidos por la tensión acumulada, su piel brillante y sus tatuajes resplandeciendo por la transpiración.

El ritmo que marcaba era tan terriblemente adictivo que Ayane pensó que enloquecería. Le retiró los mechones rubios de la cara para no perderse su expresión de éxtasis, y esta no la decepcionó. Mantuvo su cabello retirado sujetándolo por la nuca con las dos manos y lo miró esperando hallar un solo rasgo mediocre que no encajara con el conjunto de su rostro.

Pero no existía.

—Eres el hombre más guapo que he visto en mi vida —confesó ella en japonés.

—*Ty nayharnisha divchyna z tykh, yaki tut buly*.[24]

Le rotó el cuerpo para que quedara ligeramente de lado, le levantó una pierna para apoyársela en el pecho y la embistió más profundo si cabía.

Se aferró a las sábanas con los puños crispados. Y aunque el movimiento criminal de sus caderas era inconcebible, cuando Ayane lo vio aposentado como un rey ante sus caderas, follándosela con la mandíbula apretada por las ansias de acabar con ella, de dejar su marca, estuvo convencida de que era fruto de su imaginación.

—Esto no está pasando…, ¿verdad? —Intentó humedecerse los labios, pero se le había secado la boca—. Estoy soñando.

Él la miró desde su altura como un invencible titán, y ella se estremeció de placer morboso.

Aquel era un hombre que quería que la dominase por completo; el único que podía reescribir la definición de amo y de castigo y atribuirle el morbo que había perdido.

—Feliz pesadilla, *malyshka*.

Le guiñó un ojo y le propinó un mordisco en la carne tierna de la pantorrilla, que tan cerca le quedaba ahora que la tenía abierta de piernas y dispuesta como nunca.

Ayane sintió que se iba aproximando al orgasmo. Alargó una mano temblorosa hacia él para rogarle sin palabras que volviera a fundirse con ella. No quería todo un espacio entre sus cuerpos, aunque la postura le permitiera hundirse hasta la ingle. Black Russian la comprendió como empezaba a pensar que solo él la comprendía y se tendió de costado a su lado para mantener la pose cómodamente. Colocó un antebrazo bajo la rodilla femenina para levantarle la pierna y seguir empujándose, una y otra vez, como si fuera imposible una satisfacción plena en brazos de alguien por quien el deseo era inagotable.

Y lo era.

Al tenerlo cerca, sus dos pechos resbalando contra el otro por el sudor, su otro brazo rodeándola por los hombros para acercarla a él, el pensamiento fugaz de que aquello no había hecho sino sellar su obsesión la invadió. No se pudo hacer cargo del peligro, abrumada como estaba por el calor que exudaba su amante, y se abrazó a él para besarlo de nuevo.

Alcanzó el orgasmo dentro de un beso, un orgasmo rabioso y demoledor que aun así no quiso que interrumpiera el lenguaje de sus labios unidos.

Nada le estaba haciendo sentir tan bien como esa boca dulce y perfecta.

—Córrete donde quieras —susurró Ayane contra sus labios, tan hinchados como los suyos propios.

Black Russian se apoyó la pierna femenina sobre la cadera para poder poner la mano sobre su

cintura. La atrajo más hacia él y se vació en su interior con un gruñido animal que solo darle otro beso lento consiguió aplacar.

En lugar de apartarse enseguida, permaneció abrazado a ella con la polla todavía enterrada en su interior. Mientras luchaban por acompasar la respiración, Black Russian le rodeó el cuello con delicadeza para mantener sus bocas encajadas. Ayane le rozó la lengua con la punta de la suya y aguardó con el corazón aleteando nervioso a que él hablara.

—*Mabut', dlya mene vse skinchylosya*[25] —musitó, y la besó para sellar el pacto.

Capítulo 33

Ayane supo que estaba amaneciendo porque Black Russian rompió el abrazo en el que la había estado protegiendo toda la noche. Seguía tan perpleja por lo que había sucedido entre ellos, más incluso porque hubiera permanecido a su lado hasta que las responsabilidades lo llamaran, que una parte de sí suspiró aliviada cuando sintió el desequilibrio de pesos del colchón.

Por fin se iba, pensó con el corazón encogido.

Y, al mismo tiempo, ¿por qué tenía que irse?

Se hizo la dormida para frustrar cualquier intento de conversación, aunque sospechó nada más verlo moverse que él no habría iniciado ninguna.

Con los ojos entrecerrados, Ayane observó que Black Russian permanecía sentado en el borde de la cama de espaldas a ella. No podía verlo, pero supuso que estaría frotándose los ojos, o la cara, o intentando espabilarse… o pensando. No había forma de saberlo con certeza, pero estaba casi segura de que la mente de aquel hombre no descansaba jamás.

No le dejaba en paz, mejor dicho.

De alguna manera se identificaba con su pose derrotada, con el silencio en el que se había refugiado para asimilar lo sucedido. Para Ayane había sido una experiencia devastadora por múltiples razones; entre ellas, que se había sentido increíblemente bien en brazos de un criminal. Pero ¿y para él, que había hecho voto de castidad y acababa de violar sus propios límites? ¿Le habría merecido la pena?

A lo largo de los días siguientes, cualquiera habría llegado a la conclusión de que no.

Black Russian pasaba la jornada entera fuera. Aunque volvía por la noche, se limitaba a meterse en la cama en completo silencio, sin reconocer la presencia de la mujer a su lado. Nunca se introducía bajo las sábanas, como si debiera estar listo para saltar del asiento tan pronto como lo requirieran.

Había aceptado que el descanso era un animal escurridizo que nunca lograría atrapar.

Ayane quería oírle decir algo, quería que fuera tan honesto como la noche que se acostaron. Pero, al mismo tiempo, temía su siguiente encuentro como había temido pocas cosas en la vida.

Así pues, se dejaba llevar por el nuevo voto de Black Russian.

Esta vez, el de silencio.

—¿Sabes dónde está? —le preguntó a Singapore una noche, una semana después de su primer y último contacto.

Ayane había empezado a arreglarse para asistir a una fiesta temática en el casino. Le habían

proporcionado un *qipao* moderno color escarlata con motivos dorados. Había pronunciado su duda en tono desenfadado, como si el asunto no fuera con ella.

Mientras, se ajustaba uno de los pendientes ante el espejo de la suite.

—Se fue esta madrugada a Sapporo —respondió él, recostado bajo el umbral de la puerta. Vigilaba los movimientos de Ayane con cierta aprensión, como si de un tiempo a esa parte hubiese empezado a tomarla por una criatura imprevisible—. Supongo que estará aquí para medianoche.

—¿Un viaje relámpago?

—Ajá.

—Sapporo… —murmuró. ¿Por qué le sonaba familiar, más allá de porque fuese una ciudad japonesa que visitó en una excursión con Jace y su madre hacía un par de años? Hizo memoria y dio con el quid de la cuestión. El estómago se le revolvió al rememorar la charla que tuvo con Vera durante la fiesta temática. Se forzó a mantener la compostura alejando el recuerdo de la bolsa de basura. Entonces se giró hacia Singapore—. ¿De Sapporo no era Hinata Yamamoto, el tipo cuyo nombre aparecía en su cuaderno? En el de Black Russian.

—He visto el cuaderno que dices, pero no lo he leído, así que no lo sé. Y creo que tú tampoco deberías saberlo —añadió tras un instante de meditación. Decidió que tenía que intervenir a su manera y arrancó a hablar con tiento—. Escucha, Hayami… Black Russian no es lo peor que puedas encontrarte en este agujero. No si eres una mujer. Pero eso no significa que no sea peligroso. Te aseguro que es un escorpión negro.

Se había dado cuenta de que habían intimado, entonces, y dudaba que fuera porque el ruso lo hubiera proclamado a los cuatro vientos.

¿Cómo se habría enterado? ¿Tan evidente era que algo había cambiado dentro de ella?

—¿Y eso lo dices para que no me meta en sus asuntos —replicó, concentrada en doblar las prendas que había dejado de cualquier manera sobre la cama— o para que no me meta en su cama?

—Es lo mismo. Cuando compartes ciertas intimidades con alguien, las líneas rojas se difuminan.

—Soy consciente. —Ayane se giró hacia él en un movimiento enérgico y se alisó las arrugas del *qipao*. Lo enfrentó con una sonrisa extraña—. Da gusto tener amigos como tú que se preocupan por mi bienestar.

—Esa es la cosa, Hayami —suspiró él con tristeza—, que yo no puedo ser tu amigo del mismo modo que él no puede ser tu amante. Si la situación cambiara y pasáramos a servir a un hombre que quisiera hacerte daño, no nos quedaría otro remedio que obedecer.

—Servir —repitió, burlona. El pulso se le había acelerado, pero no quería demostrarle a Singapore que era consciente de los peligros que corría. No ya por miedo a mostrarse tan débil

como ya la había visto, sino porque era un hecho que el tailandés sufría con su temeridad—. Suenas como un mayordomo.

Singa suspiró de nuevo, esta vez con una sonrisa desinflada. El tierno gesto parecía chocar con el mensaje que mandaba la lágrima perenne que le decoraba la comisura del ojo, igual que la joya maldita de un faraón. En él, el tatuaje que en otros representaba una amenaza, simbolizaba la pena que lastraba como su propia sombra.

Se apartó de la entrada para que Ayane saliera ya lista para formar parte de la diversión.

—No me importaría cambiar mi empleo actual por uno de esas características, la verdad.

—Si alguna vez salgo de aquí —le prometió ella, ya en el ascensor—, te llevaré conmigo.

Singapore le lanzó una mirada entre guasona y esperanzada.

—¿Lo prometes?

Ayane le ofreció su dedo meñique. Hacerse juramentos con una *pinky promise* no debía de ser la última moda entre las niñas de países asiáticos, porque él vaciló, sin comprender, antes de entrelazar el dedo con el de ella instintivamente. Lo infantil del gesto le hizo soltar una risita que le contagió enseguida. Los dos se miraron un instante con calidez, y en ese instante se formó una complicidad que reconoció como la antesala de una disculpa. Singapore fue a aprovechar la intimidad de la conversación para separar los labios y decir una verdad que llevaba tiempo quemándole, pero Ayane sacudió la cabeza, rogando paz.

Ya sabía lo que iba a decir. Pretendía pedirle perdón por no haberse dado cuenta de lo que sucedía en los sótanos del edificio, algo que Ayane prefería no rememorar.

Para su sorpresa y la del propio Singapore, al que a veces cazaba mirándola desde la otra punta de su habitación como si fuera una bomba de relojería con la cuenta regresiva activada, no le estaba costando alejar el recuerdo. Había pasado la mayor parte del tiempo inconsciente o sumida en un estado febril que le había permitido a su mente etiquetar los recurrentes *flashbacks* como una pesadilla.

Las hojas del ascensor abrieron paso a un casino atestado de clientes. La visión del decorado, de los trajes de etiqueta, le trajo recuerdos de la última vez que asistió a una de las veladas temáticas, cuando el inglés solicitó sus servicios para irse de vacío.

Tuvo que luchar contra el impulso de regresar a su habitación.

Como si Singapore supiera lo que pasaba por su mente, permaneció muy pegado a su costado mientras se abrían paso entre el gentío. Todas las mujeres, prostitutas o no, se habían presentado honrando la vestimenta tradicional china, en su mayoría *qipaos* occidentalizados con una raja reveladora en el perfil de la falda.

Los hombres, en cambio, seguían la moda británica luciendo un frac.

Incluido Black Russian.

Lo localizó junto a la barra del bar, rodeado por un par de caballeros exquisitamente

acicalados. Era la primera vez que lo veía intentar mimetizarse con el entorno, aunque solo fuese replicando el protocolo de vestuario; porque, al final, seguía pareciendo un elefante en una cristalería, el único rincón lóbrego de un patio luminoso. El lujoso frac contrastaba con el tatuaje de la mano, con esas letras en ruso cuyo significado tenía pendiente preguntar a Singapore. Aunque bebía como el resto de sus acompañantes, no estaba ruborizado como ellos, y no se reía a mandíbula batiente. Alternaba miradas indiferentes al fondo de su copa con uno solo de los presentes, el que con toda probabilidad figuraba en su lista de contactos y con el que era evidente que se moría por quedarse a solas.

Aunque una parte de sí ardía en deseos de establecer contacto visual y reconocer en su mirada una chispa de complicidad, se ordenó disfrutar de la fiesta como si Black Russian no existiera. Le guiñó un ojo a Singapore para relevarlo de su obligación de protegerla. Zigzagueó entre los invitados para pedir una copa en la barra contraria a la que le servía a Black Russian de apoyo. Buscó con la mirada a los camareros que solían estar pendientes de las necesidades de los grandes grupos, y esperó a que la sirvieran tarareando la canción de Sleep Token que reproducían los altavoces.

Por un instante se permitió fantasear con que estaba en una fiesta de tantas a las que había asistido en el pasado; una fiesta en la que solo era una chica bonita con derecho a divertirse y el objetivo pueril de ligarse a un desconocido.

When we were made
It was no accident
We were tangled up like branches in a flood
I come as a blade
A sacred guardian
So you keep me sharp and test my worth in blood
You've got me in a chokehold[26]

El corazón se le paró al reconocer al hombre hacia el que uno de los bármanes se había inclinado solícitamente para atender su pedido.

Él también la estaba mirando a ella, razón por la que Ayane se había detenido a fijarse.

Tenía el cabello negro recogido en una coleta, la piel bruñida por herencia paterna y una barba cerrada que, aunque le hacía parecer un salvaje vestido de sastre, apostaba por que era el requisito indispensable de su nuevo disfraz.

Lo habría reconocido en cualquier parte.

Se quedó paralizada en el sitio, observando cómo Mohawk Kingfisher retiraba la mano

amable del camarero para levantarse del sofá. No había apartado la vista de ella, como si su belleza lo hubiera deslumbrado. Pero había mucho más que interés en el brillo de sus ojos pardos, que aun en la distancia lo decían todo.

Había sorpresa. Alegría. Extrañeza.

La identidad de Ayane, los sueños frustrados de Ayane, el pasado de Ayane; todo eso estaba encerrado en las pupilas del agente.

Logró abrirse camino por el pasillo que los clientes habían improvisado en la pista próxima al escenario. No supo qué hacer al tenerlo delante, si romper a llorar, si abrazarlo como si le fuera la vida en ello, si interrogarlo sobre su inesperada presencia.

¿Cabría la posibilidad de que estuviese en el ajo?

Lo dudaba, o al verla habría reaccionado de otro modo.

Kingfisher le dedicó una sonrisa que rayaba en la ternura y le tendió la mano.

—¿A cuánto se paga una hora a solas con una mujer como tú? —inquirió, ladeado hacia ella para que su sombra los ocultara de miradas curiosas.

Ayane, de pronto nerviosa por lo que su aparición pudiera significar, tragó saliva y gesticuló hacia los tres despachos del pasillo contiguo.

Lo agarró de la mano con fuerza, esperando hacerse entender con el lenguaje no verbal, y lo condujo con fingida paciencia hasta el que había sido el despacho de Cheng. Suponía que ya estaría vacío y que sería mucho menos sospechoso que invitarlo al dormitorio que compartía con Black Russian.

Se aseguró de que el ruso estaba entretenido con la conversación para escabullirse, y, por si acaso, tomó el camino que les permitiría pasar desapercibidos.

Ayane cerró la puerta de la estancia, no sin antes comprobar que nadie los había seguido, y encaró a Kingfisher con el corazón en un puño.

—Tienes que salir de aquí —le dijo de corrido, suspendida la respiración—. Black Russian está en el salón y no tardará en reconocerte de Fuego y Sangre aunque hayas cambiado tu aspecto.

—Descuida —la apaciguó con las dos manos en alto, acercándose con lentitud—. Hemos tomado precauciones.

—¿Hemos? —repitió, confusa—. ¿Quiénes?

—El FBI —respondió con llaneza. Su expresión adquirió una sombra de gravedad—. Nos dimos cuenta de tu ausencia la misma noche que desapareciste, Ayane. Desde entonces, un operativo de Washington ha estado siguiendo las pocas pistas que dejaste. Pero era como si te hubiera tragado la tierra.

Ella tragó saliva.

—¿Entonces? ¿Cómo has llegado hasta aquí, si no es siguiendo mi rastro?

—Decidí quedarme en Koh Phangan aun después de Fuego y Sangre para seguir investigando y tratar de encontrarte. Entrevisté a familias tailandesas con hijas desaparecidas, seguí husmeando en la prensa… —Meneó la cabeza con los labios apretados. Debía de haber escuchado historias para no dormir—. Todos los días veía los noticiarios por si aparecía algo relacionado contigo. Y, entonces, *voilà*: una joven rusa es hallada muerta en las costas de China, y con signos de violencia sexual. Se la reconoció como una víctima de la trata.

—Se llamaba Vera —murmuró Ayane, controlándose para no romper a llorar con la imagen que Kingfisher había pintado.

La misma que no abandonaba sus pesadillas.

—Luego ya sabes cómo es la gente. —La miró con severidad—. Les va tanto el morbo que no es de extrañar que se hiciera público en internet el informe forense. Me llamó la atención una fotografía del cuerpo que movieron en redes sociales. El *rigor mortis* la dejó con el puño cerrado, y ¿a que no sabes qué estaba sujetando cuando la mataron? Tu colgante —respondió con un intento de sonrisa—. Ese collar raro de bisutería con una turmalina que no te has quitado en todo Fuego y Sangre… y que veo que no llevas hoy —confirmó de un rápido vistazo—. Seguir las huellas de… Vera me resultó bastante más fácil que localizarte a ti. Y ya ves que he llegado al mismo sitio.

—No puede ser —murmuró Ayane—. Debe de haber mil colgantes como ese.

—Pero solo uno con la marca de agua de la señora Mystery, una supuesta pitonisa que ofrece sus servicios exclusivamente en Washington.

Aunque había tratado de posponer la pregunta más urgente, no pudo aguantarse más y soltó de sopetón:

—¿Esto lo sabe Jace? ¿Ha venido contigo? ¿Está al tanto de que he desaparecido?

—Lo sabe —confirmó tras un instante de duda—. No lo sabe todo por razones obvias, pero está tirando de sus hilos para tratar de encontrarte.

Los ojos se le anegaron en lágrimas de tristeza y agradecimiento.

—¿Lo has visto? —musitó con un hilo de voz—. ¿Cómo está?

—No he vuelto a Washington, pero hicimos una videollamada con Wray, y… —vaciló—. ¿De verdad lo quieres saber? Mira, quizá no estés de acuerdo con el modo en que se están llevando las cosas —prosiguió con visible incomodidad—, pero el jefe ha decidido no informarle de que yo sigo por el continente asiático. Me extrañaría bastante que le contara lo de la turmalina. Lo hemos mantenido en secreto porque podría darle esperanzas, y asumir que estarías aquí era… Bueno, era un tiro muy largo, y te podrás imaginar que el estado mental de Ryder pende de un hilo. Apuesto a que se habría subido en un avión ante la menor sospecha de una pista.

Ayane asintió para transmitirle que estaba procesando la información, pero se había quedado horrorizada imaginando a un Jace atormentado.

No le extrañaba que quisieran mantenerlo al margen, por otro lado. Era el *modus operandi* de la agencia, evitar en la medida de lo posible involucrar a los seres queridos de las víctimas en investigaciones sobre su paradero, su asesinato o cual fuera la tragedia. Sobre todo si esos seres queridos tenían permiso de armas, una veteranía en la Marina y ningún tipo de reparo en dejarlo todo e ir tras su mujer para tomarse la justicia por su mano.

—Pero quizá podamos darle una buena noticia esta misma semana —continuó Kingfisher en tono determinado. Le puso las manos sobre los hombros—. He estado observando la dinámica de los clientes habituales durante los últimos días. Aun así, voy a necesitar que me expliques el funcionamiento de este sitio para sacarte del modo menos sospechoso posible.

Ayane miró a Kingfisher y, por primera vez, vio en él a un buen agente.

Nunca había dudado de sus habilidades, pero no podía negar que hubieran quedado eclipsadas por su comportamiento absolutamente irracional; el mismo del que ella había hecho gala en Koh Phangan. Que no se entretuviera preguntándole qué le había pasado, pidiéndole datos sensibles que pudieran ayudarles a tumbar la red, hablaba de él como un hombre de acción. Un hombre práctico.

Un hombre que podría sacarla de allí.

Apenas había empezado a asimilar la oportunidad que se le había presentado cuando el rostro y la voz de Black Russian irrumpieron en su pensamiento.

«¿De verdad quieres volver? ¿A qué?».

Reprimió un escalofrío.

Se encontraba en la misma encrucijada que el primer día, con la diferencia de que el primer día aún no se sentía preparada para lo que estaba por llegar y, en el presente, se consideraba mucho más que curada de espanto. Quizá por eso, porque estaba curada de espanto, porque no tenía reparos ni escrúpulos, no le preocupaba regresar a Washington con un cuento de terror bajo el brazo.

Si su marido no la entendía o no la perdonaba, ya pensaría lo que hacer.

Si la echaban del trabajo tras colgarle la etiqueta de víctima, inútil o ambas, ya se reinventaría.

Pero no se iba a quedar allí.

En un arrebato emocional, Ayane abrazó con fuerza a Kingfisher. Esto pilló con la guardia baja al agente, que, aun así, no demoró en devolverle el gesto con la clase de afecto sincero que había estado echando de menos.

—Me alegro de corazón de que estés bien —confesó él con los labios pegados a su sien—. Sé que no nos despedimos en las circunstancias más… agradables, que pequé de irresponsable, que… En fin. Lo que te ha pasado te pertenece solo a ti, pero reconozco que una parte de mí ha

estado sintiendo que Dios se estaba vengando por haberte echado esa noche. No me correspondía tomar esa decisión, y…

Ayane lo calló separándose y poniéndole un dedo en los labios. La habría llenado de una retorcida satisfacción oír sus disculpas en un pasado no muy lejano, pero ahora le resultaba tan estúpido detenerse a diseccionar las causas y las soluciones de rencillas insignificantes que por poco se echó a reír.

La perspectiva era una herramienta muy poderosa. Le había enseñado a diferenciar lo que era importante de lo que no.

—Ya hablaremos en otro momento. Ahora mismo, la prioridad es ponerse en marcha. Va a ser difícil —añadió ella—, porque no estoy trabajando como prostituta. No puedes simplemente pagarme para que me vaya a una habitación contigo; no cuando Black Russian te reconoce de Fuego y Sangre.

—¿Qué haces aquí, si no es… —carraspeó— lo que has dicho?

—Black Russian me reclamó como su amante, por decirlo de algún modo, y he estado gozando de su protección desde que me trajeron aquí. Tengo una especie de guardaespaldas, un tailandés que se hace llamar Singapore Sling…

—¿Como el cóctel? —se extrañó él—. ¿Está implicado también en el mundillo BDSM?

—Te puedo decir que está embarrado hasta las cejas, pero del sadomasoquismo no sé nada. De todos modos, si se me permite pedir favores —prosiguió, cuadrando los hombros—, no me gustaría que saliera malparado de cualquier operación que pretendamos llevar a cabo.

—¿Ya estás mandando? —Enarcó una ceja, más maravillado que molesto—. Hay cosas que nunca cambian, ¿eh?

El comentario hizo aletear su corazón. Nada la hacía más feliz que descubrir que seguían existiendo partes intactas de la agente Nagai, incluso si no podía acceder voluntariamente a estas; incluso si tenía que resignarse a no tener ningún control sobre cuándo, cómo y ante quién aflorarían.

Estaba empezando a pensar en un modo de salir de allí cuando la puerta se abrió y uno de los gorilas de seguridad se asomó con gesto inexpresivo. Portaba un *walkie* en una mano y una pistola en el otro, y no dudó en usar la segunda para disparar.

Todo sucedió tan deprisa que a Ayane apenas le dio tiempo a borrar la sonrisa de sus labios. Kingfisher se posicionó delante de ella, plantando los pies con seguridad sobre la alfombra, y fue a sacar el arma del interior de la chaqueta.

Pero no fue lo bastante rápido.

La bala del segurata le alcanzó con la mano metida en la americana y con la mueca de estupor de los que no podían creerse que acabaran de adelantarles por la izquierda.

Ayane se apresuró a sujetarlo por detrás introduciendo los brazos bajo sus axilas, evitando así que cayera redondo al suelo. Pero aun en su posición fue testigo de cómo la mancha roja iba ganando terreno en la camisa blanca del frac.

—¡Fisher! —jadeó una vez lo había tendido sobre la alfombra.

Fue a cubrirle la herida con las manos, pero habían empezado a temblarle y no estaba segura de cuál era el procedimiento médico en esos casos. Se fijó en la repentina palidez del agente, en el asombro con el que se palpó el pecho húmedo.

Se le rompió el corazón cuando intercambió con ella una mirada en shock.

—¿Qué…? ¿Voy a…? ¿Voy a morir? —preguntó, incrédulo.

—¡No! No… —Ayane se retiró el pelo de la cara y se giró hacia la puerta. El gorila seguía allí, pero había bajado el arma con la tranquilidad de haber derribado a su único enemigo. La rabia estalló dentro de ella al verlo colgar un dedo de la trabilla del pantalón y llevarse la otra mano a los dientes, donde se le había quedado un resto de comida—. ¿Qué has hecho? ¡¿Por qué?!

El tipo apuntó al aparato electrónico que descansaba sobre el escritorio, un *walkie* parecido al que aún portaba él mismo, y luego señaló con la barbilla una cámara situada en la esquina del techo.

—La próxima vez que trames algo que no quieras que nadie sepa, vete a otro sitio. Y yo que tú me iría preparando, porque los de la sala de seguridad han avisado a Mekhong y a Black Russian.

Aunque la sola idea de volver a vérselas con el asiático la instaba a salir huyendo, Ayane se tragó el miedo y la inquina y devolvió la vista a Kingfisher. Intentó darle media vuelta para averiguar si la bala se había quedado incrustada en su cuerpo o lo había atravesado de parte a parte, pero él se quejó, dolorido, y lo tuvo que devolver a la posición inicial.

—¡No sé cómo ayudarte! —se desesperó con un nudo en la garganta—. Fisher, dime algo.

Al agente le costó enfocar la vista en ella, pero no le cupo la menor duda de que reconocía a la persona que estaba viendo. Ayane pestañeó deprisa para ahuyentar las lágrimas de miedo y culpabilidad, y sintió que se moriría cuando él compuso una mueca resignada.

—Siento… —empezó Kingfisher con la voz ronca. Se llevó la mano a la herida, donde Ayane había colocado la palma. Le cubrió el dorso con la suya—. Siento haberte hecho esto, agente. Lo siento muchísimo.

—Tú no has hecho nada mal. Ni siquiera eres tan capullo. Yo sí que lo siento —balbuceó, llorosa. Al ver que cerraba los ojos, los nervios se le dispararon y se puso a gritar—. ¡No! ¡Venga, Fisher! ¡Despierta! ¡No me dejes sola, por favor! ¡Por favor! ¡Mira hasta dónde has llegado! ¡Mira hasta…!

—En este sitio uno nunca se aburre —oyó que decía alguien desde la puerta.

Ayane se secó las lágrimas con el antebrazo de un solo y agresivo movimiento. Reconoció a Mekhong nada más verlo bajo el umbral, ataviado con un elegante traje blanco. Un pañuelo color medianoche asomaba del bolsillo de la chaqueta.

No iba solo. Black Russian había hecho acto de presencia un paso por detrás de él, y, a diferencia del asiático, que observaba la escena con el regocijo de quien planeaba cobrarse una venganza bíblica, el ruso permanecía impertérrito.

Para cuando Ayane quiso volver a dirigirse a Kingfisher, ya era tarde.

Había muerto con los ojos cerrados, como si le hubiera vencido el abatimiento.

No podía decir que le hubiera querido en ningún momento, pero la posibilidad de regresar a casa había intensificado las emociones de tal manera que algo se rompió dentro de ella, igual que si hubiera perdido a su propia familia. Se aferró a la camisa empapada del agente y lo sacudió sin fuerzas, no sabía si reprendiéndolo por haberse rendido, si fantaseando con que solo se había desmayado… o si solo pretendía ganar tiempo.

Era evidente que ella sería la siguiente en recibir un castigo.

El gorila que había apretado el gatillo se adentró en la estancia para separarlos. Ayane se resistió abrazándose a los hombros del agente como jamás lo habría hecho en vida, pero estaba tan débil que al guardia de seguridad no le costó apartarla de un contundente tirón que llegó a arrojarla a la alfombra de espaldas. Echando mano de sus últimas fuerzas, Ayane se incorporó para ver cómo el asesino se llevaba a Kingfisher arrastrándolo por los tobillos, como si no fuera más que un saco de carga.

Pensó en su familia, porque debía tenerla. Pensó en las creencias de los *cherokees*, que seguramente contemplarían velar a sus muertos antes de enterrarlos o quemarlos. Se estremeció a sabiendas de que sus restos jamás llegarían a Washington, donde podrían haber recibido un trato digno.

Se quedó en tal estado de shock que no se dio cuenta de que seguía llorando, sentada sobre las rodillas y con los hombros hundidos.

Ahí se iba su última oportunidad. Ahí se iba su conexión con Jace. Ahí se iba su resurrección.

La esperanza apenas había latido durante diez, quince tristes minutos dentro de ella.

—Vamos, amigo mío. Ahora le toca a la dama —oyó que decía Mekhong. Acompañó su tono impaciente de un cabeceo despectivo en su dirección—. Átala y que comience la fiesta.

Capítulo 34

A sabiendas de lo que le esperaba, Ayane ni siquiera se resistió. Pero la impotencia podría haberla matado al ver que era Black Russian a quien le encomendaban la tarea de inmovilizarla para comenzar el interrogatorio.

Sabían que aquello le dolería especialmente.

Procuró no mirarlo a la cara en lo que él tardó, tomándose todo el tiempo del mundo, en desabrochar el botón trasero del cuello del *qipao* y bajárselo hasta la cintura.

Su torso quedó a la vista.

Tuvo que morderse el labio para no maldecirlo por desnudarla sin su consentimiento.

Black Russian ajustó las cuerdas del gancho que pendía del techo para dejarla con las manos sobre la cabeza, una posición incómoda y vulnerable. Ni siquiera se había percatado de que el despacho estaba equipado con todo lo necesario para llevar a cabo allí una sesión sadomasoquista, o, en su defecto, una crucifixión no tan placentera.

El tacto rasposo del cáñamo pasaría de escocer a ser absolutamente devastador con el transcurso de las horas. Porque no se estaban tomando la molestia de prepararla en esa posición para escarmentarla durante cinco minutos. No sabía cómo se las gastaban los traficantes a la hora de tomar represalias contra sus topos, pero apostaba por que sus torturas no diferían de las de los grupos terroristas o las agencias de inteligencia más letales.

Técnicas que a menudo vulneraban los derechos humanos.

—Así que agente del FBI —comentó Mekhong con aire indiferente.

Había arrastrado uno de los magníficos sillones de cuero hacia el corazón del despacho. Ayane, obligada a mirar al frente por la postura, no podría huir de su interrogatorio.

El chino sujetaba en el regazo una fusta recubierta de nylon trenzado, un instrumento ideal para la doma de caballos. La acariciaba con gesto abstraído, como si aún ponderase con qué fin utilizarla.

Habían cerrado la puerta, blindada de todos modos por la presencia de dos gorilas, y atenuado las luces de la habitación para empeorar la visibilidad de la torturada. Parecía que fuera a disfrutar de una sesión BDSM. Y, lo que era más, parecía cualquier cosa menos la antesala de la aplicación del tercer grado, porque Ayane no estaba asustada.

Ayane estaba profundamente decepcionada y furiosa.

Furiosa por encima de sus posibilidades, que eran ninguna.

El shock le había arrebatado las fuerzas y situado en su lugar dudas razonables.

¿De verdad Kingfisher había estado allí momentos antes? ¿De verdad había muerto ante sus ojos, sin que ella pudiera hacer nada? ¿No habían sido imaginaciones suyas? ¿Una especie de traición del subconsciente?

—Te he hecho una pregunta —señaló Mekhong con una docilidad de pega.

Miraba a Ayane con cierta fascinación, como si en el fondo le hubiera conmovido su patético intento de derrotarlo.

—No, no me has hecho ninguna pregunta —respondió en tono neutro. Sentía la presencia de Black Russian a su espalda como sentiría el chisporroteo de una hoguera aun alejada de su calor —. Has afirmado que soy agente, lo cual no es cierto. Ya no. Ahora soy puta, ¿o no te has enterado todavía?

Mekhong soltó una carcajada sincera.

—Vaya, vaya… —Ladeó la cabeza y alargó la mano que empuñaba la fusta para acariciarle la curva de la cintura—. Eres más dura de lo que uno pensaría a primera vista. ¿En serio tienes ganas de provocar al personal después de lo que acabas de ver? La verdad, no se me habría ocurrido que eres agente. Ni del FBI, ni inmobiliaria. No tienes mucho ojo para los detalles. Mira que lo primero que deben hacer tanto el federal como el que vende casas es valorar el espacio de los sitios en los que pretende meterse. ¿No se te ocurrió apagar el *walkie* que conectaba con seguridad? —planteó como si de veras le interesara la respuesta.

—Ya te he dicho que no soy agente. Soy puta. Si alguna vez tuve alguna habilidad, las he perdido para adquirir otras de no menos importancia. Porque mis nuevos talentos la tienen, ¿no? Te hacen ganar bastante dinero, Mekhong —apostilló con desdén.

Pero apretó la mandíbula al tratar de cambiar de postura y notar que las cuerdas se le clavaban en la piel.

—Tú en concreto no me estás haciendo rico, ¿sabes? Te saqué de Koh Phangan a través de mi amigo Clericot y luego te traje aquí porque estás buena, porque tienes la elegancia arrogante de las marquesas, y todo ¿para qué? Te podrás imaginar mi sorpresa, mi inmensa decepción, cuando me enteré de que Black Russian te estaba acaparando.

—Dile que te vaya pagando una cuota mensual por mi compañía —le sugirió con desinterés —. Dinero no le falta. Hace no mucho tiempo ganó una timba privada en la que atiné a contar en fichas el equivalente a nueve millones de dólares.

—Guapo, rico y callado. No te irás a quejar de protector, ¿eh, ricura? —No esperó a que Ayane contestara y se levantó del asiento con un suspiro cansado, como si no le hubiera dejado otro remedio que adoptar una actitud más seria—. En fin…, Ayane. Te han llamado Ayane, ¿no? Ayane ¿qué más? Ahora es cuando me dices el apellido de tu marido. Ese amigo tuyo ha dado a

entender que un tipo llamado Jace te espera. Terriblemente preocupado, además. ¿Es alguien de quien *yo* deba preocuparme, cariño?

No respondió, pero su sonrisa desdeñosa le dijo todo lo que debía saber: que, si esperaba sonsacarle información sobre Jace, podía esperar sentado.

Aunque Ayane conseguía valorar su vida el noventa por ciento del tiempo, y a menudo esto la había llevado a ponerse a salvo a costa de su integridad física o su dignidad —o incluso la de otros—, decidió que le daría igual morir protegiendo la identidad y el paradero de su marido.

—¡Oh! ¡La chica está enamorada! —se burló Mekhong tras su prolongado silencio—. ¡Qué bonito!

Dobló la fusta entre las dos manos, poniendo a prueba su flexibilidad, antes de blandirla con la derecha y asestarle un doloroso azote en el pecho.

La habían abofeteado y golpeado a mala idea en tantas ocasiones que había perdido la cuenta y casi también la sensibilidad, pero nunca antes le habían propinado azotes con juguetes BDSM en un contexto externo al sadomasoquismo.

Así era como dolían los golpes que no se daban con el propósito de excitar.

—Veamos si sobrevive tu amor al final de la noche —la retó Mekhong con una sonrisa divertida—. Asumo que ese hombre tuyo también trabaja en el FBI. ¿Has estado contactándolo para contarle a lo que nos dedicamos?

—¿Qué coño quieres que le cuente? ¿Y cómo, si no tengo acceso a teléfonos u ordenadores? ¿Por telepatía?

Mekhong levantó las dos manos en un teatral ademán de disculpa.

—Jamás subestimaría las inescrutables vías de los federales, cielo mío. Como yo no sé lo que tú sabes, te pregunto. Es lo educado y lo mejor, ¿no? Evitar asumir nada de antemano.

Ayane curvó los labios en una sonrisita que él le devolvió, encantado con la teóricamente civilizada dinámica. Sintió la necesidad de borrar aquella mueca de su cara, de hacerle saber que no se lo iba a poner fácil y que no le tenía miedo. Para ello tuvo que echar mano de lo poco que tenía a su disposición estando atada: preparó un cúmulo de saliva en la boca y le escupió en la cara.

Mekhong no cerró los ojos a tiempo y la saliva de Ayane aterrizó en uno de ellos.

En un principio, no se inmutó. Palpó la chaqueta en busca de un pañuelo de tela con un par de iniciales, «H. Z.». Ante la mirada de perverso regocijo de la agente, se limpió el lagrimal y el puente de la nariz con delicados toques.

¿«H. Z.»? En su ingenuidad, potenciada por la pueril ilusión de haberlo pillado con la guardia baja, pensó que podría adivinar cómo se llamaba buceando entre las páginas de nombres más comunes de China. O incluso contrastando si sus iniciales se correspondían con las de algún

afortunado de la lista de los hombres más ricos del país. Apostaba por que Mekhong era conocido en todos los círculos de la élite asiática, solo que se las arreglaba para blanquear sus negocios y que pareciera que ganaba su dinero honradamente.

El chino volvió a guardar el pañuelo en su sitio y, con el semblante ahora inexpresivo, la golpeó en la cara con el extremo de la fusta. Ayane se olvidó de sus heroicas intenciones. Un ardor que parecía penetrar todas las capas de la piel le insensibilizó la cara, dejando tan solo el palpitar de la futura hinchazón.

—Déjame a solas con ella, Mekhong —oyó que pedía Black Russian con su languidez habitual—. Es más sentimental de lo que parece. Apuesto a que conmigo sí colaborará.

«Yo no estaría tan seguro, hijo de puta», estuvo a punto de sisear.

Pero cualquier torturador sería preferible a Mekhong, a quien había detestado con particular fijación desde que se presentó como el jodido seleccionador de las prostitutas.

Aún tenía sus dudas respecto a las tareas que desempeñaba Black Russian, pero la implicación del asiático era innegable. Sin él, la red caería por su propio peso.

—Si no le has sonsacado nada en las próximas dos horas —advirtió Mekhong—, volveré, y volveré con una pistola en la mano, ¿estamos?

—Oído —resolvió Black Russian.

El chino le lanzó una última mirada a Ayane. Ella la aguantó sin pestañear, decidida a presentarse como lo que le gustaría ser a partir de ese momento: una mujer cuya temeridad pudiera espantar o por lo menos escarmentar a sus enemigos.

Cuando comprendió que no la haría agachar la cabeza, Mekhong se dio media vuelta y abandonó la estancia llevándose al guardia consigo.

—Qing se queda al otro lado de la puerta —señaló antes de desaparecer.

En cuanto el silencio se instaló en el despacho, un silencio que auguraba horrores, Ayane sintió la tentación de reclamarle a Black Russian lo que ya le había reclamado en cientos de ocasiones, pero esta vez sin disposición a justificarlo: que era un asqueroso proxeneta.

Ni siquiera estaba dolida porque no hubiera movido un dedo ante los golpes de Mekhong o porque le hubiese obedecido sin dudar. Estaba dolida con él como podía estarlo con la maldad del mundo, con la indiferencia e ignorancia de la gente que los rodeaba y, sobre todo, consigo misma y su estúpida inocencia.

Ayane estaba de luto porque su última esperanza acababa de morir de un disparo en el pecho, y lo pagaría con quienquiera que tuviese delante.

Black Russian la rodeó por fin para mirarla de frente. Esperó a que la vista de la joven se interesara en seguir sus movimientos para llevarse las manos al cuello del frac. Lo desbarató con impaciencia, asqueado con la constricción del vestuario, y lo arrojó a un lado. Después separó los botones del chaleco, se sacó la chaqueta por los hombros y, por último, ya con un aspecto más

salvaje gracias a los mechones despeinados, se remangó la camisa.

A Ayane siempre le había parecido que aquel gesto era un aviso de peligro. Que exhibiera sus tatuajes *vory* resultaba más contundente a la hora de avivar el miedo que poner una pistola sobre la mesa. Le daba la impresión de que era su manera de decir: «Esto que ves es todo lo que hecho y no dudaré en hacer otra vez».

Black Russian la encaró con una mirada apática.

—¿Qué sabía Kingfisher? —fue lo primero que preguntó.

Oír su apellido le sentó como una patada en el estómago.

El agente había tenido un carácter demasiado vivo como para morir. Ella había sido testigo de su paso por el mundo. Lo había visto derrochar personalidad y vigor durante las discusiones, durante los breves segundos cómplices en los que trató de aconsejarla… Y durante las sesiones BDSM y aquella noche de sexo que quizá, y después de todo, sí hubiera desencadenado su secuestro.

Apretó los labios al recordar su reciente disculpa.

Kingfisher había estado demasiado vivo unos momentos atrás como para haber perecido en las entrañas de un casino de mala muerte. Era algo que jamás tendría sentido.

—Pues se sabía todas las canciones de los Foo Fighters, por ejemplo —improvisó ella con indiferencia—. Y también sabía lo que me gusta que me hagan en la cama.

Black Russian le sostuvo la mirada sin pestañear. Se perdió de su campo de visión rodeándola sumido en un silencio que presagiaba peligros.

Ayane aguzó los sentidos. Oyó que abría un cajón y hacía sonar los instrumentos que sacaba colocándolos sobre la mesa del escritorio. Habría reconocido el tintineo de unas pinzas de metal en cualquier parte, acostumbrada a su uso durante las torturas sexuales.

Black Russian regresó sobre sus pasos con el mismo gesto indolente. Presionó el instrumento contra uno de sus pezones, advirtiéndola a su manera de lo que se avecinaba. Se le endurecieron ante la sugerente pero turbadora promesa de una caricia helada, la misma caricia helada de sus ojos azules al hacer contacto visual con ella.

Podría haberle preguntado en tono guasón si así era como pretendía sonsacarle información: utilizando juguetes sexuales en su contra. Pero Ayane sabía de buena tinta lo desagradable que podía llegar a ser que la estimularan físicamente cuando no había dado su consentimiento, o que un hombre que deseaba hasta el delirio la abandonara a las puertas de la satisfacción definitiva a modo de escarmiento. Era un castigo incluso más cruel si se tenía en consideración que era el único en el que había confiado para entregarle su cuerpo.

¿Pensaba arruinar el dulce recuerdo atacándola de frente?

Le habría gustado rebelarse, pero se negaba a darle el gusto de saber que estaría traicionando

su confianza.

—¿Qué descubriste sobre la red en Fuego y Sangre? —inquirió Black Russian.

—Que eres un pobre infeliz.

Él aprobó su respuesta con un asentimiento abstraído. Contraatacó atrapando uno de sus pezones entre los dedos. A base de frotarlo con suavidad e insistencia, lo fue endureciendo más y más hasta que la irresistible fricción envió un cosquilleo tan lacerante como placentero al centro de su cuerpo, donde, con un poco de suerte, el nudo de tensión resistiría a sus sensuales atenciones y no se derretiría.

Ayane se revolvió, incómoda con el modo en que todo su ser conspiraba contra su orgullo para doblarse ante él.

Pero todavía le sostuvo la mirada, desafiante.

Él no había agachado la cabeza y jamás lo haría, como si no tuviese nada que esconder aun cuando parecía hecho de músculos, acero y secretos.

—Aparte de tu compañero y de ti, ¿había alguien más interesado en destapar la red?

—Sí, claro —respondió con una sonrisa condescendiente—. Tu puta madre, por ejemplo.

Tuvo que apretar los dientes para que no se le escapara un inoportuno jadeo cuando él colocó la pinza en la areola endurecida. El pellizco apenas le produjo un dolor agudo que de seguido desencadenó un erótico estremecimiento.

Black Russian le propinó un pellizco en el otro pezón que la hizo gemir en voz alta. Se mordió el labio enseguida, como si así pudiera frustrar reacciones que no quedaban al alcance de su autocontrol, y se castigó internamente por su sensibilidad.

Pero su cuerpo había empezado a responder a las caricias del ruso, que solo intensificó sus atenciones al pecho izquierdo hasta que estuvo lo bastante estimulado para que la colocación de la segunda pinza, unida a la otra por una cadena plateada, la hiciera sisear de alivio.

—¿Qué pensabas hacer cuando volvieras a Washington? —insistía él.

—Como poco, contar lo que sé para que te metieran en la trena. Y con muchísimo gusto —le espetó, instigada por la necesidad de proteger sus principios del placer que la iba conquistando —. Mírate, obedeciendo las órdenes de un chino miserable que se divierte de lo lindo con el sufrimiento de las mujeres. Siempre he sabido que eras despreciable, pero hoy… hoy te estás coronando, cabrón.

Se tuvo que morder la lengua para no reprocharle, además, que se atreviera a ponerle la mano encima después de todo.

¿Cómo era posible que un hombre se mostrara precavido para no ahuyentarla y ahora estuviese tomando lo que quería sin contemplaciones? ¿Podían de verdad coexistir en un solo individuo la tendencia a la crueldad y la naturaleza piadosa?

Ayane quería aferrarse al desengaño de saberlo igual de despreciable que al resto, pero

cuando se empleó a fondo masajeando tentadoramente la tierna curva de sus pechos, una línea de pensamiento secundaria trató de convencerla de lo contrario.

«Ha echado a Mekhong para ser él quien controle el interrogatorio. Y no lo está controlando con una fusta, ni con bofetones. Lo está controlando como sabe que a ti te gustaría: a ti, Ayane, no a esa mujer asustada que lloró en un escenario. Porque sabe que con él eres Ayane, una mujer hipersexual y fetichista. Con él, la otra nunca ha llegado a existir. No sabe ni puede cruzar la puerta de la estancia donde se encuentra temblando de miedo».

«Tonterías», se convenció, cansada de buscarle la explicación romántica a cada paso que Black Russian daba.

Pero su instinto de supervivencia prefería aferrarse a esa rocambolesca teoría que aceptar que él también era su enemigo.

No sabía si podría soportar la suma de otro hombre aterrador a su lista de torturadores.

—¿Te puedo hacer una pregunta yo a ti? —dijo Ayane en voz demasiado alta. Esperaba hacerse oír por encima de sus palpitaciones, del hormigueo generalizado que insistía en colarse entre sus piernas—. ¿Califa también es un proxeneta de mierda?

Él le hizo una caída de ojos.

—¿Tú lo has visto merodear por la zona?

—Dudo bastante que la red de trata se concentre en Shanghái. A lo mejor Califa se pasea por Moscú, o por quién sabe dónde…

Perdió el aliento cuando Black Russian agarró el dobladillo del *qipao* y lo fue subiendo hasta que el vestido fue un amasijo de seda arrugado en la cintura. Sin apartar la vista de ella para vigilar sus reacciones, rodeó su muslo por la parte interna y ahí dejó la mano, con el pulgar provocativamente cerca de su ingle.

—Ahora me toca a mí —retomó él—. ¿Ese tipo era Jace?

—¿Kingfisher, dices? —balbuceó, alborotada por las insinuantes caricias—. No… No. ¿No lo has asumido, igual que lo ha hecho… Mekhong? Jace no está a tu alcance.

Black Russian amusgó los ojos.

—Eso significa que tampoco está al tuyo.

—Mejor, porque también significa que está a salvo. Y no te vuelvas a poner su nombre en la boca —le amenazó entre balbuceos, turbada por el implacable avance de su mano. Había empezado a ascender hacia su entrepierna, erizándole el vello del cuerpo entero.

El ruso tensó la comisura de los labios, insinuando una sonrisa desdeñosa.

—¿No puedo ponerme su nombre en la boca, pero sí el coño de su mujer?

—Que te jodan —gruñó, pero estaba temblando de ansias por la atención de sus dedos.

—A ver si adivino… —empezó en tono desganado—. Te mandaron a Koh Phangan a investigar la desaparición de las mujeres americanas en las últimas dos ediciones de Fuego y

Sangre. Porque solo en Fuego y Sangre, concretamente en un país famoso por sus desapariciones como lo es Tailandia, se pueden reclutar a las yanquis para ejercer de prostitutas sin que huela a chamusquina. No se las puede atraer ni con ofertas de empleo, ni comprarlas porque sus familiares quieren deshacerse de ellas. El secuestro de ciudadanos estadounidenses entra en las competencias del FBI, así que… aquí estás.

—Quién me iba a decir que jugar a los detectives te haría tan hablador —intentó burlarse ella, pero Black Russian cubrió su sexo con la palma abierta y deslizó el dedo corazón a lo largo de su hendidura, aludiendo sin disimulo a una futura penetración.

Ayane acabó soltando un jadeo entrecortado.

—Considerando los sabios criterios de la agencia, que apuesto por que no creen que dos enamorados puedan desempeñar sus labores en un entorno sadomasoquista sin entretenerse con la oferta carnal, juraría que nos les pareció pertinente mandarte con Jace —pronunció con un perfecto acento americano. Detuvo sus atenciones al decir su nombre, como si tocarla y mencionar a su marido fueran tareas incompatibles. Pero las retomó enseguida introduciendo el dedo corazón en la hendidura—, así que te endosaron a ese otro tipo. Kingfisher.

»Los sospechosos principales éramos los organizadores, ¿no? —Ladeó la cabeza para admirar con los párpados entornados la reacción de Ayane, que fue agachar la barbilla para, en vano, tratar de ver cómo movía el dedo en círculos en su interior—. Somos los que tenemos el poder, los que contratamos la seguridad, los que no pusimos el grito en el cielo con la desaparición de las dos mujeres… Contabas con la ventaja de conocer a Califa de tu etapa juvenil de libertinaje. Lo lógico habría sido que te centraras en investigarlo a él y que tu compañero se acercara a mí para sonsacarme información. Divide y vencerás, dicen por ahí.

Ayane cerró los ojos. Si tenía que sufrir las devastadoras consecuencias de su masturbación, prefería lidiar con ellas sin verle la cara, un paisaje lo bastante tentador para olvidarse de la charla y sucumbir a la pasión que ya no podía disimular. La presión de las pinzas había empezado a escocer ahora que no estimulaba sus pezones, sustituyendo la deliciosa sensación inicial por una experiencia rayana en el dolor.

Pero era un dolor adictivo que la hacía revolverse pidiendo más.

—Solo que, por alguna razón… —continuó Black Russian. La penetró con un segundo dedo para enseguida masturbarla con flexibles movimientos de muñeca. Él todavía tenía los párpados entornados, como si el placer de la tortura erótica fuera contagioso y sus débiles gemidos fueran una nana que lo sumía en un sueño—, tú te empecinaste en ser la que me investigara a mí. Una decisión sin pies ni cabeza, agente, porque a Califa ya lo tenías en el bote. Yo era algo más complicado.

—¡No! Eras… eras… Quería demostrar mi valía, y tú eras el pez gordo —replicó sin

respiración, sacudiendo los brazos para tratar de liberarse y abrazarse los pechos doloridos.

—¿Por eso me pusiste el anzuelo en tu coño? —Arqueó una ceja—. ¿Qué habría pensado Jace de esa curiosa obstinación tuya por llegar a mí? A través del sexo, para más señas.

Un destello malicioso acompañó a la terrible especificación que puso a Ayane en la tesitura de defenderse.

—¡Él lo habría entendido! —le gruñó enérgicamente. Un espasmo vaginal le cortó el aliento. Trató de juntar las piernas y atrapar así la mano perversa que se burlaba de su descontrol, pero la fricción de los muslos y su palma ardiente solo propagó la sensación por todo su cuerpo—. Jace conoce… conoce… la diferencia entre sexo y amor.

—Entonces se alegraría de saber que entre tú y yo no hay amor —convino con un leve asentimiento—, pero ¿qué opinaría si se enterara de que follamos fuera de la misión como si el mundo fuera a acabarse?

—Decidimos que no seríamos exclusivos durante este tiempo —balbuceó con la boca pequeña.

Black Russian escuchó su respuesta con el rictus severo del diplomático que trataba un asunto delicado. Dio un paso más hacia ella, de manera que sus pechos se rozaron, y la penetró con los dedos hasta los nudillos. Sintió la rotación de la mano apretando sus músculos internos a un nivel que sobrepasaba lo físico.

Jadeó contra sus labios.

—Si fueras mía, mataría a todo hombre que te hiciera sentir como yo.

Ella abrió los ojos para adivinar la expresión con la que se había confesado celoso. Se había valido de una apatía tal que parecía que hubiera señalado una posibilidad tan exigua que no merecía la pena ni planteársela.

—Pues gracias al cielo que no lo soy —masculló entre dientes.

Black Russian acarició su clítoris con el borde del pulgar. Una, dos, tres… Mil roces deliberados a su punto más sensible y Ayane estaba retorciéndose entre sollozos.

—¿No lo eres? —inquirió con voz queda—. En ese caso, tampoco eres de él, o con más razón le habrías pasado a Black Russian a tu compañero al reconocer que fantaseabas conmigo. No ya por respeto hacia… *Jace,* sino hacia la delicada operación y a la ilusión de que saliera bien para regresar a su lado cuanto antes. Pero te empecinaste en investigarme a mí con todo lo que conllevaba. ¿Y qué descubriste…? —Se inclinó para rozar la boca jadeante de Ayane con sus labios entreabiertos. Ella intentó establecer un mínimo contacto, preparar la antesala de un beso tan ansiado que ni le importó que le ardiera la cara de vergüenza. Pero él no reaccionó a sus insistentes cabeceos, y se retiró hábilmente cuando estaba a punto de conquistar su boca—. Descubriste que la pasión no solo puede destruir lo que tienes, sino lo que creíste que podías llegar a ser si te esforzabas lo suficiente.

—¿Y qué… qué se supone que es eso? —musitó con el alma en vilo, aferrada a su mirada de ardiente fuego azul. No solo era sugerente su manera de tocarla, sino el desdén con el que le hablaba. Encerraba un conocimiento profundo de quién era ella.

—Una mujer ordinaria que se conforma con la mediocridad. Lástima que no lo seas, *malyshka* —le susurró al oído—. Y te lo vas a demostrar tú misma cuando, dentro de cinco minutos, me estés pidiendo que te diga que esta noche serás mía… aunque todavía no se haya secado la sangre de tu amigo.

Ayane se estremeció de horror. Pero no la asustó que tuviera razón ni la mitad de lo que temió que se detuviera y la dejara sin orgasmo, sin el calor de su cuerpo para estallar en chispas de colores.

Lo miró a los ojos y vio en estos la contradicción de la que ella misma era víctima a diario, esa secreta dualidad con la que no lograba hacer las paces. Y es que en Black Russian habitaban la frialdad hostil de los que no tenían corazón y el ansia animal de los que sentían demasiado para soportarlo. Él era un reflejo del placer y la indignación que se fusionaban en ella, en su ser, para condenarla a anhelar lo que a su vez la hacía sufrir. Él también padecía los males de ese instinto autodestructivo que desde tiempos inmemoriales la había atraído hacia el sadomasoquismo dentro y fuera de la cama, hacia lo que le ofrecía la cal y la arena, el odio y el amor, los dos extremos entre los que se movía con un gusto morboso; el arriesgado borde donde le gustaba mantener el equilibrio.

Rendida después de comprender que había sido descubierta, Ayane juntó los muslos para apresar la mano que Black Russian seguía utilizando para catapultarla al orgasmo. Los escalofríos habían comenzado a expandirse piernas abajo, a concentrar un núcleo de sofocante calor en su vientre.

—Tú también te comportas… —gimoteó— como un… puto loco.

—Porque estoy loco —confirmó él con ese amago de sonrisa suyo que inclinaba a Ayane a creer en el diablo—. No te podrías hacer una idea de cuánto.

Pero sí podía imaginárselo. Era una de las razones por las que se había sentido irresistible e irrevocablemente atraída hacia su ser. Había algo siniestro en él; una oscuridad forjada de secretos que intuía funestos y de una sobrehumana resistencia al dolor que le hacía invulnerable y víctima de la soledad más terrible al mismo tiempo. Sus horrores habían tejido una densa capa de niebla negra que le recubría como un sudario, mas no le ponía a salvo de ella. Ayane soñaba con penetrar esa negrura aunque no volviera a conocer la paz mental.

De ese mismo modo solo había ansiado una cosa antes: comprender la psiquis de su padre.

Ambos tenían un alma similar. Era un regalo envenenado, una pirámide con toda suerte de tesoros faraónicos enterrados en las tinieblas de sus pasadizos; una joya maldita que no podría merecerse sin antes haberse expuesto a trampas mortales. Los dos reservaban su inquietante

definición de amor para quien pudiera permitírsela. Y es que era alto el precio que había que pagar para convertirse en la prioridad de un hombre como aquel: contemplaba el descenso a los infiernos, para lo que había que sacrificar el último resquicio de cordura ante sus puertas.

Pero, a la vez, Black Russian y Kincaid no se parecían en nada. El ruso se refugiaba en una historia de truculencias que quizá ni siquiera fueran suyas para proteger la vulnerabilidad que se le escapaba cuando prodigaba una caricia temblorosa.

Su padre, en cambio, era el terror encarnado y sin paliativos.

¿Y dónde encajaba Jace?

En una sencilla conclusión.

A Ayane le gustaba sentirse querida por su marido. Siempre la había mantenido con los pies en la Tierra, a flote en el mar tempestuoso en el que a menudo se convertía la morbidez de sus deseos. Pero ella nunca había dejado de ansiar algo más. No ya la pasión de otros hombres, sino la imposible e incluso nociva obsesión del más infame de todos ellos. Soñaba con alguien que pusiera el mundo patas arriba y, aun cuando lo persiguiera una jauría de perros, todas las inteligencias internacionales y el diablo armado hasta los dientes, volara a su lado para preocuparse por las pequeñeces de su vida cotidiana. Un villano para el que ser la princesa de la torre encantada ante la que desplegar sus encantos ocultos.

Esperaba que la amaran de forma insana, como en una película de acción que se sostenía por una terrible trama de venganza. Como en un drama histórico que subrayaba la condición prohibida de su relación. Como solo Romeo se había enamorado de Julieta: con una dosis de dolorosa tragedia que convirtiera una caricia en un acto de rebelión, mas no por eso perdiera su ternura, porque con tan solo la delirante promesa de sus brazos tendría que lograr que mereciera la pena cada segundo del sufrimiento.

Aquello se parecía peligrosamente a lo que Black Russian le daba con sus celos.

Sobrepasada por el modo en que sus pensamientos se habían alienado con las manos del ruso, Ayane sintió que caía en una espiral de locura. En el fondo que tocaría una vez más la esperaba el orgasmo. En el silencio de la habitación, aun rebajado por el pitido de los oídos, resultaba más fácil que se filtrara la música de la fiesta, que con toda probabilidad habrían subido para que sus gritos no llamaran la atención.

You keep dreaming and dark scheming
You're a poison and I know that is the truth
All my friends think you're vicious
And they say you're suspicious
(...)
I feel like I'm drowning

I'm drowning

You're holding me down

(...)

Yeah, just when you're not around me

My life's okay[27]

Su cuerpo se rindió por fin a la deliciosa tortura de sus manos, las pinzas, su mirada fija. Cerró los ojos mientras el orgasmo la devoraba como el fuego a una papirosa, y se arqueó deliberadamente para que él se deleitara con la visión de su cuerpo semidesnudo en una postura de ofrenda.

Para cuando el clímax ya había oxigenado todo su ser y estaba más que preparada, más que ardiendo, para aceptarlo todo, incluida la atrocidad de desearlo tanto, lo miró a la cara.

—Fóllame…, por favor.

Black Russian esbozó una sonrisa ladina, regocijándose a su manera sobria, e introdujo los dedos en los finos extremos de la ropa interior. El tanga se deslizó por las piernas de Ayane con una facilidad que pareció burlarse de ella. No le importó ni cómo acabaría el interrogatorio, si con su muerte o su encierro, ni saber si se vengaría de su omisión de la verdad. Buscaba descargar la tensión, la rabia y también el miedo a lo que pudiera ser de ella después a través del sexo.

Si iba a morir asesinada por sus enemigos, al menos merecía disfrutar del último regalo de la vida.

Pero él solo empezaba a descubrir la variedad de funciones de su juguete. Se desabrochó el cinturón sin contemplaciones y lo arrojó al suelo, sosteniéndole la mirada con desafío en todo momento.

Ayane rompió el contacto visual para obtener una vista privilegiada de su miembro erecto.

¿Qué le habría excitado?, se preguntó, tentada. ¿Haberla dominado? ¿Haberla tocado?

¿Cuál era la clave para volver loco a aquel hombre?

Black Russian aprovechó que el arnés le sujetaba a ella los brazos sobre la cabeza para rodearle los muslos por detrás e instarla a abrazarle la cintura con las piernas. Ayane echó las caderas hacia delante para sentir más cerca su erección, caliente y vital como una hoguera. Este hundió los dedos en su carne y frotó su dureza contra la expuesta hendidura de un modo delirante. Gimoteó, rogando abiertamente para que la colmara. Black Russian obedeció apoyando la frente contra la de ella mientras la iba penetrando centímetro a centímetro, como si quisiera darle tiempo y espacio para notarlo en su totalidad.

Ayane bufó en voz alta cuando ya lo contenía íntegro en su interior. Cruzó los tobillos a su

espalda para asegurarse de que no se movía. Pero se movió, y, oh, cómo se movió. La agarró de la melena con intención vengativa y la sostuvo en un puño contra su nuca húmeda para empezar a embestirla salvajemente desde el principio, nada que ver con la dulzura de la primera noche. Ayane lo prefirió así, e incluso se sintió sobrepasada porque pareciera saber antes que ella misma lo que necesitaba. Leía las peticiones de su cuerpo con una facilidad a menudo alarmante. Pero en esos momentos solo podía llamar felicidad al placer y el alivio que experimentaba entre unos brazos comprensivos, unos brazos diestros, unos brazos con las medidas exactas para abarcar todas y cada una de sus fantasías.

Black Russian aumentó el ritmo más si cabía. Cada acometida era más cruda que la anterior, y aunque no le estaba haciendo daño, Ayane lo sentía tan profundo que había empezado a hiperventilar de puros nervios.

No podía ser casualidad que hubieran acabado en un lío de brazos y lenguas. Él, calculador hasta lo enfermizo, tenía que haberlo dispuesto todo de antemano. Había tomado el relevo de Mekhong no ya para protegerla, sino para demostrarle que podía disfrutar del sexo que a ella le gustaba, más morboso, más extremo; de que había regresado a la vida porque en la mente de aquel hombre nunca había llegado a desaparecer.

Black Russian le devolvía lo que era, lo que solía ser, con cada embestida.

Sudaba a mares y tenía la mirada desenfocada, la mente perdida en la nube de éxtasis.

Careciendo de dominio sobre sí misma, no se responsabilizó de sus balbuceos.

—Lo… siento… Siento haberte… mentido.

—Oh… Qué tierna —susurró él. Le retiró los mechones húmedos que se le habían pegado a la cara con infinita dulzura. Para ello tuvo que rebajar la velocidad de los embates, mas no la intensidad—. No pensarás que eso de que seas agente del FBI me ha roto el corazón.

—¿Te ha… puesto cachondo? —Apretó los ojos cerrados cuando él la sujetó desde más abajo y con firmeza para hundirse más profundo—. Oh, Dios mío…

Se inclinó para darle un delicioso mordisco en la barbilla y habló contra su piel salada.

—*Malyshka, malyshka*… No me excitaba antes, no me excita ahora.

—Ya sabes mi nombre… real… Simplemente… dilo.

Estaba tan desesperada por llegar al clímax de su mano, por que él la llenara con el suyo, que ni siquiera se dio cuenta de lo que había querido decir con su respuesta hasta que habían transcurrido unos calurosos segundos de cuerpos moviéndose como poseídos contra el otro.

Ayane abrió los ojos para enfrentarlo.

—¿Qué… has dicho? ¿Lo… sabías? —jadeó con la voz ahogada. Black Russian le regaló un casto beso en los labios que la hizo suspirar. Casi parecía un beso de disculpa: se disculpaba él por habérselo ocultado, y la disculpaba a ella por haber estado ciega—. Cuando en el

aparcamiento dijiste que… querías volver a verme, ¿tú…? Oh, por favor… —sollozó—. Me vas a matar. No pares…

Una parte de sí misma sabía que debía tirar del hilo y averiguar desde cuándo estaba al corriente de su condición de agente. Pero nada le importaba más que seguir probando sus labios llenos, que incitarlo a colmarla una y otra vez con ese sentido de urgencia desmedida que reservaba para ella, que iba a terminar de volverla loca si no lo estaba ya.

Ayane aulló al alcanzar el orgasmo. Un temblor desmedido se apoderó de su ser y la puso a tiritar durante los segundos más delirantes que podía recordar en mucho tiempo; segundos en los que no le temió a la muerte y tampoco a la vida monstruosa que la había apresado. Segundos en los que se creyó eterna e intacta, aún bella y perfecta, como si el camino para llegar hasta allí hubiera sido igual de natural que respirar.

Supo que él se había unido a la liberación cuando, tras una última embestida, sintió el denso calor de su semen empapándola entera y chorreando entre sus muslos húmedos. Black Russian le rodeó la mejilla con una mano, y Ayane giró la cara hacia esta para restregarse como una gata mimosa; para besar con los labios y lamer con la lengua su palma caliente. Lo miró buscando indirectamente su aprobación, y se topó con una visión que la sacudió de puro gusto: tenía el rostro empapado de sudor, las mejillas coloreadas y un brillo sobrenatural en los ojos más azules del mundo.

Ojos azules que *eran* el mundo.

—Encantado de conocerte, Ayane —dijo él con la voz ronca. Oír su nombre en sus labios le sentó como una caricia en una cicatriz—. Yo soy Sacha.

Capítulo 35

En cuanto los dos se recuperaron de la sesión, Sacha alargó las manos para desarmar los nudos de la cuerda. Ayane no había apartado la mirada de él, perpleja porque le hubiera dicho su nombre sin que ella se lo hubiera tenido que pedir.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza fantasear con conocer su verdadera identidad. Estaba demasiado ocupada tratando de descifrar su fachada, compleja de por sí, y lidiando con las consecuencias de los últimos acontecimientos.

Ahora que lo tenía delante, de vuelta a ese ánimo saturnino que solo lograba ahuyentar a través del sexo, se permitió sentir curiosidad por quién era en realidad.

Sacha, se llamaba.

—¿Cómo se escribe? —se atrevió a preguntar con voz queda.

—Con «c», aunque se pronuncia con ese.

—¿Es diminutivo de Aleksander?

—Ajá —respondió, concentrado en deshacer el amarre—, pero nadie me ha llamado nunca así.

—¿Ni siquiera esa madre que sorprendentemente quieres?

Él exhaló una risa cáustica. Desde su posición, estirado con los brazos en alto a un palmo de su cara, la miró a través de las pestañas. Eran de una tonalidad de rubio ceniza mucho más oscura que las raíces de su pelo.

—Nunca le di motivos para que me llamara a gritos por nombre y apellidos con la intención de darme una buena azotaina.

—Está claro entonces que no te convertiste en un tío peligroso después de haber sido un niño travieso.

No le extrañaba. Si se hubiera permitido imaginarlo con veinte años menos, lo habría concebido como un chiquillo silencioso al que le gustaba jugar a solas y obedecía a su madre sin oponer resistencia.

La imagen la llenó de una insólita ternura.

—No me cuesta obedecer órdenes si entiendo y comparto el trasfondo. De todos modos, en el pueblo jamás me dieron razones para portarme mal —añadió con su acostumbrada ambigüedad.

Sin apartar la vista de él en busca de una explicación más detallada que no llegaría, Ayane se frotó las muñecas doloridas por la presión de las cuerdas. Esperó de pie ante Sacha a que se empleara retirándole las pinzas de los pezones, que aún causaban estragos.

No era la única parte de su cuerpo que había mantenido la excitación al rojo vivo. Parecía que nada de lo que aquel hombre pudiese hacer para satisfacerla fuera a ser suficiente.

Haberse encaprichado de Sacha hasta caer en una espiral obsesiva era estremecedor. Le había pasado antes con otros amantes, con su propio marido, aunque a mucha menor escala. Probablemente porque el contexto intensificaba las emociones de un modo casi doloroso.

Su reacción a Sacha era desproporcionada. Sentía que la vida empezaba en sus reencuentros y quedaba en pausa tras la despedida.

Ayane lo miraba con lógico recelo mientras él retiraba la primera pinza del pezón. Emitió un siseo que se mezcló con un suspiro de alivio cuando le cubrió el pecho con la palma y comenzó a acariciarlo en círculos.

Se abandonó a la sensación con los ojos cerrados.

—¿Y ahora qué? —musitó, tratando de concentrarse. Seguía con la mente nublada, demasiado débil para tenerse en pie siquiera, pero una situación tan delicada bien merecía el esfuerzo de tomar la iniciativa—. En cuanto salgamos de aquí, Mekhong te pedirá explicaciones sobre tu manera de… llevar el interrogatorio, y luego me mandará matar.

—A mí ese tipo no me da órdenes.

—Pero habrá oído…

—He desconectado el comunicador, y las cámaras no traducen el movimiento de los labios. Aparte —prosiguió, ladeando la cabeza para clavar una mirada ávida en el pecho que amasaba con una pericia criminal—, me extrañaría que tuviera el menor interés en cargarse a una agente federal. Es un sádico. Te permitiría conservar tu vida siempre y cuando él pudiera venir de vez en cuando a humillarte y regodearse en tu sufrimiento.

—Pero sigo siendo una agente. ¿No teme que le delate si me escapo?

—La cuota de riesgo le dará más morbo. —Ayane se mordió el labio para no replicar una provocación: «¿Como el que está claro que te da tocarme así mientras valoras mis escasas probabilidades de supervivencia? ¿Quién es el sádico?». Las palabras se le habrían atascado en la garganta de haber tratado de pronunciarlas, aturullada como estaba por las caricias—. Sobre todo cuando descubra que no sabes nada.

—Ah, ¿no sé nada? —replicó con una ceja enarcada.

Su arrebato arrogante fracasó en el momento en que él le pellizcó el pezón, apaciguando a la vez que multiplicaba el delicioso ardor de la zona. La sospecha de que la estuviese preparando para un segundo asalto la sofocó, más aún cuando Sacha curvó los labios en una de esas sonrisas condescendientes que inexplicablemente le fascinaban.

—Ni la mitad de la película.

—¿Y eso te complace?

Sacha la miró a los ojos.

—¿Que desaprovecharas en mi nombre todas las oportunidades que te puse en bandeja, dices? No demasiado. ¿Aún no sumas dos y dos? —se burló con cierta dulzura—. Te garanticé una plaza en Fuego y Sangre para eso, *malyshka*. Para que te enteraras de algo.

Ayane apretó los labios para manifestar disconformidad hacia su socarrona benevolencia. Pero, a su manera, él daba a entender que le gustaba tanto su ingenuidad como la deploraba, y ese interés dual fomentaba una tensión sexual a la que no era inmune.

—¿Y también me has mantenido aquí para eso?, ¿para que consiga información? Porque, como ya sabes, he estado ocupada intentando sobrevivir.

Él le quitó la otra pinza del pezón, esta vez sin ninguna delicadeza. Aunque sintió un doloroso pellizco, el calor no tardó en extenderse en torno a la areola y producirle una descarga placentera. Sacha intentó contagiarse de esa energía pulsante cubriéndole el pecho y aplastándolo con suavidad.

—Piensa, *malyshka* —arrastró las palabras con una atractiva languidez—. Piensa.

Se agachó hacia su escote y envolvió el pezón con la boca para asegurarse de que hacía justo lo contrario: perderse en la ardiente humedad de los labios que la succionaron, en los pacientes toques que le dio con la lengua para ir lenta y gradualmente transformando el dolor en puro éxtasis. Ayane le cubrió la nuca con la mano, instándolo a permanecer ahí, y echó la cabeza hacia atrás, entregada a sus tortuosas atenciones.

Aquel hombre tenía una boca desconcertante de tan versada en todas sus posibilidades. Si se paraba a contar las ocasiones en las que le había escamoteado semejante placer, una oleada de indignación le teñía las mejillas.

El pensamiento sirvió para remontarla a un pasado cercano. No le costó repasar cada una de las interacciones que había tenido con el que entonces solo era Black Russian, porque todas ellas habían tenido ribetes de sensualidad; una sensualidad similar a la que condensaba con sus caricias. Gimió al notar el dulce mordisco que le dio alrededor del pezón y hundió más los dedos entre sus mechones rubios.

«Piensa, *malyshka*, piensa», se repitió, molesta porque el canalla no entendiera que en semejante situación le fuera imposible formular oraciones con sentido, no se dijera ya entrar en reflexiones.

Pero entonces surgió como un rayo la clave de la cuestión: Sacha la había invitado a un misterioso evento nocturno, especial por su exclusividad, en el que «encontraría exactamente lo que iba buscando».

Si ya entonces sabía quién era, ¿solo pretendía hacerle un favor?

—¿Por qué cambiaste de opinión? —musitó Ayane con la respiración entrecortada.

Sacha soltó el pezón que estaba torturando y se irguió, alto como era.

Parecía que lo que a ella la volvía loca no fuera más que un juego para él.

—Te lo dije. No estabas preparada.

—¿Tú también piensas que estoy verde? —farfulló.

—Muy verde. —Para suavizar el golpe, posó el canto de la mano contra el pecho que no había humedecido con su saliva para tentarla con un masaje sugerente—. Si permites que un hombre te distraiga de tus objetivos, no mereces otra consideración, *malyshka*.

—¿Qué consideración mereces tú, entonces, que sea lo que sea que pretendas cuando buscas contactos y reunirte con japoneses de Sapporo, te dejas embaucar por mi presencia? —contraatacó, y le soltó un manotazo en la muñeca para que se detuviera.

A él no le disgustó la demostración de carácter, porque amenazó con sonreír.

—No he dicho que seas la única persona que está verde en el mundo.

—Ni siquiera soy la única persona que está verde en esta habitación.

No se daría por satisfecha con una confesión indirecta.

Quería oírlo con todas las letras.

—Dejarme entretener por una mujer no es lo más idóneo —reconoció, transcurridos unos instantes—, y todavía estoy valorando cuántos problemas podría acarrearme…

—Ah, ¿eso es lo que soy? —se quejó con retintín—. ¿Un entretenimiento?

¿Le estaba exigiendo una confesión de amor a un traficante?

¿Cuál era su problema?

—... pero es improbable que llegue a dejarme absorber hasta perder el sentido por un mero pasatiempo —prosiguió sin hacerle ningún caso, confirmando su irrelevancia—. Por cautivador que sea —apostilló.

¿Habría querido aplacarla al ver que empezaba a irritarla con su desdén?

—¿No te ha traído ya problemas, acaso? Te recuerdo que has tenido que cargarte a dos Cheng consecutivos por mí.

—«Por ti», no. Por tu culpa —corrigió con sorna—. Pero ahora soy el dueño del casino. No hay mal que por bien no venga. La hermana menor de Cheng no quiso hacerse cargo porque vive al margen de la red y se niega a participar en un negocio manchado de sangre. Me lo vendió al enterarse de que he estado tratando con la directiva y los accionistas durante el tiempo suficiente para conservar la empresa.

—¿Por eso no te preocupa que Mekhong tome represalias? —Ayane enarcó una ceja—. Antes has hablado de «lo que haría», en condicional, y no creo que fuera porque a veces te cuestan los verbos en inglés.

—Creo que lo sensato para que no se desate una guerra civil es decirle que te he matado y esperar un tiempo prudencial antes de enviarte a otra parte. —Le sostuvo la mirada un instante antes de apartarse. Ayane estuvo a punto de gemir en desacuerdo. Aún le dolían los pechos, y ese dolor se había derretido como la mantequilla al sol para enardecer otras zonas erógenas de su

cuerpo. Lo vio arreglarse el cuello desbaratado del frac y dirigirse a la licorera del despacho como quien había levantado allí su imperio. Mientras seleccionaba entre los alcoholes de espaldas a ella, añadió con una desenvoltura sospechosa—: A tu casa, si quieres. Era lo que habrías conseguido si hubieras apagado el *walkie*, ¿no? —Y le lanzó una mirada significativa por encima del hombro que venía a recalcar lo que ya le había dicho: que estaba lo bastante verde para cometer un error de principiante tras otro.

Que Ayane se quedara con el trasfondo de ese vistazo y olvidara por un instante la promesa que acababa de hacerle de mandarla de vuelta a Washington fue significativo.

Pero no se percató de ello.

—Todo el mundo se equivoca —se defendió, tirándose del vestido hacia arriba para cubrir su desnudez.

—Y el más grande de todos ellos ni siquiera lo has cometido tú —convino esta vez con un asentimiento alentador—. Que tu jefe te mandara a desmantelar una red de trata cuando hasta el momento solo habías trabajado en fraudes fiscales y otros delitos burocráticos… «de cuello blanco», creo que se llaman, lo dice todo.

Ayane aún estaba ocupada vistiéndose cuando le lanzó una mirada perpleja.

—¿Y tú qué sabes de lo que hacía con mi vida antes de ti?

—Leí tu ficha. —Se giró hacia ella y, con las caderas apoyadas en el mueble de la licorera y una parsimonia hipnotizadora, vertió dos dedos de vodka en un vaso. Se lo llevó a los labios, pero no llegó a beber, como si en el último momento le hubiera asaltado una idea escandalosa—. ¿No has pensado ni por un momento en que la estrategia federal podría haber sido deshacerse de ti?

Dejó de alisar las arrugas del *qipao*.

—¿Por qué iban a querer deshacerse de mí? —preguntó con hosquedad.

Sacha cruzó un tobillo sobre el otro y miró al fondo del vaso con aire informal.

—A lo mejor porque eres la hija del Yakuza —sugirió, y dio un largo trago a la bebida.

El corazón se le paró al escucharlo.

No solo había sabido desde el principio que era agente del FBI, sino que para colmo había memorizado su nombre, su árbol genealógico y las misiones que le habían encomendado.

Sintió miedo de estar a merced de unas habilidades sobrenaturales que pasaban por mucho lo idiosincrásico de la simple inteligencia. Ahora que no tenía sus manos encima y era consciente del peligro que representaba, no le costó organizar sus pensamientos y comenzar la segunda parte del interrogatorio: el que tenía como objetivo sonsacarle la verdad a él.

—¿Cuándo supiste que era agente del FBI, si se puede preguntar?

—En el preciso instante en el que te conocí.

—¿Me viste cara de heroína?

—Me he perdido —fingió desorientación, todavía con la mano de la copa suspendida en el aire—. ¿Qué tienen que ver los héroes con los federales?

—Más aspectos comunes habrá entre ellos de los que puedas fardar tú, ¿no te parece?

—No, no me lo parece. Pero saquémonos los ojos por nuestras diferencias laborales en otro momento —la invitó con una sonrisa frívola—. Lo único que le pasa a tu cara es que es muy bonita.

—¿Entonces? —insistió, furiosa porque el inesperado cumplido la hubiese sonrojado.

—Pasa que soy un criminal —resolvió con sencillez.

—¿Y eso significa que hueles los uniformes federales ya de lejos?

—Significa que, si no supiera qué aspecto tiene la hija de Frankie Kincaid, no me estaría tomando a mis ídolos muy en serio.

—¿De qué coño estás hablando? Eso es demasiado incluso para ti, que pareces el puto Anonymous. Es imposible que me hubieras visto —replicó a la defensiva. Tuvo que resignarse a no poder abrochar el cuello del vestido, con el que había estado batallando con los dedos temblorosos. Se cruzó de brazos para que la tela del escote no se derramara sobre su pecho—. Mi imagen nunca ha salido en prensa por todo ese rollo de la protección de los menores, y a duras penas aparezco mencionada como «la hija». Sí, vale, es verdad que la gente de la agencia habla —añadió a regañadientes, agachando la mirada hacia las puntas de los pies—, pero fuera del circuito de Washington dudo bastante que se corriera la voz de mi existencia.

—Kincaid tiene una foto tuya en su celda —resolvió con sencillez.

Un acceso de emoción hizo que se le saltaran las lágrimas al imaginar a su padre escondiendo el recorte debajo de la almohada, hablándole como si ella estuviera allí. Tuvo que darse la vuelta para refugiarse en la falsa sensación de que aún podía gestionar sus emociones en privado.

Debería haberlo imaginado. Su padre le pedía una foto suya cada cierto tiempo para ir descartando las que por edad habían quedado obsoletas. Así no perdía de vista que su niña seguía creciendo aun cuando él no podía ser testigo de sus progresos. De hecho, era Kincaid quien se presentaba en casa y proponía llevarla de la mano a un discreto estudio para inmortalizar su imagen de miles de maneras distintas.

Su padre se reía con el coqueto descaro con el que Ayane había posado incluso cuando apenas levantaba un palmo del suelo; con la valiente iniciativa con la que pedía que le pusieran ese tocado o aquel. Luego, el fotógrafo, que no tenía ni idea de quién era el tipo con gafas de sol, gorro calado y barba crecida que sonreía de pie a su lado —ni la propia Ayane podía imaginarlo —, se sentaba ante el ordenador con las cabezas de sus clientes flotando sobre los respectivos hombros y se carcajeaban juntos pasando las fotos hasta que ella señalaba la que más le gustaba.

Kincaid deslizaba una tamaño carné en el forro de la cartera, y luego la guardaba en el bolsillo

interior de la chaqueta que deliberadamente colindaba con su corazón. Ayane siempre se reía con el gesto de devoción incondicional con el que dejaba la mano sobre el pecho, igual un soldado al cantar el himno nacional.

—No es que yo lo haya tratado en persona —oyó que decía Sacha, del que se había olvidado por completo—, pero he lidiado con personajes de la yakuza que saben de tu existencia y lo van comentando por ahí. Algunos incluso enseñan una foto de la foto porque por lo visto les pareces una monada.

Reacia a seguir hablando de su padre, Ayane apretó los puños.

—Bueno, ¿y qué? Soy una buena baza para el FBI. No me mandarían a una misión suicida.

—A mí me parece que el hecho de tener en plantilla a la hija del Yakuza les quita bastante credibilidad como agencia. Se supone que se dedican a encerrar a la gente como él y a cuestionar de por vida a los sujetos de los que se rodean. A lo mejor por eso no te han encontrado aún. No será porque tengan recursos limitados. Los presupuestos de tu oficina no son un secreto de estado como sí pueden serlo los de la CIA.

Ayane se giró hacia él con el cuerpo en tensión.

—Estás intentando manipularme para que no quiera volver a casa, ¿no es así? —ladró para esconder su agitación—. Qué falta de originalidad. Ya lo hiciste el primer día al recordarme entre líneas que allí no queda nada para mí. ¡Mucha suerte si crees que puedes ponerme en contra del FBI! ¡Sobre todo cuando la alternativa es confiar en ti!

La reacción de Sacha fue levantar las cejas, asombrado con su exabrupto.

—Créeme, *malyshka* —respondió con un fondo de sarcasmo apenas apreciable—. Cuando no he intentado quitarte de en medio, me he quitado yo. Estoy tan entusiasmado con tu presencia en Shanghái como tú misma.

Ayane recibió aquella contestación igual que si la hubiera apuñalado en el pecho. Trató de rebelarse contra sus estúpidos sentimientos, heridos porque no le costara recordarle que su vida le importaba un carajo. No tan poco como para acabar con ella, pero, desde luego, tampoco lo suficiente para que pudiera sentirse cómoda aferrándose a su vínculo con él, confuso y hasta enfermizo.

El lejano recuerdo de la tarotista hablándole de su destino acudió a su mente en un *flash*: «Tu relación con este hombre estará signada por la lujuria más arrolladora, pero ahí donde arderás por él, el contenido romántico de vuestro vínculo será pobre».

Y tan pobre, pensó con una tristeza impotente.

Por desgracia, la teoría de que Wray hubiera tenido una agenda oculta desde el principio no era del todo rocambolesca. Quisieron a Riley para el puesto porque era una agente eficaz y con un renombre innegable dentro del cuerpo. El motivo por el que Ayane había sido una alternativa

real para infiltrarse en Fuego y Sangre nunca estuvo relacionado con sus habilidades, sino con que sus conocimientos sadomasoquistas y su juventud la ayudarían a no desentonar en el ambiente.

Al principio no quiso aceptarlo porque era demasiado orgullosa para menospreciar sus esfuerzos. No dejaba de ser una agente que cumplía todos los requisitos y pasó las pruebas pertinentes para entrar a formar parte del FBI.

Pero no se podían tapar ni el sol ni la verdad con un solo dedo. No por mucho tiempo.

Y, ahora, el sol la estaba cegando.

No habrían podido deshacerse de ella de otra manera sin que Ayane presentara una queja formal por trato discriminatorio. Tenía tanto derecho a aspirar a su puesto actual como cualquier hijo de vecino. Pero si moría en una operación que, para más inri, había insistido en encabezar, ¿quién podría reprocharle nada al director?

«Estás desvariando. Seguro que le puedes sacar la puntilla a toda decisión que se te ocurra. Si a esas vamos, Jace te propuso abrir la relación en Tailandia porque pretendía tirarse a Susan a tus espaldas; encaja, claro que encaja, pero no por ello tiene que ser verdad», se dijo a la desesperada.

Por una vez, apelar al sentido común le sirvió para relajar los hombros y enfrentarse a Sacha con otro tipo de actitud.

—Que seas el dueño del casino no significa que Mekhong vaya a permitir que pongas en peligro su tinglado dejándome ir de rositas —retomó.

—No es su tinglado. En teoría, es el mío.

—En teoría —repitió Ayane—. Supongo que lo dices porque a ti no te da miedo que una agente revele tu posición y saque a la luz tus delitos, tanto así que estabas dispuesto a meterme en la boca del lobo para ayudar a los buenos. ¿Qué eres ahora? ¿Un ángel vengador?

Aunque intentó pronunciarse en tono de mofa, fue perceptible el fondo de esperanza que convertía su pregunta en un ruego: «Por favor, sé también de los buenos».

Sacha se percató de sus deseos ocultos y la miró largamente.

—Desde luego, si existe una forma de embellecer mis actividades y elevarlas a la categoría de los doce trabajos hercúleos, estoy seguro de que serás tú quien la encuentre.

—Pues no sé cómo lo voy a hacer si no me dices qué coño te proponías al convertirme en tu cómplice —espetó.

—No quería que fueras mi cómplice. —Dejó la copa vacía a su espalda y apoyó las manos en el borde de la mesilla—. Solo pensé que, si te dejaba husmear a tu aire, podrías rellenar algunos de mis huecos en blanco.

—Porque por supuesto que habría compartido mis avances contigo —se burló.

—Después de compartir otras cosas… —dejó caer con intención—, ¿por qué no?

Ayane jadeó hacia el público invisible que habría sido testigo de su insinuación.

—¿Te habrías acostado conmigo solo para sonsacarme información?

—Haría hasta lo que no imaginarías que se puede hacer con tal de averiguar lo que quiero —sentenció con una vehemencia impropia de él.

No merecería la pena tratar de interrogarlo sobre esa búsqueda de respuestas que marcaba la dirección de sus pasos. Y, aunque hubiera existido la más remota posibilidad de conocer la verdad, aquello la había ofendido tanto que no pudo resistirse a rugir:

—Incluido sacrificar tu voto de castidad, por lo que veo. Qué pena que lo acabaras haciendo de todos modos, y para nada.

—Tampoco es que se folle «para algo», *malyshka*. Lo que no quita que sea gratificante.

Ayane se rio sin energía, apenas exhalando por la nariz, y esperó a reponerse del desengaño para abordarlo desde la conveniencia.

—¿No te ha preocupado en ningún momento que, en mi proceso de investigación, desmantelara tu negocio? ¿No se te pasó por la cabeza que podría ser más peligrosa de lo que parezco y que podría sorprenderte?

—Se me pasó. Vagamente —reconoció con un cabeceo—. Pero si con «mi negocio» te refieres a la trata, no me importaba que llevaras a Mekhong ante la justicia o que encontraras a las dos americanas.

—¿Se supone que no participaste en el secuestro de Jaylani y Amelia?

—Participé en esos secuestros tanto como participé en el tuyo. Me da igual dónde estén, en un agujero o en casa de sus padres, y lo mismo aplica para mis compañeros de Fuego y Sangre. Ni ellos son mis mejores amigos, ni retener a las mujeres es de mi interés.

—¿Que no es de tu interés? ¿Qué cojones haces, entonces?

—Tengo otros objetivos. —Se impulsó desde el borde de la licorera, donde había estado recostado con aire informal durante la conversación. No le extrañó que cambiara de tema. Lo hacía siempre que la charla empezaba a tomar derroteros personales—. Aunque no creo que Mekhong se atreva a darme órdenes, me podría meter en un problema que piense que estoy encaprichado contigo y que no tengo valor para matarte. Así que… —echó a andar hacia ella con una lentitud reflexiva— considerando que me toca volver a Koh Phangan para preparar la próxima edición de Fuego y Sangre, sería interesante sacarte a ti antes de aquí, mandarte a la isla y anunciar que te he hecho desaparecer. Podría quedarme algo que sirva como prueba del delito… —meditó, ya de pie ante una Ayane nerviosa por su proximidad. Enredó la mano en un mechón de pelo negro—. ¿Cómo te sentaría perder un dedo?

Ayane puso los ojos como platos.

—¿Qué coño dices? —Le dio un manotazo en el dorso para sacárselo de encima.

Él soltó una risa socarrona.

—No, quizá no. Se te da demasiado bien usar las manos. Ya improvisaré —resolvió, pero a Ayane le costó creerlo.

Sacha nunca se habría presentado como un hombre impetuoso. Apostaba por que, mientras el mundo dormía, su mente seguía maquinando para al día siguiente proceder a la consumación de sus planes con una precisión de cirugía a corazón abierto.

Salvo cuando estaba con ella, se animó a pensar.

Pero lo pensó con prudencia, con sigilo. Era menester no volver a caer en la trampa de creer que era especial. Él lo había dejado claro, a fin de cuentas. Aunque para Ayane se podía tener sexo para huir de uno mismo y crear un vínculo especial, Sacha le atribuía otras connotaciones.

Ninguna de estas era emocional.

En lugar de marcharse, como tenía por costumbre hacer cada vez que daba una conversación por zanjada, Sacha se la quedó mirando con la cabeza ladeada. En su semblante afloró una sombra de burla reservada a sí mismo.

—¿Estás conforme? —le preguntó con benevolencia.

—¿Desde cuándo importa mi opinión? —replicó con marcado desdén—. Antes no me has preguntado qué me parecía el interrogatorio o qué me parecía que me ataras y me pusieras unas pinzas en los pezones después de ver morir a mi compañero.

Sacha la tomó de la barbilla para instarla a mirarlo a la cara. Su sola contemplación, y a una distancia íntima, la hechizó de tal manera que si bien no olvidó que estaba dolida por sus confesiones, sí se le ocurrió recordar que aquel hombre era su perdición.

—Eso es porque a veces sé leer entre líneas.

—¿Qué líneas lees tú? ¿Las que trazan límites infranqueables?

Él se inclinó sobre ella con ningún otro objetivo que pulverizar su determinación.

—¿Estás enfadada conmigo? —susurró muy cerca de sus labios.

Había una chispa de picardía en la pregunta.

Ayane quiso girarle la cara, negarle el saludo, pero el olor a bosque siberiano de su perfume masculino la derrotó. Aun así, halló el valor para musitar:

—No. Yo también iba a acostarme contigo para sonsacarte información, así que…

Él se rio, encantado con la ingenuidad de su afirmación. Y aunque ella podría haber ardido de rabia porque fuera tan fácil interpretarla, se dio por aplacada cuando Sacha la besó en la comisura de la boca.

—Tienes unas cosas, criatura… —murmuró antes de apartarse, lo que le dio un respiro.

Ahora que la excitación se había esfumado o por lo menos no clamaba protagonismo, Ayane se paró a pensar en la sordidez de haberle rogado que la tocara en la misma habitación en la que Kingfisher había sido asesinado.

Se le helaba la sangre.

No había tenido tiempo para reflexionar sobre sus inquietantes prioridades. No había querido hacerlo, tampoco. Pero aquel morboso atrevimiento bien merecía que agachara la cabeza y se responsabilizara de las acusaciones de Sacha: además de estar verde e irrevocablemente obsesionada con él, algún tipo de trastorno había tenido que desarrollar por su culpa.

Era preferible colgarse la etiqueta de loca que aceptar que era una mala persona.

Kingfisher jamás la habría perdonado por hacer algo así, y aunque nunca le habían importado de veras los sentimientos de su compañero —apostaba porque a él tampoco los suyos—, se acordaba de cuando en Koh Phangan confesó sentir una debilidad por ella y se la llevaban los demonios.

Se consolaba alegando que no había dejado de temer por su vida en el transcurso del interrogatorio de Mekhong. Durante un efímero pero determinante segundo, había creído que moriría allí. Prefirió hacerlo anestesiada por el deseo que suplicando con lágrimas en los ojos y siendo hiperconsciente de su inferioridad.

A fin de cuentas, nunca le había parecido que rogar por sexo pudiera cuestionar su orgullo. No cuando había dos personas involucradas en una pasión correspondida.

Pero eso no era el consuelo definitivo.

¿Cómo diablos iba a querer dedicar sus últimos minutos en la Tierra a complacer a Sacha? Era la clase de hombre que, un rato después, admitía haberla utilizado y se atrevía a pedirle un dedo en bandeja para que su muerte fuera verosímil.

«Porque no quiere matarte aun teniendo que hacerlo», le recordó la vocecita interior.

Ayane habría seguido martirizándose por su propia crueldad si él, como si se sintiera atraído por todas y cada una de sus crisis emocionales, no la hubiera rodeado con toda naturalidad para abrocharle el vestido.

Le colocó primero la melena sobre un hombro y prodigó una caricia distraída al hueso saliente que inauguraba la región cervical. Después de cerrar el botón de marras, Ayane sintió la tierna presión de sus labios en el nacimiento del pelo, el mismo punto donde el vello se le erizó. Tuvo que cerrar los ojos para convencerse de no desvelar una vez más su debilidad con un suspiro imprudente. Pero por Dios que con un gesto tan sencillo conseguía que dejara de sentirte culpable. Sin hacer nada, lograba convencerla de que nada que tuviera que ver con él era un error o un delito.

Era simple y llanamente lo que tenía que ser.

Capítulo 36

Por motivos de seguridad, Sacha vació la suite que habían compartido y la trasladó a una de las habitaciones del casino de la última planta. Esta era considerablemente más modesta, en teoría cerrada al público, y solo Singapore tenía permitida la entrada y salida para proporcionarle lo básico: alimento además de compañía.

Durante las tres semanas que transcurrieron hasta que el viaje de regreso a Tailandia se materializó, Ayane disfrutó de tiempo a solas para reflexionar sobre los cabos sueltos y las dudas que Sacha había plantado en su cabeza… además de buscarle una justificación a las sensaciones con las que no quería identificarse.

Querido Jace:

Empieza a avergonzarme escribirte, pero aparte de ser catártico, no me veo en condiciones de renunciar a ti. Ni a la cada vez más inverosímil posibilidad de que algún día volvamos a encontrarnos y pueda hablarte con la franqueza con la que ahora puedo expresarme.

Te preguntarás por qué es vergonzoso, porque si algo sabes de mí, es que ni tengo vergüenza, ni la he conocido. No por nada descubriste al poco tiempo de conocerme que soy una crack del karaoke y me gusta bailar en superficies elevadas sin importar quién me esté mirando.

Es vergonzoso porque he perdido mi capacidad para diferenciar entre el bien y el mal.

O, mejor dicho, te he perdido a ti.

Te siento cada vez más lejos. Y tú siempre has sido mi anclaje a tierra, esa voz de la razón que, incluso cuando no estaba por la labor de aceptarlo, me recordaba que mis ideas no eran las mejores.

Te aseguro que fue marcharme de Washington y empezar a actuar como si no encontrara el norte. Y cómo lo iba a encontrar, si me quedaba a miles de kilómetros de distancia. Mi brújula nunca ha dejado de apuntar a ti, o nunca has dejado de ser quien la lleva en la mano.

Por eso puedo imaginarme lo que pensarías de mí si supieras que él y yo nos vemos cada noche.

Creo que esto no lo dirías. Y no porque no lo pensaras, sino porque eres políticamente correcto. Pero apuesto mi alma a que relacionarías mi comportamiento con mi padre. Tantas veces que se me ha llenado la boca diciendo que no sería como él, que, como agente federal, cumpliría a rajatabla las leyes y las normas no escritas, que ostentaría unos principios sólidos… Todo para, al final, sucumbir a la depravación igual que Kincaid.

Quizá yo no haya matado, no haya mentido, no haya robado, pero participo en esas muertes, esas mentiras, esos robos, al recibir a ese hombre con los brazos abiertos. Él es la muerte, la mentira y el robo. No creas que lo pierdo de vista. Solo se me olvida cuando me arropa con su cuerpo. A veces, ni eso, y entonces es peor. Porque lo he tenido sobre mí, y la certeza de que es cruel y peligroso no me ha obligado a detenerme, no me ha ruborizado de vergüenza; por el contrario, he sentido pellizcos de inexplicable regocijo.

A lo mejor es porque, a su lado, mis pecados parecen más pequeños. O porque a su lado mis pecados tienen perdón. Sabe Dios que yo perdono los suyos, los tengo que perdonar de alguna manera, o de lo contrario no le

entregaría lo poco que me queda.

Sé que odiarías este tono lapidario. Me desprecio cuando releo lo que te digo y me topo con una mujer victimista y sin amor propio. Pero si no puedo ser sincera contigo, ¿con quién? Siempre has sido lo único que he tenido, porque no podemos decir que tuviera a mi padre, que permitiera que mi madre me tuviese o alguna otra persona de este mundo se molestara en intentar entenderme como tú lo hacías.

¿Qué consejo me darías si pudieras dejar de lado tus sentimientos? ¿Me dirías que, en vista de mi nueva realidad, es lógico que me sienta atraída por él?, ¿que me aferre al hombre que me protege a su manera? ¿Qué tiene que ver dejarse proteger por comodidad o desesperación con lamentar su ausencia si una noche no aparece? No sé dónde acaba mi necesidad por sentirme a salvo y dónde empieza mi pasión por él. Es pasión, no puedo utilizar otra palabra. No olvido quién soy cuando estoy con él. Más bien me recuerdo. Me recuerdo con nitidez, e incluso me comporto como nunca me habría comportado contigo, desplegando una malicia y un retorcimiento que deleznarías, pero que a mí me hace sentir como si por fin me hubieran dejado nacer. Ya no sé si me consume la obsesión o simplemente esto es lo que me espera, esto es lo que voy a sentir para siempre.

¿Cómo se llama lo que no es obsesión, pero tampoco es amor? Porque si lo quisiera, y sé que eso es imposible, no lo querría como te quiero a ti. Jamás. Y seguro que ahora sonreirías con desdén y sacarías una lista de todos los hombres con los que me he acostado, incluidos aquellos que pagaron por mí y que consiguieron hacerme disfrutar pese a todo, y te preguntarías cómo demonios es eso posible. Cómo voy a quererte y hacerte algo así.

¿Cuántas veces no intenté explicártelo? Incluso te llevé a aquel club BDSM de Washington, nos sentamos en la barra para observar la fauna y traté de explicarte lo que iba pasando por mi cabeza: me gustaba ese, y aquel, e incluso la chica del fondo, y, aun así, deseaba irme a casa contigo. No eran realidades irreconciliables. Pero para ti lo son, y no creas que no me embarga la culpabilidad al pensar en cómo te tomarías que no respetara tus principios. Porque tus principios y tú sois lo mismo. Estáis fusionados de un modo que jamás he alcanzado a comprender, porque entiendo que el pensamiento es fluido, que cambia tras una conversación con un interlocutor que sabe argumentar la postura contraria, que se adapta al contexto vital de cada uno. Pero tú entiendes que el sentido de la moral de uno es inamovible y no debe adaptarlo a su vida, sino que ha de construir su vida de acuerdo a esos principios.

Aun queriéndote con toda mi alma, Jace, y aun destrozada por lo que ha pasado, sigo sin estar de acuerdo contigo. Vivir aquí con tus principios me habría matado el primer día.

Y estoy resistiendo.

No sé para qué, si te soy sincera.

Pero resisto.

Querido Jace:

Esta es la primera carta que te escribo desde Koh Samui. Para más detalle, estoy en el ferry que nos llevará a la isla. El mar está picado y hay un tipo a mi lado que ha vomitado tantas veces en una bolsa de papel de McDonald’s que está al borde del desmayo por deshidratación. Creo que de verlo tan enfermo, he enfermado yo también. Nunca me ha pasado algo así, que un aprensivo me contagie su malestar estomacal, pero también es verdad que jamás había visto a un hombre tan afectado por los mareos.

He acabado vomitando en el baño.

Menos mal que tengo el cepillo de dientes a mano y he podido enjuagarme la boca.

Para no variar, Sacha no me acompaña. Se fue antes que yo y está previsto que nos reunamos en Koh Samui. Por lo que se ve, los preparativos de Fuego y Sangre toman alrededor de cuatro meses, pero ya te comenté en otra carta que uno de los motivos de nuestra precipitada salida soy yo. Yo y mi habilidad para meterme en problemas.

Con esa apuesto que sí estás familiarizado, porque no será por veces que has tenido que sacarme de una pelea física o verbal.

Qué malos ratos te he hecho pasar, ¿verdad? Eres un santo.

Por eso supongo que ahora me ha tocado lidiar con el diablo.

Es verdad que Sacha ha pisado regueros de sangre por mí, pero no termino de creerme que sea porque yo lo valga. Aunque, por más que me quiebro la cabeza, me cuesta relacionar sus actos de generosidad hacia mí con uno de esos planes secretos de los que ni siquiera me habla. Está claro que el sexo suaviza el carácter de los hombres; ahora por lo menos es amable, pero no creas que me confía sus preocupaciones.

¿Querría que lo hiciera? ¿Querría saber qué ha hecho para que Mekhong se crea que ha acabado conmigo? ¿Querría detalles de sus actividades moralmente reprobables? No, y creo que no querría conocer las particularidades de su vida criminal porque me sentiría inclinada a disculparlas.

No estaría disculpando nada nuevo, ¿no? Aunque le negara el saludo a mi padre, nunca fue por sus crímenes. Fue porque me obligaron. Me obligasteis. La gente como tú, ¿recuerdas? Los principios, y todo eso. Los principios que son el final de las mujeres como yo, que se ahogan entre tanta norma no escrita. A veces quiero comportarme como una salvaje y ser la que blanda el cuchillo. A veces quiero volar a Washington y gritarte «¿qué pasa?» a la cara, preguntarte si te crees mejor que yo por ser más firme ante la adversidad y contentarte con una maravilla en vez de con todas las que existan.

Pero todavía soy un animal civilizado… En la medida de lo posible.

Jing y Sun Hee nos han acompañado a Koh Samui. Sacha está muy seguro de que, cuando regresen a Shanghái o se topen de nuevo con Mekhong, no dirán ni media palabra sobre el hecho de que sigo viva.

Yo no lo tengo claro.

Cada vez me odian más.

Singapore las excusa alegando que estoy en una posición privilegiada y que es natural que me envidien, pero me cuesta creerlo del todo porque, de todas las mujeres prostituidas a la fuerza con las que me he topado, ellas no están en absoluto insatisfechas. Es más: van a cruzarse a Koh Phangan para participar en la nueva edición de Fuego y Sangre como deliciosos bocaditos de regalo. Y vienen porque lo han decidido.

Jing dice que pagan bien, y Sun Hee ha soltado con desahogo que prefiere irse con Jing porque se lo pasa de muerte con ella.

Imagina si Vera siguiera entre nosotros. A lo mejor nos habríamos hecho tan amigas que me habría advertido sobre Sacha.

Y, a lo mejor, hasta le habría hecho caso alejándome de él.

—¿Qué has estado escribiendo? —le preguntó Sun Hee, asomándose por el respaldo del asiento trasero. Ayane le dio la vuelta a la libreta por acto reflejo, a lo que la coreana soltó una carcajada indignada. Salió al pasillo tirando de su pequeño equipaje: los tripulantes ya habían indicado que estaban en tierra y tocaba bajar—. Vaya, vaya… Está claro que todo el mundo tiene secretos.

—Tú incluida, seguro —murmuró Ayane.

Se precipitó hacia la salida con el bolsón colgando del hombro para no participar en la conversación. La cobardía no era su estilo, pero tampoco lo era quedarse mucho tiempo junto a personas que la despreciaban.

El desdén femenino era un castigo que nunca se le había dado bien sobrellevar.

—Le dedica cartas a un tal Jace, supongo que un noviete que tenía antes de irse de vacaciones a Shanghái —comentó Jing cuando empezaban a descender por la pasarela.

Ayane fue a apretar el paso para cortar la comunicación, pero observó que, entre los chóferes que sujetaban papeles con los nombres de sus clientes, se erguía un hombre rubio con gafas de sol de la marca Ray-Ban. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y parecía capaz de recibir así a la misma muerte.

La brisa le había alborotado el cabello y hacía bailar el cuello de su camisa negra de lino. Mascaba chicle con la parsimonia con la que lo hacía todo, un movimiento que tensaba su mandíbula recién rasurada; Ayane lo sabía porque había descubierto que se hacía pequeños cortes en la piel cuando le tocaba afeitarse.

Aunque el corazón le dio un vuelco al verlo, se obligó a ralentizar la marcha. Como si no fuera a acabar del mismo modo que siempre, pidiéndole con lágrimas en los ojos que la cubriera con sus brazos y le diera todo lo que tenía, que nunca era poco y, aun así, tampoco suficiente.

Tragó saliva, sobrepasada por un arrebato de timidez que nunca se acostumbraba a sentir pese a que se repetía cada vez que se reencontraban tras un período distanciados.

—¿Un noviete? ¿Y todavía piensas en él? Yo también tenía a alguien en casa, pero por más que me esfuerzo, no consigo recordar su cara —confesó Sun Hee.

Era bastante más amable que Jing, pero se acababa dejando llevar por la mala baba de la china y, cuando no le reía los chistes, hacía comentarios igualmente hirientes.

—Claro que pienso en él —replicó a la defensiva, con una mezcla de rabia y tristeza.

Tener presente a Jace se había convertido en tortura psicológica; de ahí que alternara días de profunda pena con ratos de furia desmedida hacia la situación, hacia el hecho de no poder sacarse de la cabeza el que sería su juicio sobre lo que estaba haciendo.

Ya no era una víctima. Era cómplice del agresor.

—Hombre, si el tío estaba bien dotado… —comentó Jing en voz muy alta. Se aproximaron a Sacha escoltados por un silencioso pero preparado para eventualidades Singapore—. Yo también echaría de menos a un viejo amante si el nuevo no pudiera complacerme. ¿No dijiste algo así hace un tiempo, Hayami? —la pinchó nada más situarse junto al ruso con gesto inocente—. ¿Que, textualmente, «Black Russian folla como el culo»?

—Y que la tenía pequeña —apostilló Sun Hee, cubriéndose la boca para ocultar una risita.

Ayane no se atrevió a mirar a Sacha directamente. No por vergüenza hacia sus impetuosas declaraciones, sino porque temía hacerle cómplice de la emoción que la había desbordado al tenerlo cerca de nuevo.

Solo habían sido unos días de separación, pero los había vivido con la misma ansiedad que aquellos que no sabía qué sería de ella o quién la atacaría a continuación aprovechando que él se

ausentaba.

Observó que alzaba las cejas de manera casi inapreciable para quien no se hubiera estudiado a fondo sus microexpresiones.

—No me digas —comentó Sacha con languidez.

—No pasa nada, Russ. —Jing le dio una palmada en el brazo—. Estamos seguras de que Hayami lo dijo porque estaba enfadada contigo y en realidad no es cierto. Si no, no la habríamos oído gritar más de una noche y más de dos. A no ser que finja los orgasmos…

Sacha ladeó la cabeza hacia la china con gesto aburrido.

—No vuelvas a tocarme, ¿quieres? —le dijo en tono sereno.

Ese tono sereno que escondía una hoja afilada como la guadaña.

Aunque Jing estaba curada de espanto, tragó saliva y apartó la mano enseguida. A la señal de Singapore, inició una caminata impaciente hacia uno de los sedanes con los cristales tintados que las esperaban en la explanada de tierra.

Ayane se atrevió a mirarlo por fin. Se topó con que él la había estado escrutando con esa intensa fijación a la que nunca terminaba de acostumbrarse. No dijo ni media palabra, y ella tampoco se disculpó ni dio la menor explicación. Dedujo que no le importaría un carajo, como todo le importaba un carajo y le importaba inmensamente a la vez y, a su orden, le tendió el equipaje.

Acto seguido, emprendió la marcha hacia el segundo sedán, en el que viajarían solos.

«Solos», repitió la vocecita interior sin ocultar su entusiasmo.

La idea de quedarse a solas con él siempre la había atraído del modo en que la atraían los misterios irresolubles o las escapadas prohibidas. Pero de un tiempo a esa parte, y como su acompañada soledad en una habitación solía conllevar maratones de sexo, Ayane llegaba a sudar de anticipación con el mero planteamiento.

Se fijó en su caminar seguro al dirigirse al coche, en el aire indiferente con el que sacó las llaves y consultó su móvil un instante antes de abrirle la puerta del copiloto y esperar a que pasara.

Sin palabras de aliento, sin caricias robadas.

¿Qué había esperado? ¿Que la cogiera en volandas nada más verla bajar del ferry, como habría hecho Jace?

¿Siquiera soñaba con que Sacha se comportara como su marido?

Aquello la confundiría incluso más.

El ruso entró en el coche unos segundos después, cuando Ayane apenas podía contener las ganas de arrojarse sobre él y cubrirlo de besos. Quizá a Sacha no se le dieran bien las palabras, pero compensaba con las muestras de amor que era capaz de condensar en un abrazo. Y a esas alturas estaba tan hambrienta de afecto que se aferraba a sus noches con el ruso para no olvidar

que podía ser venerada.

Aunque fuese a través de su cuerpo.

En esas andaba pensando cuando Sacha puso las llaves en el contacto, sintonizó una emisora al azar y se abrazó al respaldo de su asiento para salir del aparcamiento con la marcha atrás. El movimiento fue tan brusco que Ayane se tuvo que agarrar al salpicadero. Fue a quejarse, pero observó que cerraba la mano en torno al volante con una crispación inusual, y por un instante se preguntó si la había recibido así porque había ocurrido algo.

Se concentró en la letra de la canción que estaba sonando para no envenenar su mente con preocupaciones.

No podría soportar una sola más.

I hang on everything that you say
You know I can see all the things that imply you secretly are in love
And finally when I let myself fall hard for you I
See you trying to pretend like I'm making it up[28]

Estaba a punto de bufar, mosqueada porque aquella tuviera que ser la letra de la condenada canción, cuando, al poco rato de haberse incorporado a la carretera de tierra que salía del puerto, Sacha dio un volantazo que encajó el vehículo entre la vegetación de los alrededores.

Aunque no hubo riesgo ninguno de estamparse contra los árboles, Ayane gritó, asustada por el golpe. Fue a girarse para maldecirlo, pero él ya la estaba mirando con los ojos entrecerrados.

Pulsó un botón secreto del volante que tumbó en horizontal el asiento de Ayane, otro movimiento inesperado que le aceleró la respiración. Sucedió tan rápido que no le dio tiempo a tomar cartas en el asunto: Sacha le quitó el cinturón y se encaramó sobre ella para aplastarla con su cuerpo.

—Conque follo como el culo —comentó en tono de sospecha, y siguió masticando con parsimonia el chicle de menta. Ladeó la cabeza para admirar desde otro ángulo la expresión de asombro de Ayane, que de pronto no podía siquiera respirar.

Guio las manos a su pecho para apartarlo, pero al sentir el calor que emanaba su piel a través del escote, sintió tantos celos porque la caricia del sol lo hubiera estado tocando que arrugó la camisa entre los puños.

—Lo dije hace mucho tiempo —se justificó ella, más por el deseo de resolver la rencilla cuanto antes para besarlo que porque lo sintiera—. Ni siquiera había pasado nada aún. Me lo inventé porque estaba furiosa.

Sacha chasqueó la lengua con afán reprobador.

—Mentir está muy feo, *malyshka*. ¿O acaso has reafirmado tu teoría durante este tiempo?

—¿Y qué si así fuera? ¿Vas a dejar de follarme si te digo que lo haces mal? —Enarcó una ceja—. Si he herido tu orgullo masculino, con más razón deberías demostrarme que estoy equivocada haciéndomelo de otra manera.

Sin ningún tipo de vergüenza, despegó las caderas del asiento para rozarse sinuosamente con su bragueta.

—¿Cómo iba a demostrarte nada con mi polla pequeña? —Hizo un puchero, y suspiró como si le hubiera roto el corazón—. Caray… Si salgo perdiendo por comparación, debe de ser porque tu Jace tenía un instrumento perverso.

—¡No le menciones! ¡Y menos ahora! —rezongó con las mejillas ruborizadas—. ¡No te ha hecho nada!

—Eso es cuestionable —replicó en tono sombrío—, pero a ti sí que te hacía cosas maravillosas, ¿no?

—Me hacía caso más a menudo que tú, si quieres seguir con esas —le espetó de mala manera —. ¡Al menos me habría dicho hola antes de intentar estrellar el coche conmigo dentro!

—Hablas como si no hubiera que sorprenderte constantemente con giros de guion para mantener tu interés. Y yo no quiero seguir con nada —señaló en tono inocente. Se apoyó en uno de los codos para poder bajarle la cremallera del top estilo ciclista con la otra mano. Fue tan lento y concienzudo que parecía que quisiera pintar una línea recta con un pincel—. Eres tú la que ha empezado.

—¿Yo? ¿Quién es el que de pronto actúa como si le importara una mierda lo que piense Jing? ¿Ahora resulta que eres sensible cuando se cuestiona el tamaño de tu polla?

Sacha lanzó una mirada soñadora al techo del sedán, como si necesitara pensárselo. El gesto le ofreció a Ayane una vista irresistible de su cuello recio, la nuez de Adán y un mentón afilado que no pudo resistirse a besar. Sacha le dio el gusto de quedarse quieto mientras ella desplazaba una boca sedienta de él a lo largo y de la barbilla y la garganta. Lo agarró de la media melena para acercarlo más hacia sí y recorrió la forma de la mandíbula con la punta de la lengua.

—Puedo ser sensible de vez en cuando —confesó con la voz ronca.

Agachó la cabeza para poder mirarla, interrumpiendo sus desenfrenadas atenciones, y la sujetó por el cuello para acercarla a su cara.

Sacha posó una mirada viciosa en su boca jadeante e introdujo la lengua para delinear el borde interior de los labios. Se sacó el chicle con aire desenfadado y lo arrojó por la ventanilla bajada, y cuando Ayane ya estaba al borde de las lágrimas por el beso que no llegaba, Sacha se adentró en su boca empujando su lengua con la de él.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —gimoteó Ayane cuando la dejó respirar—. ¿Aquí…? —Deslizó la mano por su vientre plano y la metió bajo los vaqueros para agarrarlo de la polla. Se humedeció

la comisura de la boca con gesto complacido al notarla endurecida—. Joder… Al menos una parte de ti admite abiertamente que se alegra de verme.

—Una parte a la que parece que no le tienes tanto cariño como demuestras en público.

Ayane soltó una risita estrangulada por lo equivocado que insistía en estar. Incluso si solo la estaba provocando para que admitiera sus debilidades en voz alta, se dejó manipular empezando a masturbarlo muy despacio, deleitándose con el calor que ahora envolvía su palma.

—¿No lo vas a dejar correr? Sabes que por tu polla sería capaz de matar a alguien.

Se revolvió bajo su cuerpo para rozar sus pezones erectos contra los tatuajes de él. Sacha, satisfecho con la respuesta, le dio el gusto introduciendo el antebrazo por debajo de la nuca femenina y así ponerse cómodo para abordar su boca con un beso sucio. Ella lo rodeó por los omóplatos para mantenerlo tan pegado como fuera posible, restregándose a la vez contra su torso y su bragueta.

Toda propuesta de conversación se fue al traste en cuanto el beso se tornó violento de tan fervoroso. Siempre llegaba ese momento en el que dejaban de ser dos personas y se convertían en un par de lobos que solo pensaban en morderse, lamerse, olerse. La necesidad después de días sin verlo era tan poderosa que Ayane hiperventilaba como si fuera a correrse sin que él tuviese que tocarla, simplemente inspirándose en su forma de embestirla con las caderas con la ropa todavía puesta, en los envites de una lengua que pretendía lamerla entera.

La besaba y la besaba, acariciando a la vez su sien con los dedos de la mano que asomaba por detrás de su cabeza erguida, y la volvía a besar, como el hambriento forzado al ayuno. Ni siquiera tuvo que rogarle. Cuando Sacha empezaba a revolverse, víctima de los primeros síntomas de un orgasmo incipiente, Ayane apartó la mano y él entendió lo que tenía que hacer: levantarle la minifalda de animadora y retirar la fina tela de las bragas de nylon para penetrarla sin contemplaciones.

Ella se abandonó con un suspiro aliviado y llevó el antebrazo a la frente, que notaba ardiendo a la misma temperatura que ahí donde sus cuerpos estaban unidos. Le gustaba tanto follar con los ojos cerrados, centrada en las sensaciones, como vigilando las reacciones de sus amantes, pero a él siempre tenía que mirarlo para no perder la seguridad de hallarse en los brazos correctos.

Y qué brazos. La cubrían como si quisiera protegerla del mundo entero, igual que la cariñosa sombra que proyectaba sobre ella y que a ratos parecía seguirla por todas partes.

Ayane cruzó los tobillos a su espalda y elevó las caderas para sentirlo más intensamente.

—Sigue haciéndolo —le rogó entre suspiros entrecortados, agarrándose a su pelo—. Oh… Admite que me has echado de menos… Admítelo.

Él afianzó los codos a cada lado de la cabeza de Ayane para que las embestidas fueran más limpias, más certeras; su cuerpo, envuelto ahora en una camisa húmeda por el sudor que le hacía parecer un caramelo derretido al sol, se movía como una marea implacable sobre ella. Más

implacable era su mirada, aun así, que en su riqueza de matices lograba emitir destellos socarrones.

—¿Y qué me das a cambio?

Ayane ya nunca se contenía para no gritar, pero en ese momento decidió morderse el labio para poder lanzarle una mirada desvalida que lo decía todo.

—¿Qué más podría darte? —gimoteó—. El casino, China, el mundo… Todo es tuyo.

—Yo no diría que todo.

—¿Qué te… falta…? Joder… Joder —balbuceaba, meneando la cabeza a un lado y al otro—. Vuélveme… loca… Más todavía.

—¿Eso quieres? —inquirió en tono sugerente con la boca pegada a su mandíbula. Abandonó un beso en el lateral de su nariz—. ¿Que te vuelva loca?

—Sí…

Sacha le lanzó una mirada que parecía prometerle que se iba a enterar. Una maniobra de despiste, porque se retiró, abandonando el calor de su cuerpo cuando Ayane empezaba a perder los papeles.

Pretendía quejarse, pero él fue más rápido tomando la siguiente decisión: abrir la puerta del copiloto y salir a la intemperie con la erección tensa bajo los pantalones desabrochados.

Ayane se incorporó, extrañada y con las piernas separadas. En lugar de tenderle una mano con ese ademán burlón que había patentado, Sacha la sacó del coche de un tirón de muñeca, como si fuera su prisionera. Y aunque el trato salvaje le trajo un vago recuerdo de cuando había sido maltratada previamente, encontró un placer secreto que rayaba en el sufrimiento físico al volver a vivir la violencia desde un plano sexual, solo que de la mano de quien nunca le haría daño.

¿O sí?

¿Le importaría que se lo hiciera?

Sacha la empujó contra el capó del coche y le separó las piernas con la rodilla en lo que ella encontraba el equilibrio apoyando las manos con propiedad.

—Siempre me han encantado las faldas —confesó para sí mismo, levantándosela hasta desvelar lo que había debajo.

Prodigó una atrevida caricia a la curva de sus nalgas, que quedaban a la vista por culpa del carácter revelador del tanga. Imaginar sus enormes manos cubriéndola casi por completo la excitó, y dobló los dedos que había apoyado sobre el vehículo para tratar de reprimir un escalofrío.

—No es la primera vez que llevo una —balbuceó sin saber por qué. Se la comían los nervios —. En el avión a Koh Phangan…

—Lo sé —la cortó con un gruñido que parecía lamentar su inacción en el pasado.

Ayane lo miró por encima del hombro y, aunque el pulso le latía a la velocidad de la luz por la

expectación, se atrevió a sacudir las caderas para provocarlo.

—¿Ya te gustaba entonces?

—Las mujeres como tú sois como un millón de dólares. Le gustáis a todo el mundo.

—Eso no es verdad… ¿Qué me vas a hacer? —gimoteó en un murmullo histérico—. Nos van a ver los coches que pasen por… por… la carretera.

—¿Y qué? —Le bajó la ropa interior de un tirón impaciente. Lo siguiente que Ayane sintió fue la presión de su polla erecta contra los pliegues húmedos. Su entrepierna todavía se contraía por la agonía del clímax malogrado, contracciones que se intensificaron cuando él plantó una mano posesiva en la base de su espalda y fue trepando hasta agarrarla de la nuca—. ¿Ya no te gusta hacer el canalla?

La respuesta era sí… y no. Le gustaban las canalladas más que nunca, por eso en las últimas semanas se había dejado hacer toda suerte de virguerías; las que Sacha improvisaba y las que ella se atrevía a pedir cuando se sentía preparada. Ahora Ayane sabía lo que estaba dispuesta a soportar, y podía soportarlo todo porque ya lo había hecho. Ya había sufrido torturas sexuales y no sexuales que no cabrían en una autobiografía. Estaba lista para repetirlas con un hombre que pudiera transformarlas en una práctica irresistible.

Pero solo con ese hombre. Solo ese hombre podía tomarla al margen de la carretera, como los crueles que pateaban a los perros abandonados en los polígonos, y que no solo no se sintiera humillada, sino que la experiencia la revitalizara.

Sacha interpretó correctamente la mirada nublada por el deseo que le lanzó por encima del hombro, y la embistió de un empellón que la hizo resbalar sobre el capó. Ayane apoyó la frente sobre la brillante superficie del sedán y notó cómo la nube de su aliento iba imprimiéndose en la carrocería conforme él la penetraba.

Oía los gruñidos de Sacha, oía pasar a los distintos vehículos por la carretera cercana; incluso oía la música de la radio todavía preparada. El calor exterior trataba de aletargarla, pero su polla era más poderosa y se imponía, obligándola a espabilar. Notaba la presión de sus palmas, y, de pronto, el hormigueo de un azote que la hacía gemir en voz alta. El violento vaivén de sus caderas la sumió en un sopor propio de sueño febril y por instante pensó que se desmayaría, demasiado mareada. Juró que se deshidrataría de tanto que sudaba sobre el capó, de tanto que su sexo chorreaba muslos abajo.

Cuando estuvo segura de que el delirante atropello de su cuerpo acabaría con ella, la intensidad de otro azote desencadenó un orgasmo que había estado preparándose para arrasar con todo. Buscó a donde agarrarse, con las palmas demasiado húmedas, pero no pudo y, cuando los tobillos le flaquearon, se derrumbó sobre la superficie inclinada descansando la mejilla.

Cerró los ojos y sonrió, en el limbo entre la consciencia y la inconsciencia, cuando él la llenó con su calentura apenas unos segundos después. Seguía sintiendo sus manos sobre las nalgas

doloridas por las palmadas, el sexo irritado por la comprensión que Sacha continuaba ejerciendo al negarse a apartarse.

Creyó que así era como se sentía el cielo después de tanta oscuridad.

No supo cuánto rato transcurrió hasta que él se apartó, le puso el tanga en su sitio aun a riesgo de empaparlo con los fluidos de ambos, y la ayudó a recuperar el eje vertical.

Ayane se mareó tanto que trastabilló y acabó como una criatura desvalida entre sus brazos.

—Estoy… un poco… —murmuró con la boca seca—. Indispuesta.

—Te has puesto pálida —señaló él quedamente. Le habría gustado ver su expresión para averiguar si parecía preocupado, pero le costaba abrir los ojos y se limitó a acurrucarse contra su pecho—. ¿Qué tienes?

—No pasa nada. Me ha gustado… Me gustas —siguió balbuceando—. Es solo que venía mareada en el ferry. Quiero… dormir.

Incluso sin verlo, supo que había asentido con la misma determinación con la que ejercía su dominio sobre Shanghái. La acompañó al asiento del copiloto y la ayudó a sentarse, y, con delicadeza, le puso la cabeza en una posición cómoda. Rodeó el coche casi al trote, y, nada más ocupar el piloto, le lanzó a Ayane una mirada que rayaba en la inquietud.

Alargó una mano hacia ella para girarla delicadamente en su dirección y examinar su rostro sudoroso.

—No has sido demasiado duro —respondió ella a su duda implícita, esa que por orgullo o por dificultades comunicativas no expresaría nunca.

Aunque era improbable que fuera a martirizarse en ningún momento, le demostró que ansiaba seguir cerca de él pasándose a su asiento con una torpeza que podría haberla avergonzado. Pero solo sentía vergüenza después, nunca cuando estaba con Sacha. Nunca cuando estaba debajo de Sacha, o, como entonces, justo encima, sentada de lado para poder echarle los brazos al cuello y apoyar la cara en su hombro.

Después de cerrar los ojos, sintió la vibración del coche en marcha y la dulce presión de la mejilla de Sacha contra la suya, el gesto que repetía cada vez que ella perdía los papeles o rompía a llorar para tratar de tranquilizarla.

La familiaridad de la caricia la hizo sonreír como en un sueño.

En esa posición, gracias al vaivén y al agradable ritmo de la música de la radio, se fue quedando dormida.

Capítulo 37

Querido Jace:

Hace dos meses llegué a Tailandia.

Mejor dicho, regresé.

Aunque estuve sobre todo en el resort de Fuego y Sangre y apenas salí a explorar la isla, tengo la impresión de que es un sitio radicalmente diferente del que pisé hace ya diez meses.

Diez meses, ¿te lo puedes creer?

Cuando pienso en mi infancia, apenas recuerdo fragmentos de mis padres discutiendo, de mi madre comprando billetes de autobús mirando por encima de su hombro, de mi padre reapareciendo con los brazos extendidos, como un pájaro noble que fuera a echar a volar… Nada más significativo que eso. Es como si los diez primeros años de mi vida, incluso doce, no hubieran existido. No hubieran sido míos.

¿Son acaso nuestros los años que dependemos de otros para sobrevivir?

Deberían empezar a sumarnos edad a partir de la adolescencia.

O desde los veintiuno.

Aunque no es que el tiempo se me escapara menos a partir de la mayoría de edad.

Lo que quiero decir con toda esta absurda perorata es que no soy consciente de años enteros de mi existencia, pero siento estos últimos meses como toda una vida. Han sucedido tantas cosas que, si escribieran un libro sobre mí, quienquiera que lo leyese estaría entretenido.

Aunque tendría que tener estómago.

Yo, ahora mismo, el estómago lo tengo regular. Parece mentira que haya sobrevivido a palizas y abusos, pero sea un virus estomacal lo que me esté pasando factura.

Llevo encontrándome mal desde que salí de Shanghái. A lo mejor es por el cambio de tiempo, porque estar de vuelta donde empezó todo siempre es confuso o porque simplemente me tocaba y ya. Siento que Dios se niega a dejar de experimentar conmigo. Que gira la ruleta de pesadillas y arroja contra mí la que el azar escoja. No puedo decir que ahora mismo esté peor que nunca, pero ya sabes que jamás se me ha dado bien estar postrada en una cama. Soy muy mala enferma.

Soy muy mala en todo, en realidad. Sacha supo quién era desde el momento en que me vio; el resto del tiempo estuvo jugando conmigo. No sirvo para mantener una identidad secreta, ni para infiltrarme exitosamente en una cloaca infestada de ratas, ni para resistirme a las promesas de la noche, ni para proteger a Kingfisher, ni para serte fiel, ni para evitar que me violen.

Ya no sirvo ni para expulsar un maldito virus.

Ojalá estés cuidando bien de mi recuerdo, porque no volverás a verlo y alguien tiene que mantenerlo con vida.

Querido Jace:

No te he hablado mucho de Sacha en las últimas cartas porque no soportarías oírlo. Pero creo que mi silencio dice mucho, demasiado, y resulta igualmente atronador. Así que te apaciguaré diciendo que, aunque se pasa a comprobar que no he muerto todavía en esta lujosa habitación de hotel, está muy ocupado organizando el evento de Fuego y Sangre.

Ya sabes cómo es Sacha, o cómo *no* es. No es ruidoso, ni vehemente, ni aprensivo. Por eso, a su lado, la preocupación de Singapore es incluso halagadora.

¿No es patético que dependa de la piedad de los hombres que me rodean para no sentir que estoy sola en el mundo? Estar enferma es lo peor que te puede pasar en mi situación. Solo puedes dormir (sufrir pesadillas) o aburrirte con tus pensamientos, que, en mi caso, más que generarme aburrimiento, me descorazonan y me llevan a preguntarme qué hago aquí, si es esto lo que me espera de por vida.

Ojalá pudieras hacerme saber de alguna manera que todavía me quieres, Jace. Si todavía me quieres, si pudieras prometerme que me querrás cuando me veas, aguantaría con tesón.

Pero cada día que pasa estoy más débil, más mareada, más harta, más triste.

Creo que la vida se ha acabado para mí. A lo mejor pensamos que nuestra infancia es feliz en una inmensa mayoría de los casos porque no nos acordamos bien de lo que sucedió. A lo mejor por eso tenemos diez, doce años de recuerdos inconexos y una agradable sensación de haber estado protegidos: porque cuando llegue la edad adulta, recordaremos.

Lo recordaremos todo y será insoportable.

Para mí lo está siendo, Jace.

¿Qué es lo que me espera? ¿Seguir aquí sentada, hablándote, hasta cumplir una edad a la que ni Sacha ni nadie me deseará para tenerme decorando un dormitorio?

Odio mi cuerpo. Odio que le dé placer a un hombre como él. Odio que en mi mapa físico le resulte tan fácil encontrar mis puntos secretos. Odio mi falta de carácter, mi vulnerabilidad, mi inutilidad, mi corazón roto, mi salud, mi aspecto demacrado, el pelo que se me cae, los ojos que me lloran.

Odio llorar. Odio estar aquí. Creo que también odiaría estar allí. Odio vivir sabiendo que esto permanecerá conmigo, enterrado dentro de mí, pujando por salir para mancharlo todo: la rabia, el dolor…

Te quiero, Jace. Debería haber sabido que perdiéndote a ti lo perdería todo.

Ojalá no te hubiera abandonado.

Unos toques a la puerta la obligaron a levantar la cabeza de su tarea. Cerró el cuaderno, lo escondió bajo la almohada y se preparó para recibir al primer hombre que no era ni Sacha, ni Singapore.

Nada más ver entrar al médico prometido —o con el que más bien la habían amenazado— en la habitación, Ayane se incorporó y se abrazó las rodillas en una postura inocente para preguntar:

—¿A que no me pasa nada?

Su sonrisa se tambaleó al reparar en que Singapore lo escoltaba con gesto sombrío.

Aunque no se enorgullecía de su labor, nunca había dejado de mirar a los ojos a las chicas una vez las conocía por nombre propio.

Esa vez, en cambio, no se atrevió a levantar la cabeza.

—Este es el doctor Saman Bunmi, uno de los mejores de la isla, por no decir el mejor. Habla inglés, así que voy a dejar que él te explique los resultados de la analítica —dijo Singapore.

Con la intención de darles intimidad, se retiró hacia un rincón de la estancia.

Ni siquiera llegó a sentarse. No dejaba de crujirse los nudillos con impaciencia.

Ayane estiró las piernas sobre la cama, sintiéndose incómoda de pronto, y le lanzó una mirada

expectante al médico.

Se trataba de un hombre bajito pero robusto. Vestía de traje, lo que le hacía sudar hasta el punto de llevar un pañuelo de tela en la mano para secarse la frente cada siete segundos exactos.

No traía ningún tipo de carpeta o material de apoyo. Se limitó a mostrarle sus respetos a la enferma con un asentimiento informal y arrancó a hablar con una indolencia natural que estuvo a punto de darle esperanzas.

No podían ser las peores noticias si se expresaba con tanta parsimonia, ¿verdad?

—Algunos valores de la analítica están considerablemente alterados, pero teniendo en cuenta su juventud y el historial que me ha proporcionado su amigo —señaló a Singapore con un cabeceo—, no me extraña. Está usted baja en hierro y en azúcar; nada que no se pueda solucionar con una dieta equilibrada. Por otro lado —prosiguió después de pasarse el pañuelo por la cara—, como el análisis ha sido muy completo para descartar patologías, en los resultados se han detectado unos niveles altos de GCH.

—No entiendo.

—La gonadotropina coriónica humana es una hormona muy concreta que básicamente anuncia un embarazo. Es raro que conlleve otro tipo de diagnóstico, pero, por si acaso, creo que su amigo ha comprado un par de test bastante fiables por si le resultara… difícil de creer. Por otro lado, si estuviera en condiciones de trasladarse al hospital, uno de mis especialistas se ocuparía de realizar una exploración para determinar…

Ayane había dejado de escuchar al oír la palabra «embarazo».

Fuera de eje, esbozó una sonrisa incrédula y buscó la mirada de Singapore, que había levantado la cabeza para observar su reacción.

Soltó una risita estrangulada.

—¿Cómo ha dicho?

Singapore se aproximó sin su diligencia habitual, más bien como si no quisiera llegar nunca a su destino. Pero lo hizo, y sacó del bolsillo un par de cajas de plástico. Aunque estaban en Tailandia, debido a la cantidad de turistas comercializaban marcas internacionales, porque leyó a la perfección la frase «test de embarazo».

La sensación de vértigo se intensificó, y su primera reacción fue arrojar las cajas al suelo con un manotazo histérico.

—¡Aleja eso de mí! ¿Qué cojones quieres decir? —le ladró al doctor, incorporándose con dificultad. Pretendía agarrar al médico de las solapas de la chaqueta, pero en el último momento se sintió tan débil que tuvo que apoyar una mano en la pared. Mirando a Bunmi con espanto, repitió—: ¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Puede más o menos hacerse una idea de cuántas semanas está contando desde su último

período…

—¡Hace meses que no me baja la regla! ¡Se me cortó por el estrés, y por los nervios, y por no comer, y…! ¡Y…! ¡Tomo la píldora! —gritó, más para justificarse ante sí misma.

—¿Con rigurosidad? —inquirió el médico, que debía de estar acostumbrado a semejantes reacciones. Ante el delator silencio de Ayane, Bunmi continuó sus explicaciones—. Es muy difícil que los anticonceptivos hormonales fallen si se es consistente en la ingesta, pero la mayoría de las mujeres olvidan tomarla todos los días. En estos casos de discontinuidad, el porcentaje de noventa y nueve por ciento desciende a un noventa y tres por ciento. Si me permite decirlo —prosiguió con tiento—, que se haya quedado encinta significa que o bien es una mujer muy fértil, o bien ese niño tiene muchas ganas de nacer.

—Haga el favor de callarse —le gruñó Singapore, que ni siquiera necesitó comprobar la palidez de Ayane para saber que el comentario le había sentado como una puñalada.

«Ese niño tiene muchas ganas de nacer».

Un niño.

Por Dios bendito.

Un niño.

Lo primero que acudió a su mente conforme la idea fue tomando forma en su cabeza, no fue la pregunta obvia: qué pensaba hacer al respecto. Un recuerdo que parecía tener milenios de antigüedad la asaltó a traición.

«Si regresaras segura de tus sentimientos por mí y habiendo cumplido tus deberes con éxito, me gustaría que tengamos un hijo.»

Un hijo.

Involuntariamente, se llevó la mano al vientre, pero sus dedos no llegaron a rozar la piel que el top dejaba a la vista.

La apartó enseguida, como si fuera de pronto corrosiva.

—¿De quién? —musitó sin voz. Buscó apoyo en Singapore y lo halló en la mirada compasiva que le devolvió—. ¿De quién es? ¿De cuánto estoy?

El doctor torció el gesto, sin ocultar el prejuicio hacia el hecho de que no pudiera saber quién era el padre. Pero Ayane estaba demasiado nerviosa para siquiera plantearse discutir.

Era cierto que solo se había acostado con Sacha en los últimos tres meses, pero si resultaba estar embarazada de doce semanas, podía ser tan hijo del ruso como de cualquiera de los celadores que la mantuvieron recluida en el sótano.

Era más probable que alguno de estos últimos la hubiera dejado embarazada.

Fueron los días que no pudo tomar la píldora.

Sintió que enfermaba y corrió hacia el baño para vomitar lo poco que había conseguido comer esa mañana. Entonces sí se cubrió el vientre, pero cerró la mano en un puño desesperado con el

que no supo si golpearse a sí misma, a la mampara o al portador de la terrible noticia.

Oyó que alguien entraba y se acuclillaba a su lado para retirarle el pelo de la cara y acariciarle la espalda con infinita paciencia. A través del velo de las lágrimas, vio el gesto amable de Singapore. Esperó a que encontrara la manera de consolarla, como por lo menos siempre lo intentaba, pero debía de estar falto de inspiración.

Quizá no existiera consuelo posible.

Ayane se mordió el labio inferior para reprimir un puchero y se lanzó a abrazarlo. Si no rompió a llorar, fue porque una parte de ella rehusaba creerlo.

En una red de trata, quedarse embarazada era tan loable como morir en una noche de sexo violento. Había observado de lejos el padecimiento de algunas compañeras. En su mayoría, decidían abortarlo. Pero en muchos casos, la pesadilla de haber engendrado una criatura no terminaba con el viaje a la clínica. Había visto cómo muchas de ellas arrastraban la culpa incluso meses y años después.

Cuando se había tratado de su propia supervivencia, Ayane había estado orgullosa del modo en que se había desenvuelto. Había mantenido el tipo incluso en las situaciones más adversas. Pero ahora involucraba a alguien más. Alguien que podría recordarle cada día de su vida algo que, a base de empeño, estaba consiguiendo dejar atrás: la pesadilla de haber sido violada.

—¿Qué voy a hacer? Ayúdame, Niran —sollozó. Era la primera vez que decía su nombre. Ante el gesto de debilidad, Singapore no pudo sino estrecharla con más fuerza—. Por favor.

—Hagas lo que hagas, estaré contigo. Te lo prometo.

—¿Y qué es lo que se supone que…? ¿Debería ir a…? No sé si quiero saber de cuánto estoy. Me dará información que no… que no… que no podría soportar.

—No hay nada en este mundo que seas incapaz de soportar —determinó, y lo hizo con un tono orgulloso que solo tensó más el nudo de su garganta—. Eso dicen los cristianos, ¿no? Dios no te da una cruz que no puedas cargar.

—Pues Dios debe de pensar que soy una mezcla de Terminator y Genghis Khan —bufó por lo bajo. Singapore le rio la gracia con tristeza—. Os equivocáis tanto tú como Él, porque aquí está mi límite.

Hubo un silencio en el que solo se oyeron los hipidos de Ayane.

—¿Quieres… —empezó Singapore, vacilante— que se lo diga a Black Russian?

El corazón le dio un vuelco de solo imaginar su reacción.

En el mejor de los casos, le echaría una fría mirada de arriba abajo con la que daría a entender que la situación no le hacía ilusión. En el peor…

No quería ni imaginarlo.

Para su inmenso bochorno, había dejado de verlo como un hombre sin escrúpulos o sentimientos, pero estaba convencida de que en ningún mundo posible estaría a la altura de un

asunto tan delicado.

Ayane se separó de Singapore para advertirlo con la mirada.

—Ni se te ocurra —sentenció, y se limpió las lágrimas con irritación—. A saber por dónde podría salir.

—Pero si decidieras… Se acabará enterando. Lo sabes, ¿no? Se entera de todo. Todo —insistió.

No había temor en su expresión, pero sí el respeto que merecía la habilidad de la omnisciencia.

Ayane tragó saliva.

—Lo sé, pero… Dios, ¿no existe la posibilidad de que el médico esté equivocado? Debo de tener el cuerpo revolucionado de tantos golpes que me he llevado. A lo mejor ha sido un error, o han etiquetado la muestra de mi sangre con otro nombre y se han confundido. ¡No puede ser que también me pase esto, Niran! —gritó en un arrebato iracundo—. ¡En algún momento tendrá que parar! ¡Que pare ya! —la voz se le quebró.

Singapore la rodeó con sus brazos de nuevo y apoyó la barbilla sobre su cabeza. Ayane se revolvió, como si él fuera el culpable de sus males, hasta que el cansancio acumulado de los últimos meses le agotó la batería.

Enterró la cara en su pecho, que olía como los rayos del sol, como las hojas de menta pura que le gustaba mascar para estar distraído a todos los niveles, con los ojos, con los oídos, con la lengua. Y aunque el dolor la hacía estar muy presente en el momento, su mente se hallaba a leguas de distancia, en esa habitación compartida de un loft de Washington D.C. donde un marido le dijo a su mujer una vez que quería un hijo.

«Pero esto no sería su hijo. Ni siquiera sería un hijo. No podrías quererlo», replicó la voz interior.

Ayane sacudió la cabeza, tan harta de seguir luchando que ya solo rogaba para que todo acabara.

¿Qué sentido tenía? El niño de una bestia en sus entrañas; las entrañas de otra bestia despreciable cuya vida había quedado reducida a los cuarenta y cinco minutos en los que un hombre miserable le prestaba atención.

Se aferró más a Singapore, como si él y su preciosa opinión sobre ella pudieran salvarla, pero la gota ya había colmado el vaso.

Querido Jace:

No hay forma de decir esto suavemente.

Estoy embarazada.

Creo que no sería lo peor que podría haberme pasado si fuera tuyo. Eres el único hombre sobre la Tierra que podría haberme hecho feliz al preñarme, aunque me hubiera muerto de miedo al enterarme.

Desde que salí de la clínica con Singapore, a la que fui para confirmar mis mayores temores, no dejo de preguntarme cómo sería como madre de tu hijo.

No es que nunca me lo hubiera planteado, porque, para bien o para mal, todas las mujeres nos lo cuestionamos. O nos lo han cuestionado. Pero es verdad que no te tomé en serio cuando me dijiste que querías ser padre. Apenas le dediqué un pensamiento indiferente, porque contaba con que volvería de Koh Phangan con el oro y Wray empezaría a encomendarme misiones de mayor envergadura.

Si todo hubiera salido bien, habría disfrutado de unos años en la cresta de la ola. Y, después… Después podríamos haber pensado en el niño. A los treinta y cinco. A los treinta y ocho. No es raro ser madre a esa edad, ¿no? Eres más sabia, y no sentirás que tu hijo te ha privado de disfrutar determinadas experiencias o te ha truncado oportunidades laborales. Puedes dedicarte más a él, a su crianza…

No sé por qué le digo «él».

En mi mente, yo solo iba a tener un varón con tu apellido.

Porque no es que no nos imaginara viviendo a tu manera. Es que no permitía que la idea echara raíces en mi cabeza porque, entonces, le vería el encanto y lo dejaría todo para llevarla a cabo, como hice cuando te conocí.

Ese es mi problema, supongo. Que me gusta todo. Lo quiero todo.

O lo quería.

A la Ayane que era cuando me fui le habría encantado tener a ese niño, y le habría encantado explicarle a ese niño cuando cumpliera cierta edad que su madre y su padre tienen una relación abierta. ¿Ves? Podíamos tenerlo todo. Ahora solo lo estoy teniendo yo, Jace. Tengo una criatura aquí dentro, pero no es tuya, y me siento como si te hubieran arrancado algo que te pertenecía. Siento que estoy haciendo algo prohibido al haberte excluido de esta experiencia que debería haber sido feliz y, sin embargo, es espantosa.

¿Puedo decirte algo? Le odio. Odio a este bicho. No es tuyo, pero tampoco es mío, y, sin embargo, está en mí. Lleva en mí trece semanas, lo que significa que puede ser de tantos hombres diferentes que se me hiela la sangre.

Quiero atreverme a bromear sobre el argumento de *Mamma Mia!*, pero las veces que he intentado reírme, he acabado teniendo un ataque de pánico.

¿Crees que mi madre pensó lo mismo cuando se quedó embarazada de mí? A veces la he pillado mirándome desde la otra punta de la mesa del comedor con gesto sombrío, como si un engendro aberrante se hubiera tragado a su niña y estuviera haciendo los deberes en su lugar con un zumo en la mano.

Ella ya sabía que mi padre era quien era cuando descubrió que tendría a su criatura. ¿Crees que quiso matarme? ¿Crees que lo intentó? ¿Crees que lloraba de culpabilidad, como yo lo hago al pensar en esta… cosa? Porque yo sé, Jace, sé que si mi madre me hubiera eliminado, todo el mundo se habría ahorrado un gran sufrimiento.

Ella. Tú.

Yo misma.

Mi vida no merece la pena. Mi vida merece acabar. Pero ¿y la de este niño? ¿Y si él, contra todo pronóstico, fuera bueno? No quiero ni pensar en ello. No quiero que la culpabilidad me empuje a tomar la terrible decisión de traerlo a este mundo depravado. A este infierno en el que vivo ahora.

Sobre todo, no quiero que venga al mundo porque yo no sé cuánto más aguantaré en él. Y entonces no podría cuidarlo.

¿Sería eso su mayor cruz… o el mejor regalo que podría hacerle?

Ayane soltó el cuaderno de cualquier manera y se levantó de la cama. Una migraña a punto de volverla loca le hizo perder el equilibrio, pero se presionó las sienes con el canto de las manos y esperó con los ojos cerrados a que las punzadas desaparecieran.

Lanzó una mirada a las cartas que había abandonado entre las sábanas.

Le removió el cargo de conciencia de dejar a Jace allí, lo que en los últimos tiempos había empezado a ser Jace. Cogió el cuaderno con cuidado y tuvo la gentileza de introducirlo en el cajón, donde por lo menos tardarían en encontrarlo.

No se puso los zapatos. Bajó las escaleras que conducían a la zona recreativa del hotel, una magnífica piscina con vistas al mar y un jacuzzi. «Si no hay nadie, lo hago. Si hay alguien, será que Dios lo está impidiendo», se dijo, y luego sonrió con amargura.

Ella nunca había sido creyente, pero a algo se había tenido que aferrar en los momentos que sentía que se perdía. Acudió al recuerdo de Jace para refugiarse. Sin embargo, su marido lo era todo y, al mismo tiempo, se presentaba como una poderosa razón para dejarse ir definitivamente.

Dios seguía y seguiría siendo más piadoso y comprensivo con sus pecados que un mortal.

La piscina la recibió en completo silencio. A lo mejor la cerraban por las noches, cuando había poco que ver y el agua dejaba de estar templada. Los focos anaranjados hacían brillar la superficie azul e iluminaban el pasillo hacia la zona de tumbonas y el jacuzzi.

La última vez que siguió un sendero marcado por focos fue en el resort de Fuego y Sangre, cuando, siguiendo la orden de Kingfisher de regresar a casa, fue asaltada por Clericot y sus amigos.

Sabía que Singapore había estado entre esos amigos que se la llevaron por la fuerza. Que la habrían matado si se hubiera resistido. Era otra buena razón para morir: siempre había querido un amigo, pero ¿ese tipo de amigo? Su culpabilidad no podía soportarlo. Tampoco echar la vista atrás y acordarse de la fría templanza con la que la Ayane del pasado afrontó la abducción y el terror venidero, una fortaleza con la que no se identificaba porque había muerto.

Se sentó en el borde de la piscina e introdujo los pies descalzos en el agua. Los movió hacia delante y hacia atrás, creando corrientes circulares.

Alzó la vista al cielo para comprobar que las estrellas seguían allí. Un bello consuelo.

Sin quitarse el fino camisón de tirantes, se apoyó en las manos para separar las caderas del suelo y, en un movimiento totalmente silencioso, se dejó caer dentro del agua.

Agarró el borde de la piscina con las manos para asegurarse de que su cuerpo no trataba de salir a flote. Tenía los ojos abiertos, pero era poco lo que había que ver y no tardaron en dolerle por el exceso de cloro. Los cerró y esperó a ir quedándose sin aire muy poco a poco.

No le sorprendió el curso de sus pensamientos porque nada podía sorprenderla a esas alturas. Se preguntó cómo reaccionaría Sacha cuando supiera que estaba muerta. O cuando supiera que se había matado. Se había planteado dejarle una nota cargada de sarcasmo, algo como: «Gracias

por haberte esforzado tanto en mantenerme con vida, pero creo que a partir de aquí voy a encargarme yo». También había pensado en despedirse de Singapore, que sin duda sufriría porque ese era su don, esa era su condena de Sísifo, ese era el dudoso privilegio de las bellas personas: levantarse cada mañana y empujar un día más la tortura de dolerse por los infelices. Pero se había limitado a escribir en la primera página del cuaderno, que siempre dejaba en blanco, la dirección de su vieja casa en Washington.

Si Jace sabía la verdad, entonces entendería el porqué de su decisión y no pensaría que era una cobarde. Él había arrebatado tantas vidas en el frente que había aprendido a valorar lo que tenía; a glorificarlo, incluso, y a soportar las experiencias más dolorosas con aparente estoicismo porque era lo que le debía a todas sus víctimas. Ella lo entendía, lo respetaba, y por eso tenía que hacerle saber que era su propia víctima y no podía devolverse su vida ya.

¿Para qué seguir, entonces?

Empezaron a fallarle los pulmones, pero siguió en sus trece. Agarró con más fuerza el borde de la piscina y apretó los dientes.

Sentía una retorcida satisfacción interna al estar al mando de aquella operación. Ella lo había elegido. Era la primera decisión firme que tomaba en tanto tiempo que había olvidado cómo era jugar a ser Dios o solo el comandante de su barco. Se permitió sonreír bajo el agua, aun cuando había empezado a arderle el pecho por la falta de oxígeno y una garra la estrangulaba.

No era la forma más agradable de morir, pero sí mucho menos aparatosa que abrirse las venas o colgarse del techo, lo que de todos modos requeriría planificación. Y Ayane pensaba que se merecía algo más lento y doloroso que romperse el cuello.

«Por niña mala», le diría su madre.

«Por mala hija», aportaría su padre.

«Por mala puta», respondería Jace.

¿Y qué diría Sacha?, atinó a preguntarse. Seguro que él también tendría algo que reprocharle.

«Por mala madre», quizá, cuando se enterara de que se había matado con un niño dentro.

Pero cuánto la aliviaba saber que ya no estaría allí para ver su decepción.

Capítulo 38

O eso pensó en su estúpida ingenuidad.

Como estaba cerca de perder la conciencia, apenas se percató de que alguien se abría paso entre las aguas, generando remolinos bajo la superficie que la hicieron moverse como la cola de un pez. Pero sí sintió unas manos firmes agarrándola de las muñecas que seguían haciendo presión bajo el borde.

Tiraron para sacarla del fondo.

Nada más sentir la caricia de la brisa en la cara, Ayane tomó una gran bocanada de aire. Ni siquiera era eso lo que pretendía, no quería seguir respirando, pero su cuerpo eligió por ella.

En su afán desesperado por recobrar la vida, sufrió un ataque de tos.

Cuando por fin pudo abrir los ojos enrojecidos por el agua y fijó la vista en el hombre que tenía delante, la certeza de que había cometido un acto estúpido la sobrecogió. Porque solo un acto estúpido —y de unas dimensiones desproporcionadas— habría conseguido que el rostro de Sacha se descompusiera del espanto hasta quedar irreconocible.

Pero el espanto no duró ni un segundo en su semblante, o al menos no se quedó solo. Una ira gélida le abordó de repente, arramblando con todo a su paso.

—¡¿Qué cojones ibas a hacer, eh?! —le rugió a un palmo de la cara. Como ella estaba demasiado aturdida para responder, Sacha la sacudió, agarrándola aún por las muñecas—. ¡¿Qué coño ha sido eso?!

Tomar conciencia con el hecho de haber estado a punto de huir de todo, incluido el hombre desesperante que tenía ante sí, hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas de rabia.

—¿Y tú qué crees? —le respondió en el mismo tono, tratando de zafarse de él—. ¡Déjame en paz! ¡Estaba perfectamente hasta que has llegado!

Sacha la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Vaya, perdona por irrumpir en tu fiesta de la autocompasión. Solo soy el tipo que ha llegado a cruzar límites infranqueables para tratar de conservar tu vida.

—Oh, ¿por fin tienes el valor de aceptar que te crees el salvador cristiano?

—No lo he mencionado como si fuera algo bueno. Por si no te has dado cuenta, acaba de quedar claro que me he estado preocupando por algo que no te preocupaba ni a ti.

—¡¿Y puedes culparme?! —le gritó a pleno pulmón. Siguió forcejeando con él para que la soltara, pero sus manos se habían cerrado en torno a las débiles muñecas como grilletes—. ¡Que intentes conservar mi vida es una jodida mierda! ¡Es más un castigo que un puto alivio!

¡Déjame…! —pidió, ya con la voz entrecortada por esfuerzos físicos que no surtían efecto.

Sacha se había refugiado en su semblante inexpresivo para no sucumbir a la rabia que hacía vibrar su cuerpo.

Ayane lo veía. Veía cómo temblaba, pero rehusaba apiadarse de él.

—¿Qué ha pasado? —demandó saber, no mucho más sereno—. Ha tenido que pasar algo para que hagas esto. No estabas mal antes.

—¿Que no estaba mal antes? —repitió ella con los ojos como platos—. ¿Has vivido en la misma habitación que yo, acaso? Oh, claro que no. No has estado conmigo ni tres horas en total desde que llegamos a Koh Samui.

—¿Entonces ese es el problema? —Ni siquiera enarcó la ceja sardónica que nunca antes había temido sacar a pasear, así se trajeran entre manos una situación límite. Solo la perforó con su mirada más directa, como si quisiera leerle el pensamiento—. ¿Que no he pasado tiempo contigo y te sentías sola? Tienes a Singapore, que es bastante más amable que yo.

Ayane jadeó, no sabía si más anonadada porque hubiera sacado esa conclusión tan descabellada o porque le estuviese dando explicaciones.

Aunque, en realidad, ¿era una conclusión peregrina?

Una de las razones de su profunda miseria era que solo en su compañía conseguía crear una falsa ilusión de tranquilidad que le permitiera dormir a pierna suelta, sonreír sinceramente e incluso bromear.

Sentirse no ya ella, sino solo un ser humano, no un despojo.

—¡No finjas que te importa una mierda! —aulló Ayane, pero la voz se le quebró y acabó arrojando acusaciones sin ton ni son entre sollozos entrecortados—. ¿En serio puedes culparme por querer acabar con una vida como esta? ¡No puedo depender de que seas cariñoso quince minutos! ¡La vida no puede ser esperar a que me pase algo terrible o me pase algo aún peor! ¡Tampoco puede ser esperar a que tengas un día bueno y me reconozcas como una presencia valiosa en tu… en tu… asqueroso agujero de depravación! Porque ahora, y solo sabe Dios por qué, me dirás algo bonito, pero mañana desaparecerás, o serás tan frío que acabarás convenciéndome una vez más de que me merezco exactamente lo que tengo… que es nada. ¡Nada! ¡¿Qué más te da que me borre?! ¡No vas a notarlo!

Le habría encantado seguir atacándolo, pero el llanto se le atascó en la garganta y rompió a llorar con un desamparo tal que no le quedó ni la esperanza de detenerse alguna vez. Ni siquiera se resistió a las manos que no habían dejado de sujetarla, más porque en el fondo él lo necesitaba para convencerse de que ella seguía allí que porque pretendiera escarmentarla.

A través de las lágrimas no pudo ver a Sacha. Pero aún estaba ahí. Eso también era parte del problema. Que, al final, aunque no estuviese en la habitación con ella, algo le decía que siempre acechaba; que no abría tanta distancia como para no saber en qué estaba pensando.

Incluso si reuniera el valor para apartarlo de sí, no podría.

No le costó ningún trabajo acercarla a él. En el agua, su cuerpo bailó con una facilidad alarmante hacia el cuerpo macizo del ruso, en el que la refugió con un abrazo tan apretado que durante unos segundos no respiró.

Ayane se quedó con los brazos pegados al cuerpo, tratando de asimilar lo que estaba pasando. Sacha había afianzado un brazo alrededor de su cintura con la misma solidez que la barra de seguridad de una atracción de feria mortal. Con la mano contraria le había rodeado la nuca con una delicadeza que podría haberla hecho llorar.

—Habría ido a buscarte —le dijo en japonés, como siempre que decidían hablarse con franqueza en la intimidad—. Al cielo o al infierno, pero habría ido a buscarte.

Ella se estremeció, a sabiendas de que no se le habría ocurrido mentirle.

Él no mentía.

—¿Por qué te importa? —musitó sin fuerzas.

Lo rodeó por la cintura sin presionar, rendida.

—Me importa —atajó.

Su tono no admitía réplica.

Así que no replicó.

Sacha la ayudó a salir de la piscina cargando prácticamente todo su peso contra el costado. Ayane se fijó en que llevaba las prendas del día, unos vaqueros y una camisa oscura. ¿Se habría arrojado al agua nada más ver que ella no asomaba la cabeza? ¿Cuáles eran las probabilidades de que un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo coordinando reuniones fuera del hotel llegara en el momento preciso? Podía ser una señal de Dios, pero se negaba a aceptar que los planes destinados a ella fueran traer al mundo a la criatura estando todavía en el corazón de la trata. Porque aunque no había interrogado a Sacha sobre sus verdaderos negocios en Shanghái y alrededores, no era estúpida. Incluso si no le había hecho daño a las mujeres del círculo del casino, seguía habiendo cometido crímenes que jamás permitiría que viera un niño.

No por nada no había un solo menor de edad en los lugares donde Ayane había ido a parar.

La misma retahíla de pensamientos destructivos asolaron su estado de ánimo en el camino a la suite. Sacha no la había soltado, y ella no sería la que rompiera el contacto.

La sola idea de tener sexo aquella noche, si es que era lo que él se proponía, le produjo un escalofrío, y no de los que la dejaban suspirando de ganas. Considerando los efectos colaterales de un exceso de contacto carnal, consentido o no, Ayane estaba dispuesta a no volver a dejarse tocar jamás.

Entonces dudó.

Si le prohibía a Sacha que le pusiera un dedo encima, ¿lo respetaría? ¿Hasta cuándo? ¿Pasaría por encima de su consentimiento? No había sido una criatura especialmente sexual cuando lo

conoció, pero una vez desatado, había sido imparable. ¿Y si la atacaba por haberle insistido en desmelenarse para luego cerrar la puerta de su habitación?

Una parte de Ayane estaba convencida de que jamás le haría daño. Pero otra la había visto infligir sufrimiento a terceros, y estaría pecando de ingenua si no sopesara la posibilidad de que la supuesta excepción que hacía se volviera contra ella.

Sacha la dejó tiritando de frío en el centro de la suite. A esas horas de la noche hacía una temperatura agradable, pero acercarse cada vez más a las consecuencias de sus actos, reparar en que había intentado acabar con su vida, le había helado la sangre.

Fue hacia el baño, donde el ruso había desaparecido, y se asomó para ver que estaba comprobando la temperatura del agua de la ducha. Luego se ladeó hacia ella, una lobreguez insólita oscureciendo su mirada, y le tendió la mano para invitarla a pasar.

Ayane no quiso desnudarse. Aunque no se le notaba el embarazo y él no podría averiguarlo, ella sí era consciente de su nuevo defecto y no quería ni tocarse el vientre al enjabonarse, ni sentir la menor tentación de mirar hacia abajo.

Cerró los ojos para recrearse en la calidez del agua. Pronto, se condensó en una nube de vapor que le permitió soñar con que estaba en un lugar de fantasía, o, al menos, a solas con su tristeza.

Sacha le retiró el pelo de la cara y se lo echó sobre la espalda. Ya estaba mojado, así que no temía hacerlo de nuevo en la ducha.

Ella alzó la mirada hacia él a tiempo para verle inclinarse y besarle el hombro. Fue a pedirle que no siguiera, que no quería nada de eso, pero claro que lo quería. Lo necesitaba. Sacha solo sabía demostrar que tenía corazón utilizando las manos y los labios. Y cuando sus manos y sus labios la hacían ver el cielo abierto, ¿por qué privarse del consuelo?

Pues porque odiaba ser consolada. Una y otra vez. Odiaba haberse convertido en una víctima, incluso si era de justicia por haber sido egoísta.

Sacha ahuecó su rostro entre las manos y se paró a admirarla con aquellos ojos que la atrapaban cada vez. Sus efectos sobre ella seguían siendo devastadores; conmovedores, incluso, porque le recordaban que todavía podía emocionarse ante la belleza.

Ayane le devolvió la mirada y esperó una sonrisa, pero lo que Sacha le estaba ofreciendo en ese momento era cuanto obtendría.

Y no era poco.

Era, de hecho, todo. Todo lo que se podía pedir.

Ayane suspiró y cubrió las manos de Sacha con las suyas.

—¿Me dejarías verlos otra vez? —le preguntó ella con la voz temblorosa.

Él pareció desubicado.

—¿El qué?

Ayane se llevó los dedos índices a las mejillas, como una de esas graciosas muñequitas

japonesas que volvían locos a los occidentales.

—Tus hoyuelos.

Sacha levantó las cejas, verdaderamente sorprendido.

—Vaya momento para pedirlo, ¿no? —murmuró.

Pero no le quitó el gusto, y, como si le costara poner en funcionamiento los músculos faciales, curvó los labios lo suficiente para que los hoyuelos salieran a saludar. Fue un gesto que no le llegó a los ojos, que no gozó de la belleza de la primera carcajada sincera, pero encerraba significados tan importantes para Ayane que le sonrió de vuelta.

Dudaba que el Sacha que aún se hacía llamar Black Russian le hubiera concedido esa indulgencia.

—¿Me dejarías… ducharme sola?

Él se apartó enseguida.

Parecía que fuera su día de suerte. Conseguir todo lo que quería solo le estaba suponiendo la misma vida. Su sonrisa se malogró con el pensamiento, pero como no tenía que mostrarse de ninguna manera ante Sacha, ni alegre, ni útil, ni nada, no le importó.

Salió de la ducha alrededor de media hora después. Le había costado Dios y ayuda convencerse a sí misma de quitarse el camisón, pero lo hizo manteniendo los ojos cerrados en el proceso.

Se anudó la toalla al pecho y dejó que el cabello empapado goteara a su espalda cuando entró en el dormitorio. Buscó a Sacha con la mirada, y, para su espanto, lo localizó sentado en la butaca de la esquina con su cuaderno en la mano.

Estaba abierto, y a juzgar por su expresión sombría, lo había estado leyendo.

—¿Qué haces con eso? —balbuceó Ayane, demasiado conmocionada por la sorpresa como para enfadarse—. ¡No es tuyo! ¡Es privado!

—Y no lo habría leído si no necesitara una explicación que no vas a darme. —Se levantó del sillón con el cuaderno en la mano, abierto por una de las últimas páginas, y lo sacudió en alto—. Este es tu problema, Ayane. Tienes que dejar de pensar en él.

La perplejidad de ella solo fue en aumento.

—¿Has perdido el juicio? ¿Que Jace es mi problema? ¡Jace es todo lo contrario a mi problema! ¡Es mi casa! ¡Es mi hombre! ¡Tú eres mi problema! —acabó jadeando.

Sacha la escuchó impertérrito. Bajó el brazo y la enfrentó como si no la hubiera oído.

—Eso se acabó hace mucho tiempo. Tú misma lo sabes. Está aquí escrito, aunque en un par de arrebatos de culpabilidad te dediques a escribir «te quieros» vacíos.

—¡No están vacíos!

—Entonces, si te digo que puedo mandarte ahora mismo a Washington, ¿harías las maletas?

Ayane sintió que se mareaba.

Retrocedió instintivamente.

—¿Cómo? ¿Puedes… —tragó saliva— hacer eso?

—Puedo intentarlo. Es peligroso, pero está claro que no te amedrentas ante los riesgos, así que dime. ¿Quieres que te consiga un vuelo en este mismo momento? —insistió sin ocultar su agresividad. Con la mano que no sujetaba el cuaderno, sacó el móvil del bolsillo. La pantalla iluminaba su rostro cuando empezó a trastearlo con toda normalidad—. Mira, hay uno con escala en Tokio. Lo mismo hasta puedes saludar a tu madre.

Ayane lo miraba sin dar crédito.

—¿Por qué haces esto? —musitó con un hilo de voz.

—¿El qué? ¿Ayudarte?

—¡Ponerme en esta posición! —exclamó, desesperada—. ¡Tú fuiste el que me preguntó para qué iría yo a volver después de todo! ¡El tiempo no ha mejorado la situación! ¡Al revés! ¡Es más difícil que nunca, es…!

Solo de pensar en regresar a Estados Unidos estando embarazada de un hombre que podía ser o bien un violador, o bien un criminal con el que se había envuelto en una relación por gusto, se ponía enferma.

Se llevó la mano al estómago revuelto.

Él tuvo que apiadarse de ella, porque volvió a guardar el móvil en el bolsillo trasero e inquirió:

—¿Y bien? ¿No vas a dejar de tenerlo presente?

—¡No lo hago adrede! —hipó.

—¿Me estás diciendo que no hay veces que te tienes que obligar a recordarlo porque tu mente está en otras cosas?

—Él es el pensamiento más agradable que tengo. Y, a diferencia de los demás, no hizo nada mal. No ha pasado nada —repitió entre sollozos—. No puedo simplemente olvidarlo.

—Salvo que sí ha pasado algo. —Sacha dio un paso adelante, y, por un delirante segundo, Ayane pensó que iba a mencionar la complicidad entre los dos—. Ha pasado la vida. Eso es lo que nos pasa siempre y nos jode pero bien. Y no me negarás que la vida tal cual es no tenga el poder de separar a dos personas por más que se adoren.

Ayane se cubrió las sienes con las manos.

—¿Por qué me dices esto? —balbuceó en negación—. Por favor, cállate.

—Me voy a callar, pero antes permíteme decirte algo. —Abrió el cuaderno para pasar las páginas al azar—. Todo esto, Ayane, casi todo lo que he leído, está empañado por la culpa. Son disculpas y duros insultos dirigidos contra ti; insultos que crees que él se pondría en la boca. De ahí que te aterre volver. ¿De veras piensas que el recuerdo de Jace es lo mejor que tienes? ¿Un hombre que asumes que te odiará?, ¿que no te comprenderá…? —Entrecerró los ojos sobre una

página.

—¿Y qué coño va a ser lo mejor que tengo? ¿Tú? —contraatacó con desdén, esperando hacerle solo la mitad del daño que él le estaba infligiendo al decir la verdad.

Pero Sacha ni siquiera la escuchó. Se había quedado inmóvil en el sitio, como si Medusa lo hubiera hechizado con sus serpientes. Ayane fue a sacudirlo, incapaz de soportar que la ignorara en plena discusión, pero al verlo levantar la mirada con el horror pintado en los ojos y pálido como los muertos, no se atrevió a mover una pestaña.

Supo lo que había leído antes de que él, al no poder encontrar las palabras, girara el cuaderno señalando la última carta.

Ayane inspiró hondo.

—De trece semanas —confesó, procurando mantener la calma. Si no lo hacía ella, ¿quién?—. En Tailandia es ilegal abortar a partir de la decimosegunda. El médico que me atendió no perdió el tiempo en señalarlo.

Sacha pareció perder el equilibrio. Incluso haber olvidado cómo expresarse, cómo respirar.

—¿No pensabas decirme nada? —inquirió con una voz en la que no le reconoció.

—¿Desde cuándo hablamos tú y yo de nuestras inquietudes? Ni siquiera es algo que te concierna. Hasta donde sé, puede ser tan tuyo como de cualquiera de los tipos sobre los que mandas.

—Pero podría… —lo vio vacilar por primera vez. La mano le tembló al dejar el cuaderno sobre la cama—. Podría hacerme la prueba.

—¿Para qué? —le espetó, molesta—. Lo que quiero decir es que da igual si es tuyo. No pienso tenerlo, ¿me oyes? ¿O acaso me impedirías abortar a mi manera si tuviera tu sangre?

—A lo mejor descartar a los demás te aliviaría —seguía diciendo él en voz baja, mirando a todas partes menos a ella. Cualquiera habría dicho que estaba hablando solo.

—¿Ah, sí? ¿Me aliviaría? ¿En qué sentido? Que a ti te importe el consentimiento o sepas fingirlo no significa que no portes el mismo gen de crueldad que quienes me encerraron en un sótano mugriento. Si se pareciera una pizca a ti, apuesto a que la criatura intentaría matarme a los diez minutos de nacer.

No se le pasó por la cabeza que su arrebato pudiera herir sus sentimientos, pero negando que lo hubiera conseguido estaría mintiendo. Vio con claridad que a Sacha se le torcía el gesto en una mueca de dolor atravesado por la ira, una expresión terrible que jamás había contemplado ni en él, ni en nadie.

—Tú mejor no apuestes una mierda —siseó a un palmo de su cara—. Pero si te quieres deshacer de él, no te preocupes. Eso también te lo puedo conseguir.

Ayane abrió la boca sin saber muy bien qué pretendía. ¿Disculparse ahora que sabía que se había propasado con su frialdad?, ¿defenderse del ataque implícito en su mirada furibunda?

No tuvo la oportunidad. Sacha pasó por su lado como un abanto y abandonó la estancia de un portazo.

Capítulo 39

Ayane esperaba noticias de Sacha con las palmas sobre el regazo, una postura informal a ojos de los turistas que quisieran reparar en ella en su paseo por el recibidor del hotel.

Pero ella no lo sentía así.

No la abandonaba la absurda impresión de que todo el mundo se giraba a mirarla, consciente de que hasta su forma de sentarse era una impostura; de que todo el mundo adivinaba a simple vista lo que pretendía hacer con la criatura que crecía en sus entrañas.

Que todo el mundo la juzgaba por ello.

Le sudaba tanto la espalda que el vestido se le había pegado a la piel y tenía que enderezarse para separar la tela cada quince segundos.

Singapore le había prometido que Sacha pasaría a buscarla a las once en punto. El reloj aún marcaba las menos cinco y Ayane ya estaba convenciéndose de que la abandonaría a su suerte como venganza por haberle culpado de su desdicha.

Había pasado una noche de perros que no le desearía ni a su mayor enemigo. No había dejado de revolverse sobre las sábanas, pensando en el mensaje que Sacha le había trasladado a través del tailandés: a la mañana siguiente, la llevaría a una clínica clandestina donde se practicaban abortos.

Iba a incurrir en la ilegalidad una vez más.

Se suponía que en esa ocasión era por una buena causa, la de protegerse de una experiencia traumática que le duraría como mínimo dieciocho años, y la de salvar a la propia criatura de tomar a Sacha como referencia y convertirse en un monstruo.

Pero ¿no merecía vivir, aun así? Su madre le dio una oportunidad a ella. ¿No debería predicar con el ejemplo?

Ayane había sido una fiel abanderada de la libertad de decisión desde antes incluso de que las leyes de aborto fueran una realidad en la mayoría de países occidentales. Había acompañado a la clínica a alguna que otra conocida dudosa y demasiado avergonzada por su determinación como para pedírselo a una amiga cercana, y la había tranquilizado con vehementes palabras de aliento de cuya veracidad no había dudado ni por un segundo. Incluso había salido a las puertas del hospital para enzarzarse en acaloradas discusiones salpicadas de violentos aspavientos con los cristianos que se aposentaban con pancartas y cánticos del todo desagradables para disuadir a las mujeres de abortar.

Pero verse en aquella situación lo cambiaba todo.

Ayane odiaba a ese bebé. No lo odiaría menos si fuera de Sacha, porque el problema principal era el contexto en el que había sido concebido, que no tenía la sangre de Jace y que, como guinda del pastel, tenía la suya: la de una persona que no merecía reproducirse.

No obstante, podría llegar a quererlo si se esforzaba lo suficiente…, ¿verdad?

Empezó a plantearse huir a la habitación, aunque fuera para refugiarse de la supuesta censura de los encargados y botones que desfilaban de un lado para otro. Pero no podía tener un hijo cuando no se sentía preparada solo porque temiera la reacción de los demás.

Se puso en pie y alisó el vuelo de la falda azul marino. Pretendía esconderse en el ascensor, pero entonces un hombre corpulento emergió de la puerta giratoria de entrada al hotel y la clavó en el sitio con su mirada de acero.

Ayane tragó saliva, impresionada y también abochornada. Era la primera vez que lo veía después de haber sus sentimientos. Y, a diferencia de otras veces, en las que había podido consolarse convenciéndose de que habían sido imaginaciones suyas y a Sacha no le había importado un ardite, esa mañana comprendió que él tampoco había dormido en toda la noche.

No se acercó a ella. En otras circunstancias, su falta de consideración justo cuando más la necesitaba la habría afectado. Pero no lo interpretó como un desmán, sino como una medida preventiva. Una que, para variar, protegía sus emociones y no los de ella. Se limitó a hacerle un gesto con la cabeza para que le acompañara a la salida, donde les esperaba el mismo sedán que la recogió del puerto.

Ayane se adelantó para que él ni siquiera sintiera la tentación de sujetarle la puerta. Se puso el cinturón a toda velocidad para no cambiar de idea, o de lo contrario saldría corriendo antes de que arrancara.

O justo cuando arrancara.

En la radio empezaban a sonar los acordes de una canción de The Beatles en el momento en que fue demasiado tarde: Sacha ya había cambiado la marcha y conducía por la carretera.

Aunque se moría por decir algo, sabía que sería más sabio callar. Tampoco tenía fuerzas para plantear una conversación madura sobre lo que estaba a punto de suceder, o solo agradecerle tanto que la acompañara como que se hubiese preocupado de localizar a alguien dispuesto a realizar el procedimiento. Había decidido pensar solo en ella para bloquear remordimientos de conciencia aún peores, como el que acompañaría imaginar la vida sana y feliz del niño al que en última instancia podría haber dado en adopción. O el que vendría si trataba de adivinar cómo se sentía Sacha.

No perdía de vista que la posibilidad de que la criatura tuviera su genética era muy elevada. Y aunque no tuviese escrúpulos para algunas cosas, algo que Ayane había descubierto en ese tiempo era que nunca había matado a una persona inocente.

Se concentró en la canción que había oído mil veces antes para no sucumbir a la pena. Craso

error. Aunque conocía la letra de memoria —la había cantado en clases de música, en el coro al que estuvo apuntada un año, en una noche nostálgica de karaoke—, nunca la había entendido del todo. Pero quedó patente que el entendimiento de las canciones adecuadas llegaba cuando debía llegar, ni antes, ni después.

Suddenly
I'm not half the man I used to be
There's a shadow hanging over me
Oh, yesterday came suddenly[29]

No pudo contener las lágrimas que había estado reprimiendo. Rompió a llorar con cuidado de no hacer ruido, porque hasta su dolor se había convertido en una inconveniencia, en algo que debía ocultar de sí misma. Se giraba cada vez más hacia la ventanilla para que Sacha no la viera y así limpiarse la cara rápido y discretamente.

Yesterday
Love was such an easy game to play
Now I need a place to hide away
Oh, I believe in yesterday[30]

Cerró los ojos con el puño apretado contra el pecho, que sentía que le estallaría en cualquier momento. Siguió una letra que parecían haber compuesto para ella. Se habría dejado atravesar por su significado si Sacha no hubiera apagado la radio de golpe.

Entonces, Ayane encontró una excusa para mirarlo de reojo y confirmar que apretaba la mandíbula para acallar un grito.

No se le ocurrió nada para apaciguarlo. Nada podía apaciguarla a ella. Pero sí halló un consuelo significativo en el hecho de no estar sola en su tristeza. También en el gesto vacilante de Sacha de alargar la mano que descansaba sobre la palanca de cambios para posarla delicadamente sobre su muslo.

Ayane pestañeó deprisa para ahuyentar las lágrimas y puso la suya sobre la de él para entrelazar los dedos.

Minutos después, Sacha aparcaba al margen de la acera de un barrio residencial. A juzgar por el estado de las casas, antiguas pero no por ello descuidadas, se trataba de una zona reservada a la clase media-baja de la isla. Él apagó el motor y, viendo que Ayane no tomaba la iniciativa de salir, permaneció donde estaba con la vista clavada al frente.

El silencio no la ayudó a pensar con claridad.

—Es lo correcto —le oyó decir. Sacha había hablado con seguridad, pero aferraba el volante como si necesitara emprenderla a golpes con alguien—. Me extrañaría que, si lo dieras en adopción, acabara en un buen sitio. Hay tantos niños en el sistema tailandés que no es de extrañar que la mayoría acabe en manos de la trata o viviendo en una pobreza miserable.

Temblando, Ayane soltó el aire. No sabía cuánto había necesitado la reafirmación de alguien hasta que lo escuchó. Ella también lo había pensado, pero ¿hasta qué punto podía fiarse de una mente atrofiada por el trauma y el shock de las noticias? Antaño lo había puesto todo en manos de su instinto o del sentido común de Jace. Ya no tenía ni una cosa, ni la otra.

Sacha esperó a que saliera del coche para imitarla. Aguardó en la acera a que Ayane encontrara el valor y el equilibrio para conducirla a las puertas de una casa con un bonito aunque pequeño jardín delantero.

Una mujer con rasgos tailandeses los saludó con una sonrisa cálida y unas palabras que no entendió, pero que agradeció derramando una lágrima traicionera. La cabeza le había jugado una mala pasada pensando que se toparía con un médico prejuicioso en una sala oscura. Y si bien el recibidor al que los invitaron estaba mal iluminado y los muebles habían visto mejores tiempos, no tuvo que lidiar con la censura de nadie. Solo con una tristeza similar a la suya en una chica de quince años que esperaba su turno sentada en una silla de plástico.

—Pasen —los invitó la señora, gesticulando hacia el pasillo.

Ayane buscó la mano de Sacha y se aferró a esta con el cuerpo entero en tensión. Él entrelazó los dedos con los de ella y tiró con suavidad para animarla a tomar el camino que había escogido.

La dueña de la casa abrió una puerta situada al lateral del corredor y esperó a que pasaran para imitarlos acto seguido. En la habitación apenas había un viejo sillón de consulta ginecológica, desconchado en el cuero que una muchacha estaba cubriendo con una sábana limpia, una mesilla con ruedas con todo tipo de instrumental dispuesto sobre una bandeja de metal y un hombre ceñudo colocándose unos guantes de látex.

Al menos el procedimiento iba a ser limpio, pensó Ayane.

Pero la tranquilidad no tardó en desvanecerse en la neblina de dudas y preocupación que era su cabeza.

—Tumbe con piernas separadas —le pidió el médico en un inglés macarrónico—. No preocupar. Trabajo en hospital de Thong Sala. Utensilios desinfectados —señaló hacia la bandeja —. Nunca muerto nadie.

Ayane esbozó una sonrisa desvalida. No descartó del todo el frío pensamiento de que ser la primera en morir por una complicación no se le antojaría una tragedia. Como mucho, saldría perjudicado el doctor que dependía de su secreta reputación.

Se sentó donde le habían indicado con la ayuda de la muchacha. Intercambió una mirada con

ella. Debía de haber cumplido los dieciocho años unos meses atrás. Allí estaba ahora. ¿Por qué? ¿Le habrían practicado un aborto también, y habría sentido que su vocación se encontraba entre las cuatro paredes que la habían salvado de la maternidad indeseada?

Incluso teorizar sobre los desconocidos era mejor que pensar en la información que había recabado sobre el tema desde que se comprometió con la causa. Sabía que solo el diez por ciento de los abortos se realizaban tras las doce semanas de embarazo. Y, aun así, estos eran los que más se complicaban a posteriori. Sepsis, abortos incompletos, infecciones generalizadas…

Un sinfín de consecuencias porque una mujer no había querido aceptar su destino.

«No piensas eso de verdad», se reprochó. «Nunca has pensado de esta manera, de hecho. ¿Quién demonios es el que se atreve a abanderar algo así por ti?».

Ayane se lo había preguntado en más de una ocasión: quién era la insidiosa voz interior que había estado rezando para verla caer desde que la seguridad en sí misma comenzó a desvirtuarse. No había querido aceptarlo antes, pero Sacha lo había sacado a colación la noche anterior con esa maldita lucidez que no sabía quién le había dado.

Jace había sido siempre una agradable voz de la conciencia. Sin embargo, en vista de los acontecimientos, se había tornado mucho menos benevolente, y todo se debía a que lo conocía lo bastante bien para saber cuál sería su opinión sobre los hechos.

A su marido nunca le había parecido bien el aborto.

Quizá ni siquiera en sus circunstancias.

Buscó a Sacha con la mirada, necesitada de un apoyo sólido, y lo encontró de pie a su lado. Después de quitarse la ropa interior, y en tanto que el profesional se ponía cómodo entre sus piernas, Ayane alargó la mano hacia él. Correspondió su gesto entrelazando los dedos de nuevo con los suyos. Cuando ella respingó al notar la pinza, él la apretó con fuerza y le sostuvo la mirada, una mirada férrea y cómplice.

Se dispuso a aguantar los diez minutos que la señora indicó que demoraría. Aunque se esforzó por mantener la cabeza fría o al menos ocupada, las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

Cuando los abrió, se dio por supuesto que la pesadilla había acabado.

Pero no se sintió mejor, y menos aún al ladear la cabeza hacia Sacha y ver que también sus ojos se habían humedecido.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Singapore.

Ayane había oído sus pasos incluso de espaldas a la puerta. Había tenido la esperanza de que se tratara de Sacha, pero tuvo que descartarlo al reconocer la delicadeza el tailandés.

—Mm —respondió ella.

Estaba tendida de lado en la cama con las manos unidas en un rezo bajo la mejilla. Apenas había cambiado de posición en setenta y dos horas; setenta y dos horas delirantes entre las terrores nocturnos y la peor pesadilla de todas, que era la de permanecer despierta.

Singapore se abrió paso en la estancia y tomó asiento en el borde de la cama donde ella se había hecho un ovillo. Aunque vaciló, acabó posando una mano cariñosa sobre su muslo.

—Tienes que comer —le recordó con suavidad, pero un fondo de preocupación se filtró en su voz—. ¿No ves lo que te dijo el médico? Te faltan hierro y azúcar.

—Se me ocurren otras cosas que también me faltan. —murmuró. Pero no soportó el victimismo que exudaba, y alzó la mirada hacia Singapore para preguntar—: ¿Qué tal esos preparativos? Ya queda menos para Fuego y Sangre.

Él se lamentó con una sonrisa triste.

—Eso no es una buena noticia, Ayane.

—¿Tenéis planeado… secuestrar a alguien? —inquirió ella, de pronto atraída por la historia que hubiera ahí. La historia de una mujer que podría heredar su sufrimiento e incluso empeorarlo siguiendo sus mismos pasos—. ¿Por qué lo hacéis, Niran? En todo este tiempo, he entendido algunas de las trampas. Las engañáis con la promesa de un trabajo, o sus propios seres queridos las venden, pero… ¿por qué a las chicas de Fuego y Sangre? Son personas con dinero. Solo atraéis la atención de las agencias de seguridad internacional. Apuesto a que, como no se han encontrado a las americanas que hicisteis desaparecer, se infiltrará otro de mis compañeros. Y esta vez no será fácilmente reconocible, porque no cometerá mis errores.

—Yo me limito a hacer lo que me ordenan, Ayane. No sé por qué toman esos riesgos. Lo que tengo claro es que buscan un perfil de mujer que nadie se tomaría la molestia de buscar durante años, y que las eligen en Fuego y Sangre porque tienen habilidades sexuales que se venden bien en el mercado de esclavos. A ti no llegaron a subastarte, pero la mayoría de las mujeres hipersexuales y con conocimientos sadomasoquistas son compradas por peces gordos para adornar sus casas.

—Amelia no era un perfil de mujer que «nadie se tomaría la molestia de buscar». Está emparentada con un rico de Texas y se iba a casar con otro de Missouri —replicó, extrañada.

—No conozco la historia de Amelia en profundidad, pero, por lo que sé, ese rico de Texas que tiene de abuelo suele aparecer en la lista de invitados a orgías con menores de edad. Si en algún momento se preocupó de buscar a su nieta, no me extrañaría que, con la extorsión adecuada, se resignara a no verla nunca más. Imagínate si hubiera salido a la luz que es un pedófilo.

Ayane se abofeteó por no haber pensado en interrogar al millonario. En haberlo investigado, al menos. Ahí donde había dinero, solía oler a podrido. Pero ella lo desestimó de entrada, en parte porque sus superiores la disuadieron de molestar a un hombre poderoso.

Otra razón por la que nunca había sido y jamás sería una buena agente.

—¿Sabes ya quién está en el punto de mira?

—Seré yo quien se la lleve de la fiesta de la Luna Llena. No se la ha perdido en todos los años que lleva acudiendo, así que… —Tragó saliva—. Es la primera vez que soy el cebo.

El grado de planificación la inquietó.

—¿Por qué ella?

—Dicen que es una monada. Y lo que es más importante, no tiene familia en California salvo un exmarido que la maltrataba. En el trabajo cae bien porque es extrovertida, pero no ha hecho amigos y ejerce de secretaria, así que, si desapareciera, no la echarían de menos en un plano laboral. Aunque mantiene una relación cercana con Califa, el tipo lleva años sin ver lo que pasa en sus narices. Dudan de que vaya a echar mano de sus datos personales para confirmar que no ha vuelto a casa. —Agachó la mirada—. Han considerado que nadie se preocupará por ella.

—¿Quién lo ha considerado? —Sintió que perdía el aire—. ¿Sacha?

—No. Mekhong. —Vaciló antes de añadir, dudoso—: Él no tiene nada que ver con eso, Ayane.

—¿Y por qué estás con él casi todo el tiempo? Tú sí tienes que ver con eso.

Lamentó que se le escapara una nota de reproche, pero ¿cómo, si no, iba a referirse a sus labores denigrantes?

—Me quedo con él siempre que puedo porque me deja tranquilo. Nunca me ha pedido que mate, secuestre o maltrate. Si tiene que matar a alguien, lo hace él, y procura no tenerme ni de testigo, ni de cómplice. Lo único que me pide insistentemente es que venga a verte para asegurarme de que estás bien —apostilló, esto bajando la voz una octava, como si hubiese desvelado un secreto por el que podrían guillotinarlo.

Ayane se quedó de una pieza.

—¿Que te manda para que…? ¿Qué estás diciendo?

—Obviamente vengo porque me importas —se apresuró a aclarar con una mano sobre el pecho—, pero él me pide que le confirme que… que… Bueno, que estás mejorando.

—¿Y por qué coño no viene él? —jadeó a la defensiva. Se puso en pie como un resorte y fue hacia la ventana. Apenas le echó un vistazo a la piscina antes de volcar en Singapore la rabia acumulada pero hasta el momento dormida que había reservado para Sacha—. ¡Tres días de silencio! ¡Tres!

—Yo tampoco estaba de acuerdo con que hiciera… lo que siempre hace —suspiró—, pero cualquiera le dice algo, ¿sabes?

—Oh, ¡yo le digo algo! ¡Yo se lo voy a decir! ¡Ya verás que sí!

No contó con que Singapore se adelantaría para cerrarle el paso. Incluso la cogió del brazo, como si la primera no hubiera sido medida suficiente.

—No lo interpretes como un desaire. Él… —dudó— ha estado ocupado.

—Sí, ocupado haciéndome sentir como una mierda —rugió, cargada de resentimiento—. Por lo visto, viene a verte a no ser que se haya ido a otro país para visitar a un cliente, tenga que alejarse para que no le distraigas o, última opción pero no por ello menos importante, hayas abortado. ¿Tienes idea de cómo me he sentido? —la voz le tembló—. Como si estuviera por ahí pensando que soy un… monstruo. Como si me estuviese castigando.

Singapore se apiadó de ella y la soltó. Un descuido, porque Ayane aprovechó para abandonar la suite e ir en busca de Sacha a donde sospechaba que lo encontraría: en su propia habitación, a la que se había mudado después de lo ocurrido.

Igual que si ella hubiese contraído la peste y debiera ponerse a cubierto.

En su camino por el pasillo, se cerró la bata con movimientos airados. La ira resurgió con la fuerza de un ciclón. Hasta el momento, había permanecido escondida de todos tras la nostalgia en la que se había sumido, y cuánto celebró su regreso pese a las inevitables consecuencias: llenarse de odio. Odio hacia el maldito hotel, porque llevaba tanto tiempo en hoteles que habían vendido su alma al diablo de la trata que no soportaba más los dichosos corredores y la impersonalidad de las habitaciones. Odio hacia el hombre que le había facilitado esa vida de miseria y ahora ni siquiera tenía el valor de enfrentarla.

Ayane abrió la puerta de su suite con un violento tirón. Sacha estaba sentado en el escritorio escribiendo en su bloc, con la cartera abierta a un lado y una colección de vasos vacíos al otro.

Levantó la barbilla con la pesadez de quien había bebido demasiado y le dirigió una mirada vidriosa.

Saber que estaba borracho no la disuadió de atacar.

—Puto cobarde —le acusó con el pomo en la mano, temblando bajo el umbral—. Mírate, escondiéndote de mí como si fuera yo la que da miedo. Como si fuera yo la que va por ahí sembrando el caos. Y mandas a Singapore a vigilarme, ¿no? ¿Por qué? ¿Te quieres asegurar de que me muero del asco en la puta jaula en la que me has metido?

Él pestañeó muy despacio, todavía semiderrumbado sobre el escritorio.

—Asumí que no querrías verme —respondió con voz queda. Había arrastrado las palabras levemente, lo que suavizaba tanto el acento eslavo como su entonación casi siempre autoritaria.

La débil excusa la irritó.

—¡Pues asumiste mal!

Con el canto del bolígrafo que sujetaba, dio unos golpecitos pensativos sobre la superficie. Se separó de la mesa empujándose por el borde y se dirigió a ella con abatimiento.

—¿Qué quieres de mí, Ayane? —murmuró—. ¿Siquiera tú misma lo sabes?

Se aferró a sus puños crispados para reunir el coraje de enfrentarlo.

—¡Quiero que des la cara! ¡Y eso como poco! ¡Que me digas lo que piensas sin tapujos! ¡Si crees que soy una mala persona por haber hecho lo que he hecho, dímelo mirándome a los ojos!

¡No seas tan cobarde de mandar a Singapore a consolarme cuando tú no puedes hacerlo de tanto que me juzgas!

Tras sacudir la cabeza para despertar del trance, Sacha se puso en pie con cierta incomprensión.

—¿Acaso he dado a entender en algún momento que te juzgue? —Parecía verdaderamente asombrado—. ¿Tengo que recordarte que la vida sigue después de las tragedias? La mía lo ha hecho —apostilló con desprecio hacia sí mismo—. He tenido que seguir encargándome de mis responsabilidades para con Fuego y Sangre.

—Tragedias —repitió con un jadeo—. ¿Así es como lo ves?

—¿No es así como lo ves tú también?

—¡Deja de responder a mis preguntas con otras preguntas! ¡Y claro que lo veo así, pero porque era mi hijo! —Después de soltarlo en voz alta, un estremecimiento la sacudió, como si se le hubiera metido el diablo en el cuerpo. Cerró los ojos un instante, en busca de la calma, y no los abrió hasta recuperar el valor—. Tú no sabías si era tuyo. ¿Es eso por lo que no has querido venir a verme? ¿Me odias por no haberte permitido averiguarlo?

—Créeme —le lanzó una mirada atormentada—, no quería saberlo.

Aquello le sentó como una patada en el estómago.

—¿Por qué no? ¿Tanto asco te daba la idea de tener un hijo conmigo?

—¿Tanto asco te daba a ti? —contraatacó, y al verla con la intención de volver a recriminarle su uso de los signos interrogativos, añadió—: Los dos estamos de acuerdo en que era la única salida. Se acabó. No hace falta incidir en el asunto.

Ayane cerró de un portazo para avanzar hacia él.

—¡Eso no es todo! —le rugió con lágrimas en los ojos—. Sí, estamos de acuerdo en que era la única salida. Pero eso no es todo. No lo es para mí, tampoco lo es para ti, y quiero que me hables. Quiero que me digas lo que piensas. Si es que soy una cobarde, o que he tomado el atajo fácil, o que… o que… soy despreciable. Necesito saberlo.

Sacha la miró desde su altura con los párpados entornados. Aunque su lenguaje verbal la advertía de no seguir tensando la cuerda, Ayane no retrocedió y le sostuvo la mirada aun temblando.

Él se pasó la lengua entre los labios.

—Yo no estoy aquí para confirmar tus temores. Sea cual sea la opinión que tienes sobre ti, no la proyectes sobre mí.

—¿Cómo no lo voy a proyectar, si no tengo ni idea de qué hay en tu cabeza? —se desesperó —. ¡Si no lo sé, me lo voy a inventar! ¡Lo que no haré jamás es quedarme con la duda!

—La duda duele menos que el daño que te haces a través de mí —musitó él. A duras penas tenía la suficiente energía para permanecer en pie—. Deja de utilizarme para odiarte. Yo no te

odio, joder —gruñó en un arrebato, y, como si no pudiera soportar su propia sinceridad, se dio la vuelta y se dirigió al ventanal con vistas al mar.

Una melodía sugerente provenía de la zona recreativa. Alguien debía de haber puesto un altavoz en la piscina.

Ayane lo vio acodarse sobre la baranda del pequeño balcón y descargar la tensión de la espalda con un suspiro hastiado. Dudó entre si seguirlo o dejarlo correr, incluso volver a su habitación, aunque fuera con las manos vacías.

Acabó replicando sus pasos y situándose a su lado para hablarle con franqueza.

—Estoy cansada de ir detrás de ti.

—¡Y yo estoy cansado de ti! —bramó él de repente, girándose hacia ella como un vendaval. Ayane habría retrocedido, impresionada por el impacto de su mirada, si la fuerza del shock no la hubiera anclado al suelo—. ¿Quieres saber qué pienso? Pienso que me has jodido la vida. Pienso que debería haberte matado en cuanto salió a la luz que eras agente, o incluso antes. Debería haberte matado en el avión a Koh Phangan. Debería matarte ahora, pero no lo hago porque no va a cambiar nada. Si te matara, entonces sí que me joderías.

Ayane intentó obligarse a respirar, pero Sacha había ido avanzando hasta acorralarla contra el borde de la baranda y había una energía peligrosa en sus ojos, en la vibración de su cuerpo.

Se clavó la barra de metal en la espalda cuando ya no pudo retroceder más.

—Hazlo —se oyó responder sin aliento—. Soy tu enemiga. Sabe Dios que si yo hubiese estado en tu lugar, no habría vacilado.

—Qué suerte entonces que no estés en mi lugar. Más que nada porque no habrías podido soportarlo. Eres frágil —le espetó a un palmo de la cara—. Eres voluble, y autodestructiva, y más mala que el diablo en persona cuando quieres. Eres egoísta, no sabes utilizar la puta cabeza cuando te conviene y no reconocerías el buen camino ni aunque yo te empujara hacia él con todas mis fuerzas. Podría rodearte el cuello con la mano, estrangularte y tirarte de este cuarto piso y seguirías pensando que quiero ser tu puto príncipe azul porque una vez te cogí de la mano.

Ayane tragó saliva y fue asintiendo muy despacio para asimilar lo que acababa de decir. Sacha había concluido su alegato sin respiración, pero no se movió de donde estaba.

Seguía mirándola intensamente cuando ella se humedeció los labios.

—Esos son muchos pensamientos —murmuró con sequedad—. Gracias por compartirlos conmigo. Y que sepas —añadió— que no me das ningún miedo.

—Ni tú a mí tampoco.

Pero le tembló la voz.

—Bien —atajó Ayane.

—Bien —repitió él con vehemencia. Apretaba los puños junto a las caderas.

Se le escapó una breve pero anhelante mirada a los labios femeninos. Por suerte o por

desgracia, se recuperó lo bastante rápido para que Ayane decidiera haber tenido suficiente.

Se escabulló por su costado, dándose por escarmentada, y cruzó la suite para dirigirse a la puerta con las lágrimas atascadas en la garganta. Abrió la puerta, y de verdad que tuvo la intención de marcharse. De verdad que se le pasó por la cabeza escapar esa misma noche, o tratar de quitarse la vida otra vez. Pero pensó en el modo en que se le había quebrado la voz a Sacha al decirle que estaba cansado de ella, y en el último momento se giró a tiempo para verlo derrumbado contra la baranda con una mano en la cara.

Ayane rehízo sus pasos en completo silencio, confirmando lo que él mismo acababa de decir: que no reconocería el buen camino ni aunque hacia allí la empujara. Pero a lo mejor se negaba a seguirlo porque Sacha tampoco tenía ni la menor idea de cuál era el buen camino, incluso si creía que sí. Desde que había entrado en la suite, no la había abandonado la sensación de que estaba sufriendo y de que lo demostraba de una manera muy parecida a la que a ella misma la metía en problemas: con un lío de voces y reproches.

Sacha levantó la cabeza, permitiéndole así contemplar que tenía los ojos enrojecidos y las mejillas estriadas por las lágrimas. No escondió su dolor. Dejó que lo viera en su máximo esplendor sosteniéndole la mirada con una valentía conmovedora. Y ella, para agradecerle la confianza y también la cruda sinceridad, se dispuso a absorber toda esa pena simplemente permaneciendo a su lado. Primero a unos metros de distancia, y luego, cuando él salvó el espacio que los separaba, dejándose rodear por las manos más tiernas del mundo: manos que cubrieron su rostro en un movimiento impregnado de calidez para que no pudiera negarle un beso.

Ayane soltó un jadeo entrecortado antes de aceptar sus labios, suaves y salados por las lágrimas de otro; del Sacha con sentimientos que vivía encarcelado en un cuerpo que no se consentía la menor debilidad. Quizá porque le sentaban como un veneno. Porque le distraían de sus objetivos.

Por eso había huido de ella en un sinnúmero de ocasiones.

Sacha le rodeó la nuca con una mano y ladeó la cabeza para seguir besándola con una urgencia desesperada. Ayane se aferró a su recia muñeca y se puso de puntillas para profundizar el contacto. Lo había necesitado hasta un punto insoportable, porque solo él podía deshacer los nudos de su garganta. Solo él podía consolarla. Tocarla. Se había quedado con todos los privilegios, y Ayane no tenía fuerzas para luchar contra eso.

Le dio un pequeño mordisco en el labio inferior, angustiada por sentirlo más y más cerca, y como si Sacha lo hubiera sabido, la abrazó tan fuerte cruzando los codos a su espalda que la levantó del suelo.

Se aferró a su pelo rubio y dejó que la fuerza de un deseo arrasador transformara el beso con su locura.

—¿De verdad eres tan malo? —susurraba ella cuando la soltaba para respirar—. ¿De verdad

no puedo… no puedo esperar nada de ti? Porque creo… —Tragó saliva con el corazón latiéndole desenfrenado—. Creo que te quiero.

Él detuvo las caricias un segundo para apoyar la frente contra la de ella.

Seguía teniendo los ojos cerrados.

—No le tengas tanta fe a eso —musitó él contra su boca. Siguió su labio inferior con la punta de la lengua—. No te hace falta.

—Pero es la verdad.

—Pues miéntete un rato más.

Ayane ni siquiera pudo ofenderse, porque sabía mejor que nadie por qué no era buena idea. Era la primera que desconocía la forma de combatir los sentimientos que habían florecido como una armadura de espinas para protegerla del medio a la vez que causarle un daño fatal.

¿O no lo quería y solo se había enamorado? ¿Desaparecería su rostro, sus recuerdos, si se alejaba de la pesadilla en la que vivía y regresaba a casa? ¿Qué era casa ya? Porque halló lo más parecido a un hogar en la cama sobre la que Sacha la tendió para cubrirla de besos que solo la hacían llorar más.

Solo había amado una vez antes, seguía haciéndolo, y le constaba que no le producía ningún tipo de dolor. Pero ¿qué demonios era lo que la hacía sollozar, soñar, padecer por él, si no era también amor?, ¿aunque fuese un amor distinto?

Si bien Sacha se había esforzado por disuadirla de confesar sus sentimientos, de aceptar incluso ante sí misma lo que quería, Ayane sintió que le agradecía haberse sincerado al dedicarse en cuerpo y alma a venerarla con caricias. Sintió, incluso si era una estupidez, que él también la quería.

Pero no era la primera vez que la embargaba esa agradable y al mismo tiempo terrible sensación. Había sentido que la quería en cada situación en la que la tocó, muchas de ellas antes incluso de Shanghái.

Sin embargo, y solo por una vez, Ayane decidió hacer caso… y se mintió un rato más.

Capítulo 40

Las lágrimas de Sacha lo cambiaron todo entre los dos. Ayane podía sentirlo no ya cuando se quedaban a solas y la tensión sexual tornaba el aire más denso; también al coincidir en espacios públicos, al compartir la habitación o la conversación con una tercera persona.

Empezaba a notar punzadas de dolor, una sensación de ahogo o percibía cómo un ánimo ominoso se apoderaba de ella, y, entonces, él la miraba desde el otro lado de la estancia y automáticamente podía respirar de nuevo.

Siempre había tenido la impresión de que Sacha la comprendía a un nivel al que nadie podría haber aspirado a hacerlo, porque ni le daba miedo su lado oscuro, ni lo censuraba, como había hecho su propia madre durante toda su etapa de crecimiento. Pero ahora se sumaba la triste complicidad de dos personas que habían sufrido la misma pérdida, que luchaban cada día para sobreponerse a un luto inesperado.

Un luto que Ayane jamás habría imaginado que dolería tanto.

A lo largo de los dos meses siguientes fue víctima de toda suerte de pesadillas. La mayoría involucraban al niño. A veces, soñaba con que la criatura nacía contra todo pronóstico y le increpaba por haber tratado de matarlo; otras, con que era ella la que se apuñalaba el vientre para no traerlo al mundo. Pero esos solo eran los terrores nocturnos que implicaban violencia. Los peores eran aquellos en los que alumbraba al bebé y se convertía en el centro de su mundo, los que planteaban una realidad alternativa en la que era deseado y se convertía en el niño más feliz y afortunado sobre la faz de la Tierra.

En alguno que otro, Jace aparecía para hacerse cargo de él.

En los de menos, era Sacha quien demostraba tener un instinto paternal fuera de lo común.

Había pensado que con el viaje a la clínica clandestina todo acabaría. Que podría desentenderse del episodio traumático y regresar a su vida.

Pero cuánto se equivocaba.

Una vez más, amparándose en la definición de egoísta que sus conocidos habían vertido sobre ella en innumerables ocasiones, había subestimado su capacidad para arrepentirse y sobrevalorado la de pasar página. Si alguna vez se le había dado bien superar sus miedos, hacía tiempo que había olvidado la fórmula para conseguirlo.

Lo único que la ayudaba a encontrar el camino de vuelta de sus tormentosos pensamientos era Sacha. Como había pasado los últimos meses preparando conjuntamente la próxima edición de Fuego y Sangre, las ocho semanas previas dispuso de sobrado tiempo libre para pasar más ratos

con ella. Quizá sospechando que Ayane ya no volvería a escaparse, fuera por falta de fuerzas y confianza en sí misma o porque no tenía el menor deseo de delatar sus actividades delictivas, Sacha había empezado a sacarla del hotel para hacer turismo. Esa nueva actitud suya la tenía tan sorprendida que le permitía anestesiar la pena para sentir el asombro y el agradecimiento en su máxima expresión.

Las excursiones eran de lo más variopintas, y si Ayane no hubiera olvidado cómo reír, la habría divertido que Sacha se presentara un día con entradas para el santuario de elefantes de Koh Samui, para hacer una ruta de safari por la selva tailandesa, para probar el esnórquel en el parque nacional de Ang Thong…

Se esforzaba por disfrutar de las nuevas experiencias que él preparaba para ella, sobre todo porque no la abandonaba la sensación de que Sacha necesitaba esas distracciones tanto o más. Y, durante unos instantes, lo conseguía. Se sorprendía acariciando la trompa de un elefante con una sonrisa boba pintada en la cara, o cerrando los ojos con la mejilla apoyada en la espalda de Sacha mientras la conducía por la costa en una moto de agua. Se atrevía a pensar que la vida aún no había acabado para ella, que todavía podía ser feliz, hallar un equilibrio de normalidad en su rutina de prisionera voluntaria. Pero predominaban los momentos en los que los pensamientos intrusivos machacaban la esperanza, como cuando la tentaba la posibilidad de volver a ahogarse prescindiendo del equipo de buceo, o cortando la cuerda que la mantenía suspendida en el aire en la excursión de escalada.

Incluso si el día era redondo, la noche caía sobre Koh Samui con todo su peso. Con ella llegaban sus temores y los recuerdos de sus pérdidas.

Sacha hacía cuanto estaba en su mano, que no era poco, para protegerla de sí misma. Lo hacía de esa manera silenciosa que implicaba gestos y nunca palabras de aliento, pero la situación vital y Dios mismo estaban en su contra. Y también la situación temporal, porque la edición de Fuego y Sangre comenzó a mediados de octubre, como estaba programado, y tuvo que abandonarla unas cuantas de las noches de velada.

Esas eran las peores noches. Ayane se ponía a pensar en el año anterior, en la energía y la ilusión con la que aterrizó en Koh Phangan, y se desmoronaba.

Esa mañana, a tan solo un día de que concluyera el evento sadomasoquista, Sacha la llevó al sureste de la isla para visitar un templo de terracota con reliquias de Buda. Como otras veces antes, se preparó para la excursión sintiéndose una impostora que ocupaba un espacio en el mundo que no era para ella. Dentro de sus prendas de deporte, parecía una turista y no una mujer que había acabado en un paraíso tailandés por un cruel revés del destino.

Tampoco se deshacía de la dolorosa sensación de que estaba traicionando una vez más a Jace, el único hombre al que le había permitido llevarla a conocer el mundo. Con él había recorrido ciudades y montañas sobre sus zapatillas con la verdadera ilusión de nutrirse de culturas

extranjeras, no por la desesperación de ocupar la mente.

Pero no podía decirle que no a Sacha. De ello dependía la estabilidad mental de ambos.

No separarse físicamente del ruso se había convertido en una necesidad primaria. Le costaba comer y conciliar el sueño si no sabía cuándo regresaría. Aunque había decidido creerlo indestructible para no temer por su integridad cuando se marchaba, se le formaba un vacío en el estómago pensando que podrían atraparlo en su ausencia, cuando no matarlo por venganza. Por eso, cuando se reencontraban, Ayane recuperaba el aliento y la maraña de su mente se despejaba para concederle una tregua. Esa tregua se extendía tanto como lo hiciera la conversación con Sacha, o dependiendo de lo que durara el paseo que habían dado cogidos de la mano por las escalera del templo de Wat Ratchathammaram para acabar sentándose en la terraza de un restaurante tailandés.

Ayane lo miró a través de la mesa con una mezcla de desamparo y profunda familiaridad.

Desamparo porque ya no se acordaba.

Había leído que una de las consecuencias de la tristeza, al igual que una de las respuestas al trauma, era fomentar la aparición de lagunas en los recuerdos recientes. Así era como había olvidado gran parte de lo sucedido en el hotel de Shanghái, si bien no podía hacer nada para borrar los efectos de meses de maltrato, y así era como estaba olvidando los primeros días en el casino, en los que odió a Sacha por haber participado de un modo u otro en su encierro.

Ahora lo contemplaba a sus anchas y no podía concebir un mundo o una situación en los que no experimentara el profundo alivio de saberlo a su lado.

Para combatir el calor y matar el rato, habían pedido un par de cócteles. Sacha removía el suyo con la pajita sin perder ese aire circunspecto que la inclinaba a barruntar con ansiedad qué estaría pensando, si su cabeza iría una y otra vez a la inexistencia del niño que ahora entraría en su vigésimo primera semana de gestación.

No hablaban siempre, y, cuando lo hacían, aunque parecían conversaciones banales, cada palabra que salía de sus labios tenía un significado secreto que solo ella comprendía y que poseía el maravilloso poder de aliviar su conciencia.

Esa tarde, sin embargo, Sacha decidió charlar. No la miró a los ojos cuando sacó el tema. Arrancó una servilleta de papel del dispensador que descansaba sobre la mesilla y la alisó con gesto distraído, como si no fuera del todo consciente de lo que estaba haciendo, para construir un barquito de papiroflexia.

—Tenemos que hacer algo —anunció mientras corregía las esquinas del barco para que quedaran afiladas como una cuchilla.

Lo plantó sobre el servilletero —de pronto había empezado a molestarle su propia ingeniería y no quería ni verla—, y se olvidó de él para clavar en ella una mirada honda.

—¿Respecto a…? —lo animó con desinterés.

Tenía que haber sido precisamente eso, su desinterés, lo que le había instado a hablar.

Debía de echar de menos a la Ayane que lo confrontaba.

—Respecto al futuro.

—¿Qué futuro?

—Hoy termina Fuego y Sangre. Eso significa que tendría que volver a Shanghái.

—Imagino que debes hacerte cargo del casino —murmuró Ayane con indiferencia. Agachó la cabeza para dar un trago nervioso al cóctel, aun cuando el nudo en el estómago le impedía disfrutarlo—, pero ¿no es muy arriesgado? Mekhong cree que estoy muerta. Dudo que le haga gracia verme allí. Podría meterte en un problema, ¿no?

—No he dicho en ningún momento que vayas a venir conmigo.

La contestación le sentó como una puñalada a traición. Se irguió, alarmada, y buscó en su rictus severo alguna microexpresión que delatara que se había cansado de ella; de su tristeza existencial o de lo tedioso que estaba siendo mantenerla distraída para, a su vez, mantenerla con vida.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes venir conmigo —la apaciguó con tiento. Se humedeció los labios—, pero también puedes volver a Washington, si es lo que te gustaría.

—Si es lo que me gustaría —repitió.

—El FBI te interrogará sobre tu paradero, tus relaciones, tu experiencia. No me preocupa lo que les puedas decir acerca de mis negocios, porque, en realidad, no has atestiguado nada significativo y apenas podrás aportar un par de nombres.

—¿Eso sería lo único que te inquietaría si me quitaras de en medio? —gimoteó sin dar crédito —. ¿Que revelara tus secretos?

—Estoy mencionando las contrariedades prácticas a las que yo tendría que enfrentarme de llegar a darse tu regreso. Los beneficios emocionales solo los sabes tú —replicó con una ceja enarcada, invitándola a reflexionar.

—¿Te refieres a los beneficios emocionales de contarle a mi marido lo que he estado haciendo? ¿El beneficio emocional de romperle el corazón y de acabar con el único hilo de cordura que me queda? —Sacha le sostuvo la mirada sin decir nada. Ayane notaba el pulso cada vez más agitado—. ¿A qué viene esto? ¿Los que me querían muerta se han enterado de que estoy viva? ¿Estás en el punto de mira? —Habiendo expuesto ya dos posibilidades que le eran indiferentes, abordó lo que verdaderamente le preocupaba con una risa estrangulada—: ¿Te has hartado de mí o algo así?

Sacha sacó la pajita del cóctel para darle un generoso trago. Después de desviar la mirada hacia la horda de turistas que cruzaban la calle hablando a voz en grito, dijo:

—Sigues escribiéndole a tu marido.

—¿Has vuelto a leer lo que no te corresponde? —se indignó.

—He visto que llevas el cuaderno a todas partes.

Ayane apartó la vista, no tan avergonzada como daba a entender.

Sabía que jugaba con fuego al negarse a cortar la única y precaria vía de comunicación con su pasado, pero no había sido capaz de dejar el diario de lado. A ese Jace que jamás leería sus anotaciones le podía contar intimidades que nunca se atrevería a confiarle a Sacha. Ni siquiera a un Jace que sí tuviera oídos para escucharla. Quizá solo a un psiquiatra. Pero había sido consciente desde el principio que al ruso no le hacía ninguna gracia que se aferrara desesperadamente a un estúpido bolígrafo y a un puñado de papeles y, aun así, continuaba.

Sin ir muy lejos, esa mañana había escrito una carta.

Dos, en realidad.

Una primera para su destinatario oficial, y una segunda con mano vacilante para el único hombre que las leía.

Querido Jace:

¿Se puede estar enamorada de alguien y tener el corazón roto al mismo tiempo?

Si es posible, no te lo recomiendo para nada. Es lo peor que te puede pasar.

Siempre he sabido que podía dividir mi atención entre varios hombres, pero ¿querer a más de uno? Ese era un privilegio, entiendo que dudoso en vista de que ya no puedo ni siquiera entregarte mi alma entera.

Me encantaba que fueras la excepción. Creo que a ti también te maravillaba ser el único, el primero, el eterno. Porque vas a ocupar para siempre un lugar en mí. Por favor, no lo dudes. Y perdóname por lo que te digo. Lo que ha ocurrido con Sacha ha sido inevitable. No diría que he crecido en este último año, pero sí he vivido situaciones que me han forjado. Él ha sido la forja. Claro que hay mucho de él dentro de mí.

No vayas a pensar que es algo halagador. Sacha forma parte de mi espíritu triste, de una Ayane derrotada. Tú estás en el alma de la que he perdido de vista, pero que supongo que algún día regresará.

Al menos, Sacha me lo prometió: me prometió que volvería cuando estuviera preparada para asomar la cabeza.

Pasar por un aborto con alguien cambia tu forma de ver las cosas. Tu percepción del hombre que te acompaña en el camino. No es tan malo como tú crees, Jace. No es malo conmigo. Se preocupa, sé que se preocupa, y sufre a mi lado y por mí a su manera silenciosa.

Como tú.

Parece que tengo un tipo, ¿eh? Que me fascina ir detrás de los caracteres huraños y complicados para rogarles que me quieran. No sé en qué me convierte eso.

Analizarme psicológicamente a estas alturas es una pérdida de tiempo.

Muero en todos mis sueños, Jace. Creo que es una señal de Dios, que opina que mi tiempo ya ha terminado y me está reclamando. Nunca he sido creyente, ya me conoces, y después de todo debería haber perdido la esperanza en la existencia de un reino donde todo es perfecto. Pero si no me aferro a eso, me moriré de pena. Y ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué sigo resistiendo? Se supone que Sacha es lo único que me queda. Incluso si lo quiero, no sé si es suficiente. Solía quererme más a mí.

¿Y acaso se puede querer a alguien que no conoces?

Ahora mismo podría citar tus cinco aperitivos preferidos, cada cuánto tienes que ir al barbero para llevar el pelo al estilo que a ti te gusta y cómo es el tic que te sale cuando sueltas una mentira piadosa. De él ¿qué podría decirte? No sé qué hace con exactitud. No me ha dicho su apellido. Mencionó una madre, pero a lo mejor ya murió. No podría poner la mano en el fuego ni por que se llame Sacha, ni por que sea el malo de la película, ni mucho menos por que me quiera.

¿Y lo quiero yo?

No puedes enamorarte de una persona solamente por el modo en que te ha tratado durante el período más oscuro de tu vida, ¿verdad?, ¿de alguien que no sabes quién es, solo cómo es contigo?

Quizá debería hacer un esfuerzo por él… O quizá no.

Como ves, estoy en una encrucijada. Pero no es el peor lugar en el que estoy o he estado, porque me parece que también estoy deprimida.

Te he engañado, Jace. He fracasado en la misión. Kingfisher y un bebé están muertos por mi culpa. A lo mejor Vera también está muerta por mi culpa; quién sabe si esa turmalina no estaba maldita en vez de bendita. Además, me acuesto con un hombre que probablemente nunca llegue a quererme. Que quizá me conduzca a la locura.

No tiene sentido vivir para mí.

No quiero vivir.

Solo eso explica que tampoco quiera ni quedarme aquí, ni volver contigo.

—Te ofrezco otra posibilidad porque, si vuelves a Shanghái, es muy probable que sigas enfrentándote a situaciones violentas —retomó Sacha, mirándola con la intención de descifrarla —. No soy omnipresente. No puedo protegerte siempre porque no estoy en todos lados.

—Donde seguro que no podrías protegerme es estando en China mientras yo intento arreglar una vida fracasada en Washington —le replicó.

Poco a poco, la alarma del principio se iba transformando en una rabia decepcionada.

—Lo que quiero decir es que si vienes conmigo, ya no será en calidad de prisionera. Quizá tuvieras que involucrarte en determinadas tramas corruptas y hacer cosas que podrían chocar con tu sentido de la moral.

—Mi moral —se burló Ayane con desprecio—. Creo que eso está más que muerto y enterrado.

—Tienes la oportunidad de recuperarlo.

Ella lo miró sin dar crédito, ceñuda.

—No, no tengo la oportunidad de recuperarlo. Tengo la oportunidad de rehacer mis pasos para enfrentar a la única persona que sufriría más por lo que ha pasado de lo que lo he hecho yo misma. Una oportunidad de puta madre, sí; toda mujer sueña con contarle a su marido que abortó al hijo de otro —le espetó con frialdad, pero el odio que rezumaba iba dirigido contra sí misma —. ¿Tan sádico eres? ¿Tanto mal me deseas?

Sacha se limitó a devolverle la mirada sin decir media palabra. Corría una suave brisa que le alborotó un mechón de pelo rubio y el cuello flácido de la camisa de lino.

—Tienes hasta esta noche para pensarlo.

Ayane se puso en pie como un resorte.

—¡No tengo que pensar nada! —le gritó—. ¡Si lo que quieres es librarte de mí, dímelo sin tapujos! ¿Qué te crees, que no lo voy a poder soportar? —se rio envenenada, pensando en lo absurdo que sería que Sacha se preocupara de su sensibilidad.

—Haz el favor de sentarte y no armar un numerito.

—¡Vete a la mierda! ¡No puedes decirme que vas a devolverme a Washington ahora, dando a entender que existía esa posibilidad hace más de ocho meses! Porque no ha cambiado nada como para que en este momento sea viable. En todo caso, ahora es más arriesgado porque tengo información. ¿Qué pasa? ¿Que quieres volver al celibato? ¿O es que no te soportas cuando demuestras que tienes sentimientos?

—Siéntate y corta ya ese rollo de síndrome de Estocolmo —le ordenó en tono sombrío.

Las mejillas le ardieron.

—Que te follen.

Ayane se dio la vuelta y por poco tiró la silla en su objetivo de largarse de la terraza.

Era la primera vez que visitaban aquella zona de la isla, pero guiarse por las calles era muy intuitivo, y no le importaba si se perdía. Notaba la sangre concentrada en la cara y un ritmo cardíaco de infarto. Lágrimas de impotencia inundaron sus ojos en su precipitado paseo por la avenida, que hizo cruzando los brazos contra el pecho como si temiera que se le saliese el corazón.

¿Volver? ¿Había perdido el juicio? ¿Cómo demonios iba ella a volver? No podría mirar a Jace a la cara. No podría poner un pie en las oficinas del FBI. Miraría a su alrededor y no reconocería los rostros de sus compañeros, de sus presuntas amigas. Solo vería a personas que no habían sufrido lo mismo que ella y que jamás podrían entenderla. Ni siquiera sentía ya que debiera comunicarles a su madre y a su marido que seguía viva, porque no era cierto. La Ayane que habían querido o al menos tolerado ya no existía.

Notó que una mano masculina la aferraba por el hombro y la instaba a girarse. Para apartarla de la vía a rebosar de turistas, imprimió más fuerza de la esperada y la estampó contra la pared de un callejón.

Ayane se enfrentó a su gesto contraído en una mueca iracunda.

—Si vuelves a Shanghái, lo harás en un avión de rehenes. ¿Prefieres eso, o un asiento en primera clase con destino Estados Unidos?

—¿En el avión de rehenes estás tú? —contraatacó con la misma fiereza—. Porque ya no me importa nada. No me importa quién sufra. No me importa quién viva o quién muera. Me importa que no me dejes sola.

La voz le tembló al hacer su confesión.

El semblante amargo de Sacha ni siquiera se suavizó al escucharla. Nunca se había contenido al dar a entender que el amor de Ayane no le ilusionaba en lo más mínimo.

—¿Tienes idea de lo enferma que suenas? —murmuró Sacha, y la soltó como si su piel le hubiera dado una descarga eléctrica.

Ella soltó una carcajada ida.

—¿Ahora te quejas de mis enfermedades mentales? ¿Por qué? ¿Porque por su culpa llevamos dos meses sin follar?

Sacha la tomó de la barbilla para que lo mirara bien a la cara.

—El sexo me importa una mierda —deletreó.

—¿Y qué coño te importa, entonces? —le rugió Ayane. Los ojos se le anegaron en lágrimas, estas más sinceras porque concentraban el miedo que sentía de pensar en separarse de él. Más que miedo, era ansiedad; se precipitaba a un ataque de pánico—. ¿Por qué parece que no quieres estar conmigo? ¿Es que no me necesitas? Yo te necesito. ¡Yo te necesito! —repitió, golpeándose el pecho con el puño—. Solo tú lo sabes todo. Lo has visto… casi todo. Eres la única persona en este mundo que podría entenderme y no juzgarme.

—Eso no lo sabes. No le has dado a nadie la oportunidad de…

—¡No quiero darle oportunidades a nadie más! —sollozó, y se arrojó sobre él para abrazarlo por la cintura, temblando por la tensión acumulada—. Por favor… Me da igual dónde vayas o lo que hagas. No me dejes. —Alzó la mirada para desafiarlo con toda su rabia—. Te juro que intentaré matarme si lo haces.

Al volver a apoyar la mejilla contra su pecho para recalcar su postura, Ayane sintió el poderoso bombeo de su corazón. Se le había disparado el ritmo cardíaco de tal manera que parecía que tuviese taquicardias.

Aunque pareciera ajeno a la discusión, no lo era, y lo demostró envolviéndola con unos brazos inseguros.

—De acuerdo, *malyshka* —cedió en apenas un murmullo—. De acuerdo.

Probablemente sospechando que Ayane podría perder los papeles si no le demostraba de algún modo que ambos volverían a Shanghái, Sacha dispuso esa misma noche un vuelo con destino China. Le explicó que él debía quedarse un par de días más tras el evento para ajustar cuentas y poner en común un balance económico con el resto de los organizadores, pero que se uniría a ella tan pronto como le fuera posible.

No lo dijo con tantas palabras, claro. Fue mucho más escueto, y, aun así, lo bastante

específico para que Ayane pudiera respirar con tranquilidad.

Tenía sentido que ella se marchara antes porque muchos de los participantes de Fuego y Sangre aprovechaban que acababa la fiesta para hacer turismo por las islas más cercanas a Koh Phangan, y, si se topaba con alguno de estos, la mayoría personajes recurrentes con los que Ayane podría haber coincidido en la edición anterior, se truncarían sus planes de permanecer unidos.

Ella estaba tan exultante porque Sacha hubiera respetado su deseo, lo que entendía como una expresión de afecto, que no dudó de sus intenciones e hizo lo que estaba planificado: recoger sus escasas pertenencias y esperar a las puertas del hotel a que un taxi la llevara al aeropuerto.

Se reuniría con Sacha al cabo de setenta y dos horas máximo, pero ya notaba la ansiedad de la separación. Si la frustraba no estar en la misma habitación, saber que los separarían kilómetros de distancia la ponía enferma de angustia. ¿Quién la consolaría o distraería si sufría una de sus crisis emocionales y no podía parar de llorar, o las ideas suicidas tomaban el control de sus acciones?

No se fiaba de ella cuando estaba a solas.

Esperaba que Singapore también volviese a Shanghái después de cumplir con su deber.

Una parte de Ayane era muy consciente ahora de que la tarea de ambos era hacer daño a mujeres como ella. Meses atrás, esto la habría llenado de impotencia, cuando no la habría instado a hacer algo al respecto. Pero no tenía fuerzas. No mintió al decirle a Sacha que nada le importaba, ni siquiera salvar a las demás de su propio destino. Había interiorizado que eso era lo que se había buscado, y, por ende, era probable que el resto de las víctimas también lo merecieran. Probablemente fueran personas hipersexuales que se descontrolaban en presencia de los hombres, que no ponían límites, que buscaban la aprobación ajena a través de la entrega de su cuerpo…

Justo lo que había sido Ayane antes de que la pusieran en su sitio.

Le daba vueltas al asunto mientras trataba de discernir el paisaje nocturno a través de la ventanilla. El chófer la ayudó a bajar cuando llegaron al aeropuerto. Fue tan amable de prometerle que se encargaría de meter su maleta en la bodega para que no tuviese que preocuparse de ella.

Un tipo de aspecto perverso con tatuajes que delataban su condición criminal apareció portando un arma para conducirla hacia la pista de aterrizaje, donde un avión solitario esperaba con las escaleras desplegadas a que los pasajeros subieran.

Tenía entendido que Sacha estaría ocupado encargándose de la logística de Fuego y Sangre para el momento del despegue; por eso el corazón le dio un vuelco al reconocer su silueta a los pies de la escalera. Charlaba con un asiático armado hasta los dientes hasta que reparó en que Ayane se aproximaba con el alma en vilo y una sonrisa entre tímida y nerviosa.

Él la recibió extendiéndole la mano con gesto sereno.

—¿Qué haces aquí? —musitó ella, entrelazando los dedos con los de él.

—Esta noche es el festival de la Media Luna y la mayoría de los participantes han salido del resort —explicó con sencillez. Ayane lo tradujo como que había aprovechado la oportunidad para escabullirse y despedirla como Dios mandaba.

—No vienes conmigo, ¿no? —Sacha sacudió la cabeza despacio, mirándola a los ojos con particular fijación. Ella se humedeció los labios y se frotó el brazo que los tirantes del vestido ceñido dejaban a la vista—. Vaya.

Tragó saliva, nerviosa, y miró a los dos tipos armados que franqueaban el acceso al avión antes de animarse a decirle adiós con una muestra de cariño. Le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas para refugiarse en el cálido hueco de su hombro. Él la estrechó con más fuerza de la que tenía por costumbre y apoyó los labios contra su coronilla para advertir quedamente:

—No puedo quedarme mucho rato.

Presionó un beso contenido contra su frente, un gesto que la conmovió y ante el que no pudo responder de otra manera que no fuese tomando su boca desprevenida nada más se separó. Sacha aceptó la urgencia de su lluvia de besos devolviendo las acometidas de su lengua con idéntica necesidad, como si hubiera estado años esperando un arrebato que le hiciera consciente de que Ayane aún ansiaba su cuerpo.

Olvidó la presencia de los dos guardias y cruzó los codos tras su nuca para profundizar el contacto, desesperada por sentirlo más cerca que nunca ahora que se separarían.

Cuando pensó que el enredo de brazos y lenguas acabaría por llevarlos a los servicios públicos del aeropuerto, Sacha dio un paso atrás con el equilibrio afectado por su fervoroso abrazo y le lanzó una mirada larga.

Se quedaron unidos por tan solo una mano.

—Cuídate, *malyshka*.

Le dio la sensación de que aquellas dos palabras ampliaban la distancia y el tiempo que pasarían en ciudades distintas, pero no pudo preguntarle y confirmar que él la estaría cuidando en persona al cabo de un par de días: Sacha la instó a subir las escaleras escoltada por uno de los tipos con un fusil de asalto.

Cuando solo le quedaba un peldaño por subir, Ayane se giró con el corazón en un puño para asegurarse de que él no se había ido todavía.

Una profunda desazón la embargó. Quiso pedirle que le prometiera que no dejaría de pensar en ella, que no dejaría de quererla en el improbable caso de que ya lo hiciese, pero, estimulada por el beso de despedida, acabó apostando por lo único de lo que tenía certeza.

—Si alguna vez dejas de desearme —le dijo en voz alta, todavía con la mente trastocada por la discusión de esa mañana. Se expresó en japonés, el idioma en el que se susurraban cuando

compartían una cierta intimidad—, por favor…, dímelo.

Le vio sacudir la cabeza muy despacio.

—Nunca dejaré de desearte —atajó él desde abajo con las manos entrelazadas a la espalda. Empleó la misma lengua.

Ella le sonrió con tristeza.

—Eso es imposible. El deseo se agota.

Le pareció que Sacha le guiñaba un ojo, pero estaban a tanta distancia que pensó que lo había soñado; que fue obra del mismo efecto óptico y auditivo que la convenció de que contestó tres sencillas palabras.

—Pero el amor no.

—Vamos —la instó el esbirro armado, haciéndole un gesto con la cabeza para que pasara.

Ayane se había quedado varada a las puertas del avión, mirando a Sacha en busca de un gesto que confirmara que había dicho aquello de verdad, que no lo había imaginado. Pero él no había cambiado de expresión, y, casi enseguida, dio media vuelta para regresar con paso tranquilo al sedán aparcado.

«Pero el amor no», se repetía en su cabeza.

Fue a gritarle si eso significaba que la quería, si eso era lo que pretendía decir, pero se había quedado muda y el guardia se cansó de esperarla. La empujó hacia el interior del avión con facilidad ahora que estaba desequilibrada y le abrió camino en el pasillo para obligarla a sentarse.

No estaba sola en el avión. Atinó a ver, no con detalle por culpa del atolondramiento, a tres o cuatro mujeres atadas a sus asientos. Oía un llanto lejano, unos balbuceos ininteligibles…, pero no era consciente de nada más que de las tres palabras con las que Sacha se había despedido.

Mientras el guardia la inmovilizaba de pies y manos para que no osara escapar, como si fuera uno de los rehenes, Ayane buscaba a Sacha al otro lado de la ventana. Pero su asiento estaba orientado hacia la parte de la pista contraria.

Para cuando pudo ser consciente de lo que sucedía a su alrededor, Ayane ya tenía las manos atadas sobre el regazo y le dolían los tobillos por la fuerza con la que habían apretado las cuerdas. Pestañeó, sin comprender, y miró a su alrededor en busca de una explicación.

Las mujeres que la acompañaban estaban en las mismas condiciones.

—No hace falta que me ates —se oyó decirle con extrañeza a uno de los guardias. Este intercambió una mirada cargada de sorna con su compañero, y ambos se rieron por lo bajo como si supieran algo que a ella se le escapaba. Ayane estaba demasiado aturdida para reaccionar, pero una legítima duda la llevó a aclarar—: Yo no soy un rehén. Estoy con Black Russian.

Los tipos volvieron a mirarse, y, con esa segunda mirada llena de intenciones, comprendió que algo no iba bien.

—Supongo que no pasa nada si desatamos a la princesa, ¿no? —le dijo uno al otro—. Total,

no es como si pudiera escaparse del avión, y Black Russian la tiene amarrada de una manera mucho más efectiva. —Encogió un hombro y usó la hoja de una navaja que llevaba en el bolsillo para cortar las cuerdas. Ayane se frotó las muñecas con gesto incómodo y se reclinó en la dirección contraria cuando el guardia caucásico se inclinó para susurrarle—: Estás muy equivocada si crees que eres especial para él. Este avión va a Dongguan, donde se ha programado una subasta a tu nombre para que un consumidor habitual de la pornografía extrema de la *deep web* te folle hasta matarte. O te mate y luego te folle; eso dependiendo de sus gustos.

Orgulloso de haberla asustado, se enderezó y acto seguido fue hacia la puerta para ayudar a un tercer compañero a trasladar a una séptima viajera hasta su asiento. No llegó a fijarse en ella porque la confusión y el terror le nublaron la vista.

¿A Dongguan? Tenían que estar equivocados. Sacha no la traicionaría, y menos después de decirle que la quería.

¿O se lo había dicho para asegurarse de que no se movía del avión? ¿Para… amarrarla de esa otra manera mucho más efectiva?

Sintió que se mareaba y una arcada acechaba en las contracciones del estómago.

No era posible, se dijo, aferrándose al borde de su vestido con la cara desencajada. Miró alrededor, como si lo necesitara para cerciorarse de que era verdad que no existían rutas de escapada en el avión, pero no vio nada. El shock le había secado las lágrimas de los ojos y la había paralizado de la cabeza a los pies.

A Dongguan.

No tenía ningún sentido ir a Dongguan.

Pero Sacha se había quedado en Koh Samui.

No viajaba con ella porque no iban a Shanghái. Porque no iban a estar juntos.

«No es cierto», replicó la voz interior. «No te ha mentido. Le importas».

Y, sin embargo, no estaba en el avión.

Había tratado de deshacerse de ella esa misma mañana. Como no había podido persuadirla de regresar a Washington, se las había arreglado para encontrar otra vía que le permitiera escapar de su molesta y enfermiza dependencia. No había aceptado sus palabras de amor ni había tolerado sus arrebatos sentimentales ni una sola vez, lo que debía significar que no la quería. Incluso que le daba igual si no vivía.

Sus prioridades podían haber cambiado dos meses después del aborto, cuando Ayane se convirtió en una carga para él.

«¡No!», seguía luchando una parte de ella. «¡No te traicionaría!».

Estaba ahogándose en la angustia de no saber qué estaba pasando, y lo que era más importante, qué demonios iba a ocurrir una vez el avión aterrizara, cuando el universo respondió a sus dudas con una serie de disparos.

Ayane ni siquiera salió del trance con el ruido. Se encogió por acto reflejo.

No vio ni las balas, ni a quién iban dirigidas, ni si su vida corría peligro. No podía correrlo, porque Sacha habría dado claras instrucciones de no hacerle el menor daño…

¿Verdad?

Sin embargo, el daño estuvo servido en cuanto comprendió lo que estaba ocurriendo.

Vio que ambos guardias eran neutralizados por un hombre ataviado con un chaleco antibalas. Portaba el fusil de asalto con un manejo que indicaba su vasta experiencia abordando operaciones de riesgo. Tenía el pelo castaño sobre la frente, y nada más apartar la vista del punto de mira, clavó al fondo del avión una mirada fiera que le puso la carne de gallina.

Ni siquiera pudo asociarle un nombre al agente del FBI que avanzaba con la determinación de un batallón para rescatar a las víctimas, porque nunca lo había visto en esa tesitura como para reconocerlo a simple vista. Pero para cuando ladeó la cabeza en su dirección y su semblante pasó de reflejar un arrojo admirable a una dolorosa vulnerabilidad, una que solo podía asociarse a un amor que ella había sentido, del que ella había sido receptora, Ayane entendió que, estuviera donde estuviera, hiciera lo que hiciera, e incluso si pronunciaba su nombre como un lamento quebrado en vez de con una amplia sonrisa y toda su pasión incondicional, Jace Ryder sería único e inconfundible.

—Ayane…

Sigue leyendo la historia en
CLANDESTINO II: Esta noche seré tuyo

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

---

[1] Refiere al estereotipo de hombre blanco que vive en el interior del país y cuenta con bajos ingresos económicos. El término se ha transformado en jerga ofensiva. Ha pasado a incluir el racismo, el comportamiento grosero y la oposición a las formas modernas en su definición.

[2] Apodo que recibe la prisión ADX Florence, situada a 185 kilómetros al sur de Denver.

[3] Término con el que se conoce al mano derecha del capo, el jefe máximo de la mafia italiana.

[4] En japonés, el sufijo «chan» tiene un tono afectivo o bastante "cariñoso". Se usa para llamar a niños pequeños o a animales, y en ocasiones a chicas o mujeres de cualquier edad con quienes exista una relación cercana.

[5] «Tonto» en japonés.

[6] Examen que un estudiante de leyes debe aprobar para ser admitido en el colegio de abogados.

[7] Estoy enfermo y también cansado. Puedo admitirlo, no estoy hecho a prueba de fuego. Lo siento quemándome, lo siento quemándote; espero no matarme, espero no hacerte cargar con ello.

[8] Así se llama también al vesper, el cóctel que da nombre al club BDSM.

[9] Mis pulmones encantados, fantasma en las sábanas. Sé que si te estoy embrujando, tú has de estar embrujándome a mí.

[10] «Mi querida» o «mi amor» en árabe.

[11] También conocido como «Joker» en la comunidad hispanohablante. Tiene sentido que Califa utilice la acepción latinoamericana porque su mujer es chilena.

[12] Ven a tomarte una bebida, o a lo mejor tres, y, cariño, te haré mi próxima víctima. Prefiero a las mujeres que no tienen miedo de llorar. (*I Want To*, de Rosenfeld.)

[13] «*Bloody Mary*» significa «sangrienta María».

[14] Algunos quieren usarte, algunos quieren ser usados. Algunos quieren abusar de ti, algunos quieren que abusen de ellos.

[15] La manera en que me haces sentir sexy, pero me está avergonzando. Quiero apoyarme en tu hombro; desearía que me estuviera permitido, pero no quiero causar ningún daño. Y me estoy sintiendo como si fuera malvada, no tenemos nada que ganar (...) No quiero decir que tu amor es un juego de espera. (*Waiting Game* de BANKS)

[16] No, esto no es amor, esto no es amor, pero es más que obsesión. Sé que hay muchos peces en el mar, pero eso solo significa que el océano está saturado, y que yo estoy a tu merced. (*I Fucking Lust You*, D'african).

[17] Si puedo soñar con un sol más cálido donde la esperanza sigue brillando sobre todo el mundo, dime por qué, oh, por qué, ¿por qué no aparecerá ese sol?

[18] Sé que hago esto todo el tiempo; camino por la línea, juego con fuego. Me detengo justo antes del crimen (...) Pero si estás buscando estabilidad, esa nunca seré yo. Si estás buscando fidelidad, esa nunca seré yo. (*Never Be Me*, de Miley Cyrus)

[19] «ублюдки» en la grafía ucraniana: «Hijos de puta», «bastardos» o «cabrones».

[20] Este no es un buen momento para que te enamores de mí. Bueno, cariño, solo estoy siendo sincero, y sé que mis mentiras no podrían hacerte creer; estamos corriendo en círculos, ese es el porqué.

[21] Puede que sea un psicópata, pero aun así piensas que merezco el reto. Mientras estés a mi lado, ten cuidado, porque puede que te quemes las manos. Puede que sea un psicópata, pero sigo pensando que vas a aprovechar la oportunidad.

[22] «Querida mía» en su idioma materno.

[23] No creo en un dios intervencionista, pero sé, cariño, que tú sí. Pero si lo hiciera, me arrodillaría y le pediría que no interviniera en lo que a ti respecta, que no te tocara un pelo de la cabeza; que te dejara tal y como eres.

[24] «Ти найкрасивіша дівчина, яка коли-небудь була тут»; «Eres la mujer más bonita que ha pasado por aquí», en su idioma materno.

[25] «Мабуть, для мене все скінчилося»: «Supongo que se acabó para mí», en su idioma materno.

[26] Cuando fuimos creados no fue por accidente. Estábamos enredados como ramas en una inundación. Vengo como una cuchilla, como un guardián sagrado, para que me mantengas afilado y pongas a prueba mi valía con sangre. Me tienes agarrado por el cuello. (*Chokehold*, Sleep Token)

[27] Tú sigues soñando y maquinando a oscuras, eres un veneno y sé que esa es la verdad. Todos mis amigos dicen que eres perverso, y dicen que eres sospechoso (...) Siento que me estoy hundiendo, me estoy hundiendo; tú me estás manteniendo abajo. Sí, solo cuando no estás en mi vida, estoy bien. (*I Feel Like I'm Drowning*, Two Feet)

[28] Me aferro a cada cosa que dices. Sabes que puedo ver todas las cosas que indican que estás secretamente enamorado. Y al fin, cuando me permito enamorarme de ti, te veo intentando fingir que me lo estoy inventando. (*This Is What It Feels Like*, BANKS)

[29] De repente, no soy ni la mitad del hombre que solía ser. Hay una sombra cerniéndose sobre mí. Oh, el ayer vino de repente.

[30] Ayer, el amor era un juego tan fácil de jugar. Ahora necesito un lugar para esconderme. Oh, creo en el ayer.